

LIVES OF THE

141

141

6
141

LAS

TRES

ROMAS

1

DG806

G3

v. 1

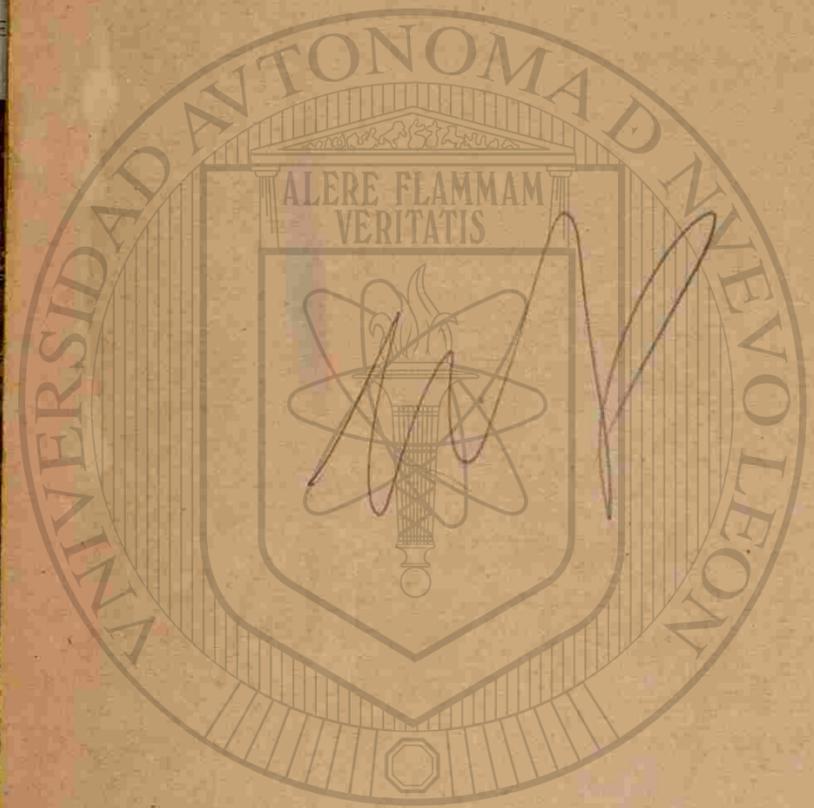
006437



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



HE



U A N L

LAS TRES ROMAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

LAS
TRES ROMAS

DIARIO DE UN VIAJE A ITALIA

ACOMPAÑADO

1°—De un plano de Roma antigua y moderna. 2°—De un plano de Roma
subterránea ó de las Catacumbas.

Por Monseñor Ganme

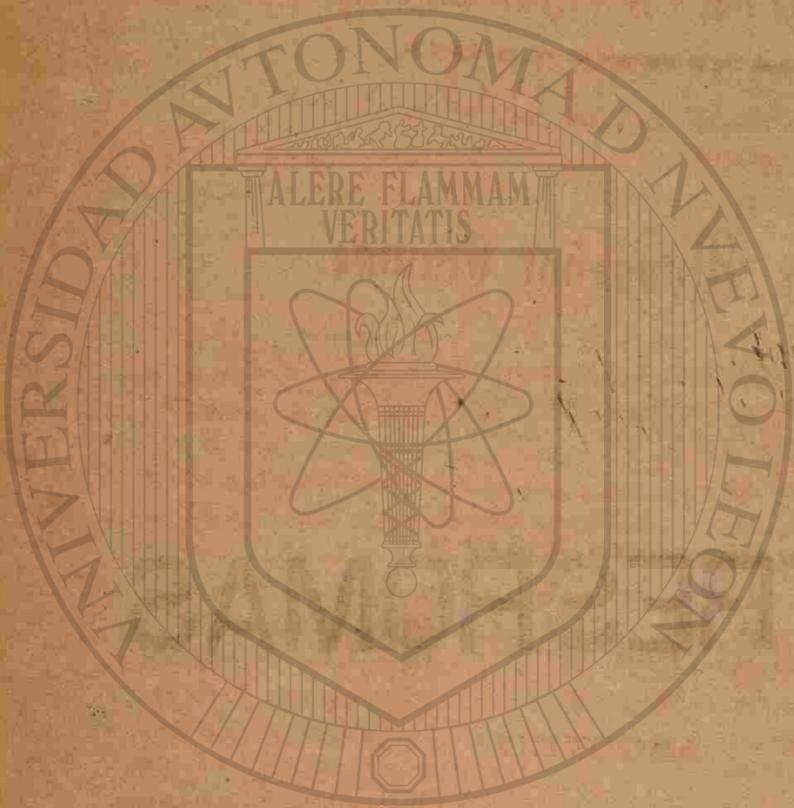
Protonotario apostólico, doctor en Teología, Vicario general de Reims, de Montauban
y de Aquila, Caballero de la orden de San Silvestre, Miembro de la Academia de la Religión Católica
de Roma, de la Academia de Ciencias, Artes y Bellas Letras de Besançon, etc., etc

TRADUCIDA

Por el Sr. Luis Antonio Moran,

ABOGADO.

"Nec unquam (civitas) nec major nec sanctior".
Jamás ha habido ciudad más grande ni más santa.
Tr. Liv. Hist., lib. I.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TOMO I.

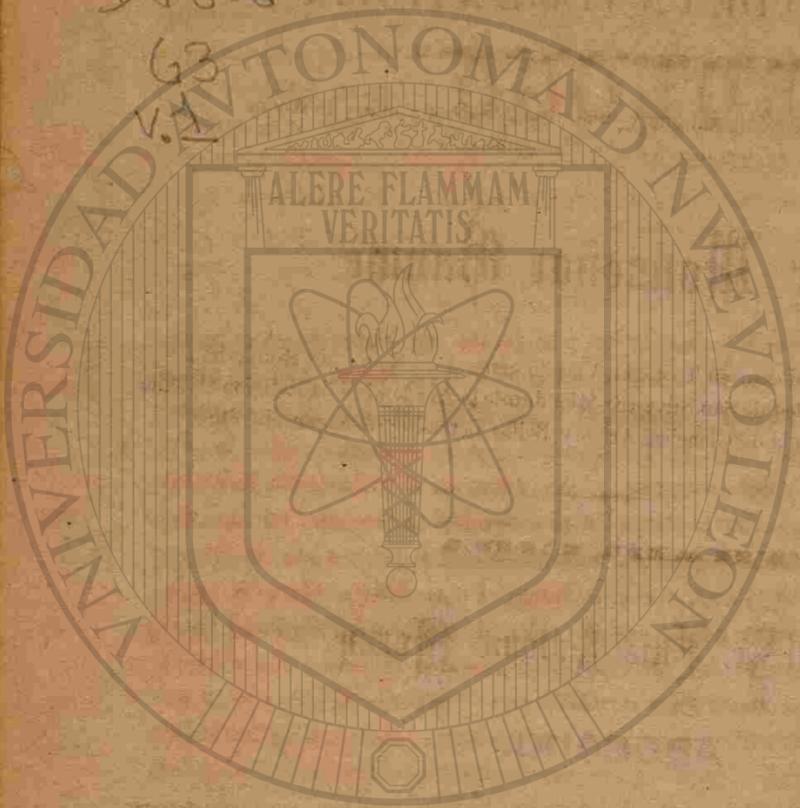
MEXICO.—1883.

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE LA BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, CALLE DE LA MERCADERIA NÚM. 29



D6806

63



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



DIRECCIÓN GENERAL

043395

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

PROLOGO.

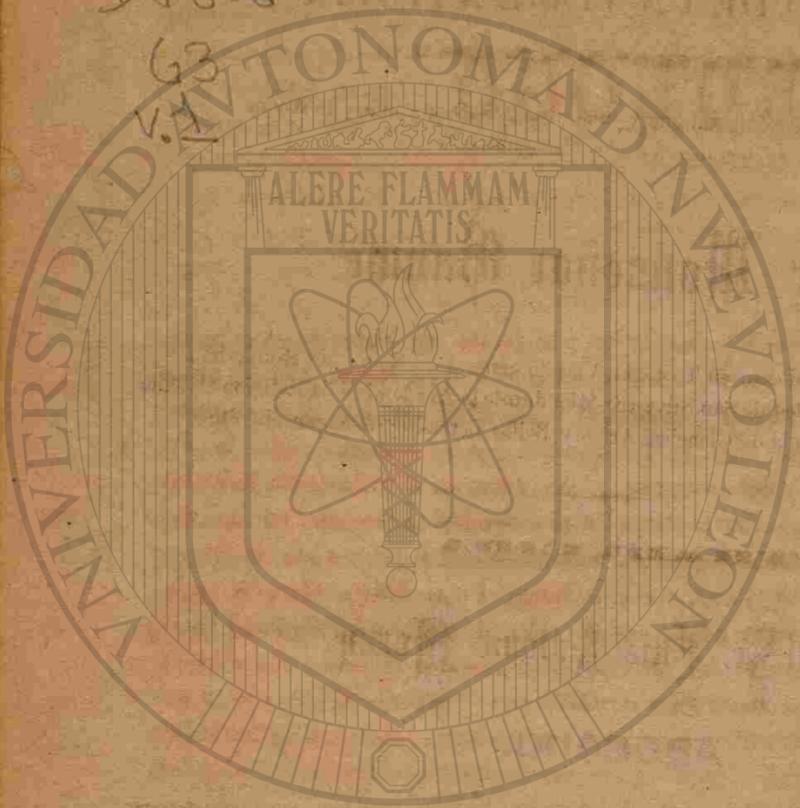
DE todos los viajes, el más interesante bajo el punto de vista de la religion, de la ciencia y del arte, es, sin contradiccion, el viaje á Roma. Por un privilegio especial, la Ciudad Eterna, misteriosa soldadura de los dos mundos, resume en sus monumentos toda la historia del género humano bajo la doble influencia del paganismo y del cristianismo. Así como en el firmamento todos los astros gravitan hácia el sol, y sobre la tierra los rios tienden al Océano, así en el órden divino y en el órden humano, todos los acontecimientos del mundo antiguo y del mundo moderno, parten de Roma ó van á Roma. Como futura reina del paganismo, vió nacer y morir, durante nueve siglos, á las pequeñas repúblicas del Occidente y á las grandes monarquías del Oriente que, despues de haber absorbido á todas las demás, debian ser, á su turno, absorbidas por el imperio de que vino á ser la capital. Nada hay tan instructivo como asistir á esa larga fundacion de la ciudad providencial; y si hay algo que conmueva, es ver los monumentos de su poder, los lugares en que nacieron los generales, los oradores, los grandes hombres sostenedores y formadores de su imperio; los campos de batalla en donde, por victorias mas ó ménos brillantes contra sus vecinos, la hija de Rómulo presagiaba la conquista del mundo. De aquí la impresion profunda, indefinible, que produce la vista de Roma pagana; impresion que jamás producirá la vista de Lóndres, de Paris ó de Petersburgo. Por todas partes una ruina es una ruina, monumento de un hecho particular ó nacional; en Roma, toda ruina es un monumento de primer órden, testigo veinte veces secular de alguno de esos hechos culminantes de que se compone la trama general de la historia.

Conducida por la mano de la Providencia, Roma, despues de setecientos años de progreso, llega al apogeo del poder material y puede decir: el mundo soy yo. Mas sus destinos no se han cumplido hasta aquí; una gloria más grande se la prepara, un imperio mas extenso le está reservado; siempre será reina, y solo va á cambiar de cetro. A la águila será sustituida la Cruz; el cayado pastoral reemplazará los haces consulares, y la hacha del lictor se convertirá en la e pada de la palabra. En el anuncio de este reinado nuevo cuya sublimidad y poder no conoce, Roma no ve mas que la peticion insolente de una abdicacion. Se agita, se arma, la lucha se compromete; lucha

008437

D6806

63



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



DIRECCIÓN GENERAL

043395

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

PROLOGO.

DE todos los viajes, el más interesante bajo el punto de vista de la religion, de la ciencia y del arte, es, sin contradiccion, el viaje á Roma. Por un privilegio especial, la Ciudad Eterna, misteriosa soldadura de los dos mundos, resume en sus monumentos toda la historia del género humano bajo la doble influencia del paganismo y del cristianismo. Así como en el firmamento todos los astros gravitan hácia el sol, y sobre la tierra los rios tienden al Océano, así en el órden divino y en el órden humano, todos los acontecimientos del mundo antiguo y del mundo moderno, parten de Roma ó van á Roma. Como futura reina del paganismo, vió nacer y morir, durante nueve siglos, á las pequeñas repúblicas del Occidente y á las grandes monarquías del Oriente que, despues de haber absorbido á todas las demás, debian ser, á su turno, absorbidas por el imperio de que vino á ser la capital. Nada hay tan instructivo como asistir á esa larga fundacion de la ciudad providencial; y si hay algo que conmueva, es ver los monumentos de su poder, los lugares en que nacieron los generales, los oradores, los grandes hombres sostenedores y formadores de su imperio; los campos de batalla en donde, por victorias mas ó ménos brillantes contra sus vecinos, la hija de Rómulo presagiaba la conquista del mundo. De aquí la impresion profunda, indefinible, que produce la vista de Roma pagana; impresion que jamás producirá la vista de Lóndres, de Paris ó de Petersburgo. Por todas partes una ruina es una ruina, monumento de un hecho particular ó nacional; en Roma, toda ruina es un monumento de primer órden, testigo veinte veces secular de alguno de esos hechos culminantes de que se compone la trama general de la historia.

Conducida por la mano de la Providencia, Roma, despues de setecientos años de progreso, llega al apogeo del poder material y puede decir: el mundo soy yo. Mas sus destinos no se han cumplido hasta aquí; una gloria más grande se la prepara, un imperio mas extenso le está reservado; siempre será reina, y solo va á cambiar de cetro. A la águila será sustituida la Cruz; el cayado pastoral reemplazará los haces consulares, y la hacha del lictor se convertirá en la e pada de la palabra. En el anuncio de este reinado nuevo cuya sublimidad y poder no conoce, Roma no ve mas que la peticion insolente de una abdicacion. Se agita, se arma, la lucha se compromete; lucha

008437

gigantesca que hace correr ríos de sangre y dura tres siglos. El campo de batalla está en todas partes: en el Vaticano, en el Coliseo, en el Circo, en el Forum. Ni un solo edificio, ni un lugar, ni una piedra que no repita algún episodio del combate. En fin, la victoria se decide: Júpiter baja del Capitolio; César se retira á Bynzancio la ciudad de Neron se convierte en ciudad de Pedro; y Roma arrojada del trono de la fuerza, sube al trono del amor para seguir siendo despues, como ántes del combate, la cabeza del mundo, el corazón de donde solo saldrá la vida, el astro brillante á cuyo alrededor gravitará el Universo.

En presencia de los lugares y de los monumentos que atestiguan este hecho, desenlace milagroso de un drama de cuatro mil años, es decir, la sustitucion de Roma por Roma imperioeterno del mundo, el viajero se siente sobrecogido de estupor. El alma se engrandece, la ciencia se orienta y se completa, la fe se hace inmutable; se adora, se ama, se ora, porque en todas partes se presenta á los ojos el misterio de la Providencia en el gobierno de los siglos, y se toca con las manos el más grande de los milagros, cuyas pruebas son en Roma tan numerosas, tan palpables, como lo son los monumentos y las ruinas.

Metrópoli de la Religion, Roma es tambien la patria de la ciencia. Las capitales de la Europa estaban todavía por nacer, cuando la ciudad de los Pontífices reinaba ya por la inteligencia y la civilización. Antioquía, Aténas, Alejandría, las grandes ciudades del Oriente se sumergian en la barbárie; Constantinopla misma apenas arrojaba una ténue y dudosa luz, miéntras que con mano firme, Roma habia levantado sobre el mundo la brillante antorcha de la ciencia encendida en el altar de la fe. Sus bibliotecas eran los archivos, y sus doctores los oráculos del mundo civilizado; sus pontífices los reyes de la sabiduría y de la elocuencia; sus leyes el fundamento de la legislación, y su gerarquía el modelo de la organizacion social del Occidente. En la Edad Média planta las universidades en España, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, como Dios mismo siembra los astros en el cielo; su espíritu anima aquellos grandes cuerpos, previene sus desviaciones, y por su poderosa influencia los hace concurrir á todos á la armonía universal y al progreso normal de las luces.

A esta mision científica que sigue cumpliendo gloriosamente, Roma añade otra: el arte llega á ser su hijo predilecto, su pupilo. Ya sea que escriba sus páginas llenas de gracia y sencillez en las iglesias de la Umbría, sea que reproduzca en los mosaicos de Ravenna y de las basílicas bizantinas la poderosa poesía del simbolismo cristiano, le da valor y le anima por todas partes. Cuando se anuncia la gran revolucion del siglo décimoquinto, ella es la primera en dirigirla para salvar al arte de sus propios excesos. Con una mano tan hábil como generosa, se esfuerza en mantenerlo dentro del carácter que le corresponde por naturaleza y por deber, esto es: el de sacerdote y coadjutor del Verbo Divino en la obra de la instruccion y de la santificación del mundo. Roma ha alcanzado en ello un éxito admirable, y es aún el foco de las artes. De esto teneis la prueba, no solo en las incomparables obras maestras que forman su gloria, sino tambien en la obligacion tradicional impuesta á todos los artistas de acudir á ella á inspirar su talento y á pedir reglas y modelos: homenaje filial rendido por la inteligencia humana á la ciudad que es madre de la sabiduría, porque es reina de la fe, es decir: *la ciudad más grande y más santa que jamás ha existido.*

Tal es, á nuestro juicio, el verdadero punto de vista bajo el cual debe considerarse la Ciudad Eterna; tal la inspiracion que debe presidir al viaje por Italia. Así la habian comprendido, desde su origen, los pueblos cristianos del Oriente y del Occidente. Durante una larga serie de siglos, el viaje á Roma fué una peregrinacion. Convencidos de su alta y saludable influencia sobre el espíritu católico, los Soberanos Pontífices lo favorecieron con todo esfuerzo; y el voto de hacer este viaje, emitido por un monarca ó por un simple fiel, es uno de aquellos votos cuya dispensa se reservaron y aún se reservan exclusivamente. ¡Qué cambio en los tiempos! Desde la invasion de la incredulidad en el seno de la vieja Europa, el viaje á Roma no es ya para la mayor parte, más que un paseo mundano, muchas veces inútil y algunas hasta peligroso. Exclusivamente preocupados con los recuerdos paganos de su educacion, dirigidos por *Guías* destinados á viajeros de todas sectas y cuyo menor defecto es dejar en la sombra el punto de vista religioso, solo han mirado la faz artística ó pagana de los monumentos, y el lado puramente humano de las instituciones romanas. De aquí resulta que *la Italia cristiana es todavía un país por descubrir*, y que, con vergüenza de los tiempos modernos, el católico hace frecuentemente el viaje de la Ciudad Santa, con ménos religiosidad que el mahometano al cumplir su peregrinacion por la Meca.

Si por regla general es un deber sagrado dar á este viaje decisivo el carácter religioso que nunca hubiera debido perder, las circunstancias actuales hacen este deber más imperioso todavía y más urgente. Por una parte, las tendencias de los gobiernos se dirigen á debilitar, á romper en cuanto pueden los saludables lazos que unen con su madre á las iglesias nacionales, para hacer de ellas servidoras degradadas del poder temporal; por otra parte, el espíritu anticristiano que sopla hoy, inspira todos los días en los periódicos, en las novelas, en los viajes, una multitud de falsas y pérfidas narraciones, cuyo objeto es llamar sobre Roma, sobre sus actos, sus leyes, sus costumbres y su poder, el odio, el ridículo y el desprecio. Así, conviene no olvidarlo: más que nunca Roma debe estar rodeada de respeto y de amor, porque más que nunca Roma es nuestro único apoyo, el apoyo de la fe, de la libertad, de la civilizacion verdadera de la Europa y del mundo. ¿Es necesario añadir que los caminos de fierro, los buques de vapor, la necesidad de movimiento que caracteriza nuestra época, hacen cada día más fácil y más frecuente el viaje á Roma? ¿Es preciso recordar, en fin, que ántes de tres años la apertura del gran jubileo pondrá á miles de peregrinos en todos los caminos de la Ciudad Santa? Todas estas causas reunidas, manifiestan bastante de cuánta importancia es para la religion y para la sociedad sustituir á funestas preveniciones, conocimientos sólidos; á apreciaciones frívolas y mezquinas, razonamientos más elevados y juicios más serios.

Es fácil comprender que una obra, una *Guía* verdaderamente religiosa y científica, seria uno de los mejores medios de conseguir este objeto. Tal era el pensamiento del gran papa cuya reciente pérdida llora la Iglesia: con todo empeño, expresado varias veces, Gregorio XVI deseaba una publicacion de este género. ¿El autor de las *Tres Romas* ha cumplido esta santa y noble mision? Sus pretensiones no van tan léjos; ha hecho un libro con el fin de dar la idea para que se haga otro mejor. Hé aquí, por otra parte, el plan que ha seguido.

Después de haber recorrido la parte occidental de la Italia, llega á Roma; allí se emprende un triple viaje. Roma *pagana* es desde luego estudiada en sus monumentos, en sus usos, en sus costumbres, en sus artes, en sus fiestas, en su religion y en sus leyes; la ciudad de Rómulo y de Neron reaparece viviente y animada. Con el fin de hacer este estudio más interesante y fácil, damos un diccionario explicativo de las principales iniciales empleadas en las inscripciones, y para que los monumentos hablen una lengua inteligible para todos. Las personas instruidas que han visitado la Italia, comprenderán la utilidad de tal trabajo, que no se encuentra en ninguna *Guía*.

Roma *cristiana* es el objeto de un segundo viaje. Después de referir los hechos de la historia profana de que han sido testigos los monumentos, los circos, los *forum*, los anfiteatros, las siete colinas son interrogadas de nuevo. Janc con su doble rostro y su doble voz las hace repetir entónces los hechos cristianos que se relacionan con la existencia de ellas. Así las dos Romas se ilustran con sus mútuas luces, sin quedar entre sombras ninguna parte del cuadro, y la Ciudad Eterna, la hija mayor de la Providencia, resplandece por todas partes bajo su doble corona de reina de la fuerza y reina del amor. Las iglesias y las basílicas, con sus venerables tradiciones, con sus riquezas artísticas tan variadas y tan numerosas, con sus tesoros de reliquias y su pueblo de mártires que hacen cada santuario de Roma un cielo sobre la tierra; todas esas cosas tan encantadoras por su piedad y su poesía, y sin embargo tan perfectamente desconocidas de la mayor parte de los viajeros, son visitadas y explicadas bajo el punto de vista de la ciencia, del arte y de la fé. Lo mismo que con los museos y galerías, así sucede con las costumbres de la Corte Romana y las grandes ceremonias de la Semana Santa.

Pero la verdadera gloria de Roma cristiana no es la que brilla á los ojos del espectador mundano; es necesario buscarla en las obras de esa Iglesia madre, señora y modelo de todas las demás. Por ninguna parte se encuentra un sistema de caridad más materno, más completo, más antiguo; por ninguna parte esas obras de piedad que reflejan mejor el espíritu esencial del catolicismo. Pero Roma, contenta con obrar el bien, no tiene periódicos asalariados para publicarlo, y el cuadro religioso de sus instituciones está aún por hacerse en las *Guías de Italia*: las *Tres Romas* trazan sus principales rasgos.

Hasta aquí no ha salvado el viajero los límites de la ciudad. Sin embargo, fuera de Roma, y sobre todo en las entrañas de la tierra, se encuentran otras maravillas que no es permitido olvidar. Los lugares célebres del antiguo Latium, las villas, las vías romanas, muchas basílicas, y sobre todo, las inmortales Catacumbas, son objeto de un último viaje. Bajando á la Roma *subterránea*, estudiamos su origen, su destino, sus tumbas, sus capillas, sus calles, sus plazas, y por fin, los habitantes de aquella gran ciudad de los mártires. A diferencia de los escritores franceses, que no hablan de esto ó que solo hablan como arqueólogos, nos proponemos hacerla conocer bajo el triple aspecto de la historia, del arte y de la religion. Más aún de las demás, esta parte del viaje, que forma un vólumen entero, ofrece todo el interés de la novedad.

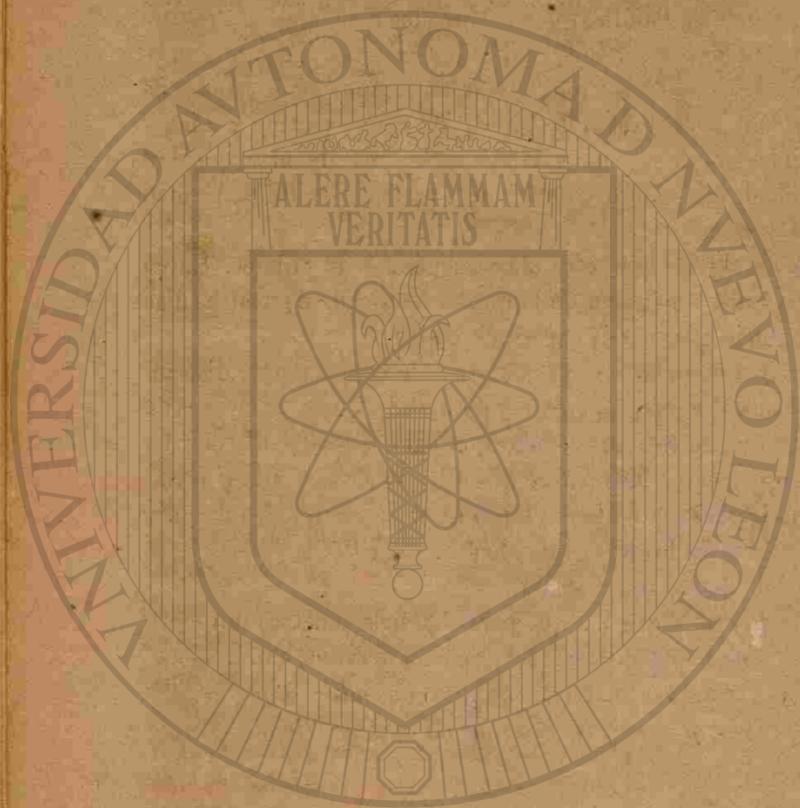
Esto en cuanto á Roma.

Después de la ciudad Eterna, Nápoles, la Campania, la Umbría, las Marcas, la Lombardía y el Piamonte, son sucesivamente visitadas. Ahora bien, aunque en un grado inferior, la Italia participa de la grandeza providencial de la reina del mundo. Ella fué desde su origen el más brillante satélite del astro inmenso que arrastra á las demas en su órbita. De aquí resulta que sus monumentos, sus hombres célebres, sus apóstoles, sus mártires, sus campos de batalla, toman á los ojos del viajero proporciones más imponentes que los monumentos y hombres de otras naciones. Bajo este punto de vista es como se la considera, de suerte que la marcha seguida en el estudio de Roma, se continúa del mismo modo en el resto de Italia. El origen pagano y cristiano de cada ciudad, sus grandes hombres, sus mártires, sus obras de arte, y sobre todo, las instituciones de caridad, tan conmovedoras y tan variadas en Italia, forman el panorama que se ofrece al espectador.

Tal es, en su espíritu y en su objeto, la nueva obra que damos al público. Salvo algun error, se parece un poco á una repetición de lo que se ha dicho en nuestros días de la Italia; este es el último juicio que nos es permitido emitir.

En cuanto á la forma, un viaje no debe ser, ni una grave recopilacion de disertaciones filosóficas, ni una serie más ó menos monótona, de descripciones geográficas ó de piadosas meditaciones, sino una narracion; y el autor, cuenta, describe día por día lo que ve, lo que aprende, lo que siente. Nos parece que esta manera sencilla y variada, léjos de cansar la atencion, la excita y sostiene; tanto más, cuanto que los dos planos de Roma hacen más palpables los hechos poniendo á la vista del lector los lugares y monumentos principales de que se oye hablar.

Terminemos con la oracion de San Agustin, que para repetirla tenemos mil motivos más que el santo doctor: «Si al leer, notais incorrecciones y faltas, aun numerosas, perdonad á la palabra en gracia de la materia: *Si quid incondite atque inculto dictum legereis, vel si totum ita esse perspexeris, doctrina da operam, lingua veniam* (Epist. 205 ad Consent.)»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

LAS

TRES ROMAS

2 DE NOVIEMBRE.

Salida de Nevers.—Itinerario.—Villars.—Saint Parize.—Saint Pierre-le-Moutier.

Dos horas después del medio día, la gran diligencia de París á Lyon se detenía en Nevers. Allí recogía tres viajeros que partían para Italia; éstos eran los Sres. H. de Ch.... F. de Ch.... y yo. Mis jóvenes compañeros de viaje se lanzaron alegremente al coche en donde yo me coloqué á mi turno; y el látigo resonante del postillon, haciendo enderezar la cabeza á nuestros cinco corceles, imprimió movimiento á nuestro pesado vehículo. Desde la portezuela dirigimos un último saludo á nuestros amigos, prometiéndoles estar en Roma dentro de un mes. Nuestros relojes señalaban las tres menos veinte minutos: fijo este dato preciso; más tarde se sabrá por qué.

Si alguna vez os ha sucedido emprender un viaje lejano, convendréis en que el momento de partir tiene algo de solemne y conmovedor. ¿De qué viene esto? Lo ig-

noro. Sé, al ménos, que al primer movimiento de aquella diligencia, que iba á depositarnos sucesivamente en otras veinte, de las cuales la última no debía detenerse sino en la extremidad oriental de la Italia; á la vista de aquellas casas, de aquellas calles, de aquellas plazas que huían y no volveríamos tal vez á ver más; al recuerdo de tantas personas queridas que nos acompañaban con sus inquietudes y sus votos, nuestros corazones se hallaban seriamente conmovidos. El día mismo en que partíamos, día de tristes pensamientos, las hojas secas que el viento hacía rodar sobre el camino, la vaga aprensión de los peligros que puede correr el viajero, todas estas cosas nos sumergieron en una especie de melancolía, que se explicaba por un largo silencio. Para sacarnos de ella, no fué necesario más que el pensamiento bien meditado de los útiles placeres que nos prometíamos en el viaje, unido á la esperanza de una vuelta feliz. Roma é Italia, se representaron á nuestros ojos con toda la majía de su nombre, y el poder de sus recuerdos.

¡Roma! ¡La Italia! ¡Cuántas cosas, en efecto, en estas dos palabras! Para el simple viajero, la Italia es el país del hermoso cielo, y de los risueños paisajes; para el filósofo y el literato, es el teatro de los más grandes acontecimientos consignados en la historia del mundo antiguo. Allí han vivido, hablado, escrito, han hecho su papel y han dejado las huellas de su tránsito, la mayor parte de los hombres famosos, en medio de los cuales hemos pasado nuestra larga infancia. Para el artista, la Italia es la patria de las artes y Roma una vasta galería; para el arqueólogo, es un museo en que se conserva escrita en piedra, en mármol y en bronce, toda la historia sagrada y profana. Para el cristiano, para el sacerdote sobre todo, la Italia es el puerto feliz en que la nave de la Iglesia ha fijado su áncora inmortal, y Roma, el centro de la fe, de la cual tiene la dicha de ser hijo ó ministro.

Entre tantos títulos, uno solo bastaba, para hacer de un viaje á Italia nuestro delirio favorito. Este delirio, comenzaba á ser una realidad; por tanto, interrogábamos á nuestros pensamientos con la inquietud del hombre que despierta, y nos preguntamos: ¿De veras vamos á Roma? ¡Sí! Roma, madre y maestra de todas las Iglesias, ciudad providencial, objeto alternativamente del terror y del amor del Universo; misterioso círculo de los dos mundos, reina eterna de las naciones, que ha llegado á ser la pacífica morada del padre comun de la gran familia católica, despues de haber sido la ruidosa capital de los tiranos del género humano, nosotros te veremos bien pronto, no solo con los ojos de la ciencia profana, sino tambien con los ojos de la fé. ¡Suelo sagrado que, tantos santos mártires, despues de Pedro y Pablo, han tocado con sus piés, regado con sus sudores, y humedecido con su sangre, bien pronto recibirás la huella de

nuestros pasos! Todavía más: aun contemplaremos el augusto rostro de aquel á quien tantos otros, ménos dichosos, desean ver ya que no verán jamas. Nos será dado reanimar nuestra fé en la tumba de los apóstoles, en las catacumbas de nuestros padres; despues, volveremos al seno de nuestros amigos á vivir con nuestros recuerdos.

Esta esperanza de la vuelta, la más dulce para el corazon del viajero, quisimos al momento afirmarla. Apénas habíamos atravesado el gran puente que dejaba al Loire entre la ciudad y nosotros, cuando recurrí á una receta cuyo uso, tan agradable como fácil, procura infaliblemente la confianza. Conviene saber que, en su maternal solicitud, la Iglesia ha compuesto un itinerario para uso de los viajeros; ¡inimitable oracion, en dónde están previstas las necesidades todas de los caminantes! La Iglesia en él, se dirige á su divino esposo, y le suplica que vele, durante el camino, sobre el hijo de su comun ternura. Ella le recuerda que él tambien fué peregrino en el valle de lágrimas, pero que tuvo un precursor para allanarle el camino; le repite sus antiguas bondades con los viajeros, y el milagroso paso de Israel á través del Mar Rojo, y la libertad de Abraham de la tierra de Caldea, y sobre todo, el viaje del jóven Tobías conducido por el arcángel Rafael. Al recuerdo de tantas maravillas de poder y de amor, el corazon se abre á la más entera confianza, y se dice al punto: «Con tales hechos, ¿qué tengo que temer? Aquel á quien toda la tierra pertenece, á quien obedecen los elementos todos, vela sobre mí como sobre la niña de sus ojos. Conmigo viajan mi ángel tutelar y los de mis compañeros, y por todo el camino están escalonados los espíritus protectores de los lugares por donde voy á pasar. Tienen orden de mi padre celestial de cuidar de

mí, y estoy cierto de ello, cumplirán su deber con más exactitud y buena gana, que las autoridades civiles y militares invitadas por mi pasaporte, á prestarme ayuda y proteccion. ¡Bendita seas tú, Religion santa, que asocias á nuestros intereses el cielo y la tierra: donde quiera que se halla un hijo tuyo, no está solo!

En medio de estos pensamientos, apénas notaba yo que nos alejábamos rápidamente. Ya habíamos pasado el famoso Chaume, donde el impio Foucher, parodiando nuestros augustos misterios, bendecía en un dia, á nombre de la naturaleza, trescientas parejas republican-s. La montaña de los *Brignons*, con su mal afamado monte *Magny*, con sus recuerdos de Carlos el Calvo y del santo sacerdote Vicente, habían desaparecido. A la derecha percibíamos, á través de un telon de álamos, al antiguo castillo de Villars, cuyas anchas fosas sirvieron de sepulcro á más de un caballero de los de guante férreo. A la izquierda, dejábamos á Saint-Parize y su cripta romana, eterna tortura de los arqueólogos. Había cerrado la noche cuando llegamos á Saint-Pierre-le-Moutier.

Como dos meteoros brillantes, dos grandes figuras parecen suspendidas sobre esta pequeña ciudad, que no deja de ser memorable en la historia. La primera es, la del venerable hijo de San Benito, que en la Edad Média vino á plantar su báculo de peregrino en este lugar solitario. Al rededor del monasterio, se ha formado la ciudad; aquí, como en todas partes, la religion precedió á la civilizacion. La segunda figura, que cerca de la primera formaba un grupo digno de un hábil pincel, es la de la milagrosa Doncella de Orleans. Saint-Pierre-le-Moutier fué el teatro de su brillante valor. Salvando el espacio ocupado en otro tiempo por los fosos, se cree escuchar la dulce y sonora voz de la jóven heroina que excitaba á sus gentes.

«¡Traed leña y zarzas todo el mundo, á fin de hacer el puente!» «El cual inmediatamente despues fué hecho y edificado, continúa el caballero d'Aulon, testigo ocular, de cuyas disposiciones, dice él, todos se maravillaron; porque incontinenti, dicha ciudad fué tomada por asalto, sin encontrar por entónces gran resistencia; y dice el que habla, que todos los hechos de la dicha Doncella, le parecian más bien hechos divinos y milagrosos que otra cosa; y que era imposible, á tan jóven doncella, hacer tales obras sin voluntad y direccion de Nuestro Señor.»¹

La toma de Saint-Pierre-le-Moutier fué una de las últimas hazañas de Juana de Arco. El año siguiente, la libertadora de la Francia expiaba su gloria en la hoguera, encendida por mano de los ingleses.

Al cabo de cinco horas de ir en el coche, habia habido tiempo de medirse, de interrogarse con la vista y de reconocerse los unos con los otros. Habia conformidad por otra parte, una solemne calma reinaba en la naturaleza; apénas se interrumpia el silencio de la noche por el paso de la pesada diligencia que imprimia lentamente sus profundas huellas en el camino cenagoso del Bourbonnais; era la hora de los cuentos cerca del fuego durante las noches del otoño, y las lenguas se desataron. Segun su muy loable costumbre, la conversacion saltó bruscamente de unos asuntos á otros; sucesivamente sentenciosa, difusa, grave, jocosa, acabó, al caer sobre la educacion, por tomar una fisonomía ya jovial, ya sória, que guardó largo tiempo. La educacion maternal y paternal, el colejio, la pension, las cualidades y los defectos, la inocencia y el bienestar de la primera edad, todo esto pasó en re-

¹ Declaracion de Juan d'Aulon, caballero, consejero del rey, y senescal de Beaucaire, hecha en Lyon el dia 28 de Mayo de 1456.

vista y sazonado con reflexiones y anécdotas. Entre estas últimas hay una que me voy á tomar el permiso de referir.

En el fondo del carruaje está un cirujano-mayor que bajo sus cabellos grises conservaba toda la vivacidad de la juventud; hombre, además de muy buena compañía y muy amable narrador. «Los niños, dijo, son á veces de una ingenuidad perfecta. Hace algunos años, una de mis hijas, llamada María, de edad entonces de siete años, se hallaba seriamente indispueta; juzgué que necesitaba un vejigatorio; pero lo difícil era hacer que lo aceptara. Después de haber buscado largo tiempo una astucia de guerra, hé aquí que me viene al espíritu una luminosa idea; llamo á María y á su hermana Matilde, mayor que ella diez y ocho meses, y les digo gravemente: «Yo pondré esta tarde un vejigatorio á la que sea de ustedes más buena.—Yo seré, papacito, yo seré, me respondieron una y otra arrojándose á mi cuello. «Salí, entró su madre, corrieron hácia ella diciéndole: «Mamá, mamá, ¡qué contento! si somos buenas, papá nos ha prometido un vejigatorio esta tarde. El día se pasó en esfuerzos sostenidos para el bien. De vez en cuando las oí preguntarse en voz baja: «¿has visto tú un vejigatorio?» A la respuesta negativa de su hermana, María viene á decirme: «Papá, ¿cómo es un vejigatorio? ¿es cosa de comer?—No, hija mía, un vejigatorio se pone en el brazo:» va en seguida á llevar mi respuesta á Matilde, y cada una se mira el brazo para gozar desde ántes del bello efecto que debe producir el misterioso adorno.

En fin, llega la noche y declaro que María ha sido la más buena. Matilde se aniega en llanto.—«No llores, hermanita, le decía María; si mañana también somos buenas, papá te dará un vejigatorio como á mí.—¿Sobre qué brazo, pregunta mi dichosa enferma, se pone el vejigatorio?—

En el derecho.» Al punto, me descubre su brazo hasta la espalda. «Pero, le dije, es necesario estar en cama para recibirlo:» corre luego hácia ella.» Le coloco el vejigatorio: María lo mira, me da las gracias, me abraza y se duerme feliz como una reina. ¡Ay! como la de algunas reinas, su dicha, no fué de larga duración. No era aún de día, cuando llama tristemente á su hermana, diciéndole: «Matilde, Matilde, ¿quieres mi vejigatorio?—Y bien; préstamelo al ménos un instante.» Oigo esto y acudo; y fué necesario interponer mi autoridad para impedir la concesión. Entonces Matilde se puso á sollozar, diciendo: «Siempre á María se le da todo y yo nunca tango nada.»

3 DE NOVIEMBRE.

Moulins.—La iglesia del Colejio.—Recuerdos.—Un viaje en diligencia y la vida humana.—El progreso.—Roanne.—Tarare.—Lyon.

Un tiempo soberbio, una temperatura de primavera habían acompañado nuestra partida; pero en el orden físico, así como en el moral, los días se suceden y no se parecen. Era media noche; espesas nubes cubrían la faz del cielo y una luna dudosa iluminaba nuestra rápida travesía por Moulins, la ciudad de los ruiseños paseos. Una de nuestras penas fué no haber visitado de nuevo la iglesia del Colejio, que otro tiempo era de la Visitación. Interesante por sus riquezas artísticas, lo es mucho más por sus recuerdos. Mientras haya una sola piedra en pié, ella repetirá los nombres ilustres y benditos de dos mujeres fuertes, modelos de su sexo y glorias de su siglo. Bajo la sombra de ese santuario vivieron largo tiempo; sobre esas losas de mármol, derramaron sus lágrimas y sus oraciones Juana Francisca Frémiot, baronesa de Chantal, después la no-

ble é infortunada María Feliza de los Ursins, duquesa de Montmorency. La primera, digna hija de San Francisco de Sales, fundó, de acuerdo con él, la orden ilustre de la Visitación; la segunda, nacida casi sobre las gradas del trono, supo encontrar en los consuelos de la más elevada piedad, el secreto de vivir dulce y resignada, después del espantoso golpe que, cortando en el cadalso la cabeza de su marido, había roto para siempre sus esperanzas y destrozado su corazón.

Al despuntar el día, abrimos las portezuelas cargadas de vapores; una espesa nube oscurecía el horizonte; el frío era penetrante, el camino solitario y monótono; todo conducía á graves pensamientos. El que me conmovió, fué el paralelo de la vida humana y de un viaje en diligencia.

En la diligencia, os encontráis con viajeros, de los cuales unos os atraen, otros os desagradan, unos os dejan pronto, otros más tarde; amigos ó enemigos, es preciso separarse de todos. Los lugares vacantes se reemplazan prontamente; otros rostros suceden á los primeros; nuevos conocimientos, nuevas repugnancias, nuevos placeres, nuevas ideas, nuevo mundo. Los ausentes son bien pronto olvidados. Así es la vida humana.

En la diligencia, los pasajeros se colocan en lugares diferentes, vos mismo ocupáis estos con frecuencia, los unos después de los otros: lugares de *pescante*, nido del estudiante en vacaciones y del soldado en semestre, en donde respiráis el humo del cigarro, en donde tiritáis cuando hace frío, en donde os mojáis cuando llueve; lugares de *Cupé*, gabinete del mundo elegante, en donde veis en perspectiva el timón del carruaje y la *proa* de los caballos, lugares de *interior*, salón del comercio, en donde os sofocáis si hace calor, en donde se habla, como en representación sucesiva, del teatro, caminos de fierro, vinos, canela y

remolacha; lugares de *rotonda*, compartimiento del proletario, en donde se os asegura, sin aumento de precio, el placer de ser devorado por el polvo, y la olorosa compañía de los pájaros, de las nodrizas y de los segadores. De todos estos lugares, el mejor no vale nada: por todas partes sacudimientos y fatiga. Así, en la vida humana, ¿quién se siente bien? ¿quién puede hoy responder que no ocupará todos los lugares del carruaje social? ¿Cuántos están en el *cupé* que estaban ántes en la *rotonda* y *viceversa*?

En la diligencia, cada uno viaja por un interés particular; quién por el comercio, quién por gusto, quién por instrucción, quién por la salud, quien por cambiar de lugar. Así en la vida humana. ¡Ay! sí; en este viaje, cuyo objeto debía ser el mismo para todos, hay tan diferentes objetos como viajeros.

En la diligencia, el viaje es rápido; en vano querriais alguna vez moderar el paso. La voz ronca del conductor repite en cada estación: *en marcha, daos prisa*; y los latigazos del postillon ejecutan la cruel orden. Así en la vida humana. Cualesquiera que sean vuestros deseos, os está prohibido deteneros un momento; la voz imperiosa del tiempo exclama siempre: ¡en marcha! ¡en marcha! y es necesario andar.

En la diligencia, el viaje es corto; algunas horas, algunos días, raras veces algunas semanas, algunos meses. Así en la vida humana: la más larga es un sueño.

En la diligencia, el viaje es engañoso; la tierra, los árboles, las casas, las montañas, los hombres, el cielo, del cual solo veis un punto, se ven aparecer y desaparecer. Creéis que todo eso huye, y sois vos quien huye. Así en la vida humana: creemos que todo cambia á nuestro alrededor, y nosotros somos los que cambiamos.

En la diligencia, encontráis de vez en

cuando hospederías, unas buenas, otras medianas, otras malas; no haceis más que poner el pié en ellas, os servís á toda prisa de criados, muebles y habitaciones que no os pertenecen. Así en la vida humana; la choza del pobre, la casa del rico, el palacio del rey, son abrigos pasajeros en donde se duerme una noche; al día siguiente es forzoso partir.

En fin, última semejanza: en la diligencia no es raro que os pasen accidentes. Aun en los viajes más agradables, ¿quién ignora que cuentan por mucho los inconvenientes y los deseos malogrados? Así, y siempre así, en la vida humana.

La *Palisse* cortó el hilo de mis reflexiones; ese lugar nos recordó al Sire de la *Palisse* y la canción popular. Al recuerdo del ilustre mariscal de Francia, que después de tantas hazañas, pereció gloriosamente en la batalla de Pavía, ¿cómo no repetir con M. de Maistre: «Sed un grande hombre para que el primer coplero venga á cantaros y á juntar á vuestro nombre un ridículo inmortal?»

No se había acabado todavía esa canción que entonaba un viajero, cuando un espectáculo inesperado vino á provocar la hilaridad de todos. Atravesábamos una pequeña y sucia aldea, cuyo nombre nadie pudo decir. Sobre la puerta entreabierta de una miserable cabaña, con paredes de lodo y techo de paja, aparecía una plancha roja con estas fastuosas palabras en grandes caracteres negros: *Gabinete de lectura*. Mas en el momento de nuestro paso por allí, un gallo entraba arrogantemente en dicho gabinete. La vista del bipedo en semejante lugar, condujo á una muy seria discusión sobre la especie á que pertenecía. «Es un gallo de la India,» decían unos; «es un gallo francés,» respondían otros.—Vosotros no sabeis de eso nada, añadió un comedido viajero; el inteligente animal que va á tomar su folle-

to, es evidentemente un gallo falansteriano, un gallo libre, un gallo emancipado, como los vereis á millones en un cercano porvenir.—Me da lo mismo, exclamó uno de los viajeros que habia combatido en las Pirámides: siempre el progreso por todas partes, la civilización; y con una voz á la vez ronca y temblorosa, se puso á regalarmos con esta canción, que no carece de mérito:

Héme aquí hecho ya un viejo:

¡Qué triste cosa!

Héme aquí caducando

Sin saber jota.

¡Ay, quién pudiera

Ver á nuestros pilluelos

Pozos de ciencia!...

Sabrán ¡oh! la *rientórica*,

Sabrán la *matemática*,

Sabrán la *metafísica*,

La *química* sabrán:

Que en los raros secretos de todo eso

Estriba nada ménos que el *progreso*.

Por caminos de fierro,

Sin sobresalto,

Correranse las postas

A todo trapo.

Oh ¡qué delicia

Sentirán los pilluelos

Con esa prisa!

Cual si lanzados fuesen

Con furia, de una honda,

El mundo en pocas horas

Verán á la redonda;

Y pobres las tabernas ya sin eso

Dirán en su abandono: *hé ahí el progreso!*....

Mas la máquina salta

Rota en pedazos....

¡Qué importa dislocarse

Los *homoplátos*,

O al dar en tierra

Romperse allí la *crisma*,

O un brazo ó pierna?

Si acaso tal sucede,
Llamais un *Ormeopata*
Que os rompa la otra pata,
Y así quedais mejor.

¡Oh, quién pudiera contemplar todo eso,
Y admirado, exclamar: *hé aquí el progreso!*...

Y cuando ni á sí mismo

Sufrirse pueda,

Pone término el hombre

A la comedia;

Y se despacha,

Así... ¡como si fuera

Cosa de ganga!

Este se mete un plomo,

Se pincha el que es más zote,

Aquel se da garrote,

Y otro el fresco en las aguas va á buscar.

¡Hé aquí la ilustración, hé aquí el pro-

(greso!...

¿Y hay quién no se entusiasme con todo

(eso?

Mientras que el viejo soldado estigmatizaba el charlatanismo y la impiedad, la diligencia nos llevaba rápidamente. Atravesábamos las últimas llanuras del Bourbonnais, en las que Napoleón, al volver de Egipto, marcaba veinte lugares favorables para campos de batalla: antes de las doce estábamos en Roanne. Allí comienza la irradiación de la actividad lionesa; camino de fierro, puerto, tiendas más numerosas y elegantes, todo anuncia la cercanía de una gran ciudad. Sin embargo, el país cambia de aspecto; profundas barrancas, selvas de encinas os conducen á la famosa montaña de Tarare. La atravesamos sin accidente, así como la ciudad del mismo nombre, improvisada por la industria. A la luz de los faroles, ésta nos enseñó con el orgullo del que ha hecho fortuna, la fachada uniforme de sus largos edificios, todos parecidos

á cuarteles ó penitenciarias. Se pretende en esto, que bajo el aspecto moral y material, la manufactura tiene un poco de unos y de otras. El tiempo no nos permitió verificar la observación; nos estábamos tardando. El indolente conductor tuvo á bien culpar á los caballos, á los postillones, á los viajeros y á todo el mundo, excepto á sí mismo, y llegamos á las puertas de Lyon una hora después de media noche.

¿Podremos partir en los barcos? Esta grave cuestión nos ocupaba hacia ya tiempo. Cada uno hablaba según sus temores ó sus esperanzas. Unos, decían sí; otros, nó. Todos ignoraban si el Ródano, recientemente desbordado, permitía el paso por los puentes. Estábamos en esta incertidumbre, cuando apareció por la portezuela una extraña figura, iluminada por una linterna sorda, y medio cubierta con un ancho sombrero fieltro de alas aplastadas. Esta figura hablaba y decía: «Señores, billetes para el *Papin* número 2; es el único barco que parte hoy.» Todas las manos se alzaron á tomar los dichos billetes. Ahora, ¡ved cuán grande es sobre nuestros juicios el influjo de las pasiones! En el interior de un bosque, el hombre que ofrecía semejante figura nos habria hecho palidecer á todos. Y bien, ¿creeríais que aquí, gracias á sus tranquilizadoras palabras, el mensajero del *Papin* nos pareció casi tan bello como un ángel? Bajamos con nuestras maletas y á pié; tiritando y transidos de frío, seguimos hasta el borde del río al oficioso guía. El barco estaba abierto; bajamos á lo que se llama salón. Al resplandor de una lámpara, y con el calor de una cacerola vigorosamente calentada por el maquinista, vivaqueamos, tendidos sobre canapés hasta las seis de la mañana.

4 DE NOVIEMBRE.

Salida de Lyon.—Viena.—Tumba de Pilatos.—Tournon.—Valencia.—Viviers.—Puente del Espíritu Santo.—Hermanos pontífices.—Moranas y el baron des Adrets.—Avignon.—Aventura en la tarde.

El paso de los viajeros que llegaban, el pataleo de los caballos que embarcaban, el ruido de los toneles y fardos que hacían rodar sobre el puente, dieron justo fin á nuestro deseo de dormir. Desde la aurora habíamos saludado á la Reina de Fourviers y echado una rápida mirada sobre los hermosos muelles de la segunda ciudad del reino; el tiempo no nos permitió más, pero nos prometimos indemnizarnos á la vuelta.

Bien pronto el buque fué invadido, y nos vimos rodeados, oprimidos, codeados por una masa compacta de transeuntes que iban, venían, charlaban y se buscaban en todo aquel baturrillo, sin poder encontrarse ni oírse. Se levaron anclas, y reinó el silencio; la inquietud había atado todas las lenguas. Desde los muelles, el pueblo no cesaba de gritar: «no pasareis, el agua está muy alta; vais á estrellaros.» La siniestra predicción no se verificó: gracias á una hábil maniobra, salvamos felizmente el puente de la Guillotiére, y la rápida corriente del río, uniéndose á la potencia de nuestra máquina, que funcionaba con toda la fuerza de su vapor, nos llevó con tal rapidez, que antes de ocho horas teníamos á la vista á Vienne.

Una espesa humareda de carbon de piedra se extendía en pesadas nubes sobre la antigua ciudad delphinica, y le daba la figura de una enlutada matrona. La Catedral con sus dos elevadas torres, se dibujaba apenas en este negro paisaje, y las anchas proporciones del gótico monumento, pa-

recian confundirse con la dentellada cadena de montañas parduzcas que la dominan. Para encontrar en aquel día algo de interesante en la ciudad céltica, es preciso preguntar lo á su historia. ¡Qué conjunto de recuerdos gloriosos!

En los sangrientos fastos de la Iglesia, brillan cuatro diáconos, con un esplendor incomparable. Estéban, en Jerusalem; Lorenzo, en Roma; Vicente, en España; Sanctus, en las Gaulas. ¡Filántropos, inclinaos ante sus nombres! De estos hombres y otros semejantes, teneis todo lo que teneis, todo lo que sois, vuestras luces, vuestras instituciones, vuestras costumbres, vuestras libertades; son otros tantos frutos del árbol cristiano, cuyas raíces fecundaron con su sangre. Nativo de Viena, compañero en el suplicio de Pothin, de Blandina, Sanctus desesperó á sus jueces, cansó á sus verdugos é infundió un indefinible respeto á los millares de paganos congregados en el anfiteatro de Lyon para alimentarse con el espectáculo de sus tormentos. ¡Qué diré de la carta en que las iglesias de Viena y de Lyon refieren á sus hermanos de Oriente los combates del héroe? Amantes de la antigüedad, ¿quereis conocer un monumento inimitable de aquella sencillez sublime que os encanta en Herodoto ó en Homero? Leed esta carta; comienza así: «Los servidores de Jesucristo, que viven en Viena y en Lyon, ciudades de la Gaula céltica, á sus hermanos de Asia y de Frigia que tienen la misma fé y que esperan en el mismo Redentor, paz, gracia y gloria por la misericordia de Dios Padre y la mediacion de Jesucristo Nuestro Señor.»¹

A los apóstoles de las luces, Viena protesta también reconocimiento. Allí en el mes de Abril del año de 1311, se reunía el 15º concilio general. Diez y ocho veces

¹ Euseb. Chronic.—Joseph, lib. XVIII.

ha tenido la Iglesia esas grandes reuniones en donde se discutieron los intereses más grandes de la humanidad, y diez y ocho veces la esposa del Dios de las luces dió aliento solemnemente á los progresos de la razon, ya rechazando sus extravíos, ya fijando reglas seguras para su desarrollo. En Viena veo al papa Clemente V, rodeado del sacro colegio y de trescientos obispos. Sobre un trono ménos elevado que el del Pontífice, está sentado Felipe el Hermoso, acompañado de su corte; asiste, no como juez de la fé, sino como un obispo foráneo, para apoyar con su autoridad los decretos del concilio: es Constantino en Nicea, ó Marciano en Calcedonia. ¿Qué va á decidir la Iglesia católica reunida en plena Edad Média? Entre otras cosas, decide, ordena la creacion de cátedras gratuitas de hebreo, de árabe y de caldeo en las universidades de Roma, de Paris, de Oxford, de Bolonia y de Salamanca.

No léjos de Viena se saluda la tumba de Pilatos, especie de monumento piramidal que, segun tradicion, señala el lugar en donde el juez inícuo, perseguido por los remordimientos, se precipitó en el Ródano.¹

Bien pronto las riberas del río se reducen y se elevan en abiertas rocas ó en desnudas colinas, y se hacen más y más severas. Para nosotros, contrastaban desagradablemente con los encantados bordes del Loire. Por otra parte, si montañas volcánicas, desnudas y desgarradas continúan formando á la derecha un monótono dique á las invasiones de las aguas, al frente de Serrieres, las llanuras del Delfinado comienzan á abrirse y hacen gozar apaciblemente á la cansada vista.

A las diez y media se descubrió en lontananza una gran masa que parecia ele-

¹ Euseb. Crónica.—Joseph, lib. XVIII.

vase á la mitad del Ródano. Era el célebre castillo de Tournon, edificado sobre una roca, cuya base se hunde en el río. Las descoronadas torrecillas de la antigua mansion, y sobre todo su presente aspecto, dan testimonio del triste paso de las revoluciones humanas: la noble morada de los antiguos caballeros, sirve hoy de prision. A los brillantes castellanos, á las dulces y buenas señoras, á las elegantes damas, han sucedido nuevos huéspedes, de rostros y costumbres muy diferentes. A nuestro paso por allí, llegaban ocho ó diez encadenados, conducidos por la jendarmería. Cerca del castillo está el colegio, antigua casa de Jesuitas, que gozaba de merecida reputacion. Sobre la opuesta ribera del río, se elevan las colinas de las ermitas y de Côte-Rôtie, tan conocidas por sus vinos. A nombre de los aficionados, toda la tripalacion les envió un rápido pero gracioso saludo.

Ya Valencia estaba delante de nosotros. Celosa de la admiracion de los viajeros, la jóven hermana de Viena parece enseñarles con orgullo su cuartel, en otro tiempo antiguo seminario, su nuevo seminario, su iglesia de San Juan, su temible ciudadela, que forman los puntos culminantes del cuadro de que ella misma hace parte. Y si se pone á referiros su historia, ¿qué de cosas no tiene que decir? «En los días de mi infancia, hija querida de los galos, sufrí en mi adolescencia la suerte de mis hermanas: me convertí en colonia romana. Más tarde incliné la cabeza, bajo el cetro á la vez pesado y ligero de los duques de Borgoña, de los valientes condes de Provenza, y de los caballerecos señores de Tolosa. En 1449, fui ofrecida á Luis XI, y llegué á ser una nueva perla en la corona de Francia. He visto ocho veces á numerosos obispos santos, reunidos en concilio; pero hay un recuerdo que jamas se borrará de mi memoria. Hace medio si-

glo, he visto llegar prisionero al más alto personaje del universo. Era un anciano de ochenta años, tres veces venerable por su edad, por sus virtudes, por su dignidad: se llamaba Pio VI. Aun me parece descubrir, allá en la cima de mi ciudadela, la majestuosa figura de aquel pontífice, únicamente culpable del crimen de ser Papa. Le he visto sufrir, y me ha parecido más grande en la prision que sobre el trono. Le ví morir, y su muerte fué dulce como el sueño de la niñez, majestuosa como el sol que se oculta en el seno de las olas. Vosotros, transeuntes, decidme, ¿cuál ha sido el fin de sus perseguidores, y qué ha sido de su prediccion, segun la cual Pio VI debía ser el último de los Papas, y yo, sepulcro eterno del papado? ¹

El *Papin*, que se habia detenido delante de Valencia para dejar y tomar pasajeros, comenzó de nuevo su rápida carrera. Hé aquí en la opuesta ribera del Ródano, sobre una saliente elevacion, una antigua torre, verdadero nido de bandidos, que han hecho temblar más de una vez á las poblaciones situadas en la vertiente de la montaña. En jeneral, todas esas crestas del Ardèche, formadas por volcanes, desnudas, desgarradas, irregulares, erizadas de antiguos castillos, son de un aspecto á la vez amenazador, triste y salvaje. Viviers, con su hermoso seminario y su catedral, que podria tomarse por un fuerte castillo, nada cambia el aspecto de este paisaje.

Estaba yo en la parte del frente del buque, con la mirada fija hácia la costa, cuando oí cerca de mí una voz conmovida que exclamaba: *¡Hé ahí mi país! ¡Hé ahí!* Volví el rostro y miré á un soldado jóven, que enseñaba con ternura una lejana cima cubierta de nieve. «Lo conozco bien, de-

¹ Esta misma prediccion, con un motivo semejante, y con iguales fundamentos, se hace hoy por hombres de las mismas ideas. (N. del T.)

cia él, es el monte Ventous, departamento de Vaucluse. Lo he subido muchas veces con el señor cura, cuando iba á decir la misa en la capilla que está arriba. ¡Ahí está mi madre!...» y con el dorso de la mano se enjugaba una gruesa lágrima el interesante jóven. Repentinamente exclamaron los viajeros: ¡el puente del *Espíritu Santo!* y todas las miradas, ménos las del soldado, se dirigieron hácia el célebre monumento. Como estábamos á más de média legua, pudimos considerar á nuestro sabor el Bourg-Sain-Andeol, y las bien conservadas ruinas de un templo galo, elevado, segun se dice, á Mithras. La dominacion romana habia introducido sin duda en las Gaulas ese culto oriental.

Sin embargo, la máquina dejaba escapar su vapor; el buque habia retardado su marcha. ¿Por qué este retardo? Era preciso que el piloto encargado de nuestra embarcacion, detuviera esta para hacernos pasar el Puente del Espíritu Santo. Sin una maniobra particular, que él solo tenia costumbre de hacer, se corria riesgo de romperse contra las columnas del puente. En otro tiempo, ántes de intentar el peligroso paso, conductores y viajeros hacian solemnemente un acto de contricion. Por mi propia cuenta, seguí aquel piadoso ejemplo y me abandoné con confianza á la habilidad del piloto y á los cuidados paternales de Aquel que dá al hombre la inteligencia; pasamos, y aunque con trabajo, al ménos sin accidente. Dimos gracias á Dios y admiramos ese monumento que trae á la memoria una de las instituciones de la Edad Média.

El Puente del Espíritu Santo tiene 799 metros de longitud, sobre cerca de 5 metros de latitud. Compuesto de 23 arcos, presenta en el centro de cada columna una gran claraboya destinada á facilitar el paso del rio en las fuertes crecientes. La opinion más acreditada, atribuye

su construccion á los *hermanos Pontifes*, humildes monjes, cuyo nombre y servicios ignorados hoy, merecen el reconocimiento eterno de los amigos de la civilizacion. ¹ En el siglo XII, el hermoso país de Francia no estaba como hoy entrelazado con grandes caminos, recorridos noche y dia por innumerables carruajes; nuestros rios y riachuelos no estaban cubiertos de embarcaciones de toda especie, ó surcados por rápidos barcos de vapor; los viajes eran generalmente difíciles y poco seguros. La civilizacion material, resultado inmediato de las frecuentes comunicaciones entre ciudades y provincias, estaba estacionaria; á la relijion habiase reservado la gloria de desarrollarla. La mano infatigable de los relijiosos de San Benito y de Citeaux, habia labrado los incultos campos y destruido las vastas selvas que cubrian el suelo. Gracias á los hermanos Pontifes ó *fabricantes de puentes*, los rios pudieron atravesarse sin peligro. Esta útil órden debió su fundacion á San Bénézet, de quien tendré ocasion de hablar mañana.

Saliendo del Puente del Espíritu Santo, las riberas del Ródano se ensanchan al punto; se extiende la vista á derecha é izquierda sobre las vastas campiñas de Vaucluse y de Gard. El rio corre desbordándose con una rapidez siempre creciente: se diria que el hijo del San Gothard se apresura por llevar al Mediterráneo el tributo de sus aguas.

Casi al frente del Puente del Espíritu Santo, sobre la ribera izquierda del rio,

¹ El siguiente pasaje de una bula de Nicolas IV, fechada en 1448, parece decisivo en favor de esta opinion. «Pastorque ipse, spiritus sancti gratia, et fidelium elemosynis fretus, pontem in loco indicato hujusmodi inchoavit.» Otros atribuyen la construccion del puente del Espíritu Santo, á los habitantes de San Saturnino del Puerto, ayudados con las limosnas de los relijiosos de Cluni y excitados por el ejemplo de los hermanos Pontifes.

distinguí la aldea de Mornas y su ensangrentado pico. Si hubiéseis pasado por allí hácia fines del décimosexto siglo, hubierais podido ver en aquellos parajes á un hombre de alta estatura, de mirada feroz, de curva nariz, rostro descarnado señalado con manchas de sangre negra; que reunia á la vez la rapacidad del buitre, y la voracidad del tigre; tal era el Sylla del protestantismo, Francisco de Beaumont baion de los Adrets. Habriais podido ver, lo, despues de la toma de Mornas, tomar para sí el bárbaro placer de hacer saltar uno á uno los soldados y oficiales de la guarnicion católica, ya desde lo alto de las vecinas rocas, ya desde la plataforma de las torres á los fosos, en donde su jente los recibia sobre picas. Uno de estos desgraciados, que por dos veces emprendió su vuelo y se detuvo por otras tantas en el borde del precipicio, le gritó: *¡Adrets! ¡Cobarde! mira que has vuelto atras dos veces.* — *Yo os la doy por diez*, respondió el soldado. Tanta fuerza de alma en momento tan supremo, agradó al tirano, y obtuvo la víctima la gracia del destierro.

Experimenté no sé qué sobresalto cuando quitando la vista del teatro de tantos crímenes, saludé á la pequeña ciudad de Roquemaure, en donde se cree que Aníbal, al marchar sobre Italia, pasó el Ródano con su ejército.

A las cinco, se vieron de léjos las torres de Avignon. La antigua capital de los Cavares, sucesivamente colonia romana, conquista de los Bourguignons, de los Sarracenos, de los Francos, mandados por Carlos Martel, república en el siglo décimotercio, vendida en el décimocuarto por Juana de Nápoles al Papa Clemente VI, se hizo en la revolucion de 93, parte integrante del territorio frances.

Ya iba yo á meditar no sé qué, sobre esa perpétua movilidad de las cosas humanas, cuando llegamos al puerto. Era

de noche; nuestro primer cuidado fué encontrar un albergue, pero no era fácil. Los buques y los coches, que marchaban por allí ese día por la primera vez despues del desborde del Ródano, habian inundado la ciudad de viajeros. Tocamos en varias puertas y en todas se nos contestó *No hay lugar*. Estábamos amenazados de dormir á campo raso, ni más ni ménos. En tal conflicto, se decidió que nuestra pequeña caravana se dividiera inmediatamente, que cada uno de nosotros se pondria en busca por cuenta de la comunidad y que media hora despues nos reuniríamos en el punto de partida. Hémos ahí á los tres en busca de un hotel, de un albergue cualquiera. Al tiempo señalado para la vuelta, llevamos Enrique y yo por el resultado cero. Francisco esperado con impaciencia, Francisco, última esperanza del Estado, no volvió. ¡Ay, no debía volver! No vayais á creer que él habia hecho traicion á su encargo, que contento con haber hecho sus negocios, habia olvidado los del país; no, como muchos otros, solamente habia ido demasiado lejos y se extravió.

Su ausencia, debo confesarlo, complicaba singularmente nuestros negocios. De agradable que hasta entónces habia sido nuestra posicion, se convertia en verdaderamente seria: la noche avanzaba; sin conocimientos, sin indicaciones posibles que dar ó pedir para seguir la huella de nuestro amigo. De pronto nos ocurrió un luminoso pensamiento, como tienen siempre los gobiernos civilizados, cuando es preciso arrojarse á un mal paso ó consolarse de un contratiempo. Francisco habrá vuelta al *Papin*. Con esta chispa de consuelo, impresa mucho ántes en nuestra alma, nos pusimos á trabajar por nuestra cuenta. Despues de largas investigaciones, llegamos á descubrir una sucia enrucijada, en la extremidad de una larga y negra galería, un, dizque hotel, en don-

de todo era provenzal de sangre pura, lo cual para los habitantes del Norte y del centro, se traduce literalmente en estos términos: pagar caro, comer aire y dormir despiertos. Fué preciso pasarla allí.

A las cinco de la mañana dejamos el hotel, y por el camino más corto nos encaminamos al buque. Grande fué nuestro contento al hallar allí al extraviado, miembro de nuestro pequeño Estado. Nos refirió que despues de haber andado largo tiempo, habia perdido el camino del punto de la cita; que desesperado de encontrarle habia comido bien y habia venido á pedir hospitalidad en el *Papin*. En este momento el capitán vino á anunciar que la niebla no permitia levar anclas y que se retardaba la partida algunas horas. Este contratiempo nos permitió echar una mirada sobre Avignon; comenzamos por el Palacio de los Papas.

Esa importante masa sentada sobre una elevada roca que domina el Ródano, está rodeada de cuatro torres cuadradas de una altura y dimension gigantescas. Mientras que el arqueólogo contempla allí con transporte el sabio jenio, serio y á veces sombrío de la Edad Média, ella aparece al cristiano como una imájen de la Iglesia, que edificada sobre una roca, ve correr el río de los siglos, cuyas olas chocan en vano contra sus eternos cimientos. Una de las torres es tristemente célebre en nuestros fastos revolucionarios. Allí, en la nevera que está en su base, el feroz Camilo Jourdan, á quien llamaban *Corta-cabezas*, precipitó á multitud de víctimas culpables de nobleza, de riquezas y de virtudes. Para dar descanso al alma fatigada con tal recuerdo, está muy á propósito la graciosa iglesia de Nuestra Señora de los Doños, situada en las carcanías. En este antiguo santuario, tan querido para los de Avignon, la piedad reconocida ha prodigado en honor de la augusta Virgen, las her-

mosas esculturas, los preciosos mármoles. La sacristía ofrece á los amantes del arte, la tumba gótica de Juan XXII, pontífice tan conocido por su devoción á María; pero pocos se acuerdan de los dos célebres concilios cuya historia ocupa largas columnas en la historia religiosa y política de la Edad Média. En el primero, habido en 1209, fué solemnemente destituido el emperador Othon IV; el segundo, celebrado en 1327, excomulgó al antipapa Pedro de Corbara. Gracias á la condescendencia de las excelentes religiosas de San José, nos fué permitido admirar en el hospital el famoso Cristo de marfil, el más grande y acaso el más hermoso que se conoce.

Volviendo á tomar el muelle del Ródano, estuvimos bien pronto sobre el puente de San Bénézet, á donde nos llamaba una maravillosa leyenda. Un día, no sé cual, del año de 1176 se vió bajar de las montañas en donde cuidaba las ovejas de su madre, á un pequeño pastor de doce años de edad. Conmovido por los peligros que habia visto correr á los pobres viajeros al pasar el Ródano, venia á Avignon, llamándose inspirado de Dios, para construir un puente sobre este río. Entra á la iglesia, participa su mision al obispo, se le trata de visionario y le exhortan á que vuelva á cuidar de su rebaño. A las burlas, suceden las amenazas, pero nada le arredra. Propone una prueba; se acepta. A vista de la ciudad toda, el adolescente coloca sobre sus espaldas una enorme piedra que treinta hombres tratan en vano de levantar. Convirtiose el desprecio en admiración, y se decide la construcción del puente en medio de unánimes aplausos. Cada uno contribuyó con su dinero y su trabajo á la construcción del monumento, cuya dirección se encomendó á Bénézet. Comenzado en 1177, se acabó en 1192. Su solidez, sus diez y ocho arcos, sus trescientos cuarenta piés de lon-

gitud, lo colocaron con justo título entre las maravillas de la Edad Média, edad por otra parte poderosa y maravillosa en monumentos de arquitectura. Antes de haber puesto la última mano en su obra, pero despues de haber vencido todas las dificultades, murió Bénézet, tan respetado por sus virtudes como célebre por sus milagros. Penetrada de veneración y reconocimiento, mandó edificar la ciudad, sobre la décima tercera pilastra, una elegante capilla en donde fueron depositadas las reliquias del santo, la cual subsiste todavía. En 1669, habiéndose caído una gran parte del puente, fueron trasladadas solemnemente á la iglesia de los Celestinos. Los diferentes barrios de la ciudad que en seguida recorrimos, nada nos ofrecieron de nuevo que no se encuentre en otras ciudades; vimos sin pena disiparse la niebla y apresurarse el momento de la partida. Despues de veinte minutos de difíciles y peligrosas maniobras, se consiguió pasar entre los estrechos ojos del puente. El *Papin* se deslizaba rápidamente sobre las hermosas aguas del Ródano, que semejante á un vasto espejo, reflejaban hacia nosotros los primeros rayos del sol provenzal. Bien pronto se extendió delante de nosotros la inmensa llanura en que tiene lugar la feria de Beaucaire; sobre ella se elevaba la formidable torre que domina la ciudad; en fin, Beaucaire nos enseñó su jóven y móvil figura con el soberbio puente que lo une á su hermana mayor, la antigua ciudad de Tarascon.

En el ribazo del puente nos esperaba una nube de hombres extraños. Si su casaca de terciopelo castaño, su gran sombrero fieltro gris, cuya ala posterior bajaba hasta la mitad de la espalda, su cinturón de varios colores, su ancho pantalón de color incierto, no nos dieran á conocer que estábamos en país civilizado; los jestos animados, los negros rostros, el in-

comprensible lenguaje de aquellos personajes de tal talante, nos hubiera hecho creer que íbamos á abordar á alguna playa africana y á caer en manos de una horca de Kabyles. De hecho íbamos á tener que hacer con Arabes, y lo que es peor, con Arabes que han sacado patente; los mozos de cordel de Beaucaire. Apenas estuvimos á su alcance, cuando se lanzaron sobre el barco, precipitándose sobre nuestros equipajes: de buena, ó de mala gana, es necesario aceptar sus servicios, ellos tienen el monopolio del descargo. Nuestros efectos, que no hacían carga para dos, fueron tomados entre cuatro para llevarlos, y les seguimos al hotel, algunos pasos distante de la orilla. Un viajero creyó mostrarse jeneroso ofreciendo cincuenta céntimos á su mozo por el transporte de su ligera balija; este se niega, diciendo que se le debe el doble: el viajero no pasó por ello, y el cargador se alejó murmurando. Durante el desayuno, le vimos volver acompañado de un policía; enseñaba un decreto del alcalde, que impone á los viajeros la obligación de pagar un franco, cualquiera que sea el volumen del fardo y la distancia recorrida. Poco deseoso de hacer un conocimiento más íntimo con este excelente policía, el viajero se excusó con buen modo, dando lo que se le pedía; pero si el señor policía (maire) puede estar cierto de que es el muy querido de los cargadores, no debe estarlo también de que siempre será el objeto de las bendiciones de los extranjeros. ¡Dios os guarde, cargadores de Beaucaire!

Acabado el almuerzo, atravesamos el puente moderno que conduce á Tarascon. La antigua iglesia de Santa Marta, tan notable por su arquitectura, atrajo desde luego nuestras miradas: por desgracia, la última creciente del Ródano había inundado la catacumba, lo que nos impidió ver á nuestro sabor la tumba de la santa hos-

pedadora del Hijo de Dios; fuimos compensados con la relación del milagroso apostolado de Santa Marta. Hé aquí lo que contaba el cicerone:

«Llegada al país, decía, lo encontró la santa sumergido en la idolatría; pero bien pronto la Providencia le proporcionó la ocasión de probar la verdad del cristianismo. Un monstruo horrible, que llamamos Tarasca, ejercía sus desolaciones y llevaba la consternación á toda la nación. Muchas ocasiones se habían reunido los habitantes para darle carga; pero el monstruo había devorado á los más valientes y se había escapado de sus ataques. Nadie se atrevía á salir: entonces se recurrió á la santa extranjera, suplicándola que librase al país del azote que lo desolaba. Habiéndose encomendado á Dios la santa, se armó de una pequeña cruz y de un cordón, y preguntó: ¿dónde está el monstruo? Se la conduce á la entrada del bosque llamado *Nerluc*, en donde el espantoso animal tenía costumbre de estar, cuando no se hallaba en los bordes del Ródano, en una caverna que servía de sepulcro á la mayor parte de los viajeros. La heroína entra al bosque, se adelanta hasta la boca de la caverna, y con una voz firme y resuelta dice al monstruo: *¡En nombre de Jesucristo te mando salir!*

«Al momento se ve aparecer una bestia tan espantosa, que su sola vista era capaz de hacer morir de terror. Era un animal, medio cuadrúpedo y medio pescado; tenía el cuerpo más alto y más largo que un toro, la cabeza de un león, los dientes largos y cortantes, la crin de un caballo, los pies de su oso y tenía seis, y la cola de una serpiente; su cuerpo estaba cubierto de escamas, á prueba de las armas más fuertes; sobre su espinazo se elevaba una arista armada de agudas puntas, tan duras como el fierro. A su vista, los más intrépidos huyen, y la santa queda sola

Arrastrada por un poder divino, la Tarasca se acerca y viene á depositar á sus pies los miembros palpitantes de un desgraciado viajero que debía ser su última víctima. La santa le toca la cabeza con la cruz, y pasándole su cordón al rededor del cuello, conduce al monstruo, tan manso como un cordero: toda la ciudad acude al ruido del milagro. Para vengarse de las crueldades que les había hecho sufrir, los habitantes mataron la Tarasca, después de haberla golpeado y desgarrado con el mismo temor que si fuera una fiera pintada en un lienzo. Se dieron á Marta unánimes bendiciones, y el poder del Dios de los cristianos fué reconocido públicamente. En memoria de este acontecimiento, que fué para nuestro país el fin de la idolatría y el principio de la fé, celebramos cada año una soberbia fiesta, de la cual quedaríais muy contentos si asistiérais.»

El buen hombre iba á contarnos la fiesta de la Tarasca, cuyos pormenores nadie ignora; pero nuestra atención se dirigió á otros objetos. El castillo de Tarascon nos mostraba sus negras murallas, desde cuya altura fueron precipitados, después del 9 thermidor, un gran número de republicanos furiosos. Así, á algunas leguas de distancia de esos sangrientos teatros de la revolución francesa, se hallan la nevera de Avignon para las víctimas; el castillo de Tarascon para los verdugos: el mismo género de suplicio. ¡Tal es la justicia de Dios!

Entre tanto, ya había sonado la hora de partir para Nîmes. Volver á pasar el puente, saludar el vasto campo de la feria, entonces desierto, el canal del Mediodía cubierto de buques atravesar: Beaucaire en toda su longitud, fué negocio de diez minutos que nos quedaban todavía. Apenas espiraba el undécimo, cuando los ruidosos vehículos de la industria nos llevaban con la rapidez del viento á través de

una vasta campiña plantada de olivos. Estos preciosos árboles, cuyas parduzcas y pequeñas hojas están lejos de halagar la vista de un extranjero, regocijaban entonces el corazón del propietario; estaban cargados de frutos que prometían á los felices habitantes de Provenza, un año de abundancia. El olivo requiere ser cultivado con cuidado, podado y abonado cada tres ó cuatro años: á este precio paga ampliamente los sudores del hombre. El moral que lo acompaña casi siempre, no es ménos útil; su verde follaje forma el bordado ordinario de los arbustos de olivo, y da al paisaje un aspecto ménos monótono.

En ménos de una hora se habían salvado siete leguas: estábamos en el desembarcadero de Nîmes. La catedral, tan rica en recuerdos, los fosos del obispado, sepulcro viviente de una multitud de católicos durante las guerras de religión, la famosa fuente con su jardín, el orgullo de los nimeses, tales fueron los primeros objetos de nuestra ardiente curiosidad. El manantial, que forma riachuelo, sale del pie de una montaña, en cuyo vértice se eleva la *Torre Magna*, antiguo faro edificado por los romanos. La vertiente que mira á la ciudad, está sembrada de verdes árboles y presenta el aspecto gracioso de un jardín inglés, con sus calles en espiral, sus saltantes rocas, sus accidentes de terreno y sus perspectivas de un efecto verdaderamente pintoresco. En el desagüe mismo, formado por el manantial de la fuente, se encuentran baños romanos y un templo de Diana, cuyo cimiento está muy bien conservado. Veintiun pasos de distancia, al pie de una roca, se eleva un templo druida, si alguna vez los druidas tuvieron templos. Las gruesas paredes de cantera bruta que lo componen, contrastan de una manera notable con las delicadas esculturas del templo de Diana. El genio de los pueblos se revela en este

doble monumento, y el paganismo se muestra en él con sus dos caracteres distintivos, la crueldad y la voluptuosidad. Siguiendo aquellas hermosas aguas, cuya pureza y transparencia me hacían recordar los riachuelos de la Suiza, recorrimos todo el jardín de la Fuente, verdadero *Luxemburgo* de Nîmes, y llegamos á la *Casa Cuadrada*.

Este templo, que por su construcción ocupa el primer rango entre nuestras ruinas romanas, forma un paralelogramo apoyado sobre treinta columnas estriadas de una buena arquitectura. Colocado en medio de un *forum*, este monumento fué según todas las apariencias, edificado por Agrippa y dedicado á Augusto. Pero después de la muerte del joven Marcelo, habiendo adoptado Augusto á los hijos de Agrippa su yerno á quienes dió el título de Césares, se cree que les fué consagrado este templo. Tal parece ser el sentido de la siguiente inscripción:

C. Caesare Augusti F. Cos. Lucio Caesari Augusti F. Cos. Designato, Principibus Juventutis.

"A. C. César hijo de Augusto, cónsul.

A. Luciano César "hijo de Augusto, cónsul designado, príncipes de la juventud."

La Casa Cuadrada, que sirve hoy de museo y de galería, ofrece una notable colección de antigüedades. Los bustos de mármol, los sarcófagos de granito, las pequeñas estatuas de bronce de las divinidades paganas, son allí muchas y bellas. Entre las piedras sepulcrales, advertí aquella cuya inscripción comienza por estas palabras: *Pax aeterna*. Hasta en los trofeos de la muerte intentaban grabar los paganos el dogma social de la inmortalidad. A la cabeza de los cuadros se muestra *Cromwell* abriendo la tumba de Carlos I. Bien pronto el espectáculo del rejicida, inmortalizado sobre el lienzo, dió lugar á un recuerdo no ménos espantoso,

grabado sobre la piedra. En las cercanías de la Casa Cuadrada, se eleva el anfiteatro en que se derramaron olas de sangre humana para la diversion del pueblo-rey. Mejor que todo lo que hemos observado, las arenas de Nîmes, atestiguan por su perfecto estado de conservación y por sus colosales proporciones la crueldad y poder de los romanos. Cuando estais allí, en medio de aquel vasto recinto de paredes diez y siete veces seculares, por poco que impongais silencio á vuestra preocupacion del momento, ¡qué multitud de recuerdos y de imágenes os asaltan! A vuestro alrededor, desde el *podium* hasta la galería superior, os parece ver sentados sobre las gradas á aquellos treinta mil espectadores ávidos de sangre, oír sus prolongados aplausos á la caída de cada víctima, los desgarradores gritos de los heridos, el estertor de los moribundos, los aullidos de los leones y de los tigres, el chis chas de las espadas, ó la bocina de los gladiadores que introducían á la arena un esclavo desgraciado, un cristiano tal vez, ó alguna nueva bestia cuyo porte y extraordinario furor van á dar un instante de convulsiva alegría á aquel pueblo enajenado; y vuestro corazón se oprime, y á la noche siguiente sueños espantosos os turbarían, si no viniese á dormir todos los otros sentimientos el reconocimiento hácia Dios que ha librado al mundo de tanta barbarie.

El órden de nuestras correrías nos hizo pasar de las *Arenas* á la prision central ocupada por los hermanos de la Doctrina cristiana: esta intermediación nos pareció muy buena. Ver repentinamente en presencia uno de otro, al paganismo y al cristianismo en su espíritu y en sus obras, ¡qué mejor medio de apreciarlos y de llegar sin gran esfuerzo de lógica á las siguientes conclusiones! Bajo el imperio del paganismo, profundo desprecio á la humanidad; bajo el reinado del cristianismo,

respeto religioso aun para el culpable; en las arenas, egoísmo y crueldad; en la prision, desinterés y caridad; allá, asesinato del inocente por el culpable; acá, consuelo del criminal por el inocente; allá, gritos de alegría al espectáculo del dolor; acá, lágrimas de compasión á vista del sufrimiento; allí, el débil, el pequeño, el prisionero cargado de cadenas é inmolado por el fuerte y poderoso; aquí, el fuerte y el poderoso convertido en servidor del pobre y del pequeño; allí, gladiadores; aquí, hermanos. En cuanto á la razon de este fenómeno moral, siempre subsistente, ¿quiereis conocerla? levantad la vista: en las arenas, Júpiter y Venus, el águila y las haces consulares; en la prision, Jesús y María, la paloma y la cruz. ¡Esto es todo!...

6 DE NOVIEMBRE.

Arlés.—Saint-Trophime.—Los Claustros.—San Cesáreo.—El teatro.—El anfiteatro.—Los concilios.—San Genés.

De vuelta á Beaucaire, fué necesario á toda prisa ganar el puerto, hácia el cual se precipitaba la multitud de viajeros. La campana del *Papin* habia sonado ya, y su chimenea lanzaba á lo lejos una ancha columna de blanco humo, señal de próxima partida. A las ocho estábamos en plenas aguas, el cielo soberbio, y el Ródano tranquilo; de suerte, que á las diez abordábamos á Arlés, después de haber salvado una distancia de seis leguas. Las circunstancias nos obligaron á permanecer en aquella ciudad hasta la mañana del siguiente día, y de ello me di los parabienes.

El filósofo que sin salir de Francia quisiera hacer un curso completo de meditaciones, sobre las revoluciones de las cosas humanas, no podría hacerlo mejor que fi-

jando su morada en la antigua ciudad arlesiana. Los griegos, los romanos, los Bourguignones, los Godos, los Sarracenos, los Francos, ¿qué sé yo? veinte diversos pueblos han removido á su turno con sus manos y humedecido con su sangre, ese suelo cubierto todavía con los monumentos de su poder. En otro tiempo, templos, edificios, palacio, forum, anfiteatros, ciudadelas; en el presente, esos monumentos se han convertido en lo que llegan á ser á la larga todas las obras del hombre, en ruinas; por esto mismo son como me lo parece, más elocuentes. Añadid que el pueblo, guardian de ese gran sepulcro, es un pueblo aparte. El Arlesiano difiere en vestido, lenguaje y costumbres de las poblaciones vecinas; se diría que se acuerda de su pasada gloria y que quiere permanecer en ella.

Sin embargo, entre todos estos rotos poderes, hay uno que sobrevive y que ha sabido imprimir allí, como en todas partes, un sello de inmortalidad á sus hombres y á sus monumentos; es el cristianismo. Después de tantos siglos, Arlés conserva un religioso recuerdo de Trophime, de Cesáreo, de Genés. El primero era un pobre discípulo de un fabricante de tiendas llamado Pablo, que desde la prision en que estaba encadenado en la gran Roma, menospreciaba el poder de Nerón, hacia bambolear en sus altares á los dioses del Capitolio y enviaba discípulos para la conquista del mundo. Arlés tocó á Trophime, y el joven apóstol, secundando maravillosamente los designios de su maestro, alcanzó someter al imperio de la cruz una parte de la Gaula meridional. 1

Alojados en un hotel, edificado tal vez sobre la basílica del foro, como parecen indicarlo dos antiguas columnas colocadas en la fachada, estábamos á dos pasos de la

1 Mamachi. Orig. et antiquit. christian, tom. II, lib. 2, páj. 266.

doble monumento, y el paganismo se muestra en él con sus dos caracteres distintivos, la crueldad y la voluptuosidad. Siguiendo aquellas hermosas aguas, cuya pureza y transparencia me hacían recordar los riachuelos de la Suiza, recorrimos todo el jardín de la Fuente, verdadero *Luxemburgo* de Nîmes, y llegamos á la *Casa Cuadrada*.

Este templo, que por su construcción ocupa el primer rango entre nuestras ruinas romanas, forma un paralelogramo apoyado sobre treinta columnas estriadas de una buena arquitectura. Colocado en medio de un *forum*, este monumento fué según todas las apariencias, edificado por Agrippa y dedicado á Augusto. Pero después de la muerte del joven Marcelo, habiendo adoptado Augusto á los hijos de Agrippa su yerno á quienes dió el título de Césares, se cree que les fué consagrado este templo. Tal parece ser el sentido de la siguiente inscripción:

C. Caesare Augusti F. Cos. Lucio Caesari Augusti F. Cos. Designato, Principibus Juventutis.

"A. C. César hijo de Augusto, cónsul.

A. Luciano César "hijo de Augusto, cónsul designado, príncipes de la juventud."

La Casa Cuadrada, que sirve hoy de museo y de galería, ofrece una notable colección de antigüedades. Los bustos de mármol, los sarcófagos de granito, las pequeñas estatuas de bronce de las divinidades paganas, son allí muchas y bellas. Entre las piedras sepulcrales, advertí aquella cuya inscripción comienza por estas palabras: *Pax aeterna*. Hasta en los trofeos de la muerte intentaban grabar los paganos el dogma social de la inmortalidad. A la cabeza de los cuadros se muestra *Cromwell* abriendo la tumba de Carlos I. Bien pronto el espectáculo del rejicida, inmortalizado sobre el lienzo, dió lugar á un recuerdo no ménos espantoso,

grabado sobre la piedra. En las cercanías de la Casa Cuadrada, se eleva el anfiteatro en que se derramaron olas de sangre humana para la diversión del pueblo-rey. Mejor que todo lo que hemos observado, las arenas de Nîmes, atestiguan por su perfecto estado de conservación y por sus colosales proporciones la crueldad y poder de los romanos. Cuando estais allí, en medio de aquel vasto recinto de paredes diez y siete veces seculares, por poco que impongais silencio á vuestra preocupación del momento, ¡qué multitud de recuerdos y de imágenes os asaltan! A vuestro alrededor, desde el *podium* hasta la galería superior, os parece ver sentados sobre las gradas á aquellos treinta mil espectadores ávidos de sangre, oír sus prolongados aplausos á la caída de cada víctima, los desgarradores gritos de los heridos, el estertor de los moribundos, los aullidos de los leones y de los tigres, el chis chas de las espadas, ó la bocina de los gladiadores que introducían á la arena un esclavo desgraciado, un cristiano tal vez, ó alguna nueva bestia cuyo porte y extraordinario furor van á dar un instante de convulsiva alegría á aquel pueblo enajenado; y vuestro corazón se oprime, y á la noche siguiente sueños espantosos os turbarían, si no viniese á dormir todos los otros sentimientos el reconocimiento hácia Dios que ha librado al mundo de tanta barbarie.

El órden de nuestras correrías nos hizo pasar de las *Arenas* á la prisión central ocupada por los hermanos de la Doctrina cristiana: esta intermediación nos pareció muy buena. Ver repentinamente en presencia uno de otro, al paganismo y al cristianismo en su espíritu y en sus obras, ¡qué mejor medio de apreciarlos y de llegar sin gran esfuerzo de lógica á las siguientes conclusiones! Bajo el imperio del paganismo, profundo desprecio á la humanidad; bajo el reinado del cristianismo,

respeto religioso aun para el culpable; en las arenas, egoísmo y crueldad; en la prisión, desinterés y caridad; allá, asesinato del inocente por el culpable; acá, consuelo del criminal por el inocente; allá, gritos de alegría al espectáculo del dolor; acá, lágrimas de compasión á vista del sufrimiento; allí, el débil, el pequeño, el prisionero cargado de cadenas é inmolado por el fuerte y poderoso; aquí, el fuerte y el poderoso convertido en servidor del pobre y del pequeño; allí, gladiadores; aquí, hermanos. En cuanto á la razón de este fenómeno moral, siempre subsistente, ¿quiereis conocerla? levantad la vista: en las arenas, Júpiter y Venus, el águila y las haces consulares; en la prisión, Jesús y María, la paloma y la cruz. ¡Esto es todo!...

6 DE NOVIEMBRE.

Arlés.—Saint-Trophime.—Los Claustros.—San Cesáreo.—El teatro.—El anfiteatro.—Los concilios.—San Genés.

De vuelta á Beaucaire, fué necesario á toda prisa ganar el puerto, hácia el cual se precipitaba la multitud de viajeros. La campana del *Papin* había sonado ya, y su chimenea lanzaba á lo lejos una ancha columna de blanco humo, señal de próxima partida. A las ocho estábamos en plenas aguas, el cielo soberbio, y el Ródano tranquilo; de suerte, que á las diez abordábamos á Arlés, después de haber salvado una distancia de seis leguas. Las circunstancias nos obligaron á permanecer en aquella ciudad hasta la mañana del siguiente día, y de ello me di los parabienes.

El filósofo que sin salir de Francia quisiera hacer un curso completo de meditaciones, sobre las revoluciones de las cosas humanas, no podría hacerlo mejor que fi-

jando su morada en la antigua ciudad arlesiana. Los griegos, los romanos, los Bourguignones, los Godos, los Sarracenos, los Francos, ¿qué sé yo? veinte diversos pueblos han removido á su turno con sus manos y humedecido con su sangre, ese suelo cubierto todavía con los monumentos de su poder. En otro tiempo, templos, edificios, palacio, forum, anfiteatros, ciudadelas; en el presente, esos monumentos se han convertido en lo que llegan á ser á la larga todas las obras del hombre, en ruinas; por esto mismo son como me lo parece, más elocuentes. Añadid que el pueblo, guardian de ese gran sepulcro, es un pueblo aparte. El Arlesiano difiere en vestido, lenguaje y costumbres de las poblaciones vecinas; se diría que se acuerda de su pasada gloria y que quiere permanecer en ella.

Sin embargo, entre todos estos rotos poderes, hay uno que sobrevive y que ha sabido imprimir allí, como en todas partes, un sello de inmortalidad á sus hombres y á sus monumentos; es el cristianismo. Después de tantos siglos, Arlés conserva un religioso recuerdo de Trophime, de Cesáreo, de Genés. El primero era un pobre discípulo de un fabricante de tiendas llamado Pablo, que desde la prisión en que estaba encadenado en la gran Roma, menospreciaba el poder de Nerón, hacía bambolear en sus altares á los dioses del Capitolio y enviaba discípulos para la conquista del mundo. Arlés tocó á Trophime, y el joven apóstol, secundando maravillosamente los designios de su maestro, alcanzó someter al imperio de la cruz una parte de la Gaula meridional. 1

Alojados en un hotel, edificado tal vez sobre la basílica del foro, como parecen indicarlo dos antiguas columnas colocadas en la fachada, estábamos á dos pasos de la

1 Mamachi. Orig. et antiquit. christian, tom. II, lib. 2, pág. 266.

bella iglesia de San Trophime; ella recibió nuestra primera visita. El pórtico, romano puro, nos hubiera detenido largo tiempo á no haber estado ávidos de estudiar los célebres claustros encerrados en la antigua casa de los canónigos regulares. Estos claustros de mármol, son de un trabajo exquisito. El corte de los arcos, la pureza del ornato, la forma de las ojivas, nada dejaban que desear: las columnillas en que descansan los arcos (abovedados) presentan las formas más graciosas, y están unas con otras enlazadas de follaje ó cubiertas de esculturas sagradas. Entre tantas riquezas, se admira la Adoración de los Magos y la Huida á Egipto.

Ya en la iglesia, veneramos las reliquias del apóstol de Arlés, depositadas en un magnífico altar. El glorioso discípulo de san Pablo da principio á la larga cadena de los pontífices arlesianos, de la cual el ilustre Cesáreo fué uno de sus más brillantes anillos. Admirador de San Agustín, y como él azote del pelagianismo, llegó á ser también émulo de su heroica caridad. En 507, después de un obstinado sitio, Arlés se inundó, por decirlo así, de tal número de prisioneros, que con ellos se llenaron las iglesias. Cesáreo, compadecido de la suerte de aquellos desgraciados que carecían de las cosas más necesarias, agotó, para consolarles, no su patrimonio, que mucho tiempo antes era ya propiedad de los pobres, sino el tesoro de la catedral. Hizo fundir los adornos de plata que estaban en las rejas y pilares, así como los incensarios, cálices y patenas. Todo aquello se vendió, y su precio fué empleado en cubrir las necesidades de los cautivos. A los ojos de aquel sarto hombre, aquel despojo heroico era una cosa muy sencilla. «Nuestro Señor, decía él, solo tuvo vasos de barro para hacer la última cena; no tengamos escrúpulo en dar estos preciosos vasos para el rescate de aquellos

que él ha rescatado con su propia vida.»

Al salir de la iglesia, en donde estos buenos y suaves pensamientos dilatan el corazón, se pasa á una atmósfera muy diferente. Apenas se andan veinte pasos, y se os presenta el paganismo griego y romano en medio de sus ruinas, como un espectro empapado en sangre y libertinaje. Hé ahí el teatro con muchas columnas de mármol todavía en pié, su proscenio y su hemicyclo bien marcados; en seguida el anfiteatro, más grande, pero menos intacto que el de Nîmes, con excepcion del *podium*; en fin, los Campos Elíseos, cuyos vacíos sarcófagos recuerdan tristemente que el hombre no puede alcanzar la inmortalidad de la tumba. En los confines de esta desolada llanura, se eleva, rodeada de verdes árboles, la soberbia iglesia de la Mayor, el orgullo y amor de los arlesianos; podría llamarse un Paris en medio del desierto.

Entre los grandes recuerdos religiosos que trae á la memoria la antigua metrópoli de la Gaula Narbonesa, es preciso dar lugar al de los cuatro Concilios de que fué testigo. El primero, habido en 314, se remonta á los primeros días de la paz dada á la Iglesia, y prueba cuán segura de sí misma estaba esta divina sociedad, pues convocaba á sus jefes en asamblea solemne á los mismos lugares en donde humeaba todavía la sangre de sus mártires. A algunos pasos de la ciudad, sobre los bordes del Ródano, vimos el lugar en donde san Genés habia sufrido el martirio, pocos años antes de la congregación del célebre Concilio. Maximiano Hércules viene á Arlés, y su primer cuidado es mandar promulgar el sangriento edicto de persecucion, fijado poco tiempo antes en los muros de Nicomedia, y bárbaramente ejecutado en toda la extension del imperio. Genés, escribano público, es llamado

para autorizarlo. Se rehusa á hacerlo, y busca su salvacion en la fuga. Aprehendido por los verdugos, muere; pero ha vencido; su mano no ha escrito, y quince siglos de gloria son el principio de la recompensa de su noble valor.

7 DE NOVIEMBRE.

El mar.—Nuestra Señora de la Guardia.—Lazaro.—Marsella.—El Puerto.—El Hotel de Oriente.

A las cinco de la mañana me dirijí á la iglesia de San Trophime para celebrar allí la misa. Apenas se habia renovado el sacrificio en el altar del mártir, cuando nos fué preciso correr á la ribera y tomar lugar en un buque mercante, entre los toneles, fardos y montones de corlajes embreados. Ese dia, el *Dos Vapores* bajaba á Marsella. A las seis se levaron anclas; el frio era vivo, y la atmósfera impregnada de humedad destilaba una lluvia fina que nos penetraba hasta los huesos. Además, nada de salon ni gabinete para ponernos al abrigo. ¿Qué distraccion esperar de un viaje comenzado con tales auspicios? Nuestros temores, sin embargo, no eran fundados: la espesa niebla se disipó rápidamente, el cielo se mostró á poco en toda su fuerza, y el dia fué magnífico. Hacia las nueve entramos en mar, y á poco se perdió de vista la costa. Cuando por la primera vez se muestra la inmensidad á vuestras miradas, produce en el alma yo no sé qué sobrecojimiento, cuya naturaleza es difícil caracterizar. Aunque fuese el mayor monarca, el hombre se ve reducido á las proporciones de un átomo imperceptible, perdido en el infinito: el firmamento sobre su cabeza, el mar bajo sus piés, abismos igualmente insondables, que le hacen sentir vivamente su propia nada, y toda la grandeza de Dios. Para añadir todavía, co-

mo contraste á la solemnidad de la escena, una compañía de golondrinas de mar seguian el buque que hendia la llanura, veloz y majestuosamente. Estos pájaros pescadores, del tamaño de nuestras perdices, son de un blanco de nieve que contrasta bien con el azul de las olas; por lo demás, nada es tan gracioso como su vuelo. sucesivamente rápido, oblicuo ó vertical, traza en los aires una multitud de laberintos cuyos sabios contornos ocupan agradablemente la vista é interrumpen la monotonía del viaje.

Sin embargo, comenzaba á hacerse sentir el vaiven; el navío se asemejaba á un columpio ajitado y producía la misma sensacion. No tardaron las cabezas en entorpecerse, y las náuceas en venir: llegaba el cuarto de hora de Rabelais. Nosotros procuramos preservarnos, ya andando á grandes pasos en la parte libre del puente, ya permaneciendo de pié cerca de la chimenea en el centro del buque, donde es ménos sensible el movimiento. Gracias á estas precauciones, mis jóvenes amigos y yo nos vimos libres del mareo. Méenos felices eran una dama alemana y su hija. ¡Desgraciadas! las vimos palidecer poco á poco, respirar ansiosamente, y sentir, por fin, durante mas de una hora, en presencia de toda la tripulacion, los accidentes conocidos del mareo. Viajaban para el Africa. ¿Cómo habia sido su larga travesía de Tolon á Gigelly?

Cerca de las diez, se distinguieron en lontananza, á traves de una especie de nube diáfana, las áridas montañas que rodean la bahía de Marsella. A la derecha se elevaba el castillo de If, cerca del cual cumplen su cuarentena los navíos que vienen del Levante. Del mismo lado, pero en el continente, aparecia levantada en la cima de un monte Nuestra Señora de la Guardia, capilla célebre dedicada á la estrella del mar, protectora de los marinos.

¿Cómo no saludarla con amor y reconocimiento? A ejemplo de tantos otros, nuestros enternecidos corazones encontraron para ella palabras filiales; porque ¿quién contará los votos y las oraciones que los siglos pasados han visto ofrecer á María en este santuario religioso, por las madres, las hermanas, las esposas, los hijos de los navegantes? Hoy todavía, Nuestra Señora de la Guardia es para los Marselleses una peregrinación piadosa, á la cual se sabe por un alegre paseo sombreado de verdes árboles, cosa rara en el país de Provenza.

Ya estábamos en las aguas de la ciudad comerciante. Además, entre las innumerables embarcaciones que las habían surcado después de dos ó tres mil años; entre todas las tripulaciones tan diferentes en religión, hábitos, costumbres, riquezas, intereses, al bajar á aquellas célebres riberas, un solo buque sin aparejos, montado por una pobre tripulación, abordando penosamente, hace diez y ocho siglos, al puerto de la ciudad foceana, tuvo el privilegio de fijar nuestros recuerdos. ¿Cuál era este buque? ¿de dónde venía? ¿qué pasajeros llevaba á bordo? ¡Escuchad la historia! Lázaro resucitado en las puertas mismas de Jerusalem, por el Salvador, poco tiempo antes de su pasión, fué para los judíos un testigo de tal manera importuno de la divinidad de su libertador, que resolvieron darle muerte. La Providencia hizo fracasar su proyecto. Después de la ascensión del Hombre-Dios, Lázaro llegó á ser uno de los más elocuentes predicadores de su doctrina, y el odio del pueblo deicida se encendió más implacable que nunca. El milagroso apóstol, sus hermanas y algunos de sus amigos, fueron arrojados á la prisión, juzgados y condenados. Para aniquilar hasta la memoria de su nombre, el sanhedrin inventó un suplicio muchas veces repetido en la historia de los mártires;

fueron conducidos á la orilla del mar, y expuestos á merced de las olas sobre una embarcación medio destruída y rota, sin provisiones, sin vela, sin mástil y sin timon. Pero aquel, por cuyo amor sufrían, que alimenta á los polluelos de los cuervos, y que manda como Señor á los vientos y á las tempestades, se encargó de ser á la vez el alimentador de la tripulación y el piloto del buque. Bajo su conducción paternal, la colonia de mártires abordó felizmente á las costas de Provenza y descendió á Marsella, en donde Lázaro fué el primer apóstol y el primer obispo. ¹

Acababan de dar las once, cuando salíamos la estrecha entrada del puerto, teniendo á la derecha el fuerte de San Nicolás, y á la izquierda el fuerte de San Juan con la esplanada de la Tourette y el Lazareto; pero no se gozó de la vista del puerto, colocado en el interior de la ciudad, sino después de haber entrado en él. Nos pareció literalmente como una vasta selva, en que los mástiles y cordajes de los navíos formaban los árboles y las ramas. Se contaban allí, el día de nuestro arribo, mil ochocientos navíos de todas naciones. Entre estas inmóviles masas resbalan rápidamente, y en todos sentidos, ligeras embarcaciones con elegantes asientos, cubiertas de pabellones de variados colores, y ocupadas por curiosos ó por los marinos del lugar, que se disputan á grandes gritos el honor de llevaros á bordo. Solo tuvimos el embarazo de la elección; digo mal, no se nos dejó libertad para escoger. Cuatro ó cinco *cocheros de agua*, de nervudos brazos, de sucio rostro, nos llevaron á viva fuerza y nos colocaron en su navecilla. Mediante un franco por cabeza, fuimos depositados, algunos mi-

¹ Esta hermosa tradición está fundada en todos los jéneres de prueba, que una crítica imparcial tiene derecho á exigir. Véase los *Bollettas* t. V, Jullii.

nutos más tarde, equipajes y viajeros, en la oficina de la aduana. Nos visitaron en forma, y nos dirijimos hácia el hotel de Oriente.

¡El hotel de Oriente! Es lo que se puede imaginar de más elegante, de mejor servido, y para aplicar el lenguaje moderno, es lo más confortable y lo más pashionable. Yo no sé cuantos criados con librea están á vuestras órdenes y después de vosotros. Por supuesto que habeis comprendido que á él llegan todos los grandes personajes. María Cristina de España habia pasado allí tres semanas haciendo un gasto de 1,700 francos por día. Kaid-Pacha, embajador de la Puerta en Londres, estaba allí *con nosotros*, ó para hablar ménos turco, nosotros estábamos *con él*. Dos horas después de nuestra llegada, se nos vino á suplicar, tan políticamente como era posible, que cediésemos nuestras habitaciones para el séquito de Reschid-Pachá, embajador otomano en Paris. Esto no debe admirar. En los hoteles, como en el mundo, gracias á la prosperidad siempre creciente de la moral pública, todas las diferencias de religión y de carácter se horran ante la fortuna. No se pregunta cuanto vale un hombre, sino cuanto deja.

8 DE NOVIEMBRE.

Marsella.—Iglesia.—Establecimientos de la caridad.—Anécdotas.—Capuchinos.

Visitando á Marsella, se observa con asombro que la mayor parte de las iglesias están léjos de corresponder á la opulencia de la ciudad y á la piedad de los habitantes. Por lo demás, no se puede entrar en alguna sin experimentar yo no sé qué sentimiento extraordinario, despertado por el recuerdo del heroico Belzunce, cuyo nombre y virtudes repite á su

manera cada santuario. Casi á su pesar, el extranjero se encuentra bien dispuesto en favor de una población que así conserva la memoria del corazón, de tal manera, que el santo obispo parece haber legado á su ciudad querida una parte de su tierna compasión hácia los desgraciados. En efecto, á los ojos del observador cristiano, la verdadera gloria de Marsella, la prenda más segura de su felicidad, no es ni su riqueza, ni su actividad comercial, duplicada después de la conquista de la Arjela, sino la caridad verdaderamente cristiana, que acoge y multiplica en su seno los establecimientos útiles. Preservar del contajo la parte de la jeneración que está todavía virgen; curar la que ha recibido ya el jermen del mal; combinar la doble ley del trabajo y de la caridad, á fin de matar la pereza y el egoismo, tal es en su más simple expresión el gran problema que atormenta á nuestra época. ¡Honor á Marsella, que pide la solución en el cristianismo, el único economista capaz de darla eficaz y completa! ¡Honor al esclarecido varón ¹ que prosigue este noble objeto con una abnegación digna de todo elogio! ¡Ojalá tenga en Francia muchos imitadores! A cualquiera que sienta el noble y piadoso deseo de cicatrizar algunas de las llagas de la sociedad, pueden servirle de modelo para darle ánimo, las escuelas de niños y de adultos, el hospicio de huérfanos, la obra de la juventud cristiana y las penitenciarías de Marsella.

Acabando de visitar uno de esos preciosos establecimientos, atravesé las principales calles de la visueña ciudad, y especialmente la *Cannefière*, orgullo de los marselleses. Esta calle, á pesar de ser tan famosa, no tiene de notable más que su extrema longitud. En el mismo camino recibí una muestra de la vanidad meridional. Por las diferentes preguntas que le

¹ El abate Fissiaux.

dirijí, se apercibió mi cochero de que yo era foráneo; quiso sin duda *acomodarme* algunas respuestas á su modo. Entre otras cosas, le pregunté cual era la poblacion de la ciudad. Sus afectados labios se abrieron súbitamente como dos resortes de acero, y me lanzaron la estadística siguiente: *¡¡¡ Un millon quinientas mil almas!!!* Iba yo á responderle á carcajadas, como Lafleur á su señor: *Pero eso es demasiado fuerte.* Me contuve, sin embargo, y cuando me sentí bastante dueño de mí mismo, le dije con un aire sorprendido: *¿Nada más?* Jamas he visto un hombre más embarazado; se apresuró á responderme entre dientes: *No señor.* En seguida dió un gran latigazo á su caballo, y no despegó ya los labios.

Seguia yo aun conducido por tan digno faeton, cuando mi vista se fijó con gusto en dos padres capuchinos, con toda la magnificencia de su barba y de sus hábitos. Ver en 1841, en tierras de Francia, en una de nuestras más grandes ciudades, á unos capuchinos, y capuchinos ocupados en edificar una bonita iglesia, lo que anuncia por su parte la intencion de radicarse entre nosotros, esto me pareció verdaderamente fabuloso. Me acordé entónces de la prediccion de uno de sus padres, á quien habíamos encontrado en Lucerna en 1833, y que nos decia: *« Ya hemos ganado en Francia la causa de nuestra barba; vereis como ganaremos algun dia la de nuestra capilla. »* ¡Cúmplase su profecía! Este voto está en el interes de todos. Más por su ejemplo que por su palabra, el capuchino, amigo del pueblo y pobre como él, enseña al desgraciado á amar, ó al ménos á soportar sin murmuracion sus privaciones y su pobreza. ¿Quién puede contar todas las ambiciones que los humildes hijos de San Francisco han extinguido en las clases inferiores? Aun vosotros, todos los que teneis algo que per-

der, convenid en que á veces dormiríais más tranquilos en vuestras doradas habitaciones, si los buenos padres, esparcidos como ántes en nuestras ciudades y campiñas, enseñasen todavía á vuestros obreros y labradores, que deben amar á sus amos, respetar la propiedad de otro y contentarse con la condicion en que han sido puestos por Dios.

9 DE NOVIEMBRE.

Camino de Marsella á Tolon.

A las diez de la mañana, con un calor como de Junio, partimos para Tolon, en compañía de un oficial superior, que pertenecia al ejército de Africa. Su rostro franco, la dulzura de sus miradas, la brusca franqueza de sus maneras, nos previnieron desde luego en su favor: esta primera impresion no nos engañó. La conversacion viva, variada y pintoresca de este bravo militar, viejo soldado del imperio, y orijinal en su jénero, no contribuyó poco á salvarnos de la enfadosa monotonía del camino. Figuraos un camino cubierta de polvo, trazado entre dos cadenas de montañas sin vejetacion, excepto algunos achaparrados pinos esparcidos acá y acullá sobre pedregosas crestas, como para hacer resaltar mejor la estéril desnudez del suelo; de distancia en distancia, al pié de aquellas altas colinas, algunas pequeñas lenguas de tierra, plantadas de viñas, cuyas hojas vencidas caian en tropel, pulverizándose por los piés de los caballos; añadid á esto algunos alcaparros cubiertos de montones de tierra, semejantes á gruesos panes de azúcar; os lo repito, figuraos bien este paisaje, y pensad que á su extremo está Tolon, la ciudad de los presidarios: en seguida defendeos, si podeis, de una indefinible melancolía.

Dos leguas mas acá de Tolon, atraviesan el camino los desfiladeros de Oullioul, famosos por numerosos asesinatos. Están en la cadena de montañas, que abrigando esta parte de Provenza contra los vientos del Norte, hacen de ella la Italia y el Portugal del reino. Además, sin tardarse mucho, se rodean soberbios jardines, los primeros en que háyamos visto naranjos plenamente desabrigados con naranjas en perfecta madurez. Admirar sin reserva esos hermosos frutos cuyo color de aurora se desprende tan naturalmente del verde follaje del árbol que las contiene, tal fué nuestro primer sentimiento. El segundo, debo confesarlo, fué ménos noble; la caravana sin excepcion cometió el pecado de deseo. A no haber cedido al atractivo del fruto prohibido, no me atreveria á decirlo; por otra parte, no vayais á creer que nuestra descendencia de Eva era la causa primera de nuestros ardientes deseos. La sed devoradora causada por el calor y el polvo tuvo en ello mucha parte.

Por lo demas, no tardamos en volver á mejores sentimientos. El tormento que experimentábamos nos hizo dar muy sentidas acciones de gracias á la Providencia, que ha colocado en los diversos climas los frutos mas convenientes á los habitantes. Mas refrescante y ménos sustancial que la manzana ó la pera, la naranja es el fruto de los países calientes: se puede comer á menudo y mucha, sin saciarse. Y hé ahí que se ofrecen en abundancia al habitante del mediodia constantemente calentado por los rayos de un sol abrasador, reflejados por arenas todavía mas ardientes. « Pero, de dónde viene, preguntó el bravo comandante, que al lado de la naranja, del limon, del naranjo, de la granada, etc., los países calientes producen todo lo que hay de mas caliente, la pimienta, la canela, el pimientón? Esos frutos deberian hallarse mejor en

Siberia.—El problema, se le respondió, no es difícil de resolver. Desde luego vos sentis como nosotros, comandante, que el calor enerva, agobia y produce abundantes sudores que traen consigo una notable pérdida de fuerzas. Además, quita el apetito; y es sabido que los pueblos meridionales, son jeneralmente mas sobrios en alimentos que los habitantes del Norte. Para restablecer el equilibrio y dar movimiento á los órganos, se necesitan los tónicos; esta es la razon porque abundan en las zonas tropicales.—Pero por fin, ¿calientan?—Por error tan solo, comandante, acusamos á la pimienta y al pimientón de semejante efecto. En los países para que han sido criados, lejos de calentar, refrescan mucho mas que nuestras nieves y jarabes.—¡Bah!—Aunque os parezca absurdo, ello es cierto. Y se le dieron de este hecho las explicaciones conocidas 1.

1 Las he encontrado mas tarde en este curioso pasaje de una carta escrita en la India por uno de nuestros misioneros franceses. « ¡Tal vez imaginais que bajo los fuegos ardientes del trópico, somos de cierto devorados por la sed? No, en verdad: fuera de la comida no me da gana de beber. Lo debemos á nuestro régimen alimenticio. ¿Es acaso muy refrescante? vais á decirme. Es al contrario, segun vuestras ideas, el alimento mas irritante: el arroz, que hace lo principal, va siempre acompañado de una salsa compuesta de pimienta, pimienta, tamarindo y otras especias, mas fuertes unas que otras. Al principio, una cucharada de cada mezcla os quema el paladar; pero bien pronto se habitúa uno á ello de tal modo, que sin este extraño sazón, se comeria con disgusto y no se haria la digestion. Aquí, cuando se quiere refrescar alguno ó tomar una bebida benéfica, tal por ejemplo, como la que dariais á un convaleciente, se bebe una taza de agua en la que se cuece una buena cantidad de pimienta. Cuando yo estaba en Francia, pensaba algunas veces conseguir refrescarme bebiendo agua en una clara fuente. ¡Si yo encontrara tales manantiales en la India! Pues bien, las encontraríamos á cada paso y no las gustaríamos. El agua fresca seria mortal; la buena agua, la que ciertamente refrijera, es la de los estanques ó de los riachuelos expuestos constantemente al ardor del sol.—Anales de la Propagacion de la Fé.—Núm. 107, páj. 337.

dirijí, se apercibió mi cochero de que yo era foráneo; quiso sin duda *acomodarme* algunas respuestas á su modo. Entre otras cosas, le pregunté cual era la poblacion de la ciudad. Sus afectados labios se abrieron súbitamente como dos resortes de acero, y me lanzaron la estadística siguiente: *¡¡¡ Un millon quinientas mil almas!!!* Iba yo á responderle á carcajadas, como Lafleur á su señor: *Pero eso es demasiado fuerte.* Me contuve, sin embargo, y cuando me sentí bastante dueño de mí mismo, le dije con un aire sorprendido: *¿Nada más?* Jamas he visto un hombre más embarazado; se apresuró á responderme entre dientes: *No señor.* En seguida dió un gran latigazo á su caballo, y no despegó ya los labios.

Seguia yo aun conducido por tan digno faeton, cuando mi vista se fijó con gusto en dos padres capuchinos, con toda la magnificencia de su barba y de sus hábitos. Ver en 1841, en tierras de Francia, en una de nuestras más grandes ciudades, á unos capuchinos, y capuchinos ocupados en edificar una bonita iglesia, lo que anuncia por su parte la intencion de radicarse entre nosotros, esto me pareció verdaderamente fabuloso. Me acordé entónces de la prediccion de uno de sus padres, á quien habíamos encontrado en Lucerna en 1833, y que nos decia: *« Ya hemos ganado en Francia la causa de nuestra barba; vereis como ganaremos algun dia la de nuestra capilla. »* ¡Cúmplase su profecía! Este voto está en el interes de todos. Más por su ejemplo que por su palabra, el capuchino, amigo del pueblo y pobre como él, enseña al desgraciado á amar, ó al ménos á soportar sin murmuracion sus privaciones y su pobreza. ¿Quién puede contar todas las ambiciones que los humildes hijos de San Francisco han extinguido en las clases inferiores? Aun vosotros, todos los que teneis algo que per-

der, convenid en que á veces dormiríais más tranquilos en vuestras doradas habitaciones, si los buenos padres, esparcidos como ántes en nuestras ciudades y campiñas, enseñasen todavía á vuestros obreros y labradores, que deben amar á sus amos, respetar la propiedad de otro y contentarse con la condicion en que han sido puestos por Dios.

9 DE NOVIEMBRE.

Camino de Marsella á Tolon.

A las diez de la mañana, con un calor como de Junio, partimos para Tolon, en compañía de un oficial superior, que pertenecia al ejército de Africa. Su rostro franco, la dulzura de sus miradas, la brusca franqueza de sus maneras, nos previnieron desde luego en su favor: esta primera impresion no nos engañó. La conversacion viva, variada y pintoresca de este bravo militar, viejo soldado del imperio, y orijinal en su jénero, no contribuyó poco á salvarnos de la enfadosa monotonía del camino. Figuraos un camino cubierta de polvo, trazado entre dos cadenas de montañas sin vejetacion, excepto algunos achaparrados pinos esparcidos acá y acullá sobre pedregosas crestas, como para hacer resaltar mejor la estéril desnudez del suelo; de distancia en distancia, al pié de aquellas altas colinas, algunas pequeñas lenguas de tierra, plantadas de viñas, cuyas hojas vencidas caian en tropel, pulverizándose por los piés de los caballos; añadid á esto algunos alcaparros cubiertos de montones de tierra, semejantes á gruesos panes de azúcar; os lo repito, figuraos bien este paisaje, y pensad que á su extremo está Tolon, la ciudad de los presidarios: en seguida defendeos, si podeis, de una indefinible melancolía.

Dos leguas mas acá de Tolon, atraviesan el camino los desfiladeros de Oullioul, famosos por numerosos asesinatos. Están en la cadena de montañas, que abrigando esta parte de Provenza contra los vientos del Norte, hacen de ella la Italia y el Portugal del reino. Además, sin tardarse mucho, se rodean soberbios jardines, los primeros en que háyamos visto naranjos plenamente desabrigados con naranjas en perfecta madurez. Admirar sin reserva esos hermosos frutos cuyo color de auro-
ra se desprende tan naturalmente del verde follaje del árbol que las contiene, tal fué nuestro primer sentimiento. El segundo, debo confesarlo, fué ménos noble; la caravana sin excepcion cometió el pecado de deseo. A no haber cedido al atractivo del fruto prohibido, no me atreveria á decirlo; por otra parte, no vayais á creer que nuestra descendencia de Eva era la causa primera de nuestros ardientes deseos. La sed devoradora causada por el calor y el polvo tuvo en ello mucha parte.

Por lo demas, no tardamos en volver á mejores sentimientos. El tormento que experimentábamos nos hizo dar muy sentidas acciones de gracias á la Providencia, que ha colocado en los diversos climas los frutos mas convenientes á los habitantes. Mas refrescante y ménos sustancial que la manzana ó la pera, la naranja es el fruto de los países calientes: se puede comer á menudo y mucha, sin saciarse. Y hé ahí que se ofrecen en abundancia al habitante del mediodia constantemente calentado por los rayos de un sol abrasador, reflejados por arenas todavía mas ardientes. « Pero, de dónde viene, preguntó el bravo comandante, que al lado de la naranja, del limon, del naranjo, de la granada, etc., los países calientes producen todo lo que hay de mas caliente, la pimienta, la canela, el pimientón? Esos frutos deberian hallarse mejor en

Siberia.—El problema, se le respondió, no es difícil de resolver. Desde luego vos sentis como nosotros, comandante, que el calor enerva, agobia y produce abundantes sudores que traen consigo una notable pérdida de fuerzas. Además, quita el apetito; y es sabido que los pueblos meridionales, son jeneralmente mas sobrios en alimentos que los habitantes del Norte. Para restablecer el equilibrio y dar movimiento á los órganos, se necesitan los tónicos; esta es la razon porque abundan en las zonas tropicales.—Pero por fin, ¿calientan?—Por error tan solo, comandante, acusamos á la pimienta y al pimientón de semejante efecto. En los países para que han sido criados, lejos de calentar, refrescan mucho mas que nuestras nieves y jarabes.—¡Bah!—Aunque os parezca absurdo, ello es cierto. Y se le dieron de este hecho las explicaciones conocidas 1.

1 Las he encontrado mas tarde en este curioso pasaje de una carta escrita en la India por uno de nuestros misioneros franceses. « ¡Tal vez imaginais que bajo los fuegos ardientes del trópico, somos de cierto devorados por la sed? No, en verdad: fuera de la comida no me da gana de beber. Lo debemos á nuestro régimen alimenticio. ¿Es acaso muy refrescante? vais á decirme. Es al contrario, segun vuestras ideas, el alimento mas irritante: el arroz, que hace lo principal, va siempre acompañado de una salsa compuesta de pimienta, pimienta, tamarindo y otras especias, mas fuertes unas que otras. Al principio, una cucharada de cada mezcla os quema el paladar; pero bien pronto se habitúa uno á ello de tal modo, que sin este extraño sazón, se comeria con disgusto y no se haria la digestion. Aquí, cuando se quiere refrescar alguno ó tomar una bebida benéfica, tal por ejemplo, como la que dariais á un convaleciente, se bebe una taza de agua en la que se cuece una buena cantidad de pimienta. Cuando yo estaba en Francia, pensaba algunas veces conseguir refrescarme bebiendo agua en una clara fuente. ¡Si yo encontrara tales manantiales en la India! Pues bien, las encontraríamos á cada paso y no las gustaríamos. El agua fresca seria mortal; la buena agua, la que ciertamente refrijera, es la de los estanques ó de los riachuelos expuestos constantemente al ardor del sol.—Anales de la Propagacion de la Fé.—Núm. 107, páj. 337.

Ya llegaba la noche, cuando entramos á Tolon. A pesar de la hora avanzada, nuestro primer cuidado fué llevar las cartas que nos recomendaban con el capitán de navío Sr. J. . . . ¡Decepcion! ¡jamargos disgustos! Este distinguido oficial había sido enviado á las costas de Toscana. En su ausencia fuimos acogidos por su excelente familia, con una cordialidad que nos hizo olvidar todas las fatigas del camino. Un almuerzo graciosamente ofrecido por la mañana del día siguiente, fué aceptado con reconocimiento: él nos procuró la preciosa ocasión de hablar por segunda vez de todo aquello que nos era más querido.

10 DE NOVIEMBRE.

Vista del puerto.—Visita al navío *Oceano*.—El Presidio.—Reflexiones.—Vuelta á Marsella.

En ausencia del capitán que debía ser nuestro guía, recurrimos, para ver á Tolon con interés, al digno comandante que habíamos encontrado la víspera, y que estaba hospedado en el mismo hotel que nosotros. A fin de tener entrada en todas partes, se vistió de grande uniforme, y ántes de medio día estábamos en la rada. El tiempo era soberbio, y un magnífico espectáculo se desarrollaba á nuestra vista. Todo ese mar de azul, todas esas embarcaciones elegantes tan hábilmente dirigidas por la escuela de marinos; todas esas poderosas máquinas para la arboladura de los navíos; todos esos presos con su siniestra chaquetilla roja, haciendo mover los cabestantes ó atravesando el golfo, acompañado cada uno de un *ángel de la guarda* con carabina á la espalda; todos esos objetos, tan imponentes y tan variados, formaban en cierto modo el primer plano del cuadro. Los navíos de alto bordo, que componían la escuadra del almirante Hugon, y que se dibujaban á lo léjos como

inmóviles masas, formaban el segundo cuadro.

Estábamos allí admirando tan magnífico panorama, cuando un barquero genoves, viejo Esopo del mar, vino á ofrecernos sus servicios. Su doble jiba, sus cabellos ya encaneciendo, su barquichuelo en apariencia débil, motivos que á otros hubiera hecho rehusar sus servicios, fueron, gracias á la bondad de alma de nuestro comandante, otros tantos títulos á nuestra preferencia. «Pobre diablo, dijo el excelente hombre, tiene más necesidad que otro de ganar dinero,» y se lanzó á su embarcación. Le seguimos para navegar hasta *el Oceano*, anclado á tres cuartos de legua en el mar. Este gigante de la marina francesa estaba mandado por el capitán H., para quien teníamos una carta. Las gruesas charreteras de nuestro guía nos valieron la lisonjera distinción de subir al navío por babor, es decir, por el flanco derecho, en donde se encuentra la escalera de honor.

Yo había oído decir que en ninguna parte se ostenta con más brillo el jénio del hombre, como en un navío de alto bordo; me faltaba verificar esta opinión sobre *el Oceano*. Figuraos una ciudadela flotante, que sin otro apoyo que su centro de gravedad, descansa sobre una base móvil, desafía el furor del más temible de los elementos, echa por tierra en una hora las murallas más fuertes, lleva un ejército en sus flancos, y á pesar de su prodijiosa mole, obedece al hombre casi con la misma docilidad que el mismo mar obedece á Dios. Ya dentro del edificio encontráis una especie de catedral de gigantescas proporciones, con tres ó cuatro largas naves construidas unas sobre otras; en lugar de cruceros, ciento veinte troneras, es decir, ciento veinte cañoneras, en donde se muestran á vuestras miradas, no ciento veinte graciosas figuras de santos, sino ciento veinte veces la cavernosa boca de un enor-

me cañon. A vuestro alrededor reina un orden perfecto; en el conjunto, como en los pormenores, todo está plantado con un lujo de limpieza, y casi con elegante coquetería. No obstante, viven allí mil cien hombres, desde la edad de ocho á nueve años, hasta la de treinta ó cuarenta: todos obedecen á la menor señal y maniobran con una precisión que no produce nunca adelanto ni retardo. A vista de tal espectáculo, yo pienso que á vosotros y á mí no os será difícil convenir en que un buque de guerra es una maravilla: tal era *el Oceano*. Guiados por el capitán H., visitamos con admiración todas las partes del soberbio navío. Mientras que estábamos á bordo, el almirante bajó á su bote. Su ausencia nos permitió la entrada en su habitación, y encontramos que nada cedía en elegancia á las más esmeradas de nuestras grandes ciudades.

El Oceano llevaba 1080 hombres de tripulación. Es mucho, y por eso me afijí vivamente de no haber visto uno más; sí, faltaba allí un hombre; ¡ay! faltaba también en todos nuestros buques; ese hombre á quien encontráis en los navíos de todos los pueblos del mundo; ese hombre cuya falta deploran las familias; ese hombre á quien los marinos mismos reclaman á grandes gritos; ese hombre que el gobierno tendría tanto interés como facilidad en volver á colocarlo sobre nuestros navíos, ¡es un capellan! . . . Mi corazón se oprimió, sobre todo, á vista de aquellos jóvenes grumetes de ocho á nueve años, separados de su familia y arrojados en medio de los peligros del mar, sin socorro religioso, ni para la vida ni en la muerte. ¡Pobres niños! ¡Pobres madres! ¡Pobre sociedad!

Penetrados de un doble sentimiento de pena y de admiración, bajamos del navío real á nuestra humilde navecilla. El viejo genoves tuvo el cuidado de hacernos pasar

al frente de los dos buques que los ojos no pueden ver sin que el espíritu se llene al punto de graves pensamientos. El primero que vimos lleva en la proa el nombre y la inscripción siguiente:

EL MURION.

Esta fragata, tomada á Venecia en 1797, es la que trajo á Bonaparte de Egipto en 1799.

El segundo, mucho más pequeño, es la goleta *La Estrella*, que trasportó á Napoleón de la isla de Elba á Terjus en 1815. Para representar las principales vicisitudes de esa grande existencia, solo faltaba el *Northumberland*, en que se hizo el viaje de Santa Elena. Como á las tres de la tarde estábamos á la entrada del arsenal, gloriosa fundación de Luis XIV: allí está el presidio. Según costumbre, nos dieron un jendarme para que nos sirviese de cicerone. El presidio se compone de largos corredores con paredes de piedra y ventanas provistas de fuertes barras de fierro, que dan por una parte al vasto patio del arsenal, y por la otra al mar. En toda su longitud reinan á tres piés de altura sobre el suelo dos pisos oblicuos, terminados en la parte inferior por una barra de fierro, que se extiende de uno á otro extremo: aquella sirve de lecho á los condenados. Separados en porciones durante el día, los presos están sujetos á los más penosos trabajos: aserrar madera, cortar piedra, arbolar los navíos, trasportar fardos, etc. A la menor falta llueven sobre sus espaldas varazos y cintarazos. Si la falta es más grave, se les encierra en calabozos; si se muestran rebeldes, se les pone doble cadena, en prisiones oscuras, en donde tienen por cama la loza húmeda. Allí estaba cuando pasamos el famoso *Tragine*, aquel temible bandido que según se nos dijo no suspiraba por su libertad sino por asesinar al valiente majistrado que se había apo-

derado de su persona. En fin, cuando la falta es verdaderamente seria, un consejo de guerra marítimo juzga al culpable, y pronuncia sin apelación la sentencia de muerte, que se ejecuta con término de tres horas. Todos los presos son llevados al cadalso, formados en dos filas, y arrodillados, con su cachucha en la mano. A la cabeza de cada fila está un cañon cargado con metralla, pronto á hacer fuego á la menor señal de rebelión.

De este modo, la fuerza bruta es la única ley del presidio. No os admireis, si los presidiarios gastan su actividad intelectual en encontrar los medios de evadirse; lo logran algunas veces, á pesar de toda la vigilancia de que son objeto dia y noche. Se nos refirió que lo conseguirían más seguido si no se vendiesen los unos á los otros. Como si no hubiese bastante corrupción entre aquellos seres degradados, se alientan á la fuga si no se establece entre ellos una especie de policía secreta ó más bien de espionaje, de que ellos son los agentes. Poco tiempo ántes de nuestra llegada, dos ancianos septuagenarios habian llegado á permanecer ocultos durante quince dias en un rincón del arsenal, esperando en medio de toda clase de privaciones que una noche bastante oscura les permitiese intentar una evasión. Vino esa noche: durante las más espesas tinieblas avanzan, marchan en cuatro piés hasta la puerta de salida; el centinela los toma por perros y los deja pasar; se dejan resbalar por una especie de locutorio, y rompen los marcos de una ventana: el vidrio que cayó llamó la atención. Uno de los dos es detenido, el otro habia ganado ya terreno. Desde por la mañana se izó la bandera azul: esta es la señal de la evasión de un preso. Los habitantes de los campos la conocen y se ponen en guardia. La jendarmería se pone á investigar en todas direcciones; raras veces el desgraciado lle-

ga á gozar largo tiempo de su libertad. Se le da premio á aquel que lleve al fujitivo: es de 25 francos cuando se encuentra al fujitivo en el interior del arsenal; de 50, en el recinto de Tolon; de 100, fuera de la ciudad. El mismo dia de nuestra llegada los paisanos de las cercanías llevaban al anciano escapado hacia cuarenta y ocho horas. Cada tentativa de evasión es seguida de aumento de pena. «Hace seis meses, nos dijo la persona que nos servia de guía, que nos llegó un condenado á cinco años. Ha maniobrado tan bien, que ya está hoy por trece.»

Estábamos examinando en pormenor el infierno de la justicia humana, cuando se dejó oír un gran ruido de cadenas. Eran los presos que volvian del trabajo. ¡Repugnante espectáculo! jamás lo olvidaré en mi vida. Desfilaban delante de nosotros, unidos de dos en dos, muchos millares de desgraciados cargados de cadenas. Jóvenes con pasos firmes y la cabeza erguida; viejos de cabeza blanca, de andar vacilante; la mayor parte tienen en el rostro dos rasgos en que se parecen: el cinismo y la astucia. Su vestido tiene no sé qué de siniestro é innoble. Un alto gorro de lana, roja para los condenados por tiempo; verde para los condenados perpétuamente; una ancha levita ó casaca, ropa que les cae más abajo de la cintura, con mangas verdes para los reincidentes, rojas para los demas; en fin, un ancho pantalon de gruesa tela gris, debajo del cual pasa una cadena de cerca de quince ó veinte libras fajada al rededor de la cintura, y que viene á fijarse á un anillo que abraza el pié encima del tobillo. Tal es el ignominioso traje del presidio.

Seguimos á los presidiarios hasta la entrada de las vastas piezas que les sirven al mismo tiempo de dormitorio y de comedor. Cuando se tendieron sobre su duro lecho, un guarda-chusmas pasó la barra

de fierro por los anillos de su cadena y se hizo imposible todo movimiento con los piés. Despues, como si esto no fuera bastante precaucion y rigor, se puso en la puerta de cada sala un cañon cargado con metralla con la boca vuelta hácia el interior del presidio. Así es como en el siglo diez y nueve cree la sociedad velar por su propia seguridad.

Léjos de nosotros el pensamiento de tomar aquí el fácil papel de acusador; pero en presencia del horrible espectáculo no puede uno ménos que preguntarse si la sociedad actual cumple dignamente la importante mision que Dios le impone para el sostenimiento del órden moral. Detener el mal en el pensamiento mismo que lo enjendra, intimidar al malvado y rehabilitar al culpable: tales son sus imprescriptibles deberes. Que la sociedad se examine sobre estos tres principales puntos, y que vea si no tiene algun reproche que dirigirle.

¿Ha empleado todos los medios que están á su alcance para prevenir el crimen que conduce al presidio? ¿No ha estimulado jamás ó tolerado las doctrinas inmorales, que tarde ó temprano hacen del hombre un malvado? ¿Con su ejemplo no ha enseñado nunca el desprecio de la ley divina, base de todas las leyes, freno de todas las inclinaciones y regla de todas las acciones?

¿Qué hace para intimidar al malvado, para detener la mano que prepara el veneno, que aguza el puñal ó que enciende en la sombra la antorcha incendiaria? Sin duda, ella le muestra en perspectiva el deshonor, el presidio, el cadalso. Pero no le muestra el implacable recordamiento, que desgarrá su corazón, que emponzoña sus placeres del dia, turbando el sueño de sus noches; ni el presidio eterno del infierno, en el cual ni la fuga, ni el error de los jueces mortales, ni su debilidad podria

sustraer al culpable. Así, dejando á los hombres repetir, y todos los dias en todos los tonos, y por numerosos órganos, que Dios no es más que una palabra y el infierno una quimera, la sociedad ha hecho importante su sistema de intimidación.

Una vez que se ha cometido el crimen, ¿qué hace para prevenir su repetición, y rehabilitar al culpable? ¿Está convencida, cuando deja vivir al malhechor, de que el castigo que le impone, debe tener por objeto la expiación de la falta y la enmienda del culpable, y de qué otro modo es inmoral? El hombre es rebajado al nivel del bruto; el castigo ya no es más que el garrotazo dado al perro que os ha mordido; y la prision, la jaula de la hiena enfurecida. En vez de ser una corrección, la pena se convierte en una venganza desprovista de moralidad, que exaspera al culpable y establece entre él y la sociedad un duelo á muerte. ¿No es esto en la práctica del presidio la teoría del código penal? Además, ¿qué resultados! se afirma que sobre cien presidiarios libres, ochenta vuelven al presidio ó suben al cadalso. Es penoso confesarlo, pero se concibe que debe ser así: *Todo hombre deshonrado y no rehabilitado, será siempre un ser inútil ó peligroso.* Ahora, á la deshonra civil que imprimen los decretos de la justicia al culpable, la permanencia en el presidio, añade una deshonra moral más odiosa todavía y sobre todo más indeleble. *El condenado sale del presidio más perverso que cuando entró en él;* tal es la inexorable sentencia de la opinion pública. Esta sentencia, que la experiencia justifica, hace del presidiario libre un objeto de temor y desconfianza universal. Repelido por todas las jentes honradas, se abandona de nuevo á sus malos instintos, busca la sociedad de sus iguales, y se convierte con ellos en el azote de nuestras ciudades y de nuestros campos. A no ser que se afir-

me que el malvado es incorregible, ¿no es este resultado la condenación sin recurso del sistema penal seguido en nuestros días? Sistema materialista y por consiguiente absurdo, que á fuerza de humillación y de rigor puede extinguir muy bien en el hombre el sentido moral y embrutecer al culpable; pero corregirlo, jamás; rehabilitarlo, mucho ménos. Por eso corregir al malhechor al fin para rehabilitarlo, es el deber de la sociedad, y debe ser el objeto de toda legislación humana cuando deja con vida al culpable. Entre el día en que tomaba estas notas en Tolon y este en que las redacto, se ha operado respecto al sistema penal un feliz cambio en los espíritus. El gobierno puede querer seriamente conseguir el objeto moralizador de que hablamos; el sistema celular alcanza favor; se llama á la religión para dulcificarlo, santificando los rigores de la justicia. Así se quiere que la opinión pública modifique la severa pero justa sentencia que ha estereotipado contra el libertino del presidio; se quiere que este deje de ser un objeto de repulsión. Y cesará de serlo, cuando se haya dejado de despreciarlo y de temerle; y se habrá cesado de despreciarlo y temerle, cuando se sepa que ya no es el mismo, que está convertido y que ha dado de ello prendas seguras. Todo esto es justo, moral, digno de una nación civilizada; solo añadiremos que conviene guardarse de destruir con una mano la que se quiere edificar con la otra; y que si importa rehabilitar al culpable, importa mucho más impedir al hombre que llegue á serlo. Así cuando la sociedad haya hecho lo que le es posible en los límites de su organización y bajo la influencia de las circunstancias, para prevenir el mal ó intimidar al malvado, ella alcanzará, de concierto con la religión, los medios de rehabilitar al culpable; entonces el sistema penal será verdaderamente eficaz, porque

será completo y moral. Entre tanto, será preciso esperar muchos errores.

Relativamente al sistema penitenciario, que se quiere sustituir al presidio, diremos también con un hombre nada sospechoso: «No olvidéis que el régimen penitenciario ha nacido católico, y que no puede producir dichos frutos sino permaneciendo fiel á su origen.» Sucede en efecto que el cambio de los corazones es privilegio exclusivo de la religión. Si entorpecéis su acción reparadora, todos vuestros esfuerzos serán vanos. Al contrario, dejadla perfectamente libre instruir, consolar y curar, y se puede asegurar el buen éxito. ¿Y por qué no había de cambiar el corazón de vuestros presidiarios? ¡Ella ha cambiado mucho el del género humano, ese gran presidiario que se había degradado durante dos mil años en el presidio de la idolatría! Llamad, pues, con franqueza á la religión en vuestra ayuda, con sus sacerdotes, sus hermanos, sus hermanas, sus sociedades de caridad, y veremos bien pronto que tiene hoy como en otro tiempo, el poder de hacer de las piedras más brutas, hombres inofensivos, ciudadanos útiles á la tierra, y aun candidatos del cielo.

Salimos del arsenal á las cinco; volvimos á Marsella la noche siguiente; y al otro día en la mañana, ya estábamos de vuelta en el hotel de Oriente.

11 DE NOVIEMBRE.

El resto del día fué dedicado á nuestra correspondencia y á nuestros preparativos de marcha. So pena de quebrar con nuestros amigos, era necesario escribirles antes de dejar la Francia. Al siguiente día por la mañana, nos hacíamos á la vela para Italia. Nuestros lugares estaban to-

1 Mr. Cerfbeer.

mados en el piróscapo 1 toscano el Lombardo.

12 DE NOVIEMBRE.

Navegación. — Ingles. — Camarote. — Conversación.

Con un tiempo magnífico, y una compañía numerosa, dejamos el puerto de Marsella como á la mitad del día. Enviamos nuestro último saludo á Nuestra Señora de la Guardia, cuyo santuario domina á lo lejos el vasto mar que comenzábamos á recorrer. La tripulación la suplicó nos preservase del soplo del viento de los muertos, peligrosa tormenta que se deja sentir regularmente á principios de Noviembre en el golfo de Génova y de Lyon. Puesto en la parte posterior del buque, con la mirada vuelta hácia la santa colina, el viajero católico siente descender á su alma una gran confianza. ¿Qué podemos temer? se pregunta á sí mismo: allá en la altura reina una dulce Virgen que tiene en sus manos el cetro de los mares. Y por un privilegio que solo á ella pertenece, esta Virgen, mi madre y hermana, tiene el derecho de decir abrazando en su seno á Dios y al hombre: ¡Hijos míos!

Ya lejos de la costa volvimos la vista á la tripulación, y todo nos anunció que habíamos dejado á la Francia. Cuatro ó cinco voces herían nuestros oídos con sonidos incomprensibles. Extrañas fisonomías pasaban y repasaban á nuestra vista. Al lado de los anchos y redondos rostros de nuestros marinos genoveses y toscanos, tostados por el sol y sombreados por una espesa barba negra, aparecían en gran número rostros pálidos y afilados, coronados la mayor parte con una cabellera de un *blondo sospechoso*. Imposible de engañarse; eran rostros ingleses. ¿En donde no se

1 Barco sin chimenea. (N. del T.)

encuentran los hijos ó hijas de Albion? Este pueblo nómada, verdadero judío errante de la civilización, se encuentra en todas partes. En paseos, hoteles, monumentos, buques de vapor, sitios pintorescos en Suiza, en Francia, en Italia, todo lo invade, paseando por todas partes su spleen y sembrando sus guineas por todos los caminos del mundo, mientras que sus obreros mueren de hambre á las puertas de sus fábricas cerradas, ó sobre el pavimento de sus solitarios castillos.

Hasta las cinco, la travesía se hizo perfectamente: un buen número de pasajeros comenzaron á sentir los primeros síntomas de mareo. Más feliz que los demás, me libré de él por un malestar que sentía, sin ninguno de los síntomas conocidos. Mientras que la mayor parte de mis compañeros representaban gratuitamente sobre cubierta la escena tragi-cómica, yo rezaba tranquilamente en mi breviario en el camarote que nos habían destinado, y cuya descripción tal vez no carece de interés. Alrededor del gran salón, adornado de brillantes espejos y de incrustados de ebanistería, se veían las puertas corredizas de los camarotes, siete piés de altura, tres de ancho, hé aquí las dimensiones geométricas de cada pieza. Si se os dijera: En este pequeño espacio debe haber de rigor una silla, tres camas, tres clavijeros, tres hombres á los cuales procurareis un corredor, ¿cómo resolveríais la cuestión? Para evitar el trabajo de adivinarlo, lo que sería largo, voy á explicároslo. Sobre la parte exterior de la cámara están fijas tres planchas de pié y medio de anchura, y puestas en forma de gradas, á distancia una de otra de dos piés: cada plancha tiene un colchón de dos pulgadas de espesor cubierto con un paño y terminado por una pequeña almohada, que puede compararse por su blandura á la desnuda piedra sobre la cual descansó Jacob su cabeza en

me que el malvado es incorregible, ¿no es este resultado la condenación sin recurso del sistema penal seguido en nuestros días? Sistema materialista y por consiguiente absurdo, que á fuerza de humillación y de rigor puede extinguir muy bien en el hombre el sentido moral y embrutecer al culpable; pero corregirlo, jamás; rehabilitarlo, mucho ménos. Por eso corregir al malhechor al fin para rehabilitarlo, es el deber de la sociedad, y debe ser el objeto de toda legislación humana cuando deja con vida al culpable. Entre el día en que tomaba estas notas en Tolon y este en que las redacto, se ha operado respecto al sistema penal un feliz cambio en los espíritus. El gobierno puede querer seriamente conseguir el objeto moralizador de que hablamos; el sistema celular alcanza favor; se llama á la religión para dulcificarlo, santificando los rigores de la justicia. Así se quiere que la opinión pública modifique la severa pero justa sentencia que ha estereotipado contra el libertino del presidio; se quiere que este deje de ser un objeto de repulsión. Y cesará de serlo, cuando se haya dejado de despreciarlo y de temerle; y se habrá cesado de despreciarlo y temerle, cuando se sepa que ya no es el mismo, que está convertido y que ha dado de ello prendas seguras. Todo esto es justo, moral, digno de una nación civilizada; solo añadiremos que conviene guardarse de destruir con una mano la que se quiere edificar con la otra; y que si importa rehabilitar al culpable, importa mucho más impedir al hombre que llegue á serlo. Así cuando la sociedad haya hecho lo que le es posible en los límites de su organización y bajo la influencia de las circunstancias, para prevenir el mal é intimidar al malvado, ella alcanzará, de concierto con la religión, los medios de rehabilitar al culpable; entonces el sistema penal será verdaderamente eficaz, porque

será completo y moral. Entre tanto, será preciso esperar muchos errores.

Relativamente al sistema penitenciario, que se quiere sustituir al presidio, diremos también con un hombre nada sospechoso: «No olvideis que el régimen penitenciario ha nacido católico, y que no puede producir dichos frutos sino permaneciendo fiel á su origen.» Sucede en efecto que el cambio de los corazones es privilegio exclusivo de la religión. Si entorpecéis su acción reparadora, todos vuestros esfuerzos serán vanos. Al contrario, dejadla perfectamente libre instruir, consolar y curar, y se puede asegurar el buen éxito. ¿Y por qué no había de cambiar el corazón de vuestros presidiarios? ¡Ella ha cambiado mucho el del género humano, ese gran presidiario que se había degradado durante dos mil años en el presidio de la idolatría! Llamad, pues, con franqueza á la religión en vuestra ayuda, con sus sacerdotes, sus hermanos, sus hermanas, sus sociedades de caridad, y veremos bien pronto que tiene hoy como en otro tiempo, el poder de hacer de las piedras más brutas, hombres inofensivos, ciudadanos útiles á la tierra, y aun candidatos del cielo.

Salimos del arsenal á las cinco; volvimos á Marsella la noche siguiente; y al otro día en la mañana, ya estábamos de vuelta en el hotel de Oriente.

11 DE NOVIEMBRE.

El resto del día fué dedicado á nuestra correspondencia y á nuestros preparativos de marcha. So pena de quebrar con nuestros amigos, era necesario escribirles antes de dejar la Francia. Al siguiente día por la mañana, nos hacíamos á la vela para Italia. Nuestros lugares estaban to-

1 Mr. Cerfbeer.

mados en el piróscifo 1 toscano el Lombardo.

12 DE NOVIEMBRE.

Navegación. — Ingles. — Camarote. — Conversación.

Con un tiempo magnífico, y una compañía numerosa, dejamos el puerto de Marsella como á la mitad del día. Enviamos nuestro último saludo á Nuestra Señora de la Guardia, cuyo santuario domina á lo lejos el vasto mar que comenzábamos á recorrer. La tripulación la suplicó nos preservase del soplo del viento de los muertos, peligrosa tormenta que se deja sentir regularmente á principios de Noviembre en el golfo de Génova y de Lyon. Puesto en la parte posterior del buque, con la mirada vuelta hácia la santa colina, el viajero católico siente descender á su alma una gran confianza. ¿Qué podemos temer? se pregunta á sí mismo: allá en la altura reina una dulce Virgen que tiene en sus manos el cetro de los mares. Y por un privilegio que solo á ella pertenece, esta Virgen, mi madre y hermana, tiene el derecho de decir abrazando en su seno á Dios y al hombre: ¡Hijos míos!

Ya lejos de la costa volvimos la vista á la tripulación, y todo nos anunció que habíamos dejado á la Francia. Cuatro ó cinco voces herían nuestros oídos con sonidos incomprensibles. Extrañas fisonomías pasaban y repasaban á nuestra vista. Al lado de los anchos y redondos rostros de nuestros marinos genoveses y toscanos, tostados por el sol y sombreados por una espesa barba negra, aparecían en gran número rostros pálidos y afilados, coronados la mayor parte con una cabellera de un *blondo sospechoso*. Imposible de engañarse; eran rostros ingleses. ¿En donde no se

1 Barco sin chimenea. (N. del T.)

encuentran los hijos é hijas de Albion? Este pueblo nómada, verdadero judío errante de la civilización, se encuentra en todas partes. En paseos, hoteles, monumentos, buques de vapor, sitios pintorescos en Suiza, en Francia, en Italia, todo lo invade, paseando por todas partes su spleen y sembrando sus guineas por todos los caminos del mundo, mientras que sus obreros mueren de hambre á las puertas de sus fábricas cerradas, ó sobre el pavimento de sus solitarios castillos.

Hasta las cinco, la travesía se hizo perfectamente: un buen número de pasajeros comenzaron á sentir los primeros síntomas de mareo. Más feliz que los demás, me libré de él por un malestar que sentía, sin ninguno de los síntomas conocidos. Mientras que la mayor parte de mis compañeros representaban gratuitamente sobre cubierta la escena tragi-cómica, yo rezaba tranquilamente en mi breviario en el camarote que nos habían destinado, y cuya descripción tal vez no carece de interés. Alrededor del gran salón, adornado de brillantes espejos y de incrustados de ebanistería, se veían las puertas corredizas de los camarotes, siete piés de altura, tres de ancho, hé aquí las dimensiones geométricas de cada pieza. Si se os dijera: En este pequeño espacio debe haber de rigor una silla, tres camas, tres clavijeros, tres hombres á los cuales procurareis un corredor, ¿cómo resolveríais la cuestión? Para evitar el trabajo de adivinarlo, lo que sería largo, voy á explicároslo. Sobre la parte exterior de la cámara están fijas tres planchas de pié y medio de anchura, y puestas en forma de gradas, á distancia una de otra de dos piés: cada plancha tiene un colchón de dos pulgadas de espesor cubierto con un paño y terminado por una pequeña almohada, que puede compararse por su blandura á la desnuda piedra sobre la cual descansó Jacob su cabeza en

el desierto. A la cabeza de la primera cama está la silla que sirve de escalon para subir á las camas superiores. Los clavijeros están al extremo del corredor, que quitando la medida de las camas, conserva el ancho de cuarenta y cinco centímetros. En cuanto á las ventanas, es necesario estar acostado para verlas. Así, á vuestro lado se abre una claraboya que os procura el triple gusto de respirar la fresca brisa, de ver la ola que bate los lados del navío, y si estais atacado del mareo, de consolaros sin incomodar á los vecinos. Esta miniatura de habitacion no carece de elegancia; ¿pero de comodidad? Esta es otra cuestion. Además, ¿por qué quejarse? En el mar como en tierra, en los dias de nuestra brillante civilizacion, como en los tiempos más sencillos de los patriarcas ¿no es el hombre un peregrino? ¿no es muy bueno que se acuerde de ello? Por otra parte, acostumbremos nuestro cuerpo al trabajo, seamos sóbrios, tengamos conciencia tranquila y el sueño vendrá á visitarnos, sobre la hamaca balanceada por las olas con más seguridad tal vez que en los mullidos lechos de nuestras habitaciones doradas.

Además, á pesar de la ola que venia á estrellarse á nuestro oido, pocos instantes bastaron para dormirnos profundamente. Como á las cuatro de la mañana, sentí por el vaiven del buque, que el mar estaba fuertemente agitado; subí al puente, á fin de gozar de ese espectáculo tan imponente en sí mismo y tan nuevo para mí. Brillaban las estrellas en el firmamento, reinaba en la tripulacion un gran silencio; los pasajeros dormian; el piloto solo, velaba sobre el timon, fijos los ojos en su brújula; cerca de la proa estaban sentados dos personajes que por su idioma conocí que eran españoles. El uno era un religioso jerónimo, venerable anciano por sus cabellos blancos, por su hábito antiguo,

por su hermosa barba que le caia hasta el pecho, y sobre todo, por la calma y dignidad de su noble figura; el otro era un jóven militar de negra cabellera, de vivos ojos, de brusco continente, de lenguaje seco y breve; ambos desterrados de su patria, iban á esperar mejores dias á Roma, asilo de todos los desgraciados. La conversacion, tomando sucesivamente el carácter de cada interlocutor, era ya grave, ya animada. «Haceis muy mal, decia el anciano, á su jóven amigo, de murmurar contra la Providencia. Su conducta es para con vos misteriosa, bien lo sé, pero debéis saber que los acontecimientos políticos de que somos víctimas, los aparentes desórdenes que os repugnan en las obras del Criador, no son más que los dóciles agentes de su infalible sabiduría. Yo tenia vuestra edad cuando partí para México. Antes de embarcarme, no habia visto Oceano, navíos, marinos, ni maniobras, sino en mis libros. Se levaron anclas al caer la noche. Inmediatamente, hé ahí á todos los hombres de la tripulacion en un movimiento perpétuo; sus operaciones tan variadas, tan extraordinarias; el navío mismo que iba ya á derecha, ya á izquierda, segun el impulso de una fuerza que me era desconocida; todo ese espectáculo, del cual no comprendia nada, me sumerjió en un estado de admiracion y de pavor risible. Aun fué peor cuando al despuntar el dia fuimos acometidos por un fuerte temporal. El navío batido por las olas, ya subido, ya bajado, vacilaba como un hombre ebrio y caia ya de lado, ya por la quilla; me creí muerto. Las maniobras de la tripulacion, que hubieran podido darme alguna confianza, acababan de desesperarme; veia á todos aquellos hombres que iban y venian como maniáticos; unos bajaban á la bodega, otros trepaban por las cuerdas, se ponian á caballo sobre las vergas, subian, bajaban, volvian las

velas en todos sentidos, aquellos cerraban las escotillas, tapaban las claraboyas; estos trabajaban en la bomba, y todo esto se hacia en medio de un cambio continuo de gritos, de palabras, de signos, que yo no entendia nada; creí ver la imájen del caos; á mi juicio la tripulacion habia perdido la cabeza y obraba completamente á la casualidad.

«Temblando y desconcerdo, bajé maquinalmente á la cámara del piloto; allí encontré á un anciano de cabeza calva, y fisonomía meditabunda; estaba solo, recogido y pensativo, apoyada la mano en el timon y la vista fija sobre una carta marina: ya le veia yo medir con el cuadrante la altura del sol y marcar con precision los grados del meridiano; ya examinar sobre su brújula la desviacion polar. Por todo el rededor de su cuarto vi suspendidos astrolabios, relojes marinos, telescopios; observé que se servia de todas esas cosas cuyo uso desconocia yo, para la direccion del navío; y tambien advertí que desde su cámara mandaba todas las órdenes á la tripulacion, que las recibia con respetuoso silencio y corria á ejecutarlas. Comprendí entónces que todas las operaciones, ininteligibles para mí, que se hacian en las diversas partes del buque, estaban preparadas, mandadas y calculadas con sabiduría para la salvacion del buque. Sin embargo, la alta idea que yo tenia de la ciencia y habilidad del piloto, bastó para tranquilizarme plenamente hasta el término de nuestra navegacion.

«Jóven: el mundo es un oceano, la sociedad un navío que Dios conduce; los hombres, sus pasiones, las criaturas, los acontecimientos diversos son los cordajes, los mástiles, las velas, las áncoras, los astrolabios y los marinos de la Providencia. Vos no comprendéis nada en el juego combinado de todos estos instrumentos y temblais; ¿por eso os sorprendeis! Amigo

mio, haced lo que yo, entrad á la cámara del piloto. Al ver á la sabiduría infinita, con la mano sobre el timon, fija la vista en el objeto, y el universo entero sometido á sus leyes, vuestros temores se disiparán os avergonzareis de vuestras murmuraciones y vuestro corazon descansará dulcemente en la confianza y la paz.» El jóven militar levantó los ojos al cielo, inclinó la cabeza y acercó á sus labios la mano del anciano que regó con sus lágrimas, en seguida guardó silencio y se cubrió con su capa.

Esta conversacion, de la que solo pude alcanzar el fin, me conmovió tan vivamente, que me preocupó durante el resto de la travesía.

13 DE NOVIEMBRE.

Cocina italiana.—Vista interior de Génova.—Influencia francesa.—Espíritu religioso.—Anécdota.

Eran las once de la mañana; el sol brillaba con todo su esplendor, cuando saludamos á Génova *la soberbia*. Vista por el lado del mar, esta ciudad de mármol ofrece un aspecto magnífico. Descansando sobre un plano inclinado, la segunda reina de la Edad Média, la patria de Colon, baña sus dos piés en el mar y apoya graciosamente su cabeza sobre montañas cubiertas de risueño verdor, coronadas por importantes fortificaciones. Antes de salvar los radios del límite marítimo, se echan anclas; al punto hé aquí que se vió venir una flota entera de embarcaciones ligeras, destinadas á trasportar á los viajeros á la oficina de policía. Sobre la orilla, cerca de aquel antro de Pluton, estrecho antro, sombrío y enegrecido por el humo, os aguardaban nubes de harpías y de buitres llamados *facchini*, que saltan á vuestra navecilla, se apoderan de vuestros efectos

y van á arrojarlos á los piés del Argos de uniforme, que conviene decirlo en el oído suyo, trastorna sin piedad vuestros bagajes, sin pedir retribucion. Acabada su visita, los cargadores se precipitan de nuevo sobre vuestras maletas y balijas, y mediante una propina, las llevan á los hoteles de su eleccion. A esta labola, agregad los mozos de las fondas, los criados de hoteles, los ciceroni, los cocheros que se disputan el honor de servirlos y todo esto, al mismo tiempo y en un lenguaje que no es el de ningun pueblo civilizado. Ya no se sabe á que lado volver la cabeza, y el desgraciado viajero se deja llevar. Precedidos, seguidos, rodeados, yo no sé por cuantas figuras inhumanas llegamos al hotel de los Extranjeros.

Acabábamos de sufrir un ayuno de cerca de veincuatro horas: el aire del mar abre el apetito, estábamos impacientes de hacer conocimiento con la cocina genovesa. Nuestra primera sesion gastronómica en pais extranjero merece una mencion, si no honorífica, al ménos minuciosa. En el centro de una gran pieza cuadrada sin muebles, parduza, entapizada con un viejo armario, se elevaba una mesa cubierta con un tapiz de lana roja, azul y amarilla, sobre el cual habia un mantel en otro tiempo blanco; en él habia tres huevos frescos ó que se dicen tales, diez panes del grueso de un dedo y cuatro pequeños vasos de vidrio que tomamos por saleros. A la vista de este exraño cubierto, nos persuadimos de que habíamos pasado decididamente las fronteras de la Galia transalpina: la naturaleza de los manjares y su preparacion acabaron de convencernos de que estabamos en pais extranjero. Uno de nuestros jóvenes amigos, enemigo jurado de la azúcar de caña ó de betabel toma un poco de polvo blanco que contenian los vasos de vidrio, lo pone en su huevo, creyendo que era sal y come ávi-

damente. Repentinamente, un jesto modelado, acompañado de una risa homérica, traduce el desprecio; la sal era azúcar.

La experiencia nos sirvió, pero no corrigió á nuestro amigo. Acababan de llevar en un ancho platillo, cinco ó seis legumbres, cuya fisonomía dudosa las hizo confundirse con los rábanos. Francisco se apoderó del mas grueso, en el cual hundió vivamente los dientes, ¡desgraciado! habia mordido un *peperon*, especie de pimienta capaz de hacer arder el paladar. Su boca se abrió hasta las orejas y sus labios y lengua como tres resortes que se extienden á la vez, dieron á la planta maldita una despedida, si no la mas culta, al ménos la mas pronta que pueda imaginarse. Contábamos para compensarnos, con una copa que habíamos pedido en buen italiano, pero cuya naturaleza omitimos decir. Hé aquí que viene con gran ceremonia un gran platon cargado de *macaroni* todos impregnados de mantequilla caliente, y de tales dimensiones, que hubiéramos podido comerlos de uno á otro piso. Júzguese de nuestro desengaño. En fin, se sirvió un pescado cocido en agua; para adornar su insipidez, estaba acompañado de un limon seco del cual la mejor prensa hidráulica no hubiera hecho salir una gota de jugo. Tal fué, con peras de Suiza, nuestra primera comida en tierra extraña. Como todas las demas, la medalla de los viajeros tiene su reverso.

La belleza de Génova nos hizo olvidar su mala comida. La *Via Novissima* con pavimento de anchas lozas, dispuestas como cola de águila, limitada por anchas banquetas y embellecida por magníficos palacios, justificaba lo que se ha dicho de Génova, que parece haber sido edificada por un congreso de reyes. En los pórticos de diferentes iglesias, veis suspendidos muchos anillos de las cadenas que forman el puerto de Pisa, y que los genove-

ses llegaron á romper durante la noche. Están allí como trofeos de esa gloriosa victoria, y como un homenaje rendido por los vencedores al Dios de las batallas. El marino cerrajero que encontró el secreto de romper el obstáculo, tiene grande estimacion en su patria. ¡Honor al pueblo agradecido! El recuerdo, las alabanzas y las recompensas nacionales, estimulan á las bellas acciones, y entre las naciones cristianas, la religion las inmortaliza consagrándolas. Segun la costumbre á la vez conmovedora y sublime, cada año despues de tantos siglos, la poblacion genovesa, se reúne en la tumba del humilde marino, y se dice una misa por el descanso de de su alma.

Recorriendo los diversos cuarteles de la ciudad en medio de una multitud de elegantes transeuntes, y de soberbios trenes, dos cosas admira al extranjero: la influencia del espíritu frances y la presencia del espíritu religioso. Nuestras modas reinan como soberanas en las clases elevadas de la sociedad cisalpina. No me sorprendió méros encontrar jóvenes con el corte de barba á la francesa, largos cabellos, el pantalon con trabilla, puro en la boca, las levitas del corte y los colores del último gusto parisense. Oí hablar frances, bien mal; leia nuestro idioma sobre los rótulos de los almacenes, yo estaba orgulloso y me decia en voz baja: ¡Por qué, ¡ah! se ha de temer que nuestros caros vecinos nos imiten en todo? ¡Por qué ha de temerse en ellos la invasion del espíritu frances? Copiad nuestras modas, estudiad nuestra lengua, nada mejor; pero guardaos de abrazar de nuestras doctrinas, sino solo á beneficio de inventario; sin esto, verterian el veneno en vuestras entrañas. Vuestra sociedad, tomándolo todo, tan feliz y tan pacífica, seria muy pronto presa de horribles convulsiones, y quien sabe si esto ocasionaria una crisis. ¡Cuántas veces es-

ta primera observacion, estos deseos, estos temores, se renovaron en el curso de mi viaje!

La presencia del espíritu religioso en el seno de aquella activa poblacion se revelaba de mil maneras. Todos esos jóvenes elegantes de que he hablado, se paseaban y conversaban familiarmente con eclesiásticos á quienes daban el brazo. Esta feliz fusion del clero y del pueblo, me causó una dulce emocion. La sociedad me parecia en su estado normal, yo la habia visto hasta entónces en un estado violento y enfermizo; el sacerdote en un lado, el laico en el otro, entre ellos un abismo.

No solamente no se teme el contacto con el sacerdote; sino que cada familia tiene á honor contar entre sus miembros un ministro de los altares. Así en la estimacion jeneral, la religion ocupa todavía el rango elevado que le conviene; sus intereses son los de todos; y han sido consagrados para todos. Una circunstancia particular demostró durante nuestra permanencia, esta preciosa disposicion. El rey de Cerdeña, que se manifiesta lleno de benevolencia hácia los genoveses, acababa de mandar disponer grandes trabajos de embellecimiento sobre el muelle: un soberbio pórtico de mármol blanco, debe extenderse sobre los bordes de la mar, y servir de paseo y de almacén; además, el plano trazado por los arquitectos, suprimia muchas madonas (imágenes de la Virgen Santísima) en las cuales tenian los genoveses una gran confianza. Este proyecto habia alarmado á toda la poblacion; se habian reunido los principales habitantes y se habia encomendado el negocio al rey mismo que se encontraba en Génova. Este príncipe mandó, contra el voto de los arquitectos, que se respetaran las imágenes. «Yo no permitiré nunca que se sacrifique una idea religiosa á una línea rec-

ta. ¿Conoceis otra cosa más propia de un rey que estas palabras?

14 DE NOVIEMBRE.

San Lorenzo.—El Sacro Catino.—El Disco.—Villa Negróni.—Palacio ducal y Sarra.—Costumbres italianas.—El ventarrón de los muertos.

Era el domingo; nos dirigimos á buena hora á la catedral, donde deseaba yo celebrar los santos misterios. La fachada y el coro son de mármol blanco y negro; encima de la gran puerta está un bajo relieve que representa el martirio de san Lorenzo. Es una elocuente predicación, así para el sacerdote que va á ofrecer el augusto sacrificio, como para los fieles que asisten á él: diez y seis columnas de orden compuesto de mármol blanco y negro de Paros, adornan la gran nave. La vista se deslumbra con las riquezas de todo jénero que decoran las diferentes partes de aquel majestuoso edificio; pero un espectáculo más agradable llamó mi atención: una multitud de hombres y mujeres de todas clases, oraba arrodillada y recojida en la nave y en las capillas, rodeaba la mesa santa á donde iban despues de los tribunales sagrados. Entré á la sacristía y presenté mi pajella 1, y al punto me fué concedido el permiso de decir la misa.

En el tesoro de san Lorenzo, se conservan dos monumentos de lo más precioso que se conoce; el primero es un vaso de esmeralda conocido en toda la cristiandad bajo el nombre de *sacro catino*, hallado en la toma de Cesarea en Palestina. Una venerable tradición pretende que este vaso sirvió á Nuestro Señor para comer el cordero pascual con sus discípulos. El tama-

1 Nombre que se da en Italia á las letras episcopales que autorizan al sacerdote para decir misa.

ño de este vaso es de cuarenta centímetros, su circunferencia tiene poco más de un metro; es exágono en la forma y está adornado de dos asas, de las cuales una está bruñida y la otra bosquejada; el segundo es un plato de ágata, con la representación de la cabeza de san Juan Bautista. Una viva emoción se deja sentir, cuando al mirarlo se piensa en que es el mismo en que le fué llevada á la impúdica Herodías la cabeza del santo Precursor. A fin de alimentar en la mujer el doble sentimiento de la humildad y del reconocimiento, el cristianismo, que ha hecho todo por ella, no se olvida de recordarle de vez en cuando sus iniquidades; así es que en castigo del crimen de Herodías, la capilla de san Juan Bautista en san Lorenzo de Génova, está cerrada para todas las personas del sexo.

Antes de volver al hotel, visitamos la villa Negróni, doblemente interesante por su situación que permite gozar del panorama de Génova, y por su colección de antigüedades cuyo propietario en persona, hace los honores á los extranjeros. No obstante, esta villa, no lo olvideis, ofrece un interés muy secundario. El palacio ducal, antigua residencia de los dux, con sus imponentes recuerdos, con su fachada adornada de cornizas y balaustradas de mármol, con sus grandes bóvedas y su techumbre sin maderamen ni fierro: el palacio Sarra en la *vía Nuova*, con su salón, uno de los más bellos que hay en Italia, por la elegancia de sus proporciones, la riqueza de sus adornos, su pavimento de mosaico y sus puertas adornadas con lapislazzuli, nos recordaron la Edad Média y nos detuvieron allí hasta las doce.

Como á la una admirábamos en la iglesia de *san Ambrosio*, la *Circuncisión de Nuestro Señor* por Rubens, y la *Asunción de la Santísima Virgen* por Guide, y por fin, á san Ignacio librando á un po-

seido y resucitando á los niños, bella y notable composición de Rubens. Sería largo y tal vez fastidioso pasar revista á los cuadros notables que decoran las diferentes iglesias de Génova. A vista de las multiplicadas obras del jenio moderno, comprende el viajero que ha entrado en el país de las artes, y el observador comienza los estudios que deben formar su juicio sobre el espíritu y los efectos del *renacimiento*. Puede también recoger preciosos datos sobre las costumbres de las poblaciones italianas, apreciadas de diversos modos.

Con este objeto, fuimos á la bella iglesia de la *Annunziata*, en donde reside un religioso frances. El padre G. . . ., hombre de edad madura, dotado de un notable talento de observación, radicado en Génova hacia doce años y muy ocupado en el ministerio de las almas, estaba en condiciones muy favorables para instruirnos. Pues bien, de sus conversaciones íntimas, resulta para nosotros que, bajo el aspecto moral, la Italia considerada en las masas, es, salvo algunas diferencias, la *Edad Média en el siglo decimonono*. Allí se encuentran todavía en todo su vigor, los dos principios que desde la caída original se combaten en el seno de la humanidad. La victoria es ya de uno, ya de otro; pero en medio de las ruinas de la virtud, la fé permanece en pié. Y, esta fé saludable, cura tarde ó temprano las heridas del corazón, y pone las armas en manos del vencido, casi siempre victorioso en el último combate. En cuanto á las *clases elevadas*, sufren más ó ménos la influencia de lo que se llama más allá de los montes, las ideas francesas. Pruebas de todo jénero se ofrecen en apoyo de esta doble observación; y puedo decir que se las encuentra en los diferentes puntos de Italia, desde Génova hasta Nápoles.

Apénas habian pasado cuarenta y ocho

horas de nuestra salida de Francia, y nos parecia, al escuchar los datos que nos suministraba el excelente religioso, haber retrogradado cinco siglos, y hallarnos en los tiempos de los Pablo de Laraze y de Guillermo de Aquitania. Nos paseábamos con él en la vasta sacristía que separa la iglesia del convento. Mirad, nos decia, aquella puerta excusada que da á la calle; todos los dias está abierta hasta las diez de la noche. Cuando se va la luz, los numerosos confesonarios que veis aquí, se ocupan por nuestros sacerdotes, y los hombres vienen á buscarlos. ¿Creereis que nos llegan algunas veces bandidos acosados por el remordimiento, y cuya cabeza está á precio? Durante las tinieblas, bajan de las montañas y vienen á buscar aquí algunos consuelos. Dios solo conoce todos los desórdenes que impedimos y que hacemos reparar.

Como nuestro convento, el de los capuchinos queda abierto toda la noche; y los buenos padres os dirán, como yo, que en ese tiempo se cumplen en el santo tribunal inefables misterios de arrepentimiento y misericordia. Hé ahí al hombre con su doble tendencia: por un lado las inclinaciones viciosas que heredó de Adán, y por otra la fuerza de resistencia depositada en su alma por la gracia del segundo Adán. Ahora, mientras dura la lucha, la acción del cristianismo se deja sentir, la fé vive, y la esperanza permanece. Pero los italianos cometen el mal, me direis.—Bien, pero ¿bajo qué clima los hijos de Eva son impecables? Se pecaba en la Edad Média, se pecaba también en los primeros siglos de la Iglesia, pero en jeneral no se podía vivir con remordimiento. Tal es todavía, salvo excepciones, el pueblo de la península.—Se arrepiente, se confiesa, añadid aún, se reincide. En los países en que no se arrepienten ó en que no se confiesan, ¿están los hombres confirmados en la gra-

ta. ¿Conoceis otra cosa más propia de un rey que estas palabras?

14 DE NOVIEMBRE.

San Lorenzo.—El Sacro Catino.—El Disco.—Villa Negróni.—Palacio ducal y Sarra.—Costumbres italianas.—El ventarrón de los muertos.

Era el domingo; nos dirigimos á buena hora á la catedral, donde deseaba yo celebrar los santos misterios. La fachada y el coro son de mármol blanco y negro; encima de la gran puerta está un bajo relieve que representa el martirio de san Lorenzo. Es una elocuente predicación, así para el sacerdote que va á ofrecer el augusto sacrificio, como para los fieles que asisten á él: diez y seis columnas de orden compuesto de mármol blanco y negro de Paros, adornan la gran nave. La vista se deslumbra con las riquezas de todo jénero que decoran las diferentes partes de aquel majestuoso edificio; pero un espectáculo más agradable llamó mi atención: una multitud de hombres y mujeres de todas clases, oraba arrodillada y recojida en la nave y en las capillas, rodeaba la mesa santa á donde iban despues de los tribunales sagrados. Entré á la sacristía y presenté mi pajella 1, y al punto me fué concedido el permiso de decir la misa.

En el tesoro de san Lorenzo, se conservan dos monumentos de lo más precioso que se conoce; el primero es un vaso de esmeralda conocido en toda la cristiandad bajo el nombre de *sacro catino*, hallado en la toma de Cesarea en Palestina. Una venerable tradición pretende que este vaso sirvió á Nuestro Señor para comer el cordero pascual con sus discípulos. El tama-

1 Nombre que se da en Italia á las letras episcopales que autorizan al sacerdote para decir misa.

ño de este vaso es de cuarenta centímetros, su circunferencia tiene poco más de un metro; es exágono en la forma y está adornado de dos asas, de las cuales una está bruñida y la otra bosquejada; el segundo es un plato de ágata, con la representación de la cabeza de san Juan Bautista. Una viva emoción se deja sentir, cuando al mirarlo se piensa en que es el mismo en que le fué llevada á la impúdica Herodías la cabeza del santo Precursor. A fin de alimentar en la mujer el doble sentimiento de la humildad y del reconocimiento, el cristianismo, que ha hecho todo por ella, no se olvida de recordarle de vez en cuando sus iniquidades; así es que en castigo del crimen de Herodías, la capilla de san Juan Bautista en san Lorenzo de Génova, está cerrada para todas las personas del sexo.

Antes de volver al hotel, visitamos la villa Negróni, doblemente interesante por su situación que permite gozar del panorama de Génova, y por su colección de antigüedades cuyo propietario en persona, hace los honores á los extranjeros. No obstante, esta villa, no lo olvideis, ofrece un interés muy secundario. El palacio ducal, antigua residencia de los dux, con sus imponentes recuerdos, con su fachada adornada de cornizas y balaustradas de mármol, con sus grandes bóvedas y su techumbre sin maderamen ni fierro: el palacio Sarra en la *vía Nuova*, con su salón, uno de los más bellos que hay en Italia, por la elegancia de sus proporciones, la riqueza de sus adornos, su pavimento de mosaico y sus puertas adornadas con lapislazzuli, nos recordaron la Edad Média y nos detuvieron allí hasta las doce.

Como á la una admirábamos en la iglesia de *san Ambrosio*, la *Circuncisión de Nuestro Señor* por Rubens, y la *Asunción de la Santísima Virgen* por Guide, y por fin, á san Ignacio librando á un po-

seido y resucitando á los niños, bella y notable composición de Rubens. Sería largo y tal vez fastidioso pasar revista á los cuadros notables que decoran las diferentes iglesias de Génova. A vista de las multiplicadas obras del jenio moderno, comprende el viajero que ha entrado en el país de las artes, y el observador comienza los estudios que deben formar su juicio sobre el espíritu y los efectos del *renacimiento*. Puede también recoger preciosos datos sobre las costumbres de las poblaciones italianas, apreciadas de diversos modos.

Con este objeto, fuimos á la bella iglesia de la *Annunziata*, en donde reside un religioso frances. El padre G. . . ., hombre de edad madura, dotado de un notable talento de observación, radicado en Génova hacia doce años y muy ocupado en el ministerio de las almas, estaba en condiciones muy favorables para instruirnos. Pues bien, de sus conversaciones íntimas, resulta para nosotros que, bajo el aspecto moral, la Italia considerada en las masas, es, salvo algunas diferencias, la *Edad Média en el siglo decimonono*. Allí se encuentran todavía en todo su vigor, los dos principios que desde la caída original se combaten en el seno de la humanidad. La victoria es ya de uno, ya de otro; pero en medio de las ruinas de la virtud, la fé permanece en pié. Y, esta fé saludable, cura tarde ó temprano las heridas del corazón, y pone las armas en manos del vencido, casi siempre victorioso en el último combate. En cuanto á las *clases elevadas*, sufren más ó ménos la influencia de lo que se llama más allá de los montes, las ideas francesas. Pruebas de todo jénero se ofrecen en apoyo de esta doble observación; y puedo decir que se las encuentra en los diferentes puntos de Italia, desde Génova hasta Nápoles.

Apénas habian pasado cuarenta y ocho

horas de nuestra salida de Francia, y nos parecia, al escuchar los datos que nos suministraba el excelente religioso, haber retrogrado cinco siglos, y hallarnos en los tiempos de los Pablo de Laraze y de Guillermo de Aquitania. Nos paseábamos con él en la vasta sacristía que separa la iglesia del convento. Mirad, nos decia, aquella puerta excusada que da á la calle; todos los dias está abierta hasta las diez de la noche. Cuando se va la luz, los numerosos confesonarios que veis aquí, se ocupan por nuestros sacerdotes, y los hombres vienen á buscarlos. ¿Creeréis que nos llegan algunas veces bandidos acosados por el remordimiento, y cuya cabeza está á precio? Durante las tinieblas, bajan de las montañas y vienen á buscar aquí algunos consuelos. Dios solo conoce todos los desórdenes que impedimos y que hacemos reparar.

Como nuestro convento, el de los capuchinos queda abierto toda la noche; y los buenos padres os dirán, como yo, que en ese tiempo se cumplen en el santo tribunal inefables misterios de arrepentimiento y misericordia. Hé ahí al hombre con su doble tendencia: por un lado las inclinaciones viciosas que heredó de Adán, y por otra la fuerza de resistencia depositada en su alma por la gracia del segundo Adán. Ahora, mientras dura la lucha, la acción del cristianismo se deja sentir, la fé vive, y la esperanza permanece. Pero los italianos cometen el mal, me direis.—Bien, pero ¿bajo qué clima los hijos de Eva son impecables? Se pecaba en la Edad Média, se pecaba también en los primeros siglos de la Iglesia, pero en jeneral no se podía vivir con remordimiento. Tal es todavía, salvo excepciones, el pueblo de la península.—Se arrepiente, se confiesa, añadid aún, se reincide. En los países en que no se arrepienten ó en que no se confiesan, ¿están los hombres confirmados en la gra-

cia? ¿viven como los ángeles? ¿mueren como los santos? Más tarde estudiaremos ciertas estadísticas, y sabremos á que atenernos.

Al acabar nuestra conversacion se dejó oír un gran ruido en una escalera vecina. «Hé aquí que llegan, dice el padre, nuestros jóvenes, es la hora de la dominica.» En efecto, lo más florido de la juventud, formada en piadosa asociacion, se reúne cada domingo para asistir á las prácticas sagradas, ejercitarse en la caridad y poner bajo la doble égida de la oracion y de la palabra divina á la más delicada de las virtudes. Despues de habernos despedido de nuestro amable compatriota, que debía por sí mismo presidir la interesante asamblea, nos volvimos al hotel; eran ya las cuatro.

La reunion de los jóvenes genoveses nos trajo á la memoria otra muy querida de nuestro corazon, y que tenia lugar en Francia á la misma hora. El pensamiento de que allí se oraba por los viajeros, nos vino como un suave perfume; y quién sabe si al piadoso recuerdo de aquellas almas fervientes debíamos tal vez encontrarnos al abrigo de la horrible tempestad que agitaba á nuestra vista el golfo de Génova. Desde el balcon abrazábamos con una mirada la vasta extension de las olas. El tiempo era frio, el viento violento, y el horizonte estaba cubierto de sombrías nubes. Los relámpagos se sucedian con rapidez, y el ruido del trueno, repetido por los ecos de las montañas, se prolongaba como rodando majestuosamente, perdiéndose en el profundo valle de la Polcevera. El mar mujía á lo léjos, y las olas que venian á estrellarse con violencia contra las rocas, rebotaban espumosas á más de veinticinco piés sobre el muelle. Los navíos ajitados inclinaban sus mástiles en todos sentidos; todos los marineros estaban á bordo, cargando las velas, arrojando nuevas anclas y

cerrando las escotillas; una muchedumbre inquieta se ajitaba en el muelle; pasaba entónces *El ventarron de los muertos*. La tormenta duró más de dos horas; pero gracias á la actividad de los tripulantes, nada siniestro tuvo que deplorarse. Felices con haber desembarcado en Génova, habíamos podido gozar con esto del imponente espectáculo de una tempestad; mientras los pasajeros que la víspera habian continuado su camino sobre *El Lombardo*, fueron detenidos seis dias en el mar expuestos á perecer.

15 DE NOVIEMBRE.

Hospital jeneral.—Cámara de Santa Catarina de Génova.—Iglesia de Santa María-di-Carignano.—Salida de Génova—Novi.

Como en todas las grandes ciudades, se encuentran en Génova muchos pobres. Su miseria contrasta penosamente con la extrema opulencia de los ricos. Las fortunas de cien mil francos de renta no son raras en la patria de los Doria. Esta riqueza viene en jeneral del antiguo comercio de la república y tambien del comercio moderno: los genoveses están todavía con sus navíos en todas las escalas del Levante. Pero en Génova, como en las ciudades católicas, la caridad se esfuerza en llenar la distancia que separa los dos extremos, de suerte que la abundancia de los unos suple á la indijencia de los otros.

A las diez entrábamos al hospital jeneral, magnífico edificio que puede llamarse justamente *palacio real de la Caridad*. No sé si se puede ver algo más imponente; la grande escalera, los pasamanos, el pavimento de las inmensas salas, todo de mármol blanco de Carrara, de un grano finísimo y de una pureza notable. Allí, son atendidos, alimentados, velados dia y noche por *ángeles* venidos de Francia, mu-

chos millares de enfermos, desde la cuna hasta la tumba. En medio de la sala principal está un aposento de vidrios: es la morada del buen padre. Digno hijo de san Francisco, anciano de barba blanca, está allí noche y dia, como el centinela en su puesto, leyendo, escribiendo, siempre en oracion, pronto á recibir y consolar á aquellos *que entran y que salen de este reino de dolores*. El hospital educa á sus expensas mil niñas expósitas. Hasta la edad de doce años viven en el campo: al fin de este plazo, si las nodrizas no quieren seguir ya teniéndolas bajo su cuidado, entran al *albergo* de los pobres, en donde pasan algun tiempo, volviendo despues al hospital jeneral, que se encarga de ellas durante el resto de su vida. La caridad, única capaz de concebir el bien en tan vasta escala, encuentra en sus inagotables recursos el medio de llevarlo á cabo. El hospital jeneral se mantiene con las fundaciones de los nobles genoveses; cada bienhechor está representado allí de una manera diferente, segun la magnitud de sus donativos. Méenos de cien mil francos dan derecho á una inscripcion; para tener una estatua de piés necesario haber dado por lo ménos cien mil francos; y por una estatua que los represente sentados más de cien mil.

Esta larga fila de estatuas de mármol blanco, colocadas en nichos practicados encima de las camas de los enfermos, no solo da un buen golpe de vista, sino que despierta en el alma un delicioso sentimiento. El paganismo colocaba á sus grandes hombres en los baños y en los anfiteatros, para presidir los placeres y la crueldad; el cristianismo coloca las imágenes de los suyos en el asilo de la pobreza y del dolor. ¿No es una idea conmovedora acercar así la riqueza que protege y da, junto á la pobreza que recibe y bendice? Y qué bien interpreta la palabra tan eminentemente social del divino Legislador: «*Todos sois*

hermanos; se conocerá que sois mis hijos, si os amais los unos á los otros.»

No hablo de la limpieza que reina en este bello establecimiento: es exquisita, pero no se admira cuando se han visto ya los hospitales de Francia. Eramos guiados por la superiora, digna hija de san Vicente de Paul, que nos enseñó sucesivamente la botica, el guarda ropa, las salas, con la misma gracia y buen humor con que la dama del mundo hace los honores de su salon. Voy ahora, nos dijo, á enseñaros nuestro tesoro: es la cámara y el cuerpo de santa Catarina de Génova. Siguiendo sus pasos, entramos con respeto á una estrecha celda, con piso de ladrillo, iluminada por una pequeña ventana y cuyas negruzcas paredes están cubiertas de frescos que representan diversas escenas de la passion. Con ávida mirada considera el viajero cristiano las partes de aquel pobre recinto, y el hombre de mundo no puede ménos que exclamar: «¿Y qué, aquí es donde vivió durante treinta años una noble jóven nacida en las gradas del trono, y que contaba en su linaje á todas las glorias humanas; vicarios perpétuos del imperio de Italia, célebres jenerales, muchos cardenales y dos papas, Inocencio IV y Adriano VI! ¿Aquí es donde, al pié de un crucifijo, descansaba durante la noche de las fatigas del dia, y alimentaba aquel celo activo cuyos milagros fueron tan numerosos durante la terrible peste de 1497! ¿Aquí es, por fin, donde murió inundada de castas delicias la heroina de la caridad!» ¿Puede uno admirarse de que un santuario tan lleno de maravillas sea un tesoro para las hijas de san Vicente de Paul? De la celda de la Santa, pasamos á la iglesia. Su cuerpo, preservado de la corrupcion de la tumba, descansa en una magnífica urna, colocada sobre el altar mayor.

Los ejemplares de santa Catarina no se han perdido en su patria. Además del

hospital, Génova posee un asilo justamente afamado por su magnificencia, bajo el nombre de *Albergo de Poveri*. Este establecimiento, cuya fundacion se remota á 1539, es un taller de trabajo libre, que reúne cerca de 2,000 indijentes sanos y hábiles para trabajar: 500 hombres y 1,500 mujeres. Los pobres que carecen de trabajo están seguros siempre de encontrarlo en el *Albergo*. Se les emplea en tejer lana, algodón, hilo de cáñamo y en fabricar tapices, medias, cinta de seda, etc. La casa suministra los objetos necesarios para su propio consumo y para el de los hospitales y hospicios, así como una parte de los objetos fabricados, y tiene una tienda abierta para la venta de sus productos. La organizacion, el gobierno, el orden, el espíritu de este precioso establecimiento, ofrecen un objeto de útiles estudios y un hermoso modelo que imitar. Las rentas suben á 300,000 libras, provenientes de la mitad de fundaciones piadosas 1.

Del *Albergo* subimos á la cúpula de Santa María de *Carignano* para gozar del panorama de Génova. A los rayos del sol, que brillaba con todo su esplendor, bajo un cielo sin nubes, la soberbia ciudad se extendía á nuestra vista con todos sus encantos y su magnificencia. Sus grandes edificios y sus palacios de mármol resplandecían como un rocío de diamantes en la cabeza, de una mujer en opinion de todo el mundo; este es un golpe de vista de los mas hermosos que se pueden desear. Los cuadros y las estatuas que adornan la iglesia llamaron en seguida nuestra atención. En las cuatro pilastras que sostienen la cúpula, están cuatro estatuas de mármol blanco de cerca de doce piés de altura. Las de san Sebastian y del bienaventurado Alejandro Pauli, son del

1 Véase M. de Gerando, *Traité de la Bienf.*, t. III, p. 516—539.

célebre Puget: la primera pasa por una obra maestra.

El museo de Génova conserva una proa de galera romana, la única que se dice que existe.

Como habíamos resuelto visitar rápidamente el centro de Italia, ántes de llegar á Roma tomamos en la noche el camino de Alejandría. Esta ruta está trazada por el fértil valle de *Polcevera*, y deja á la izquierda la villa de San Remo, habitada por la familia Bresca, de que hablaré más tarde. Cuatro horas bastan para llegar á Nervi, pequeña ciudad célebre en el comercio por sus sedas blancas, y en nuestros fastos militares por la batalla en que pereció en el año VII de la república, el jóven y brillante jeneral Jouvert.

16 DE DICIEMBRE.

Alejandría.—Una hermana gris.—Recuerdo.—Campo de batalla de Marengo.—Voghera.—El Rizzoto á la Milanesa.—Encuentro con un padre capuchino.

Reinaba el más profundo silencio en Alejandría cuando llegamos; eran las tres de la mañana. Nada se parece más á un vasto cementerio, como una ciudad dormida. Había algo de solemne en esa absoluta calma, que apenas se interrumpía por los pasos del centinela que velaba sobre la muralla, ó por el ruido de la puerta al rodar pesadamente sobre sus goznes para dejarnos pasar. Esperando el día y el coche de Jurin que debía conducirnos á Placencia, vivaqueamos, según la costumbre, en la oficina de los acelerados. En medio de la pieza estaba una estufa que tomaron bajo su proteccion los primeros que bajaron. Más tímida, ocupaba un asiento en un rincón de la sala, una religiosa venida de Génova con nosotros, aunque en distinto lugar. Su aire, que no

me era desconocido, picaba vivamente mi curiosidad; me acerqué á ella, y me atreví á decirle en italiano:—«Señora, si estuviéramos en Francia yo diría: hé ahí una *Hermana gris*.—Y no os engañáis, respondió en buen frances.—¿Cómo os encontráis en un país que no es el vuestro? Y me contestó ella sonriendo:—Las hermanas de la caridad son de todos los países.—Pero no obstante, ¿cómo os encontráis aquí?—Por la voluntad de Dios.» Al punto me acordé de la historia de la fundacion Bisontina de las hermanas grises. Pronuncié el nombre de la hermana H. . . . y trabamos completo conocimiento, y ya estuvimos en terreno conocido.

Como frances y como del Condado, supe con el más vivo interés que la rama desprendida del árbol tan vivaz de san Vicente de Paul había producido numerosos ramajes; que las hermanas grises estaban esparcidas en Saboya, Piamonte, Montferrial, en el ducado de Módena, en Nápoles, en Calabria, y que estaban encargadas del hospital militar de Génova. Esta buena religiosa se dirijia á Verceil para cumplir una de las tantas numerosas funciones de su instituto. El cuidado de los enfermos y la educacion de los hijos del pueblo ferman en Francia el doble trabajo de las hermanas de San Vicente; en Italia se agrega además el sostenimiento y cuidado de las salas de asilo y la instruccion de las jóvenes. Este ministerio lo desempeñan en comun con las Claras y Ursulinas. De estas tres órdenes reunidas recibe la clase acomodada una educacion sencilla, pero sólida. En un país en que todo el mundo es artista, se tiene cuidado de fijarse en los justos límites, y poner lo principal ántes que lo accesorio. La locura por la música y las artes de gusto no ha pasado todavía los Alpes: ¡Dios quiera que nunca los pase! . . . sino es para dejarnos á nosotros.

La conversacion se había prolongado más de una hora, cuando al sonido de una pequeña campana, que tocaba el *Anjelus*, se levantó la hermana y salió. Todo dormía todavía, pero ya los ánjeles de la caridad y de la oracion habían vuelto á seguir su santa y útil tarea.

Yo salí á mi vez y visité una parte de la ciudad. Con excepcion del Palacio Real, de las iglesias de san Alejandro, de san Lorenzo y del hotel de la ciudad, la antigua *Alexandria stelliatorum* nada ofrece de notable. Por otra parte, al recorrer aquellas calles, la plaza de armas, á donde llegaba al ruido de un tambor de una parte de la guarnicion, un recuerdo muy querido me hacia tomar grande interés aun en las cosas más comunes. «En 1811, me decía yo, había aquí, en esta ciudad, entonces francesa, un hermano muy amado; él ha visto estos mismos palacios, ha recorrido estas mismas calles, protegido estas mismas murallas. ¿En dónde está? ¿En dónde sus numerosos compañeros de armas, antiguas glorias de un imperio que ya no existe? Yo veo banderas y uniformes; oigo el ruido del tambor, ¡pero nada de esto es frances!» La larga sucesion de acontecimientos, desenvolviéndose con rapidez, abría un vasto campo á las reflexiones; pero era preciso cortarlas: la señal de la partida se había dado ya.

A las ocho de la mañana dejamos á Alejandría. Al dirijir la vista sobre la vasta llanura que rodea la ciudad, se comprende cómo los soberanos aliados hayan mandado arrasar los trabajos hechos por los franceses. Aquel formidable recinto de fosos y murallas hacia de la Alejandría el baluarte de Francia del lado de Italia y una de las plazas más fuertes de Europa. Pasado el Tanaro, nos encontramos en pocos instantes sobre las elevadas riberas del Bormida, cuyo nombre se repite á menudo en nuestros fastos militares.

Al salvar aquella especie de torrente de ancho cauce y escarpados bordes, nos preocupaba un gran recuerdo. Repentinamente detiene el conductor los caballos, y nos grita: ¡Ved ahí el campo de batalla de Marengo! A esta palabra nos pusimos en pié, latándonos el corazón con fuerza, y abrazamos con una mirada el teatro del combate memorable que vino á cambiar la faz de la Europa, á ilustrar el Consulado y á preparar el Imperio.

Sin ser del arte, se puede sin embargo admirar el genio del gran capitán que ganó la victoria. Era imposible calcular con más precisión y poner más al alcance las circunstancias de tiempo y de lugar. ¡Qué ejército de pensamientos, de recuerdos, de reflexiones, de lecciones de todo género, se presenta ante vosotros cuando atravesáis aquel campo de batalla! Lo ví en globo, y en seguida, conmovido mi corazón, me puse á rezar por todo aquel pueblo de muertos, un ferviente *De profundis*; esta es la flor que deposita el cristiano al pasar por las tumbas de sus hermanos.

Sin embargo, pudimos ver la altura cubierta de viñas, donde sucumbió el bravo Desaix en su triunfo; después el terraplen del cual lanzó Kellerman á galope el grueso de su caballería contra las columnas austriacas, que logró desbaratar y poner en derrota. Dos rasgos que pintan bien el carácter francés, me vinieron entonces á la memoria. El general Bessieres, á la cabeza de los granaderos y de los cazadores de la guardia consular se lanzaba sobre el enemigo; las bayonetas de los franceses y de los austriacos iban á cruzarse, cuando un caballero húngaro, que acababa de caer al suelo, extendió las manos hácia nuestros valientes, rogándoles no lo atropellaran con las patas de sus caballos. Bessieres lo advirtió, y exclama: *Amigos míos, abrid vuestras filas, perdonad á ese des-*

graciado. En lo más fuerte de la pelea, el lugarteniente de artillería Conrad, perdió una pierna, que le llevó una bala de cañón; apenas se había caído, cuando se levanta para observar el tiro de su batería. Los artilleros quieren llevárselo; él se opone y les dice: *Servid á vuestra batería, y tened cuidado de apuntar un poco más bajo.*

La llanura de Marengo y de toda la Lombardia, no es, como se ha dicho, bella sino para solo las batallas. Nada de árboles, verjeles, ni setos vivos; pocas viñas, pero por todas partes campos que se pierden de vista, que se prolongan hasta Stradella, pequeña población á la entrada de la ciudad de Parma. Antes de llegar á ella se pasa á Voghera, última ciudad del reino de Cerdeña. El estado mayor del ejército francés había comido allí la víspera de la jornada de Marengo. Aunque nosotros no teníamos batalla que librar, quisimos imitar tan noble ejemplo. A la vista de Napoleon y de sus jenerales, cuyos retratos adornaban un vasto comedor, nos pusimos á la mesa en compañía de algunos lombardos llegados de los Apeninos. Empezamos por trabar conocimiento con un manjar del país, que creo firmemente que no puede ser más que el resultado de combinaciones largo tiempo elaboradas por un congreso ecuménico de alquimistas, de boticarios y de envenenadores. Arroz cocido, queso, fideos, trufas pimentosas cortadas en rebanadas delgadas como hojas de tabaco, y aromatizadas con clavos de especia, aceite, sal y azafran en abundancia: tal es la infernal composición que se nos sirvió á guisa de sopa. Voy á deciros su nombre, á fin de que si alguna vez al pasar por Voghera, os veis amenazados con esta medicina, no perdáis un momento en mandar enganchar los caballos á vuestro coche, y en partir á todo escape. Esta *ministra* se llama *rizzotto*

alla milanese. Por lo demás, tranquilizaos, si perdeis ese platillo: los lombardos hacen de él sus delicias; podemos afirmarlo.

Acabada la comida, seguimos nuestro camino á través de aquellos campos de Italia llenos de recuerdos franceses. Conquistada por los soldados de Brenno, la Gaula cisalpina ha vuelto á ver muy frecuentemente á los hijos de los antiguos francos. No hay una colina, un árbol, un torrente ni una aldea de esa tierra tan exactamente llamada por Montaigne *el recreo de los reyes y la tumba de nuestros ejércitos*, que no recuerde algún hecho de armas, algún nombre famoso en nuestros anales militares. Y sin embargo, nunca hemos podido establecer sólidamente nuestra dominación; hoy mismo no poseemos ni una sola pulgada de terreno, y esto á pesar de las simpatías de las poblaciones que estuvieron por nuestra parte y no por la de Austria. Este hecho extraordinario se funda sin duda en la comunidad de origen; pero ¿no parece indicar á la Francia que está llamada á reinar en Italia, de otro modo que por las armas? Que se haga francamente católica, y muy pronto habrá reconquistado en Italia como en Oriente, como en todas partes, el imperio más honroso, el imperio moral. Tal es, no lo olvideis, el glorioso privilegio que el príncipe de las naciones parece haber reservado á la hija mayor de su Iglesia.

Los recuerdos militares seguían ocupando nuestro espíritu, cuando un imprevisto encuentro vino á llamarnos á otro orden de ideas. Al lado de una pequeña colina, sombreada por olmos y moreras, vimos bajando un estrecho sendero á un religioso de san Francisco. Por su vestido de sayal castaño, su larga barba gris, su calva cabeza y sus desnudos piés, le reconocimos por un capuchino. El humilde padre marchaba silencioso y recojido. Con una mano detenía la alforja que pesaba

sobre su espalda ya agobiada, y con la otra se apoyaba en una rama de árbol á guisa de bastón. Pobre voluntario, venía de pedir limosna á sus hermanos los pobres habitantes de los campos. No había pedido en vano según lo anunciaba su carga. Y en cambio del pan que había recibido, había dado con solo su presencia un saludable ejemplo, algunas buenas palabras á la familia, algunos consuelos á los enfermos, y algunas caricias á los niños. Comercio interesante en el cual, el que cree despojarse, recibe más de lo que da; deliciosa armonía, en que el hombre del trabajo y el hombre de la oración se prestan mútuo socorro para llegar al mismo término. Vivientes recuerdos de los siglos de la fé, visiones santas de otra edad, ¡cuán dulces sois para el corazón cristiano! A pesar de la rapidez de nuestra marcha, la noche se acercaba y había cerrado ya cuando llegamos á *Stradella*.

17 DE NOVIEMBRE.

Llegada á Stradella.—La Aduana.—Pasaje del Trebia.—Inscripciones.—Placencia.—Aspecto de la ciudad.—Recuerdos.—Hospital.

Era punto convenido que dormiríamos el 16 en Placencia. Pero el conductor vino á anunciarnos que la aduana que nos había de pasar visita antes de llegar al Trebia, se cerraba á las cinco de la tarde; que así, era imposible el paso aquel día, y que si nos obstinábamos, el menor inconveniente que había era el de vivaquear toda la noche en el camino. Nos fué preciso reconocer como buenas tales razones, y nos propusimos suplicar humildemente á Su Majestad Imperial María Luisa, hoy duquesa de Parma y de Placencia, que ordenase á sus aduaneros el recojerse un poco más tarde.

Bajados al *Real Albergo* de Stradella,

Al salvar aquella especie de torrente de ancho cauce y escarpados bordes, nos preocupaba un gran recuerdo. Repentinamente detiene el conductor los caballos, y nos grita: ¡Ved ahí el campo de batalla de Marengo! A esta palabra nos pusimos en pié, latiéndonos el corazón con fuerza, y abrazamos con una mirada el teatro del combate memorable que vino á cambiar la faz de la Europa, á ilustrar el Consulado y á preparar el Imperio.

Sin ser del arte, se puede sin embargo admirar el genio del gran capitán que ganó la victoria. Era imposible calcular con más precisión y poner más al alcance las circunstancias de tiempo y de lugar. ¡Qué ejército de pensamientos, de recuerdos, de reflexiones, de lecciones de todo género, se presenta ante vosotros cuando atravesáis aquel campo de batalla! Lo ví en globo, y en seguida, conmovido mi corazón, me puse á rezar por todo aquel pueblo de muertos, un ferviente *De profundis*; esta es la flor que deposita el cristiano al pasar por las tumbas de sus hermanos.

Sin embargo, pudimos ver la altura cubierta de viñas, donde sucumbió el bravo Desaix en su triunfo; después el terraplen del cual lanzó Kellerman á galope el grueso de su caballería contra las columnas austriacas, que logró desbaratar y poner en derrota. Dos rasgos que pintan bien el carácter francés, me vinieron entonces á la memoria. El general Bessieres, á la cabeza de los granaderos y de los cazadores de la guardia consular se lanzaba sobre el enemigo; las bayonetas de los franceses y de los austriacos iban á cruzarse, cuando un caballero húngaco, que acababa de caer al suelo, extendió las manos hácia nuestros valientes, rogándoles no lo atropellaran con las patas de sus caballos. Bessieres lo advirtió, y exclama: *Amigos míos, abrid vuestras filas, perdonad á ese des-*

graciado. En lo más fuerte de la pelea, el lugarteniente de artillería Conrad, perdió una pierna, que le llevó una bala de cañón; apenas se había caído, cuando se levanta para observar el tiro de su batería. Los artilleros quieren llevárselo; él se opone y les dice: *Servid á vuestra batería, y tened cuidado de apuntar un poco más bajo.*

La llanura de Marengo y de toda la Lombardia, no es, como se ha dicho, bella sino para solo las batallas. Nada de árboles, verjeles, ni setos vivos; pocas viñas, pero por todas partes campos que se pierden de vista, que se prolongan hasta Stradella, pequeña población á la entrada de la ciudad de Parma. Antes de llegar á ella se pasa á Voghera, última ciudad del reino de Cerdeña. El estado mayor del ejército francés había comido allí la víspera de la jornada de Marengo. Aunque nosotros no teníamos batalla que librar, quisimos imitar tan noble ejemplo. A la vista de Napoleon y de sus jenerales, cuyos retratos adornaban un vasto comedor, nos pusimos á la mesa en compañía de algunos lombardos llegados de los Apeninos. Empezamos por trabar conocimiento con un manjar del país, que creo firmemente que no puede ser más que el resultado de combinaciones largo tiempo elaboradas por un congreso ecuménico de alquimistas, de boticarios y de envenenadores. Arroz cocido, queso, fideos, trufas pimentosas cortadas en rebanadas delgadas como hojas de tabaco, y aromatizadas con clavos de especia, aceite, sal y azafran en abundancia: tal es la infernal composición que se nos sirvió á guisa de sopa. Voy á deciros su nombre, á fin de que si alguna vez al pasar por Voghera, os veis amenazados con esta medicina, no perdáis un momento en mandar enganchar los caballos á vuestro coche, y en partir á todo escape. Esta *ministra* se llama *rizzotto*

alla milanese. Por lo demás, tranquilizaos, si perdeis ese platillo: los lombardos hacen de él sus delicias; podemos afirmarlo.

Acabada la comida, seguimos nuestro camino á través de aquellos campos de Italia llenos de recuerdos franceses. Conquistada por los soldados de Brenno, la Gaula cisalpina ha vuelto á ver muy frecuentemente á los hijos de los antiguos francos. No hay una colina, un árbol, un torrente ni una aldea de esa tierra tan exactamente llamada por Montaigne *el recreo de los reyes y la tumba de nuestros ejércitos*, que no recuerde algún hecho de armas, algún nombre famoso en nuestros anales militares. Y sin embargo, nunca hemos podido establecer sólidamente nuestra dominación; hoy mismo no poseemos ni una sola pulgada de terreno, y esto á pesar de las simpatías de las poblaciones que estuvieron por nuestra parte y no por la de Austria. Este hecho extraordinario se funda sin duda en la comunidad de origen; pero ¿no parece indicar á la Francia que está llamada á reinar en Italia, de otro modo que por las armas? Que se haga francamente católica, y muy pronto habrá reconquistado en Italia como en Oriente, como en todas partes, el imperio más honroso, el imperio moral. Tal es, no lo olvideis, el glorioso privilegio que el príncipe de las naciones parece haber reservado á la hija mayor de su Iglesia.

Los recuerdos militares seguían ocupando nuestro espíritu, cuando un imprevisto encuentro vino á llamarnos á otro orden de ideas. Al lado de una pequeña colina, sombreada por olmos y moreras, vimos bajando un estrecho sendero á un religioso de san Francisco. Por su vestido de sayal castaño, su larga barba gris, su calva cabeza y sus desnudos piés, le reconocimos por un capuchino. El humilde padre marchaba silencioso y recojido. Con una mano detenía la alforja que pesaba

sobre su espalda ya agobiada, y con la otra se apoyaba en una rama de árbol á guisa de bastón. Pobre voluntario, venía de pedir limosna á sus hermanos los pobres habitantes de los campos. No había pedido en vano según lo anunciaba su carga. Y en cambio del pan que había recibido, había dado con solo su presencia un saludable ejemplo, algunas buenas palabras á la familia, algunos consuelos á los enfermos, y algunas caricias á los niños. Comercio interesante en el cual, el que cree despojarse, recibe más de lo que da; deliciosa armonía, en que el hombre del trabajo y el hombre de la oración se prestan mútuo socorro para llegar al mismo término. Vivientes recuerdos de los siglos de la fé, visiones santas de otra edad, ¡cuán dulces sois para el corazón cristiano! A pesar de la rapidez de nuestra marcha, la noche se acercaba y había cerrado ya cuando llegamos á *Stradella*.

17 DE NOVIEMBRE.

Llegada á Stradella.—La Aduana.—Pasaje del Trebia.—Inscripciones.—Placencia.—Aspecto de la ciudad.—Recuerdos.—Hospital.

Era punto convenido que dormiríamos el 16 en Placencia. Pero el conductor vino á anunciarnos que la aduana que nos había de pasar visita antes de llegar al Trebia, se cerraba á las cinco de la tarde; que así, era imposible el paso aquel día, y que si nos obstinábamos, el menor inconveniente que había era el de vivaquear toda la noche en el camino. Nos fué preciso reconocer como buenas tales razones, y nos propusimos suplicar humildemente á Su Majestad Imperial María Luisa, hoy duquesa de Parma y de Placencia, que ordenase á sus aduaneros el recojerse un poco más tarde.

Bajados al *Real Albergo* de Stradella,

rogamos al administrador del hotel que nos despertara á las cuatro de la mañana, á fin de salir á las cinco. Exacto como un centinela de observacion, entraba el camarista al cuarto de mis jóvenes amigos á la hora indicada. Le dijeron que me llevara luz á la pieza vecina; pero la orden no se cumplió, el viejo servidor no entendía una palabra de frances. Hé aquí grandes dificultades de una y otra parte. Enrique se puso á gritar: *Porta*, palabra que quiere decir *lleva ó trae*. El Italiano se apresura á satisfacer el deseo presunto de mi joven amigo, y le presenta la primera cosa que le cae á las manos, que era una cubeta. Francisco, por su parte, riendo á carcajadas, grita más fuerte: *Porta, porta*. El italiano redobla su celo, y *lleva* los pantalones y las botas. Nuevas risas y nuevos gritos: *Porta, porta*. El pobre hombre se esfuerza en comprender, y creyendo haber adivinado, *lleva* todos los muebles indispensables para una recámara: entonces la risa llegó á su colmo.—Aunque desconcertado, el *camarista* participa de la hilaridad de mis amigos, y se pone á dar vueltas por el cuarto, buscando por todas partes lo que puede pedirle, y repitiendo á cada paso: *Ma che diavolo*. Todo el menaje iba á pasar por sus manos, cuando oyó reír en la pieza vecina. ¡*Capito! ¡Capito!* exclama; ya entendí: abre en seguida mi *puerta* y enciende mi bujía, repitiendo con un aire algo enfadado y algo risueño: ¡*Ma che diavolo!*

Esta repeticion en pequeño de la torre de Babel nos divertía aún cuando tocábamos las fronteras de Parma. Durante hora y cuarto nos esperamos en el camino, tiritando de frio, á que les diese la gana á los señores aduaneros de cumplir con su deber. La visita duró lo que yo tardo en escribirlo; fué la cosa más sencilla del mundo. Un viejo aduanero se acercó á nosotros, y sacando de debajo de su gran

capa gris recamada de verde, una mugrienta mano armada de cinco dedos normandos, nos dijo á média voz: *Signori*. Comprendimos. *La buona mancia* 1 cayó en el recipiente, maravillosamente listo á volverse á cerrar, y esto fué todo. Un instante despues ya estábamos en el coche, blancos como nieve, y haciendo muchas reflexiones sobre lo que acababa de pasar.

Como á las nueve descubrimos las famosas riberas del Trebia: torrente, más bien que rio, el Trebia, como el Bermida, corre en un cauce de guijarros, cuya extrema anchura nos hizo comprender cuán temible obstáculo puede presentar á un ejército en los momentos de las crecientes. Annibal, á quien habíamos encontrado en las orillas del Ródano, se nos apareció aquí con sus elefantes y sus tropas africanas, españolas y de galos. El cónsul Sempronio con sus romanos se veía en la ribera opuesta. Aun hubiéramos podido oír el chis chas de las armas; tal estaba de exaltada nuestra clásica imaginacion. Pero el eco repite otro ruido ya moribundo; es el de la artillería alemana y francesa, que hizo retremblar en otro tiempo aquellos lugares, y enrojecer sus aguas con sangre humana. Sobre ese mismo terreno, en donde dos mil años ántes habian sido vencidos los romanos por los cartajineses, libró Macdonald el 19 de Junio de 1799, al temible Sowarow, la sangrienta batalla que duró tres dias. Por una y otra parte se quemaron cinco millones de cartuchos, y se tiraron setenta mil cañonazos; quince mil hombres perecieron, y pernoctaron los ejércitos en el campo de batalla.

En poco tiempo llegamos al magnífico puente edificado por María Luisa. Delante de la columna que está en el medio, copiamos la inscripcion probablemente austriaca que consagra los recuerdos militares de que acabo de hablar:

1 La propina.

MARIA LUDOVICA.

IMP. FRANCISCI. I. CAES. FILIA

ARCHIDUX. AUSTRIAE

DUX. PARM. PLAC. VAST

TREBLÆ.

QUAM. ANNIBAL. AN. U. C. DXXXV.

LICHTENSTEINUS. AN. CHR. MDCXXXVII.

SOWAROFIUS. ET. MELAS. AN. CHR. MDCXCIX

BELLO. VICTORES

ILLUSTRAYERUNT

PRINCEPS. BENEFICENTISSIMA

FACTA. PONTIS. COMMODITATE

GLORIAM. FELICITATEM

ADJUNXIT

ANNO: MDCCCXX. (1)

Un poco más léjos, en los sangrientos límites de todos esos campos de batalla, leímos una inscripcion de un género bien diferente. Sobre la fachada de una graciosa casita recientemente renovada, se veía una imagen de Nuestra Señora, á cuyos piés estaban arrodillados dos peregrinos. En la parte baja de este bonito fresco estaban escritas las palabras siguientes, que parecian dirigirse á nosotros:

Figli d'Eva che per le vie andate
Di salutar María non vi scordate.

Hijos de Eva, que andais esta vía,
No olvideis salutar á María.

La Italia es por excelencia el pais de la devocion á la Santísima Virgen. Su dulce imagen aparece por todas partes á la vista del viajero, y al pobre peregrino de la vida se le advierte sin cesar que, al atravesar el valle de lágrimas, tiene en el cielo una madre que vela sus pasos.

1 Hé aquí la traduccion literal: "María Luisa, hija del emperador César Francisco I, archiduquesa de Austria, duquesa de Parma, Placencia, Guastalla, al Trebia que ilustraron con sus victorias Annibal, el año de Roma 535; Lichtenstein, el año de Jesucristo 1746; Sowarow y Melas, el año de Jesucristo 1799; esta bienhechora princesa ha añadido una gloria más feliz con la construccion de un puente, el año de 1820.

Entramos á Placencia á las diez de la mañana. Murallas, casas palacios, iglesias, todo es de ladrillo; las calles son anchas, largas y poco frecuentadas; esto basta para decir que el aspecto jeneral es triste y severo. Viuda de su gloria y de su numerosa poblacion, no ha podido levantarse Placencia del espantoso pillaje que la hizo sufrir en 1448 el terrible Francisco Sforzia. Las iglesias, recargadas de adorno, nada ofrecen de notable, con excepcion de la catedral, bella construccion gótica del siglo XIII. La cúpula está adornada de frescos muy estimados de Guerchin y de Luis Carracci 1. En el exterior del campanario se ve la famosa jaula de fierro en la cual se dice que fueron encerradas, para dejarlas morir allí, algunas de las más ilustres víctimas de las numerosas revoluciones italianas. Placencia despierta en el viajero cristiano el recuerdo de dos concilios memorables. El primero, presidido por el papa Urbano II en 1095, disolvió el matrimonio que habia contraido Felipe I, rey de Francia, con Bertrada, despues de haber repudiado á Berta, hija del conde de Holanda; el segundo, presidido por Inocencio II en 1132, condenó al antipapa Anacleto.

La esterilidad de nuestras primeras excursiones fué compensada por una visita, que aconsejo á todos los viajeros, y es la inspeccion minuciosa del hospital jeneral. Como en Génova, encontramos allí á las hijas de san Vicente de Paul, llamadas por María Luisa desde el mes de Julio. Sin embargo, todo habia cambiado de aspecto en aquel bello establecimiento, en donde reinaba ántes de su llegada un pillaje odioso y un indecible baturrillo. Con las buenas hermanas han cesado los abusos; y la administracion les deja plena libertad de obrar y arreglar todos los por-

1 El primero, nacido en Cento en 1590; el segundo en Bolonia en 1555.

menores á su gusto. Me acordé de haber visto lo mismo en Lucerna y en Neuchâtel. ¡Qué humillante contraste para los hombres que gobiernan á la Francia! Quisquillosa, minuciosa, desconfiada, nuestra administración tiene á las hermanas en un odioso estado de sospecha y opresión, mientras que la Italia y la Suiza, aun la protestante, se consideran muy felices con depositar en nuestras hospitalarias el cuidado de los pobres y de los enfermos, concediéndoles una ilimitada confianza. El simple buen sentido les dice bastante que las hijas de san Vicente, convertidas en madres por la caridad, no disiparán el patrimonio de sus hijos adoptivos.

La superiora, que se regocijó en extremo al ver compatriotas suyos, nos llevó por todas partes. Nos dijo con un acento de felicidad: «aquí no está suprimida la vuelta.» Nuestras pequeñas hijas son enviadas al campo hasta la edad de doce años. Si vuelven al hospital, son libres para permanecer en él toda la vida, á menos que quieran mejor casarse ó entrar á servir. En este último caso, el amo se obliga por documento público á encargarse de ella el resto de su vida, ó á no colocarla sino en las casas que ofrecen todas las garantías posibles.» Es preciso convenir en que semejante sistema cumple maravillosamente el objeto de la caridad. Asegura á la vez la vida física, la educación cristiana y la suerte de la huérfana, hasta sus últimos días. En Francia, la caridad bajo este aspecto es incompleta. Abandonada por la primera vez en su nacimiento, la niña lo vuelve á ser de nuevo al salir del hospicio: la adopción social cesa en este momento. Entrada al mundo sin protección, sigue en él con peligro, y con mucha frecuencia aflictivos desórdenes vienen á hacer inútiles los costosos cuidados prodigados en su infancia. Que nuestra filantropía no se envanezca demasiado; hay

más de una laguna en sus teorías, y todo el bien que hace, la caridad lo ha hecho antes que ella y mejor que ella.

18 DE NOVIEMBRE.

Arrabal San-Donino.—Casa di Lavoro.—Puente del Taro.—Señoras del Sagrado Corazón.—Estudios clericales.—Vista de Parma.

A las siete de la mañana, con un temporal frío y nebuloso, tomábamos el camino de Parma en compañía de cuatro italianos. Después de haber atravesado vastas llanuras, cuya monotonía no interrumpe un solo accidente de terreno, se llega prontamente al arrabal San-Donino. Esta pequeña villa, elegantemente edificada, forma con su distrito el cuarto obispado de los Estados de Parma. La vista de su hermoso hospital hizo rodar la conversación sobre las instituciones de caridad. Se nos dijo que había en Parma, como en Génova, un obrador público, á donde iban á trabajar voluntariamente pobres que están sanos. Hacer ganar la vida al hombre que lo puede, y socorrer en su casa al que es incapaz de ello, es resolver el difícil problema de conciliar la ley del trabajo con la de la caridad. El obrador italiano no tiene el carácter odioso de los nuestros; no priva al pobre del único bien que le queda, la libertad; y sin embargo, cumple el objeto que buscamos; la extensión de la mendicidad. Ya tendremos lugar de volver á tocar esta institución.

A alguna distancia de Parma se pasa el Taro, por un puente que solo tiene de notable su longitud de 500 metros. Una vez llegado á la capital de nuestra antigua emperatriz, el viajero francés sabe con gusto que cuenta allí con nobles compatriotas, y una de sus primeras visitas es dedicada á las señoras del Sagrado Corazón. Maestras encargadas de la educación

de la clase pobre y de la clase elevada, la dan con un celo eminentemente cristiano; además, sus pupilas reciben una instrucción del todo francesa. Para enseñar nuestra lengua, única que estudian con el italiano, las clases se dan en francés. Así, gracias á María Luisa, nuestro nombre es bendecido en Parma y en Placencia, en donde nuestra influencia se deja sentir en todas las edades y en todas las condiciones. Si la Francia quisiera acordarse de su misión providencial, y cordialmente sometida á la Iglesia, de la que es hija mayor, emplear sus cuidados y su gloria en propagar las ideas de su madre, el imperio de los pueblos le pertenecería, y nadie osaría disputárselo. Ved lo que hacen, por el interés de nuestro nombre, las señoras del Sagrado Corazón en Italia y nuestras Hermanas de San Vicente en el mismo país, así como en Oriente y Africa. ¿Qué sería, si su saludable acción fuera secundada por aquellos que están encargados de velar por los destinos del mundo cristiano? ¿Qué sería, sobre todo, si al lado de las enseñanzas vivificantes y de los materiales cuidados de nuestras religiosas, las naciones extranjeras no vieran salir de Francia doctrinas de otro género, que el instinto de la conservación las obliga á rechazar con toda su energía. ¡Vergüenza eterna á aquellos que han hecho servir el pensamiento francés para perjudicar á las naciones, y arrastrado en una propaganda de impiedad al pueblo misionero de la caridad y de la fé!

La superiora del Sagrado Corazón tuvo la atención de hacernos visitar su casa, y de ponernos en relación con el capellán, joven sacerdote, que reunía, según mi juicio, á las finas maneras, un sentido recto y un talento cultivado. Me instruyó de que la organización de los estudios eclesiásticos es en Parma la misma que en Genova y en casi toda Italia. El grande

y el pequeño seminario forman un solo establecimiento, y las condiciones rigurosamente exigidas para recibir las sagradas órdenes son, el exámen y recojimiento por diez días.

Lo avanzado de la hora apenas nos permitió echar una rápida ojeada al conjunto de la ciudad. Situada en una vasta llanura, Parma es mucho más animada, y como suele decirse, no sé por qué, más viviente que Placencia: mañana la veremos.

19 DE NOVIEMBRE.

Catedral de Parma.—Bautisterio.—Museo.—Galería.—Biblioteca.—Interior de la ciudad.—Iglesia de San Quintín.

La temperatura, que la víspera era bastante fría y mantenía una ligera capa de nieve sobre las llanuras del Parmesano, se había ya dulcificado. No había escarcha sobre los árboles ni nieblas en la atmósfera; pero sí un brillante sol en el horizonte, un aire tibio y casi caliente; en fin, un hermoso día de Italia en el que empezamos por visitar el *duomo* ó la catedral. Es un vasto edificio de estilo gótico, cuyos detalles no carecen de finura y elegancia, pero cuyo conjunto es poco costoso. La cúpula es sobre todo notable por su elevación y por sus frescos de que está adornada. Aquellas pinturas pasan por la obra maestra del Correggio 1, y representa la *Asunción de la Santísima Virgen en medio de los ángeles*. Se admira sobre todo en ellas la valentía de los escorzos. Entrando en la iglesia, se ve á la derecha en el fondo de una capilla lateral, el monumento de modesta apariencia consagrado á la memoria de Petrarca, que, como es sabido, fué largo tiempo arcediano de Parma. No me detendré á describir ni á

1 Nacido en Correggio en 1444.

menores á su gusto. Me acordé de haber visto lo mismo en Lucerna y en Neufchâtel. ¡Qué humillante contraste para los hombres que gobiernan á la Francia! Quisquillosa, minuciosa, desconfiada, nuestra administración tiene á las hermanas en un odioso estado de sospecha y opresión, mientras que la Italia y la Suiza, aun la protestante, se consideran muy felices con depositar en nuestras hospitalarias el cuidado de los pobres y de los enfermos, concediéndoles una ilimitada confianza. El simple buen sentido les dice bastante que las hijas de san Vicente, convertidas en madres por la caridad, no disiparán el patrimonio de sus hijos adoptivos.

La superiora, que se regocijó en extremo al ver compatriotas suyos, nos llevó por todas partes. Nos dijo con un acento de felicidad: «aquí no está suprimida la vuelta.» Nuestras pequeñas hijas son enviadas al campo hasta la edad de doce años. Si vuelven al hospital, son libres para permanecer en él toda la vida, á menos que quieran mejor casarse ó entrar á servir. En este último caso, el amo se obliga por documento público á encargarse de ella el resto de su vida, ó á no colocarla sino en las casas que ofrecen todas las garantías posibles.» Es preciso convenir en que semejante sistema cumple maravillosamente el objeto de la caridad. Asegura á la vez la vida física, la educación cristiana y la suerte de la huérfana, hasta sus últimos días. En Francia, la caridad bajo este aspecto es incompleta. Abandonada por la primera vez en su nacimiento, la niña lo vuelve á ser de nuevo al salir del hospicio: la adopción social cesa en este momento. Entrada al mundo sin protección, sigue en él con peligro, y con mucha frecuencia afortunados desórdenes vienen á hacer inútiles los costosos cuidados prodigados en su infancia. Que nuestra filantropía no se envanezca demasiado; hay

más de una laguna en sus teorías, y todo el bien que hace, la caridad lo ha hecho antes que ella y mejor que ella.

18 DE NOVIEMBRE.

Arrabal San-Donino.—Casa di Lavoro.—Puente del Taro.—Señoras del Sagrado Corazón.—Estudios clericales.—Vista de Parma.

A las siete de la mañana, con un temporal frío y nebuloso, tomábamos el camino de Parma en compañía de cuatro italianos. Después de haber atravesado vastas llanuras, cuya monotonía no interrumpe un solo accidente de terreno, se llega prontamente al arrabal San-Donino. Esta pequeña villa, elegantemente edificada, forma con su distrito el cuarto obispado de los Estados de Parma. La vista de su hermoso hospital hizo rodar la conversación sobre las instituciones de caridad. Se nos dijo que había en Parma, como en Génova, un obrador público, á donde iban á trabajar voluntariamente pobres que están sanos. Hacer ganar la vida al hombre que lo puede, y socorrer en su casa al que es incapaz de ello, es resolver el difícil problema de conciliar la ley del trabajo con la de la caridad. El obrador italiano no tiene el carácter odioso de los nuestros; no priva al pobre del único bien que le queda, la libertad; y sin embargo, cumple el objeto que buscamos; la extensión de la mendicidad. Ya tendremos lugar de volver á tocar esta institución.

A alguna distancia de Parma se pasa el Taro, por un puente que solo tiene de notable su longitud de 500 metros. Una vez llegado á la capital de nuestra antigua emperatriz, el viajero francés sabe con gusto que cuenta allí con nobles compatriotas, y una de sus primeras visitas es dedicada á las señoras del Sagrado Corazón. Maestras encargadas de la educación

de la clase pobre y de la clase elevada, la dan con un celo eminentemente cristiano; además, sus pupilas reciben una instrucción del todo francesa. Para enseñar nuestra lengua, única que estudian con el italiano, las clases se dan en francés. Así, gracias á María Luisa, nuestro nombre es bendecido en Parma y en Placencia, en donde nuestra influencia se deja sentir en todas las edades y en todas las condiciones. Si la Francia quisiera acordarse de su misión providencial, y cordialmente sometida á la Iglesia, de la que es hija mayor, emplear sus cuidados y su gloria en propagar las ideas de su madre, el imperio de los pueblos le pertenecería, y nadie osaría disputárselo. Ved lo que hacen, por el interés de nuestro nombre, las señoras del Sagrado Corazón en Italia y nuestras Hermanas de San Vicente en el mismo país, así como en Oriente y Africa. ¿Qué sería, si su saludable acción fuera secundada por aquellos que están encargados de velar por los destinos del mundo cristiano? ¿Qué sería, sobre todo, si al lado de las enseñanzas vivificantes y de los materiales cuidados de nuestras religiosas, las naciones extranjeras no vieran salir de Francia doctrinas de otro género, que el instinto de la conservación las obliga á rechazar con toda su energía. ¡Vergüenza eterna á aquellos que han hecho servir el pensamiento francés para perjudicar á las naciones, y arrastrado en una propaganda de impiedad al pueblo misionero de la caridad y de la fe!

La superiora del Sagrado Corazón tuvo la atención de hacernos visitar su casa, y de ponernos en relación con el capellán, joven sacerdote, que reunía, según mi juicio, á las finas maneras, un sentido recto y un talento cultivado. Me instruyó de que la organización de los estudios eclesiásticos es en Parma la misma que en Genova y en casi toda Italia. El grande

y el pequeño seminario forman un solo establecimiento, y las condiciones rigurosamente exigidas para recibir las sagradas órdenes son, el exámen y recojimiento por diez días.

Lo avanzado de la hora apenas nos permitió echar una rápida ojeada al conjunto de la ciudad. Situada en una vasta llanura, Parma es mucho más animada, y como suele decirse, no sé por qué, más viviente que Placencia: mañana la veremos.

19 DE NOVIEMBRE.

Catedral de Parma.—Bautisterio.—Museo.—Galería.—Biblioteca.—Interior de la ciudad.—Iglesia de San Quintín.

La temperatura, que la víspera era bastante fría y mantenía una ligera capa de nieve sobre las llanuras del Parmesano, se había ya dulcificado. No había escarcha sobre los árboles ni nieblas en la atmósfera; pero sí un brillante sol en el horizonte, un aire tibio y casi caliente; en fin, un hermoso día de Italia en el que empezamos por visitar el *duomo* ó la catedral. Es un vasto edificio de estilo gótico, cuyos detalles no carecen de finura y elegancia, pero cuyo conjunto es poco costoso. La cúpula es sobre todo notable por su elevación y por sus frescos de que está adornada. Aquellas pinturas pasan por la obra maestra del Correggio 1, y representa la *Asunción de la Santísima Virgen en medio de los ángeles*. Se admira sobre todo en ellas la valentía de los escorzos. Entrando en la iglesia, se ve á la derecha en el fondo de una capilla lateral, el monumento de modesta apariencia consagrado á la memoria de Petrarca, que, como es sabido, fué largo tiempo arcediano de Parma. No me detendré á describir ni á

1 Nacido en Correggio en 1444.

juzgar los numerosos cuadros que adornan la sombría *duomo*, así como la brillante iglesia de los Benedictinos.

Esta profusion de cuadros, de estatuas y dorados repartidos en todas las iglesias de Italia, da lugar á un observacion que no debe escaparse al atento viajero. Mas que ninguno otro, el pueblo italiano parece tener necesidad de las artes para elevarse á la meditacion de las cosas espirituales. Quitadle su música, su pintura, su escultura, sus fiestas religiosas, el lujo de sus templos, y ese pueblo caerá prontamente en el sensualismo; la vivacidad de su sangre, la movilidad de su carácter, el calor de su temperamento, el ardor de su imaginacion, la dulzura un poco muelle y las gracias afeminadas de la lengua que habla; los encantos y la riqueza del pais que habita, la belleza del cielo en que respira, no dejan sobre este punto ninguna duda al reflexivo observador. Que en medio de los pueblos del Norte, se revista la religion de formas severas, lo concibo; pero concibo tambien que en Italia, y todas las naciones meridionales, debe rodearse de armonía, adornarse con gracia y perfumarse con incienso; así lo hace. Y hé aquí una nueva relacion en que se muestra verdaderamente católica. ¡Admirable *instinto* que ninguna secta extraña poseyó jamas! Solo la iglesia católica tiene el poder, sin comprometer ni su existencia, ni su dignidad, ni su autoridad santa, de ponerse en armonía con el carácter, costumbres y necesidades de los habitantes de de todos climas; en una palabra, de consagrarse toda á todos, para atraerlos al espiritualismo, á Dios, á la virtud, al cielo.

La visita de las iglesias de Parma conduce á otra observacion cuyo objeto se reproduce por toda Italia. Bajo la mesa del altar, sostenida por cuatro columnas, descansa la caja que contiene las reliquias de los mártires. Se siente uno vivamente con-

movido por aquella invariable costumbre que trae á la memoria el recuerdo triste y glorioso de las catacumbas, y perpetúa en favor de las últimas jeneraciones católicas un gran misterio y una sublime enseñanza.

De la catedral pasamos al *Bautisterio*, que solo está separado de ella por el ancho de una calle. Este otro monumento de nuestra venerable antigüedad es un edificio gótico, de forma octagonal, cuyas partes todas converjiendo hácia un centro, os presentan una cúpula de una maravillosa elevacion. Es todo de mármol verones, y data de 1196. Al rededor de la vasta cúpula, hay unas galerías desde donde los numerosos asistentes pueden gozar de las magníficas ceremonias del bautismo solemne. Todas las paredes están adornadas con pinturas antiguas; las mas notables son: *San Octavio cayendo del caballo y el Bautismo de Constantino*. El medio del *Bautisterio* está ocupado por la gran cuba á donde bajaban los catecúmenos; es octagonal y de una sola pieza de mármol rojo. En el centro de la extensa vasija, se abre el espacio cuadrangular en donde se coloca el obispo y sus asistentes para hacer la doble ceremonia de la inmersión y de la unción. ¡Qué de recuerdos, qué de impresiones á la vista de de todas aquellas cosas tantas veces venerables! Transportando el pensamiento á aquellas brillantes y solemnes noches, en que el *Bautisterio* se iluminaba con millares de antorchas, se vé: en las galerías, aquel pueblo de cristianos que asistian al renacimiento del otro pueblo; cerca de la vasta fuente, al pontífice con sus ricos ornamentos, seguido de una tribu de levitas, despues aquellos numerosos catecúmenos con sus blancas túnicas y sus cirios en la mano. Escúchanse los sagrados cánticos, las oraciones y las palabras sacramentales, y se ve uno asociado á todos

aquellos misterios de Roma y de felicidad con un entusiasmo delicioso que el corazón puede sentir, pero que la pluma y la palabra no podrán nunca explicar.

Aunque haya cambiado la disciplina de la iglesia, no se ha abandonado el venerable *Bautisterio*. Cerca de la antigua cuba, están puestas las fuentes sagradas, de suerte que todos niños de la ciudad de Parma, vienen á renacer á la vida divina en el mismo lugar en que sus padres la recibían. Sobre las fuentes actuales leéis la sencilla y sublime inscripcion que sigue:

Hic renascimur
Ad immortalitatem 1.

Embalsamados aun con los religiosos perfumes del *Bautisterio*, entramos á un palacio en que se respira una atmósfera muy diferente. La *Pilotta* ó palacio *Farnesio*; encierra el museo, la academia y la biblioteca. En el museo, por otra parte muy rico, nuestra atencion se fijó casi exclusivamente sobre la famosa *Tabla Trajana* cuya historia vais á saber. No lejos de Parma estaba *Velleja*, pequeña ciudad que ha llegado á ser por las numerosas antigüedades halladas en sus ruinas, la Pompeya de la Italia central. En el último siglo, cuatro paisanos encarbaban en el fértil campo. Encontraron la tabla de que hablamos, la rompieron en cuatro pedazos y la vendieron á un fundidor de campanas. Ya iba á consumarse la total destruccion de este curioso monumento, cuando un anticuario lo compró, juntó los pedazos, y lo mandó colocar en el museo. Se sabe que los romanos grababan sus leyes en tablas de bronce, á fin de asegurar sin duda la integridad del texto y de manifestar su duracion y acaso su inflexible rigor. Pues bien, la tabla trajana reunió todas esas condiciones. Es una larga y ancha placa de bronce, cubierta de carátères grabados

1 Aquí renacemos á la inmortalidad.

con buril. La ley cuyo tenor presenta es un contrato hipotecario sobre los inmuebles de *Velleja*, bajo la garantía imperial de Trajano. Los donantes imponen una suma de 10,040 sestericios para alimentos de niños pobres lejitimos ó ilejitimos. Es un precioso documento para la historia de la administracion romana 1. Cerca de esta tabla hay otra igualmente de bronce y de mas remota antigüedad. Es la cuarta hoja de un Senado-Consulta que arregla los intereses de la *Galia-Cisalпина*, cien años ántes de Jesucristo.

Despues de haber dado las gracias, que fueron buenas, al cicerone del museo, entramos á la academia llevados por un nuevo apuntador. Las dos estatuas colosales de *Hércules* y de *Baco*, en basalto ó granito ejipto, llamaron al punto nuestras miradas, pero no las fijaron; se encuentran entre tantos objetos de arte que es necesario *ver sin fijarse*. Aquellas estatuas de un trabajo y de una conservacion notables, fueron halladas en las ruinas del palacio de Neron y enviadas por Pablo III de la familia *Farnesio*, á Parma, su patria; pero lo que llamó nuestra atencion fué *san Jerónimo del desierto*, obra maestra del *Correggio*. Este santo doctor está de pié y tiene en la mano un rollo medio desenvuelto que contiene parte de sus obras; delante de él un pequeño ángel presenta la otra parte al niño Jesus. El Salvador sentado sobre las rodillas de la *Virgen Santa*, extiende la mano para recibir las obras del santo anacoreta. Abajo de la *Virgen* está arrodillada *santa Magdalena*, mirando lo que pasa; detras, en la orilla del cuadro, un pequeño ángel acerca á su nariz el vaso de los perfumes del ilustre penitente. Yo no sé si es posible imaginar alguna cosa mas dulce, mas graciosa, mas natural y mas acabada que todas esas figuras

1 Véase lo que hemos dicho en nuestra historia de la familia.

tomadas cada una en particular. Consideradas en sus relaciones, forman un conjunto lleno de encanto y de armonía; os veis encantado, enmudeceis porque os faltan las palabras y solo podeis admirar. La impresion tan viva y tan tranquila que produjo en nosotros la vista de aquella obra maestra cristiana, revela una verdad que es bueno expresar muy alto. «La fé que inspira al artista, da á aquel que no lo es, el sentimiento de lo bello.»

En la biblioteca muy numerosa y muy bien puesta, examinamos con ávida curiosidad las *Horas* de Enrique II, rey de Francia, su con média luna y la divisa, que en otra parte estaria mejor colocada, de Diana de Poitiers: *Donec totum impleat orbem*; el *Coran* de Kara-Mustapha, hallado en su tienda despues de levantado el sitio de Viena; un salterio en hebreo, con notas intercaladas de mano de Lutero; el padre de la reforma escribia muy poco leíblemente.

Despues de haber visitado en todos sus pormenores la antigua mansion de la casa Farnesio, viuda hoy de sus ilustres señores, pasamos y volvimos á pasar por los corredores del silencioso palacio habitado por María Luisa. ¡Qué diferencia de París á Parma! ¡De las Tullerías al palacio ducal, qué distancia! ¡Que nueva prueba de la inestabilidad de las cosas humanas! El resto del dia lo empleamos en recorrer los cuarteles de la ciudad. Además, la patria de Casio y de Macrobio, nada ofrece que no se encuentre en nuestras modernas ciudades. Es preciso exceptuar un espectáculo que interesa vivamente al viajero cristiano, porque es una manifestacion pública de la piedad de los Parmesanos. Cerca del centro de la ciudad, se eleva una bonita aunque pequeña iglesia, cuyo frontispicio y paredes están exteriormente tapizadas de escudos de armas y de mármoles fúnebres; esta iglesia está dedicada á

san Quintín. Los emblemas de la muerte están así colocados, para recordar á los transeuntes á aquellos que ya no existen, é invitarlos á rogar por ellos. Despues de cierto tiempo, nuevos emblemas suceden á los primeros; de suerte que la iglesia siempre está cubierta de ellos, ¡tan pronta está la muerte á llenar sus lugares! Pero la caridad de los habitantes no se detiene allí. Todos los dias se ofrece públicamente la sangre del Redentor en favor de todas las almas que sufren. En el curso del año, cada parroquia de la ciudad se trasladada á San Quintín, en donde celebra un novenario de misas y oraciones solemnes por los difuntos que le pertenecen. Esta conmovedora costumbre que debe envidiar la Francia y la Italia, no es digna de elogios por solo ser muy religiosa, sino tambien porque es muy social; todo lo que favorece la piedad hácia los muertos es eminentemente útil á los vivos.

20 DE NOVIEMBRE.

Salida de Parma.—Aduanero.—Reggio.—Módena.—Muratori.—Tiraboschi.—Triunvirato.—Bologna.—Virgen Santa.—Procesion del Santo Sacramento.

A las cuatro de la mañana cantaba un hombre en la calle, dando repetidos golpes á la puerta de la *Locanda Tedesca*, á donde habíamos bajado. Este hombre era nuestro cochero, honrado vampiro á quien nos habíamos entregado desde Parma á Módena. Venia á despertarnos y á cargar nuestros equipajes. Una hora despues ya estábamos en camino, con un tiempo frio y nebuloso. En la puerta de la ciudad veía el agente de policía que tuvo á bien permitirnos la salida, perdonándonos la falta de cartas de seguridad. Diez minutos despues, el *Legno* tocaba las fronteras del ducado de Módena. Allí nos aguarda-

ba la inevitable aduana. El empleado de guardia era un hombre de cerca de cincuenta años. Al ruido del carruaje, lanzóse fuera de su gabinete, y aplicando á la portezuela su seco rostro precedido de una gigantesca nariz, nos anuncia, segun la fórmula, que va á ver nuestros pasaportes y á visitar nuestros efectos. Se le exhiben los pasaportes, diciéndole que nuestros equipajes no contienen contrabando. *Lo credo; ma...* Lo creo, pero... —Pero, por gracia, dejadnos en paz, le dijo un italiano, nuestro compañero de viaje, y «te tocaré la mano: e ti tochero la mano.» El aduanero nos pareció muy sensible á esta encantadora expresion. No obstante, sacudió la cabeza, diciendo: No puedo, mis órdenes son formales.—Vamos, querido, replicó el italiano, ¿qué temes?—Temo al lugarteniente.—Yo respondo de él.—¿Me asegurais que no llevais nada prohibido?—Nada.—Entonces, vuelve la cabeza, mira á las ventanas del cuerpo de guardia, y despues, haciendo con el labio inferior una mueca muy graciosa, resbaló furtivamente á traves de la portezuela su mano cubierta con un guante. Nos apresuramos á «tocarla,» ya comprenderéis de qué manera. Al punto gritó con una voz tronante: «Vetturino, avanti!» cochero, adelante, estos señores van en regla. Para gusto nuestro, la misma escena se renovó nueve veces, con pocas variaciones, durante esta memorable jornada.

A pesar de todas aquellas trácalas fiscales, llegamos á Reggio á las nueve de la mañana. Reggio es una pequeña ciudad encantadora, á la que entonces un numeroso mercado daba una fisonomía muy animada. El tiempo nos permitió ver lo que ofrece de más notable: es el grupo de Adán y Eva en el pórtico de la catedral; *Nuestra Señora della Ghiara*, iglesia muy bella, miniatura de san Pedro de Roma, con frescos y un Cristo del Guerichin; por fin,

la casa en que segun una tradicion que me parece dudosa, nació Ariosto, está situada en la plaza de la catedral.

A las doce estábamos en Módena. La antigua *Mutina*, célebre colonia de los romanos, es una ciudad importante situada en una agradable llanura entre la *Secchia* y el *Panaro*. Anchos pórticos reinan á lo largo de las calles y ponen á la jente de á pié al abrigo de la lluvia y del sol. Módena, cuya poblacion no excede de 30,000 almas, cuenta cincuenta iglesias. La catedral, de estilo lombardo, con su campanario cuadrado, aislado y todo de mármol, presenta un conjunto que carece de armonía. Abajo de esta torre se conserva la vieja vasija de abeto que los de Módena quitaron á los de Bologna, y que ha dado lugar al poema heróico-cómico de Tassoni, intitulado: *la Secchia rapita*. En la catedral está el humilde sepulcro de Muratori, cura de Santa María de *Pomposa*: este hombre, uno de los más sabios de Europa murió en 1750. Todo el mundo conoce, ó debe conocer, su obra intitulado «Il cristianesimo felice nelle missioni del Paraguay,» es un fiel cuadro de aquellas jóvenes cristiandades de la América meridional, que realizaron las fabulosas maravillas de la edad de oro, y de que los filósofos han hablado como de una de las glorias exclusivas de la religion. La biblioteca de Módena cuenta más de noventa mil volúmenes y tres mil manuscritos. Nos recordó al célebre Tiraboschi, con quien se honra, por haber sido su conservador. Este sabio jesuíta, muerto en 1749, es autor de la interesante «Historia de la literatura italiana.» La especie de idolatría que manifestó el siglo décimo sex o por los clásicos paganos de Atenas y de Roma, ha sido objeto de su justa crítica. Con tanto talento como razon, ridiculiza al P. Maffei, que «pidió al papa permiso de rezar su breviario en griego, á fin de no echar

á perder su estilo, leyendo el latin de la Vulgata!"

Ya era muy tarde cuando nos pusimos en marcha para Bolonia, atravesando los vastos campos que habian visto los últimos esfuerzos de la libertad romana. Vencido en Módena por el cónsul Pansa, Antonio se salvó en las Galias, y reapareció muy pronto en Italia á la cabeza de veintitres leones y de diez mil caballos. Dejamos en seguida el campo ocupado en otro tiempo por aquel ejército *liberticida*, como se decia en 94, para atravesar el Reno, el antiguo Labinio, marcado por un monstruoso recuerdo. En una pequeña isla, formada por este rio, se estableció el triunvirato entre Octavio, Antonio y Lépido." Allí se entregaron los triunviros uno á otro la vida de sus amigos y de sus enemigos; su delirante crueldad mandó tambien, bajo pena de muerte, que cada uno se regocijase de sus proscripciones: en fin, la cabeza de Ciceron, á la que se habia puesto precio durante dos dias, llegó á ser la prenda de su alianza. Este sangriento pacto, que llenaba nuestro espíritu de tristes pensamientos, hacia necesarias impresiones de otro jénero; estas nos aguardaban en Bolonia.

A las siete de la noche parábamos á sus puertas. Cumplidas las formalidades de estilo y depositados nuestros pasaportes, entramos á la ciudad. Era sábado, víspera de la fiesta de la Presentacion de la Santísima Virgen. Bolonia estaba iluminada por la piedad de sus habitantes. Bajo los grandes pórticos que abundan en las calles, aparecian numerosas imágenes de María Santísima, de todos tamaños y formas, iluminadas con hachas y adornadas con flores. No era esto una vana demostracion á que quedasen indiferentes los corazones; de trecho en trecho, se veian los fieles que oraban á los piés de las santas imágenes. Por la primera vez de mi

vida fui testigo de semejante espectáculo. Yo no podria expresar la deliciosa impresion que produjo en mi alma el testimonio público y espontáneo de la piedad de todo un pueblo hácia la más amable de las criaturas, la Madre de Dios y la Hermana del jénero humano.

Creí tambien ver un gran número de casas, recientemente renovadas, con sus fachadas de amarillo claro ó color de teja. Estábamos léjos de sospechar que debíamos tambien tan agradable golpe de vista á la fé viva de los Boloneses. Nuestra ignorancia se disipó muy pronto. Llegados á la casa de un frances, establecido en Bolonia durante treinta y dos años, hombre sintruido y buen cristiano, nos apresuramos á preguntarle la explicacion de lo que acabábamnos de ver. Bolonia, nos dijo, cuenta 75,000 habitantes y veintidos parroquias. Cada año la procesion solemne de la fiesta del Córpus se hace por turno en dos parroquias solamente. Es costumbre inmemorial que los habitantes de las calles que deben ser honradas con el paso por ellas del Santísimo Sacramento, renueven el interior y el exterior de sus casas. Los propietarios de todas clases muestran igual celo. Si á pesar de su buena voluntad el pobre no puede hacer lo que su corazon desea, no teme pedir un préstamo para subvenir á un gasto que él mira como muy sagrado. Ya veis, continuó, que el interior de mis habitaciones no está aún acabado, lo que consiste en que todos los obreros han estado ocupados en las parroquias que se encargan de la procesion este año; y no me admiraré de que hayan empezado ya los trabajos en los cuarteles por donde debe pasar el año próximo. Hé aquí lo que os explica el aire risueño de nuestros viejos edificios y la limpieza y la elegancia de nuestras viejas calles.

Durante esta relacion yo estaba en Francia, llamando á todos los oidos franceses,

para que la escuchasen. ¡Oh Dios mio! ¡Cuán léjos están de nuestras actuales costumbres estos testimonios de fé! Son muy culpables aquellos cuyas doctrinas y cuyo ejemplo han helado nuestros corazones por naturaleza tan ardientes y tan jenerosos. Hé aquí lo que pasa en Bolonia; ¡y en la capital del reino cristianísimo el Hijo de Dios está reducido á no salir ya ostensiblemente de sus templos!

12 DE NOVIEMBRE.

Serenata.—Imájen de una ciudad cristiana.—Educacion.—Torres de los Asinelli y de la Garizenda.—Universidad.

Ayer habíamos sido despertados de una manera poco armoniosa por la ronca voz del cochero. De muy distinto modo fué el dia de la *Presentacion*. En Francia damos á las autoridades, á las personas veneradas y queridas, serenatas la noche que precede á su fiesta; igual costumbre tiene lugar en Italia, con diferencia que, entre las autoridades y personas á quienes se tributa este honor, la piedad filial é ilustrada por la fé cuenta una más, á María. A las cuatro de la mañana fuimos sacados de nuestro sueño por el brillante repique de no sé cuantas campanas, que tocadas con cierto orden formaban encima de la ciudad como un mar de armonía. Se hubiera dicho que era un concierto de ángeles á los cuales respondieron bien pronto millares de voces de la tierra. Entramos luego á la iglesia vecina, y la hallamos llena de hombres, de mujeres y de niños de todas condiciones. Nos fué muy dulce asociar nuestra oracion á la oracion de la multitud recojida; que apiñada al rededor de los altares de la Reina del cielo, ofrecia á esta amadísima madre sus *obsequios* y sus *ramilletes*. El canto sencillo de las

Letanias, repetido en coro por todo el pueblo, nos causó el placer más vivo.

Las doce acababan de sonar cuando nos lanzamos al interior de la grave y estudiosa Bolonia. Con gran gusto contemplamos por segunda vez el espectáculo de una ciudad cristiana en los dias domingos y de fiesta. Nada de almacenes abiertos, ni trabajos, ni ruido; aun se suspende la salida de los obreros: silencio y reposo universales. Los pórticos estaban animados por paseantes de todo jénero que tomaban el aire, y las iglesias llenas de fieles que oraban. Hácia el centro de la ciudad, encontramos á un muchacho como de doce años, que llevaba en la mano derecha un gran crucifijo, y en la izquierda una campanilla que ajitaba continuamente. Era un niño de la doctrina 1. Recorria así todas las calles de la parroquia, llamando á sus camaradas á la reunion. Y hubierais visto á todos los rapazuelos abandonar sus juegos y dirigirse dócilmente á sus capillas. Hé ahí uno de esos rasgos de costumbres que nos separan de Italia por una barrera más alta que los Alpes. En Bolonia, el pueblo es jeneralmente instruido. Lo mismo sucede en el resto de los Estados Pontificios, en donde los ignorantes están en proporecion mucho menor que en Francia. M. de Tournon habia hecho ya esta misma observacion: «La instruccion primaria, dice, se ofrece al pueblo en los dominios pontificales, con una liberalidad de que pocos gobiernos dan ejemplo. En las ciudades y aldeas, maestros pagados por el público, enseñan á leer, escribir y calcular; de modo que no hay un solo niño que no pueda recibir el beneficio de la instruccion elemental 2; y de hecho los niños

1 De los que asisten los dias festivos á algunas iglesias á recibir la instruccion religiosa.

2 Ved Prefacio á las instituciones de beneficencia de Roma, páj. 99.

á perder su estilo, leyendo el latin de la Vulgata!"

Ya era muy tarde cuando nos pusimos en marcha para Bolonia, atravesando los vastos campos que habian visto los últimos esfuerzos de la libertad romana. Vencido en Módena por el cónsul Pansa, Antonio se salvó en las Galias, y reapareció muy pronto en Italia á la cabeza de veintitres leones y de diez mil caballos. Dejamos en seguida el campo ocupado en otro tiempo por aquel ejército *liberticida*, como se decia en 94, para atravesar el Reno, el antiguo Labinio, marcado por un monstruoso recuerdo. En una pequeña isla, formada por este rio, se estableció el triunvirato entre Octavio, Antonio y Lépido." Allí se entregaron los triunviros uno á otro la vida de sus amigos y de sus enemigos; su delirante crueldad mandó tambien, bajo pena de muerte, que cada uno se regocijase de sus proscripciones: en fin, la cabeza de Ciceron, á la que se habia puesto precio durante dos dias, llegó á ser la prenda de su alianza. Este sangriento pacto, que llenaba nuestro espíritu de tristes pensamientos, hacia necesarias impresiones de otro jénero; estas nos aguardaban en Bolonia.

A las siete de la noche parábamos á sus puertas. Cumplidas las formalidades de estilo y depositados nuestros pasaportes, entramos á la ciudad. Era sábado, víspera de la fiesta de la Presentacion de la Santísima Virgen. Bolonia estaba iluminada por la piedad de sus habitantes. Bajo los grandes pórticos que abundan en las calles, aparecian numerosas imágenes de María Santísima, de todos tamaños y formas, iluminadas con hachas y adornadas con flores. No era esto una vana demostracion á que quedasen indiferentes los corazones; de trecho en trecho, se veian los fieles que oraban á los piés de las santas imágenes. Por la primera vez de mi

vida fui testigo de semejante espectáculo. Yo no podria expresar la deliciosa impresion que produjo en mi alma el testimonio público y espontáneo de la piedad de todo un pueblo hácia la más amable de las criaturas, la Madre de Dios y la Hermana del jénero humano.

Creí tambien ver un gran número de casas, recientemente renovadas, con sus fachadas de amarillo claro ó color de teja. Estábamos léjos de sospechar que debíamos tambien tan agradable golpe de vista á la fé viva de los Boloneses. Nuestra ignorancia se disipó muy pronto. Llegados á la casa de un frances, establecido en Bolonia durante treinta y dos años, hombre sintruido y buen cristiano, nos apresuramos á preguntarle la explicacion de lo que acabábamnos de ver. Bolonia, nos dijo, cuenta 75,000 habitantes y veintidos parroquias. Cada año la procesion solemne de la fiesta del Córpus se hace por turno en dos parroquias solamente. Es costumbre inmemorial que los habitantes de las calles que deben ser honradas con el paso por ellas del Santísimo Sacramento, renueven el interior y el exterior de sus casas. Los propietarios de todas clases muestran igual celo. Si á pesar de su buena voluntad el pobre no puede hacer lo que su corazon desea, no teme pedir un préstamo para subvenir á un gasto que él mira como muy sagrado. Ya veis, continuó, que el interior de mis habitaciones no está aún acabado, lo que consiste en que todos los obreros han estado ocupados en las parroquias que se encargan de la procesion este año; y no me admiraré de que hayan empezado ya los trabajos en los cuarteles por donde debe pasar el año próximo. Hé aquí lo que os explica el aire risueño de nuestros viejos edificios y la limpieza y la elegancia de nuestras viejas calles.

Durante esta relacion yo estaba en Francia, llamando á todos los oidos franceses,

para que la escuchasen. ¡Oh Dios mio! ¡Cuán léjos están de nuestras actuales costumbres estos testimonios de fé! Son muy culpables aquellos cuyas doctrinas y cuyo ejemplo han helado nuestros corazones por naturaleza tan ardientes y tan jenerosos. Hé aquí lo que pasa en Bolonia; ¡y en la capital del reino cristianísimo el Hijo de Dios está reducido á no salir ya ostensiblemente de sus templos!

12 DE NOVIEMBRE.

Serenata.—Imájen de una ciudad cristiana.—Educacion.—Torres de los Asinelli y de la Garizenda.—Universidad.

Ayer habíamos sido despertados de una manera poco armoniosa por la ronca voz del cochero. De muy distinto modo fué el dia de la *Presentacion*. En Francia damos á las autoridades, á las personas veneradas y queridas, serenatas la noche que precede á su fiesta; igual costumbre tiene lugar en Italia, con diferencia que, entre las autoridades y personas á quienes se tributa este honor, la piedad filial é ilustrada por la fé cuenta una más, á María. A las cuatro de la mañana fuimos sacados de nuestro sueño por el brillante repique de no sé cuantas campanas, que tocadas con cierto orden formaban encima de la ciudad como un mar de armonía. Se hubiera dicho que era un concierto de ángeles á los cuales respondieron bien pronto millares de voces de la tierra. Entramos luego á la iglesia vecina, y la hallamos llena de hombres, de mujeres y de niños de todas condiciones. Nos fué muy dulce asociar nuestra oracion á la oracion de la multitud recojida; que apiñada al rededor de los altares de la Reina del cielo, ofrecia á esta amadísima madre sus *obsequios* y sus *ramilletes*. El canto sencillo de las

Letanias, repetido en coro por todo el pueblo, nos causó el placer más vivo.

Las doce acababan de sonar cuando nos lanzamos al interior de la grave y estudiosa Bolonia. Con gran gusto contemplamos por segunda vez el espectáculo de una ciudad cristiana en los dias domingos y de fiesta. Nada de almacenes abiertos, ni trabajos, ni ruido; aun se suspende la salida de los obreros: silencio y reposo universales. Los pórticos estaban animados por paseantes de todo jénero que tomaban el aire, y las iglesias llenas de fieles que oraban. Hácia el centro de la ciudad, encontramos á un muchacho como de doce años, que llevaba en la mano derecha un gran crucifijo, y en la izquierda una campanilla que ajitaba continuamente. Era un niño de la doctrina 1. Recorria así todas las calles de la parroquia, llamando á sus camaradas á la reunion. Y hubierais visto á todos los rapazuelos abandonar sus juegos y dirigirse dócilmente á sus capillas. Hé ahí uno de esos rasgos de costumbres que nos separan de Italia por una barrera más alta que los Alpes. En Bolonia, el pueblo es jeneralmente instruido. Lo mismo sucede en el resto de los Estados Pontificios, en donde los ignorantes están en proporecion mucho menor que en Francia. M. de Tournon habia hecho ya esta misma observacion: "La instruccion primaria, dice, se ofrece al pueblo en los dominios pontificales, con una liberalidad de que pocos gobiernos dan ejemplo. En las ciudades y aldeas, maestros pagados por el público, enseñan á leer, escribir y calcular; de modo que no hay un solo niño que no pueda recibir el beneficio de la instruccion elemental 2; y de hecho los niños

1 De los que asisten los dias festivos á algunas iglesias á recibir la instruccion religiosa.

2 Ved Prefacio á las instituciones de beneficencia de Roma, páj. 99.

"que frecuentan las escuelas, están en la "proporcion de uno á once habitantes. En "Inglaterra, el medio con relacion á la "poblacion es tambien uno á once; en Fran- "cia, de uno á veinte; en los Estados Uni- "dos, de uno á cuatro; en el ducado de "Bade y el Wurtemberg, de uno á seis; en "Prusia, de uno á siete; en Baviera, de "uno á diez; en Austria, de uno á trece; "en Irlanda, de uno á diez y nueve; en "Polonia, de uno á setenta y ocho; en Por- "tugal, de uno á ochenta y ocho; y en "Rusia, de uno á trescientos setenta y "ocho. Se ve que los Estados Pontificales "se clasifican entre las naciones donde la "instruccion primaria está más exten- "dida 1.

En Bolonia, la educacion de las niñas está confiada á maestras de probada virtud ó á religiosas. Allí se ofrecen á los jóvenes y á las jóvenes, todos los medios de adelantar en la carrera de las ciencias; y todos estos medios son gratuitos. ¿Qué diré del bienestar material? En Bolonia como en Parma, hay un obrador para los pobres. Nuestra larga serie de impuestos sobre puertas, ventanas y patentes, es allí desconocida; en resúmen, ese pueblo sometido al poder temporal del Santo Padre, está en muchas cosas más adelantado que cierta nacion que se precia de ir á la cabeza del progreso universal; él es sobre todo más feliz que nosotros, y con menos gastos.

A la mitad de nuestro camino nos fué preciso detenernos ante las dos famosas torres, inevitable objeto de las conversaciones, y admiracion de los viajeros. Son de ladrillos y de forma cuadrada. La torre de los *Asinelli*, la más alta de Italia, excede algunos piés á la fachada de la casa de Inválidos. De tiempo en tiempo sirve para observaciones astronómicas. La *Garizenda* solo tiene cuarenta y ocho me-

1 Estudios estadísticos, lib. páj. 87.

tros de elevacion. Lo que las hace á una y otra muy curiosas, y casi temibles, es su inclinacion. La primera está vencida tres piés y medio; la segunda ocho piés dos pulgadas. Se tranquiliza uno al pensar que hace muchos siglos estaban en el mismo estado: el Dante no deja de esto duda ninguna 1. ¿Á qué debe atribuirse la inclinacion extraordinaria de estos dos monumentos? ¿Al hundimiento del terreno, ó á la vana rivalidad de los antiguos nobles boloneses?

A pesar de los almacenes de tinta y papel que ha hecho gastar la cuestion, esta se halla todavía indecisa: así está bien: continuemos.

La Universidad de Bolonia, la más antigua de Italia y una de las más célebres del mundo, atrajo bien pronto nuestra curiosidad. Fundada en 425 por el emperador Teodosio, mereció tener como protector á Carlo Magno mismo, quien la dió nuevo lustre. Seria largo enumerar á todos los grandes hombres que ha producido. Las paredes y las bóvedas de los inmensos claustros, están adornadas de una multitud de escudos, que recuerdan á los sabios de todo jénero y á los nobles personajes, alumnos y maestros de aquella gloriosa Universidad. Sus nombres, enseñados con orgullo á los extranjeros, son un estímulo perpétuo para las jóvenes generaciones llamadas á los trabajos de la intelijencia ante semejantes testigos. En los tiempos modernos, la Universidad cuenta entre sus miembros á Benedicto XIV, á Galvani, al cardenal Mezzofanti, que bastan para darle una gloria inmortal. La biblioteca posee ochenta mil volúmenes y cuatro mil manuscritos, al-

1 Cual pare á riguardar la Garizenda Sotto'l chinato, quand'un nuvol vada Sovr essa sí, ch'ella in contrario penda; Tal parve Anteo.

(Infierno, XXXI).

gunos del siglo sexto y otros del quinto. Entre estos últimos, recorrimos con ternura las *Imágenes de Philostrato*; esta obra recuerda conmovedores infortunios; es de mano de Miguel Apostolio, uno de los griegos fujitivos de Constantinopla en el siglo XV, y lleva esta inscripcion: *El rey de los pobres de este mundo, ha escrito este libro para vivir*. No se puede dar un paso en Italia sin encontrar algunos grandes sarcasmos de la fortuna.

22 DE NOVIEMBRE.

Madona de san Lúcas.—Su fiesta.—Camposanto.

Si desde lo alto de la Garizenda volveis vuestras miradas hácia el Occidente, percibireis una verde colina, situada á una legua de Bolonia. Sobre la elevada cima de aquel solitario monte se levanta una rica iglesia, cuyo esbelto campanario y cuya brillante cúpula llaman desde léjos la atencion del viajero: es Nuestra Señora de la Guardia, ó la madona de san Lúcas. Allí se venera una imájen maravillosa de la Santísima Virgen, pintada por san Lúcas. Segun una antigua tradicion 1, aquel re-

1 Al decir del padre Lanzy, en su *Historia de la Pintura*, los que han examinado los cuadros atribuidos á san Lúcas, convienen en que no pueden realmente pertenecerle, al ménos en el estado que actualmente tienen. Seria necesario suponer una série de retoques, que habrian acabado por hacer de los cuadros una cosa muy diferente de lo que fueron las obras primitivas. Ninguno tal como está pasa de la época de la pintura llamada bizantina. Segun Mazzolari, debe exceptuarse sin duda la Virgen de Santa María la Mayor en Roma. Sin embargo, la tradicion, que atribuye algunos cuadros al santo Evangelista, está de tal modo extendida en Oriente y en Occidente, que es probable que hayan existido realmente. Muchos de ellos, que se tienen como tales, son tal vez las primeras tablas, sobre las cuales ejerció el pincel el compañero de san Pablo. Pero la misma Roma está léjos de afirmarlo. Cuando indica los dias en que se descubren las vírjenes, el *Diario Roma*.

trato ha sido traído de Constantinopla á Bolonia en 1160 por un piadoso ermitaño, que lo depositó en una capilla solitaria cerca de la cual habitaba una jóven santa llamada Anjela.

La Reina del cielo no tardó en señalar su presencia por multiplicados favores, á los que Bolonia correspondió con testimonios inequívocos de reconocimiento. La piedad de sus habitantes reemplazó la modesta capilla por una magnífica iglesia, y en estos últimos tiempos ha querido hacer agradable y cómodo el camino que conduce á la *Fuente de las Gracias*. Un camino maravilloso, cuyo tipo solo encontráis en Italia; un camino que atestigua el poder de la fé y de la caridad, une la ciudad á la cima de la santa montaña. Es un pórtico de mampostería, compuesto de seiscientos treinta y cinco arcos, la mayor parte adornados con pinturas y piadosas inscripciones. Formado por dos paredes de cerca de veinticinco piés de elevacion, que sostienen una elegante bóveda, presenta un camino de cerca de dos piés de anchura. Una de las paredes está llena; la otra, compuesta de arcos sostenidos por columnas ó pilastras, os permite gozar del paisaje. Este soberbio pórtico se desarrolla graciosamente en la llanura; luego se eleva serpenteando al lado de la colina, y os introduce dulcemente al templo de María. Leimos con emocion los nombres de las personas cuya liberalidad ha construido aquellos soberbios arcos. Aquí están los sastres, las costureras, los tapiceros; más allá los criados de la ciudad; un poco más léjos, los carniceros, los albañiles; todos reunieron sus economías para levantar uno, dos y hasta tres arcos.

no se contenta con decir: *Dipinte, come dicesi, da san Luca* (pintadas, segun se dice, por san Lúcas). Al sentido de esta nota debemos dirigir todas las expresiones de que me serviré en la continuacion del viaje, al hablar de las vírjenes pintadas por san Lúcas.

Subimos lentamente aquella pendiente, santificada por las oraciones y por las lágrimas de tantos piadosos peregrinos que la habían subido antes que nosotros, y que la suben todos los días. Cuantas veces, durante el viaje, el corazón enternecido desea una poca de aquella confianza filial que alimenta los consoladores milagros, de que teneis pruebas tan tiernas como variadas en los numerosos *ex voto* suspendidos en el altar de María. Expusimos al sacristan nuestro deseo de venerar la sagrada imagen. Nuestra petición fué transmitida al sacerdote encargado del cuidado de la virgen, y que es el único que tiene derecho de descubrirla. Se encendieron los cirios; se revistió el sacerdote con el roquete y la estola, y le seguimos por detrás del altar mayor. Llegados con él al extremo de una escalera doble, nos pusimos de rodillas, y saludamos tres veces con la oración anjélica á la Madre de los hombres y á la Reina de los ánjeles. Jiró una puerta de bronce sobre sus goznes, y fuimos llamados uno en pos de otro, á contemplar las facciones siempre venerables de la augusta Virgen. Que el retrato sea del natural como se pretende, ó que sea un tipo tradicional, es indudable que corresponde á la idea que los siglos cristianos nos han transmitido del rostro de la Madre del Salvador. Un óvalo de gran pureza, ojos perfectamente abiertos, cejas graciosamente arqueadas, una admirable proporción de todas las facciones, una tez delicada, cierto aire grandioso en la fisonomía, y una indefinible dulzura en el conjunto, hé aquí lo que pude notar en aquella pintura llena de atractivo, á la cual el tiempo ha hecho perder necesariamente una parte de su expresión.

Cada año baja á la ciudad la Reina de la montaña, y pasa allí tres días. Su marcha es un triunfo; los habitantes de Bolonia y de toda la provincia que concurren

á la fiesta, componen el cortejo. El cardenal-arzobispo espera á la amable princesa en la puerta de la ciudad, cuyas llaves le presenta. Despues de haberla recibido con todos los honores debidos á las testas coronadas, la lleva él mismo á la iglesia de san Pedro. Allí permanece cuarenta y ocho horas, rodeada noche y día, de los fervientes homenajes de un inmenso pueblo. El tercer día visita la Catedral, en donde da su bendición. De allí vuelve á tomar el camino de su aéreo palacio, para proteger á la feliz ciudad que mira á sus piés. Su vuelta no es ménos pomposa que su llegada; tiene lugar en los primeros días de Mayo. Ahora, es necesario haber visto la Italia para comprender todo lo que añaden de encanto y esplendor á tan brillante fiesta las bellezas de la Primavera y la pureza del cielo. Pasa aquella vision de un modo superior; y todo aquel pueblo italiano es feliz, y aquellas imaginaciones tan vivas, y aquellos corazones tan inflamables, se santifican de nuevo por castas imágenes, por piadosas emociones; y el espíritu ha alcanzado una victoria más sobre los sentidos. En Italia es necesario, sobre todo, el culto de la Reina de las vírgenes: de aquí vienen sin duda las fiestas, los símbolos, las inscripciones, los usos variados y numerosos que os hacen presente á María por todas partes. Que el turista ligero ó impio no vea en este hecho universal más que una superstición miserable, no es de admirar: el que duda de todo, ordinariamente no tiene ideas exactas de nada. En cuanto al observador juicioso, descubre en ello, con admiración, una de las más bellas armonías del Cristianismo.

Despues de haber confiado á María nuestros votos y los de nuestros amigos, depositamos á sus piés el óbolo de los peregrinos, como recuerdo de nuestro fugitivo tránsito. Volviendo á tomar en se-

guida, felices y contentos, el camino de la ciudad, bajamos lentamente de la montaña santa para gozar del hermoso espectáculo que teníamos á la vista. Delante de nosotros se extendía una vasta llanura, limitada por los Apeninos y surcada por el Reno, cuyas límpidas aguas dejan entrever las anchas capas de piedrecilla blanca y areas que le sirven de lecho. En este paisaje risueño y severo se ve asentada la ciudad sabia con sus viejas murallas, sus numerosas tierras y sus blancas aldeas diseminadas en las vecinas crestas.

Al pié de la montaña se abre sobre la izquierda un nuevo pórtico, compuesto de ciento cincuenta arcos, que es el camino del *Campo Santo*. Tal el nombre verdaderamente cristiano que en Italia se da á los cementerios; y los cementerios son muy dignos de este nombre. Allí se reúnen, en los monumentos de la más sensible piedad hácia los muertos, todos los testimonios de la fé más ardiente en la resurrección futura. Si, como el de Pisa, el *Campo Santo* de Bolonia no está formado de tierra santa de Jerusalem, no deja de ser por esto uno de los más venerables y bellos de la Italia. Que se nos presente un vasto cuadrado rodeado de grandes árboles verdes y de soberbios pórticos, con ricas capillas de trecho en trecho y tumbas más ricas aun; despues, monumentos más modestos y sencillas tumbas, con multitud de inscripciones cuyo espíritu cristiano y de sistema antiguo hacen alto honor á la piedad y al talento del sabio abate Schiasi, y tendremos una ligera idea de aquel magnífico cementerio. Un viajero jansenista encontraría tal vez allí un exceso de riqueza mundana y ménos gravedad religiosa de la que conviene á la silenciosa morada de la muerte,

23 DE NOVIEMBRE.

Prision del rey Euzio.—Iglesia de san Pablo.—San Petronio.—Santo Domingo.—Santa Catalina de Bolonia.—San Estéban.—Anécdota sobre Benedicto XIV.—Galería.

Al salir el sol, estaba la ciudad atravesada por una multitud de carros, que llegaban del campo conduciendo al mercado el *canepa*, cáñamo soberbio, del que hace Bolonia un gran comercio. Atravesamos la muchedumbre ajitada y algo bulliciosa, para dirijirnos al palacio del podestá, en otro tiempo la prision del rey Enzo, cuya historia voy á referir.—En el siglo XIII vivía un emperador de Alemania llamado Federico II, que iba por el mundo guerreando y atropellando las leyes de la justicia. Su hijo mayor, Enzo, marchaba por el mismo sendero. Joven y valiente, llevó la guerra y batió en la mar á la potente flota de los genoveses. Entrado en Lombardía, encontró á los boloneses, que despedazaron su ejército en las llanuras de Fossalto, y á él mismo le hicieron prisionero; esto pasaba el mes de Mayo del año de 1247. Los vencedores le condujeron en triunfo á su ciudad, y le condenaron á prision perpetua. Para divertirse y librarse del fastidio, cantó sus infortunios; y el nombre del prisionero bardo es aun popular en Bolonia. Vimos la torre construida para guardarle y la sala en que murió. Esta sala, llamada hoy *Sala de Enzo*, sirvió para el cónclave que en 1410 eligió al papa Juan XXII.

En frente de este mismo palacio se encuentra del *Gigante*, obra de Juan de Bolonia. Me reservo hablar de ella para despues de haber visitado las galerías de Florencia. Entre todas las iglesias observamos como más notables: primero, á *san Pablo*, en donde se encuentra la tumba de la prin-

Subimos lentamente aquella pendiente, santificada por las oraciones y por las lágrimas de tantos piadosos peregrinos que la habían subido antes que nosotros, y que la suben todos los días. Cuantas veces, durante el viaje, el corazón enternecido desea una poca de aquella confianza filial que alimenta los consoladores milagros, de que teneis pruebas tan tiernas como variadas en los numerosos *ex voto* suspendidos en el altar de María. Expusimos al sacristan nuestro deseo de venerar la sagrada imagen. Nuestra petición fué transmitida al sacerdote encargado del cuidado de la virgen, y que es el único que tiene derecho de descubrirla. Se encendieron los cirios; se revistió el sacerdote con el roquete y la estola, y le seguimos por detrás del altar mayor. Llegados con él al extremo de una escalera doble, nos pusimos de rodillas, y saludamos tres veces con la oración anjélica á la Madre de los hombres y á la Reina de los ánjeles. Jiró una puerta de bronce sobre sus goznes, y fuimos llamados uno en pos de otro, á contemplar las facciones siempre venerables de la augusta Virgen. Que el retrato sea del natural como se pretende, ó que sea un tipo tradicional, es indudable que corresponde á la idea que los siglos cristianos nos han transmitido del rostro de la Madre del Salvador. Un óvalo de gran pureza, ojos perfectamente abiertos, cejas graciosamente arqueadas, una admirable proporción de todas las facciones, una tez delicada, cierto aire grandioso en la fisonomía, y una indefinible dulzura en el conjunto, hé aquí lo que pude notar en aquella pintura llena de atractivo, á la cual el tiempo ha hecho perder necesariamente una parte de su expresión.

Cada año baja á la ciudad la Reina de la montaña, y pasa allí tres días. Su marcha es un triunfo; los habitantes de Bolonia y de toda la provincia que concurren

á la fiesta, componen el cortejo. El cardenal-arzobispo espera á la amable princesa en la puerta de la ciudad, cuyas llaves le presenta. Después de haberla recibido con todos los honores debidos á las testas coronadas, la lleva él mismo á la iglesia de san Pedro. Allí permanece cuarenta y ocho horas, rodeada noche y día, de los fervientes homenajes de un inmenso pueblo. El tercer día visita la Catedral, en donde da su bendición. De allí vuelve á tomar el camino de su aéreo palacio, para proteger á la feliz ciudad que mira á sus piés. Su vuelta no es ménos pomposa que su llegada; tiene lugar en los primeros días de Mayo. Ahora, es necesario haber visto la Italia para comprender todo lo que añaden de encanto y esplendor á tan brillante fiesta las bellezas de la Primavera y la pureza del cielo. Pasa aquella visión de un modo superior; y todo aquel pueblo italiano es feliz, y aquellas imaginaciones tan vivas, y aquellos corazones tan inflamables, se santifican de nuevo por castas imágenes, por piadosas emociones; y el espíritu ha alcanzado una victoria más sobre los sentidos. En Italia es necesario, sobre todo, el culto de la Reina de las vírgenes: de aquí vienen sin duda las fiestas, los símbolos, las inscripciones, los usos variados y numerosos que os hacen presente á María por todas partes. Que el turista ligero ó impio no vea en este hecho universal más que una superstición miserable, no es de admirar: el que duda de todo, ordinariamente no tiene ideas exactas de nada. En cuanto al observador juicioso, descubre en ello, con admiración, una de las más bellas armonías del Cristianismo.

Después de haber confiado á María nuestros votos y los de nuestros amigos, depositamos á sus piés el óbolo de los peregrinos, como recuerdo de nuestro fugitivo tránsito. Volviendo á tomar en se-

guida, felices y contentos, el camino de la ciudad, bajamos lentamente de la montaña santa para gozar del hermoso espectáculo que teníamos á la vista. Delante de nosotros se extendía una vasta llanura, limitada por los Apeninos y surcada por el Reno, cuyas límpidas aguas dejan entrever las anchas capas de piedrecilla blanca y areas que le sirven de lecho. En este paisaje risueño y severo se ve asentada la ciudad sabia con sus viejas murallas, sus numerosas tierras y sus blancas aldeas disseminadas en las vecinas crestas.

Al pié de la montaña se abre sobre la izquierda un nuevo pórtico, compuesto de ciento cincuenta arcos, que es el camino del *Campo Santo*. Tal el nombre verdaderamente cristiano que en Italia se da á los cementerios; y los cementerios son muy dignos de este nombre. Allí se reúnen, en los monumentos de la más sensible piedad hácia los muertos, todos los testimonios de la fé más ardiente en la resurrección futura. Si, como el de Pisa, el *Campo Santo* de Bolonia no está formado de tierra santa de Jerusalem, no deja de ser por esto uno de los más venerables y bellos de la Italia. Que se nos presente un vasto cuadrado rodeado de grandes árboles verdes y de soberbios pórticos, con ricas capillas de trecho en trecho y tumbas más ricas aun; después, monumentos más modestos y sencillas tumbas, con multitud de inscripciones cuyo espíritu cristiano y de sistema antiguo hacen alto honor á la piedad y al talento del sabio abate Schiasi, y tendremos una ligera idea de aquel magnífico cementerio. Un viajero jansenista encontraría tal vez allí un exceso de riqueza mundana y ménos gravedad religiosa de la que conviene á la silenciosa morada de la muerte.

23 DE NOVIEMBRE.

Prision del rey Euzio.—Iglesia de san Pablo.—San Petronio.—Santo Domingo.—Santa Catalina de Bolonia.—San Estéban.—Anécdota sobre Benedicto XIV.—Galería.

Al salir el sol, estaba la ciudad atravesada por una multitud de carros, que llegaban del campo conduciendo al mercado el *canepa*, cáñamo soberbio, del que hace Bolonia un gran comercio. Atravesamos la muchedumbre ajitada y algo bulliciosa, para dirijirnos al palacio del podestá, en otro tiempo la prision del rey Enzo, cuya historia voy á referir.—En el siglo XIII vivía un emperador de Alemania llamado Federico II, que iba por el mundo guerreando y atropellando las leyes de la justicia. Su hijo mayor, Enzo, marchaba por el mismo sendero. Joven y valiente, llevó la guerra y batió en la mar á la potente flota de los genoveses. Entrado en Lombardía, encontró á los boloneses, que despedazaron su ejército en las llanuras de Fossalto, y á él mismo le hicieron prisionero; esto pasaba el mes de Mayo del año de 1247. Los vencedores le condujeron en triunfo á su ciudad, y le condenaron á prision perpetua. Para divertirse y librarse del fastidio, cantó sus infortunios; y el nombre del prisionero bardo es aun popular en Bolonia. Vimos la torre construida para guardarle y la sala en que murió. Esta sala, llamada hoy *Sala de Enzo*, sirvió para el cónclave que en 1410 eligió al papa Juan XXII.

En frente de este mismo palacio se encuentra del *Gigante*, obra de Juan de Bolonia. Me reservo hablar de ella para después de haber visitado las galerías de Florencia. Entre todas las iglesias observamos como más notables: primero, á *san Pablo*, en donde se encuentra la tumba de la prin-

cesa Eliza Bacciochi, hermana de Napoleón: en una de las capillas, se admira el cuadro de Cuerichin, que representa las *Almas del Purgatorio*.

Segundo, á san Petronio, mas digna que la metrópoli de ser la primera iglesia de Bolonia. Aunque comenzada á fines del siglo XIV, esta basílica no está acabada. Dos objetos de arte llaman sobre todo la atención; las *Sibylas* de las puertas y las magníficas vidrieras de la capilla de san Antonio. En la nave de san Petronio estableció Cassini su primer meridiano, que el mundo sabio no ha olvidado; pero lo que ha olvidado y tal vez nunca ha sabido, es la historia del mismo san Petronio. Si suele desagradar á los que tienen ojos para ver y no ven, la vida de un santo, esta tiene por lo ménos derecho á permanecer en la memoria de los hombres del mismo modo que un cálculo astronómico, ya sea de Newton ó de Cassini.

Hacia fines del siglo IV nació á Petronio, prefecto del Pretorio, un hijo, largo tiempo desado. Los cuidados mas tiernos y nobles, rodearon su infancia. Digno de su padre por sus talentos, el noble jóven quiso hacerse digno de su Dios por sus virtudes. Salió de su patria á fin de ver con sus propios ojos los grandes modelos que poblaban las soledades del Oriente. Como Moisés, cuando fué llamado por Dios á la zarza ardiente, comprendió que caminaba sobre una tierra santa y recorrió descalzo todos aquellos vastos desiertos. Rico de dones sobrenaturales, volvió á Roma. El papa Celestino puso en un candelero aquella lámpara luminosa y ardiente; es decir, Bolonia tuvo por obispo á un santo, un restaurador y un padre, que reparó sus ruinas espirituales y materiales; doble sepulcro en donde la habia encerrado viva, la herejía y la crueldad de los bárbaros. Y puede creerse que las reliquias de san Petronio depositadas en la

iglesia levantada en honor suyo, no merecen una visita, y su vida un recuerdo? ¡Se pasa el tiempo en mirar, criticar, alabar con mas ó ménos buen gusto, los objetos de arte que decoran su templo, y no se piensa en arrodillarse sobre su gloriosa tumba! ¡Cuándo, pues, los viajes por Italia cesarán de ser un paseo mundano, inútil, y muchas veces peligroso? Revisitiéndolos del carácter religioso que les es natural, abrirán un nuevo horizonte á las miradas de inteligencia, y completarán las impresiones del corazón, santificándolas.

Tercero. La iglesia de *Santo Domingo*. La curiosa tumba del rey Euzio, que se encuentra allí, fijaría toda la atención del viajero, si no se viera eclipsada por otra tumba radiante de gloria y de majestad, que es la de *santo Domingo*. Allí reposa en un magnífico altar de mármol blanco de exquisito trabajo, el ilustre vástago de los Guzman, el salvador de la Europa meridional, que junto con san Francisco de Asís, es la columna de la Iglesia en el siglo XIII. Ved también en una de las capillas, la *madona del velluto*; y os llenareis de entusiasmo. Esta obra maestra de Lippo Dalmasio, es el más notable modelo del sentimiento religioso trasladado al arte. Por devoción aquel piadoso artista, jamás quiso pintar otra cosa que imágenes de la Virgen. La historia nos enseña que estaba de tal manera penetrado de la santidad de su obra y de la pureza de corazón con que debía emprenderla, que se imponía la víspera un ayuno severo, y se acercaba el día á recibir el sacramento del altar. El Guido ha reconocido que ningún pintor, sin exceptuar al divino Rafael, con todos los recursos del arte moderno, ha podido llegar á ese carácter de santidad, de modestia y de pureza que Dalmasio supo dar á todas sus obras ¹.

¹ Véase *Conferencias sobre la Semana Santa en Roma*, por Monseñor Wiseman.

Cuarto. La iglesia *Corpus Domini, ó de la Santa*, para designar á santa Catarina de Bolonia. Por bellas que sean las pinturas de Luis Carracci, de José Mazza y de Zanotti que adornan el coro, las bóvedas y la sacristía, solo pudieron detenernos un momento. Teníamos ánsia de contemplar una maravilla muy superior á todas las obras maestras del arte. La tierra que se pisa allí, es una tierra santa, hollada hace cuatrocientos años por una noble vírjen de Bolonia; la casa en que estais, le sirvió de morada: todas las bóvedas de este claustro han visto sus lágrimas y sus sufrimientos; las paredes de esas pequeñas celdas han oído su voz; están todavía embalsamadas con el perfume de sus oraciones y de sus virtudes. En vida se llamaba esta jóven, Catarina. Dios la ha glorificado, y su nombre es hoy santa Catarina de Bolonia. Habiendo obtenido el permiso de visitar su cuerpo, milagrosamente conservado, entramos á una pequeña capilla redonda, enteramente cubierta de terciopelo carmesí adornado con oro y bordados. En el medio está un trono con dosel, cuya gracia iguala á su riqueza. La santa está sentada sobre este trono con el rostro descubierto; las manos igualmente descubiertas, descansan sobre las rodillas, y los piés se miran á través de un cristal. Los miembros han conservado su flexibilidad, pero la encarnación jeneral es negruzca ¹, excepto en la parte inferior de la mejilla derecha, en que es de una blancura brillante; es el lugar en que la santa mereció recibir un beso del niño Jesus.

¡Cuán feliz me sentí con ser sacerdote! porque con esta cualidad, me fué permitido no solo abrazar los piés, sino las ma-

¹ Esto depende de una circunstancia que sería largo referir aquí. Véase la vida de la santa, al fin.

nos de la santa, y ver de cerca los objetos venerables santificados por las manos de la tadamaturga. Los primeros cristianos enterraban con el cuerpo de los mártires, todo lo que podia recordarlos, hacerlos conocer algun dia. Fieles herederos de esta piadosa costumbre, los italianos ponen un admirable cuidado en conservar y reunir alrededor de los santos todos los objetos que fueron de su uso. Así en aquel lugar veis el escapulario de la santa, su pañuelo, sus horas escritas de su mano, su violoncelo, una cabeza del niño Jesus, pintada por ella misma, y por fin el milagroso Crucifijo que la habló. Muy sinceros fueron los deseos que tuvimos en aquellos felices instantes de tener cerca de nosotros á todas las personas que nos son queridas; pero tuvimos que limitarnos á encomendarlas cordialmente á la poderosa protectora de Bolonia, y salimos para visitar á san Estéban.

Quinto. Monumento curioso bajo todos aspectos, la iglesia de *san Estéban* está compuesta de siete iglesias reunidas, de las cuales, la primera, cuyo origen se remonta al siglo IV, fué edificada por san Petronio. Si yo conociera un arqueólogo admirador sincero y desinteresado de nuestro arte cristiano, le aconsejaria que fuese á establecerse en Bolonia y á estudiar todos los dias durante un año entero la iglesia de san Estéban. Atrio, fuentes sagradas, arquitectura de todos los estilos, capillas de todas formas, antiguos frescos del siglo XII y del XIII, delicadas pinturas llenas de vida y de movimiento, *madonas, ex-voto*, tumbas de santos; en contraria allí, un verdadero museo en que cada objeto forma una página de la historia del arte desde el origen del cristianismo hasta nuestros dias. Al salir de este monumento, que yo creo único en el mundo, veria también suspendida en el muro exterior, la antigua cátedra de predicar

desde donde se anunciaba el Evangelio al pueblo reunido en la plaza pública.

Antes de llegar á la Academia, pasamos cerca del palacio habitado por Benedicto XIV en tiempo en que este gran papa era arzobispo de Bolonia. Esta morada, ilustrada por tantos recuerdos, me trajo á la memoria una anécdota que caracteriza á la vez, al hombre de espíritu y al hombre superior. No sé que mal poeta se permitió publicar una amarga sátira contra el digno arzobispo. El prelado quiso verla, y la leyó con mucha atención. Sin quitar nada de las injurias de que era objeto, corrigió muchos versos con su propia mano, y mandó en seguida la pieza á su autor, diciéndole: «Así corregida la composición, pienso que quedará mejor.»

La galería de Bolonia, por la cual íbamos á la Academia, se distingue por sus escogidos cuadros. Se fija principalmente la atención sobre el *Martirio de santa Ines* del Dominiquino 1; la *Virgen de la Piedad*, del Gúido, la *Virgen Santísima en la gloria*, de Perujino 2 y la *santa Cecilia* de Rafael 3. Estas magníficas composiciones están colocadas en la rotonda, á donde se llega por un vasto pasillo tapizado de cuadros anteriores al renacimiento. Esta inmediatez ilustra claramente la historia del arte, y hace tocar con la mano la diferencia de *espíritu* y de *ejecución*, entre la escuela *católica* y la escuela *pagana*. Para explicar mi pensamiento, os cito para Florencia, á donde estaremos en pocos días.

1 Nacido en Bolonia, en 1561.

2 Nacido en Perusa, en 1446.

3 Nacido en Urbino, en 1485.

24 DE NOVIEMBRE.

Los Apeninos.—Trajes.—La marquesa Pepoli.

¿Quién no ha oído contar en su infancia ó quién no ha leído en su vida alguna historia de bandidos de la Selva Negra ó de los Apeninos? ¿No es este el episodio obligado de la mayor parte de los viajes antiguos y modernos en Alemania y sobre todo en Italia? Y la imaginación conserva tan fielmente las primeras impresiones, que la nuestra se llenó de espantosas imágenes, desde el momento en que se decidió que atravesaríamos las famosas montañas. A las tres de la mañana, cuando despertamos, el pensamiento de los *sgrazzatori* (degolladores) fué despues de Dios, el primero que nos ocurrió. El tiempo estaba en armonía con nuestra alma. Una negra noche, un frío vivo, una espesa niebla que destilaba gruesos copos de nieve, acompañaron nuestra silenciosa partida; Bolonia dormía. En las puertas de la ciudad, el conductor hizo subir por detras del coche á un hombre vigoroso que acostado sobre el almacén de equipajes debía velar por ellos; ya estos estaban sujetos por dos gruesas cadenas de hierro. En el interior se contaban relaciones eminentemente propias para amenizar nuestros pensamientos. Se referían asesinatos que acababan de cometerse, uno hacia diez días, otros dos solamente.

Bien pronto nos vimos sumergidos en un profundo valle, verdadera madriguera, terminada por una montaña larga y árida: estábamos en los Apeninos. Allí nos esperaban cuatro bueyes grises, de elevados cuernos; de trecho en trecho se remudaban algún par de aquellos útiles, pero lentos cuadrúpedos. Ya empezaba el día; pero ¡ay! nada de bandidos, ni encuentros, ni episodios ningunos; en cambio de esta

privación, examinamos el paisaje. Nada es tan triste como la vista de los Apeninos, al ménos en la parte que separa á Bolonia de Florencia. Allí no encontrais ni las majestuosas montañas de la Suiza, ni sus elevados picos, ni sus graciosos valles, animados por la caída de las cascadas ó por el ruido de los torrentes. Montañas incompletas, crestas sembradas acá y acullá, sin orden, sin gracia y la mayor parte desnudas y surcadas por barrancas; otras, cubiertas de diminutas encinas; tal es el bosquejo del cuadro que entristece mas bien que ameniza, las cabañas aisladas, mezquinas moradas de los raros habitantes de aquellos lugares salvajes. Durante diez y ocho horas permanecimos internados en aquellas montañas, siguiendo un camino rodeado de precipicios y de cruces rojas ó negras que marcaban el lugar en que habían sucedido funestos acontecimientos. Gracias á Dios, viajamos sin accidente y sin encontrar al bandido de los Apeninos; solo vimos su tipo, y su clásico traje llevado por inofensivos montañeses.

Representaos á un hombre de varoniles facciones, de negros cabellos, de acobrado color, cubierta la cabeza con un sombrero á la *Robinson*, rodeado con una ancha cinta de terciopelo negro, fija por delante con una hebilla oblonga; sobre las espaldas una media capa y una chaqueta redonda color de castaña, chaleco rojo, calzon verde, medias formando cuerpo con la suela de los zapatos, y tendreis, sin las pistolas en la cintura y la carabina en la espalda, al *sgrazzatore* (degollador) de los Apeninos. Si cuando pasáis por allí os acompaña algún montañés, tendreis á la vista, como nosotros, aquel temible tipo. Si le pedis su cuchillo para verlo, os enseñará friamente una arma cuya vista os hará temblar: es un puñal cuya delgada hoja, afilada, tiene nueve pulgadas de longitud. En

fin, si como nosotros, seguís interrogándole, os hablará de los encuentros en la selva, así como del valor y de la presencia de ánimo de que ha tenido necesidad para escapar de los bandidos. Guardaos de dar á conocer alguna señal de incredulidad, cortariais la palabra del historiador y tendriais lugar de arrepentiros; ¡oh y qué aventuras tan bien elejidas y referidas con pantomimas verdaderamente divertidas! Libraos tambien de no creer sus relaciones, porque á decir verdad, yo creo á los *sgrazzatori* mucho más raros de lo que se cuenta; *rara avis in terris etc.*"

Para distraernos de las historias de bandidos, hablamos sucesivamente de la Francia y de nuestros amigos. A su turno, un viajero radicado largo tiempo en Bolonia, nos interesó vivamente hablándonos de la marquesa de Pepoli. «¿No conocéis, nos dijo, á esa marquesa? Cuando yo la haya nombrado os sorprendereis de encontrar bajo esta cubierta italiana un nombre frances, nombre ilustre y querido para los viejos soldados del imperio. La marquesa Pepoli es la señorita Murat, hija del rey de Nápoles. Casada en Bolonia, goza de una fortuna considerable, pero no os hablo de ella por eso. Su título de gloria consiste en ser el modelo de las que son mujeres de su casa y de las madres que comprenden la educación de sus hijas. Esta dama tiene la sencillez de creer que la educación es el aprendizaje de la vida. Una ilustrada piedad, dulce y sostenida, piedad útil para todo y que es como la púdica belleza de la virtud, forma la base de la instrucción y de la conducta de su hija. Bajo el ala maternal, la niña crece en ciencia, dirigida por hábiles maestros. Acabadas las lecciones, mademoiselle, conducida por su madre, entra en todos los pormenores de la economía doméstica, lava la ropa, aprende á hacer y remendar los vestidos, lleva apuntes del gasto; en una palabra, se ini-

desde donde se anunciaba el Evangelio al pueblo reunido en la plaza pública.

Antes de llegar á la Academia, pasamos cerca del palacio habitado por Benedicto XIV en tiempo en que este gran papa era arzobispo de Bolonia. Esta morada, ilustrada por tantos recuerdos, me trajo á la memoria una anécdota que caracteriza á la vez, al hombre de espíritu y al hombre superior. No sé que mal poeta se permitió publicar una amarga sátira contra el digno arzobispo. El prelado quiso verla, y la leyó con mucha atención. Sin quitar nada de las injurias de que era objeto, corrigió muchos versos con su propia mano, y mandó en seguida la pieza á su autor, diciéndole: «Así corregida la composición, pienso que quedará mejor.»

La galería de Bolonia, por la cual íbamos á la Academia, se distingue por sus escogidos cuadros. Se fija principalmente la atención sobre el *Martirio de santa Ines* del Dominiquino 1; la *Virgen de la Piedad*, del Gúido, la *Virgen Santísima en la gloria*, de Perujino 2 y la *santa Cecilia* de Rafael 3. Estas magníficas composiciones están colocadas en la rotunda, á donde se llega por un vasto pasillo tapizado de cuadros anteriores al renacimiento. Esta inmediatez ilustra claramente la historia del arte, y hace tocar con la mano la diferencia de *espíritu* y de *ejecución*, entre la escuela *católica* y la escuela *pagana*. Para explicar mi pensamiento, os cito para Florencia, á donde estaremos en pocos días.

1 Nacido en Bolonia, en 1561.

2 Nacido en Perusa, en 1446.

3 Nacido en Urbino, en 1485.

24 DE NOVIEMBRE.

Los Apeninos.—Trajes.—La marquesa Pepoli.

¿Quién no ha oído contar en su infancia ó quién no ha leído en su vida alguna historia de bandidos de la Selva Negra ó de los Apeninos? ¿No es este el episodio obligado de la mayor parte de los viajes antiguos y modernos en Alemania y sobre todo en Italia? Y la imaginación conserva tan fielmente las primeras impresiones, que la nuestra se llenó de espantosas imágenes, desde el momento en que se decidió que atravesaríamos las famosas montañas. A las tres de la mañana, cuando despertamos, el pensamiento de los *sgrazzatori* (degolladores) fué despues de Dios, el primero que nos ocurrió. El tiempo estaba en armonía con nuestra alma. Una negra noche, un frío vivo, una espesa niebla que destilaba gruesos copos de nieve, acompañaron nuestra silenciosa partida; Bolonia dormía. En las puertas de la ciudad, el conductor hizo subir por detras del coche á un hombre vigoroso que acostado sobre el almacén de equipajes debía velar por ellos; ya estos estaban sujetos por dos gruesas cadenas de hierro. En el interior se contaban relaciones eminentemente propias para amenizar nuestros pensamientos. Se referían asesinatos que acababan de cometerse, uno hacia diez días, otros dos solamente.

Bien pronto nos vimos sumergidos en un profundo valle, verdadera madriguera, terminada por una montaña larga y árida: estábamos en los Apeninos. Allí nos esperaban cuatro bueyes grises, de elevados cuernos; de trecho en trecho se remudaban algún par de aquellos útiles, pero lentos cuadrúpedos. Ya empezaba el día; pero ¡ay! nada de bandidos, ni encuentros, ni episodios ningunos; en cambio de esta

privación, examinamos el paisaje. Nada es tan triste como la vista de los Apeninos, al ménos en la parte que separa á Bolonia de Florencia. Allí no encontrais ni las majestuosas montañas de la Suiza, ni sus elevados picos, ni sus graciosos valles, animados por la caída de las cascadas ó por el ruido de los torrentes. Montañas incompletas, crestas sembradas acá y acullá, sin orden, sin gracia y la mayor parte desnudas y surcadas por barrancas; otras, cubiertas de diminutas encinas; tal es el bosquejo del cuadro que entristece mas bien que ameniza, las cabañas aisladas, mezquinas moradas de los raros habitantes de aquellos lugares salvajes. Durante diez y ocho horas permanecimos internados en aquellas montañas, siguiendo un camino rodeado de precipicios y de cruces rojas ó negras que marcaban el lugar en que habían sucedido funestos acontecimientos. Gracias á Dios, viajamos sin accidente y sin encontrar al bandido de los Apeninos; solo vimos su tipo, y su clásico traje llevado por inofensivos montañeses.

Representaos á un hombre de varoniles facciones, de negros cabellos, de acobrado color, cubierta la cabeza con un sombrero á la *Robinson*, rodeado con una ancha cinta de terciopelo negro, fija por delante con una hebilla oblonga; sobre las espaldas una media capa y una chaqueta redonda color de castaña, chaleco rojo, calzon verde, medias formando cuerpo con la suela de los zapatos, y tendreis, sin las pistolas en la cintura y la carabina en la espalda, al *sgrazzatore* (degollador) de los Apeninos. Si cuando pasáis por allí os acompaña algún montañés, tendreis á la vista, como nosotros, aquel temible tipo. Si le pedis su cuchillo para verlo, os enseñará friamente una arma cuya vista os hará temblar: es un puñal cuya delgada hoja, afilada, tiene nueve pulgadas de longitud. En

fin, si como nosotros, seguís interrogándole, os hablará de los encuentros en la selva, así como del valor y de la presencia de ánimo de que ha tenido necesidad para escapar de los bandidos. Guardaos de dar á conocer alguna señal de incredulidad, cortariais la palabra del historiador y tendriais lugar de arrepentiros; ¡oh y qué aventuras tan bien elejidas y referidas con pantomimas verdaderamente divertidas! Libraos tambien de no creer sus relaciones, porque á decir verdad, yo creo á los *sgrazzatori* mucho más raros de lo que se cuenta; *rara avis in terris etc.*"

Para distraernos de las historias de bandidos, hablamos sucesivamente de la Francia y de nuestros amigos. A su turno, un viajero radicado largo tiempo en Bolonia, nos interesó vivamente hablándonos de la marquesa de Pepoli. «¿No conocéis, nos dijo, á esa marquesa? Cuando yo la haya nombrado os sorprendereis de encontrar bajo esta cubierta italiana un nombre frances, nombre ilustre y querido para los viejos soldados del imperio. La marquesa Pepoli es la señorita Murat, hija del rey de Nápoles. Casada en Bolonia, goza de una fortuna considerable, pero no os hablo de ella por eso. Su título de gloria consiste en ser el modelo de las que son mujeres de su casa y de las madres que comprenden la educación de sus hijas. Esta dama tiene la sencillez de creer que la educación es el aprendizaje de la vida. Una ilustrada piedad, dulce y sostenida, piedad útil para todo y que es como la púdica belleza de la virtud, forma la base de la instrucción y de la conducta de su hija. Bajo el ala maternal, la niña crece en ciencia, dirigida por hábiles maestros. Acabadas las lecciones, mademoiselle, conducida por su madre, entra en todos los pormenores de la economía doméstica, lava la ropa, aprende á hacer y remendar los vestidos, lleva apuntes del gasto; en una palabra, se ini-

cia poco á poco en el manejo de una casa. La noble niña no se avergüenza de ninguno de estos cuidados; porque su madre la ha dicho que no hay oficio degradante y que los que tal dicen son necios; que á los ojos del hombre racional se tiene á honra practicar con inteligencia y fidelidad los deberes de su estado, y que el reino de una mujer, es su casa; sus grandes negocios, los quehaceres domésticos.

“Educada así la nieta del antiguo rey de Nápoles, será sin duda humilde, piadosa, instruida, sencilla, modesta, valerosa, buena esposa, buena señora y buena ama de su casa; sabrá poner orden en ella, vijilar á los criados, arreglar los pañales de sus hijos, tejer medias para su marido, sabrá y hará todo esto, y lo que es más, no se avergonzará de ello, ella no será nunca una mujer maravillosa, hábil para nadar, montar á caballo ó manejar armas, ardiente por fumar puro y leer novelas; no tendrá ni un palco en el teatro ni un lugar reservado en las salas de los Tribunales, para procurarse emociones de otro género y variar sus placeres. En otros términos, concluyó el viajero, la marquesa amenaza al siglo XIX con darle una buena mujer más y una leona de menos.”

Esta interesante conversacion nos hizo olvidar el fastidio del viaje, que se prolongó demasiado; llegamos á Florencia á las dos de la mañana.

25 DE NOVIEMBRE.

Florencia.—Jardin de Boboli.—Ojeada sobre la historia de Florencia.

¡Cuál fué nuestra sorpresa, cuando al abrir los ojos á la luz, vimos un cielo claro y trasparente, como el que tenemos en el interior de la Francia, en los hermosos dias de estío, y sentimos una temperatura tan dulce, y contemplamos un verdor tan

fresco como en el mes de Mayo! Con el fin de juzgar de la ciudad en conjunto nos fuimos al jardin *imperial y real de Boboli*. Este es el jardin del célebre palacio Pitti, morada actual del soberano. Se eleva en anfiteatro y desde la altura de su azotea pudimos contemplar á nuestro gusto la *ciudad de las flores*. Sentada sobre una llanura rodeada de montañas cubiertas hasta la mitad de una risueña vejetacion, Florencia es como la perla en el cáliz de una flor, cuyos pétalos frescos en la base, estuviesen marchitos en la cima. La capital de Toscana, atravesada por el Arno, cuenta cien mil habitantes. Está bien edificada, es de regular pavimento, y si estos os agrada, se llena en otoño de los inevitables hijos de Albion. Allí encontramos tambien algunos franceses. Por la tarde en mesa redonda solo se habló nuestro idioma. Estaba yo muy contento y satisfecho de esto, cuando una sorpresa harto agradable vino á colmar mi alegría. A la mitad de la comida oí que me preguntaban en buen frances y en voz alta noticias de Nevers y de muchos de mis amigos. El amable desconocido, que sabia muy bien quiénes éramos y de dónde veníamos, era el Sr. conde Th.... W.... Es uno de esos hombres raros que por un feliz privilegio, reúne á las maneras distinguidas de nuestra antigua nobleza, el talento superior del literato ejercitado, y el corazón de un ferviente cristiano.

Vuelvo á Boboli. A la entrada se elevan sobre sus anchos pedestales, dos buenas estatuas antiguas, de pórfido oriental que representan dos prisioneros dácios. Más léjos aparece la estatua colosal de Ceres y otras muchas que no puedo ó no quiero nombrar. Los escultores cuyas obras decoran este jardin, han tenido el triste talento de haceros bajar los ojos á cada paso. Desde la altura en que estábamos situados, nuestras miradas abrazaban

la ciudad entera; á nuestros piés corria el Arno, cuyas ondas ajitadas parecen presentar una imájen exacta de la historia de Florencia. Acordándome que estaba en la tierra natal de lo *clásico*, creí poder permitirme una prosopopeya.

Dirijiendo, pues, la palabra al rio, le dije: “Antiguo testigo de los acontecimientos pasados en estos lugares, cuéntame, ¿qué has visto? El me respondió: Largo tiempo ántes de los romanos, los etruscos, colonia de fenicios, habitaban mis riberas; el acento gutural de los florentinos prueba su descendencia, 1 yo ví llegar lo escogido del ejército de César, que transformó la vieja ciudad en ciudad nueva; Florencia sufrió el yugo de Roma á la cual se unió por una larga vía, llamada *Via Caspia*, cuyas ruinas puedes todavía reconocer. Bajo Neron, fué atravesada por un apóstol llamado Florentino, 2 que el jefe de los pescadores de Galilea enviaba á las Galias; aquí dejó caer una chispa del fuego divino que llevaba por todas partes, y Florencia se hizo cristiana. Desolada por los bárbaros, fué restablecida por Carlo Magno, aquel gran restaurador del Occidente. En 1125 era bastante poderosa para subyugar á la antigua Fiésola su rival. Dos siglos despues habia llenado el mundo con el ruido de su nombre. En las bóvedas del *Palazzo Vecchio*, un cuadro te recordará tal vez este hecho único, tan honroso para la civilizacion de Florencia. El te representa la recepcion de los doce embajadores enviados por diversas potencias al pontífice romano Bonifacio VIII para el célebre jubileo del año 1300, embajadores que fueron todos florentinos. Así el papa, sorprendido con un encuen-

1 Inscripciones y medallas encontradas en Florencia, parecen demostrar el mismo hecho segun el doctor Lami.

2 Véase *Foggino, De itinere et episcopatu romano divi Petri* (Del camino y del episcopado romano de san Pedro.)

tro tal, con esta reunion de florentinos que gobernaban el universo, les dijo: *Vosotros sois un quinto elemento*. La lista de las potencias de que eran ministros aquellos florentinos, no te parecerá ménos extraordinaria que el hecho mismo; hélo aquí: la Francia, la Inglaterra, el rey de Bohemia, el emperador de Alemania, la república de Ragusa, el señor de Verona, el gran Kan de Tartaria, el rey de Nápoles, el rey de Sicilia, la república de Pisa, el Señor de Camerino, el gran maestre de san Juan de Jerusalem. 1

“Alternativamente aristocrática y democrática, Florencia adquirió por su comercio con el Asia, inmensas riquezas que la llevaron á su ruina. Mis aguas se enrojecieron con sangre de sus más nobles ciudadanos. Aparta la vista de este triste espectáculo y fijala sobre los grandes hombres que ha producido esta tierra. Sin hablar de muchos otros, aquí vió la luz primera el Dante, príncipe de los poetas y creador de la lengua italiana; Maquiavelo, que deshonró su génio haciéndose apóstol de la astucia; Miguel Angel, que inmortalizó el suyo como pintor, como escultor y como arquitecto; Brunelleschi, cuya gloria sin mancha divulga la cúpula de Florencia, Fray Bartolomé que nunca fué más grande que cuando arrojó al fuego las obras licenciosas de su hábil pincel; Cimabue, cuya fama creció á medida que el arte se hacia católico; san Antonino, la perla de los obispos del siglo XV; Leon X, que supo combatir con la cabeza erguida las terribles tempestades del siguiente siglo; san Nelipe Neri, modelo de sacerdotes; el bienaventurado Hipólito Galantini, cuya memoria bendicen los pobres y los niños, mientras el cielo corona sus virtudes; san Felipe Benicio, honor de los *Servitas* y apóstol de la paz entre los Guel-

1 Véase á Valery, tom. II p. 171.

fos y los Gibelinos; en fin, santa Magdalena de Pazzi, la Teresa de la Italia:»

Así es como pasaban á nuestra vista los fastos de Florencia con las olas del río que iba á llevar el monótono tributo de sus aguas al mar de Etruria; del modo que los hombres que en otro tiempo viviendo en sus orillas, habian llevado el de su vida pura ó manchada, al grande oceano de la eternidad. Después de esta leccion de historia, entramos al hotel con la esperanza de una rica cosecha para el dia siguiente.

26 DE NOVIEMBRE.

Bautisterio.—Catedral.—Monumentos del Dante, de Giotto, de Marcéle, Ficen.—Estatuas de san Miniato, de san Antonio.—Fuentes de agua bendita.—San Cenobio.—Recuerdo del Concilio general.—Campanile.—Iglesia de san Lorenzo.—Capilla de los Médicis.—La Anunziata.—Santa Magdalena de Pazzi.—Inscripcion de Arnolfo.—Cerillos químicos.—Rasgo de costumbres.

Nuestra primera visita fué al bautisterio. La fundacion de este edificio, debida á la piadosa princesa Teodolinda, reina de los lombardos, se remonta al siglo VI. Es de forma octagonal y todo revestido de mármol; pero exceptuando las tres famosas puertas de bronce, yo prefiero el bautisterio de Parma. La más antigua de esas puertas, colocada en medio, fué ejecutada en 1330 por Andres de Pisa. Presenta en veinte cuadros divisorios, la historia de san Juan y sus diversas virtudes. En la *Visitacion* y en la *Presentacion* las figuras de mujer tienen una gracia, una decencia, una especie de pudor tímido llenas de encantos. Conviene no olvidar las fechas de estas composiciones sencillas y de buen gusto, obras maestras de Ghiberto. Las otras dos puertas son del siglo XIV. La de en medio es tan bella, que Miguel

Anjel pretendia que era digna de ser la puerta del paraiso. Entre todos los bajos relieves que adornan las hojas, se admiran sobre todo, los asuntos del Antiguo Testamento. Al lado de la puerta principal están dos columnas de pórfido tomadas á los sarracenos, y las cadenas de fierro que están adheridas á ellas, perpetúan el recuerdo de una célebre victoria alcanzada por los florentinos sobre los paisanos.

Del bautisterio pasamos á la catedral *Santa Maria de la Flor*. Esta inmensa iglesia tiene 467 piés de longitud; la anchura de la cúpula excede en siete piés dos pulgadas á la de san Pedro de Roma. Todo el exterior, con excepcion de la fachada, está incrustado con mármoles de diversos colores. A la altura de las naves está un corredor, cuyo balaustrado todo de mármol, está construido en forma de encaje; teneis otro segundo en la base de la cúpula que rodea aquella parte aérea del edificio, como una guirnalda de flores. Las ventanas están adornadas con esculturas, columnas en espiral, mosaicos y pirámides, así como las cuatro puertas laterales. El interior de la iglesia es rico en monumentos, estatuas y sepulcros. Al lado de una puerta lateral está una pintura sobre madera que representa al Dante vestido de paisano de Florencia y coronado de laureles. Cerca de él se vé una imájen de la *Divina Comedia*, y una vista de Florencia. Este es el único monumento que la ingrata república ha consagrado á su ilustre poeta, que murió desterrado en Ravena, donde mas tarde visitaremos su soberbia tumba. En seguida veis los monumentos de Giotto y de Marcile Ficen.

En el primer rango de las estatuas, figura la de san Miniato mártir; es de tamaño colosal. Para honrar las virtudes y un valor sobrenatural, concibo que el arte pasa de las proporciones ordinarias. Miniato, soldado romano, estaba de guar-

nicion en Florencia, cuando Décio encendió de nuevo el fuégo de la persecucion contra los cristianos. El veterano, intimado para que sacrificara á los ídolos, mostró públicamente que sabia exponer la vida por su Dios; como habia desafiado la muerte tantas veces por su príncipe, la recibió en medio de tormentos; su triunfo preparó el de la lejion Tebana, y Florencia ha consagrado religiosamente un nombre que el cielo escribió en sus fastos inmortales. Las reliquias del glorioso mártir y de sus compañeros descansan en una iglesia dedicada en su honor mas allá de la puerta de *san Miniato*. Este venerable santuario, sostenido por treinta y seis columnas de mármol de una suntuosa elegancia, merece la atencion particular del viajero. Otra estatua colosal es la de san Antonino, arzobispado de Florencia, cuyas reliquias enriquecen la catedral. ¡Felices las ciudades que encuentran en su propio seno los modelos y los maestros de todas las virtudes! ¡mas felices aquellas que tienen el buen sentido de perpetuar con monumentos su preciosa memoria! Yo no conozco un patriotismo mejor entendido.

Noble hijo de Florencia y padre de su patria, nació Antonino en 1889. Dotado de las cualidades mas raras, debió á un prodijioso caudal de fuerza intelectual, su entrada á la órden de santo Domingo. A la edad de quince años se presenta al prior de Fiesola y le suplica le admita en el número de sus novicios. El prior, que queria probar una vocacion tan precoz, le dijo: «Sereis recibido, hijo mio, cuando hayáis aprendido de memoria el *Decreto de Graciano*.» Todo aquel que conozca un poco el cuerpo de derecho canónico, confesará sin trabajo que semejante condicion podia pasar por una verdadera negativa. Antonino sólo vió en eso una dificultad; se puso á trabajar doce meses, despues vuelve á presentarse al prior. Examinado el jóven

prodijio, recita, responde y discute con tanta seguridad y superioridad, que es recibido por aclamacion. El fué el que mas tarde respondió á Eujenio IV, que se habia decidido á hacerlo arzobispo: ¿Querriais, Padre Santísimo, tratar como enemigo á un hombre á quien habeis dado tantas muestras de bondad? El papa fué inflexible. Antonino arzobispo, visitaba con regularidad su diócesis. Una mula componia todo su bagaje. Cuando no tenia nada que dar, la vendia por socorrer á los pobres. Las personas ricas se disputaban comprarla para tener ocasion de devolvérsela al santo en forma de obsequio: este piadoso tráfico duró largo tiempo, y á no ser por la conciencia de ciertos personajes, que no es necesario nombrar, ninguna mercancía se habria vendido con tanta frecuencia como la mula de san Antonino ó el cobertor de lana de san Juan el Limosnero.

En las dos primeras columnas de la gran nave están dos antiguas fuentes de agua bendita, siendo la una notable por sus esculturas y la otra muy venerada por haber contenido los huesos de *san Cenobio*. Este san'o, hijo, protector, patrono y apóstol de Florencia como Antonino, descendiente de Cenobia la reina de Palmyra, nació en el siglo IV. Pescador en el abismo de la idolatría vino á su turno á ser pescador de hombres. Sus primeras conquistas fueron su padre y su madre. Amigo de san Ambrosio y del papa Dámaso murió bajo el reinado de Honorio, y fué depositado en la catedral, en donde continúa velando por la familia que él crió para Jesucristo.

Santa Maria de la Flor recuerda otro hecho que ocupa gran lugar de la historia. Ella vió en 1438 el célebre concilio ecuménico en el cual se firmó entre el Oriente y de Occidente la union tan largo tiempo deseada, tantas veces rota, y que

fos y los Gibelinos; en fin, santa Magdalena de Pazzi, la Teresa de la Italia:»

Así es como pasaban á nuestra vista los fastos de Florencia con las olas del río que iba á llevar el monótono tributo de sus aguas al mar de Etruria; del modo que los hombres que en otro tiempo viviendo en sus orillas, habian llevado el de su vida pura ó manchada, al grande oceano de la eternidad. Después de esta leccion de historia, entramos al hotel con la esperanza de una rica cosecha para el día siguiente.

26 DE NOVIEMBRE.

Bautisterio.—Catedral.—Monumentos del Dante, de Giotto, de Marcéle, Ficen.—Estatuas de san Miniato, de san Antonio.—Fuentes de agua bendita.—San Cenobio.—Recuerdo del Concilio general.—Campanile.—Iglesia de san Lorenzo.—Capilla de los Médicis.—La Anunziata.—Santa Magdalena de Pazzi.—Inscripcion de Arnolfo.—Cerillos químicos.—Rasgo de costumbres.

Nuestra primera visita fué al bautisterio. La fundacion de este edificio, debida á la piadosa princesa Teodolinda, reina de los lombardos, se remonta al siglo VI. Es de forma octagonal y todo revestido de mármol; pero exceptuando las tres famosas puertas de bronce, yo prefiero el bautisterio de Parma. La más antigua de esas puertas, colocada en medio, fué ejecutada en 1330 por Andres de Pisa. Presenta en veinte cuadros divisorios, la historia de san Juan y sus diversas virtudes. En la *Visitacion* y en la *Presentacion* las figuras de mujer tienen una gracia, una decencia, una especie de pudor tímido llenas de encantos. Conviene no olvidar las fechas de estas composiciones sencillas y de buen gusto, obras maestras de Ghiberto. Las otras dos puertas son del siglo XIV. La de en medio es tan bella, que Miguel

Anjel pretendia que era digna de ser la puerta del paraiso. Entre todos los bajos relieves que adornan las hojas, se admiran sobre todo, los asuntos del Antiguo Testamento. Al lado de la puerta principal están dos columnas de pórfido tomadas á los sarracenos, y las cadenas de fierro que están adheridas á ellas, perpetúan el recuerdo de una célebre victoria alcanzada por los florentinos sobre los paisanos.

Del bautisterio pasamos á la catedral *Santa Maria de la Flor*. Esta inmensa iglesia tiene 467 piés de longitud; la anchura de la cúpula excede en siete piés dos pulgadas á la de san Pedro de Roma. Todo el exterior, con excepcion de la fachada, está incrustado con mármoles de diversos colores. A la altura de las naves está un corredor, cuyo balaustrado todo de mármol, está construido en forma de encaje; teneis otro segundo en la base de la cúpula que rodea aquella parte aérea del edificio, como una guirnalda de flores. Las ventanas están adornadas con esculturas, columnas en espiral, mosaicos y pirámides, así como las cuatro puertas laterales. El interior de la iglesia es rico en monumentos, estatuas y sepulcros. Al lado de una puerta lateral está una pintura sobre madera que representa al Dante vestido de paisano de Florencia y coronado de laureles. Cerca de él se vé una imájen de la *Divina Comedia*, y una vista de Florencia. Este es el único monumento que la ingrata república ha consagrado á su ilustre poeta, que murió desterrado en Ravena, donde mas tarde visitaremos su soberbia tumba. En seguida veis los monumentos de Giotto y de Marcéle Ficen.

En el primer rango de las estatuas, figura la de san Miniato mártir; es de tamaño colosal. Para honrar las virtudes y un valor sobrenatural, concibo que el arte pasa de las proporciones ordinarias. Miniato, soldado romano, estaba de guar-

nicion en Florencia, cuando Décio encendió de nuevo el fuégo de la persecucion contra los cristianos. El veterano, intimado para que sacrificara á los ídolos, mostró públicamente que sabia exponer la vida por su Dios; como habia desafiado la muerte tantas veces por su príncipe, la recibió en medio de tormentos; su triunfo preparó el de la lejion Tebana, y Florencia ha consagrado religiosamente un nombre que el cielo escribió en sus fastos inmortales. Las reliquias del glorioso mártir y de sus compañeros descansan en una iglesia dedicada en su honor mas allá de la puerta de *san Miniato*. Este venerable santuario, sostenido por treinta y seis columnas de mármol de una suntuosa elegancia, merece la atencion particular del viajero. Otra estatua colosal es la de san Antonino, arzobispado de Florencia, cuyas reliquias enriquecen la catedral. ¡Felices las ciudades que encuentran en su propio seno los modelos y los maestros de todas las virtudes! ¡mas felices aquellas que tienen el buen sentido de perpetuar con monumentos su preciosa memoria! Yo no conozco un patriotismo mejor entendido.

Noble hijo de Florencia y padre de su patria, nació Antonino en 1889. Dotado de las cualidades mas raras, debió á un prodijioso caudal de fuerza intelectual, su entrada á la órden de santo Domingo. A la edad de quince años se presenta al prior de Fiesola y le suplica le admita en el número de sus novicios. El prior, que queria probar una vocacion tan precoz, le dijo: «Sereis recibido, hijo mio, cuando hayáis aprendido de memoria el *Decreto de Graciano*.» Todo aquel que conozca un poco el cuerpo de derecho canónico, confesará sin trabajo que semejante condicion podia pasar por una verdadera negativa. Antonino sólo vió en eso una dificultad; se puso á trabajar doce meses, despues vuelve á presentarse al prior. Examinado el jóven

prodijio, recita, responde y discute con tanta seguridad y superioridad, que es recibido por aclamacion. El fué el que mas tarde respondió á Eujenio IV, que se habia decidido á hacerlo arzobispo: ¿Querriais, Padre Santísimo, tratar como enemigo á un hombre á quien habeis dado tantas muestras de bondad? El papa fué inflexible. Antonino arzobispo, visitaba con regularidad su diócesis. Una mula componia todo su bagaje. Cuando no tenia nada que dar, la vendia por socorrer á los pobres. Las personas ricas se disputaban comprarla para tener ocasion de devolvérsela al santo en forma de obsequio: este piadoso tráfico duró largo tiempo, y á no ser por la conciencia de ciertos personajes, que no es necesario nombrar, ninguna mercancía se habria vendido con tanta frecuencia como la mula de san Antonino ó el cobertor de lana de san Juan el Limosnero.

En las dos primeras columnas de la gran nave están dos antiguas fuentes de agua bendita, siendo la una notable por sus esculturas y la otra muy venerada por haber contenido los huesos de *san Cenobio*. Este san'co, hijo, protector, patrono y apóstol de Florencia como Antonino, descendiente de Cenobia la reina de Palmyra, nació en el siglo IV. Pescador en el abismo de la idolatría vino á su turno á ser pescador de hombres. Sus primeras conquistas fueron su padre y su madre. Amigo de san Ambrosio y del papa Dámaso murió bajo el reinado de Honorio, y fué depositado en la catedral, en donde continúa velando por la familia que él crió para Jesucristo.

Santa Maria de la Flor recuerda otro hecho que ocupa gran lugar de la historia. Ella vió en 1438 el célebre concilio ecuménico en el cual se firmó entre el Oriente y de Occidente la union tan largo tiempo deseada, tantas veces rota, y que

esta vez mas debia ser bien pronto destruida por los griegos para desgracia de su nacion. Las conferencias preparatorias teman lugar en el convento de los dominicos y las reuniones ó sesiones públicas en la catedral.

Hé aquí una débil parte de los recuerdos que asaltan al viajero cuando visita aquel monumento á todas luces venerables. Vosotros, todos los que buscáis inspiraciones en esta hermosa tierra de la Italia, si me fuera permitido daros un consejo, os diria: "No despreceis esos recuerdos; credme, ellos sirven maravillosamente para despertar, para desarrollar el sentimiento religioso que llamaré sin temor, la segunda vista del artista.

En Florencia, el campanario (*campanile*) está aislado de la catedral; esta anomalía se encuentra á menudo en Italia, sobre todo en la Romanía, en donde dominó largo tiempo el gusto bizantino. De forma cuadrangular y revestido de arriba abajo de precioso mármol, el campanario de *Santa Maria de la Flor* es sin duda el mas elegante y gracioso [*campanile*] de cuantos hemos visto y yo creo que de cuantos podemos ver. Los inteligentes no deben olvidar que es obra de Giotto; lo que prueba que el padre de la pintura moderna, el rey del arte cristiano, no tuvo necesidad de los clásicos modelos de Atenas y de Roma para crear obras maestras.

Al salir del *Duomo* encontramos las calles obstruidas por toscanos y toscanas que habian llegado al mercado. Toda esa muchedumbre de trajes pintorescos, presentaban un espectáculo muy animado y un golpe de vista hartamente curioso; mucho gozamos de él al dirijirnos á la iglesia de *San Lorenzo*.

Allí se encuentra la capilla de los Médicis, que recuerda la magnificencia de la de Versalles. Se ven allí además las tumbas de aquella ilustre familia, primero co-

merciante, luego de príncipes, mas tarde aliada con la casa de Borbon, la mas noble del Universo ya extinguida!!!! y muy cerca está otra capilla, destinada para sepulcro de los príncipes austriacos que reinan hoy en Florencia. Así pasan las coronas de una cabeza á otra; así pasan los hombres, así pasan las dinastías; una sola cosa no pasa: la muerte! que reduce á una misma nada á los príncipes de la tierra, cualquiera que sea la nacion á que pertenezcan.

Nuestra excursion acabó con la visita á las dos iglesias de la *Anunziata* y de *santa Magdalena de Pazzi*. En la primera se conserva una imájen milagrosa de la Santísima Virjeu, de gran veneracion entre los Florentinos. Despues de haber saludado á la reina del templo, se admiran muchos cuadros de *Andres del Sarto* 1 que representan los principales rasgos de la vida de *san Felipe Benicio*. Para comprender uno de los mas notables, conviene acordarse de que el santo, estando en agonía, conmovió á sus hermanos, pidiéndoles su libro. Los buenos religiosos no podian acertar á encontrarlo á pesar de haberle presentado muchos. Por fin le llevaron su crucifijo: "Sí, hé aquí mi libro," dijo el santo moribundo, y estudiándolo por última vez con amor, murió en medio de su tierna y ferviente lectura.

La capilla que encierra la maravillosa imájen es de una riqueza increíble; el pavimento es de pórfido y granito egiptio; las paredes del pequeño oratorio están incrustadas de ágata, jaspe y otras piedras preciosas; posee todas las magnificencias de la naturaleza y del jenio. La iglesia de *santa Magdalena* nos presenta un adorno que excede á todas las obras maestras del arte, las reliquias de la santa. ¡Oh! ¡Cuánto placer se siente en venerar, bajo aquellas lucientes bóvedas de oro, el cuerpo

1. Nacido en Florencia en 1488.

virjinal de la ilustre amante del Salvador! ¡qué encanto al acordarse, en presencia de su gloriosa tumba, de los inspirados cánticos al amado de su alma, y aquel ardiente amor que le hacia exclamar: "Por comulgar, no temeria, si necesario fuera, entrar á la caberna de un leon."

Al pasar segunda vez cerca de la catedral, nos detuvimos ante el monumento elevado á la gloria de *Arnolfo de Lapa*, que fué el arquitecto del célebre edificio; abajo del busto se lee la siguiente inscripcion:

ILLE HIC EST ARNULPHUS
QUI FACERE JUSSUS
EDIS METROPOLLITANÆ
TANTA EX DECRETO COMMUNIS FLORENTINORUM
MAGNIFICENTIA EXTRUENDÆ
QUANTAM NULLA HOMINUM
SUPERARE POSSET INDUSTRIA
INGENTI CIVIUM AUSO
OB ACIEM ANIMI INGENTEM
PAREM SE PRÆBUIT. (1)

La exajeracion italiana se ha hecho proverbial entre nosotros, los hijos del Norte. De este reproche que hacemos á todos los pueblos meridionales, nos parecia tener la prueba en el enfático elojio de *Arnolfo*. Sin embargo, la magnificencia y la belleza del monumento pueden disculpar la licencia poética de la inscripcion; suspendimos nuestro juicio hasta estar mejor informados. Pero hé aquí que una nueva pieza de conviccion nos esperaba dos pasos más léjos. Es verdad que no estaba grabada en mármol como la primera por orden de los majistrados de la ciudad; estaba escrita simplemente sobre una caja de carton, por no sé que desconocido pro-

1 Este es *Arnolfo*, que habiendo recibido de la comunidad de Florencia, la orden de edificar una catedral de tal magnificencia que nunca la industria humana la pudiese superar, se mostró por la grandeza de su jenio al nivel del gigantesco proyecto de sus conciudadanos.

letario. Esta circunstancia nada le quitaba de su fuerza; por el contrario, fortificaba la base del siguiente razonamiento en más extension. Puesto que la exajeracion se encuentra en todos los grados de la escala social, el reproche dirijido á este pueblo no carece de fundamento. Estudiando la nueva prueba que acababa de venírse nos á las manos, es necesario no olvidar que se puede leer el carácter de un pueblo, ya en placas de mármol, ya en cajas de carton:

"La naturaleza fecunda en extravagantes retratos. En cada alma está marcada con diferentes rasgos: Un jesto la descubre, una nada la da á conocer; Pero no todo espíritu, tiene ojos para conocerla.

Uno de mis jóvenes amigos habia comprado una caja de cerillos químicos de la composicion de *Felipe Berrier d'Empoli en Toscana*. Despues de haber encendido mi bujía, me causó curiosidad leer los versos italianos escritos sobre la dicha cajita (*scatola*) de papel gris; prestad atencion á los acentos de esta musa ignorada.

Qual è causa del Giubillo
Che m'empie tutto il seno
Che euasi vengo meno
Per questo gran piacer?
¡Ah! sol la causa è questa,
Aver su tutti l'impero,
Poter schernire altero
Il mio nemico ognor;
E dirgli sorridendo:
Ascolta risuonare
D'all'uno all' altro mare
Il nome di Berrier 1.

Sr. *Felipe Berrier, d'Empoli en Toscana*, que cantais en tal tono por haber descubierto unos cerillos, permitidme que os

1 "¡Cuál es la causa de la alegría que inunda mi alma y me causa tal gusto que me parece que desfallezco? ¡Ah! la única causa es haberme sobrepuesto á todos, es poder burlarme de mis rivales y decirles sonriendo: Oid resonar de un mar al otro el nombre de *Berrier*."

pregunte, ¿qué versos os dedicarais, si nuevo Colon, hubieseis encontrado la América?

27 DE NOVIEMBRE.

Una sorpresa.—Galería del Palacio Pitti.—Juicio sobre el Renacimiento.

Este día, en que el cielo se mostraba tan puro como la vispera, comenzó por una sorpresa. Os la daría yo de mil veces y no la adivinarais. Cuarenta y ocho horas antes habíamos encontrado franceses en la mesa redonda del hotel; hoy sabemos que estamos alojados en casa de un... ¡niverniano! Así es. Desde por la mañana, el dueño del hotel que había visto y registrado nuestros pasaportes, vino á verme, y me dijo: «Estoy muy contento, señor abate, de ver á un eclesiástico de mi país.»

—¿Sois francés?—Más que eso, soy de Nevers: mi padre y mi madre eran de Nevers; tengo un tío en esa ciudad, es sacerdote, ¿vive todavía?—¿Cuál es su nombre?—Mr. B....—Le conozco mucho. Aunque muy entrado en años, estaba en buena salud hace un mes que salí yo de allá. Y las lágrimas inundaron los ojos de aquel excelente hombre, haciéndonos desde luego íntimos conocidos, y hénos aquí hablando de Nevers y del niverniano. El digno Mr. B.... me contó su interesante historia, y desde ese momento fuimos los hijos mimados del hotel de *Porta Rosa*.

Casi tan contentos de nuestro encuentro, como Mr. Felipe Berrier con su descubrimiento, nos dimos á andar. La vieja Florencia religiosa ya había recibido nuestra visita; hoy le tocaba su turno á Florencia artística. La madre antes que la hija. Hé aquí lo que se llama observar las conveniencias.

Las galerías del palacio Pitti, los Uffizi,

el Palazzo Vecchio, la Academia nos vieron sucesivamente. Estos brillantes santuarios del arte han de haberse quedado harto admirados, cuando estando acostumbrado á tantas sonrisas de aprobación, á tantas exclamaciones de admiración, vieron en nosotros el semblante habitualmente severo que les pusimos. Para justificarnos, creo que bastará una explicación.

Estábamos en los lugares de triste memoria, en donde tres siglos y medio antes, el arte convertido en sensual y libertino, había repudiado á su casta esposa la religión católica, para desposarse con la impura mitología de la Grecia y de Roma. Por todas partes veíamos los frutos degradados de este adúltero comercio: deplorable divorcio cuya causa y cuyos efectos conviene recordar. El Cristianismo, que había purificado el mundo de las infamias paganas, que le había salvado de la barbarie de los pueblos del Norte, que había elevado á las sociedades modernas á tan gran superioridad de costumbres y de luces, había inspirado también al genio de las artes. En el fuego siempre puro de sus altares, en la claridad siempre divina de sus misterios, el pintor, el escultor, el arquitecto, el poeta, el orador, habían encendido su antorcha, habían bebido sus inspiraciones; y el mundo admirado había visto traducirse sus pensamientos en monumentos de todo género, de una elevación, de una gracia, de una castidad, de una majestad, de un espiritualismo desconocido de los antiguos. Esto era un admirable reflejo del principio sobrenatural que había llegado á ser el alma de las naciones rejeneradas.

El siglo XV llegaba á su mitad. Hija de la fé, la Europa artística marchaba con paso rápido por la vía de un progreso que le era propio, porque era el desenvolvimiento natural de su religión, de sus costumbres, de sus ideas, fundidas como ella

en el molde del cristianismo. Ya san Bernardo había hablado; el Dante había cantado; Cimabáe, Giotto y muchos otros habían escrito con su inmortal pincel las sublimes páginas del arte cristiano en las iglesias de Florencia, de Bolonia, de Asis y de Padua; mil catedrales, con sus innumerables agujas lanzadas al aire, llevaban hasta las nubes la gloria de la arquitectura católica y el poder del genio inspirado por la fé. ¡Qué brillante día anunciaba aquella aurora tan esplendente!

Pero hé aquí que llegan á Florencia los griegos, tristes despojos de una nación dispersa por los cuatro vientos, por haber traicionado la fé de sus padres. En su equipaje de proscritos llevan las obras de los filósofos, de los poetas, de los oradores, de los artistas paganos, de quienes son admiradores fanáticos. Acojidos por los Médicis, pagan su hospitalidad explicando las obras de sus antiguos compatriotas. Al oírlos parece que la Europa no había conocido nada de filosofía, de elocuencia, de poesía, de bellas artes. «Bárbara, instrúyete, no busques ya tus modelos ni tus inspiraciones en tus grandes hombres, en tus anales, en tu religión. Roma pagana, la Grecia pagana sobre todo, son las únicas que te ofrecen modelos de todos géneros, obras maestras dignas de tus meditaciones. Allí está el monopolio del genio, del saber y de la elocuencia; allí existieron los hombres que debes imitar, pero á quienes no igualarás nunca; tu gloria consiste en acercarte á ellos; no te lisonjees de poder llegar más lejos; ellos levantaron las columnas de Hércules de la inteligencia humana.»

Hé aquí lo que se dijo y repitió en todos los tonos por los recién venidos y sus discípulos. Y se dejaron convencer por sus discursos; y se rompió violentamente con el pasado; y no se vieron más que paganos de Atenas y de Roma, y en cuanto

pudo, la Europa sabia, se esforzó en hacerse á su imájen. Investigaciones activamente emprendidas, condujeron al descubrimiento de algunas estatuas de los habitantes del Olimpo; todas las artes acudieron para inspirarse á la contemplación de los nuevos modelos; la revolución se consumó. Tal es en pocas palabras la historia del Renacimiento. En cuanto á su influencia sobre la sociedad en jeneral, y especialmente sobre las bellas artes, ha sido materia de los juicios más contradictorios. Puesto que estamos en Florencia y que vamos á visitar la galería Pitti, van á pasar á nuestra vista las principales piezas del proceso, importa estudiarlas bien. Este es el mejor medio de apreciar con justicia el gran movimiento del siglo XV, y de distribuir concienzudamente el vituperio y la alabanza.

El Renacimiento, conviene en ello todo el mundo, fué, sobre todo, el culto de forma más ó menos despreciada por la escuela católica. Este amor á la forma es bueno y aun necesario para la perfección de los objetos de arte. De aquí nacen los soberbios impulsos que Roma, la primera, se apresuró á darle. Pero debe encerrarse dentro de justos límites. Desde luego no debe sobreponerse á la inspiración en el sentido de que el artista, absorto por el deseo de hacer material la belleza, desprecie el pensamiento que debe animar la tela ó el mármol, y en los asuntos religiosos hacer del arte un verdadero sacerdocio. Fuera de esto, el amor de la forma no debe extenderse hasta buscarla y hacerla patente en ciertos pormenores que la moral pública no permite presentar á la vista. En fin, el amor á la forma no debe hacer olvidar al artista que la belleza material no puede ni debe ser más que el reflejo de la belleza ideal, cuyo tipo se encuentra en la humanidad ennoblecida por el Cristianismo. Los gloriosos habitantes

pregunte, ¿qué versos os dedicarais, si nuevo Colon, hubieseis encontrado la América?

27 DE NOVIEMBRE.

Una sorpresa.—Galería del Palacio Pitti.—Juicio sobre el Renacimiento.

Este día, en que el cielo se mostraba tan puro como la vispera, comenzó por una sorpresa. Os la daría yo de mil veces y no la adivinarais. Cuarenta y ocho horas antes habíamos encontrado franceses en la mesa redonda del hotel; hoy sabemos que estamos alojados en casa de un... ¡niverniano! Así es. Desde por la mañana, el dueño del hotel que había visto y registrado nuestros pasaportes, vino á verme, y me dijo: «Estoy muy contento, señor abate, de ver á un eclesiástico de mi país.»

—¿Sois francés?—Más que eso, soy de Nevers: mi padre y mi madre eran de Nevers; tengo un tío en esa ciudad, es sacerdote, ¿vive todavía?—¿Cuál es su nombre?—Mr. B....—Le conozco mucho. Aunque muy entrado en años, estaba en buena salud hace un mes que salí yo de allá. Y las lágrimas inundaron los ojos de aquel excelente hombre, haciéndonos desde luego íntimos conocidos, y hénos aquí hablando de Nevers y del niverniano. El digno Mr. B.... me contó su interesante historia, y desde ese momento fuimos los hijos mimados del hotel de *Porta Rosa*.

Casi tan contentos de nuestro encuentro, como Mr. Felipe Berrier con su descubrimiento, nos dimos á andar. La vieja Florencia religiosa ya había recibido nuestra visita; hoy le tocaba su turno á Florencia artística. La madre antes que la hija. Hé aquí lo que se llama observar las conveniencias.

Las galerías del palacio Pitti, los Uffizi,

el Palazzo Vecchio, la Academia nos vieron sucesivamente. Estos brillantes santuarios del arte han de haberse quedado harto admirados, cuando estando acostumbrado á tantas sonrisas de aprobación, á tantas exclamaciones de admiración, vieron en nosotros el semblante habitualmente severo que les pusimos. Para justificarnos, creo que bastará una explicación.

Estábamos en los lugares de triste memoria, en donde tres siglos y medio antes, el arte convertido en sensual y libertino, había repudiado á su casta esposa la religión católica, para desposarse con la impura mitología de la Grecia y de Roma. Por todas partes veíamos los frutos degradados de este adúltero comercio: deplorable divorcio cuya causa y cuyos efectos conviene recordar. El Cristianismo, que había purificado el mundo de las infamias paganas, que le había salvado de la barbarie de los pueblos del Norte, que había elevado á las sociedades modernas á tan gran superioridad de costumbres y de luces, había inspirado también al genio de las artes. En el fuego siempre puro de sus altares, en la claridad siempre divina de sus misterios, el pintor, el escultor, el arquitecto, el poeta, el orador, habían encendido su antorcha, habían bebido sus inspiraciones; y el mundo admirado había visto traducirse sus pensamientos en monumentos de todo género, de una elevación, de una gracia, de una castidad, de una majestad, de un espiritualismo desconocido de los antiguos. Esto era un admirable reflejo del principio sobrenatural que había llegado á ser el alma de las naciones rejeneradas.

El siglo XV llegaba á su mitad. Hija de la fé, la Europa artística marchaba con paso rápido por la vía de un progreso que le era propio, porque era el desenvolvimiento natural de su religión, de sus costumbres, de sus ideas, fundidas como ella

en el molde del cristianismo. Ya san Bernardo había hablado; el Dante había cantado; Cimabáe, Giotto y muchos otros habían escrito con su inmortal pincel las sublimes páginas del arte cristiano en las iglesias de Florencia, de Bolonia, de Asis y de Padua; mil catedrales, con sus innumerables agujas lanzadas al aire, llevaban hasta las nubes la gloria de la arquitectura católica y el poder del genio inspirado por la fé. ¡Qué brillante día anunciaba aquella aurora tan esplendente!

Pero hé aquí que llegan á Florencia los griegos, tristes despojos de una nación dispersa por los cuatro vientos, por haber traicionado la fé de sus padres. En su equipaje de proscritos llevan las obras de los filósofos, de los poetas, de los oradores, de los artistas paganos, de quienes son admiradores fanáticos. Acojidos por los Médicis, pagan su hospitalidad explicando las obras de sus antiguos compatriotas. Al oírlos parece que la Europa no había conocido nada de filosofía, de elocuencia, de poesía, de bellas artes. «Bárbara, instrúyete, no busques ya tus modelos ni tus inspiraciones en tus grandes hombres, en tus anales, en tu religión. Roma pagana, la Grecia pagana sobre todo, son las únicas que te ofrecen modelos de todos géneros, obras maestras dignas de tus meditaciones. Allí está el monopolio del genio, del saber y de la elocuencia; allí existieron los hombres que debes imitar, pero á quienes no igualarás nunca; tu gloria consiste en acercarte á ellos; no te lisonjees de poder llegar más lejos; ellos levantaron las columnas de Hércules de la inteligencia humana.»

Hé aquí lo que se dijo y repitió en todos los tonos por los recién venidos y sus discípulos. Y se dejaron convencer por sus discursos; y se rompió violentamente con el pasado; y no se vieron más que paganos de Atenas y de Roma, y en cuanto

pudo, la Europa sabia, se esforzó en hacerse á su imájen. Investigaciones activamente emprendidas, condujeron al descubrimiento de algunas estatuas de los habitantes del Olimpo; todas las artes acudieron para inspirarse á la contemplación de los nuevos modelos; la revolución se consumó. Tal es en pocas palabras la historia del Renacimiento. En cuanto á su influencia sobre la sociedad en jeneral, y especialmente sobre las bellas artes, ha sido materia de los juicios más contradictorios. Puesto que estamos en Florencia y que vamos á visitar la galería Pitti, van á pasar á nuestra vista las principales piezas del proceso, importa estudiarlas bien. Este es el mejor medio de apreciar con justicia el gran movimiento del siglo XV, y de distribuir concienzudamente el vituperio y la alabanza.

El Renacimiento, conviene en ello todo el mundo, fué, sobre todo, el culto de forma más ó menos despreciada por la escuela católica. Este amor á la forma es bueno y aun necesario para la perfección de los objetos de arte. De aquí nacen los soberbios impulsos que Roma, la primera, se apresuró á darle. Pero debe encerrarse dentro de justos límites. Desde luego no debe sobreponerse á la inspiración en el sentido de que el artista, absorto por el deseo de hacer material la belleza, desprecie el pensamiento que debe animar la tela ó el mármol, y en los asuntos religiosos hacer del arte un verdadero sacerdocio. Fuera de esto, el amor de la forma no debe extenderse hasta buscarla y hacerla patente en ciertos pormenores que la moral pública no permite presentar á la vista. En fin, el amor á la forma no debe hacer olvidar al artista que la belleza material no puede ni debe ser más que el reflejo de la belleza ideal, cuyo tipo se encuentra en la humanidad ennoblecida por el Cristianismo. Los gloriosos habitantes

del cielo, el Hombre-Dios, su augusta Madre, los ángeles, los santos y las santas, estudiados en el silencio de la meditacion y contemplados en esa segunda vista que dan la pureza de corazon y la piedad, hé aquí la fuente de la inspiracion cristiana y el verdadero tipo de lo bello. Entre esta inspiracion y la inspiracion mitológica, hay, y se concibe muy bien, la misma distancia que entre el cielo y la tierra. Presentar las cualidades divinas, las virtudes, los sentimientos celestes de esos tipos augustos, añadiendo á ello la belleza de la forma, es elevar el arte á su más alta potencia.

Una vez recordados estos principios, diremos que el Renacimiento merece justos elogios por haber cultivado la forma, y le rendimos de buena gana nuestro tributo. Pero si ha sacrificado la inspiracion á la forma; si la ha pintado en pormenores cuya vista ultraja las costumbres públicas; si en vez de buscar el tipo de lo bello en el cielo, lo ha buscado habitualmente sobre la tierra ó en el Olimpo, entónces merece un severo vituperio, porque ha materializado el jenio, y ha hecho al arte infiel á su noble y santa mision. Véamos si es así, y entremos en la célebre galería.

Hémos aquí abajo de la grande escalera, cuyos soberbios tramos subimos entre dos filas, de Vénus, de Hércules, de Faunos, de Bacos, Mercurios, Sátiros, Hijas, Palas y Esculapios. A la escalera sucede el vestíbulo llamado *Sala delle Nicchie*: este nombre le viene de los nichos practicados en las paredes y destinados á recibir las estatuas: allí se encuentran Vénus, Flora, una Musa, Apolo-Musajeta, Marco-Aurelio, Antonino, Cómodo; en fin, ya estamos en el umbral de la galería. Este templo de la pintura, en donde el Renacimiento expone á la admiracion la mayor parte de sus obras, se divide en quince capillas ó salones. Ninguno ha recibido

alguna denominacion cristiana. *Tres* tienen nombres insignificantes: salones *della Stufa*, de los *Enfants*, de *Poccetti*. Los otros doce llevan el nombre de una divinidad pagana ó de un semidios: salon de *Vénus*; salon de *Apolo*; salon de *Marte*; salon de *Júpiter*; salon de *Saturno*; salon de la *Iliada*; salon de la *educacion de Júpiter*; salon de *Ulises volviendo á Itaca*; salon de *Prometeo*; salon de la *Justicia*; salon de *Flora*; salon de la *Música*.

A fin de no engañarse en el pensamiento que precedió á este arreglo y á estas denominaciones, conviene notar que estos últimos salones son los más ricos y los de mayor magnificencia, siendo superior entre ellos el de Vénus; que cada divinidad tutelar está pintada en la bóveda de su salon, con sus castos atributos ó figurando algunos hechos mitológicos, á propósito los unos y los otros para inspirar celestes pensamientos. Abajo, sobre las cuatro paredes del santuario, veis los cuadros de los grandes maestros del Renacimiento. Se diria que son los *ex-voto*, que dan testimonio del reconocimiento de los artistas hácia el dios ó la diosa á cuya inspiracion se creen deudores de las obras de su pincel.

¿Qué pensais de esto? Todo este espectáculo, tan perfectamente pagano, ¿no parece la traduccion literal del pensamiento artístico moderno, y el irrecusable testimonio de la adúltera alianza efectuada á fines del siglo XV? ¿La galería de Florencia no parece decir al jóven artista: «Levanta los ojos á la bóveda de mis salones; he ahí á los que han inspirado las obras maestras que brillan á sus piés; no tienes que buscar en el cielo de los cristianos inspiraciones ni modelos, el Olimpo te basta; ya se te ha trazado el camino por huellas luminosas de los grandes maestros; trabaja, imita, espera!»

Estudiemos ahora los resultados del

principio pagano, inspirador del Renacimiento.

Los cuadros de la galería se dividen en dos grandes clases: los asuntos profanos y los asuntos religiosos.

Los primeros, están tratados por los maestros con una gran perfeccion. Se ve que fueron escritos con inspirado número y con sentimiento en el corazon. Hay figura delante de la cual un cirujano puede hacer un curso completo de anatomía. La dulzura, la fuerza, el brillo, los matices más delicados en la encarnacion; la flexibilidad de las carnes, las fibras, los nervios, los músculos, los menores tendones, el juego completo de los órganos, su dilatacion ó su contraccion segun los placeres ó el dolor, ó las impresiones naturales del alma; nada falta allí. A todas estas cualidades se unen la regularidad de las proporciones, la irreprochable naturalidad de las posturas, la encantadora belleza de los coloridos y la forma material y la sensacion fisica, se hallan representadas con una perfeccion inimitable: así debia ser.

Con el mismo gusto y buen éxito el baticio puede estudiar cualquiera flor. Los pistilos y los pétalos, con sus delicados y numerosos matices; las hojas con su suavidad ó tersura, ¿qué sé yo? la posicion del tallo, su diámetro, su elevacion: se puede estar seguro de encontrar allí todo lo que se encuentra en la naturaleza, imitado y presentado con una exactitud asombrosa, esto tambien debia ser así. Por fin, pormenores anatómicos, precision en el dibujo, belleza material, pureza, vivacidad, gracia de colorido; en una palabra, todo lo que pertenece al dominio de los sentidos, está reproducido con una rara felicidad. Hé aquí lo que mira á los asuntos profanos.

En cuanto á los asuntos religiosos, se adivina lo que pueden ser: el pintor los ha hecho á su imájen como él mismo se ha

criado á la imájen de los modelos paganos y profanos. La forma material no deja nada, ó casi nada que desear. Teneis hermosos hombres y bellas mujeres, Gracias y hasta Diosas; pero santos y santas, poco ó nada. Se busca el cielo, y se encuentra el Olimpo; admira á la vista, pero no mueve el corazon. Todo aquel órden de sentimientos, de ideas, de imágenes, criada en nosotros por el catolicismo y que impone como el fondo de nuestro ser sobrenatural, queda allí sin traduccion. El pintor no nos comprende; su idioma no es el nuestro; habla á la carne; nosotros hablamos al espíritu.

De aquí las incorrecciones y los contrasentidos que comete cuando quiere hablar nuestra lengua. Ejemplos: nos acordáramos de las madonas de Giotto, de Lippo Dalmasio, del bienaventurado Angelico da Fiesole, y buscáramos en las que están colgadas en los salones de Marte ó de Júpiter, los suaves atractivos, la gracia púdica, la dulce serenidad, la santidad, en una palabra, aquel reflejo divino que brilla en las primeras y único porque nuestra fé conviene en reconocer á la Virgen Madre de Dios; ¡ay! no lo encontráramos, excepto tal vez en la *Madona del duque de Alba*, por Rafael. Miráramos más, y descubríamos á pesar nuestro en los Santos, en las Santas, los Mártires y los Ángeles, un aire de familia con Apolo, Júpiter, las Gracias y las Musas, los Héroes y las Heroínas de la antigüedad, que nos hacia palpable la inspiracion sensual que los ha dictado. Esto es ni más ni menos lo que debe ser. Los grandes Maestros del Renacimiento son pintores verdaderamente religiosos, como momentáneamente y por excepcion fueron verdaderamente cristianos. De buena fé, ¿quién nos puede hacer creer que llevando una vida sensual, llenando el espíritu, la memoria y el corazon de pensamientos, imágenes y afectos

ciones groseras, baste saber dibujar, tener en la mano un pincel y á la vista la primera Fornarina, dotada de algunos atractivos, para hacer una Santa, una Virgen, ó la más pura de las vírgenes? ¡Oh! esto, según vereis, jamás lo creeré, porque nunca la antorcha divina del genio se enciende en el cieno de las pasiones! Sin embargo, allí está la historia para decirnos que tales fueron los modelos y habitual sistema de los pintores del siglo XVI y de sus sucesores. ¿Y se quería que tuviésemos fé en la inspiración religiosa de todos esos obreros? *Credat Judæus Apollo...*

Haber sacrificado demasiado á la forma material y despreciado la inspiración cristiana, hé aquí, según creo, los dos primeros reproches que justamente pueden hacerse al Renacimiento. La galería del palacio Pitti nos enseña que merece otro mucho más grave. Antes del Renacimiento no se pintaba la desnudez, y esto por dos razones: la primera, porque la religión cristiana, esencialmente espiritualista y moral, lo prohíbe. El arte era tomado por lo serio y mirado como un sacerdocio, como una lengua sobrenatural destinada á expresar un orden de ideas, de sentimientos y bellezas superiores á los sentidos. De ello dan testimonio en diversas épocas la vida y los trabajos de Cinabue, de Giotto, de Lippo Dalmasio, del B. Angelico de Fiesole, de su discípulo querido Benozzo Gozzoli; de Gentile Fabriano, de Tadeo Bartolo; en fin, de los dos religiosos Vidal y Lorenzo, que al pintar los claustros de Bolonia, trabajaban juntos como dos hermanos, excepto si se trataba de la Crucifixión. Entonces Vidal se veía de tal modo anonadado por el asunto, que lo abandonaba todo á su amigo. Yo podría citar otros ejemplos no ménos notables de ese profundo sentimiento religioso llevado al arte por los pintores verdaderamente cristianos.

La segunda razón porque no se pintaba la desnudez, es, que no era necesario para la perfección del arte católico. Se buscaba solo la belleza *espiritual*, única cuya vista eleva sobre los sentidos. Ahora, esta belleza se refleja únicamente en los ojos y en las facciones del rostro. De aquí la incomparable pureza de las figuras y el tipo verdaderamente divino, que distinguen las obras de los grandes maestros anteriores al movimiento del siglo XV. Se ve que esta parte absorbía todos sus cuidados y su talento; todo lo demás, visto como accesorio, está tratado con cierta negligencia que ha sido siempre tierno objeto de reproches llevados hasta la injusticia, sobre las partes visibles de las antiguas pinturas. Esta dignidad, esta santa misión del arte fué desconocida por los nuevos artistas. Formados en la escuela del paganismo, no han visto habitualmente más que la belleza material, y para hacerla resaltar han pintado la desnudez; y la han pintado los desgraciados con una abundancia y una osadía, que hacen bajar los ojos á la virtud y ruborizar la frente ménos púdica. ¿Es este, preguntamos, el uso legítimo, ó el abuso del arte? ¿Puede creerse que Dios ha dado al hombre el genio para corromper con más habilidad?

Si en los asuntos profanos, la desnudez de que hablo es un escándalo, ¿no es en los asuntos religiosos un contrasentido sacrilego? ¿No se subleva el sentimiento cristiano cuando se nos dan por santas, figuras desnudas y provocativas como las ninfas y sirenas? ¿y por Madre Dios una mujer enseñando á todas las miradas un niño completamente desnudo? No, no, aunque se quiera, jamás se podrá persuadir á ningún católico de que nuestras santas tuvieron la desenvoltura de las diosas, y de que la más reservada de todas las madres, la más santamente púdica de todas las vírgenes, María, en fin, hubiese dado al-

guna vez al público un espectáculo como el de que acabo de hablar.

Por otra parte, nos fué dulce reconocer y nos es consolador proclamar en aquellos contrasentidos extraños, por no decir sacrilejos, que la galería de Florencia ofrece honrosas excepciones: Rafael, el Ticiano, el Guido, el Tintoretto, Julio Romano, y otros más, han escrito páginas verdaderamente cristianas, es decir, verdaderamente sublimes. Pero, admitidas estas excepciones, es difícil dejar de aprobar los reproches dirigidos al Renacimiento. El ha honrado el culto de la forma, hasta hacerlo idolátrico; el arte ha cesado de ser la lengua del espiritualismo, para ser la del sensualismo: en vez de ser un sacerdocio católico, ha sido frecuentemente un sacerdocio degradante y corruptor. Sustancialmente el arte ha perdido, pues, más de lo que ganó en la revolución del siglo XV. En cuanto á la forma, ¿se podría probar que permaneciendo católicamente no hubiera llegado á esa corrección de dibujo, á esa regularidad de contornos, á toda esa perfección de posturas, ropajes y otros accesorios de que justamente se gloria el Renacimiento? El que puede lo más, puede lo ménos. El arte católico se había elevado ya hasta la belleza ideal y espiritualista: un poco de práctica le hubiera dado el secreto de la belleza sensible, cuyos modelos son palpables; pero los había despreciado, por las razones explicadas arriba. Podrían citarse como una prueba las obras maestras del Giotto y del B. Angelico, de Gaddi, etc. La capilla de los españoles, en Roma, posee muchas figuras de tan bello estilo en la expresión como las de Rafael, y los pensamientos son más profundos, las concepciones más vastas. La virgen de Santa María *in Cosmedin* y Nuestro Señor en la iglesia de los Santos Cosme y Damian, son admirables, las figuras son de un tamaño á que no llegaron

nunca en las suyas Miguel Angel, Rafael y todos los pintores que les siguieron.

Salimos de la galería de Florencia con la vista encantada, pero poco satisfecho el corazón. A vista de tanto talento tan tristemente gastado, se jime amargamente, y no se encuentra consuelo, sino solo en la esperanza de una vuelta al orden, vuelta ardientemente deseada hoy, y que cada cual debe hacer un esfuerzo por apresurar su saludable progreso, con todo el poder de su debilidad. Tal es el motivo de las reflexiones que preceden; ¡ojalá pueda él servir á la vez de justificación!

28 DE NOVIEMBRE.

Anécdota.—El Palacio Vecchio.—Los Uffizj.—Visita al Sr. canónigo B.....—Estado moral de Florencia.—Cofradía de la Misericordia.—Catecismo de perseverancia.

Ayer habíamos dejado la galería para dirigirnos á los Uffizj, pero lo avanzado de la hora nos obligó á dejar la visita para el día siguiente. Durante la noche el áspero clima del norte había reemplazado á la dulce temperatura de la Italia. El frío lento toscano, sorprendido de improviso, no sabía como envolverse en su capa. Su embarazo nos daba risa, porque el frío nos parecía muy llevadero. Ahora bien; ántes de empezar nuestro bello y largo paseo sobre las pintorescas riberas del Arno, habíamos tenido cuidado de almorzar con un apetito que había sido singularmente favorecido con la picante conversación de un viajero inglés.

Este amable narrador era un pequeño anciano, muy experto en los viajes. En su vida nómada había visitado muchas veces la Europa entera. Nada importante se le había escapado y hablaba de todo con una exactitud y oportunidad que daban á

ciones groseras, baste saber dibujar, tener en la mano un pincel y á la vista la primera Fornarina, dotada de algunos atractivos, para hacer una Santa, una Virgen, ó la más pura de las vírgenes? ¡Oh! esto, según vereis, jamás lo creeré, porque nunca la antorcha divina del genio se enciende en el cieno de las pasiones! Sin embargo, allí está la historia para decirnos que tales fueron los modelos y habitual sistema de los pintores del siglo XVI y de sus sucesores. ¿Y se quería que tuviésemos fé en la inspiración religiosa de todos esos obreros? *Credat Judæus Apollo...*

Haber sacrificado demasiado á la forma material y despreciado la inspiración cristiana, hé aquí, según creo, los dos primeros reproches que justamente pueden hacerse al Renacimiento. La galería del palacio Pitti nos enseña que merece otro mucho más grave. Antes del Renacimiento no se pintaba la desnudez, y esto por dos razones: la primera, porque la religión cristiana, esencialmente espiritualista y moral, lo prohíbe. El arte era tomado por lo serio y mirado como un sacerdocio, como una lengua sobrenatural destinada á expresar un orden de ideas, de sentimientos y bellezas superiores á los sentidos. De ello dan testimonio en diversas épocas la vida y los trabajos de Cinabue, de Giotto, de Lippo Dalmasio, del B. Angelico de Fiesole, de su discípulo querido Benozzo Gozzoli; de Gentile Fabriano, de Tadeo Bartolo; en fin, de los dos religiosos Vidal y Lorenzo, que al pintar los claustros de Bolonia, trabajaban juntos como dos hermanos, excepto si se trataba de la Crucifixión. Entonces Vidal se veía de tal modo anonadado por el asunto, que lo abandonaba todo á su amigo. Yo podría citar otros ejemplos no ménos notables de ese profundo sentimiento religioso llevado al arte por los pintores verdaderamente cristianos.

La segunda razón porque no se pintaba la desnudez, es, que no era necesario para la perfección del arte católico. Se buscaba solo la belleza *espiritual*, única cuya vista eleva sobre los sentidos. Ahora, esta belleza se refleja únicamente en los ojos y en las facciones del rostro. De aquí la incomparable pureza de las figuras y el tipo verdaderamente divino, que distinguen las obras de los grandes maestros anteriores al movimiento del siglo XV. Se ve que esta parte absorbía todos sus cuidados y su talento; todo lo demás, visto como accesorio, está tratado con cierta negligencia que ha sido siempre tierno objeto de reproches llevados hasta la injusticia, sobre las partes visibles de las antiguas pinturas. Esta dignidad, esta santa misión del arte fué desconocida por los nuevos artistas. Formados en la escuela del paganismo, no han visto habitualmente más que la belleza material, y para hacerla resaltar han pintado la desnudez; y la han pintado los desgraciados con una abundancia y una osadía, que hacen bajar los ojos á la virtud y ruborizar la frente ménos púdica. ¿Es este, preguntamos, el uso legítimo, ó el abuso del arte? ¿Puede creerse que Dios ha dado al hombre el genio para corromper con más habilidad?

Si en los asuntos profanos, la desnudez de que hablo es un escándalo, ¿no es en los asuntos religiosos un contrasentido sacrilego? ¿No se subleva el sentimiento cristiano cuando se nos dan por santas, figuras desnudas y provocativas como las ninfas y sirenas? ¿y por Madre Dios una mujer enseñando á todas las miradas un niño completamente desnudo? No, no, aunque se quiera, jamás se podrá persuadir á ningún católico de que nuestras santas tuvieron la desenvoltura de las diosas, y de que la más reservada de todas las madres, la más santamente púdica de todas las vírgenes, María, en fin, hubiese dado al-

guna vez al público un espectáculo como el de que acabo de hablar.

Por otra parte, nos fué dulce reconocer y nos es consolador proclamar en aquellos contrasentidos extraños, por no decir sacrilejos, que la galería de Florencia ofrece honrosas excepciones: Rafael, el Ticiano, el Guido, el Tintoretto, Julio Romano, y otros más, han escrito páginas verdaderamente cristianas, es decir, verdaderamente sublimes. Pero, admitidas estas excepciones, es difícil dejar de aprobar los reproches dirigidos al Renacimiento. El ha honrado el culto de la forma, hasta hacerlo idolátrico; el arte ha cesado de ser la lengua del espiritualismo, para ser la del sensualismo; en vez de ser un sacerdocio católico, ha sido frecuentemente un sacerdocio degradante y corruptor. Sustancialmente el arte ha perdido, pues, más de lo que ganó en la revolución del siglo XV. En cuanto á la forma, ¿se podría probar que permaneciendo católicamente no hubiera llegado á esa corrección de dibujo, á esa regularidad de contornos, á toda esa perfección de posturas, ropajes y otros accesorios de que justamente se gloria el Renacimiento? El que puede lo más, puede lo ménos. El arte católico se había elevado ya hasta la belleza ideal y espiritualista; un poco de práctica le hubiera dado el secreto de la belleza sensible, cuyos modelos son palpables; pero los había despreciado, por las razones explicadas arriba. Podrían citarse como una prueba las obras maestras del Giotto y del B. Angelico, de Gaddi, etc. La capilla de los españoles, en Roma, posee muchas figuras de tan bello estilo en la expresión como las de Rafael, y los pensamientos son más profundos, las concepciones más vastas. La virgen de Santa María *in Cosmedin* y Nuestro Señor en la iglesia de los Santos Cosme y Damian, son admirables, las figuras son de un tamaño á que no llegaron

nunca en las suyas Miguel Angel, Rafael y todos los pintores que les siguieron.

Salimos de la galería de Florencia con la vista encantada, pero poco satisfecho el corazón. A vista de tanto talento tan tristemente gastado, se jime amargamente, y no se encuentra consuelo, sino solo en la esperanza de una vuelta al orden, vuelta ardientemente deseada hoy, y que cada cual debe hacer un esfuerzo por apresurar su saludable progreso, con todo el poder de su debilidad. Tal es el motivo de las reflexiones que preceden; ¡ojalá pueda él servir á la vez de justificación!

28 DE NOVIEMBRE.

Anécdota.—El Palacio Vecchio.—Los Uffizj.—Visita al Sr. canónigo B.....—Estado moral de Florencia.—Cofradía de la Misericordia.—Catecismo de perseverancia.

Ayer habíamos dejado la galería para dirigirnos á los Uffizj, pero lo avanzado de la hora nos obligó á dejar la visita para el día siguiente. Durante la noche el áspero clima del norte había reemplazado á la dulce temperatura de la Italia. El frío lento toscano, sorprendido de improviso, no sabía como envolverse en su capa. Su embarazo nos daba risa, porque el frío nos parecía muy llevadero. Ahora bien; ántes de empezar nuestro bello y largo paseo sobre las pintorescas riberas del Arno, habíamos tenido cuidado de almorzar con un apetito que había sido singularmente favorecido con la picante conversación de un viajero inglés.

Este amable narrador era un pequeño anciano, muy experto en los viajes. En su vida nómada había visitado muchas veces la Europa entera. Nada importante se le había escapado y hablaba de todo con una exactitud y oportunidad que daban á

sus relaciones un encanto y un interés siempre sostenidos. Por un privilegio muy raro entre sus compatriotas, se expresaba en nuestro idioma con elegancia y sin acento extranjero. Unia á conocimientos muy variados, lo que es todavía más raro, una perfecta modestia. Pues bien, habíamos solamente cinco ó seis en el comedor; la conversacion era jeneral. Nos preguntábamos mutuamente lo que habíamos notado en las diferentes ciudades de Italia.

En el número de los compañeros de mesa se hallaba un turista muy entusiasta de lo que habia visto. Pero sus elogios iban más allá de lo superlativo, si por casualidad el objeto de su admiracion era una bagatela que se os habia escapado. Dirigiéndose, pues, al anciano, «Señor, le dijo, ¿habeis estado en Génova?—Sí, señor, he permanecido allí largo tiempo y creo conocer esa ciudad.» Y se puso á contarnos en pormenor lo que habia visto: iglesias, monumentos, cuadros, palacios, establecimientos, numerosas glorias de la soberbia ciudad, todo pasó en revista. Despues de esta larga nomenclatura, el turista añadió: ¿Habeis visto la villa Negroni?—No, señor.—¿Cómo! ¿no habeis visto la villa Negroni? pues no habeis visto nada. Y el viajero se extasió en las bellezas, curiosidades y riquezas de la villa, y en darse el parabien de haberla visitado, y compadecer al anciano de haberla olvidado. «Ahora, os decia, en Génova, la villa Negroni, no encierra nada que no se encuentre veinte veces en Italia. No tiene de ventajoso nada mas que su posicion. Desde el jardín se goza del panorama de la ciudad: aunque este golpe de vista lo teneis más grande y más completo en muchos otros puntos: tal es, por ejemplo, la cúpula de Santa María de *Carignano*.—Señor, respondió el modesto inglés, os agradezco vuestra indicacion; dentro de un mes estaré de vuelta en Génova, y ofrezco no olvidar la villa

Negroni.» Y al punto escribió sobre su cartera: *Villa Negroni en Génova*.

Continuó la conversacion sobre estos y otros asuntos; y el anciano la dejó correr. El seguia tomando parte en ella, dejando escapar algunas palabras que tenian el aire de decir: Ya te conduciré á mi objeto. En efecto, comiendo su *beafsteack*, y sin aparentar tener un pensamiento fijo, se puso á contarnos muchas anécdotas. «Me acuerdo, entre otras, nos dijo, de una circunstancia en mi primer viaje á Paris, y que nunca he olvidado. Yo era jóven, curioso como se es á los veinte años y muy amante de los monumentos y de las obras maestras. Seis meses completos me habian parecido muy cortos para estudiar á Paris. Despues de estar allí, me instalé en Versalles. Un dia que visitaba yo el castillo, me encontré una comitiva de viajeros franceses. Una señora de buen tono, habiendo conocido que era yo extranjero, me preguntó si habia yo visto á Paris.—Sí, señora.—¿Habeis visto las Tullerías?—Sí, señora.—¿Habeis visto las galerías del Louvre?—Sí, señora; soy amante de la pintura y por allí he empezado.—¿Habeis visto á Nuestra Señora, á Santa Genoveva, á san Estéban del Monte?—Sí, señora.—Me paseó por todo Paris. A todas sus preguntas daba yo la misma respuesta, y mi respuesta era cierta. De pronto se volvió y me dijo: ¿Habeis visto el canal del Ourcq?—No, señora.—¿Cómo! ¿no habeis visto el canal del Ourcq? pues no habeis visto nada.»

A esta última frase, que iba dirigida á nuestro viajero francés como una flecha á su objeto, todo el mundo soltó la risa, sin exceptuar al caritativo indicador de la *villa Negroni*. De vuelta del paseo, en donde habíamos podido gozar de los encantadores sitios que rodean á Florencia, nos fuimos á los *Uffizj*. Antes de llegar al nuevo templo de las artes, hé ahí á la plaza

ducal con su *Robo de las Salinas* y no sé cuántas otras estatuas, cuya desnudez recuerda tristemente la fuente de Neptuno en Bolonia. Delante se dibuja el *Palacio Vecchio*. Severo, sólido, pintoresco, edificado al fin del siglo XIII, dominado por su alta y atrevida torre, la antigua mansion de los Médicis, os trasporta á la plena Edad Média. Muestra á la vez la magnificencia de sus antiguos señores, y los trájicos acontecimientos de que fué impasible testigo. Al subir la gran escalera, se espera uno encontrar al hermano Savonarola, al ardiente tribuno que pagó con su cabeza sus democráticas predicaciones; se pasa por el lugar mismo en que fué despojado de su vestido de dominico ántes de subir al cadalso. La torre llamada *Barberia* recuerda á Cosme de Médicis, el padre de la patria. Encerrado en aquel calabozo aéreo por el fogoso Renaud de los Albizzi, tuvo por guardian á Federico Malavotti, llamado el más honrado y delicado de los carceleros.

A traves de un pueblo de estatuas se llega á los *Uffizj*: este nombre, célebre en la historia de las artes, designa un nuevo palacio lleno de cuadros y estatuas antiguas y modernas. Ahí veis en el gabinete de pintaras todos los retratos de los *grandes artistas* hechos por ellos mismos: esta coleccion es única en el mundo. Las diferentes escuelas de pintura italiana, flamenca, francesa, alemana, española, tienen cada una su salon particular. Allí encontramos con gusto las obras de los artistas católicos, colocadas en primer rango; lo mismo pasa en la Academia, donde Florencia conserva en gran número las obras maestras del B. Angelico y de otros pintores contemporáneos suyos. La visita á la Academia y á los *Uffizj*, reconciliándoos un poco con la ciudad del Renacimiento, hace sentir más vivamente la desviacion del siglo XV. Entre una multitud de ob-

jetos que componen la galería de los broncees en el palacio de los *Uffizj*, hay dos que excitaron vivamente nuestra curiosidad: el primero es una águila romana, el águila de la XXIV lejion; el segundo es un casco de hierro con una inscripcion en letras desconocidas; uno y otro provienen del campo de batalla de Cannes.

Como estudio de costumbres, la coleccion de los bustos antiguos de todos los emperadores romanos, partiendo desde Augusto hasta Dioclesano, ofrece grande interés. La sociedad de sangre y lodo, de que fueron la personificacion los Césares, se refleja en sus facciones con una aterradora verdad. Frentes, la mayor parte deprimidas, mejillas caidas, la parte inferior del *facis* muy desarrollada, cuello de toro, ojos duros y salientes ó pequeños y hundidos, separados por una prominente nariz, dan á los unos la figura de bestias inmundas y feroces, á los otros los de grandes aves de rapiña. Entre los bustos imperiales, puestos en dos líneas, están intercaladas las estatuas de los habitantes del Olimpo. Los dioses y los Césares, unidos por fragmentos de piedras sepulcrales, con inscripciones á los dioses manes, ocupan los dos lados de una inmensa galería: se diria que era una hedionda catacumba, en que el mundo antiguo inmóvil y helado se resume en tres palabras: crueldad, voluptuosidad, muerte. A pesar de las vergonzosas desnudeces que cansan vuestra vista, este espectáculo no deja de ser útil para el observador cristiano. Dándosele á conocer tal como fué el paganismo, pone en sus labios más de una viva bendicion al Dios de misericordia, que ha reducido á sombras todo aquel horrible universo.

Entretanto habia llegado la hora de asistir á una cita vivamente deseada. Se me habia procurado la presentacion á un canónigo de la catedral, hombre muy dis-

tinguido y capaz de darme sobre el estado moral de Florencia todos los informes deseables. Mi esperanza no fué vana. Me encontré un anciano de blancos cabellos, antiguo misionero de América. Cincero amigo de la Francia y que unía á la vez conocimientos poco comunes, y mucho candor y afabilidad.

A las preguntas que le dirijí, me respondió en estos términos: «El Jansenismo dogmático está extinguido entre nosotros, pero los males que ha causado no se han reparado completamente. Hasta aquí se han seguido en la enseñanza los autores severos; comienza á sustituirlos san Alfonso. La teología del ilustre obispo, adoptada y practicada en Toscana, es un hecho que podeis mirar como muy significativo. Nuestro clero es numeroso: juzgad si no, por el de la catedral, que cuenta treinta y seis canónigos, sesenta y cinco capellanes y cien clérigos, llamados *Eugeniani*, en memoria de Eujenio IV. En el concilio de Florencia, este papa, compatriota nuestro, quiso conceder á cien jóvenes eclesiásticos de nuestra ciudad el privilegio de ser admitidos á las órdenes, sin beneficio ni patrimonio, con la condicion de servir nueve años en la catedral. Nos faltaba una cosa, y es la organizacion de nuestros seminarios. Nadie, entre nosotros, es admitido á las órdenes sin que su vocacion se haya probado dos veces: la primera, en el pequeño seminario; la segunda, en el grande. Tenemos muchos seminarios, pero el vicio de estos establecimientos consiste en no estar separados.

«No obstante, el clero hace el bien, pero lo haria mejor y más fácilmente, si no reinara todavía en Toscana el espíritu de José II. El poder civil invade en cuanto puede los derechos de la Iglesia y no cesa de quejarse de las invasiones del clero en el poder civil.—Esa es, le dije, venerable hermano, la táctica algo usada de un per-

sonaje llamado entre nosotros *Roberto Macario*, que despues de haber robado á su vecino, es siempre el primero en gritar: *¡al ladrón!*

«Las costumbres, continuó él, serian generalmente buenas porque hay fé y piedad en Florencia; pero los extranjeros nos hacen mucho mal: de estos se cuentan habitualmente de quince á veinte mil. Sin embargo, el precepto pascual se cumple generalmente por los hombres como por las mujeres. Lo sabemos de una manera cierta, porque aunque no haya obligacion de confesarse en la Pascua con el propio párroco, sí la hay de recibir la Eucaristía en la Parroquia de cada uno, y de enviar al pastor un billete de la comunión.

«A pesar de las malas doctrinas traídas por los extranjeros; á pesar de vuestros libros impíos con que nos inundan los falsificadores belgas; á pesar de los venenos vertidos en las entrañas de nuestro pueblo por las escandalosas desnudeces que se exponen en nuestras galerías y en nuestras plazas públicas, como en muchas otras ciudades de Italia, tenemos además del bien que os he dicho, una institucion admirable que es la gloria exclusiva de Florencia y de nuestra santa religion, tal es la *Cofradía de la Misericordia*. Fué fundada á mediados del siglo XIII, por nobles florentinos, en tiempo que la peste desolaba nuestra patria; cuenta cerca de mil cofrades. El príncipe reinante, el cardenal arzobispo, los hombres más distinguidos forman parte de ella y no pueden ser más que simples cofrades: los reglamentos los excluyen de todas las dignidades. La cofradía tiene por objeto socorrer á los heridos, trasportarlos al hospital y cuidarlos hasta que estén sanos ó tengan una vida mejor. Esta institucion tan respetable sorprende y edifica á los extranjeros. Muchas veces se ha visto desprenderse de los círculos más brillantes á al-

guno de sus cofrades avisado de algun accidente por la campana de la casa. A este llamado de la caridad, corre á vestirse su relijioso uniforme, especie de túnica negra con capuchon, hábito monástico que disimula la desigualdad de los rangos y al cual está suspendido un rosario. Este hombre del mundo, nacido en medio de los goces de la vida, ase por sí mismo uno de los extremos de la camilla; camina lentamente á traves de las calles de la ciudad, cargado con su hermano que sufre y pasa, sin disgusto, sin sorpresa, del suntuoso salon al humilde hospital 1.

«Entre los cofrades de semana hay siempre un sacerdote prevenido con la Extrema-Uncion. ¿Conviene trasportar al hospital á un enfermo quien quiera que sea, herido ó no herido? Este honor pertenece exclusivamente á la cofradía. Si el enfermo es pobre, siempre deja la cofradía en su casa señales de la más jenerosa caridad. Las señoras tambien forman parte de la obra de la Misericordia, en bien de la cual contribuyen con sus limosnas y oraciones. La cofradía está dividida por cuarteles, y cada mes uno de los miembros hace la colecta.

«En cuanto á los hospitales, dejan algo que desear: las salas de hombres están administradas y cuidadas por criados, los cuales con los empleados gastan una gran parte de las rentas. Algunas relijiosas vijilan las salas de mujeres; pero la mayor parte de los cuidados se desempeñan por criadas. Y el buen anciano se puso á hacer el elogio de nuestras hermanas de san Vicente de Paul, manifestándome su ardiente deseo de verlas establecidas en Florencia. «Existen tambien, me dijo ya para concluir el venerable canónigo, muchas instituciones de caridad y de piedad que visitareis con interes. Tales son la *pia ca-*

1 Un viajero moderno refiere el mismo hecho en iguales términos.

sa di Lavoro 1, el hospicio *Bigallo* y la casa *pia* de san Felipe Neri. Tampoco debo olvidar nuestros catequismos de perseverancia.»

A estas palabras sacó su reloj y me dijo: «El de la Santísima Trinidad se hace en este momento; si quereis verlo, no hay que perder tiempo; pero prometedme venir mañana á verme.» Yo se lo ofrecí, le dí las gracias y me fuí á toda prisa á la iglesia indicada. El clero parroquial, oculto tras del altar, salmodiaba las vísperas á media voz, mientras que en medio de la nave comenzaba el catequismo de perseverancia. Era numeroso, recojido y compuesto de niños de doce á veinte años. Encontrar en Italia la institucion á que habia yo consagrado diez años de mi vida; verme en una de aquellas interesantes reuniones, á la misma hora en que otros niños, muy queridos de mi corazón, participaban del mismo ejercicio, recibian la misma instruccion, fué para mí, lo confieso, una sorpresa muy agradable. Me ocupaba yo de encomendar á Dios á los niños, al catequismo italiano, y al catequismo frances, cuando advertí que iba á sorprenderme la noche; y fué necesario salir aun con el temor de no volver á encontrar el camino para volver á *Porta-Rosa*.

29 DE NOVIEMBRE.

Mé dia fiesta de san Andres.—*Pia casa di Lavoro*.—Hospicio *Bigallo*.—*Pia casa* de san Felipe.—Hospicio de los Inocentes.—*Sasso del Dante*.—Biblioteca Laurenciana.—*Pandectas pisanas*.—Tumba de Miguel Anjel, de Galileo, de Maquiavelo, de Pic de la Mirandola.—Anécdota.

Hoy todavía en Italia, como ántes en Francia, hay mé dias fiestas. En estos dias se permite el trabajo, pero hay obligacion

1 *Piadosa casa del Trabajo*.

tinguido y capaz de darme sobre el estado moral de Florencia todos los informes deseables. Mi esperanza no fué vana. Me encontré un anciano de blancos cabellos, antiguo misionero de América. Cincero amigo de la Francia y que unía á la vez conocimientos poco comunes, y mucho candor y afabilidad.

A las preguntas que le dirijí, me respondió en estos términos: «El Jansenismo dogmático está extinguido entre nosotros, pero los males que ha causado no se han reparado completamente. Hasta aquí se han seguido en la enseñanza los autores severos; comienza á sustituirlos san Alfonso. La teología del ilustre obispo, adoptada y practicada en Toscana, es un hecho que podeis mirar como muy significativo. Nuestro clero es numeroso: juzgad si no, por el de la catedral, que cuenta treinta y seis canónigos, sesenta y cinco capellanes y cien clérigos, llamados *Eugeniani*, en memoria de Eujenio IV. En el concilio de Florencia, este papa, compatriota nuestro, quiso conceder á cien jóvenes eclesiásticos de nuestra ciudad el privilegio de ser admitidos á las órdenes, sin beneficio ni patrimonio, con la condicion de servir nueve años en la catedral. Nos faltaba una cosa, y es la organizacion de nuestros seminarios. Nadie, entre nosotros, es admitido á las órdenes sin que su vocacion se haya probado dos veces: la primera, en el pequeño seminario; la segunda, en el grande. Tenemos muchos seminarios, pero el vicio de estos establecimientos consiste en no estar separados.

«No obstante, el clero hace el bien, pero lo haria mejor y más fácilmente, si no reinara todavía en Toscana el espíritu de José II. El poder civil invade en cuanto puede los derechos de la Iglesia y no cesa de quejarse de las invasiones del clero en el poder civil.—Esa es, le dije, venerable hermano, la táctica algo usada de un per-

sonaje llamado entre nosotros *Roberto Macario*, que despues de haber robado á su vecino, es siempre el primero en gritar: *¡al ladrón!*

«Las costumbres, continuó él, serian generalmente buenas porque hay fé y piedad en Florencia; pero los extranjeros nos hacen mucho mal: de estos se cuentan habitualmente de quince á veinte mil. Sin embargo, el precepto pascual se cumple generalmente por los hombres como por las mujeres. Lo sabemos de una manera cierta, porque aunque no haya obligacion de confesarse en la Pascua con el propio párroco, sí la hay de recibir la Eucaristía en la Parroquia de cada uno, y de enviar al pastor un billete de la comunión.

«A pesar de las malas doctrinas traídas por los extranjeros; á pesar de vuestros libros impíos con que nos inundan los falsificadores belgas; á pesar de los venenos vertidos en las entrañas de nuestro pueblo por las escandalosas desnudeces que se exponen en nuestras galerías y en nuestras plazas públicas, como en muchas otras ciudades de Italia, tenemos además del bien que os he dicho, una institucion admirable que es la gloria exclusiva de Florencia y de nuestra santa religion, tal es la *Cofradía de la Misericordia*. Fué fundada á mediados del siglo XIII, por nobles florentinos, en tiempo que la peste desolaba nuestra patria; cuenta cerca de mil cofrades. El príncipe reinante, el cardenal arzobispo, los hombres más distinguidos forman parte de ella y no pueden ser más que simples cofrades: los reglamentos los excluyen de todas las dignidades. La cofradía tiene por objeto socorrer á los heridos, trasportarlos al hospital y cuidarlos hasta que estén sanos ó tengan una vida mejor. Esta institucion tan respetable sorprende y edifica á los extranjeros. Muchas veces se ha visto desprenderse de los círculos más brillantes á al-

guno de sus cofrades avisado de algun accidente por la campana de la casa. A este llamado de la caridad, corre á vestirse su religioso uniforme, especie de túnica negra con capuchon, hábito monástico que disimula la desigualdad de los rangos y al cual está suspendido un rosario. Este hombre del mundo, nacido en medio de los goces de la vida, ase por sí mismo uno de los extremos de la camilla; camina lentamente á través de las calles de la ciudad, cargado con su hermano que sufre y pasa, sin disgusto, sin sorpresa, del suntuoso salon al humilde hospital 1.

«Entre los cofrades de semana hay siempre un sacerdote prevenido con la Extrema-Uncion. ¿Conviene trasportar al hospital á un enfermo quien quiera que sea, herido ó no herido? Este honor pertenece exclusivamente á la cofradía. Si el enfermo es pobre, siempre deja la cofradía en su casa señales de la más jenerosa caridad. Las señoras tambien forman parte de la obra de la Misericordia, en bien de la cual contribuyen con sus limosnas y oraciones. La cofradía está dividida por cuarteles, y cada mes uno de los miembros hace la colecta.

«En cuanto á los hospitales, dejan algo que desear: las salas de hombres están administradas y cuidadas por criados, los cuales con los empleados gastan una gran parte de las rentas. Algunas religiosas vijilan las salas de mujeres; pero la mayor parte de los cuidados se desempeñan por criadas. Y el buen anciano se puso á hacer el elogio de nuestras hermanas de san Vicente de Paul, manifestándome su ardiente deseo de verlas establecidas en Florencia. «Existen tambien, me dijo ya para concluir el venerable canónigo, muchas instituciones de caridad y de piedad que visitareis con interes. Tales son la *pia ca-*

1 Un viajero moderno refiere el mismo hecho en iguales términos.

sa di Lavoro 1, el hospicio *Bigallo* y la casa *pia* de san Felipe Neri. Tampoco debo olvidar nuestros catequismos de perseverancia.»

A estas palabras sacó su reloj y me dijo: «El de la Santísima Trinidad se hace en este momento; si quereis verlo, no hay que perder tiempo; pero prometedme venir mañana á verme.» Yo se lo ofrecí, le dí las gracias y me fuí á toda prisa á la iglesia indicada. El clero parroquial, oculto tras del altar, salmodiaba las vísperas á media voz, mientras que en medio de la nave comenzaba el catequismo de perseverancia. Era numeroso, recojido y compuesto de niños de doce á veinte años. Encontrar en Italia la institucion á que habia yo consagrado diez años de mi vida; verme en una de aquellas interesantes reuniones, á la misma hora en que otros niños, muy queridos de mi corazón, participaban del mismo ejercicio, recibían la misma instruccion, fué para mí, lo confieso, una sorpresa muy agradable. Me ocupaba yo de encomendar á Dios á los niños, al catequismo italiano, y al catequismo frances, cuando advertí que iba á sorprenderme la noche; y fué necesario salir aun con el temor de no volver á encontrar el camino para volver á *Porta-Rosa*.

29 DE NOVIEMBRE.

Mé dia fiesta de san Andres.—*Pia casa di Lavoro*.—Hospicio *Bigallo*.—*Pia casa* de san Felipe.—Hospicio de los Inocentes.—*Sasso del Dante*.—Biblioteca Laurenciana.—*Pandectas pisanas*.—Tumba de Miguel Anjel, de Galileo, de Maquiavelo, de Pic de la Mirandola.—Anécdota.

Hoy todavía en Italia, como ántes en Francia, hay mé dias fiestas. En estos dias se permite el trabajo, pero hay obligacion

1 *Piadosa casa del Trabajo*.

de oír misa. La de san Andres es una média fiesta, y debia celebrarse al día siguiente. Al atravesar yo la plaza del Mercado, un muchacho como de doce años vino corriendo á echarse sobre mi sotana y me dijo: «Padre, *z'è obliqo di messa oggi?* Padre, ¿hay obligacion de oír hoy la misa?—Hoy, nó; pero mañana sí. Despues de haberme besado la mano, se fué gustoso á cuidar su pequeña tienda. Al día siguiente, estaba al pié del altar asistiendo con una multitud del pueblo al santo sacrificio. ¡Virtuoso niño que Dios bendiga! tu conducta me edificó y me sentí dichoso cuando pude decir al seguir mi camino: aquí se toman todavía de una manera seria y respetuosa las leyes de la Iglesia, aun aquella cuya obligacion parece ménos rigurosa, y que la distraccion del trabajo puede hacer olvidar más fácilmente. ¡Oh Francia! ¿hasta cuándo dejarás de hacer llorar á tu madre y sonrejar á tus hijos?

Aprovechando las indicaciones que nos habian sido dadas la vispera, nos dirigimos á la *pia casa di Lavoro*. Este establecimiento, uno de los más bellos de Italia, recibe á la vez sanos é inválidos, mendigos enviados por la autoridad, é indijentes que van allí voluntariamente á buscar trabajo. El número total varia de 600 á 900. La clasificacion y separaciones correspondientes están allí bien establecidas. Se enseñan diversos oficios. Hay talleres para tejedores, sastres, zapateros, cardadores de lana, sedas, algodón, para fabricantes de telas de lana, de seda, cintas, gorras rojas para el Levante. Una parte de los productos se vende en la casa, y otra por los comerciantes que la piden. Los dos tercios del valor se reservan para el establecimiento, y el otro para los trabajadores. La disciplina es allí á la vez suave y severa.

No léjos de allí, admiramos la caridad católica en otros dos teatros. El hospicio

Bigallo, fundado por Cosme I, es el asilo de los niños á quienes la miseria de sus padres deja sin educacion; miéntras que la *pia casa* de san Felipe Neri, recoje á los niños que andan vagando por las calles, y los arranca de los peligros que produce la ociosidad. La caridad va mas léjos todavía, y los niños que aun están en la cuna, son objeto de su intelijente solicitud. Con gran gusto visitamos el hospicio llamado de los *Inocentes*. Fundado en 1421 y construido segun los diseños del célebre Brunelleschi, reúne la casa de maternidad destinada á los niños expósitos, mantiene 4,000 de estas pequeñas criaturas, y provee á los gastos de su educacion hasta los diez años para los hombres, y diez y ocho para las mujeres.

La Toscana cuenta doce grandes hospicios, colocados en las principales ciudades y destinados á recojer á los niños abandonados. Allí se recibe y se permite la devolucion del expósito, pero está prohibido depositar hijos lejitimos. No se les puede admitir en el hospicio, sino en caso de una urgencia notoria; por ejemplo, si la madre no tiene con que alimentarles, ó si han perdido á sus padres y estos eran único apoyo de la familia. Estas circunstancias deben estar acompañadas de una verdadera miseria, testificada por el cura, el médico y el juez de la provincia; por el comisario de cuartel en la capital, y por el *gonfalonier* 1 de la comuna ó municipalidad en lo que á cada uno corresponde. Los niños están á cargo de la caridad pública hasta la edad de catorce años, las niñas hasta los diez y ocho. Todos permanecen bajo la tutela de los administradores; para las niñas acaba hasta los veinticinco años. La familia á quien se ha confiado un niño

1 Un magistrado de Florencia. Este cargo fué erijido como perpétuo en 1502; pues antes no se ejercia sino por dos meses cada año. (N. del T.)

abandonado á quien ha guardado y cuidado, si es un niño, hasta los 14 años, y una niña hasta los diez y ocho, instruyéndole en una útil profesion, recibe una gratificacion de 70 libras. Las niñas cuya conducta es intachable, reciben una dote al tiempo de su matrimonio 2.

Nuestras interesantes visitas nos habian llevado hasta cerca de la catedral, en donde observamos al pasar el *Sasso* (asiento) *del Dante*. Es un mármol que indica el lugar en que el ilustre poeta iba á sentarse para tomar el fresco é inspirarse á la vista de la sublime *Duomo* Catedral. Cualquier hombre del pueblo os enseña el *Sasso di Dante* y os refiere su origen; tan popular así es el Dante en Italia, y sobre todo en Florencia! Hé ahí una buena leccion para nuestros autores clásicos. Miéntras que los cantores modernos del Olimpo y del Pantheon, son desconocidos de la multitud en su propio pais, el poeta católico, sobrevive despues de cuatrocientos años; y los *facchini* de Florencia y los *lazzaroni* de Nápoles, y los *gondoleros* de Venecia, repiten todavía sus cantos populares. La bella iglesia de *santa Maria Novella*, tan rica en recuerdos, solo nos detuvo un momento, obligados como estábamos á volver á ver al excelente canónigo B. . . . El nos dió sobre el asunto que nos habia ocupado la vispera, nuevos pormenorizados informes, confirmados por un gran número de hechos. Su juicio correspondió perfectamente á la opinion que nos habíamos formado en Génova del estado actual de Italia. En Florencia existe viva y encarnizada, la lucha del bien y del mal. Bajo las clases letradas que corroe el carbonarismo anticristiano y antisocial, teneis poblaciones en quienes la savia de la fé corre todavía pura de toda mezcla; desórdenes en las costumbres co-

2 Véase á Mr. Gerardo Benef. pub. t. II. páj. 173-404; t. III. páj. 541.

mó en todas partes, pero remordimientos y conversiones; allí se ven solo por vía de excepcion el respeto humano y la impenitencia final.

Habiéndonos despedido de nuestro venerable *amigo*, entramos á la biblioteca Laurenciana. Ella presenta á la curiosidad del bibliófilo las famosas pandectas *Pisanas*, manuscrito del siglo VI, en perfecta conservacion; un *Virgilio* manuscrito del siglo cuarto; en fin, un *Horacio* que perteneció á Petrarca y sobre el cual puso el célebre poeta una palabra de su mano indicando á quien de sus herederos legaba aquella obra. La mayor parte de los manuscritos están fijos á las papeleras con cadenas de fierro: antiguo uso que se debe á los benedictinos y que aseguró la conservacion de mas de una obra maestra. Otra cadena mas fuerte que la primera, hacia que la obra quedase siempre fija á la papelería, del monje laborioso: era la excomunion. Sí, en aquellos tiempos antiguos que siguieron á la invasion de los bárbaros, la excomunion se imponia á cualquiera que pusiera fuera de su lugar un manuscrito; tan viva así era la solicitud de la iglesia para prevenir la mutilacion ó la pérdida de las obras del jenio antiguo, de las cuales no existia acaso ninguna copia. ¡Y se dice en nuestros días: la iglesia es enemiga de las luces!

Atravesando una pequeña parte de la ciudad, llegamos á la bella iglesia de *Santa Cruz*. Allí se encuentran ilustres tumbas; la de Miguel Anjel, la de Galileo, un sarcófago elevado al Dante hace algunos años, y por fin el mausoleo de Maquiavelo, con la siguiente inscripcion de gusto italiano:

Tanto nomini nullum par elogium
(No hay elojio digno de tan gran nombre).

La iglesia de *san Marcos*, especie de gran fábrica, nos enseña la tumba del célebre Pic de la Mirandola. La vista de

este monumento recuerda una anécdota relativa al famoso filósofo. Pródigo de ciencia y memoria, Pic de la Mirandola habia anunciado que sostendría tesis públicas sobre todos los conocimientos que son del resorte del espíritu humano, *de omne scibili (de todo lo que se puede saber)* un gracioso añadía: *Et de quibusdam aliis. (Y de algunas otras)*. Llegado el día del ejercicio, se cuenta que un hombre del pueblo puso coto al presuntuoso sabio, rogándole le dijese cuántas peticiones habia en las letanías de la Santísima Virgen.

30 DE NOVIEMBRE.

Tribuna de Galileo.—¿Por qué fué condenado Galileo?—¿A qué fué condenado?—Salida para Roma.

Desde por la mañana las iglesias estaban llenas de jente. La fiesta de san Andrés reunía al pié de los altares una numerosa muchedumbre, cuyo recojimiento fué para nosotros un motivo de edificación. Al piadoso espectáculo siguió la visita al gabinete de Historia natural y á la Tribuna de Galileo. En este último edificio, especie de rotonda de gran magnificencia, se conservan los instrumentos que servian al célebre astrónomo para apresurar el descubrimiento de la revolucion astronómica y afirmar el sistema que todo el mundo conoce. Aquellos telescopios, aquellas brújulas, aquellos cuadrantes, tocados por la mano del jenio, inspiran no sé que profundo sentimiento de respeto hácia el hombre y de reconocimiento hácia Dios. ¡Alma humana, cuán noble eres! ¡Dios de las ciencias, cuán bueno sois en haber comunicado á vuestra débil criatura una parte tan bella de intelijencia!

Pero ¿no ha turbado Roma, por un injusto anatema, el concierto de alabanzas

dado al inmortal astrónomo? ¿no ha quedado sofocar esa brillante luz? ¿no ha condenado, en fin, sin razon un descubrimiento que extiende hasta los infinito los límites de la razon? Estas cuestiones, ó por mejor decir, estas acusaciones repetidas por tantas bocas con un acento de triunfo, vuelven naturalmente al espíritu en los lugares de donde salió el asunto del debate. Gracias á Dios, no hay necesidad de justificar la sentencia del tribunal apostólico. Sobre este punto, como sobre muchos otros, los protestantes mismos, han reducido á su justo valor las necias diatribas de la filosofía 1. Además, la injusta condenacion de Galileo por el santo Oficio, es un error de tal modo adherido á las cabezas, que puede sea útil exponer brevemente esta causa simple antigua y siempre nueva.

En Módena el sabio abate Baraldi, nos habia hecho una indicacion de las *Memoorias y cartas hasta ahora inéditas ó sueltas de Galileo-Galilei*, publicadas por Venturi en Módena en 1818 y 1821, así como

1 Se cita á Galileo como condenado y perseguido por el Santo Oficio, por haber enseñado el movimiento de la tierra sobre sí misma. Felizmente hoy está probado por las cartas de Guichardin y del marqués Nicolini, embajador de Florencia, ambos amigos, discípulos y protectores de Galileo; por las cartas manuscritas y por las obras de Galileo mismo, que despues de un siglo han impuesto al público de este hecho, que este filósofo no fué perseguido como *buen astrónomo*, sino como *mal teólogo*, por haber querido mezclarse en explicar la Biblia. Sus descubrimientos le suscitaron sin duda celosos enemigos; pero su tenacidad en querer conciliar la Biblia con Copérnico que le dió jueces, y su petulancia fué la única causa de sus pesares. Fué puesto no en las prisiones de la inquisicion, sino en el departamento del fiscal, con plena libertad de comunicarse con los de fuera. En su defensa no se trató del fondo de su sistema, sino de su pretendida conciliacion con la Biblia. Despues de ca la la sentencia y de exijida la retractacion, Galileo fué dueño de volver á Florencia. Estas instrucciones se deben á un protestante, Mallet-Dupan que apoyado en documentos originales ha justificado así á la corte romana. *Mercurio* del 17 de Julio de 1784, núm. 29.

las *Cartas de Francisco Nicolini*, embajador de Toscana en Roma, al juez Andres Cioli, secretario de Estado del gran duque, y que contienen la *historia diplomática, día por día, de Galileo en Roma durante su proceso*. De estas piezas orijinales, escritas unas por Galileo mismo, y otras por Nicolini, su amigo y admirador, resulta en cuanto al asunto de la condenacion:

Primero.—Que Galileo no fué de ningun modo condenado por haber sostenido el movimiento de la tierra.

Segundo.—Ni por haber sostenido que la tierra está en movimiento á través de los aires y en colision con ellos, opinion demostrada ya como falsa por Bacon, Newton, Laplace y por los progresos de la ciencia.

Tercero.—Sino por haber querido establecer, por la Sagrada Escritura, y transformar el dogma, una hipótesis astronómica, entónces muy demostrada y despues abandonada, al ménos en parte, como absurda ó insostenible: de donde resulta, que en vez de maldecir al tribunal que fué el primero en condenar esta pretension, es necesario admirarle y bendecirle. ¿No es en efecto hacer al jenio un eminente servicio defenderlo contra sus propios extravíos? Y prohibir que se imponga á la razon una opinion dudosa, como si fuese sagrada ¿no es proteger dignamente la libertad humana? Tal fué la conducta del Santo Oficio romano en el negocio de Galileo.

Vamos á las pruebas: "El aire, escribe Galileo, como cuerpo libre y fluido, poco sólidamente unido á la tierra, no parece estar en la necesidad de obedecer á su movimiento, al ménos mientras las rugosidades de la superficie terretre no lo arrastran y llevan con ella una porcion que les es contigua, la cual no excede mucho á las mas altas cimas de las montañas; cuya porcion

de aire deberá oponer tanta ménos resistencia á la revolucion terrestre, cuanto mas llena esté de vapor, de humo y de exhalaciones, todas materias que participan de las cualidades de la tierra y por consiguiente adaptables á sus mismos movimientos" 1.

En seguida entramos á las explicaciones del flujo y reflujo del mar, Galileo lo atribuye á la rotacion diurna de la tierra sobre el eje, y de ningun modo á la presion de la luna, como quiere Kepler, de quien se burla amargamente. Laplace viene á su turno, rodeado del cortejo de todos los astrónomos y dice: "Los descubrimientos ulteriores han confirmado la opinion de Kepler y destruido la explicacion de Galileo, que repugna á las leyes del equilibrio del movimiento de los fluidos." 2

Ahora, estas opiniones reconocidas hoy como falsas por hombres de ciencia, Galileo queria, segun la tendencia de la época, apoyarlas en los oráculos divinos de la Escritura y en las decisiones de la Iglesia, con el fin de hacerlas prevalecer, "El exijió, dice Guichardin, su amigo y embajador en Roma, en su carta de 4 de Marzo de 1816, que el papa y el Santo Oficio declarasen este sistema de Copérnico fundado en la Biblia." En una carta á la duquesa de Toscana, se esfuerza en probarlo teológicamente y en enseñar que está tomado del Génesis. Se trata del sistema de Copérnico, entendido como lo entendia Galileo; porque, lo que hace al sistema en sí, Roma dejó siempre la libertad para sostenerlo. Debemos tambien á la sollicitud de los papas la publicacion del libro de Copérnico, dedicado á Paulo III.

De las mismas piezas orijinales resulta, en cuanto á las penas impuestas á Galileo.

1 Diálogos, IV dia, p. 311.

2 *Exposicion del sistema del mundo*. lib. IV c. II.

Primero.—Que no se le sacaron los ojos, como pretende Montucla.

Segundo.—Que no fué puesto en calabozo, como se avanza á decir Bernini.

Tercero.—Que no tuvo cadenas en los piés, como dicen ciertos cuadros de nuestros museos.

Cuarto.—Que no se tocó á ninguna de sus facciones, ni á sus miembros, ni á sus ojos, sino que se tuvieron con él todos los miramientos y cuidados debidos á su jenio y á su salud; que despues de haber ocupado durante el juicio, las habitaciones mismas del fiscal, despues del juicio, se trasladó á la deliciosa villa *Médicis*, en donde fué rodeado durante cinco meses de las atenciones mas delicadas, teniendo por morada el palacio de su mejor amigo Monseñor Piccolomini, arzobispo de Sienna, esperando que la peste que desolaba á Florencia le permitiese volver á su patria y entregarse á nuevos estudios.

Citemos aun otros testimonios. Venido de Florencia, llegó á Roma el 15 de Febrero de 1633, y se alojó allí en casa de su amigo Francisco Nicolini, embajador de Toscana. En el mes de Abril se puso á disposicion del comisario del Santo Oficio, "que, segun la expresion de Nicolini, le hizo la acogida mas benévola, y le asignó por morada la propia cámara del fiscal del tribunal. Se le permitió que su criado le sirviese y durmiese cerca de él y que mis criados le llevasen de comer y se volviesen á casa por mañana y tarde." Tres dias despues de pronunciada la sentencia, el 24 de Junio, el embajador le condujo al jardín de la Trinidad de los Montes llamada entónces villa *Médicis*, ocupado hoy por la academia de Francia. Despues de cinco meses de permanencia en Roma, pasó Galileo á Sienna al palacio del arzobispo Piccolomini, y cuando cesó la peste que desolaba á Florencia, pudo al cabo de tres meses poco mas ó menos volver á la

villa de Arcetri, donde le sorprendió la muerte el 8 de Enero de 1642.

Galileo mismo escribia al padre Receneri, su discípulo. "El papa me creia digno de su estimacion; fui alojado en el delicioso palacio de la Trinidad de los Montes. Cuando llegué al Santo Oficio dos dominicos con gran finura me dijeron que hiciese mi apolojía. Para castigarme, se prohibieron mis *Diálogos*, y se me ha despachado despues de cinco meses de permanencia en Roma. Como reinaba la peste en Florencia, me asignaron por habitacion el palacio de mi mejor amigo, monseñor Piccolomini, arzobispo de Sienna, en donde he gozado de una tranquilidad plena. Hoy estoy en mi posesion de Arcetri, y respiro el aire puro de mi querida patria 1." ¡Pobre mártir!

Despues de habernos edificado doblemente con la buena fe de ciertos escritores y con la crueldad del tribunal de la inquisicion, dejamos la tribuna de Galileo para ocuparnos de nuestros preparativos de viaje. Esa misma noche debíamos salir para la ciudad eterna. Fiel imájen de la peregrinacion del hombre sobre la tierra, la vida del viajero se resume en dos palabras: llegar y partir. Los pocos momentos de descanso de que está sembrada, no son mas que una fugitiva parada, algunas veces un triste vivac y siempre un campamento. Despues de habernos citado en Roma con nuestros compatriotas alojados en el mismo hotel, subimos al coche... para la capital del mundo. Eran las ocho de la noche.

1 Obras citadas ántes.

1.º DE DICIEMBRE.

Sienna.—Catedral.—Recuerdos de santa Catalina.—De san Bernardino.—De Cristóbal Colon.—Iglesia de Fonte-Giusta.—Establecimiento de mendicidad.—Capilla solitaria.—Idea de nuestro equipaje.—Radicefani.—Recuerdos de Pio VII.

El que exajera miente. Lo mismo que todos los mortales, el florentino no nos parece exento de este defecto. El fabricante de inscripciones en lápidas y el mercader de cerillos nos habian dado una prueba de ello. A los empresarios de diligencias estaba reservado suministrarnos otra, aunque se debe confesar que en Francia esta última clase cuenta muchos florentinos. Ya quiero que entre ellos la imaginacion guie á la lengua, que engañen sin mentir; pero no es ménos cierto que el viajero no vicio, cuya inocencia no sabe disminuir el valor de sus palabras, ó el filósofo cuya severa razon mira la expresion como ecuacion del pensamiento, marchan de sorpresa en sorpresa. Se nos habia prometido, afirmado, jurado que en treinta y seis horas haríamos el trayecto de Florencia á Roma; pues bien, habia en la velocidad una exajeracion de diez horas.

Al despertar el dia estábamos en Sienna. La antigua *Sena Julia*, sucesivamente baluarte de los Etruscos, colonia romana bajo Augusto, república poderosa de la Edad-Média y rival de Florencia, se dibuja graciosamente sobre la pendiente de una verde colina. Sus casas y sus calles en anfiteatro descienden hasta la llanura y dejan ver por completo su fisonomía austera pero agradable. Desde el punto culminante se alza la catedral, una de las mas antiguas y espléndidas de Italia. En su conjunto se remonta al siglo XIII. Sus muros, incrustados de mármol blanco y

negro, su cúpula exagonal, sus esculturas de madera, su pavimento de mosaico, el mas admirable que se conoce, su bóveda azul sembrada de estrellas de oro, sus soberbias vidrieras del siglo XVI, sus bustos pontificales desde san Pedro hasta Alejandro III, sus magníficos libros de coro, con esmalte de oro y azul, tienen con que satisfacer la intelijente curiosidad del artista.

El cristiano no se detiene en esto; su corazon se alimenta con los grandes recuerdos que le trae esta iglesia. El de santa Catalina de Sena domina á todos los demas. No se puede, en efecto, pensar en otra cosa que en aquel ángel de dulzura, de inocencia, de paciencia, cuyo corazon abrazaba todas las miserias públicas y particulares para aliviarlas. Reina de su siglo por el ascendiente de su virtud, Catalina participó, como san Bernardo, de la gloria de tener en sus manos los destinos de la Europa. "La paz, le dijo un dia el papa Gregorio XI, es el único objeto de mis deseos. Pongo este encargo en vuestras manos; os recomiendo solamente el honor de la Iglesia." Muerta en Roma el 29 de Abril de 1380, á la edad de 33 años, descansa en la Iglesia de la Minerva. Su venerable cabeza fué llevada á Sena, en donde nó ha cesado despues de cinco siglos, de ser objeto de los más brillantes homenajes.

San Bernardino de Sena, el muy amado de la Santísima Virjen, se presenta tambien al viajero católico. Nacido el año mismo en que murió santa Catalina, fué destinado por la Providencia á seguir la obra de su gloriosa compatriota. Al contemplar esas figuras celestes, gloria eterna de la ciudad de Sena, el corazon se dilata; pero bien pronto se oprime cuando al salir de la catedral se ven aparecer dos figuras como dos siniestros fantasmas. La Borgoña, que produjo á Bossuet, produjo

Primero.—Que no se le sacaron los ojos, como pretende Montucla.

Segundo.—Que no fué puesto en calabozo, como se avanza á decir Bernini.

Tercero.—Que no tuvo cadenas en los piés, como dicen ciertos cuadros de nuestros museos.

Cuarto.—Que no se tocó á ninguna de sus facciones, ni á sus miembros, ni á sus ojos, sino que se tuvieron con él todos los miramientos y cuidados debidos á su jenio y á su salud; que despues de haber ocupado durante el juicio, las habitaciones mismas del fiscal, despues del juicio, se trasladó á la deliciosa villa *Médicis*, en donde fué rodeado durante cinco meses de las atenciones mas delicadas, teniendo por morada el palacio de su mejor amigo Monseñor Piccolomini, arzobispo de Sienna, esperando que la peste que desolaba á Florencia le permitiese volver á su patria y entregarse á nuevos estudios.

Citemos aun otros testimonios. Venido de Florencia, llegó á Roma el 15 de Febrero de 1633, y se alojó allí en casa de su amigo Francisco Nicolini, embajador de Toscana. En el mes de Abril se puso á disposicion del comisario del Santo Oficio, "que, segun la expresion de Nicolini, le hizo la acogida mas benévola, y le asignó por morada la propia cámara del fiscal del tribunal. Se le permitió que su criado le sirviese y durmiese cerca de él y que mis criados le llevasen de comer y se volviesen á casa por mañana y tarde." Tres dias despues de pronunciada la sentencia, el 24 de Junio, el embajador le condujo al jardín de la Trinidad de los Montes llamada entónces villa *Médicis*, ocupado hoy por la academia de Francia. Despues de cinco meses de permanencia en Roma, pasó Galileo á Sienna al palacio del arzobispo Piccolomini, y cuando cesó la peste que desolaba á Florencia, pudo al cabo de tres meses poco mas ó menos volver á la

villa de Arcetri, donde le sorprendió la muerte el 8 de Enero de 1642.

Galileo mismo escribia al padre Receneri, su discípulo. "El papa me creia digno de su estimacion; fui alojado en el delicioso palacio de la Trinidad de los Montes. Cuando llegué al Santo Oficio dos dominicos con gran finura me dijeron que hiciese mi apolojía. Para castigarme, se prohibieron mis *Diálogos*, y se me ha despachado despues de cinco meses de permanencia en Roma. Como reinaba la peste en Florencia, me asignaron por habitacion el palacio de mi mejor amigo, monseñor Piccolomini, arzobispo de Sienna, en donde he gozado de una tranquilidad plena. Hoy estoy en mi posesion de Arcetri, y respiro el aire puro de mi querida patria 1." ¡Pobre mártir!

Despues de habernos edificado doblemente con la buena fe de ciertos escritores y con la crueldad del tribunal de la inquisicion, dejamos la tribuna de Galileo para ocuparnos de nuestros preparativos de viaje. Esa misma noche debíamos salir para la ciudad eterna. Fiel imájen de la peregrinacion del hombre sobre la tierra, la vida del viajero se resume en dos palabras: llegar y partir. Los pocos momentos de descanso de que está sembrada, no son mas que una fugitiva parada, algunas veces un triste vivac y siempre un campamento. Despues de habernos citado en Roma con nuestros compatriotas alojados en el mismo hotel, subimos al coche... para la capital del mundo. Eran las ocho de la noche.

1 Obras citadas ántes.

1.º DE DICIEMBRE.

Sienna.—Catedral.—Recuerdos de santa Catalina.—De san Bernardino.—De Cristóbal Colon.—Iglesia de Fonte-Giusta.—Establecimiento de mendicidad.—Capilla solitaria.—Idea de nuestro equipaje.—Radicefani.—Recuerdos de Pio VII.

El que exajera miente. Lo mismo que todos los mortales, el florentino no nos parece exento de este defecto. El fabricante de inscripciones en lápidas y el mercader de cerillos nos habian dado una prueba de ello. A los empresarios de diligencias estaba reservado suministrarnos otra, aunque se debe confesar que en Francia esta última clase cuenta muchos florentinos. Ya quiero que entre ellos la imaginacion guie á la lengua, que engañen sin mentir; pero no es ménos cierto que el viajero no vicio, cuya inocencia no sabe disminuir el valor de sus palabras, ó el filósofo cuya severa razon mira la expresion como ecuacion del pensamiento, marchan de sorpresa en sorpresa. Se nos habia prometido, afirmado, jurado que en treinta y seis horas haríamos el trayecto de Florencia á Roma; pues bien, habia en la velocidad una exajeracion de diez horas.

Al despertar el dia estábamos en Sienna. La antigua *Sena Julia*, sucesivamente baluarte de los Etruscos, colonia romana bajo Augusto, república poderosa de la Edad-Média y rival de Florencia, se dibuja graciosamente sobre la pendiente de una verde colina. Sus casas y sus calles en anfiteatro descienden hasta la llanura y dejan ver por completo su fisonomía austera pero agradable. Desde el punto culminante se alza la catedral, una de las mas antiguas y espléndidas de Italia. En su conjunto se remonta al siglo XIII. Sus muros, incrustados de mármol blanco y

negro, su cúpula exagonal, sus esculturas de madera, su pavimento de mosaico, el mas admirable que se conoce, su bóveda azul sembrada de estrellas de oro, sus soberbias vidrieras del siglo XVI, sus bustos pontificales desde san Pedro hasta Alejandro III, sus magníficos libros de coro, con esmalte de oro y azul, tienen con que satisfacer la intelijente curiosidad del artista.

El cristiano no se detiene en esto; su corazon se alimenta con los grandes recuerdos que le trae esta iglesia. El de santa Catalina de Sena domina á todos los demas. No se puede, en efecto, pensar en otra cosa que en aquel ángel de dulzura, de inocencia, de paciencia, cuyo corazon abrazaba todas las miserias públicas y particulares para aliviarlas. Reina de su siglo por el ascendiente de su virtud, Catalina participó, como san Bernardo, de la gloria de tener en sus manos los destinos de la Europa. "La paz, le dijo un dia el papa Gregorio XI, es el único objeto de mis deseos. Pongo este encargo en vuestras manos; os recomiendo solamente el honor de la Iglesia." Muerta en Roma el 29 de Abril de 1380, á la edad de 33 años, descansa en la Iglesia de la Minerva. Su venerable cabeza fué llevada á Sena, en donde nó ha cesado despues de cinco siglos, de ser objeto de los más brillantes homenajes.

San Bernardino de Sena, el muy amado de la Santísima Virjen, se presenta tambien al viajero católico. Nacido el año mismo en que murió santa Catalina, fué destinado por la Providencia á seguir la obra de su gloriosa compatriota. Al contemplar esas figuras celestes, gloria eterna de la ciudad de Sena, el corazon se dilata; pero bien pronto se oprime cuando al salir de la catedral se ven aparecer dos figuras como dos siniestros fantasmas. La Borgoña, que produjo á Bossuet, produjo

á Piron I. Madre feliz de san Bernardino y de santa Catalina de Sena, dió la vida á Bernardino Ochín, capuchino exclaustro, reformador al modo de Lutero; y á Sócinó, padre de la repugnante secta que lleva su nombre.

El tiempo nos permitió visitar, además de la catedral, la bella iglesia de *Fonte-Giusta*. Allí se encuentra la famosa sibila de Peruzzi, anunciando á Augusto el advenimiento de Nuestro Señor. Rafael mismo no ha excedido á aquella obra maestra. A su lado se vé un *ex-voto* verdaderamente ilustre; es el gran hueso de ballena, el pequeño escudo de madera rodeado de fierro, y la espada consagrada por Cristóbal Colon á su vuelta del Nuevo Mundo, en testimonio de la veneración que desde su juventud había tenido á la *madona de Fonte-Giusta*, cuando estudiaba en la universidad de Sena, y del milagroso socorro que de ella obtuvo en un naufragio. Ciudad piadosa y caritativa, Sena ofrece también á la atención del viajero su hermoso establecimiento de mendicidad. Fundada y mantenida por el jeneroso concurso de los habitantes, esta preciosa casa, que Francia debe envidiar á Italia, recoge á los indijentes válidos de uno y otro sexo; los ocupa durante el día solamente, de las ocho de la mañana á las ocho de la noche, y les da en recompensa el alimento, el vestido, y una corta retribución.

Dejamos á Sena, admirando la bella pronunciación de sus habitantes. Por la primera vez habíamos oído *la lengua toscana en boca romana*.

Como á las nueve de la mañana, á tiempo de bajar rápidamente al fondo de un valle, un agradable espectáculo vino á fijar nuestra atención. A un lado del camino se

1 Poeta francés nacido en Dijon en 1689 y murió en París en 1773, cuya obra maestra es la *Métrométrie*, comedia en cinco actos. El mismo de sus escritos le cerró las puertas de la Academia. (N. del T.)

levantaba una pequeña capilla solitaria. Desde su puerta como hasta el medio del camino, estaban piadosamente arrodillados ancianos, jóvenes, mujeres y niños; un sacerdote decía la misa en el templo campestre. Semejantes á los israelitas, habitantes del desierto que precedían á la aurora para recoger el maná, celeste viático de su jornada, aquellos buenos aldeanos, hijos de aquel que alimenta á los pajarillos de la selva y á la humilde yerba de los valles, venían á llamar la bendición sobre su trabajo, y á pedir el doble alimento necesario, del alma y del cuerpo, para seguir su viaje hácia la aterna patria. De todo corazón unimos nuestras oraciones á las de aquellos hermanos á quienes no habíamos visto nunca, y que un instante después ya habíamos dejado de ver, porque el carruaje, imájen fiel del tiempo, nos llevaba entonces con la rapidez del relámpago.

Ved al humilde canónigo que escribe estas líneas, viajando como las testas coronadas, con seis caballos tirando del carruaje, dirigidos por tres posillones con vestidos de colores. En la llanura éramos dignos de ver; no sucedía lo mismo en las montañas. Dos bueyes de refresco, de color gris, con cuernos desmesuradamente largos, venían á prestarnos su útil servicio. Estos pacíficos cuadrúpedos, que conducían un campesino como si fueran osos, con una cadena que les pasaba por las narices, daban á nuestro equipo la fisonomía real de que habla Boileau en aquello de: *Quatre bœufs attelés, d'un pas tranquille et lent, Promenaient dans Paris le monarque indolent.*

Quatro bueyes enganchados, con paso tranquilo y lento, Pasaban por París al monarca indolente.

De todos modos, si nuestro tren hubiese atravesado alguna de nuestras ciudades de Francia, todo el mundo se hubiera apiñado en las ventanas para verlo pasar; y sin duda ninguna, se nos habría tomado

por príncipes ó por charlatanes. Sin embargo, gracias á Dios, no éramos ni uno ni otro. ¿Cuándo, pues, aprenderemos á no juzgar por las apariencias?

Obligados á subir y á bajar continuamente, al fin llegamos en la tarde á Radicofani. Esta aldea, mal edificada, en medio de las rocas, sobre una cima de los Apeninos, dominando en 2,515 piés al nivel del mar, ocupa el cráter de un antiguo volcan. Las laderas y el vértice de la triste montaña están cubiertas de capas de lava sobrepuestas en el mayor desorden. Nada hay tan desolado como aquella tierra, en donde el rocío del cielo y los sudores del hombre, no han podido hacer crecer ni la menor planta. Durante diez horas de camino, habíamos tenido el mismo espectáculo, lo cual nos obligó á terminar nuestra jornada por el refrán que todo lo justificaba entonces:

Tout ne m'a pas séduit dans la belle Italia.

No todo me ha seducido en la bella Italia.

No obstante, habíamos hecho mal en quejarnos. ¿Pues qué el venerable Pio VII, violentamente arrancado de su palacio, despojado de todo, sin dinero y sin ropa, encerrado con llave en un coche, conducido como si fuese un malhechor por los jendarmes del imperio, no había recorrido ese mismo camino durante los abrasadores calores de Julio? ¿No habíamos visto el funesto lugar en que habiase volcado el coche? ¿No íbamos á bajar al mismo albergue, al mismo cuarto en que el augusto prisionero había descansado sus miembros devorados por la fiebre? Después de un descanso de algunas horas, volvimos á emprender nuestro camino á través de las montañas.

1 Vida de Pio VII por Artaud, t. 1, pág. 230.

2 DE DICIEMBRE.

Belarmino.—Pontecentino.—Acqua pendente.—Bosenal.—Milagro.—Montefiascone.—Anécdote.—Recuerdo del cardenal Maury.—Via Casiana.—Lago Naviso.—Viterbo.—El B. Crispino.—Santa Rosa.—Monterosi.—Aparición de la cruz de san Pedro.—Campo romano.—Puente Molle.—Entrada á Roma.

De las tristes poblaciones recorridas la víspera, había salido sin embargo un hombre, cuya gloriosa y santa memoria regocija al mundo católico. A dos leguas del camino, hácia la izquierda, aparece Monte Pulciano; patria del inmortal Belarmino, gloria del sacro colejio, honra de la compañía de Jesus, azote de los herejes, y campeón de la Iglesia en el siglo XVI.

Más allá de Radicofani sigue el camino haciéndose muy difícil. Trazado sobre la cima, ó á un lado de las montañas, atraviesa una profunda barranca desierta, animada por el ruido de los torrentes, rodeada de bosques y de rocas que forman el imponente límite de la Toscana y de los Estados pontificios. En la orilla opuesta se encuentra Pontecentino, la *Sentina* de los romanos. La Aduana examinó severamente nuestros libros y papeles. Una suma de santo Tomas *contra jentes*, que yo tenía en mi maleta, ocupó largo tiempo al jefe del puesto. No me quejé de ello. Nada me parece más social que esas precauciones en apariencia minuciosas, para no dejar pasar ninguna obra mala. No es porque Roma tema las luces, nó, sino porque teme la peste; y ¿qué peste más peligrosa que un mal libro? Ahora bien, ¿cuipo alguna vez en el pensamiento de un hombre racional, vituperar á un gobierno, amenazado de una enfermedad contagiosa, porque estableciese en sus fronteras cordones sanitarios? Después de haber pasa-

do el hermoso puente de la Paja, se llega á la pequeña ciudad de Acquapendente, notable sólo por la posición que ocupa sobre una altura escarpada. Cuatro leguas más distante costeamos con la claridad de la luna el delicioso lago de Bolsena, cuyas anguilas tuvieron el honor de ser cantadas por el Dante, y los primeros albos del alba iluminaron nuestra entrada en Bolsena.

Esta población de mil almas, es la antigua *Vulsinii*, una de las doce lucomonias ó capitales de los etruscos. Salud á *Vulsinii*, salud á sus ruinas, salud á sus dos mil estatuas, nobles obras maestras de un arte que ya no existe y que fueron presa de los romanos; salud á su pueblo, tan célebre por sus valerosas luchas contra los hijos de Rómulo; pero salud sobre todo al Dios de bondad que ha inmortalizado esa ciudad, revelando por un brillante prodigio su presencia real en la augusta Eucaristía. El viajero cuida de no olvidar este memorable acontecimiento perpetuado en todas edades, por todas las partes del mundo, con una solemne fiesta.

A mediados del siglo XIII, el papa Urbano IV se hallaba con todo el sacro colegio en Orvieto, cerca de Bolsena. En esta última ciudad, un sacerdote, al celebrar el santo sacrificio en la iglesia todavía existente de santa Catalina, dejó caer por descuido algunas gotas de la preciosa sangre sobre el corporal. Para hacer desaparecer las señales de este accidente, pliega y repliega el lienzo sagrado, de modo que pudiera restaurar la sangre adorable. Extiende de nuevo el corporal, y se encuentra con que la sangre ha penetrado por todos los pliegues y ha impreso por todas partes la figura de la santa hostia, perfectamente dibujada, con colores de sangre. Por orden del soberano pontífice, el lienzo milagroso se trasladó solemnemente á Orvieto, y se le guarda hoy con un profundo

respeto en la catedral 1. El relicario que lo encierra es una obra maestra de platería, adornado con pinturas de esmalte; y la catedral misma, edificada en memoria del prodigio, es uno de los más espléndidos y antiguos monumentos del arte en Italia: data de 1290. Este milagro fué uno de los motivos que, en 1262, determinaron al mismo pontífice á instituir la solemnidad del Corpus. Bolsena enseña todavía en su humilde iglesia el lugar en que corrió la sangre, y que está cubierto con una rejilla. Después de atravesar un país plano y mal cultivado, se llega muy pronto á ver á Montefiascone, el *Mons Faliscorum*. Esta pequeña ciudad, agradablemente situada sobre una colina, cuya pendiente es suave y fértil, domina una inmensa llanura, afamada por su vino. A propósito de esto, no hay un habitante del país ó un viñero que no os refiera la siguiente anécdota conocida por todos los viajeros. Un rico alemán venía de Roma, y volvía á su país. Gran aficionado al buen vino, habia dado orden á su criado de gustar el de todos los hoteles que se encontrasen en el camino. El amo aguardaba en su coche el resultado de la experiencia, y la calidad del vino le decidía á bajar ó á seguir su camino. Si el vino era bueno, el criado tenía orden de informar á su señor con la palabra *es*. ¿Era de una calidad superior? él debía decir: *es, es*. En fin, ¿era excelente? debía decir: *es, es, es*. Pues bien, el *moscatel* de Montefiascone es encontrado digno de los tres *es*. El gastrónomo alemán hizo con él tan copiosas libaciones, que murió de ellas. Para inmortalizar este hecho, tan honroso para el vino de Montefiascone como humillante para el viajero *tudesco*, se ha grabado sobre su tumba, que podéis ver en la iglesia de san Flavio, la siguiente inscripción:

1 San Antonio, tercera parte, tít. 19, c. 13, par. 1.

EST, EST, EST,
ET PROPTER NIMIUM EST
JOHANNES DE FUGER
DOMINUS MEUS
MORTUUS EST.
ES, ES, ES,
Y POR SERLO EN TAN ALTO GRADO
MURIÓ JUAN DE FUGER
MI AMO.

Montefiascone encierra otro recuerdo de un orden muy diferente. Defensor del clero, y antagonista de Mirabeau en la Asamblea constituyente, el célebre abate Maury fué obispo de esta ciudad, y para su gloria debería haberlo sido siempre. ¡Cuán débiles somos los mortales; el vino hizo perder la vida al uno; la ambición hizo enloquecer al otro!

A alguna distancia de Montefiascone, á la derecha del camino, se ve un estrecho de la vía Casiana con los restos algunos conservados de los Baños del Cónsul Mummius Niger Valerius Vigillus. No lejos de esas ruinas está el lago Naviso, que se pretende que es el antiguo *Vadicum* de los etruscos. En aquellas desoladas orillas expiró en una célebre batalla contra los romanos, la antigua nación de los etruscos, reducida desde aquella época á la triste condición de municipio.

En dos horas de marcha se llega á Viterbo, la ciudad de las bellas fuentes, situada al pié del monte Cimino, el antiguo *Cimynus*. Rodeada de altas murallas y flanqueada por torres, ofrece un agradable golpe de vista, y cuenta 20,000 habitantes. Entre sus glorias conviene colocar en primera línea al bienaventurado Crispino, pobre padre capuchino, que durante cuarenta años ejerció, con una humildad y una santidad heroicas, la penosa función de hermano limosnero del convento. Hablaré más tarde de este ilustre hijo de Viterbo, cuyo cuerpo divinamente preserva-

do de toda corrupción, es hoy uno de los milagros de Roma. Vimos con tierno interés la bella iglesia y convento de los Dominicos *di Gradi*. Allí estaban, en calidad de novicios, muchos de nuestros compatriotas jóvenes, de alta esperanza, lo selecto de esa nueva generación que en el seno de nuestra patria hace esfuerzos por romper los capullos de incredulidad y de sensualismo en que estuvo envuelta su infancia. ¿Cómo no aplaudir su noble empeño y formar los más ardientes y sinceros votos por el buen éxito de su apostólica empresa?

El convento de santa Rosa ofrece á la veneración del cristiano, el cuerpo intacto de esa heroína del siglo XIII, muerta á los diez y ocho años, no ménos querida en su país por su abnegación sublime que por sus angélicas virtudes. Entre los esplendores artísticos de la iglesia de la *Quercia* aparece la estatua milagrosa de la Santísima Virgen, sobre el antiguo roble en que se encontró suspendida. Allí, como en todas partes, numerosos *ex-voto* dan testimonio de la poderosa bondad de la Madre de las Gracias y del reconocimiento de las generaciones cristianas.

A pocas leguas de Viterbo está la aldea de Canino. Se ha hecho célebre por la retirada de Luciano Bonaparte, y por las felices excavaciones que han conducido al descubrimiento de una multitud de vasos, jarrones y estatuas etruscas: cuya aparición es una revolución arqueológica.

¿Cuál es aquella graciosa y pequeña ciudad rodeada de álamos nuevos, que se asemeja á un oasis en medio del desierto? Es Monterosi. Hé aquí la vía de Perugia que se une con la de Roma, y aquella es la vía Casiana, que anuncia la cercanía á la capital del antiguo mundo. A vista de aquellas anchas lozas, cortadas por manos romanas, los recuerdos vienen en tropel; el alma comienza á conmoverse. Se oye el

paso rápido de las legiones romanas yendo á las extremidades del mundo á plantar el estandarte de los Césares, ó volviendo cargadas con los despojos de las naciones vencidas. Después se ve que acuden los Godos, los Hunos, los Vándalos, todos aquellos enjambres de bárbaros que conocieron también el camino de Roma: temibles peregrinos que vinieron á buscar en conjunto las riquezas que los romanos habían tomado poco á poco. Ahora, al enlozar aquella hermosa vía, Casio no creía que allanaba el camino á los vencedores de su patria; y ménos sospechaba que facilitaba á los conquistadores evangélicos el medio de volar á sus nobles conquistas. Y nosotros, romanos del siglo XIX, dados enteramente á la locomotiva, ¿conocemos el misterioso porvenir de nuestros caminos de fierro y de nuestros buques de vapor? La mano que los crió no tiene otro fin que hacerlos servir á intereses puramente materiales; pero en las miras superiores de la Providencia ¿no serán los medios de acelerar y realizar en una escala inmensa la doble unidad del bien y del mal, anunciada para los últimos tiempos? Hoy, como ántes, el hombre se ajita y Dios le conduce.

En estas meditaciones estaba, cuando llegamos á las alturas de Baccano. Repentinamente un grito de alegría, el grito del marino que descubre la tierra, el grito del desterrado que saluda el suelo de su patria, el grito del peregrino que percibe á Jerusalem, salió espontáneamente de la caravana: ¡san Pedro! ¡la cúpula de san Pedro! Y todo el mundo se detiene, se prosterna y saluda con transporte la cruz triunfante que domina el más hermoso monumento levantado por el genio de los pueblos occidentales. Este espectáculo que resume á mi vista toda la historia del mundo, me produjo una especie de estremecimiento que me fué muy grato sentir, pero

que ahora me es imposible explicar. Quise saber la fecha precisa de esta solemne aparición. Al subir al coche habíamos anunciado á nuestros amigos de Francia que dentro de un mes estaríamos en Roma. Miré mi reloj; señalaba las tres ménos veinte minutos, era el día 2 de Diciembre. Un mes había corrido, día por día, minuto por minuto, desde nuestra salida de Nevers.

Por poco cristiano que uno sea, comprende que pone el pié sobre una tierra santa, y el alma quiere orar. Abrí mi breviario, y por una feliz coincidencia me tocaba rezar las primeras vísperas de san Francisco Javier, cuya fiesta era al día siguiente. ¡Con qué gusto me asocié á aquel ilustré peregrino que también había venido de Francia á Roma, y que probablemente había seguido la vía Casiana, y acaso saludado desde el mismo punto que nosotros á la ciudad eterna!

En Baccano comienza el campo romano; el ruido del mundo ha cesado: nada de habitaciones ni campos cultivados; estáis en las fronteras del desierto. Delante de vosotros se extiende una llanura sin límites, en donde andan errantes acá y acullá algunos pastores que siguen lentamente, apoyados en sus largos callados, á los rebaños de cabras y de ovejas; una tierra removida, accidentada, excavada, sobre la cual aparecen, de trecho en trecho, como los huesos emblanquecidos sobre un viejo campo de batalla, pedazos de mármol blanco, despojos de columnas, frisos rotos, tumbas arruinadas, por todas partes la imájen de la muerte. En efecto, aquella desolada llanura, que en otro tiempo fué el trono de la antigua Roma, es hoy su tumba. Y esa tumba, tantas veces secular, no ha permitido la Providencia que desapareciese bajo la mano del cultivo y de la industria. Es necesario que permanezca á la vista de las generaciones como un doble monu-

mento del terrible poder de aquella Roma pagana, prevista por Daniel bajo la figura de una bestia gigantesca, terror del mundo, que hacia rodar bajo sus piés de bronce todo aquello que sus dientes de fierro no habían pulverizado, y del poder aun más grande de Dios que la había reducido á aquel estado. El inmortal testimonio de la victoria completa aquel cuadro tan lleno de melancolía y de majestad: sobre aquella vasta tumba, en el centro de aquel inmenso panorama de ruinas, Roma cristiana aparece tranquilamente sentada, radiante de juventud y de belleza. Estos y otros muchos pensamientos que parecen nacer del suelo, preceden y preparan la entrada del viajero católico á la ciudad eterna.

Entre las ruinas que rodean el camino solitario, se distingue el sarcófago de Publius Vibius Marianus y de su mujer Rejina Máxima. Solo un error puede hacer que se le tome por el mausoleo de Nerón: el primer perseguidor del nombre cristiano, no tiene ni una tumba. A las cinco, descubrimos el Tiber iluminado por los últimos rayos del día; es siempre el río de amarillentas olas, el *fluvius Tiberis* de Virgilio. Se nos mostraba delante el Puente Molle, coronado de su vieja torre perforada á manera de arco de triunfo. ¡Qué de recuerdos suscita el antiguo monumento, uno de los más históricos del mundo! Vió al pueblo romano que acudía delante de los correos que le llevaban la noticia de la derrota de Asdrubal; á Cicerón, haciendo arrestar á los enviados de los saboyanos cómplices de Catilina; á Constantino, librando la sangrienta batalla que lo hizo señor absoluto del imperio, y al paganismo occidental, pereciendo en el Tiber con Maxencio, como el paganismo oriental espiró poco más tarde con Juliano el Apóstata en las llanuras de Persia.

Dejando á la derecha el Monte-Mario,

¹ Daniel, c. 7. 19.

y á la izquierda el Monte-Pincio, se pasa cerca de la bella rotonda de san Andrés, monumento del reconocimiento de Julio III; y muy pronto se entra á Roma por la puerta del Populo, ántes la puerta Flaminia. Mientras que los agentes de la aduana y de la policía cumplan sus deberes, nosotros saludábamos á la cruz que domina el obelisco de Augusto, y ántes de las siete ya estábamos instalados en el hotel de Francia, *Palacio-Conti*.

3 DE DICIEMBRE.

Idea de nuestro itinerario en Roma.—Visita simultánea de Roma pagana y de Roma cristiana.—Visita particular de Roma cristiana.—Visita á las cercanías de Roma y á las Catacumbas.

Nuestra primera noche en Roma nos regaló con un constipado bastante bien acondicionado, para condenarnos á un encierro de cuarenta y ocho horas; pero *no hay mal que por bien no venga*. Aprovechamos esta inoportuna detención para fijar definitivamente nuestro itinerario en la Ciudad Eterna. Hé aquí la dirección que fué adoptada y que hemos seguido.

Roma es el punto de concurso de los dos mundos, el mundo pagano y el mundo cristiano. Allí se encuentran dos ciudades, y so pena de ver mal ó de no ver nada, es preciso estudiar la una y la otra. Pero estas dos ciudades están de tal manera confundidas y como soldadas entre sí, que es muchas veces imposible separarlas y no abrazarlas en un mismo golpe de vista. Interrogar á ese Juno de doble rostro, cuando se presente á nuestras miradas, hé ahí nuestro primer cuidado. La dificultad está en saber por dónde comenzar: felizmente, la Roma de los papas se divide como la de los césares, en catorce rejiones, que coinciden en muchas partes.

paso rápido de las legiones romanas yendo á las extremidades del mundo á plantar el estandarte de los Césares, ó volviendo cargadas con los despojos de las naciones vencidas. Despues se ve que acuden los Godos, los Hunos, los Vándalos, todos aquellos enjambres de bárbaros que conocieron también el camino de Roma: temibles peregrinos que vinieron á buscar en conjunto las riquezas que los romanos habiau tomado poco á poco. Ahora, al enlozar aquella hermosa vía, Casio no creia que allanaba el camino á los vencederos de su patria; y ménos sospechaba que facilitaba á los conquistadores evangélicos el medio de volar á sus nobles conquistas. Y nosotros, romanos del siglo XIX, dados enteramente á la locomotiva, ¿conocemos el misterioso porvenir de nuestros caminos de fierro y de nuestros buques de vapor? La mano que los crió no tiene otro fin que hacerlos servir á intereses puramente materiales; pero en las miras superiores de la Providencia ¿no serán los medios de acelerar y realizar en una escala inmensa la doble unidad del bien y del mal, anunciada para los últimos tiempos? Hoy, como ántes, el hombre se ajita y Dios le conduce.

En estas meditaciones estaba, cuando llegamos á las alturas de Baccano. Repentinamente un grito de alegría, el grito del marino que descubre la tierra, el grito del desterrado que saluda el suelo de su patria, el grito del peregrino que percibe á Jerusalem, salió espontáneamente de la caravana: ¡san Pedro! ¡la cúpula de san Pedro! Y todo el mundo se detiene, se prosterna y saluda con trasporte la cruz triunfante que domina el más hermoso monumento levantado por el genio de los pueblos occidentales. Este espectáculo que resume á mi vista toda la historia del mundo, me produjo una especie de estremecimiento que me fué muy grato sentir, pero

que ahora me es imposible explicar. Quise saber la fecha precisa de esta solemne aparicion. Al subir al coche habíamos anunciado á nuestros amigos de Francia que dentro de un mes estaríamos en Roma. Miré mi reloj; señalaba las tres ménos veinte minutos, era el día 2 de Diciembre. Un mes habia corrido, dia por dia, minuto por minuto, desde nuestra salida de Nevers.

Por poco cristiano que uno sea, comprende que pone el pié sobre una tierra santa, y el alma quiere orar. Abrí mi breviario, y por una feliz coincidencia me tocaba rezar las primeras vísperas de san Francisco Javier, cuya fiesta era al dia siguiente. ¡Con qué gusto me asocié á aquel ilustré peregrino que tambien habia venido de Francia á Roma, y que probablemente habia seguido la vía Casiana, y acaso saludado desde el mismo punto que nosotros á la ciudad eterna!

En Baccano comienza el campo romano; el ruido del mundo ha cesado: nada de habitaciones ni campos cultivados; estáis en las fronteras del desierto. Delante de vosotros se extiende una llanura sin límites, en donde andan errantes acá y acullá algunos pastores que siguen lentamente, apoyados en sus largos callados, á los rebaños de cabras y de ovejas; una tierra removida, accidentada, excavada, sobre la cual aparecen, de trecho en trecho, como los huesos emblanquecidos sobre un viejo campo de batalla, pedazos de mármol blanco, despojos de columnas, frisos rotos, tumbas arruinadas, por todas partes la imájen de la muerte. En efecto, aquella desolada llanura, que en otro tiempo fué el trono de la antigua Roma, es hoy su tumba. Y esa tumba, tantas veces secular, no ha permitido la Providencia que desapareciese bajo la mano del cultivo y de la industria. Es necesario que permanezca á la vista de las generaciones como un doble monu-

mento del terrible poder de aquella Roma pagana, prevista por Daniel bajo la figura de una bestia gigantesca, terror del mundo, que hacia rodar bajo sus piés de bronce todo aquello que sus dientes de fierro no habian pulverizado 1, y del poder aun más grande de Dios que la habia reducido á aquel estado. El inmortal testimonio de la victoria completa aquel cuadro tan lleno de melancolía y de majestad: sobre aquella vasta tumba, en el centro de aquel inmenso panorama de ruinas, Roma cristiana aparece tranquilamente sentada, radiante de juventud y de belleza. Estos y otros muchos pensamientos que parecen nacer del suelo, preceden y preparan la entrada del viajero católico á la ciudad eterna.

Entre las ruinas que rodean el camino solitario, se distingue el sarcófago de Publius Vibius Marianus y de su mujer Rejina Máxima. Solo un error puede hacer que se le tome por el mausoleo de Neron: el primer perseguidor del nombre cristiano, no tiene ni una tumba. A las cinco, descubrimos el Tiber iluminado por los últimos rayos del dia; es siempre el rio de amarillentas olas, el *fluvius Tiberis* de Virjilio. Se nos mostraba delante el *Puente Molle*, coronado de su vieja torre perforada á manera de arco de triunfo. ¡Qué de recuerdos suscita el antiguo monumento, uno de los más históricos del mundo! Vió al pueblo romano que acudia delante de los correos que le llevaban la noticia de la derrota de Asdrubal; á Ciceron, haciendo arrestar á los enviados de los saboyanos cómplices de Catilina; á Constantino, librando la sangrienta batalla que lo hizo señor absoluto del imperio, y al paganismo occidental, pereciendo en el Tiber con Maxencio, como el paganismo oriental espiró poco más tarde con Juliano el Apóstata en las llanuras de Persia.

Dejando á la derecha el Monte-Mario,

1 Daniel, c. 7. 19.

y á la izquierda el Monte-Pincio, se pasa cerca de la bella rotonda de san Andres, monumento del reconocimiento de Julio III; y muy pronto se entra á Roma por la puerta del Populo, ántes la puerta Flaminia. Miétras que los ajentes de la aduana y de la policía cumplan sus deberes, nosotros saludábamos á la cruz que domina el obelisco de Augusto, y ántes de las siete ya estábamos instalados en el hotel de Francia, *Palacio-Conti*.

3 DE DICIEMBRE.

Idea de nuestro itinerario en Roma.—Visita simultánea de Roma pagana y de Roma cristiana.—Visita particular de Roma cristiana.—Visita á las cercanías de Roma y á las Catacumbas.

Nuestra primera noche en Roma nos regaló con un constipado bastante bien acondicionado, para condenarnos á un encierro de cuarenta y ocho horas; pero *no hay mal que por bien no venga*. Aprovechamos esta inoportuna detencion para fijar definitivamente nuestro itinerario en la Ciudad Eterna. Hé aquí la direccion que fué adoptada y que hemos seguido.

Roma es el punto de concurso de los dos mundos, el mundo pagano y el mundo cristiano. Allí se encuentran dos ciudades, y so pena de ver mal ó de no ver nada, es preciso estudiar la una y la otra. Pero estas dos ciudades están de tal manera confundidas y como soldadas entre sí, que es muchas veces imposible separarlas y no abrazarlas en un mismo golpe de vista. Interrogar á ese Juno de doble rostro, cuando se presente á nuestras miradas, hé ahí nuestro primer cuidado. La dificultad está en saber por dónde comenzar: felizmente, la Roma de los papas se divide como la de los césares, en catorce rejiones, que coinciden en muchas partes.

Esta division, tan útil para encontrar los sitios y los monumentos, será nuestro plano de camino, con cuyo auxilio recorreremos cada cuartel separadamente. Durante este primer viaje, tendremos siempre un pié en el paganismo y el otro en el cristianismo.

Pero en fin, se opera una redencion; á los monumentos y á las ruinas suceden las obras; aquí Roma se muestra exclusivamente cristiana. Así las instituciones romanas de caridad y de piedad, tan admirables y tan poco conocidas, nos harán comenzar una nueva investigacion, no como artistas ó arqueólogos, sino como economistas y como cristianos. Tal será nuestro segundo estudio.

Hasta aquí no salvamos el recinto de la ciudad. Sin embargo, fuera de Roma, y sobre todo en las entrañas de Roma, se encuentran otras maravillas que no deben olvidarse. Las *vilas*, las vías romanas, muchas basílicas, y por fin las inmortales catacumbas, llamarán sucesivamente nuestra piadosa y muy legítima curiosidad. Tal fué el plan jeneral de nuestras excursiones diarias. Pero comprendí que por muy claras que fuesen las guías cuyas indicaciones y explicaciones debíamos seguir, era indispensable verificar y desarrollar sus palabras. En mi espíritu, mis jornadas debieron dividirse en dos partes: la primera, dedicada á la visita de los monumentos, la segunda á las bibliotecas. Me permitiré decir que he sido fiel á esta division. Acabadas nuestras excursiones, me iba á ordenar mis apuntes á la *Minerva*. Allí debia á la buena amistad del sabio padre de Ferrari y de sus excelentes colegas, la indicacion de todas las obras necesarias para mi trabajo. Este es un homenaje de reconocimiento que me es muy grato ofrecerles.

4 DE DICIEMBRE.

Las guías de Roma.—Guías en la Roma pagana, en la Roma cristiana, en la Roma subterránea.

Un buen itinerario es, sin contradiccion, la primera condicion de buen éxito en el estudio soberanamente interesante, pero muy complicado, de la Ciudad Eterna. Además, esta condicion no basta, es preciso seguir su itinerario con inteligencia. Obligado como la víspera á estar cerca del fuego, consagré aquel nuevo día á pasar una revista á las guías capaces de ilustrar nuestras investigaciones. Ahora bien, el primer cicrone que debe acompañar á todo viajero formal, es un conocimiento profundo de la historia profana y de la historia eclesiástica; el segundo, es un trabajo asiduo. En multitud de circunstancias hay que recurrir á las fuentes primitivas, ya á fin de completar los propios conocimientos, ya á fin de rectificar nociones que la probidad literaria no permitiría dar á fé de simples recuerdos. Las fuentes de que hablo son de dos clases, segun que se estudie la Roma pagana ó la Roma cristiana. Hacerlas conocer citando las autoridades en que se apoyan, hasta en sus pormenores, las narraciones que van á leerse, no es solamente un servicio que se hace á los lectores estudiosos, sino una prueba de buena fé, y yo procuraré darla. Las noticias impertinentes de los turistas ¹, las novelas publicadas sobre Roma por escritores á la moda, así como la ignorancia y las preocupaciones de ciertas guías muy extendidas, hacen mi propósito de todo punto indispensable.

¹ Uso de la palabra turista á falta de otra más adecuada, para designar al que viaja por curiosidad y distraccion, pero sin estudio, y refiere con lijereza lo que ha visto. Imito en eso á los franceses, que han tomado del inglés la misma palabra. (N. del T.)

Entre los autores profanos hay que consultar un gran número, de que no citaré sino á los principales. En primera línea es preciso colocar á *Tito Livio*. Su *Historia*, tan preciosa para el conocimiento de las costumbres de la Roma republicana, da muchas veces la descripcion, diré topográfica, de ciertos grandes hechos cuyo teatro encuentra el viajero con gran gusto. Plutarco en sus *Questiones romanas* y en sus *Vidas* abunda en pormenores de grande interes sobre los hombres, las leyes y las cosas. Ciceron descubre en sus *Cartas á su familia*, un extremo del velo que oculta las costumbres de la vida íntima. Este velo casi lo levanta completamente Suetonio. En *Los Césares* nos pinta las costumbres del imperio y dice el origen de muchos monumentos cuyas ruinas subsisten todavía. Juvenal en sus *Sátiras*, y Marcial en sus *Epigramas*, completan la obra de sus antecesores. Viene luego *Plinio el Mayor*, que á propósito de la *Historia natural* habla de todo, en especial de la vida privada de los romanos, y de las magnificencias de la Ciudad Eterna. El amigo de Vespasiano, el director de las aguas bajo Neron, Frontino, inicia el sistema de los *acueductos*. La lectura de su tratado hace admirar con inteligencia las gigantescas obras que asombran al viajero en el Campo romano. Josefo se presenta en seguida con su *Historia de la guerra judáica*. Además de interesantes pormenores sobre las riquezas traídas de Jerusalem al templo de la Paz, da una descripcion del triunfo que no presenta más que un pequeño número de lagunas. Agregaré también á los escritores de la casa de Augusto, *Scriptores domus Augustae*, publicados y comentados por Casaubon. Se les debe la repugnante revelacion de las saturnales del palacio y de la ciudad dejenerada de los Césares. En este fango hay perlas, quiero decir, cier-

os hechos importantes que solo allí se encuentran. Es necesario no olvidar, ni á Sexto-Aurelio-Victor, ni á Onufro, ni á Marliani, ni á Canina. Sus obras presentan la fotografía de Roma, tan completa como puede esperarse despues de tantas mudanzas. Los circos y los juegos han sido descritos por Bulenger en su tratado *De Circis Romanorum*; y á Demogiosio debemos una disertacion de gran interes sobre el Panteon de Agrippa. Añadiré para concluir, que una buena parte de las nociones difundidas en los autores que acabo de nombrar, están reunidas en las *Antiquités romaines* de Gre-vius, y en el *Lexicon antiquitatum romanarum* de Pitiscus.

Tales son en jeneral los autores que pueden servir de guías al viajero en la Roma pagana.

En cuanto á la Roma cristiana, no carece tampoco de historiadores de gran nombre. Entre los que tienen derecho á este noble título, hay algunos que se ocupan al mismo tiempo de las dos ciudades. Me contentaré con nombrar á Casali, en su obra *De Splendore Urbis*; al autor de la *Roma antica, média é moderna*; la *Notizia del uno é l'altro imperio*; por fin al padre Donati. Bajo el título de *Roma Vetus*, este sabio relijioso, muerto en 1640, nos ha dejado una descripcion de Roma, mucho más exacta y mejor trabajada, que todas las que habian aparecido ántes que él. El célebre Justo Lipsio, desplega en su *Anfiteatro* todos los tesoros de su vasta erudicion, para hacernos conocer al Coliseo bajo el punto de vista pagano, y el padre Marangoni da la historia cristiana de este capitolio de los mártires. Otra obra de este último autor, intitulada: *Delle case gentilesche e profane, trasportate ad uso e ad ornamento delle chiese*, arroja una preciosa luz sobre una multitud de objetos profanos, tributando

santo homenaje á la Iglesia que los ha salvado de la destrucción.

A la cabeza de los escritores que hablan exclusivamente de Roma cristiana, de las costumbres, de los usos, de la vida íntima de los primeros fieles, marcha el ilustre cardenal Baronio. La lectura de sus *Anales eclesiásticos* y de sus *Notas al martirologio romano*, es casi indispensable para el viajero que quiere entender una multitud de cosas expuestas á su vista en las iglesias de la Ciudad Santa. Despues de él viene el muy sabio padre Marnachi con sus *Orígenes cristianos* y sus *Costumbres de los primeros cristianos*. Selvaggio le completa en sus *Antigüedades*, y el padre Mazzolari, uniendo la piedad con la erudición, resume una parte de las nociones esparcidas en las obras citadas ántes. Este excelente hombre ha pasado cuarenta y dos años de su vida en Roma, tomando por ocupacion principal el estudio de las iglesias y de los monumentos cristianos. Su obra en seis volúmenes tiene por título: *Diario sacro*. Un sabio religioso del Oratorio de san Felipe Neri, el padre Severanus a *sancto Severano*, trata de las *siete Basílicas de Roma*, y se debe al gran siervo de Dios, padre D. Carlos Thomassi, una *corta descripción del Coliseo consagrado por la sangre de innumerables mártires*. Dos obras que pueden pasar por oficiales, nos dan la historia de las instituciones de caridad corporal y espiritual de la ciudad de los pontífices. La primera tiene por autor al abate Constanzi, y por título: *Instituzioni di pietà dell'alma città di Roma*; (instituciones piadosas de la gran ciudad de Roma); la segunda es debida á Monseñor Morichini, hoy nuncio en Munich, traducida al frances por Mr. de Bazelaire, intitulada *Institutions de bienfaisance de Rome*. (Instituciones de beneficencia en Roma).

En cuanto á las catacumbas y á los már-

tes, tenemos sobre este doble objeto obras capitales que es indispensable conocer. Tales son los *Himnos* de Prudencio; el *Tratado de los Suplicios de los Santos Mártires*, de Severanus; la *Gloriosa lucha de los Mártires*, de Flores; despues la *Roma subterránea*, de Bosio, llamado Cristóbal Colon de las catacumbas. Vienen en seguida las *Osservazioni sopra i cimiteri de' santi Martiri ede' primitivi cristiani di Roma*, (observaciones sobre los cementerios de las Santas Mártires y de los primitivos cristianos de Roma); monumento admirable de ciencia y de piedad levantado por el excelente Boldetti. Buonarrotti nos ha dado la descripción y explicación de las piedras sepulcrales, de los vasos y de otros objetos, hallados en el venerable necrópolis. 1 En fin, el padre Marchi, siguiendo las huellas de aquellos ilustres arqueólogos, completa hoy sus trabajos, publicando sus *Monuments chrétiens de Rome illustrés* (Monumentos cristianos ilustrados de Roma). Deseamos á todos los viajeros que tengan á este bueno y sabio jesuita por guía en las Catacumbas. Los mosaicos tan curiosos de las antiguas iglesias de Roma tienen su historiador en Ciampini. Su obra se intitula: *Monimenta vetera, in quibus precipue musiva opera illustrantur*. (Monumentos antiguos en los cuales se explican principalmente las obras de mosaico).

A esta nomenclatura ya larga, me sería fácil añadir otros escritores, cuyas obras me han suministrado preciosos pormenores. Básteme nombrar á Martinelli, Piro Ligorio, Foggino, Ferretti, Andrea Fulvio, Biondo Fabio, Torrigio, Sigonio, Owerbeck, Vignole, Nardini, Ferraris, Zinelli, Cancelleri y al sabio papa Benedicto XIV, en su tratado de las *Fiestas de Nuestro Señor y de la Virgen Santa*. En cuanto á los guías modernos, conviene citar á

1 Subterráneo, cementerio.

Nebby, Canina, Melchiorri, sobre todo á este último que habla un poco de la Roma cristiana. Por abundantes que sean, todos los recursos que acabo de indicar no bastan. ¿Quereis estudiar á Roma con buen éxito? buscad un hombre, hombre inteligente y empeñoso que consienta en servir de cicerone. ¡Reconocimiento eterno á los excelentes amigos que se prestaron con gusto á cumplir este oficio con nosotros!

5 DE DICIEMBRE.

• Los Pifferari.

Antes de las cinco despertamos al ruido de un concierto que se daba en la calle casi bajo nuestras ventanas: oímos á los *Pifferari*. Esto fué para mí una dulce compensación á la indisposición de la víspera, y para todos, una agradable entrada en la ciudad santa. Hé aquí, en efecto, una de las cosas mas bonitas de Roma, una de las mas sencillas y conmovedoras costumbres de los siglos de nuestra fé. Los Pifferari, son pastores de la Sabina y de los Abruzos, que cada año, á la vuelta del Adviento, bajan de sus montañas y vienen á anunciar en las calles de Romo, al sonido de una música campes tre, el próximo nacimiento del Niño de Bethlehem. Los veis ordinariamente en grupos de tres músicos: un anciano, un hombre de edad madura, y un niño. Recuerdan así la antigua tradicion que solo cuenta tres pastores en el pesebre. 1 Con la cabeza descubierta y en pié ante las imágenes de la Virgen que adornan las fachadas de las casas ó que aparecen iluminadas por una lámpara en el fondo de las tiendas ó almacenes, saludan con su jocosa sinfonía á la feliz Madre del Salvador.

1 Sandini, *Historia familiae sacrae*, p. 15.

Nada conozco, sea dicho de paso, mas gracioso que el golpe de vista que presentan las tiendas de Roma cuando las imágenes están iluminadas y las mercancías dispuestas con perfecto gusto, sobre planos inclinados, aparecen dominadas por una hermosa estatua de la Virgen Santa, adornada de flores y cirios encendidos.

Los instrumentos de los Pifferari son sencillos como los de los pastores. Un oboe, una zampoña, un triángulo: hé ahí toda la orquesta de aquellos músicos de la montaña. La *canzonetta*, que repiten ante la Reina del Cielo, no está escrita con sábias notas. Esa sencillez misma forma todo su encanto, porque recuerda admirablemente el humilde misterio del pesebre.

El traje de los Pifferari, está en armonía con su música y sus funciones. Os trasporta de lleno á la Edad-Média; tal como lo he visto yo, lo vieron los que me precedieron en Roma hace siglos. Un sombrero tirolés, adornado con una ancha cinta de diversos colores; una especie de capa de sayal corriente; un calzon de piel de oveja ó de cabra; calzas terminadas por una suela que se ata sobre el pié con correas; añadid á esto, largos cabellos negros que bajan sobre las espaldas, una hermosa barba, ojos vivos, una frente elevada; y tendreis una idea de ese traje y de ese tipo notables.

Roma ve llegar con gusto á los Pifferari; porque todo lo que trae un recuerdo religioso es bien acogido en aquella ciudad esencialmente cristiana. Se les ama, se les festeja, se les atrae; ellos mismos van á ofrecer sus servicios á las casas y á los palacios y preguntan si quereis hacer una novena á vuestra Virgen. Si se acepta, y quien no aceptaria? vienen durante nueve dias á alegraros con sus conciertos. Les gratificais con algunos bayocos... y

no sé quien tiene mas gusto, si el que recibe ó el que da.

Diré antes que el día 15 de Diciembre, cuando la Iglesia comenzaba sus grandes antífonas de Navidad, pedimos una novena. Se convino en que la última serenata tendria lugar durante la comida y en la misma sala. Los buenos Pifferari aceptaron la condicion con entusiasmo y estuvieron fieles á la cita. Como un recuerdo quise tener su cancion. Nos las dictaron ellos mismos; héla aquí en una traduccion que no puede expresar la gracia sencilla de su orijinal.

“Oh dulce Virjen, hija de Santa Ana!
“en vuestro seno llevasteis al buen Jesus.
“Los ángeles exclamaban: Venid, Santos,
“id á la cabaña del niño Jesus, nacido en
“un pequeño establo donde comian los
“bueyes y los asnos. Virjen inmaculada,
“bienaventurada en el cielo, sed nuestra
“abogada en la tierra. Que la noche de
“Navidad, que es una noche santa, sea
“presentada esta oracion que hemos can-
“tado al Niño Jesus 1.”

No debo olvidar que nuestra vieja ama de gobierno se hallaba presente al concierto. Era una digna hija de los Sabinos ó de los Ecquos, de los cuales descenden en línea recta los Pifferari, habitantes seculares de la Sabina y de los Abruzos. Al sonido de la música de la canzonetta que habia hecho el encanto de su infancia, la buena Mónica olvidó de pronto sus cincuenta y seis años y se puso á bailar como una jóven, sin que las observaciones,

1 O Verginella figlia di sant' Anna
Nel ventre tuo portaste el buen Gesù
G' Angioli chiamarano: venite Santi,
Andate Gesù bambino alla campanna,
Partorito sotto ad una capanella,
Ad'ove mangiavan il bove e l'asinelli.
Immacolata Vergine beata
In cielo, in terra sia avocata.
La notte di natale, é notte santa,
Questa orazion che sem cantata
Gesú bambino sia representata.

ni las carcajadas pudieran distraerla. Con la mayor seriedad del mundo, y sin hecer caso de nadie, bailó en honor di *Gesú bambino e de María Santissima* tanto cuanto duró la sinfonía nacional. ¡Buena Mónica! ¡Dios os bendiga! El ama, á no dudarlo, vuestra ardiente y sencilla fé y vuestro imperecedero amor hácia los inocentes recuerdos de vuestra tierna edad.

Ha llegado Navidad; todos los acordes campestres han cesado; los Pifferari desaparecen; su mision se ha cumplido. Adios, pues, buenos Pifferari; volved á tomar alegremente el camino de vuestras montañas y el cuidado de vuestros rebaños: sed felices; habeis hecho una buena y santa accion. Los romanos os bendigan; nosotros os bendicimos con ellos, pero no os olvidéis de volver el año próximo; ¡ay! yo no os oiré entónces, pero más dichosos que yo, otros viajeros os oirán y os bendecirán tambien. Sí, ellos volverán; los padres acaso habrán muerto, pero vereis acudir á sus hijos y á los niños que repetirán en el oboe hereditario, los suaves y sencillos acordes de sus abuelos. Así es como en Roma, durante el bello tiempo de Adviento, no se puede dar un paseo por las calles, ni permanecer una hora en casa, sin verse llamado uno á su pesar á recordar el tierno misterio que se prepara.

6 DE DICIEMBRE.

Visita á san Pedro.—Recuerdos.—Plaza de san Pedro.—Obelisco de Neron.—Trono de san Pedro.—Confesion.—Cúpula.—Lecciones.

Ocupaciones puramente materiales nos habian obligado á aplazar nuestras expediciones científicas; libres ahora de todo cuidado, pudimos hoy comenzarlas. El día se anunció magnífico, el cielo de Italia reapareció con toda su pureza. Las nueve

sonaban en la Propaganda, cuando salimos á visitar á san Pedro. Por todos títulos la augusta basilica debe colocarse á la cabeza de las excursiones romanas. Durante el trayecto, que fué bastante largo, nada ví, nada oí; mi alma estaba absorta ante una multitud de pensamientos igualmente conmovedores y como subyugada por emociones tan dulces como profundas. ¿Qué otro medio? Por poco que recoja sus recuerdos el peregrino en san Pedro, ¿no ve desarrollarse ante sí, como una inmensa cadena de oro, de perlas y de rubíes, esa solemne procesion de emperadores, de reyes, de pontífices, de sabios, de santos y de santas que han acudido en el espacio de quince siglos, del Oriente y del Occidente, de la Africa, de las Españas, de las Gálias y de la Germania, para honrar la tumba del pescador galileo, á quien viene él tambien á rendir sus homenajes?

A la cabeza de estos peregrinos coronados marcha el vencedor de Maxencio, el primer emperador cristiano, Constantino el Grande. Despues de él Teodosio, que en 393, al partir á la guerra contra Eujenio, vino revestido de saeo y de silicio á pedir la victoria por intercesion del vicario de Jesucristo. En 449, Valentiniano, con su esposa Eudoxia y su madre Galla Placidia. En 545, ved al vencedor de los bárbaros, al sosten del imperio quebrantado, á Belisario, rindiendo homenaje de sus laureles á Pedro, otro vencedor de la barbarie. Marcha en seguida un rey de mirada terrible, de gigantesca estatura: es el feroz Totila, asolador del mundo, el azote de Roma. Lobo cruel en todas partes, en la tumba del apóstol es un tímido cordero. ¿Cuál es aquella otra testa coronada que domina á la multitud? Es Cedwella, rey de los sajones occidentales, que en 669 dejó su reino para venir como humilde catecúmeno á recibir el bautismo en la iglesia de los Apóstoles.

Le sigue de cerca un peregrino no menos ilustre, Concredo, rey de los Mercianos. Se halla tan feliz cerca de la tumba del vicario de Jesucristo, que se despoja de la púrpura real y se hace religioso de un monasterio cerca de san Pedro con el fin de conseguir la gracia de vivir, morir y descansar cerca de los Apóstoles. Por todos los caminos que conducen al glorioso sepulcro se recuerdan otros muchos jefes de naciones civilizadas ó bárbaras; Luitprand, rey de los Lombardos; Ina, rey de Inglaterra; Carlomagno, rey de Francia, Ruardo, rey de Inglaterra; la piadosa Bertrada, mujer de Pepino y madre de Carlomagno; Offa, rey de los sajones orientales; que hizo á su reino vasallo de san Pedro, el rey de los Lazzi, pueblo de Cólcida, acompañado de lo más florido de su nacion; los emperadores Oton I, Oton II, Oton III, san Enrique rey de Germania; la emperatriz Ines, mujer de Enrique III; Machestad, rey de Escocia; Christiern, rey de los Dácios y de los Godos; el emperador Juan Paleólogo y otra multitud de reyes y reinas que brillan en la historia con la doble auréola del talento y de la virtud.

¿Cuál es, pues, el atractivo poderoso que condujo á todos esos monarcas á la tumba del vicario de Jesucristo? ¿Cuál la significacion misteriosa de ese echo secular? Aparece como respuesta en todo su esplendor la gloriosa revolucion que arrebató al imperio de la fuerza brutal é inauguró la supremacía de la intelijencia sobre la doble cruz del Calvario y del Vaticano. Con el Evangelio viene la verdadera nocion del poder, el trono es una carga. Y hé ahí que para la felicidad de los pueblos, una mano divina llevaba á todos aquellos monarcas hácia la tumba de san Pedro, á fin de tomar de allí el conocimiento de sus deberes, el desinterés, la abnegacion, el espíritu de sacrificio y los

no sé quien tiene mas gusto, si el que recibe ó el que da.

Diré antes que el día 15 de Diciembre, cuando la Iglesia comenzaba sus grandes antífonas de Navidad, pedimos una novena. Se convino en que la última serenata tendria lugar durante la comida y en la misma sala. Los buenos Pifferari aceptaron la condicion con entusiasmo y estuvieron fieles á la cita. Como un recuerdo quise tener su cancion. Nos las dictaron ellos mismos; héla aquí en una traduccion que no puede expresar la gracia sencilla de su orijinal.

“Oh dulce Virjen, hija de Santa Ana!
“en vuestro seno llevasteis al buen Jesus.
“Los ángeles exclamaban: Venid, Santos,
“id á la cabaña del niño Jesus, nacido en
“un pequeño establo donde comian los
“bueyes y los asnos. Virjen inmaculada,
“bienaventurada en el cielo, sed nuestra
“abogada en la tierra. Que la noche de
“Navidad, que es una noche santa, sea
“presentada esta oracion que hemos can-
“tado al Niño Jesus 1.”

No debo olvidar que nuestra vieja ama de gobierno se hallaba presente al concierto. Era una digna hija de los Sabinos ó de los Ecquos, de los cuales descenden en línea recta los Pifferari, habitantes seculares de la Sabina y de los Abruzos. Al sonido de la música de la canzonetta que habia hecho el encanto de su infancia, la buena Mónica olvidó de pronto sus cincuenta y seis años y se puso á bailar como una jóven, sin que las observaciones,

1 O Verginella figlia di sant' Anna
Nel ventre tuo portaste el buen Gesù
G' Angioli chiamarano: venite Santi,
Andate Gesù bambino alla campanna,
Partorito sotto ad una capanella,
Ad'ove mangiavan il bove e l'asinelli.
Immacolata Vergine beata
In cielo, in terra sia avocata.
La notte di natale, é notte santa,
Questa orazion che sem cantata
Gesú bambino sia representata.

ni las carcajadas pudieran distraerla. Con la mayor seriedad del mundo, y sin hecer caso de nadie, bailó en honor di *Gesú bambino e de María Santissima* tanto cuanto duró la sinfonía nacional. ¡Buena Mónica! ¡Dios os bendiga! El ama, á no dudarlo, vuestra ardiente y sencilla fé y vuestro imperecedero amor hácia los inocentes recuerdos de vuestra tierna edad.

Ha llegado Navidad; todos los acordes campestres han cesado; los Pifferari desaparecen; su mision se ha cumplido. Adios, pues, buenos Pifferari; volved á tomar alegremente el camino de vuestras montañas y el cuidado de vuestros rebaños: sed felices; habeis hecho una buena y santa accion. Los romanos os bendigan; nosotros os bendicimos con ellos, pero no os olvidéis de volver el año próximo; ¡ay! yo no os oiré entónces, pero más dichosos que yo, otros viajeros os oirán y os bendecirán tambien. Sí, ellos volverán; los padres acaso habrán muerto, pero vereis acudir á sus hijos y á los niños que repetirán en el oboe hereditario, los suaves y sencillos acordes de sus abuelos. Así es como en Roma, durante el bello tiempo de Adviento, no se puede dar un paseo por las calles, ni permanecer una hora en casa, sin verse llamado uno á su pesar á recordar el tierno misterio que se prepara.

6 DE DICIEMBRE.

Visita á san Pedro.—Recuerdos.—Plaza de san Pedro.—Obelisco de Neron.—Trono de san Pedro.—Confesion.—Cúpula.—Lecciones.

Ocupaciones puramente materiales nos habian obligado á aplazar nuestras expediciones científicas; libres ahora de todo cuidado, pudimos hoy comenzarlas. El día se anunció magnífico, el cielo de Italia reapareció con toda su pureza. Las nueve

sonaban en la Propaganda, cuando salimos á visitar á san Pedro. Por todos títulos la augusta basilica debe colocarse á la cabeza de las excursiones romanas. Durante el trayecto, que fué bastante largo, nada ví, nada oí; mi alma estaba absorta ante una multitud de pensamientos igualmente conmovedores y como subyugada por emociones tan dulces como profundas. ¿Qué otro medio? Por poco que recoja sus recuerdos el peregrino en san Pedro, ¿no ve desarrollarse ante sí, como una inmensa cadena de oro, de perlas y de rubíes, esa solemne procesion de emperadores, de reyes, de pontífices, de sabios, de santos y de santas que han acudido en el espacio de quince siglos, del Oriente y del Occidente, de la Africa, de las Españas, de las Gálias y de la Germania, para honrar la tumba del pescador galileo, á quien viene él tambien á rendir sus homenajes?

A la cabeza de estos peregrinos coronados marcha el vencedor de Maxencio, el primer emperador cristiano, Constantino el Grande. Despues de él Teodosio, que en 393, al partir á la guerra contra Eujenio, vino revestido de saeo y de silicio á pedir la victoria por intercesion del vicario de Jesucristo. En 449, Valentiniano, con su esposa Eudoxia y su madre Galla Placidia. En 545, ved al vencedor de los bárbaros, al sosten del imperio quebrantado, á Belisario, rindiendo homenaje de sus laureles á Pedro, otro vencedor de la barbarie. Marcha en seguida un rey de mirada terrible, de gigantesca estatura: es el feroz Totila, asolador del mundo, el azote de Roma. Lobo cruel en todas partes, en la tumba del apóstol es un tímido cordero. ¿Cuál es aquella otra testa coronada que domina á la multitud? Es Cedwella, rey de los sajones occidentales, que en 669 dejó su reino para venir como humilde catecúmeno á recibir el bautismo en la iglesia de los Apóstoles.

Le sigue de cerca un peregrino no menos ilustre, Concredo, rey de los Mercianos. Se halla tan feliz cerca de la tumba del vicario de Jesucristo, que se despoja de la púrpura real y se hace religioso de un monasterio cerca de san Pedro con el fin de conseguir la gracia de vivir, morir y descansar cerca de los Apóstoles. Por todos los caminos que conducen al glorioso sepulcro se recuerdan otros muchos jefes de naciones civilizadas ó bárbaras; Luitprand, rey de los Lombardos; Ina, rey de Inglaterra; Carlomagno, rey de Francia, Ruardo, rey de Inglaterra; la piadosa Bertrada, mujer de Pepino y madre de Carlomagno; Offa, rey de los sajones orientales; que hizo á su reino vasallo de san Pedro, el rey de los Lazzi, pueblo de Cólcida, acompañado de lo más florido de su nacion; los emperadores Oton I, Oton II, Oton III, san Enrique rey de Germania; la emperatriz Ines, mujer de Enrique III; Machestad, rey de Escocia; Christiern, rey de los Dácios y de los Godos; el emperador Juan Paleólogo y otra multitud de reyes y reinas que brillan en la historia con la doble auréola del talento y de la virtud.

¿Cuál es, pues, el atractivo poderoso que condujo á todos esos monarcas á la tumba del vicario de Jesucristo? ¿Cuál la significacion misteriosa de ese echo secular? Aparece como respuesta en todo su esplendor la gloriosa revolucion que arrebató al imperio de la fuerza brutal é inauguró la supremacía de la intelijencia sobre la doble cruz del Calvario y del Vaticano. Con el Evangelio viene la verdadera nocion del poder, el trono es una carga. Y hé ahí que para la felicidad de los pueblos, una mano divina llevaba á todos aquellos monarcas hácia la tumba de san Pedro, á fin de tomar de allí el conocimiento de sus deberes, el desinterés, la abnegacion, el espíritu de sacrificio y los

en timientos paternos que deben llenar el corazón de los reyes hijos del cristianismo. ¡Útil peregrinación! en que los poderosos y los fuertes juraban sobre los huesos sagrados del vicario de Jesucristo, no reinar nunca según su capricho, sino según la equidad.

Entonces se comprende la profunda significación de todas esas coronaciones de reyes y de emperadores hechas en san Pedro de Roma con aclamaciones de la Europa regenerada. Entonces se dibuja, radiante de luz, la figura más grande de los tiempos modernos, Carlomagno, restaurador del imperio romano y tipo de la dignidad real cristiana. Cuatro veces vino á ese sepulcro sobre el cual vamos á prosternarnos. La última vez, el año de 800, el día de Navidad, el hijo de Pepino, arrojado sobre las losas de la venerable Basílica, recibía la corona imperial de manos del papa san Leon III; y todo el pueblo romano hacía oír estas alegres palabras: *A Carlos, muy piadoso, augusto, coronado por Dios, grande, pacífico, emperador de los romanos, ¡vida y victoria!* 1 En verdad, repito, el pueblo tenía razón de regocijarse. ¡Oh! ¡Qué sólida garantía encontraba el mundo en aquel acto augusto, en que los reyes de la tierra, declarándose vasallos del Rey del cielo, se obligaban solemnemente á tomar por modelo al divino Rey que murió por su pueblo! Después de Carlomagno, ved sobre la misma tumba á Lothario recibiendo la corona de las manos de Pascal I; á Alfredo rey de Inglaterra, coronado en el mismo lugar por san Leon IV; á Carlos el Calvo, por Juan VIII; á Carlos el Gordo, por el mismo pontífice; á Othon I, por Juan XII; á san Enrique con santa Cunegunda, por

1. Carolo piissimo, augusto, a Deo coronato, magno, pacifico, imperatori romanorum, ¡vita et victoria! *Anast., in Leo.*

Benedicto VIII, y á otros muchos príncipes no ménos poderosos.

¿Debe causar admiración ahora el profundo respeto que inspiró siempre San Pedro de Roma aun á los bárbaros y á sus mismos perseguidores? Alarico, señor de la ciudad de los Césares, rompe, arruina, quema todos los monumentos de la capital del mundo; pero por una gloriosa excepción, prohíbe que se toque á San Pedro y que se haga algún mal á los venidos refugiados en la venerable basílica. La emperatriz Teodora quiere satisfacer á cualquier precio su venganza contra el papa Virgilio: «Apoderaos del papa, escribe ella á Antemio, donde quiera que lo encontréis, en San Juan de Letran, en su palacio, ó en cualquiera otra iglesia, excepto en San Pedro» 1. ¿Hay necesidad de recordar que en estos últimos tiempos, Berthier, general de las tropas del Directorio, disponiéndose á bombardear á Roma desde lo alto del *Monte Mario*, penetrado de respeto prohibió que se dirijieran tiros sobre la basílica del príncipe de los apóstoles?

Creo, pues, que con justo título, tantos gloriosos recuerdos llenaban mi alma de religión y la absorbían toda entera durante el viaje. Ellos habían cautivado de admiración á dos hermosos jeníos del Oriente y del Occidente, san Crisóstomo y san Agustín 2. Y estos grandes hombres no habían visto todo; solo habían podido conocer en parte la gloria de San Pedro de

1 *Exceptis omnibus, in Basilica Santi Petri, parce. Nam in Lateranis, aut in palatio, aut in qualibet ecclesia inveneris. Vigiliam mox impositum navi perduc enim ad nos. (Not. ad Martyrol. 18 nov.)*

2 *Ille qui purpuram gestat ad sepulchra illa se confert, ut ea oxosculetur, abrectoque fastu supplex stat. Y en otra parte: Relictis omnibus ad sepulchra Piscatoris et Pellionis currunt et reges, et principes, et milites. Chrys. Homil. XXVI, ad Corinth; Aug. Epist. IV Madaurenses.*

Roma. Sea como fuere, yo me decía con indefinible dicha: Héme aquí á mi vez, oscuro peregrino, próximo á pisar esta sagrada tierra del Vaticano, regada con la sangre del príncipe de los apóstoles; próximo á ver esa basílica, teatro de tantos hechos gloriosos; santuario de donde salieron tantos oráculos, arca de alianza de dos poderes que rigen el mundo; lugar por siempre bendito, en donde se han oído tantas oraciones y se han derramado tantas lágrimas, de donde se han elevado hácia el cielo tantos votos, tantos suspiros, tantas triunfales aclamaciones; voy, en fin, á gozar una felicidad que ha sido la ambición de mi vida. ¡Pueda yo experimentar alguno de los sentimientos de amor y de fe que hicieron palpar aquí tantos nobles corazones!

Sin embargo, habíamos llegado al Tíber. Lo atravesamos por el puente Santo Angel, ántes puente Elien. Dejando á la derecha la mole de Adriano, á pocos pasos nos encontramos ante la mayor maravilla del mundo moderno. La plaza que precede á San Pedro de Roma, me sacó de mis sueños. Era imposible desear un lugar más majestuoso é imponente, para poner de relieve la augusta basílica. Es de forma oval, rodeada de un soberbio pórtico con cuatro hileras de columnas, coronadas con estatuas de mármol blanco. En el centro se levanta un obelisco egipcio entre dos fuentes cuyas aguas se elevan en argentada lluvia, y caen formando cascadas bullidoras en tazas de bronce. Admirados y como desvanecidos por lo que veíamos, quedamos algún tiempo inmóviles, sin ver nada, frente al frontispicio de San Pedro. El obelisco tuvo al fin el privilegio de fijar nuestra atención.

Transportado de Egipto á Roma, por órden de Calígula, ese monolito fué colocado en el circo del Vaticano, al que servía

de límite. Vió á Neron, disfrazado de automedonte, dirigir su carro á la luz de las antorchas vivas, es decir, de los cristianos revestidos con la toga incendiaria, atados á unos postes colocados á ciertas distancias, é iluminando los fuegos nocturnos del cruel emperador 1. En 1586, Sixto V la hizo colocar en el centro de la plaza San Pedro, frente á la basílica. Al principio, estaba sostenida por cuatro leones de bronce, y podía tener cien piés de elevación; los leones han desaparecido, y la altura del obelisco es ya solo de setenta y dos piés. En uno de los lados, que da á las fuentes, se lee la dedicatoria hecha por Calígula á los emperadores Augusto y Tiberio. En el lado opuesto á la plaza, se halla grabada esta inscripción triunfal, digna inspiración de Sixto V.

ECCE CRUX DOMINI,
FUGITE,
PARTES ADVERSE;
VICIT LEO
DE TRIBU JUDA.

«Hé aquí la cruz del Señor; huid, potencias enemigas, ha vencido el león de la tribu de Judá.»

La parte que ve á San Pedro, proclama en los siguientes términos la eterna victoria del cristianismo:

CHRISTUS VINCIT,
CHRISTUS REGNAT,
CHRISTUS IMPERAT,
CHRISTUS AB OMNI MALO
PLEBEM SUAM
DEFENDAT.

«Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera; que Cristo defienda á su pueblo de todo mal.»

Al separarse del obelisco, á pocos pasos se llega al pié de una suave pendiente que conduce á la plataforma que termina

1 Tácito. *Annal.* c. IV.

en el frontispicio de San Pedro. Esos tres lugares, que reunidos presentan el más precioso conjunto, tienen una longitud total de 1,073 piés.

En fin, tocamos el *umbral de los santos Apóstoles: ad limina Apostolorum*. ¿Qué decir del templo inmortal edificado por el genio cristiano al ilustre jefe de la Iglesia? Un todo perfectamente armónico, á pesar de sus colosales proporciones, adornos dorados admirablemente distribuidos, exquisitas pinturas, los más preciosos mármoles, mosaicos de inimitable riqueza, colorido y dibujo: hé aquí lo que hiere, lo que admira la vista, por cualquier lado que se dirija. Pero no debo hablar hoy de las humanas magnificencias del augusto monumento; no he venido como artista, sino como cristiano. En esta primera visita respondían mejor á las disposiciones del alma, el trono de San Pedro, la Confesion, la cúpula, tres magnificencias de un orden superior.

En la vasta nave donde la vista se pasea sin hallar ni sillas, ni bancas, ni púlpito, se levanta un trono de obispo. Un pontífice está sentado en él; inmutable é inmortal como la verdad, cuyo órgano y guardian es. Ese pontífice es el mismo á quien se dijo: *Apacenta mis rebaños, apacenta mis ovejas, confirma á tus hermanos; he orado para que tu fe jamás desfallezca*. Y Pedro, el pontífice de los siglos, está siempre allí, viviendo en sus sucesores, enseñando por ellos, velando por su ministerio, por las ovejas y los rebaños. En la majestuosa soledad de la inmensa basílica, Pedro está solo; ante él todo calla, todo desaparece. Fuera de allí, habrá otros pastores, otros tronos, otras voces; pero aquí, en el primer templo de la cristianidad, no hay más pastor que él, ni más trono que el suyo, ni otra voz que su voz. Jefe supremo de la gerarquía, ve en todos

los pontífices esparcidos en las cuatro partes del mundo, miembros de su redil, coadjutores y no iguales. Su voz es su oráculo, sus órdenes la regla de su conducta, y por su mediación, el oráculo y norma del universo.

Al arrebatador espectáculo de la unidad católica personificada en San Pedro, la basílica añade otro no menos sublime. Muestra al pecador galileo comprando su gloriosa prerrogativa al precio de un inmenso amor. A pocos pasos del trono, está la *Confesion* del apóstol. Nombre admirable dado por el genio cristiano al altar de los mártires; porque recuerda que el testimonio de la fe le rindió el más irrecusable de los testimonios, el testimonio de la sangre. Bajo un rico baldoquin, sostenido por cuatro columnas de bronce de Corinto, se levanta el altar superior, el altar papal. Debajo está la tumba de San Pedro y San Pablo, ante la que arden noche y día ciento veintidos lámparas, triple símbolo del amor, de la veneración y de la fe. Se baja á ellas por dos escaleras circulares, del mejor mármol blanco.

Al aproximarme á esa Confesion eternamente venerada, no sé qué se apodera de vosotros y os subyuga. Se cree oír la voz del Hijo de Dios preguntando á su futuro vicario: *¿Simon, hijo de Juan, ¿me amas?* Y desde el fondo de esa tumba sale la voz de Pedro que responde: *Sí, Señor, sabéis que os amo*. Y estais conmovidos hasta el llanto en presencia de los huesos de dos mártires, gloriosos testimonios de su amor, y solo teneis ya palabras para bendecir y orar. Siguiendo el ejemplo de tantos millones de peregrinos, nuestros predecesores y hermanos, nos pusimos de rodillas. Apoyado contra la ba-laustrada de mármol blanco, que rodea la doble escalera, recité en nombre mio, en

el de mis amigos, en el de mi patria y en el del mundo católico, el símbolo de Nicea. ¡Oh! ¡cuán fácil es creer! digo mal, ¡cuán feliz y cuán orgulloso se siente uno de creer, estando allí!

Al alzar la cabeza, la mirada se pierde en la sublime cúpula. Al rededor de la base resplandece la inmortal promesa del Hijo de Dios, escrita en inmensas letras de oro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno nunca prevalecerán contra ella*. Tal es entonces la fuerza de las impresiones, que al leer ese oráculo, cree uno oír distintamente la voz divina que lo pronuncia; mientras que la cúpula resplandeciente de mosaicos os muestra, en su doble gerarquía de la tierra y el cielo, á la Iglesia católica, gloriosamente sentada sobre la palabra de su fundador, burlándose de sus enemigos y extendiendo hasta la eternidad su imperio sin límite y sin fin.

Hé aquí la inmutable prerrogativa del jefe de los apóstoles, pagada con un inmenso amor, y recompensada con un imperio vencedor del infierno, del hombre y del tiempo: hé aquí lo que dicen el trono de San Pedro, su tumba y la cúpula. ¿Podrá admirarse bastante al catolicismo, que atrae á tantos reyes, á tantos fundadores de imperios, á esa tumba elocuente á fin de revelarles la naturaleza de su poder, la extension de sus deberes, y la recompensa de su fidelidad, de acuerdo con las condiciones de su existencia social? Tales son las elevadas enseñanzas que da á los príncipes y á los grandes del siglo el augusto santuario. En cuanto al humilde viajero, la primer visita á San Pedro, despierta en él los sentimientos de sumision filial á la Iglesia, fe, admiracion, indefinible mezcla de respeto y de amor. Desde nuestra entrada á la maravillosa basílica, las horas habian pasado rápidas

como un instante, y el declinar del día vino á advertirnos que era tiempo de poner término á nuestra peregrinacion.

7 DE DICIEMBRE.

Vista general de las dos Romas.—Roma pagana.—Su extension.—Sus vías.—Su poblacion.—Roma cristiana.—Su posicion.—Sus bellezas.—Sus instituciones.—Primera entrevista del Soberano Pontífice.—Bendicion del Santísimo Sacramento en la iglesia de los Santos Apóstoles.

Ayer llenamos el primer deber de todo peregrino católico en la ciudad eterna. El verdadero rey de la ciudad, San Pedro, habia recibido nuestros homenajes; nuestro estudio de las dos Romas debia comenzar. Acompañados de un excelente amigo, cuya ciencia iguala á su adhesion, nos trasladamos á la azotea de una villa ¹ situada en la vertiente del monte Esquilino, en el lugar donde se presumia estaban los jardines de Heliogábalo. Desde allí se domina la vasta llanura en cuyo centro se halla Roma. Vueltos hácia el Oriente, teniamos á nuestro frente el Monte Cuví ó Rómulo, rodeado de poblaciones aborígenas, cuna de la religion del Latium; en seguida, descubriendo un círculo por la parte izquierda, se ve Tusculum, con sus villas arruinadas y sus recuerdos cicerónicos; Tibur con sus pequeñas cascadas, apoyada en las montañas de la Sabina; el Sacro Monte, á donde se retiró el pueblo para sustraerse á la tiranía de los patricios; la elevada cima del monte Sócratos, de donde fué traído á Roma el papa san Silvestre, no para sufrir el martirio, como se cree, sino para asistir al triunfo del cristianismo y bautizar á Constantino; las solitarias campiñas de Civita

¹ Este nombre dan en Roma á las casas de campo ó quintas (N. del T.)

en el frontispicio de San Pedro. Esos tres lugares, que reunidos presentan el más precioso conjunto, tienen una longitud total de 1,073 piés.

En fin, tocamos el *umbral de los santos Apóstoles: ad limina Apostolorum*. ¿Qué decir del templo inmortal edificado por el genio cristiano al ilustre jefe de la Iglesia? Un todo perfectamente armónico, á pesar de sus colosales proporciones, adornos dorados admirablemente distribuidos, exquisitas pinturas, los más preciosos mármoles, mosaicos de inimitable riqueza, colorido y dibujo: hé aquí lo que hiere, lo que admira la vista, por cualquier lado que se dirija. Pero no debo hablar hoy de las humanas magnificencias del augusto monumento; no he venido como artista, sino como cristiano. En esta primera visita respondían mejor á las disposiciones del alma, el trono de San Pedro, la Confesion, la cúpula, tres magnificencias de un orden superior.

En la vasta nave donde la vista se pasea sin hallar ni sillas, ni bancas, ni púlpito, se levanta un trono de obispo. Un pontífice está sentado en él; inmutable é inmortal como la verdad, cuyo órgano y guardian es. Ese pontífice es el mismo á quien se dijo: *Apacenta mis rebaños, apacenta mis ovejas, confirma á tus hermanos; he orado para que tu fe jamás desfallezca*. Y Pedro, el pontífice de los siglos, está siempre allí, viviendo en sus sucesores, enseñando por ellos, velando por su ministerio, por las ovejas y los rebaños. En la majestuosa soledad de la inmensa basílica, Pedro está solo; ante él todo calla, todo desaparece. Fuera de allí, habrá otros pastores, otros tronos, otras voces; pero aquí, en el primer templo de la cristianidad, no hay más pastor que él, ni más trono que el suyo, ni otra voz que su voz. Jefe supremo de la gerarquía, ve en todos

los pontífices esparcidos en las cuatro partes del mundo, miembros de su redil, coadjutores y no iguales. Su voz es su oráculo, sus órdenes la regla de su conducta, y por su mediación, el oráculo y norma del universo.

Al arrebatador espectáculo de la unidad católica personificada en San Pedro, la basílica añade otro no menos sublime. Muestra al pecador galileo comprando su gloriosa prerogativa al precio de un inmenso amor. A pocos pasos del trono, está la *Confesion* del apóstol. Nombre admirable dado por el genio cristiano al altar de los mártires; porque recuerda que el testimonio de la fe le rindió el más irrecusable de los testimonios, el testimonio de la sangre. Bajo un rico baldoquin, sostenido por cuatro columnas de bronce de Corinto, se levanta el altar superior, el altar papal. Debajo está la tumba de San Pedro y San Pablo, ante la que arden noche y día ciento veintidos lámparas, triple símbolo del amor, de la veneración y de la fe. Se baja á ellas por dos escaleras circulares, del mejor mármol blanco.

Al aproximarme á esa Confesion eternamente venerada, no sé qué se apodera de vosotros y os subyuga. Se cree oír la voz del Hijo de Dios preguntando á su futuro vicario: *¿Simon, hijo de Juan, ¿me amas?* Y desde el fondo de esa tumba sale la voz de Pedro que responde: *Sí, Señor, sabéis que os amo*. Y estais conmovidos hasta el llanto en presencia de los huesos de dos mártires, gloriosos testimonios de su amor, y solo teneis ya palabras para bendecir y orar. Siguiendo el ejemplo de tantos millones de peregrinos, nuestros predecesores y hermanos, nos pusimos de rodillas. Apoyado contra la ba-laustrada de mármol blanco, que rodea la doble escalera, recité en nombre mio, en

el de mis amigos, en el de mi patria y en el del mundo católico, el símbolo de Nicea. ¡Oh! ¡cuán fácil es creer! digo mal, ¡cuán feliz y cuán orgulloso se siente uno de creer, estando allí!

Al alzar la cabeza, la mirada se pierde en la sublime cúpula. Al rededor de la base resplandece la inmortal promesa del Hijo de Dios, escrita en inmensas letras de oro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno nunca prevalecerán contra ella*. Tal es entonces la fuerza de las impresiones, que al leer ese oráculo, cree uno oír distintamente la voz divina que lo pronuncia; mientras que la cúpula resplandeciente de mosaicos os muestra, en su doble gerarquía de la tierra y el cielo, á la Iglesia católica, gloriosamente sentada sobre la palabra de su fundador, burlándose de sus enemigos y extendiendo hasta la eternidad su imperio sin límite y sin fin.

Hé aquí la inmutable prerogativa del jefe de los apóstoles, pagada con un inmenso amor, y recompensada con un imperio vencedor del infierno, del hombre y del tiempo: hé aquí lo que dicen el trono de San Pedro, su tumba y la cúpula. ¿Podrá admirarse bastante al catolicismo, que atrae á tantos reyes, á tantos fundadores de imperios, á esa tumba elocuente á fin de revelarles la naturaleza de su poder, la extension de sus deberes, y la recompensa de su fidelidad, de acuerdo con las condiciones de su existencia social? Tales son las elevadas enseñanzas que da á los príncipes y á los grandes del siglo el augusto santuario. En cuanto al humilde viajero, la primer visita á San Pedro, despierta en él los sentimientos de sumision filial á la Iglesia, fe, admiracion, indefinible mezcla de respeto y de amor. Desde nuestra entrada á la maravillosa basílica, las horas habian pasado rápidas

como un instante, y el declinar del día vino á advertirnos que era tiempo de poner término á nuestra peregrinacion.

7 DE DICIEMBRE.

Vista general de las dos Romas.—Roma pagana.—Su extension.—Sus vías.—Su poblacion.—Roma cristiana.—Su posicion.—Sus bellezas.—Sus instituciones.—Primera entrevista del Soberano Pontífice.—Bendicion del Santísimo Sacramento en la iglesia de los Santos Apóstoles.

Ayer llenamos el primer deber de todo peregrino católico en la ciudad eterna. El verdadero rey de la ciudad, San Pedro, habia recibido nuestros homenajes; nuestro estudio de las dos Romas debia comenzar. Acompañados de un excelente amigo, cuya ciencia iguala á su adhesion, nos trasladamos á la azotea de una villa situada en la vertiente del monte Esquilino, en el lugar donde se presumia estaban los jardines de Heliogábalo. Desde allí se domina la vasta llanura en cuyo centro se halla Roma. Vueltos hácia el Oriente, teniamos á nuestro frente el Monte Cuví ó Rómulo, rodeado de poblaciones aborígenas, cuna de la religion del Latium; en seguida, descubriendo un círculo por la parte izquierda, se ve Tusculum, con sus villas arruinadas y sus recuerdos cicerónicos; Tibur con sus pequeñas cascadas, apoyada en las montañas de la Sabina; el Sacro Monte, á donde se retiró el pueblo para sustraerse á la tiranía de los patricios; la elevada cima del monte Sócratos, de donde fué traído á Roma el papa san Silvestre, no para sufrir el martirio, como se cree, sino para asistir al triunfo del cristianismo y bautizar á Constantino; las solitarias campiñas de Civita

1 Este nombre dan en Roma á las casas de campo ó quintas (N. del T.)

Vecchia; el Mediterráneo, que se dibuja sobre el azul del cielo como un cortinaje de plata; Ostia, que solo vive por su nombre y por sus conmovedores recuerdos de Agustín y de Mónica; Albano, sucesor de Alba la Larga, fundación de Eneas y tumba de Ascanio; en fin, sobre la altura Castel-Gandolfo, con su secular castillo, pacífica habitación de los Soberanos Pontífices, que de lejos puede tomarse por un inmenso faro levantado sobre un promontorio.

En la parte baja de este plano que limita el horizonte, aparecen, diseminados en llanura, algunos de esos monumentos que parecen sobrevivir á todas las revoluciones, para atestiguar de siglo en siglo el poder del pueblo rey. A la derecha, la tumba de Cecilia Métella, luego el acueducto de Claudio, cuyos gigantescos arcos atraviesan toda la Campaña Romana y forman el aéreo techo del *agua virginal*, durante las seis leguas que separan las montañas de Subiaco de la Ciudad eterna; más allá las acumuladas ruinas de la admirable villa de Adriano y el mausoleo de la familia Plantia, sobre el camino de Tivoli.

En fin, en medio de la vasta llanura, Roma se presentaba á nuestros ojos, rodeada de la elevada y maciza muralla que Aureliano le dió por cintura. Pero esa Roma silenciosa y tranquila, cuyos elevados cimborios brillaban con los últimos destellos del día, no era ya la espléndida y bulliciosa capital de los Césares. Era preciso, sin embargo, para satisfacer nuestros deseos, contemplar la Roma de Augusto antes de estudiar la Roma de san Pedro.

Inspeccionando algunas osamentas fósiles del mastodonte, Cuvier reconstruyó el prodigioso cuadrúpedo desconocido desde hace largo tiempo. Con la historia en

la mano, intentamos la misma operación sobre el cadáver mutilado de la antigua Roma. Con la cooperación de la memoria y de la vista, esas dos potencias maravillosas de la que la primera, resucitando lo que ya no existe, completa el cuadro que la segunda imprime en la niña del ojo, reconstruimos la Roma pagana: héla aquí tal como se nos apareció, poco más ó ménos, tal cual era bajo el imperio de los Césares.

Resplandeciente de mármoles, de dorados y de todas las obras maestras de la civilización material más avanzada, la reina de la fuerza se hallaba situada sobre siete colinas: el *Palatino*, cuna de Rómulo y habitación de los Césares; el *Capitolio*, donde reinaba Júpiter; el *Aventino*, coronado por su templo de Diana; el *Caelius*, con sus torres y su mercado de pescados, tan frecuentado por los Apicius; el *Esquilino*, con sus múltiples cimas y su campo pretoriano; el *Quirinal*, y sus templos de Quinis y de Salud; el *Viminal*, cubierto en otro tiempo de espesas zarzas y más tarde de magníficos palacios. Roma, que había franqueado el Tiber cuyo profundo lecho la ciñe como una herradura, se extendía aun sobre el Vaticano y el Taticulo. Estaba dividido en catorce regiones ó cuarteles cuyos nombres, célebres en la historia, son los siguientes: *Puerta Capena, Calimantium, Isis y Serapis, Moneta, Templo Pacis, Vea Lata, Esquilina cum tunc et colle Viminali, Alta vermita, Foro Romano, Circo Filaninius, Palatium, Circo Máximo, Piscina pública, Aventino, Trans Tiberim.*

Encerraba en su vasto recinto cuarenta y seis mil ciento dos islas, ó grupos de casas, separadas por calles; dos mil ciento diez y siete palacios, de una magnificencia inconcebible; cuatrocientas veinticuatro plazas ó encrucijadas; cuatrocientos seten-

ta templos de ídolos; cuarenta y cinco palacios consagrados al libertinage ó intemperancia; ochocientos cincuenta y seis establecimientos de baños; mil trescientos cincuenta y dos lagos ó recipientes de aguas; treinta y dos bosques sagrados; dos anfiteatros, de los cuales uno contenía ochenta y seis mil espectadores sentados, y veinte mil en las azoteas; dos grandes circos, el *Flaminio* y el *Maximus*; este último con ciento cincuenta mil lugares, según la opinión de los que le atribuyen ménos, y cuatrocientos ochenta y tres mil, según los que le atribuyen más; cinco lagos en donde se daban batallas navales; veintitres caballos gigantes de mármol; ochenta de bronce dorado; ochenta y cuatro de marfil; treinta y seis arcos triunfales de mármol, adornados con las esculturas más delicadas; diez y nueve bibliotecas; cuarenta y ocho obeliscos; once furum, diez basílicas y un pueblo innumerable de estatuas de mármol, de bronce y aun de oro. Catorce acueductos que llevaban á Roma las aguas, ó mejor dicho, los ríos de las montañas vecinas; veinticuatro caminos ó vías con pavimento de anchas losas, con soberbios mausoleos á uno y otro lado, que salían de las veinticuatro puertas de la ciudad y conducían de la capital del mundo á las provincias.

Así se presentaba á nuestros ojos deslumbrados la ciudad de los Césares. No obstante, apenas habíamos visto la mitad del cuadro. Más allá del *Pomarium*, ó baluarte circular, más allá de las murallas que protegían la ciudad y cuya circunscrición formaba propiamente la ciudad, *urbs*, se extendía una nueva ciudad *civitas*, prolongación inmensa de la primera. Lo que son en nuestros días los subur-

1 Véase á Nordini, *Roma antica*, p. 436, y á Onuphre Canvin, *de Rep. Rom.* 105, 114 á 124.

bios de París á la ciudad primitiva, esta Roma *extra-muros* lo era á la Roma rodeada de las murallas y del *Pomarium*. Sus innumerables edificios cubrían la llanura circular, hoy desierta, que en un diámetro de diez leguas, se extiende de Otricoli á Ostia, de Albano y de Tivoli hácia Civita-Vecchia. Hé ahí lo que es preciso saber para comprender á los autores contemporáneos que nos han hablado de la extensión y de la población de la antigua metrópoli del universo.

«Roma, dice Aristides de Smirna, es la ciudad de las ciudades, la ciudad del mundo entero. Un día no bastaría, ¿qué digo? todos los días de un año serían muy poco para contar todas las ciudades edificadas en aquella ciudad divina. Más allá de las murallas de la ciudad, todos los lugares están habitados, añade otro historiador; de suerte que el espectador que quiera conocer la extensión de Roma, se encuentra siempre en peligro de errar, porque carece de señal que le haga conocer dónde empieza la ciudad y dónde acaba. Esto viene de que los suburbios están de tal manera unidos á la ciudad, que presentan á los ojos la imagen de una ciudad que se prolonga hasta lo infinito.» 2

«La ciudad, continúa Aristides, desciende hasta el mar, en donde se encuentra el mercado universal y la distribución de todas las producciones del globo; y tal

1 Commune totius terræ oppidum, eadem urbs urbium quia videre in ea est omnes collatas... deficiant non unus dies, sed quot quot habet annus, si quis ad numerare conetur omnes urbes in cælesti illa urbe positas, idque ob nimiam copiam. *Apud Casaliū, de Orbis splendore* p. 34.

2 Omnia loca circa urbem habitata sine minibus esse, in qua siquis intuens magnitudinem Romæ exquirere velit is errare cogetur, nec habebit signum ullum certum quosque urbs incipiat, aut desinat: adeo suburbana nupsi urbi adherent et annexa sunt, præbent que spectantibus opinionem estensæ in infinitum urbis. *Dionysius apud eumden*, p. 34 y 421.

es la magnitud de Roma, que el espectador, en cualquier lugar que se le coloque, puede creerse siempre en el centro. 1

Tal era, pues, Roma pagana en los días de su esplendor. Más allá de sus murallas y sus colinas, proyectaba como si fuesen otras tantas ciudades, sus inmensos suburbios hasta el Tibur, Otriculum, Aricia y aun más lejos. 2 Según estos testimonios, Roma y sus suburbios habrían cubierto una extensión de diez leguas de diámetro. Un hecho referido en la Via de Constantino establece á su modo la realidad de estas tremendas proporciones. Este príncipe, viniendo de Roma había llegado á Otricoli. Ya había recorrido una parte de este suburbio, cuando volviéndose hacia el persa Hormisdas, arquitecto célebre que jamás había visto la Italia, le preguntó lo que pensaba de Roma. Admirado de la magnificencia y de la continuidad de los edificios: «Yo creo, respondió el extranjero, que ya hemos recorrido la mitad.» Pues bien, estaba todavía á más de cuatro leguas de la ciudad, propiamente dicha. 3.

A falta de otras pruebas como estas, el solo aspecto del campo romano demostraría la prodigiosa extensión de la antigua ciudad imperial. El suelo escavado, irregular, accidentado de mil modos, los innumerables despojos de monumentos ex-

1 Descendit etiam et pirregitur ad mare ipsa sunt, urbi communæ est emporium, et omnium que teora proveniunt distributio. Tanta Romam esse, ut in quacunque parte quit constituerit nihil impediatur, et in medium eum esse. Arist. *Hist. sub Adrian. apud Casal*, p. 34.

2 Munia erat præcelus muris, aut abruptis montibus nisi quod ex patiantia tecta multas addidere urbes, in prima regione Plin. lib. III, c. 5.—Nempe ut tot esset urbes, quæ ipsa suburbia, quæ Tibur, Otriculum, Ariciam atque alio excurrerant. *Casal*, p. 33.

3 Ammian. Marcella.

tendidos en la superficie, son como otras tantas voces que se elevan de todos los puntos de la llanura, y dicen: Aquí fué Roma. 1.

Prolongando nuestras ávidas miradas sobre aquella fabulosa ciudad, veíamos brillar al pié del Capitolio, el famoso miliario de oro. De allí partían las vías numerosas que servían de comunicación incesante entre la reina del mundo y todos los pueblos que habían llegado á ser sus vasallos. Sobre sus anchas losas nos parecía ver galopar á los *Tabelarios*, llevando las voluntades del César á Oriente, á Occidente, á las Galias, á la Germania, y hasta el centro de las Españas, con orden á las naciones que temblaban, de prosternarse ante los caprichos soberanos de un Neron ó de un Calígula. Se presentaban en seguida, cubriendo todas las avenidas, los innumerables extranjeros, de lenguaje, costumbres y hábitos tan diferentes, á quienes la curiosidad, el placer, la ambición, los negocios, llevaban todos los días, á millares, á una ciudad que más que ciudad de los Romanos, era la ciudad del Universo. 2. Entre estas vías romanas, obras maestras de construcción y de solidez, se nos presentaba en primera línea la vía *Appiana*, á la que su magnificencia le había valido el título de reina de las vías,

1 A pesar de los testimonios precisos de los autores mencionados ántes, es preciso admitir en los suburbios, la existencia de jardines más ó menos vastos, y también de terrenos aislados (vagos) y de dominio público, en donde los romanos abrían sus carreras de lithoide y de pouzzolane.

2 Commune totius terræ oppidum. Arist. Totæ nationes illi simul et confertim habitant: ut Cappadocum, Scytharum, Ponticorum, et aliorum complures. Galen. *Elog. sophist. Pol. mont.*—Aspice banc frequentiam, cui vix urbis immensæ tecta sufficiunt, maxima pars villarum urbes patria caret; ex municipiis, ex colonis suis, ex toto denique orbe confluerunt. Senec. *ad Helviam*.

regina viarum. Pasando por Albano, Aricia, las Tres Logias, el forum de Appius, Sinuesse, Terracina, Fondi, Formium, Minturne, Capua, Nola, Nápoles, Nocera y Salerno, conducía hasta Brindes y á las fronteras orientales de la Italia.

La vía *Latina* se dirigía hacia los Abruzzos, Agnani, Terentino, Frosinone, Aquino, Arpino, situado al pié del monte Casino, y llegaba hasta Benevento.

La vía *Salaria* iba al país de los Sabinos.

La vía *Emiliana* unía á Roma toda la Italia Septentrional, pasando por Cesena, Bolonia, Módena, Reggio, Parma, Placencia, Milan, Bérgamo, Brescia, Verona, Vicencia, Padua y Aquilia.

La vía *Flaminiana* tomaba su dirección por Otricale, Narni, Spoleto, Pesaro, y acababa en Rímni, estación de la flota romana.

La vía *Aureliana* salía por el occidente, atravesaba la Liguria y llegaba hasta Arlés, de donde se desprendían brazos á todas las Gaulas.

Al sur, la vía de Ostia conducía á la ciudad de este nombre, puerto de Roma y estación del universo.

A estas vías de primer orden, que eran como las grandes arterias de la reina del mundo, se unían muchas otras cuyas largas sinuosidades iban á buscar los lugares de menor importancia, para llevar á ellos el movimiento que partía del corazón. Casi tan conocidas como las primeras en la historia profana, la mayor parte son gloriosamente célebres en los fastos de nuestros mártires. Basta nombrar la vía *Cassiana*, la vía *Nomentana*, la vía *Tiburтина*, la vía *Prevestina*, la vía *Laveniana*, la vía *Ardeatina*, la vía *Valeriana* y por fin la famosa vía *Triunfal*. 1

1 Hé aquí los nombres de todas las vías romanas, comprendiéndose las ramificaciones: Vía

Sobre aquellos caminos magníficos, en aquellos suuntuosos palacios, bajo aquellos innumerables pórticos, sobre aquellos inmensos forum, en medio de aquellos monumentos del lujo, del poder, de la riqueza, en una palabra, de la civilización material más prodigiosa que jamás existió, se movían cinco millones de habitantes. 1

Tal nos pareció Roma pagana. Esta visión, literalmente histórica de la cual no podría dar idea ninguna realidad del mundo actual, arroja al espíritu en una especie de estupor. A este primer sentimiento sucede una gran piedad. Sin duda por su arrogancia y su opulencia, se ha atribuido á la reina del mundo antiguo, el poder so-

Trajana, Appia, Lavicana, Præmestina, Tiburtina, Nomentaria, Salaria, Flaminia, Clodia, Valeria, Aurelia, Campana, Ostiensis, Portuensis, Janiculensis, Laurentina, Ardeatina, Setia, Quinctia, Cassia, Gallica, Cornelia, Triumphalis, Latina, Asinaria, Cimina, Tiberina. Las principales vías interiores ó grandes calles de Roma, eran nueve. Vía Sacra, Vía Nova, Vía Lata, Vía Nova alia, Vía Fornicata, Vía Recta, Vía Alta. Onophr. lib. 1, pág. 64.

1 Este es el cálculo del sabio Justo Lipso. Nos parece ménos hipotético y mucho más conforme á las expresiones de los autores paganos, que las conjeturas de algunos escritores modernos, de los cuales, muchos han querido reducir á un millon la población de Roma, según el número de las medidas de trigo suministradas al consumo anual de esa capital por el Egipto y la Sicilia.—Hablando de la clausura del lustro, (fiesta romana) hecha por Claudio el año 801, Tácito se expresa así: *Condiditque lustrum quo censa sunt civicum LXIX centena et XLIV milia Tacit. Annal. lib. XI, cap. 25.*

Si se reflexiona, primero en el número de los grupos de las casas *insula*, y de los palacios cerrados en el recinto de las murallas; segundo, en la inmensa extensión de los suburbios; tercero, en esa multitud de extranjeros ó más bien de naciones, como dice Aristides, que afluyen á Roma; cuarto, en el número prodigioso de esclavos que excedía con mucho al de los señores; quinto, en ese pequeño pueblo de Roma, del cual solo una parte (trescientos mil) vivía del tesoro; sexto, en las cohortes pretorianas, en la guarnición, en el espantoso número de gladiadores, etc., que combatían día á día en los circos ó en los anfiteatros, no se hallará nada exagerada la cifra indicada arriba.

berano de la fuerza; pero la corona de diamantes y de rubíes que adorna su cabeza, no oculta sino imperfectamente la siniestra palidez de su enfermedad! y bajo el vestido de oro y de púrpura que cubre sus formas imponentes, se dejan entrever repugnantes úlceras. En el seno de la ciudad resplandeciente, nuestros ojos habian visto correr el llanto, y hasta nuestros oídos llegaban gritos de dolor, porque el profundo desprecio de la humanidad se nos aparecía bajo todas sus facés; pero no nos anticipamos; no habia llegado el momento todavía de hacer la autopsia del cadáver.

Otro espectáculo atraía nuestra atención. Roma cristiana se mostraba á nuestra vista. Ya el día declinaba; los últimos rayos del sol doraban con sus amortiguados reflejos las cimas de las siete colinas, mientras un vapor lijero, semejante á un inmenso velo de púrpura, matizado con los dulcísimos colores del arco-iris, se extendía sobre la ciudad y la cubria como con una trasparente gasa. La ciudad de San Pedro, la augusta madre del mundo católico, se presentaba entonces como una casta matrona, de frente venerable, de fisonomía dulce y tranquila y de actitud majestuosa. Viendo á Roma adormecerse así silenciosa y tranquila, en medio de una vasta soledad, al murmullo eterno de sus fuentes, á la sombra de la cruz que domina sus innumerables iglesias bajo la proteccion de María, cuya venerada imagen adorna sus casas, guardando sus murallas el victorioso ejército de mártires, ¿cómo no conocer á esa reina, á esa esposa, á esa madre inmortal que de seguro á despertar al día siguiente para continuar hasta el fin de los siglos, el bien que ha comenzado ayer? Era ciertamente difícil contemplarla en una hora más solemne y en un día tan á propósito.

De las bellezas materiales de Roma

cristiana, diré por ahora pocas cosas: la gloria de la esposa del gran Rey es de un orden más elevado. Como la reina del paganismo, la reina del Evangelio está siempre sentada sobre las siete colinas y se extiende todavía por el otro lado del Tíber, sobre el Vaticano y el Janículo; pero si los nombres y los lugares son los mismos, las cosas han cambiado. En lugar de los templos paganos, iglesias dedicadas al verdadero Dios coronan todas las alturas. Los lugares que pisaban Neron, Calígula y Heliogábalo, están habitados por religiosos ó religiosas de todas las órdenes. Así es como en la cima del Capitolio, en el lugar mismo del templo de Júpiter, vemos brillar la iglesia Ara-Cœli, consagrada á la Virgen divina. Sobre el Palatino, de en medio de las ruinas informes del palacio de los Césares, se levantan las iglesias de Santa María Liberatriz, de San Teodoro y de San Buenaventura. El Cælius presenta la radiosa basilica de San Juan de Letran, las iglesias de los Cuatro-Coronados y de los santos Juan y Pablo. El Aventino, célebre por su templo de Diana, lleva hasta las nubes las bellas iglesias de Santa Sabina, de San Alejo y de Santa Prisca. Santa María *in cosmedin* colocada en la base, sirve como de pórtico sagrado á esos venerables santuarios. Sobre el Quirinal, no lejos de la columna Trajana, brillan Santo Domingo y San Sixto, San Silvestre, Santa María de la Victoria. El Viminal está coronado por la magnífica iglesia de Santa María de los Angeles, edificada en las Thermas mismas de Diocleciano. El Esquilino ofrece á los deslumbrados ojos á Santa María la Mayor, San Pedro en las Cadenas y San Martín de los Montes. En lontananza aparece en el horizonte el Janículo, con su templo del Bramante, y más abajo el Vaticano, con la maravilla de las iglesias, San Pedro.

Roma no cuenta mas que ciento setenta mil habitantes, y el recinto de la muralla levantada por Aureliano se ha hecho demasiado amplio; el espacio que se extiende de las casas á la antigua muralla, está ocupado por viñas, jardines, terrenos incultos cubiertos de ruinas, entre las cuales se ven bajar rebaños, de ovejas, de bueyes y algunos búfalos. Si la vista de tantos edificios caídos, monumentos imponentes de una gloria que ya no es, inspira al filósofo los más graves pensamientos, aquella desolacion, siempre subsistente, afirma la fe del cristiano. Ante su presencia está el cumplimiento de las profecías; lo ve con sus propios ojos, lo toca con sus manos. Como en tiempo de los emperadores, Roma se divide hoy en catorce regiones (Rioni). Sus palacios, sus fuentes, sus museos, sus galerías, sus obras maestras de pintura y de escultura, sus basílicas; sus cuatrocientas iglesias hacen de ella, bajo el punto de vista puramente material, la primera ciudad del mundo.

Aunque despojada de todos los atributos de la fuerza, no deja por eso de ser todavía la reina de todas las naciones. Más de dos mil años nos separan de los poetas, y de los oráculos que cantaron su eternidad, y sus cánticos proféticos no han cesado de cumplirse 1. ¿Cómo reflexionar

en ese instinto misterioso que Roma tenía de su destino, sin sentirse poseído de admiracion? ¡Cuántas consideraciones se ocurren sobre esta revelacion providencial! ¿Qué no decir de una ciudad que llevaba escrito en su nombre mismo el secreto de su noble mision? Nombre admirable conocido de los iniciados, y del cual estaba prohibido hablar al vulgo 1. Reina de la fuerza Roma pagana, todos lo saben, se vió á la altura de su temible mision. Largo tiempo su cetro de fierro anonadó al mundo subyugado por sus armas; ella reinaba sobre los cuerpos. Reina del amor, Roma cristiana está también á la altura de su bienhechora mision. A las naciones que le están voluntariamente sometidas, les impone solo vínculos suaves que llevar; ella reina sobre las almas, y siempre permanece la ciudad guerrera. En verdad, no hace ya la guerra á los Cartagineses, á los Partos, á los Dácios, á los Gramantes; pero la hace sin descanso al error y á los vicios, otros bárbaros más peligrosos que los primeros. Si se admira la poderosa organizacion de la ciudad de Rómulo, puesta en el mundo para conquistar, ¿puede dejar de reconocerse en la ciudad de San Pedro la sabia reunion de todos los medios más á propósito para atraer al mundo al suave yugo del Evangelio? ¿Pero cómo dar de ello un débil indicio? Rodeada de todos los grandes monumentos de la historia profana y de la historia eclesiástica, apoyada en el testimonio siempre presente de sus innumerables mártires, extraña á las preocupaciones políticas y á las especulaciones mer-

1 Imperium sine fine dedi.
Virgil. *Æneid* lib. 1, 279
Romulus æternæ noudum fundaverat urbis
Mœnia, consorti non habitanda Remo.

Tibull. *Eglog.* lib. 2.
Romæ æterna, Romæ Deæ, t.é aquí lo que se vé en multitud de inscripciones. En todas las provincias del imperio se le edificaban templos. Tacit. *Hist.* lib. III. Casal, pág. 123. Y cosa notable, en Roma, diosa de la fuerza, se adoraba al mismo tiempo con iguales homenajes á la diosa del amor.

Adque Urbis Veneris que pari seculmine tollunt.
Templa, simul geminis adolentur thura deabus.
Prud.

Se sabia que ella debía ser la reina eterna del mundo:

Terrarum dea gentiumque Roma
Cui par est nihil et nihilt secundum.

Martial.

Urbem auspicato diis auctoribus in æternum
conditam. Tit. Liv. lib. VII. *Decad.* 3.

1 El anagrama de Roma, que en griego quiere decir fuerza, es amor, amor. (Plutarco).

cantiles que absorben la vida de las otras capitales, fuerte en su misión providencial, Roma se encuentra colocada en las mejores condiciones divinas y humanas, para enseñar la verdad á toda la tierra con una autoridad irresistible. Toda su gerarquía está organizada con este objeto. La unidad de poder constituye la fuerza de Roma pagana. César se muestra, sobre todo, lugarteniente y pontífice de Júpiter. Asimismo, alejando toda comparación, aparece en la Roma cristiana con la frente ceñida de una triple diadema, un jefe supremo, el Vicario de Jesucristo, pontífice inmortal de la verdad. Cerca del trono imperial brillan los padres conscriptos, cuyos consejos dirigen al príncipe en el gobierno del mundo. Veis en derredor del soberano Pontífice, al Sacro colegio, venerable senado de la Iglesia, cuya experiencia, cuyas luces y cuyas virtudes sobre todo, eclipsan sin duda ninguna al austero senado de la antigua Roma. A los numerosos colegios sagrados y seculares que velaban cada uno en su esfera por los intereses de la república, corresponden hoy catorce congregaciones, compuestas de lo más selecto de los doctores y de los prelados, que siguen con la vista las diversas fases de la gran batalla que se libra en todos los puntos del globo, y deciden las altas cuestiones relativas á la defensa y á la propagación del Evangelio en Oriente y en Occidente. En fin, cerca del soberano Pontífice, del Sacro colegio y de los grandes ministerios, están colocados los generales de las órdenes, jefes inteligentes de aquellos cuerpos de ejércitos, tan variados en sus objetos y tan admirables en su disciplina y abnegación. Siempre al mando del Pontífice supremo, como las legiones del Pretorio al de César, se trasladan rápidamente á donde quiera que su presencia es necesaria. Desde hace muchos siglos, los países tocados de herejía, así

como las naciones idólatras, les ven llegar á sus inhospitalarias riberas. Ya bajo el hábito blanco del dominico, ya bajo el vestido azul del franciscano, ya bajo la sotana negra del jesuita, han llevado la fe y la civilización, hija de la fe romana, á los dos hemisferios; y por todas partes encontrareis el rastro de la sangre que han derramado para fundarla. Así es como desde la altura de las siete colinas, bajan incesantemente los oráculos infalibles que rigen á la inteligencia humana, detienen ó hacen caer al pié de la cruz á los pueblos civilizados y bárbaros, del mismo modo que en otro tiempo las órdenes que descendían de las mismas alturas, subyugaban á las naciones, mudas y trémulas bajo el yugo imperioso de César.

Hé ahí en pocas palabras, lo que hace Roma para cumplir en el exterior su misión; hé ahí de qué modo y por qué medios reina sobre el mundo. ¿Quién dirá ahora lo que hace con el mismo fin en el recinto de sus murallas? En favor de una población de ciento treinta mil almas, Roma sostiene trescientas setenta escuelas primarias, frecuentadas por catorce mil noventa y nueve alumnos de uno y otro sexo. Agregad á éstas las escuelas nocturnas, y sabreis al ménos en parte, de qué modo protege á la inteligencia de los niños y de los pobres, contra la invasión de la ignorancia y los ataques del error.

Para los ricos tiene abiertos sus magníficos establecimientos: la Propaganda, el Colegio Romano, el Colegio Inglés, el Colegio Germánico; son como otros tantos arsenales provistos de las mejores armas, á donde van á instruirse jóvenes de todas las naciones del globo.

A estas instituciones y á muchas otras que omito en este momento, vienen á juntarse las que tienen por objeto preservar al corazón de la corrupción. Tales son los numerosos asilos abiertos para la inocen-

cia y para el honor del sexo débil, conocidos bajo el nombre muy justo de *Conservatorios*. Pero no basta prevenir el mal, es preciso repararlo; Roma no olvida esto. Así como los conservatorios protegen la pureza de las jóvenes honradas, así las piadosas casas de refugio sostienen en sus buenos propósitos á las que arrepentidas, abandonan una vida desarreglada. Roma posee tres asilos de este género; el de la Cruz, el de Santa María *in Trastevere*, á cargo de las religiosas francesas del Buen Pastor, y el de Nuestra Señora de Loreto.

Pero el hombre no es vulnerable solo en la parte más noble de su ser. Como una larga y pesada cadena, el sufrimiento, bajo todos sus nombres y en todas sus formas, sujeta su cuerpo desde la cuna hasta la tumba. Esta cadena, ya tan pesada por sí misma, había sido agravada con mayor peso en todos sus anillos, por Roma antigua: la exposición, el asesinato, la venta, el abandono de los hijos, del pobre, del enfermo, del anciano, parecían ser, al ménos en la práctica, los artículos generales de su código *humanitario*. ¡De cuán distinto modo comprende Roma cristiana su real misión! El viajero se enternece hasta derramar lágrimas, al estudiar el número y la variedad de los medios que emplea para aligerar el dolor *corporal* de los hijos de Adán. Veintidos instituciones consuelan á los enfermos, á los pobres, á los locos, á los convalecientes, á los niños y á los ancianos; ocho hospicios públicos y once particulares, reciben á los enfermos; numerosas asociaciones llevan socorros á las casas de los pobres, y entierran á los muertos. La situación de estos diferentes hospicios está de tal modo calculada, que cada cuartel de la ciudad puede fácilmente gozar de sus beneficios. En la parte occidental de Roma observamos al *Espíritu Santo* y á

San Galicano, al uno en el Borgo, al otro en el Trastevere. En el centro del cuartel más populoso está *Santiago*; al Oriente, *Santa María de la Consolación* y *San Salvador*; por fin, en el centro de la isla del Tiber, en el punto de concurso de la ciudad con el gran suburbio, se encuentra el más amplio de los hospitales particulares.

Tal es el doble panorama que acaba de pasar á nuestra vista. Al volver á la ciudad, hablando sin descanso de lo que habíamos visto, supimos que el soberano Pontífice debía dar la bendición solemne del Santo Sacramento, en la iglesia de los Santos Apóstoles.

Ver al Santo Padre, y la primera vez de nuestra vida, y verle para recibir su bendición, era una felicidad que coronaba nuestro hermoso paseo, y que debíamos procurarnos á toda costa. Después de haber seguido algún tiempo el *camino papal* 1, llegamos á la plaza que precede á la iglesia. Una muchedumbre inmensa obstruía todas las calles inmediatas, y formaba delante del pórtico un vasto círculo, cuya circunferencia estaba guardada por dragones y alabarderos. Llegaron á poco algunos coches de los cardenales y prelados, y por fin apareció la carroza pontifical tirada por sus caballos negros de largas crines y ricamente enjaezados. El Santo Padre iba solo en su coche, con un cardenal: chinelas blancas adornadas con la cruz de oro, la sotana blanca con el pequeño roquete guarnecido de encajes, que le bajaba solamente hasta la cintura; la muceta roja forrada de armiño, de una blancura deslumbrante, tales eran los vestidos del Pontífice cuya venerable cabeza

1 Cuando el Santo Padre debe dirigirse hacia alguna iglesia, se cubren con arena fina las calles por donde ha de pasar la comitiva: esto es lo que se llama camino papal: *la strada papale*.

estaba adornada con el sombrero de pastor, rojo por encima y por debajo verde. Es imposible imaginarse un traje más gracioso y más en armonía con la dignidad de la persona. En presencia del augusto anciano, delante del vicario del Hombre-Dios, cuya voz se hace respetar y bendecir del uno al otro polo, el alma ménos cristiana siente una impresión difícil de caracterizar. No es un sentimiento de temor, como el que puede inspirar la vista de los reyes de la tierra; es una mezcla indefinible de veneración, de confianza, de amor, de felicidad. Esta impresión fué tanto más viva para nosotros cuanto difícil es contemplar un semblante mejor y más venerable que el de Su Santidad Gregorio XVI.

Siguiendo la comitiva, entramos á la iglesia. El altar, brillante de luces, estaba adornado con esa magnificencia y buen gusto que solo se vé en Italia. Despues de las ceremonias ordinarias, el soberano Pontífice dió la bendición del *Santo Sacramento*, en silencio; así lo quiere la rúbrica romana, más racional que nuestro rito galicano. De hecho, ¿por qué bendecir en alta voz en nombre de la Santa Trinidad, cuando es Nuestro Señor en persona el que bendice?

8 DE DICIEMBRE.

Fiesta de la Inmaculada Concepcion.—Anécdotas: la condesa de R.....—Lord Spencer.

Roma estaba de fiesta; era el día de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen. Todas las campanas del *Camparili* sonaban á todo vuelo; en todas las esquinas se oía la música campestre de los *pifferari*; todas las *madonas* de las calles estaban iluminadas, los almacenes y tiendas cerradas, y las iglesias llenas por una

multitud piadosa. La vispera, había hecho el pueblo el gran ayuno, es decir, que había esperado la noche para tomar alimento. Este acto de piedad es más bello, porque es voluntario. Pero cuando se trata de María, el romano no se detiene ante ningún sacrificio. Para la Madre de Dios, á quien llama también suya, su amor es sin límites, como su confianza.

Ese día solo salimos á hacer algunas visitas indispensables, y yo recibí también algunas que fueron para mí de la mayor satisfacción. En ese pasatiempo de la conversacion íntima, en que se pasa sin transición de uno á otro asunto, se habló de los extranjeros que acuden á Roma. Se hicieron quejas de un gran número de ellos, que con su oro traen la corrupción á la ciudad santa.

Nubes de ingleses, sobre todo, caen por decirlo así durante el otoño en Italia. Son los primeros en ir á San Pedro y á la Capilla Sixtina en los días de solemnidad. ¿Qué hacen allí? no se sabe de ello nada con certeza; porque ¿qué puede hacer en Roma, qué puede ver allí aquel á quien le faltan los ojos de la fe? Pero la Providencia tiene sus designios. Es raro que el catolicismo, que se muestra con tanta majestad en medio de los monumentos de la ciudad eterna, no haga cada año algunas conquistas sobre la herejía.

A la conversion tan notable de M. Tayer, ministro protestante de América, acababa de añadirse la de la condesa de R.... Esta mujer, célebre en Alemania, había venido á Roma con intenciones confesadas en alta voz, de proselitismo protestante. Dotada de cualidades superiores, se prometía muy buen éxito, cuando un día quiso asistir á la bendición papal. La majestad de tal ceremonia la impresionó tan vivamente, que cayó de rodillas y se levantó católica.

El estudio de los orígenes romanos no

es ménos eficaz que la vista de los monumentos y de las solemnidades. «Aquí tenemos nuestro origen,» decía el joven lord Spencer, antes ministro anglicano y hoy sacerdote católico y apóstol de su país. El es quien ha organizado, en una gran parte de la Europa, la vasta asociación de *Orações* por la conversion de la Gran Bretaña. Durante su permanencia en Roma, nos contaba que, atormentado por dudas sobre la verdad de su religion, se había dirigido á un anciano obispo anglicano:—«Me persiguen penosas dudas, le decía él; me parece que los orígenes de nuestra *Iglesia establecida* no son muy antiguos: creo que los hemos innovado. Para tranquilizarme, estoy decidido á leer á los Padres de los primeros siglos, y á los antiguos controversistas.»—«Yo no os lo aconsejo, le respondió el obispo; he visto que todos los que han tomado ese partido, han acabado por hacerse católicos.»—«Esta confesion, añadía lord Spencer, fué para mí un rasgo de luz; y debo bendecir á la Providencia, porque la constituyó en motivo determinante de mis estudios, y principio de mi conversion.»

9 DE DICIEMBRE.

San Juan de Letran.—Clasificación de las iglesias de Roma.—Bautisterio de Constantino.—Obelisco.—Triclinium de San Leon.—Escala Santa.—M. Ratisbonne.

Habíamos echado una ojeada general sobre Roma pagana y Roma cristiana. Ha llegado el tiempo de descender á pormenores y de comenzar la vista regular de las dos ciudades. La emprendimos sucesivamente en los catorce cuarteles fijados por Benedicto XIV en 1743.

El primero que se presenta, es el cuarteles de los Montes, (*Rioni de Monti*); ocu-

pa la antigua region del Esquilino y en la parte de la *Via Sacra de la Paz*, de la *Alta Semita*, de la *Caelimontana*, de *Isis* y *Serapis* y del *Torum Romanum*. Se le llama *de los Montes*, porque encierra la parte más montuosa de la ciudad. En sus límites se encuentra el Esquilino, el Viminal, una parte del *Coelius* y del Quirinal. Habiendo salido de la plaza de España á las nueve de la mañana, nos dirigimos á la basílica de San Juan de Letran, situada hácia la bajada de *Coelius*. Ahora bien, las iglesias de Roma pueden dividirse en tres clases, cuya diferencia es útil conocer: las patriarcales, las basílicas Constantinianas y las iglesias ordinarias.

Primero: *Patriarcales*. El mundo conquistado por el Evangelio se dividió desde los primeros siglos, en cinco patriarcados. El primero de todos, por su autoridad y extension, es el de Roma. Como papa, el sucesor de San Pedro tiene jurisdicción sobre la Iglesia universal. Como patriarca, su dominio no tiene otros límites que los de Occidente, comprendiendo en ellos al Africa, y más tarde al Nuevo-Mundo. El segundo patriarcado, era el de Constantinopla; el tercero, de Alejandría; el cuarto, de Antioquía, y el quinto de Jerusalen. 1 En estas grandes sillas están sentados los *padres de los padres* de todas las diócesis de la catolicidad. Los patriarcas de Oriente cayeron muy pronto bajo los golpes de los hereges y de los bárbaros; pero Roma, *cuya esencia consiste en conservar*, no ha querido que su memoria pereciese. En su inmortal recinto se encuentran cinco iglesias patriarcales, iglesias tres veces venerables por su antigüedad, por su magnificencia y por su santidad, que perpetúan los católicos recuer-

1 *Constit.* de Inocencio III en el cuarto Concilio de Letran, cap. XXIII, *de Privileg. de votis Jus Canon*, tit. 1, pág. 203.

estaba adornada con el sombrero de pastor, rojo por encima y por debajo verde. Es imposible imaginarse un traje más gracioso y más en armonía con la dignidad de la persona. En presencia del augusto anciano, delante del vicario del Hombre-Dios, cuya voz se hace respetar y bendecir del uno al otro polo, el alma ménos cristiana siente una impresión difícil de caracterizar. No es un sentimiento de temor, como el que puede inspirar la vista de los reyes de la tierra; es una mezcla indefinible de veneración, de confianza, de amor, de felicidad. Esta impresión fué tanto más viva para nosotros cuanto difícil es contemplar un semblante mejor y más venerable que el de Su Santidad Gregorio XVI.

Siguiendo la comitiva, entramos á la iglesia. El altar, brillante de luces, estaba adornado con esa magnificencia y buen gusto que solo se vé en Italia. Despues de las ceremonias ordinarias, el soberano Pontífice dió la bendición del *Santo Sacramento*, en silencio; así lo quiere la rúbrica romana, más racional que nuestro rito galicano. De hecho, ¿por qué bendecir en alta voz en nombre de la Santa Trinidad, cuando es Nuestro Señor en persona el que bendice?

8 DE DICIEMBRE.

Fiesta de la Inmaculada Concepcion.—Anécdotas: la condesa de R.....—Lord Spencer.

Roma estaba de fiesta; era el día de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen. Todas las campanas del *Camparili* sonaban á todo vuelo; en todas las esquinas se oía la música campestre de los *pifferari*; todas las *madonas* de las calles estaban iluminadas, los almacenes y tiendas cerradas, y las iglesias llenas por una

multitud piadosa. La vispera, había hecho el pueblo el gran ayuno, es decir, que había esperado la noche para tomar alimento. Este acto de piedad es más bello, porque es voluntario. Pero cuando se trata de María, el romano no se detiene ante ningún sacrificio. Para la Madre de Dios, á quien llama también suya, su amor es sin límites, como su confianza.

Ese día solo salimos á hacer algunas visitas indispensables, y yo recibí también algunas que fueron para mí de la mayor satisfacción. En ese pasatiempo de la conversacion íntima, en que se pasa sin transición de uno á otro asunto, se habló de los extranjeros que acuden á Roma. Se hicieron quejas de un gran número de ellos, que con su oro traen la corrupción á la ciudad santa.

Nubes de ingleses, sobre todo, caen por decirlo así durante el otoño en Italia. Son los primeros en ir á San Pedro y á la Capilla Sixtina en los días de solemnidad. ¿Qué hacen allí? no se sabe de ello nada con certeza; porque ¿qué puede hacer en Roma, qué puede ver allí aquel á quien le faltan los ojos de la fe? Pero la Providencia tiene sus designios. Es raro que el catolicismo, que se muestra con tanta majestad en medio de los monumentos de la ciudad eterna, no haga cada año algunas conquistas sobre la herejía.

A la conversión tan notable de M. Tayer, ministro protestante de América, acababa de añadirse la de la condesa de R.... Esta mujer, célebre en Alemania, había venido á Roma con intenciones confesadas en alta voz, de proselitismo protestante. Dotada de cualidades superiores, se prometía muy buen éxito, cuando un día quiso asistir á la bendición papal. La majestad de tal ceremonia la impresionó tan vivamente, que cayó de rodillas y se levantó católica.

El estudio de los orígenes romanos no

es ménos eficaz que la vista de los monumentos y de las solemnidades. «Aquí tenemos nuestro origen,» decía el joven lord Spencer, antes ministro anglicano y hoy sacerdote católico y apóstol de su país. El es quien ha organizado, en una gran parte de la Europa, la vasta asociación de *Orações* por la conversión de la Gran Bretaña. Durante su permanencia en Roma, nos contaba que, atormentado por dudas sobre la verdad de su religion, se había dirigido á un anciano obispo anglicano:—«Me persiguen penosas dudas, le decía él; me parece que los orígenes de nuestra *Iglesia establecida* no son muy antiguos: creo que los hemos innovado. Para tranquilizarme, estoy decidido á leer á los Padres de los primeros siglos, y á los antiguos controversistas.»—«Yo no os lo aconsejo, le respondió el obispo; he visto que todos los que han tomado ese partido, han acabado por hacerse católicos.»—«Esta confesion, añadía lord Spencer, fué para mí un rasgo de luz; y debo bendecir á la Providencia, porque la constituyó en motivo determinante de mis estudios, y principio de mi conversión.»

9 DE DICIEMBRE.

San Juan de Letran.—Clasificación de las iglesias de Roma.—Bautisterio de Constantino.—Obelisco.—Triclinium de San Leon.—Escala Santa.—M. Ratisbonne.

Habíamos echado una ojeada general sobre Roma pagana y Roma cristiana. Ha llegado el tiempo de descender á pormenores y de comenzar la vista regular de las dos ciudades. La emprendimos sucesivamente en los catorce cuarteles fijados por Benedicto XIV en 1743.

El primero que se presenta, es el cuarteles de los Montes, (*Rioni de Monti*); ocu-

pa la antigua region del Esquilino y en la parte de la *Via Sacra* de la Paz, de la *Alta Semita*, de la *Caelimontana*, de *Isis* y *Serapis* y del *Torum Romanum*. Se le llama *de los Montes*, porque encierra la parte más montuosa de la ciudad. En sus límites se encuentra el Esquilino, el Viminal, una parte del *Coelius* y del Quirinal. Habiendo salido de la plaza de España á las nueve de la mañana, nos dirigimos á la basílica de San Juan de Letran, situada hácia la bajada de *Coelius*. Ahora bien, las iglesias de Roma pueden dividirse en tres clases, cuya diferencia es útil conocer: las patriarcales, las basílicas Constantinianas y las iglesias ordinarias.

Primero: *Patriarcales*. El mundo conquistado por el Evangelio se dividió desde los primeros siglos, en cinco patriarcados. El primero de todos, por su autoridad y extension, es el de Roma. Como papa, el sucesor de San Pedro tiene jurisdicción sobre la Iglesia universal. Como patriarca, su dominio no tiene otros límites que los de Occidente, comprendiendo en ellos al Africa, y más tarde al Nuevo-Mundo. El segundo patriarcado, era el de Constantinopla; el tercero, de Alejandría; el cuarto, de Antioquia, y el quinto de Jerusalem. 1 En estas grandes sillas están sentados los *padres de los padres* de todas las diócesis de la catolicidad. Los patriarcas de Oriente cayeron muy pronto bajo los golpes de los hereges y de los bárbaros; pero Roma, cuya esencia consiste en conservar, no ha querido que su memoria pereciese. En su inmortal recinto se encuentran cinco iglesias patriarcales, iglesias tres veces venerables por su antigüedad, por su magnificencia y por su santidad, que perpetúan los católicos recuer-

1 *Constit.* de Inocencio III en el cuarto Concilio de Letran, cap. XXIII, *de Privileg. de votis Jus Canon*, tit. 1, pág. 203.

estaba adornada con el sombrero de pastor, rojo por encima y por debajo verde. Es imposible imaginarse un traje más gracioso y más en armonía con la dignidad de la persona. En presencia del augusto anciano, delante del vicario del Hombre-Dios, cuya voz se hace respetar y bendecir del uno al otro polo, el alma ménos cristiana siente una impresión difícil de caracterizar. No es un sentimiento de temor, como el que puede inspirar la vista de los reyes de la tierra; es una mezcla indefinible de veneración, de confianza, de amor, de felicidad. Esta impresión fué tanto más viva para nosotros cuanto difícil es contemplar un semblante mejor y más venerable que el de Su Santidad Gregorio XVI.

Siguiendo la comitiva, entramos á la iglesia. El altar, brillante de luces, estaba adornado con esa magnificencia y buen gusto que solo se vé en Italia. Despues de las ceremonias ordinarias, el soberano Pontífice dió la bendición del *Santo Sacramento*, en silencio; así lo quiere la rúbrica romana, más racional que nuestro rito galicano. De hecho, ¿por qué bendecir en alta voz en nombre de la Santa Trinidad, cuando es Nuestro Señor en persona el que bendice?

8 DE DICIEMBRE.

Fiesta de la Inmaculada Concepcion.—Anécdotas: la condesa de R.....—Lord Spencer.

Roma estaba de fiesta; era el día de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen. Todas las campanas del *Camparili* sonaban á todo vuelo; en todas las esquinas se oía la música campestre de los pifferari; todas las *madonas* de las calles estaban iluminadas, los almacenes y tiendas cerradas, y las iglesias llenas por una

multitud piadosa. La vispera, había hecho el pueblo el gran ayuno, es decir, que había esperado la noche para tomar alimento. Este acto de piedad es más bello, porque es voluntario. Pero cuando se trata de María, el romano no se detiene ante ningún sacrificio. Para la Madre de Dios, á quien llama también suya, su amor es sin límites, como su confianza.

Ese día solo salimos á hacer algunas visitas indispensables, y yo recibí también algunas que fueron para mí de la mayor satisfacción. En ese pasatiempo de la conversacion íntima, en que se pasa sin transición de uno á otro asunto, se habló de los extranjeros que acuden á Roma. Se hicieron quejas de un gran número de ellos, que con su oro traen la corrupción á la ciudad santa.

Nubes de ingleses, sobre todo, caen por decirlo así durante el otoño en Italia. Son los primeros en ir á San Pedro y á la Capilla Sixtina en los días de solemnidad. ¿Qué hacen allí? no se sabe de ello nada con certeza; porque ¿qué puede hacer en Roma, qué puede ver allí aquel á quien le faltan los ojos de la fe? Pero la Providencia tiene sus designios. Es raro que el catolicismo, que se muestra con tanta majestad en medio de los monumentos de la ciudad eterna, no haga cada año algunas conquistas sobre la herejía.

A la conversion tan notable de M. Tayer, ministro protestante de América, acababa de añadirse la de la condesa de R.... Esta mujer, célebre en Alemania, había venido á Roma con intenciones confesadas en alta voz, de proselitismo protestante. Dotada de cualidades superiores, se prometía muy buen éxito, cuando un día quiso asistir á la bendición papal. La majestad de tal ceremonia la impresionó tan vivamente, que cayó de rodillas y se levantó católica.

El estudio de los orígenes romanos no

es ménos eficaz que la vista de los monumentos y de las solemnidades. «Aquí tenemos nuestro origen,» decía el joven lord Spencer, antes ministro anglicano y hoy sacerdote católico y apóstol de su país. El es quien ha organizado, en una gran parte de la Europa, la vasta asociación de *Orações* por la conversion de la Gran Bretaña. Durante su permanencia en Roma, nos contaba que, atormentado por dudas sobre la verdad de su religion, se había dirigido á un anciano obispo anglicano:—«Me persiguen penosas dudas, le decía él; me parece que los orígenes de nuestra *Iglesia establecida* no son muy antiguos: creo que los hemos innovado. Para tranquilizarme, estoy decidido á leer á los Padres de los primeros siglos, y á los antiguos controversistas.»—«Yo no os lo aconsejo, le respondió el obispo; he visto que todos los que han tomado ese partido, han acabado por hacerse católicos.»—«Esta confesion, añadía lord Spencer, fué para mí un rasgo de luz; y debo bendecir á la Providencia, porque la constituyó en motivo determinante de mis estudios, y principio de mi conversion.»

9 DE DICIEMBRE.

San Juan de Letran.—Clasificación de las iglesias de Roma.—Bautisterio de Constantino.—Obelisco.—Triclinium de San Leon.—Escala Santa.—M. Ratisbonne.

Habíamos echado una ojeada general sobre Roma pagana y Roma cristiana. Ha llegado el tiempo de descender á pormenores y de comenzar la vista regular de las dos ciudades. La emprendimos sucesivamente en los catorce cuarteles fijados por Benedicto XIV en 1743.

El primero que se presenta, es el cuarteles de los Montes, (*Rioni de Monti*); ocu-

pa la antigua region del Esquilino y en la parte de la *Via Sacra* de la Paz, de la *Alta Semita*, de la *Coelimontana*, de *Isis* y *Serapis* y del *Torum Romanum*. Se le llama *de los Montes*, porque encierra la parte más montuosa de la ciudad. En sus límites se encuentra el Esquilino, el Viminal, una parte del *Coelius* y del Quirinal. Habiendo salido de la plaza de España á las nueve de la mañana, nos dirigimos á la basílica de San Juan de Letran, situada hácia la bajada de *Coelius*. Ahora bien, las iglesias de Roma pueden dividirse en tres clases, cuya diferencia es útil conocer: las patriarcales, las basílicas Constantinianas y las iglesias ordinarias.

Primero: *Patriarcales*. El mundo conquistado por el Evangelio se dividió desde los primeros siglos, en cinco patriarcados. El primero de todos, por su autoridad y extension, es el de Roma. Como papa, el sucesor de San Pedro tiene jurisdicción sobre la Iglesia universal. Como patriarca, su dominio no tiene otros límites que los de Occidente, comprendiendo en ellos al Africa, y más tarde al Nuevo-Mundo. El segundo patriarcado, era el de Constantinopla; el tercero, de Alejandría; el cuarto, de Antioquía, y el quinto de Jerusalen. 1 En estas grandes sillas están sentados los *padres de los padres* de todas las diócesis de la catolicidad. Los patriarcas de Oriente cayeron muy pronto bajo los golpes de los hereges y de los bárbaros; pero Roma, *cuya esencia consiste en conservar*, no ha querido que su memoria pereciese. En su inmortal recinto se encuentran cinco iglesias patriarcales, iglesias tres veces venerables por su antigüedad, por su magnificencia y por su santidad, que perpetúan los católicos recuer-

1 *Constit.* de Inocencio III en el cuarto Concilio de Letran, cap. XXIII, *de Privileg. de votis Jus Canon*, tit. 1, pág. 203.

dos de Constantinopla, de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalén. He nombrado á San Juan de Letran; á San Pedro en el Vaticano; á San Pablo en la vía de Ostia, á Santa María la Mayor y á San Lorenzo, extra muros. El siguiente dístico repite sus nombres, aunque en un orden inverso:

PAULOS, VIRGO, PETRUS, LAURENTIUS
ATQUE JOANNUS, HI PATRIARCHATUS, NOMEN
IN URBE TENENT. 1

Segundo:—*Basilicas constantinianas.* Cuéntanse ocho: San Juan de Letran; Santa Cruz en Jerusalén; San Pedro en el Vaticano; San Pablo extra muros; San Lorenzo extra muros; Santos Marcelino y Pedro en la vía Laticana; los Santos Apóstoles en el centro de Roma, y Santa Inés extra muros. La antigüedad de estas iglesias, sus frescos, sus mosaicos, el número y la riqueza de las reliquias sagradas que encierran, hacen de ellas verdaderos archivos del arte y de la piedad. Así, no hay un viajero instruido que deje de verlas, ni un peregrino que deje de orar allí 2.

Tercero:—*Iglesias ordinarias.* Su número pasa de trescientas cincuenta; muchas se remontan á los primeros siglos, tales como San Clemente, Santa Praxedis, Santa María in Cosmedin. Sus pórticos, sus inscripciones, su arquitectura, recuerdan elocuentemente la sencillez, la fe viva, el fervor de las bellas edades del cristianismo. Cuidaremos de no olvidarlas cuando las encontremos en nuestro camino.

1 Jo. n. Monachi, card. de Elect. in 6.

2 Entre esas basílicas hay cinco, que unidas á otras dos, no constantinianas, forman lo que se llama las siete basílicas de Roma, cuya visita hacen todos los viajeros cristianos, á causa de las grandes indulgencias que les están concedidas. Hé aquí sus nombres: San Juan de Letran; San Pedro en el Vaticano; San Pablo extra muros; Santa María la Mayor; San Lorenzo extra muros; Santa Cruz en Jerusalén, y San Sebastian.

Veinte minutos después de la salida, encontramos á la gran plaza que se extiende desde el baptisterio de Constantino hasta la puerta de San Juan. Roma es, por excelencia, la tierra de las emociones y de los recuerdos. ¡Oh! ¡qué multitud de imponentes recuerdos surgen en aquellos lugares hollados por nuestros pies! ¡Qué de poderosas emociones vienen á tocar el alma hasta su última fibra! El horizonte crece sin límites; todos los siglos pasan ante vosotros con los dramas más grandiosos de la historia. Aquí es donde después de trescientos años de una encarnizada lucha, el mundo pagano inclinó su altiva cabeza bajo el yugo de la cruz; aquí es donde el primero de los Césares se hizo hijo de la Iglesia. Sucesores de los dueños del mundo y jefes de un imperio extenso, aquí mismo han habitado durante once siglos los vicarios de Jesucristo.

Aquí cada pontífice viene á tomar solemnemente la posesión de su temible dignidad; aquí han tenido lugar treinta y tres concilios. Por consiguiente, esos lugares han visto á casi todas las glorias de la Iglesia, á millares de obispos, de cardenales de doctores del Oriente y del Occidente que han acudido de siglo en siglo para dar testimonio de la fe del mundo entero y librar esas grandes batallas de la verdad contra el error, que afirmando el Evangelio, han salvado á la civilización. Ocupados en estos pensamientos, pasamos delante de la puerta del palacio pontifical y estuvimos ante la muy santa y venerable basílica. Como la mayor parte de los monumentos de Roma, la Iglesia de San Juan de Letran tiene el privilegio de repetir los hechos de la historia profana y de la historia sagrada. Su nombre de *Letran* recuerda á una de las más antiguas é ilustres familias romanas, la familia *Sextia*. Según el uso, el sobrenombre de *Laterano* distin-

guía á sus miembros de las otras ramas del tronco común: este nombre fué llevado gloriosamente en los tiempos de la república; y bajo el imperio, la crueldad de Neron, hizo resaltar más su brillo con el asesinato del cónsul *Plautius Lateranus* 1. La riqueza fué también patrimonio de esta familia. Su palacio hereditario, de una magnificencia real, ocupaba el lugar de la iglesia actual y le ha dado su nombre. Cuando Constantino poseía este monumento, hizo homenaje de él al papa Silvestre para edificar una iglesia al Salvador. Fué consagrada el año 324. 2

Penetrado el reconocimiento hácia Dios, á quien debía la fe del cristianismo y el cetro del mundo, Constantino se congratuló de adornar el nuevo templo con una magnificencia digna de un emperador romano. De aquí vino á la basílica el nombre de *Basilica de Oro*: nunca pudo estar más justificado tal nombre, de ello podrá juzgarse por algunos de los presentes del real neófito. Una estatua del Salvador sentado, de cinco pies de altura, de plata, con peso de 120 libras; los doce apóstoles, de tamaño natural, de plata, con corona de lo mismo, y cada estatua con el peso de 90 libras. Cuatro ángeles de plata, de tamaño natural, teniendo una cruz en la mano cada uno, cada ángel con peso de 105 libras. La cornisa continua que sirve de pedestal á todas las estatuas, es de plata cincelada y pesa 2,025 libras. Una lámpara de oro purísimo suspendida de la bóveda, que pesa con sus cadenas 25 libras. Siete altares de plata que pesa cada uno 200 libras. Siete pantallas de oro y diez y seis de plata, cada una con peso de 30 libras. Siete incensarios de oro que pesan cada uno 10 libras; otro incensario enriquecido con pedredría que pesa 20 libras 3 onzas. Dos custodias de

1 Tacit. Anual, lib. XV.

2 Ciampini, Monum. veter. b. III, p. 7.

oro puro que pesan 50 libras cada una. Veinte cálices de plata con peso de 10 libras cada uno. Cuarenta cálices más pequeños de purísimo oro que pesa una libra cada uno. Cincuenta cálices para la distribución de la preciosa sangre á los fieles (cálices ministeriales) que pesan 2 libras cada uno.

Como ornamentos de la basílica: un bordon de puro oro, colocado delante del altar en donde ardía aceite de nardo, adornado con ochenta delfines, que pesan 30 libras y que sostienen otros tantos cirios compuestos de nardo, y de los aromas más preciosos; otro de plata con ciento veinte delfines del peso de 50 libras, en el cual se quemaban los mismos aromas. En el coro, cuarenta candeleros de plata de á 30 libras, de los que se exhalaban los mismos exquisitos perfumes. Al lado derecho de la basílica, cuarenta candeleros de plata de á 20 libras y otros tantos al lado izquierdo. En fin, dos braseros de finísimo oro que pesan 30 libras, con un don anual de 150 libras de perfumes muy exquisitos para ante el altar 1.

Al recuerdo de tanta magnificencia, ¿cómo cansarse de admirar la fe del Señor del mundo, su reconocimiento y su docilidad para convertirse en instrumento de la Providencia haciendo servir para el culto del verdadero Dios, el oro y la plata, tan largo tiempo prostituidos á los ídolos? Así, gracias al Cristianismo, todo volvía al orden y hacia retroceder al principio, al hombre, al mundo y á las criaturas. ¿Qué se ha hecho la Basílica de oro? ¿qué ha sido de sus riquezas? Preguntádselo ántes á los jefes bárbaros tan famosos en la historia, Alarico y Totila. Sin embargo, el augusto edificio, muchas veces sacado de sus ruinas, existe siempre. Sus tesoros han desaparecido, pero su principado le que-

1 Anast. Biblioth., in Vit. B. Silv.

da aún. Sobre el frontispicio se lee esta sencilla, pero sublime inscripción:

SACROSANTA LATERANENSIS ECCLIA
OMNIUM URBISET ORBIS ECCLESIAE MATR
ET CAPUT.

"LA SACROSANTA IGLESIA DE LETRAN,
LA MADRE Y SEÑORA DE TODAS LAS IGLESIAS
DE ROMA Y DEL MUNDO."

De las tres puertas de la basílica, dos sobrecojen de admiración al viajero, la una por su misterio, la otra por su magnificencia. La de la derecha, llamada *Puerta-Santa*, está cerrada con pared, y solo se abre por el Santo Padre mismo el año de jubileo. La del medio, es una puerta antigua de bronce y cuadriforme, es casi la única que existe. Al entrar no puede uno dejar de maravillarse del simbolismo de la nave. Encima de los cruceros, cerca del nacimiento de la bóveda, están pintados los Profetas. Más arriba de los Profetas veis, por una parte, las figuras del Antiguo Testamento relativas al Mesías, y por otra, los hechos del Evangelio que son su complemento: la figura y lo figurado. Así, bajo los cruceros más inmediatos á la bóveda, aparecen:

Por una parte:

Adán y Eva arojados del Paraíso terrestre, por haber tocado al árbol prohibido.

Por otra parte:

Nuestro Señor sobre el árbol de la cruz, abriendo el cielo al género humano.

Bajo los cruceros siguientes:

El diluvio.

El sacrificio de Abraham.

El bautismo de Nuestro Señor.

Nuestro Señor subiendo al Calvario.

José vendido por sus hermanos.

Moisés librando á los Israelitas de la cautividad de Faraon.

Jonas saliendo de la boca de la ballena.

Nuestro Señor entregado por Júdas.

Nuestro Señor bajando al limbo.

Nuestro Señor saliendo del sepulcro.

Abajo de estos bajos relieves veis á los doce apóstoles de pié. Sus bellas y grandes estatuas están en armonía perfecta, ya con las pinturas superiores, ya con los nichos que las guardan. Los doce predicadores del Evangelio están allí como habiendo iluminado con su palabra y con los oráculos de los profetas, las sombras de la alianza figurada. Pero la enseñanza apostólica no solo ha iluminado lo pasado; proyecta los resplandores brillantes de su luz sobre el porvenir: el Evangelio ocupa el medio entre la sinagoga y el cielo. Hé ahí por qué detras de cada apóstol, en el fondo del nicho, está pintada una puerta entreabierta; el apóstol está en el dintel, para decir que despues de la revelación cristiana de que él es órgano, no hay más que la Jerusalén eterna, ciudad de la luz con sus doce puertas de esmeralda. En fin, en la base de cada nicho, aparece una paloma en relieve, con la rama de olivo en su pico, tierno emblema del espíritu del Evangelio. Así en esta série admirable de pinturas y de esculturas aparece toda la religion, en su letra y en su espíritu, desde el origen de los tiempos hasta la eternidad, y todo se resume en el himno de Bethlem: *Gloria á Dios en las alturas de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* ¡Diré cuál fué mi alegría al encontrar en la señora de todas las iglesias el plan completo del *Catecismo de perseverancia!* Entre las otras riquezas de San Juan de Letran, es preciso citar la tumba en bronce del papa Martín V, pontífice grande entre los demas, puesto que puso fin al cisma de Occidente; de un lado del crucero, la capilla de San Andrés Corsini, una de las de mayor

magnificencia en Roma, que recuerda á la vez la piedad filial de Clemente XII, y las dulces virtudes de su ilustre abuelo. Las dos columnas de pórfido que acompañan al gran nicho, á la derecha del Evangelio, adornaban en otro tiempo el pórtico del panteon de Agrippa; del otro, está la rica capilla del Santo Sacramento, de que hablaré muy pronto. El majestuoso pórtico de la iglesia presenta sus veinticuatro pilastras de mármol y la estatua colosal de Constantino, hallada en sus Baños; en fin, la famosa puerta de bronce de la basílica *Emilia*, trasportada allí por Alejandro VII.

Conociamos ya la historia, habíamos examinado la arquitectura, los cuadros y las estatuas de San Juan de Letran. Para estar satisfechos, el artista y el arqueólogo no habrían pedido más á la basílica; el cristiano es ménos fácil de contentar. Dotado de un sentimiento más que los otros hombres, el sentido de la fe, le son necesarios nuevos goces, es para él una necesidad tanto más imperiosa, cuanto mayor es la energía y la nobleza del sentido superior que los reclama. ¡Quién no comprende, en efecto, que hay en nuestras iglesias un lado humano y otro divino? Ahora, buscar al visitar las basílicas romanas su origen y su historia, saber á qué monumentos profanos han sucedido, apreciar las pinturas y las esculturas que las embellecen, admirar los mármoles preciosos, los mosaicos y los dorados que brillan desde el pavimento hasta la cúpula, hé ahí lo que acabamos de hacer en San Juan de Letran. Lo haremos en las otras iglesias, y habremos visto el lado humano de la basílica. Este es, gustamos de proclamarlo, un estudio fecundo en nobles y útiles placeres. Además, si aquí nos detenemos, la impresión es incompleta; el espíritu y la imaginación podrán quedar satisfechos;

pero lo que hay de más noble en el hombre, y sobre todo en el cristiano, el corazón, no lo quedará; la parte divina se escapa. Una palabra, y este pensamiento se aclarará.

Si el cuerpo de Ciceron ó el casco del César, descansara en uno de sus edificios, ¿habría, pregunto, un solo viajero por Italia que no quisiera contemplarlos? ¿Hay alguno solo que al visitar la morada de esos grandes hombres, se contente con admirar la magnificencia, sin tomarse el trabajo de ver los restos del padre de la eloquencia, ó la gloriosa cirena del Señor del mundo? Pues bien, lo que sería el templo depositario del cuerpo de Ciceron ó del casco del César, las iglesias de Roma lo son en la realidad y en un sentido más noble. Por un privilegio de que no goza ningún otro templo del mundo, el recinto de sus iglesias encierra cuerpos mil veces más respetables que el del acusador Verrés, y objetos mil veces más preciosos que la armadura del vencedor de Farsalia. Allí descansan muchas veces, con los instrumentos de su pertenencia ó de sus suplicios, legiones de santos y de mártires: grandes hombres por excelencia, oradores por su sangre, héroes por su valor, modelos de los siglos por sus virtudes, vencedores del mundo pagano y fundadores de la libertad moderna. Sus huesos rotos, su sangre derramada por la libertad del género humano, allí están; tal es el lado divino de las basílicas romanas.

Ignorad estas cosas, y por brillante que sea, el templo os parecerá vacío, estará mudo y carecerá de poesía divina; le visitareis como un monumento ordinario; el oído del corazón nada habrá oído, porque los ojos de la fe nada habrán visto. Y á la verdad ¿valdría la pena venir á Roma para obtener este resultado? Pero si al conocimiento de la historia y de las bellezas materiales de la basílica, se añade la vista

religiosa de los ilustres huéspedes que la habitan, en el instante mismo el alma se engrandece. Yo no sé qué sentimiento profundo de respeto, de indecible bienestar, se apodera del corazón; todas las facultades se conmueven; la impresión es completa. El templo se anima, habla á los sentidos, á la razón, á la fe, y con voz inteligente para todos, repite la larga y sublime epopeya de la raza humana. En aquellas columnas de mármol, de alabastro, de pórfido y bronce que adornan el templo de Dios Redentor, después de haber adornado el templo de Júpiter ó el palacio de Neron, veis al mundo del mal, al mundo pagano vencido por el cristianismo y uncido al carro inmortal del triunfador. Luego en sus tumbas, resplandecientes con el oro y pedredrías, veis á las victoriosas regiones de las mártires que os contemplan, enseñándoos con una mano el símbolo católico revestido con su sangriento sello, y con la otra, los laureles siempre vivos que coronan sus frentes; y su voz consagrada por la muerte y por la gloria, os grita desde el seno de la eternidad: ¿Cómo llevas el nombre de cristiano que nosotros conquistamos para tí con nuestra sangre? Con estos pensamientos, es imposible visitar las iglesias de Roma sin salir de ellas muy mejorado, y sin sentir emociones y goces que allí solo se encuentran.

Habíamos visto, pues, el lado humano de San Juan de Letran, nos faltaba contemplar el lado divino de la Madre y Señora de todas las iglesias. En el centro, y bajo el gran arco de la nave principal, se encuentra sostenido por dos columnas de granito oriental, de treinta y ocho piés de altura, el altar papal; pero, ¿qué altar, Dios mío! el mismo en que San Pedro dijo misa. Allí está tal como fué sacado de las catacumbas por el papa San Silvestre.

Su sencillez, su pobreza misma, recuerdan los primeros tiempos de la Iglesia: algunas planchas de abeto, sin dorados y sin más adorno que una cruz tallada en la parte anterior, hé ahí todo. Por respeto, se le ha rodeado de una balaustrada de mármol, sobre la cual están grabadas las armas de Urbano VIII y del rey de Francia. Una rica tela lo cubre por entero; levantada dicha tela, pudimos ver con nuestros propios ojos la mesa venerable á donde la gran Víctima, ofrecida por el príncipe de los Apóstoles, había venido á descansar tantas veces. Este es el único altar en el mundo bajo el cual no hay reliquias; con razón. Al sucesor de Pedro pertenece el derecho exclusivo de celebrar allí los santos misterios.

Levantando la vista se percibe á una gran altura, directamente encima del altar, un cortinaje de terciopelo carmeí con realzados de oro. Este pabellon cubre una arca ó copon de mármol de Paros, sostenido por cuatro columnas de mármol egipcio con capiteles de orden corintio de bronce dorado. Allí están encerradas las cabezas de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Dos veces en el año, el Sábado Santo y el Mártes de las Rogaciones, son expuestas con toda solemnidad á la veneración de los dichosos fieles de Roma. Hay otra costumbre no menos digna de ser conocida. A fin de fortificar á todos los jóvenes levitas en la fuente misma del espíritu sacerdotal, del espíritu del apostolado y del martirio, todas las ordenaciones tienen lugar al pié del altar de que acabamos de hablar, á la vista de San Pedro y San Pablo. A la derecha del altar pontifical, se encuentra la capilla del Santo Sacramento. Aunque muy elevado, muy amplio y muy profundo, el tabernáculo, ejecutado según dibujos de Paulo Olivieri, está compuesto enteramente de piedras preciosas y de los mármoles más raros. A

derecha é izquierda, brillan dos ángeles de bronce dorado con cuatro columnas verdes, á estilo antiguo de los griegos. El techo y el frontis de bronce dorado que coronan el altar, descansan sobre cuatro columnas del mismo metal, doradas, acanaladas, de cosa de veinticinco piés de altura, y dos y medio piés de diámetro en la base. Son las mismas que Augusto mandó hacer después de la batalla de Actium con los espolones de los buques egipcios, y que él colocó en el templo de Júpiter Capitolino. Empleados desde luego como candeleros, en los cuales se quemaban en las grandes fiestas bálsamos y otros exquisitos perfumes, deben su destino actual al papa Clemente VIII.

A la verdad, no pudimos menos de hacer aquí una observación á que da lugar cada paso por la inteligente ciudad de los Pontífices. Roma pagana, nunca dejaba de erigir en su recinto monumentos que recordaban sus triunfos; Roma cristiana ha tenido el mismo instinto. Por todas partes se levantan los monumentos de sus numerosas victorias *sobre el paganismo*, cuyos templos, cuyas columnas y obeliscos sirven para su uso; *sobre las grandes herejías*, cuya condenación está escrita en las pinturas y mosaicos de sus templos; *sobre los Turcos*, cuyo oro y cuyos estandartes han enriquecido las iglesias muy amadas de Ara-Cœli y de la Victoria. La basílica de San Juan de Letran conserva otro trofeo de las victorias del cristianismo sobre el islamismo. Delante de la capilla del Santo Sacramento, flota la bandera de Juan Sobieski en la célebre batalla de Viena. Como testimonio de su reconocimiento y de su adhesión á la religión, el gran capitán quiso que su glorioso oriflama fuese suspendido en la bóveda de la primera iglesia del mundo.

En el coro del Cabildo está la silla de los reyes de Francia, que, como se sabe,

son canónigos de San Juan de Letran; está á la izquierda y enfrente de la del Santo Padre. Del respaldo de la silla real, se desprende una graciosa estatua de la Virgen Santa, de quien es vasallo y primer caballero el rey de Francia; detrás del asiento del Santo Padre, aparece Nuestro Señor, cuyo vicario es el Papa. ¿Qué no habría que decir sobre esta disposición simbólica? Nos parecen escritas allí, la historia, la misión y las relaciones providenciales de la madre y de su hija mayor. Aunque no éramos reyes de Francia, nos sentamos en la silla real, y al venir entonces á nuestra memoria el recuerdo de Enrique IV, nos enseñó que cada año los canónigos de San Juan de Letran, celebran el nacimiento de su real cofrade, con una misa solemne. Este es un testimonio de reconocimiento, hácia el don que el Bernés convertido hizo á San Juan de Letran, de la rica abadía de Clarac, en la diócesis de Agen. Hasta la revolución de Julio, el embajador de Francia asistía á los oficios sobre un estrado colocado á la entrada del coro.

Nos quedaba por ver el tesoro de la basílica. Allí se conserva una de las reliquias más venerables que puede haber en el mundo. Detrás de rejas de fierro, y bajo anchas hojas de cristal, está oculta la mesa misma en donde Nuestro Señor instituyó la Santa Eucaristía. Se abrieron sus puertas, y nos fué dado ver aquel monumento del amor infinito de Dios. La mesa es de madera, sin adorno ninguno; me pareció que tendría una pulgada de espesor, doce piés de longitud, y seis de anchura. Cubierta con láminas de plata por los soberanos Pontífices, fué despojada de ellas en el saqueo de Roma, bajo el condestable de Borbon.

A algunos pasos de allí, se encuentran otras reliquias, cuya vista penetra el corazón de reconocimiento y de compunción.

Tal es una parte del vestido de púrpura que se arrojó á la espalda de Nuestro Señor en el pretorio; una parte de la esponja que fué empapada en hiel y vinagre; la copa en que se presentó el veneno á San Juan Evangelista, y que bebió sin experimentar ningun mal; una parte de su túnica y de la cadena con que fué llevado de Efeso á Roma; una espalda de San Lorenzo; la milagrosa cabeza de San Pancracio mártir; una vértebra de San Juan Nepomuceno; sangre de San Carlos Borromeo y de San Felipe Neri; en fin, una plancha formada con las cenizas de una multitud de mártires.

Salimos del tesoro y entramos al claustro, en donde se ven hermosos restos del palacio de Constantino. La galería cuadrangular está sostenida por columnatas de mármol de un exquisito trabajo; muchas están incrustadas con finos mosaicos. Bajo aquellos pórticos se conservan reliquias numerosas, cuya autenticidad des cansa en una tradicion secular, pero que por otra parte no parece suficiente para exponer aquellos objetos á la veneracion de los fieles: tan reservada así se muestra Roma en este punto. En ese número está el borde del pozo de Jacob, donde Nuestro Señor se sentó para oír á la Samaritana; una columna del templo de Jerusalem, rota en dos partes á la muerte del Salvador. *Petrae scissae sunt*; la piedra en que echaron suertes los soldados romanos sobre la túnica sin costura de la augusta Víctima, y dos columnas del palacio de Pilatos.

La iglesia por siempre venerable que acabábamos de visitar, añade á sus nombres ya conocidos, los de Basilica Constantiniana y de San Juan. La razon del primero se adivina al punto; es preciso solo explicar la del segundo. Por mucho tiempo Constantino era cristiano de corazón; pero no habia tenido aún lugar el acto augusto que debia iniciarle en la so-

riedad de los fieles. Para recibir el bautismo, hizo construir un bautisterio. San Juan Bautista dió naturalmentè su nombre al nuevo edificio, y este nombre pasó con el tiempo á la iglesia misma. El bautisterio, separado de la basilica segun el uso de los primeros siglos, es de forma octagonal; en los ocho ángulos interiores, se elevan ocho columnas de pórfido, separadas de las paredes de modo que dejan un espacio suficiente para transitar; sostienen una cornisa y un ancho frontis, sobre el cual reinaba un segundo orden de columnas de mármol de una belleza y trabajo exquisitos; esta nueva columnata, más pequeña que la primera, sostenia un gran arquitecabo que corona el edificio.

En el centro está todavía la fuente de basalto, de forma oval, y de cinco piés de longitud. Constantino la habia revestido interior y exteriormente, con láminas de plata que pesaban 3,800 libras. En el centro de la fuente se elevaban columnas de pórfido, que sostenian lámparas de oro, cuyo peso era de cincuenta y dos libras, y cuyas mechas eran hilos de amianto. En lugar de aceite se quemaban allí, en las solemnidades de la Pascua, los más olorosos bálsamos. En el borde de la fuente estaba un cordero de plata con peso de treinta libras que arrojaba agua á las fuentes, á la derecha del cordero, el Salvador, de plata, de tamaño natural, y cuyo peso era de ciento setenta libras; á la izquierda, San Juan Bautista, de plata, de cinco piés de altura, teniendo en la mano el sagrado texto: *Ecce Agnus dei, ecce qui tollit peccatum mundi*; pesaba cien libras. Siete ciervos de plata, símbolos del alma alterada por la gracia, arrojaban agua á las fuentes; cada uno pesaba ochenta libras: en fin, un incensario de oro muy fino, adornado con cuarenta piedras preciosas, que pesaba diez libras 1.

1 Anast. *in Vit. B. Silv.*

Tal era el bautisterio de Constantino; tal es hoy, ménos el oro y la plata que fueron presa de los bárbaros. Las decoraciones primitivas han sido reemplazadas con bellas pinturas que representan las acciones memorables de Constantino. Esta restauracion, data del pontificado de Urbano VIII. El pavimento es de mosaico fino, y todas las paredes están enriquecidas con dorados y pinturas. En la parte superior brillan todavía las antiguas inscripciones que recuerdan los misterios cumplidos en aquel lugar.

*Gens sacrandi polis hic semine nascitur almo,
quam fecundatis spiritus edit aquis.
Mergere, peccator, sacro purgande fluente:
quem veterem accipiet proferet unda novum.*

«Aquí, del seno de las aguas fecundadas por el Espíritu Santo, nace para el cielo un mundo formado de un gérmen divino. Pecador, para lavarte, sumérgete en esas ondas saludables; el agua que te recibirá como á hijo del viejo hombre, te hará hijo del nuevo Adán.»

Figuraos cuán imponente y magnífico espectáculo presentaria aquel augusto edificio, la noche solemne en que, resplandeciente de millares de antorchas, poblado con todo lo que el mundo tenia de más grande, y en el cual se oían los cantos más melodiosos, y embalsamado con los perfumes más exquisitos, se vió al señor del mundo, como humilde catecúmeno, conducido por el vicario del Hombre-Dios, bajar á la santa piscina, y consagrar con su bautismo el triunfo social del cristianismo.

A la izquierda de las fuentes bautismales, está una reja de fierro con dos puertas de bronce, sacadas de los baños de Caracalla, que dan paso á la capilla de San Juan Bautista. *Ex-voto* del papa Hilario III, esta capilla está adornada con hermosos mosaicos. Bajo el altar descansan los huesos sagrados de los más ilustres mártires,

en número de cuarenta y nueve. Sea á causa de la santidad de los huéspedes que lo habitan, sea porque está dedicado al santo precursor, cuya muerte fué el crimen de Herodías, la entrada á este santuario está prohibida á las mujeres. Se lee abajo del catálogo de los mártires esto: *Per il gran santuario fu proibito che la donne non potessero entrare nella predetta cappella.*

Habiamos recorrido los lugares memorables en donde habia tenido lugar el glorioso acontecimiento que cambió la faz del mundo. Era justo que la Iglesia consagrara el recuerdo de esta noble victoria, alcanzada durante tres siglos de combates; y un obelisco, el más grande de los que están en Roma, colocado en el lugar mismo del triunfo, la repite á todos los viajeros. El obelisco de San Juan de Letran tiene noventa y nueve piés de elevacion sobre el pedestal. Llevado de Egipto á Roma por los emperadores Constantino y Constantino su hijo, fué roto por los bárbaros y despues reedificado en 1588, en el lugar que hoy ocupa, por el génio tan poderoso como poético de Sixto V.

¿Cuál es ahora ese edificio que se percibe del otro lado del monolito en la extremidad de la vasta playa? ¿Cuáles son sus soberbios mosaicos, admirados por el artista y queridos por el anticuario? ¿Cuál la escalera que suben de rodillas los peregrinos enternecidos? El año 797, el papa Leon III, de santa y gloriosa memoria, hizo aumentar y embellecer la morada pontifical. Entre otras obras dignas de su gusto y de su piedad, hizo construir el célebre *triclinium*, ó comedor, cuya bóveda es hoy todavía admirable por sus pinturas y por su conservacion. Para conocer su uso ¡hay necesidad de recordar la conmovedora costumbre de los primeros cristianos? ¿Quién ignora que en las ocasiones solemnes nuestros padres se reunian en

inocentes festines llamados *agapas*? Abolidos justamente entre la clase del pueblo, estas comidas de caridad continuaron en uso durante muchos siglos, entre los grandes, los reyes y los pontífices. Los vicarios de Jesucristo perpetuaron largo tiempo esta costumbre, con una modestia y una gravedad que recordaban los hermosos días de la Iglesia naciente. Para celebrar estos memorables festines, construyeron en su palacio de Letran muchos *triclinium*. Su piedad los adornó con pinturas que repetían á los eclesiásticos, á los reyes, á los emperadores, admitidos á aquellas mesas fraternales, sus deberes y los hechos notables de su historia. El papa Leon III recibió frecuentemente en su *triclinium* á los ilustres peregrinos á quienes la necesidad, el reconocimiento ó la piedad, llevaban entónces en gran número á la ciudad eterna.

Al lado derecho de la bóveda, un soberbio mosaico representa á Nuestro Señor sentado, ceñida la frente con la diadema crucífera, dando con la mano derecha las llaves á San Silvestre arrodillado, y que tiene por adorno en la cabeza una auréola circular; con la mano izquierda Nuestro Señor sostiene un estandarte que presenta á Constantino arrodillado con su espada en el cinto, y rodeada su cabeza con una auréola cuadriforme. La asta del estandarte se termina en cruz, elocuente símbolo del origen de la dignidad real cristiana, y del uso que de ella debe hacerse.

El lado izquierdo presenta otras tres figuras, colocadas en el mismo plano. En medio San Pedro, sentado, revestido con una túnica blanca y un manto, ó más bien el *orarium* de los antiguos, teniendo sobre sus rodillas las llaves divinas; con la mano derecha da el *pallium* al papa Leon; con la izquierda presenta un estandarte á Caromagno; el pontífice y el emperador están

de rodillas delante del Apóstol; ambos llevan sobre la cabeza auréola cuadriforme, signo distintivo de los personajes vivientes, así como la auréola circular es el atributo de los personajes muertos. Abajo de este grupo, lleno de sentimiento y de armonía, se lee:

BEATE PETRUS, DONA
VITA LEONI PP. E. VICTORIA.
CAROLO REGI DONA.

«Bienaventurado Pedro, dad la vida al papa Leon y la victoria al rey Carlos.» Al rededor de la bóveda brillan en grandes letras de oro las palabras que resumen tan bien el gran fin del cristianismo, al cual deben concurrir en union íntima, el poder de los pontífices y el poder de los príncipes: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis* 1.

Así en las dos extremidades de Roma, en el Oriente y en el Occidente, en los dos primeros templos del mundo, en San Juan de Letran como en San Pedro, volviamos á encontrar el dogma fundamental de las sociedades cristianamente constituidas, la union regular del sacerdocio y del imperio. Si nosotros no hubiésemos resistido, la historia habria venido á desarrollar ante nuestros ojos el vasto cuadro de los siglos de paz, de prosperidad y de progreso verdadero que surgieron como de su fuente, de esa casta alianza cimentada en la sangre del Calvario. Contentémonos con decir que si el obelisco del Vaticano proclama siempre la inmortal victoria del cristianismo, los mosaicos del *triclinium* siguen repitiendo á las naciones modernas el principio social que es el único que puede afirmarlas sobre sus vacilantes bases. ¿No es acaso esto la causa por la cual, en los designios de la Providencia, esos monumen-

1 Ved á Ciampini. *Monum. Veter.*, t. II, p. 128 y siguientes.

tos de un orden de cosas eternamente memorables, han desafiado los ataques desoladores de los siglos y han escapado del incendio que consumió el palacio pontifical? Como quiera que sea, habiendo sido presa de las llamas la morada de los papas, con excepcion del *triclinium* y de la capilla doméstica, Sixto V hizo construir delante de aquella capilla un soberbio pórtico, en medio del cual colocó la Santa Escalera, *Scala Santa*.

No hay un cristiano que ignore que el día de la Pasión, Nuestro Señor subió por orden de Pilatos á un lugar elevado, especie de balcon con pavimento de piedra, desde donde la inocente Víctima fue presentada al pueblo. La escalera que condujo al Hijo de Dios á aquel teatro de ignominia y de dolor, ha sido trasportada á Roma: se compone de veintiocho gradas de marmol tirio, de una reluciente blancura. Para conservarla, Clemente XII la mandó cubrir con gruesos maderos de nogal, sobre los cuales pasan los peregrinos en pié, ó casi siempre arrodillados. Consagrada con los pasos de la adorable Víctima y regada con la sangre de la flagelación, la escalera del Pretorio es objeto de la veneracion del mundo. Segun la costumbre consagrada, la subimos nosotros de rodillas, vivamente penetrados del doble sentimiento que inspira el reconocimiento y el arrepentimiento. Esa escalera que el Salvador recorrió muchas veces cargado con el peso de nuestras iniquidades, conduce á una capilla superior llamada el *Santo de los Santos*, á causa de las innumerables reliquias sagradas que encierra. *Non est in toto Sanctior orbe locus*. «No hay en todo el orbe lugar más Santo.» Puestos así entre la sangre de un Dios y los huesos de los mártires, dejo á la consideracion de todo cristiano lo que él y todo sacerdote debe experimentar en aquel lugar, en presencia de tales cosas. Se vuel-

ve á bajar del *Santo de los Santos* por dos escaleras situadas á la derecha y á la izquierda de la *Scala Santa*.

Me complaceo en recordar que pocos días despues de nuestra peregrinacion, un jóven israelita, que se hizo célebre por su conversion, pasaba delante de la escalera del Pretorio. M. de Bussieres, que lo acompañaba, se descubrió por respeto hácia aquel sagrado monumento, diciendo: *Salud, Escala Santa!* El nuevo Saul se puso á reir á carcajadas de aquella *debilidad supersticiosa*. «No riáis demasiado, le dijo su piadoso compañero, que muy pronto la subireis de rodillas.» Algunos días despues, la profecía se cumplió. Alfonso Ratisbone, convertido milagrosamente al catolicismo, subió de rodillas la *Scala Santa* quejándose como Pablo, de la ignorancia que lo habia armado contra el Dios que le daba valor para participar de sus ignominias y de su cruz.

10 DE DICIEMBRE.

Proyecto de una Academia eclesiástica.—San-Claudio de los Borgoñeses.

Mis jóvenes compañeros de viaje, salieron á las cuatro de la mañana á una partida de caza por el lado de la *Storta* en el campo romano. Como yo habia venido á Roma con miras perfectamente pacíficas, no tuve la menor tentacion de inquietar el descanso de las liebres, de los jabalíes ó puerco-espín del país latino, aunque sus antecesores hubiesen desolado los campos históricos de Cincinato y destruido la yerba tan gloriosamente adquirida por Mucio Scévola; así, pues, me quedé en la ciudad. En el curso de mi pacífica jornada tuve conocimiento de un proyecto católico. Se hablaba en los círculos elevados, de establecer en San Luis una Academia de teología, compuesta de eclesiásticos franceses

inocentes festines llamados *agapas*? Abolidos justamente entre la clase del pueblo, estas comidas de caridad continuaron en uso durante muchos siglos, entre los grandes, los reyes y los pontífices. Los vicarios de Jesucristo perpetuaron largo tiempo esta costumbre, con una modestia y una gravedad que recordaban los hermosos días de la Iglesia naciente. Para celebrar estos memorables festines, construyeron en su palacio de Letran muchos *triclinium*. Su piedad los adornó con pinturas que repetían á los eclesiásticos, á los reyes, á los emperadores, admitidos á aquellas mesas fraternales, sus deberes y los hechos notables de su historia. El papa Leon III recibió frecuentemente en su *triclinium* á los ilustres peregrinos á quienes la necesidad, el reconocimiento ó la piedad, llevaban entónces en gran número á la ciudad eterna.

Al lado derecho de la bóveda, un soberbio mosaico representa á Nuestro Señor sentado, ceñida la frente con la diadema crucifera, dando con la mano derecha las llaves á San Silvestre arrodillado, y que tiene por adorno en la cabeza una auréola circular; con la mano izquierda Nuestro Señor sostiene un estandarte que presenta á Constantino arrodillado con su espada en el cinto, y rodeada su cabeza con una auréola cuadriforme. La asta del estandarte se termina en cruz, elocuente símbolo del origen de la dignidad real cristiana, y del uso que de ella debe hacerse.

El lado izquierdo presenta otras tres figuras, colocadas en el mismo plano. En medio San Pedro, sentado, revestido con una túnica blanca y un manto, ó más bien el *orarium* de los antiguos, teniendo sobre sus rodillas las llaves divinas; con la mano derecha da el *pallium* al papa Leon; con la izquierda presenta un estandarte á Caromagno; el pontífice y el emperador están

de rodillas delante del Apóstol; ambos llevan sobre la cabeza auréola cuadriforme, signo distintivo de los personajes vivientes, así como la auréola circular es el atributo de los personajes muertos. Abajo de este grupo, lleno de sentimiento y de armonía, se lee:

BEATE PETRUS, DONA
VITA LEONI PP. E. VICTORIA.
CAROLO REGI DONA.

«Bienaventurado Pedro, dad la vida al papa Leon y la victoria al rey Carlos.» Al rededor de la bóveda brillan en grandes letras de oro las palabras que resumen tan bien el gran fin del cristianismo, al cual deben concurrir en union íntima, el poder de los pontífices y el poder de los príncipes: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis* 1.

Así en las dos extremidades de Roma, en el Oriente y en el Occidente, en los dos primeros templos del mundo, en San Juan de Letran como en San Pedro, volviamos á encontrar el dogma fundamental de las sociedades cristianamente constituidas, la union regular del sacerdocio y del imperio. Si nosotros no hubiésemos resistido, la historia habria venido á desarrollar ante nuestros ojos el vasto cuadro de los siglos de paz, de prosperidad y de progreso verdadero que surgieron como de su fuente, de esa casta alianza cimentada en la sangre del Calvario. Contentémonos con decir que si el obelisco del Vaticano proclama siempre la inmortal victoria del cristianismo, los mosaicos del *triclinium* siguen repitiendo á las naciones modernas el principio social que es el único que puede afirmarlas sobre sus vacilantes bases. ¿No es acaso esto la causa por la cual, en los designios de la Providencia, esos monumen-

1 Ved á Ciampini. *Monum. Veter.*, t. II, p. 128 y siguientes.

tos de un orden de cosas eternamente memorables, han desafiado los ataques desoladores de los siglos y han escapado del incendio que consumió el palacio pontifical? Como quiera que sea, habiendo sido presa de las llamas la morada de los papas, con excepcion del *triclinium* y de la capilla doméstica, Sixto V hizo construir delante de aquella capilla un soberbio pórtico, en medio del cual colocó la Santa Escalera, *Scala Santa*.

No hay un cristiano que ignore que el día de la Pasión, Nuestro Señor subió por orden de Pilatos á un lugar elevado, especie de balcon con pavimento de piedra, desde donde la inocente Víctima fue presentada al pueblo. La escalera que condujo al Hijo de Dios á aquel teatro de ignominia y de dolor, ha sido trasportada á Roma: se compone de veintiocho gradas de marmol tirio, de una reluciente blancura. Para conservarla, Clemente XII la mandó cubrir con gruesos maderos de nogal, sobre los cuales pasan los peregrinos en pié, ó casi siempre arrodillados. Consagrada con los pasos de la adorable Víctima y regada con la sangre de la flagelación, la escalera del Pretorio es objeto de la veneracion del mundo. Segun la costumbre consagrada, la subimos nosotros de rodillas, vivamente penetrados del doble sentimiento que inspira el reconocimiento y el arrepentimiento. Esa escalera que el Salvador recorrió muchas veces cargado con el peso de nuestras iniquidades, conduce á una capilla superior llamada el *Santo de los Santos*, á causa de las innumerables reliquias sagradas que encierra. *Non est in toto Sanctior orbe locus*. «No hay en todo el orbe lugar más Santo.» Puestos así entre la sangre de un Dios y los huesos de los mártires, dejo á la consideracion de todo cristiano lo que él y todo sacerdote debe experimentar en aquel lugar, en presencia de tales cosas. Se vuel-

ve á bajar del *Santo de los Santos* por dos escaleras situadas á la derecha y á la izquierda de la *Scala Santa*.

Me complace en recordar que pocos días despues de nuestra peregrinacion, un jóven israelita, que se hizo célebre por su conversion, pasaba delante de la escalera del Pretorio. M. de Bussieres, que lo acompañaba, se descubrió por respeto hácia aquel sagrado monumento, diciendo: *Salud, Escala Santa!* El nuevo Saul se puso á reir á carcajadas de aquella *debilidad supersticiosa*. «No riáis demasiado, le dijo su piadoso compañero, que muy pronto la subireis de rodillas.» Algunos días despues, la profecía se cumplió. Alfonso Ratisbone, convertido milagrosamente al catolicismo, subió de rodillas la *Scala Santa* quejándose como Pablo, de la ignorancia que lo habia armado contra el Dios que le daba valor para participar de sus ignominias y de su cruz.

10 DE DICIEMBRE.

Proyecto de una Academia eclesiástica.—San-Claudio de los Borgoñeses.

Mis jóvenes compañeros de viaje, salieron á las cuatro de la mañana á una partida de caza por el lado de la *Storta* en el campo romano. Como yo habia venido á Roma con miras perfectamente pacíficas, no tuve la menor tentacion de inquietar el descanso de las liebres, de los jabalíes ó puerco-espín del país latino, aunque sus antecesores hubiesen desolado los campos históricos de Cincinato y destruido la yerba tan gloriosamente adquirida por Mucio Scévola; así, pues, me quedé en la ciudad. En el curso de mi pacífica jornada tuve conocimiento de un proyecto católico. Se hablaba en los círculos elevados, de establecer en San Luis una Academia de teología, compuesta de eclesiásticos franceses

enviados por los obispos. Después de tres años de permanencia en Roma, aquellos jóvenes sacerdotes volverían á Francia para difundir allí las doctrinas y el espíritu de la Iglesia, madre y señora de todas las demas. ¿Quién halla en esto algun mal? Nuestros jóvenes artistas, los artistas de todas las naciones, ¿no vienen á tomar de Roma las buenas tradiciones, que van en seguida á extender en el resto de la Europa? Las innovaciones peligrosas, las extravagancias del mal gusto, combatidas y destruidas, tales son los resultados de sus estudios y de su permanencia. ¿Por qué no hacer con la ciencia sagrada lo mismo que con la pintura? La Academia eclesiástica ¿no llegaría á ser el medio más bello y seguro de realizar en la enseñanza teológica, esa unidad que se admira en la instrucción elemental? ¿Pueda la Providencia conducirla á feliz término!

Como el tiempo era magnífico, no pude resistir al deseo de examinar al menos un pequeño rincón de la ciudad santa. Algunos pasos me bastaron para situarme delante del monumento siempre subsistente de la piedad de mis abuelos. Las grandes naciones de Europa, tales como la Alemania, la Francia, la España, el Portugal, tienen en Roma iglesias y hospitales para sus viajeros necesitados. Pues bien, la religiosa Franco-Condado halló en su fe el medio de seguir aquellos nobles ejemplos; ella también tomó su lugar entre las grandes naciones que acabo de nombrar. Para servicio de sus hijos, peregrinos en la ciudad eterna, la Borgoña quiso tener una iglesia y un hospicio. Su caridad dotó generosamente á la una y al otro. Todos los de Franco-Condado al llegar á Roma tenían el derecho, primero, de ser recibidos gratuitamente en el hospicio, durante algunos días; segundo, de hacer que se les presentaran las cuentas de la casa y de juzgarlas. Sin ser rica, la iglesia está ase-

da, es de construcción elegante y está agradablemente situada. Sobre el piso está escrita, en letras de oro, la inscripción siguiente: *Comitatus Burgund. SS. Andra ap. et Claudio ep. Natio die.* "El pueblo del condado de Borgoña dedicó esta iglesia á San Andrés apóstol y á San Claudio obispo." A la entrada, por el lado derecho y arriba de la fuente de agua bendita, está una placa de mármol, sobre la cual se lee: *Quicumque oraverit pro rege Francie habet decem dies de indulgentia, á papa Inocencio IV. S. Thom. in suppl. q. 25, art. 3, ad Secund.* "Cualquiera que ore por el rey de Francia gana diez días de indulgencia, concedida por el papa Inocencio IV." El rey de Francia es tal vez el único en el universo que goza de tal privilegio: este hecho me pareció muy significativo. A la izquierda se ven muchas tumbas cuyas inscripciones recuerdan nombres de hombres y de aldeas, muy conocidos en nuestras montañas del Doubs: N. Vermier de Orchamps-Vennes, y Briot de Belherbe, etc. San Claudio de los Borgoñeses no forma una parroquia; la iglesia sin embargo conserva sus rentas, al menos en parte, y reunidas á las de las otras iglesias francesas. Desde su origen dichas rentas están administradas por la embajada y el curato de San Luis.

11 DE DICIEMBRE.

Mártires.—Obelisco de Augusto delante de Santa María Mayor.—Santa María la Mayor.—Origen.—Adornos.—Pinturas.—Puerta Santa.—Anécdota.—Monumentos y recuerdos de este cuartel de la antigua Roma.—Santa Cruz de Jerusalem.—El título de la verdadera Cruz.—Senado de los Mártires.

La caza no había sido feliz; cuadrúpedos y volátiles se habían puesto de acuerdo para no dejarse matar. Fuera de algunos

animalillos insignificantes, nuestros amigos no trajeron de su expedición más que el trabajo de haber tirado al aire en el campo, y el gasto de haber comido, con un apetito de cazador, la *ricotta*, queso de oveja, que un pastor les había ofrecido. A la mañana siguiente, estábamos ántes de las diez en la parte culminante del Quirinal, en un punto donde se cortan en ángulo recto cuatro grandes calles. La fuente de Moisés forma la cabeza; la fuente y los caballos gigantes del Quirinal son la base de esa larga cruz latina, cuyos brazos se terminan por las bellas iglesias de la Trinidad de los Montes y Santa María Mayor; esta última era el objeto de nuestra peregrinación.

Al pié de la colina sobre la cual descansa la basílica Liberiana, graciosa y pura como la virgen que allí se venera, se eleva un obelisco egipcio. De pié delante de la iglesia, y ántes de entrar á ella, repite el cicerone secular la gloria de su doble destino, y anuncia á los peregrinos las tiernas maravillas que tendrán muy pronto á su vista. Augusto había hecho venir de Egipto dos monolitos de cerca de ochenta piés de altura, para colocarlos, uno en el gran Circo, y otro en el Campo de Marte. ¡Vanidad de los hombres y de sus proyectos! La muerte vino á herir al monarca, y aquellos dos monumentos, destinados á realzar la gloria de su reinado, solo sirvieron para elevar hasta el cielo el magnífico testimonio de su destrucción. Erigidos por el emperador Claudio, cerca del mausoleo de Augusto; quedaron allí hasta que los bárbaros vinieron á convertirlos en otras tantas ruinas. En 1587, uno de los dos fué restaurado y colocado por Sixto V en el lugar que hoy está [1].

En una de las inscripciones, el obelisco se expresa así:

(1) Mercati, *degli obelischii*, c. 27.

CHRISTI DEI
IN AETERNUM VIVENTIS
CUNABULA
LETISSIME COLO
QUI MONTUI
SEPULCRO AUGUSTI
TRISTIS
SERVIERAN.

"Honro con gusto la cuna de Cristo, Dios eternamente vivo, yo, que servía tristemente para adorar la tumba de Augusto muerto."

Si adora al Cristo, el obelisco no hace más que imitar el ejemplo de Augusto; lo dice en estos términos grabados en la cara opuesta:

QUEM AUGUSTUS
DE VIRGINE
NASCITURUM
VIVENS ADORAVIT
SEG. DEINCEPS
DOMINUM
DICI VETUIT
ADORO.

"Yo adoro á aquel á quien Augusto en su vida adoró como á quien había de nacer de una Virgen, y por quien prohibió desde entónces que se diese al mismo Augusto el título de Dios."

Esta inscripción, que nos llenó de admiración, recuerda una tradición muy antigua, según la cual, Augusto había de conocer de antemano la venida del Mesías, y de su nacimiento de una Virgen. De ella trataré cuando visitemos la iglesia de *Ara Cali*.

El Hijo de la Virgen es Dios; está reconocido por tal; el obelisco lo proclama; ¿qué le falta, sino hacerse intérprete de los votos del mundo regenerado? Y su oración, estampada en el granito, brilla por el lado que mira á la iglesia:

enviados por los obispos. Después de tres años de permanencia en Roma, aquellos jóvenes sacerdotes volverían á Francia para difundir allí las doctrinas y el espíritu de la Iglesia, madre y señora de todas las demas. ¿Quién halla en esto algun mal? Nuestros jóvenes artistas, los artistas de todas las naciones, ¿no vienen á tomar de Roma las buenas tradiciones, que van en seguida á extender en el resto de la Europa? Las innovaciones peligrosas, las extravagancias del mal gusto, combatidas y destruidas, tales son los resultados de sus estudios y de su permanencia. ¿Por qué no hacer con la ciencia sagrada lo mismo que con la pintura? La Academia eclesiástica ¿no llegaría á ser el medio más bello y seguro de realizar en la enseñanza teológica, esa unidad que se admira en la instrucción elemental? ¿Pueda la Providencia conducirla á feliz término!

Como el tiempo era magnífico, no pude resistir al deseo de examinar al menos un pequeño rincón de la ciudad santa. Algunos pasos me bastaron para situarme delante del monumento siempre subsistente de la piedad de mis abuelos. Las grandes naciones de Europa, tales como la Alemania, la Francia, la España, el Portugal, tienen en Roma iglesias y hospitales para sus viajeros necesitados. Pues bien, la religiosa Franco-Condado halló en su fe el medio de seguir aquellos nobles ejemplos; ella también tomó su lugar entre las grandes naciones que acabo de nombrar. Para servicio de sus hijos, peregrinos en la ciudad eterna, la Borgoña quiso tener una iglesia y un hospicio. Su caridad dotó generosamente á la una y al otro. Todos los de Franco-Condado al llegar á Roma tenían el derecho, primero, de ser recibidos gratuitamente en el hospicio, durante algunos días; segundo, de hacer que se les presentaran las cuentas de la casa y de juzgarlas. Sin ser rica, la iglesia está ase-

da, es de construcción elegante y está agradablemente situada. Sobre el piso está escrita, en letras de oro, la inscripción siguiente: *Comitatus Burgund. SS. Andra ap. et Claudio ep. Natio die.* "El pueblo del condado de Borgoña dedicó esta iglesia á San Andrés apóstol y á San Claudio obispo." A la entrada, por el lado derecho y arriba de la fuente de agua bendita, está una placa de mármol, sobre la cual se lee: *Quicumque oraverit pro rege Francie habet decem dies de indulgentia, á papa Inocencio IV. S. Thom. in suppl. q. 25, art. 3, ad Secund.* "Cualquiera que ore por el rey de Francia gana diez días de indulgencia, concedida por el papa Inocencio IV." El rey de Francia es tal vez el único en el universo que goza de tal privilegio: este hecho me pareció muy significativo. A la izquierda se ven muchas tumbas cuyas inscripciones recuerdan nombres de hombres y de aldeas, muy conocidos en nuestras montañas del Doubs: N. Vermier de Orchamps-Vennes, y Briot de Belherbe, etc. San Claudio de los Borgoñeses no forma una parroquia; la iglesia sin embargo conserva sus rentas, al menos en parte, y reunidas á las de las otras iglesias francesas. Desde su origen dichas rentas están administradas por la embajada y el curato de San Luis.

11 DE DICIEMBRE.

Mártires.—Obelisco de Augusto delante de Santa María Mayor.—Santa María la Mayor.—Orígen.—Adornos.—Pinturas.—Puerta Santa.—Anécdota.—Monumentos y recuerdos de este cuartel de la antigua Roma.—Santa Cruz de Jerusalem.—El título de la verdadera Cruz.—Senado de los Mártires.

La caza no había sido feliz; cuadrúpedos y volátiles se habían puesto de acuerdo para no dejarse matar. Fuera de algunos

animalillos insignificantes, nuestros amigos no trajeron de su expedición más que el trabajo de haber tirado al aire en el campo, y el gasto de haber comido, con un apetito de cazador, la *ricotta*, queso de oveja, que un pastor les había ofrecido. A la mañana siguiente, estábamos ántes de las diez en la parte culminante del Quirinal, en un punto donde se cortan en ángulo recto cuatro grandes calles. La fuente de Moisés forma la cabeza; la fuente y los caballos gigantes del Quirinal son la base de esa larga cruz latina, cuyos brazos se terminan por las bellas iglesias de la Trinidad de los Montes y Santa María Mayor; esta última era el objeto de nuestra peregrinación.

Al pié de la colina sobre la cual descansa la basílica Liberiana, graciosa y pura como la virgen que allí se venera, se eleva un obelisco egipcio. De pié delante de la iglesia, y ántes de entrar á ella, repite el cicerone secular la gloria de su doble destino, y anuncia á los peregrinos las tiernas maravillas que tendrán muy pronto á su vista. Augusto había hecho venir de Egipto dos monolitos de cerca de ochenta piés de altura, para colocarlos, uno en el gran Circo, y otro en el Campo de Marte. ¡Vanidad de los hombres y de sus proyectos! La muerte vino á herir al monarca, y aquellos dos monumentos, destinados á realzar la gloria de su reinado, solo sirvieron para elevar hasta el cielo el magnífico testimonio de su destrucción. Erigidos por el emperador Claudio, cerca del mausoleo de Augusto; quedaron allí hasta que los bárbaros vinieron á convertirlos en otras tantas ruinas. En 1587, uno de los dos fué restaurado y colocado por Sixto V en el lugar que hoy está [1].

En una de las inscripciones, el obelisco se expresa así:

(1) Mercati, *degli obelischí*, c. 27.

CHRISTI DEI
IN ÆTERNUM VIVENTIS
CUNABULA
LETISSIME COLO
QUI MONTUI
SEPULCRO AUGUSTI
TRISTIS
SERVIERAN.

"Honro con gusto la cuna de Cristo, Dios eternamente vivo, yo, que servía tristemente para adorar la tumba de Augusto muerto."

Si adora al Cristo, el obelisco no hace más que imitar el ejemplo de Augusto; lo dice en estos términos grabados en la cara opuesta:

QUEM AUGUSTUS
DE VIRGINE
NASCITURUM
VIVENS ADORAVIT
SEG. DEINCEPS
DOMINUM
DICI VETUIT
ADORO.

"Yo adoro á aquel á quien Augusto en su vida adoró como á quien había de nacer de una Virgen, y por quien prohibió desde entónces que se diese al mismo Augusto el título de Dios."

Esta inscripción, que nos llenó de admiración, recuerda una tradición muy antigua, según la cual, Augusto había de conocer de antemano la venida del Mesías, y de su nacimiento de una Virgen. De ella trataré cuando visitemos la iglesia de *Ara Cali*.

El Hijo de la Virgen es Dios; está reconocido por tal; el obelisco lo proclama; ¿qué le falta, sino hacerse intérprete de los votos del mundo regenerado? Y su oración, estampada en el granito, brilla por el lado que mira á la iglesia:

CHRISTUS
PER INVICTAM
CRUCEM
POPULO PACEM
PRÆBEAT
QUI
AUGUSTI PACEM
IN PRÆSEPE NASCI
VOLUIT.

«Que el Cristo por su cruz invencible, dé la paz al mundo. El que, durante la paz de Augusto, quiso nacer en un establo.» Y en efecto, la cruz victoriosa de César, del mundo y del infierno, corona el obelisco. Nosotros le saludamos con respeto, y salvando rápidamente las gradas de una soberbia escalera, entramos á Santa María la Mayor. La célebre iglesia patriarcal ocupa el lugar del *Macellum Liviae*, mercado famoso rodeado de pórticos de mármol, en donde se vendían á los ávidos Romanos las producciones más raras del mundo entero. Era necesario que este edificio fuese de gran magnificencia, para que Tiberio lo consagrara á su madre Livia 1. Al nacer el Evangelio, se hizo soberanamente venerable este mercado, por la carnicería de los cristianos de que fué teatro. En la iglesia vecina de San Vito, se conserva todavía una piedra sobre la cual, según tradición, fueron degollados, como humildes corderos, una multitud de fieles. Así, por una de esas armonías que Roma ofrece á cada paso, en el mismo lugar consagrado á una mujer solemnemente impúdica, pero lavado con la sangre de los mártires, se eleva hoy la iglesia más bella de la Reina de las Vírgenes.

Santa María la Mayor, debe su fundación al gracioso milagro de las Nieves. A principios del siglo décimo cuarto, vivía en Roma un ilustre patricio, noble ejemplo de las antiguas familias consulares.

1 Dion., 57.

Privado de hijos, resolvió, de acuerdo con su mujer, consagrar su rica fortuna al Dios que se la había dado. Los piadosos esposos estaban totalmente ocupados en su proyecto, cuando la Virgen Santa les dió á conocer que ella misma quería ser su heredera. «Me edificareis, les dijo, una basílica sobre la colina de Roma que se cubrirá mañana de nieve.» Esto pasaba la noche del 4 al 5 de Agosto del año 352, época en que los calores son excesivos en Italia. A la mañana siguiente, el Esquilino se vió cubierto de nieve. La ciudad entera se trasladó al lugar del milagro. El patricio Juan, y después el papa Liberio, se trasladaron también á su vez, acompañados de todo el clero. Se publicó la causa del prodigio, se edificó la iglesia á expensas de los piadosos esposos, y se le puso por nombre *Santa María ad Nives*; nombre venerable que tiene hoy todavía 1. En memoria del papa Liberio, que el año siguiente hizo la dedicación de ella, se llamó también basílica *Liberiana*. A estos dos primeros nombres se agregan otros dos no menos honrosos: *Santa María del Pesebre*, á causa del Pesebre del Salvador que allí se conserva; y *Santa María la Mayor*, porque entre todas las iglesias de Roma dedicadas á la Reina del cielo, es la más importante 2.

Los soberanos Pontífices, y en general el pueblo romano, siempre tan celoso por el culto de María, no podían dejar de adornar con una liberalidad particular su

1 Véase á Benedicto XIV, de *Festis B. Mariæ*, p. 481, Baron., *annot. ad Martyr* 5 de Agosto. Constanzy. t. II. pág. 24.

2 Según Pedro el Venerable, se llama así, porque es después de San Juan de Letran, la primera iglesia del mundo. «R: bitur Romæ "patriarchalis ecclesia in honore perpetuæ: Virginis Matris Domini consecrata, que vulgari sermone Sancta Maria Major vocatur. Major autem idcirco, quia, post Lateranensem sancti Salvatoris ecclesiam, major dignitate non solum romanis, sed et totius orbis Ecclesiis est." (Lib II. de *Miraculis*).

templo principal. Por esto Santa María Mayor es bella y rica entre todas las iglesias de Roma. Después de pasar la puerta principal que ve al Oriente, se presentan delante tres anchas naves, llenas de armonía y sostenidas por treinta y seis columnas de mármol de brillante blancura, que provienen del templo inmediato de Juno *Lucina*. Capiteles de orden dórico, con una cornisa de mosaico, enriquecida con ramos de vid y arabescos, coronan la doble columnata, y sus graciosos dibujos corresponden á los ricos adornos del techo. Es agradable recordar que aquel techo, dividido en magníficas porciones, está dorado con el primer oro venido de América. La corte de España, que lo recibió de mano de Cristóbal Colon, quiso hacer con él un homenaje á María, y lo envió á Roma para adornar la iglesia más bella, dedicada á la *Estrella de la mar*. Esto era á la verdad con justa razón, porque el buque que llevaba Colon, cuando partió á su inmortal descubrimiento, se llamaba la *Santa María*. Cuatro columnas de granito egipcio, sostienen los dos grandes arcos de la nave, y dan un carácter grandioso á la graciosa perspectiva. A la derecha y á la izquierda de la entrada, se ven las tumbas de Clemente XIV y de San Pio V, cuyo cuerpo descansa en una bella urna enriquecida con bronce dorado.

El altar mayor, elevado once escalones sobre el suelo, está formado de una gran urna antigua de pórfido; la cubierta de mármol blanco y negro, sostenida por cuatro ángeles de bronce dorado, sirve de mesa para el sacrificio. Se cree que esta urna fué la tumba del patricio Juan y de su mujer. El pabellon, magnífico homenaje de Benedicto XIV, descansa sobre cuatro soberbias columnas de pórfido, rodeadas con palmas de oro y coronadas con cuatro ángeles de mármol que tienen

en la mano una corona triunfal. De cada lado del altar, en las extremidades del crucero, están las dos capillas de Sixto V y de la familia Borguesa. Su magnificencia excede á todo lo que puede decirse. Al visitar la última, nos acordamos con emoción que en otro tiempo se había abierto para recibir los despojos mortales de la joven princesa Borguesa, cuyo recuerdo embalsama, como con un perfume de santidad, el palacio que habitó en Roma, del cual fué la delicia; y la capilla hereditaria en donde ella descansa con sus jóvenes hijos. Arriba del altar está la Virgen de San Lucas, colocada sobre un fondo de lápiz-lázzuli, brillante de piedras finas, y sostenida por cuatro ángeles de bronce dorado, cuatro columnas de jaspe oriental, pedestales de bronce dorado, un friso de ágata, y por fin un magnífico bajo relieve representando el *Milagro de las Nieves*; tales son los principales adornos del altar. Frescos inimitables del Gúido completan las riquezas del santuario querido de la reina de las Vírgenes.

Entre los grandes recuerdos de Santa María Mayor, hay uno que no debe olvidarse. Sobre el arco triunfal que separa la nave de la bóveda, y que corona el *Presbiterio*, se encuentran mosaicos del más alto interés. El nestorianismo, que había escandalizado á toda la Iglesia, fué condenado en el concilio de Efeso en 431. Para perpetuar el recuerdo de esta nueva victoria de la fe sobre la heregía, el papa San Sixto III mandó adornar con pinturas en mosaico la bóveda de Santa María Mayor. Los misterios de la maternidad divina de la Virgen Santa, y de la divinidad de Nuestro Señor, están expresados allí de modo que no dejan duda sobre la fe de la Iglesia. Así es como, por seguir la intención del pontífice, aunque violando un poco las reglas del arte, el pintor representó al niño de Bethlehem sentado

en una silla que más bien tiene la forma de un trono, que de una cuna. Se ve evidentemente, que la intencion del mosaista ha sido hacer brillar la divinidad del Salvador, á través del trasparente velo de la naturaleza humana. En otras pinturas, este Niño solo recibe los homenajes que se deben á un Dios. Tambien la Anunciacion y todas las circunstancias de la divina maternidad de María, están igualmente descritas con un carácter que hace brillar en todo su esplendor la integridad del dogma católico 1. Debemos agregar que estas venerables pinturas han tenido la gloria de ser citadas en el segundo concilio de Nicea, como una prueba irrecusable de la antigüedad del culto de las imágenes.

Mas no son estas las únicas riquezas de Santa María la Mayor. En su templo querido, la Reina de los ángeles y de los hombres está rodeada como de un glorioso cortejo, de los cuerpos sagrados de una multitud de santos, cuyas almas bienaventuradas forman ya su corte en el cielo. En primera línea de esa brillante gerarquía, ved á los apóstoles San Pedro, San Pablo, San Andrés, Santiago, San Felipe, Santo Tomás y otros miembros del colegio apostólico, que están presentes en una porcion de sus reliquias. Bajo el altar principal descansan los cuerpos de San Matías apóstol y de San Epafras, compañero de San Pablo. La cabeza de San Lucas, el historiador de María, está en la capilla del Crucifijo. En segundo lugar, aparecen los mártires de todas edades y sexos; la cabeza de Santa Bibiana; un brazo de San Julian y de San Cosme; una parte del brazo de San Abundio; los dedos de Santa Ana-

1 Ciampini, *Monument veter.* t. 1, pág 206 y siguientes.—El origen de este trabajo monumental, se recuerda en una bella inscripcion colocada sobre el grande arco de la bóveda.
Sicatus Plebi Dei.

tolia; una parte del brazo, del cilicio, y la túnica ensangrentada de Santo Tomás de Cantorbery; las cabezas de San Amando, de San Cipriano, de San Florencio; una costilla de Santa Petronila; un dedo de Santa Cecilia y de Santa Inés; las reliquias insignes de San Sebastian, de San Lorenzo, de San Blas, de Santa Catarina, de Santa Eufemia, de Santa Apolonia, de Santa Felicitas y de otros muchos; tales son los embajadores venerables que representan el orden de los mártires. Vienen en seguida los Pontífices. Santa María la Mayor posee el cuerpo de San Pio V, el hijo querido de la Virgen Santa, que le concedió la gloriosa batalla de Lepanto. A su alrededor veis el ménos en una parte de sus restos preciosos, á los santos papas Gregorio, Silvestre, Urbano, Sixto, Aniceto, Calixto, Melquiades, Estéban, Dámaso, Simplicio y Fabiano; brillante corona de rubias que ciñe la augusta frente de la Reina de los Pontífices y de los Mártires; imponente conjunto de testigos, cuya sangre y cuyos escritos repiten á todas las generaciones la inmortalidad de la fe y el poder de Aquella que triunfa de todas las heregias.

Despues de haber inclinado nuestras cabezas ante aquella augusta asamblea y haberle recomendado nuestras personas nuestros amigos y nuestra patria, nos dirigimos hácia la Puerta Santa. Cuando se entra á San Pedro, á San Juan de Letran, á San Pablo extramuros y á Santa María la Mayor, se ve á la derecha una puerta cerrada, sobre la cual brillan estos nombres escritos en letras de oro: «Clemente, Urbano, Benedicto, me abrió en tal año; Inocente, Leon, me cerró en tal otro.» Preguntais cuál es aquella puerta, y se os responde: «Es la Puerta Santa.» Hasta aquí se limitan, de ordinario, la curiosidad del viajero y la ciencia del cicerone; y sin consentirlo, habeis estado muy cerca de

saber uno de los más bellos usos de Roma cristiana. Esta es una pérdida que queremos evitar á nuestros lectores.

Es preciso saber que las cuatro grandes basílicas ó iglesias principales de Roma, ademas de sus puertas comunes tienen cada una, una puerta llamada *santa*. Ademas, que cada veinticinco años, la víspera de Navidad, dia aniversario de la redencion del mundo, el soberano pontífice abre solemnemente el jubileo ó año santo. Una procesion magnífica comienza la ceremonia: por la tarde á la hora de vísperas, el Vicario de Jesucristo sale de su palacio acompañado de los cardenales y de los prelados para dirigirse á San Pedro. Todos forman un brillante círculo al rededor del Pontífice, que se detiene delante de la puerta amurallada. Uno de los asistentes presenta al Santo Padre un pequeño martillo de plata, con el cual Su Santidad da tres golpes sobre la puerta. Reza al mismo tiempo oraciones que recuerdan la caridad, la misericordia y el poder de las tres augustas personas de la Santa Trinidad; consoladores atributos de que es depositario el Vicario de Jesucristo. Acabada la ceremonia, los obreros destruyen el muro y la Puerta Santa queda totalmente abierta. Al punto es lavada con agua bendita por los penitenciaros, con vestidos sacerdotales. Despues de lavada, el soberano Pontífice, seguido del cortejo, pasa el umbral entonando cánticos de alegría, y comienzan las vísperas. Mientras que esta ceremonia tiene lugar en San Pedro, tres cardenales, encargados por el Santo Padre, la ejecutan en San Juan de Letran, en San Pablo y en Santa María la Mayor: de este modo se da principio al año santo. Si es bella en sí misma tal ceremonia, lo es mucho más por el misterioso sentido que encierra. La Puerta Santa se encuentra á la derecha y las fuentes bautismales á la izquierda de la iglesia: hé

ahí las dos entradas abiertas al hombre para llegar al cielo. El bautismo es la primera, pero solo una vez se pasa; la puerta de la penitencia es la segunda, y gracias á la misericordia divina, nunca se cierra irrevocablemente. En ese dia de Navidad, dia por excelencia de indulgencia y de perdon, se abre la Puerta Santa y al pontífice representante del Salvador está reservada la prerogativa de abrirla y la gloria de ser el primero en pasar por ella: ceremonia terrestre, viva imágen del misterio de reconciliacion, cuyo fin es el cielo. Pero ¿por qué se rompe? ¿Por qué servirse de un martillo y no de llaves? Aquí veis el supremo poder del vicario del Hombre-Dios. Las puertas pueden abrirse de dos modos: con las llaves, y este es el medio empleado en las circunstancias comunes; pero la puerta que se abre con las llaves subsiste siempre, y puede volverse á cerrar todavía; mas la que se abre con martillo y que se destruye, queda abierta para que todos puedan pasar sin obstáculo y sin temor. Este es el medio que se emplea en circunstancias extraordinarias y solomnes cuando la multitud es inmensa. Por esto, en los dias de sus triunfos, la antigua Roma tenia costumbre de destruir una parte de sus murallas, sea para despertar con esa novedad el entusiasmo público, sea para dejar libre paso al vencedor y á su numeroso cortejo de prisioneros cargados de cadenas, y de soldados coronados con laureles.

Roma cristiana conserva estas costumbres, ennoblecidas por el sentido misterioso que el cristianismo les da. Convidando á todas las naciones al gran triunfo de la penitencia en que las pasiones salen vencidas, en que los pecadores expiados deben atarse al carro de los triunfadores, no quiere usar de llaves para abrir la Puerta Santa, la Puerta del Triunfo; ella usa del martillo, la destruye á fin de hacer enten-

der que está abierta para todos y que no está cerrada para nadie. En la antigua Roma la puerta triunfal estaba regada con sangre y lágrimas; en la Roma cristiana, la Puerta Santa es lavada con el agua bendita. Y el cristiano comprende que la purificación de su corazón, por sus lágrimas de arrepentimiento, por la sangre adorable de Jesucristo vertida sobre su alma en el tribunal de la reconciliación y en la mesa eucarística, es la condición indispensable de su entrada al camino del cielo, del cual es principio la Puerta Santa. En los cuatro extremos de la ciudad se abren simultáneamente las cuatro grandes basílicas: sus puertas santas caen desplomadas al golpe del martillo de los pontífices. ¿Podrá Roma valerse de una ceremonia más elocuente, para decir que, reina y madre del mundo, llama á su seno á todos los hombres dispersos por los cuatro vientos? ¿No les invita ella con igual amor á beber el inagotable tesoro de gracia y de misericordia, que se abre para ellos sin distinción de pueblos ni de tribus? 1

Retiramos la vista de la Puerta Santa, y entonces se detuvieron nuestras miradas sobre la magnífica columna acanalada de mármol blanco que se levanta delante de la fachada de Santa María la Mayor. Este antiguo adorno del templo de la Paz en el Forum, fué llevado á aquel lugar por el papa Paulo V, que lo colocó con una estatua de la Santa Virgen. En la base está una inscripción, cuyo final es el siguiente:

PAX UNDE VERA EST
CONSECRAVIT VIRGINI.

«La consagró á la Virgen, fuente de la verdadera paz.»

Así como el obelisco de Augusto, colocado cerca de la basílica, canta la gloria

1 *Trattato del Giubileo*, dal P. Quarti, página 56.

del Niño Dios, la blanca columna de Forum proclama las prerogativas de la dulce Virgen su Madre. Podría llamarse una lira pulsada por las manos de los ángeles. Oigamos sus acordes:

IMPURA FALSI TEMPLA
QUONDAM NOMINIS
JUBENTE INCERTA
SUSTINEBAM CÆSARE
NUNC LETA VERI
PERFERENS MATREM DEI
TE PAULE NULLIS
OBTACEBO SECLIS.

«En otro tiempo, por orden de César, yo servía tristemente de apoyo á los templos impuros de una falsa divinidad; ahora, gozosa de sostener á la Madre del verdadero Dios, yo cantaré, ¡oh Pablo! tu gloria á todos los siglos.»

Luego manifiesta su alegría dando á conocer la excelencia de la augusta Virgen:

IGNIS COLUMNA
PRÆTULIT LVMEN PIIS
DESEATA NOCTV
VT YERMEARENT IN VIA
SECURI AD ACRES
HÆC RECLUDIT IGNEAS
MONSTRANTE AB ALTA SEDE
CALLEM VIRGINE.

«La columna de fuego, brillante de luz, precedió á los justos, á fin de que pudiesen salvar el peso nocturno del desierto: ella conduce á la ciudad misma de la luz á una Virgen que enseña el camino para las alturas celestiales.»

¡Honor á los pontífices romanos que han sabido con poético lenguaje celebrar tan magníficas analogías! ¡Honor á Roma, cuyos monumentos todos llevan grabados en el bronce y en el mármol los dogmas inmortales del cristiano!

No dejaré á Santa María la Mayor sin

llamar un último recuerdo. Todas las noches, algunas horas despues del *Ave María*, cuando Roma se duerme con su habitual calma, oís bajar del Monte Esquilino el sonido penetrante de una campana que suena á todo vuelo. No es este sonido el toque de la queda ó silencio, es un acto de gratitud y de previsora caridad. Hace, no sé cuántos siglos, un viajero sorprendido durante la noche, se extravió en el campo romano. Temiendo caer en alguna de las numerosas aberturas que elevándose desde las profundidades de las catacumbas, rompen la superficie del suelo, el peregrino no se atreve á dar un paso; encomienda su alma á Dios y se resuelve á pasar la noche, y tal vez á morir, en medio del silencioso desierto. El día siguiente, era día consagrado á la Santísima Virgen. Con ocasión de la fiesta, sonaron las campanas en Santa María la Mayor; oyese su sonido, se orienta el viajero y vuelve á tomar su camino, escapando milagrosamente del peligro. En reconocimiento de esto, estableció una fundación perpetua, para que todas las noches se sonara la campana libertadora en favor de aquellos que corrian igual suerte.

Siguiendo nuestra excursión por el lado de Santa Cruz en Jerusalem, saludamos al paso los nombres y las célebres ruinas de los monumentos, de que se halla cubierta esa quinta región de la antigua Roma. A la izquierda y en ángulo formado por las murallas de la ciudad, se ven los restos del *Vivarium*, inmensa hospedería de forma cuadrangular, en donde se depositaba una parte de los innumerables animales destinados á los juegos públicos. Siguiendo por el lado del acueducto de Claudio, se encontraban los jardines y el circo de Helio-gáballo; cerca de los hermosos jardines de Palanto, el célebre liberto de Claudio. En esos mismos lugares se levantaban multitud de bosquecillos sagrados: los más co-

nocidos eran el *Lucus querquetulanus*, guardado por las ninfas; el *Lucus fagutalis*, consagrado á Júpiter; el *Nemus* de Cayo y Lucio. A orillas de este último se elevaba el anfiteatro preparado por Augusto y que sirvió á Tito para comenzar los sangrientos juegos que abrieron su reinado. (1) Entre las iglesias de Santa Bibiana y de San Eusebio, sobre el camino que conduce de Santa María la Mayor á Santa Cruz en Jerusalem, se encuentra el primer castillo del *Agua Claudia*. Está coronado por dos arcos de ladrillo, en los cuales se encontraban los célebres trofeos de Mario; tal es por lo ménos la opinión de muchos anticuarios (2). Venian en seguida los suntuosos jardines de Mecenas; aquellos lugares de delicias se extendían desde el punto en que se encuentra hoy la iglesia de San Martín *de Monti* hasta más allá de la iglesia de San Antonio (3). Aquí estaba, según la opinión común, la famosa torre desde cuya altura contempló Nerón el incendio de Roma, declamando los versos que él había compuesto sobre el incendio de Troya [4]. En las cercanías veíanse la casa de Virgilio y los jardines *Lamiani*, morada habitual y sepulcro de Calígula [5]. Antes de que el favorito de Augusto, inventor de los baños calientes, hubiese hecho de ellos la moda de la voluptuosidad, ese vasto terreno servía, al ménos en parte, para sepulcro del pueblo bajo y de los esclavos. Allí se encontraba el *Vicus ustrinus*, llamado así por la ho-

(1) Alii vero extra in nemore Caii et Lucii, ubi Augustus ad hoc ipsum terram effoderat; ibi enim primo die ludas gladiatorius, coedesque balluarum facta est, etc. *Dio in Tit.*

(2) Nardini, lib. IV, c. II, pág. 140.

(3) Fuerunt in Esquilis, lausissimoque ambita á templo circiter San Martini in montibus orientem versus, ultra San Antonii ædem porcessero. *Donat.*

(4) Horat., od. 28, lib. III Nardini, pág. 142

(5) Sueton., c. 59.

guera pública en que se quemaban los cáveres.

A los monumentos de la crueldad y de la voluptuosidad se reunían, en aquella parte de Roma, un gran número de templos de ídolos, escuelas públicas de iniquidades. Estaban entre otros, los templos de *Minerva médica*, de Castor, de Apolo, de Mercurio, de Marte, de Serapis, de Proserpina, del Miedo, de Venus y de Cupido. ¿Por qué, pregunto, el sentimiento religioso, tan vivo y tan profundo entre los romanos, llegó á pervertirse por el paganismo, hasta el punto de que el viajero no pueda dar un paso en la vieja Roma sin sumergir los pies en sangre y lodo? Yo no lo sé; pero me parece que el alma, oprimida por tantos recuerdos, experimenta allí, más que en otra parte, la necesidad de un punto de apoyo, y este punto de apoyo no lo puede encontrar más que en un monumento expiatorio, es decir, en un edificio cristiano. Por eso, ¡cuán libremente reapiRAMOS al descubrir las torres de Santa Cruz en Jerusalem!

La venerable basílica está edificada al extremo del monte Esquilino, entre un templo de Venus y el anfiteatro *Castrense*. ¿Podía elegirse lugar más conveniente? Los instrumentos sangrientos de la muerte de un Dios, descansando sobre una tierra empapada hasta sus profundidades por crueldades e infamias seculares, ¿no forman un contraste conmovedor, ó por mejor decir, una magnífica armonía? Vengamos á la historia del augusto monumento.

Habiendo visto Constantino en sueños la cruz del Salvador, había hecho formar el *Labarum*, maravilloso estandarte que llevaba la cifra del Cristo, con estas palabras reveladas por divisa: *In hoc signo vinces*. «Por este signo vencerás.» Los acontecimientos justificaron la predicción. Vencedor de Maxencio y señor de Roma, el nuevo Augusto quiso dar á la Cruz los

hombres que le eran debidos. Santa Elena, su madre, partió para Jerusalem, descubrió la verdadera Cruz y volvió á Roma, llevando consigo una parte considerable de aquel rico tesoro, así como muchas otras reliquias insignes cuyos pormenores daremos muy pronto. Con el fin de recibir tan precioso depósito, se construyó una iglesia á expensas del emperador y que fué consagrada por el papa San Silvestre: esta iglesia es la augusta basílica de Santa Cruz en Jerusalem. En la historia se la llama sucesivamente basílica *Sessoriana*, á causa del palacio *Sessoriano* del cual es sucesora; basílica *Eleniana*, en memoria de la madre de Constantino; y por fin Santa Cruz en Jerusalem. Hé aquí el origen y sentido de este último nombre. Santa Elena trajo con la Cruz una gran cantidad de la tierra del Calvario mojada con la sangre del Redentor; con ella llenó desde el suelo hasta la bóveda, el oratorio particular en que fueron depositadas las santas reliquias, y de aquí le viene á la capilla y á la iglesia misma el nombre de Jerusalem.

Así como había enriquecido á San Juan de Letran, el César cristiano desplegó su magnificencia imperial en favor de la nueva basílica. Entre los ricos presentes con que la rindió homenaje, distinguimos: cuatro candeleros de oro y de plata, según el número de los Evangelistas, encendidos día y noche ante el madero de la cruz, y que pesan cada uno treinta libras; cincuenta lámparas de plata con peso cada una de cincuenta libras; una cañuela de oro purísimo que pesa diez libras; cinco cálices ministeriales de oro, con peso de una libra cada uno; tres cañuelas de plata de á ocho libras; otras diez de plata de á dos libras; una pantalla de oro de diez libras; una de plata enriquecida con oro y pedrería, de cincuenta libras; un altar de oro macizo, doscientas cincuenta libras. Todas estas riquezas, así como las de San

Juan de Letran, han desaparecido en los diferentes saqueos de Roma. La iglesia misma, restaurada por San Gregorio II y por Lucio II, fué de nuevo reparada en el siglo XV por el cardenal Pedro de Mendoza, que era titular de ella.

Entonces sucedió el descubrimiento memorable que vamos á referir, sirviéndonos de las propias palabras de un testigo ocular. «El día 1.º de Febrero del año 1492, fué para Roma un día de milagro. Cuando el cardenal Mendoza hacia blanquear é incrustar á sus expensas las paredes de Santa Cruz en Jerusalem, los obreros tocaron al vértice del arco levantado en medio de la iglesia, y que se eleva hasta el techo. Llegados al lugar en que hoy se encuentran todavía dos pequeñas columnas, hallaron un vacío; habiéndole horadado, encontraron en él una pequeña ventana, sobre la cual estaba una caja de plomo de dos palmos de longitud, perfectamente cerrada: estaba cubierta con una losa de mármol cuadrangular, sobre la cual se leían estas palabras: *Hic est titulus veræ crucis*. «Este es el título de la verdadera cruz.» En la caja se halló efectivamente una pequeña plancha de un palmo de longitud, y que tenía un lado carcomido por el tiempo. Sobre esta plancha estaban grabadas y pintadas con color rojo, las palabras siguientes: *Hiesus Iudæorum Nazarenus rex*; pero la palabra *Iudæorum* no estaba entera, le faltaban las dos últimas letras; porque como digo, la plancha estaba destruida en un lado por el tiempo. A la noticia del descubrimiento, casi toda la ciudad acudió á Santa Cruz. El papa Inocencio fué en persona, y mandó que se dejara el título en la caja en que estaba, permitiéndole solamente que se expusiera bajo una vidriera, en el altar mayor, el día de la fiesta de la basílica. Nadie dudó de que aquel fuese el verdadero título que Pilatos colocó sobre la

cruz de Nuestro Señor Jesucristo, y de que, según antigua costumbre, Santa Elena lo había depositado en aquel lugar elevado, cuando se construyó la iglesia» 1.

Tal es el primer tesoro espiritual que posee Santa Cruz en Jerusalem; no es el único. Sobre el altar mayor está una tumba de basalto, en que descansan los cuerpos de San Cesáreo y de San Anastasio, en la capilla subterránea, dedicada á la santa emperatriz, se conserva todavía una gran parte de la verdadera cruz; dos espinas de la corona de Nuestro Señor, uno de los clavos con que fué clavado á la cruz, una parte de la cuerda con que fué atado á la columna, y otra de la esponja empapada en hiel que se le presentó. Bajo el pavimento restablecido por Eugenio IV, están un gran número de piedras traídas del Calvario. Al rededor del Rey de los Mártires se ven reunidos, como en una corte de sangre, legiones enteras de héroes que gozan ahora de la gloria de su jefe, después de haber participado con él de sus combates. Pedro, Pablo, Bartolomé, Simon, Fabian, Sebastian, Hipólito, Agapito, Felicitas, Epifanio, Crisógono, Dionisio, Anastasio, Pudenciana, Inés, Eufemia, Lorenzo, Gordiano, Jacobo, hermano del Señor, Urbano, Sixto, Cosme, Damian, Sabino, Régulo, Nereo, Hermes, Benito, Hilarion, Isabel, Juliana, Felícola, Catarina, Margarita; tales son, con otros muchos, los nombres escritos sobre todos aquellos restos ilustres que os rodean, y que adornan en aquel santuario al Dios crucificado. Si cuando entramos al palacio de un rey, ó á un senado compuesto de hombres como nosotros, un gran respeto penetra involuntariamente nuestra alma, ¿puede uno dejar de sentir ese

1 Steph. Infessura, apud Ciampini, t. III, p. 119.—*Bened. XIV, de Festis*, p. 197.

arrobamiento religioso mezclado de un profundo respeto, en medio de tal asamblea?

12 DE DICIEMBRE.

Bosques sagrados.—Templos paganos.—Ninfas.—Campo Pretoriano.—Recuerdos de Neron y de Caracalla.—Baños de Diocleciano.—Santa María de los Angeles.—Mártires.—Capuchinos de la Concepcion.—Cementerio.—El venerable Crispino de Viterbo.

El tiempo era magnífico, y el frío excesivo para Roma. Aprovechando este doble favor, volvimos á emprender nuestra excursión en el cuartel comenzado, dejando á la derecha la parte visitada la víspera, recorrimos los sitios y las ruinas que la separan del recinto de las murallas. Desde la puerta *Salaria* hasta la puerta *Mayor*, ¡qué de recuerdos! ¡qué de impresiones! Cada sinuosidad del terreno, cada piedra, tiene un hecho que referimos: la vista, la memoria, el corazón, no pueden sufrirlas impasiblemente. Debimos limitarnos á los puntos culminantes del cuadro. Remontándonos á los orígenes de Roma, nos acordamos del *Lucus Patilinus*, en donde fué juzgado Manlio, el defensor del Capitolio 1.

No lejos estaban los templos de *Vénus Erycina* y de *Júpiter Viminal*, tan famosos por las inauditas abominaciones que allí se cometían; los templos de *Hércules*, del *Honor*, del *Sol*, y el bosque sagrado de *Laverna*, la diosa de los ladrones. Pa-

1 In campo Martio quum centuriatum populus citaretur, et reus ad Capitolium manus tendens ab hominibus ad deos preces avertisset, appamit tribunis, nisi oculos quoque hominum liberassent a tanti memoria decoris, nunquam fore in preocuepatis beneficio animis vero crimine locum. Ita producta die in Patilium lu. cum extra portam Flumentanam, unde conspectus in Capitolium non esset, concilium populi indictum est. Tit. Liv.

ra tantos crímenes, era necesaria una expiación. Así, no lejos de aquellos lugares, se eleva el *clivus cucumeris*, la cuesta del co-hombro, regado con la sangre de infinidad de mártires 1. Los anticuarios colocan por aquellos lugares, el *nymphæum*, de Alejandro Severo. Figurémonos un edificio de mármol, rodeado de bosquecillos de mirtos y naranjos, y acompañado de numerosos pórticos en que el lujo ha prodigado el oro, la pintura, y todo lo que puede halagar á los sentidos; allí una multitud de cascadas de agua, formando los dibujos más variados, y cayendo en dulce murmullo en grandes recipientes de pórfido ó de alabastro; luego á los voluptuosos romanos, paseando su molicie bajo aquellas frescas sombras; pasando los días en el baño, ó entregándose á todos los excesos del sybaritismo más refinado; y con todo esto, tendremos una idea de los *nymphæa* tan numerosos en la ciudad de los Césares 2.

Pero hé aquí otras muchas ruinas: pisamos el sitio del campo Pretoriano. Hecho emperador Augusto, se nombró una guardia. Fueron elegidas nueve cohortes en el ejército para velar por la seguridad del príncipe y la tranquilidad de la capital; más tarde, su número creció hasta diez y siete. Alojados desde luego en casas particulares, estos soldados elegidos, fueron reunidos por Tiberio en un campo establecido cerca de las murallas, entre las puertas *Viminal* y *Tiburtina*: tal es el campo Pretoriano, tan célebre en la historia. El jefe de estas guardias del cuerpo, ó más bien de aquellos temibles genizaros y amotinadores, tenía el título de prefecto del pretorio. Al visitar aquellas ruinas ¡qué de personajes, qué de hechos se presentan á vuestra vista! Se cree oír lo

1 Martyrol. 17 de Junio, y 8 de Agosto

2 Nardini, *Roma antica*, lib. IV, c. IV, página 155.

clamores que espantaron á Neron, cuando, traicionando, perdido ya, huía de Roma, acompañado solo de cuatro esclavos, en cuyo número estaba Sporus. Asesino de su madre, verdugo de Pedro y de Pablo, todavía ayer era Neron señor del mundo. La hora de la justicia divina ha sonado; hoy, héle ahí con los piés desnudos, vestido con una simple túnica, y un viejo manto, cubierta la cabeza, y el rostro oculto con un pañuelo, montado sobre un mal caballo y buscando un asilo en la villa de Phaon su liberto. Esta villa está á cuatro millas de Roma, entre la *Vía Salaria* y la *Vía Nomentana*. Para llegar á ella, es preciso salvar los muros del campo; repentinamente, la tierra tiembla, el rayo estalla y queda descubierto el fugitivo; oye desde allí las vociferaciones de los pretorianos que exclaman: «Muerte á Neron, victoria á Galba.» 1 Algunas horas más y esta sentencia será ejecutada. Diremos de paso, que la villa ó casa de Phaon, en donde aquel monstruoso emperador se hizo degollar, estaba situada un poco más allá de la iglesia actual de Santa Inés, en el lugar llamado *la Serpentera* 2.

Se encuentra en seguida, en medio del campo, el lugar del pequeño templo en

1 Tranquill, *in Neron*.

2 Se trata tan á menudo en la historia del prefecto del pretorio, que es útil darlo á conocer. Su poder era muy extenso; en el orden militar era casi el jefe superior del ejército; en el orden civil, gozaba de una jurisdicción muy amplia. A veces se podía decir que era más señor que el emperador. Bajo Cómodo, hubo dos prefectos del pretorio, y cuatro bajo Diocleciano. Constantino los conservó, pero los redujo al poder civil. Cada uno de ellos tenía que gobernar una cuarta parte del imperio, dividido en cuatro prefecturas. El primero llamado *prefectus pretorio Galliarum*, tenía bajo su gobierno las Galias, la España, la Bretaña, la Germania; el segundo, *prefectus pretorio Italie*, la Italia y el África; el tercero, *prefectus pretorio Illyrici*, la Grecia, la Francia, la Pannonia, la Mesia, la Dalmacia; el cuarto, *prefectus pretorio Orientis*, todo el Oriente, es decir, todas las provincias de Ultramar.

donde se adoraban los dioses del ejército, en el cual Caracalla mató á su hermano Geta en los brazos de su propia madre 1. Más tarde se ve á los pretorianos señalando un día para poner á pública subasta el imperio, y buscando compradores. Por fin, el silencio de la tumba sucede al tumulto y á las vociferaciones, en la morada dos veces secular de las cohortes pretorianas. Esta milicia sediciosa, fué abolida por Constantino despues de la derrota de Maxencio á quien el pretorio le había saludado emperador.

A la sombra de Burchus y de Sejan, sucedió otra sombra repugnante y sangrienta; mirábamos las ruinas gigantescas de los Baños de Diocleciano. *Los romanos edificaban baños, como si fuesen provincias*, tal es el grito de admiración que arrancaba á la historia la vista del edificio de que hablamos. Diocleciano y Maximiano, queriendo exceder á sus predecesores, resolvieron edificar baños de una magnificencia incomparable, y lo consiguieron. Sus baños formaban un inmenso cuadrado de mil setenta y nueve piés por cada lado. En sus cuatro ángulos estaban otras tantas salas circulares que servían de *calidarium* ó recipiente de agua caliente. Una de ellas subsiste todavía; es la vasta rotonda que sirve de iglesia á los Bernardinos. El edificio mismo era todo lo que la imaginación puede concebir de más maravilloso. Allí se veían pórticos, forum, jardines suspensos, bosquecillos, innumerables caídas de agua, salas de recibir, escuelas para los retadores y los filósofos, la famosa biblioteca Ulpiana que Diocleciano mandó trasportar allí del forum de Trajano 2.

Los baños contaban más de tres mil salas de baño, en las que podían bañarse al

1 Onuph. Panvin, pág. 23.

2 Vopise, *in Prob*.

arrobamiento religioso mezclado de un profundo respeto, en medio de tal asamblea?

12 DE DICIEMBRE.

Bosques sagrados.—Templos paganos.—Ninfas.—Campo Pretoriano.—Recuerdos de Neron y de Caracalla.—Baños de Diocleciano.—Santa María de los Angeles.—Mártires.—Capuchinos de la Concepcion.—Cementerio.—El venerable Crispino de Viterbo.

El tiempo era magnífico, y el frío excesivo para Roma. Aprovechando este doble favor, volvimos á emprender nuestra excursión en el cuartel comenzado, dejando á la derecha la parte visitada la víspera, recorrimos los sitios y las ruinas que la separan del recinto de las murallas. Desde la puerta *Salaria* hasta la puerta *Mayor*, ¡qué de recuerdos! ¡qué de impresiones! Cada sinuosidad del terreno, cada piedra, tiene un hecho que referimos: la vista, la memoria, el corazón, no pueden sufrirlas impasiblemente. Debimos limitarnos á los puntos culminantes del cuadro. Remontándonos á los orígenes de Roma, nos acordamos del *Lucus Patilinus*, en donde fué juzgado Manlio, el defensor del Capitolio 1.

No lejos estaban los templos de *Vénus Erycina* y de *Júpiter Viminal*, tan famosos por las inauditas abominaciones que allí se cometían; los templos de *Hércules*, del *Honor*, del *Sol*, y el bosque sagrado de *Laverna*, la diosa de los ladrones. Pa-

1 In campo Martio quum centuriatum populus citaretur, et reus ad Capitolium manus tendens ab hominibus ad deos preces avertisset, appamit tribunis, nisi oculos quoque hominum liberassent a tanti memoria decoris, nunquam fore in preocuepatis beneficio animis vero crimine locum. Ita producta die in Patilium lu. cum extra portam Flumentanam, unde conspectus in Capitolium non esset, concilium populi indictum est. Tit. Liv.

ra tantos crímenes, era necesaria una expiación. Así, no lejos de aquellos lugares, se eleva el *clivus cucumeris*, la cuesta del co-hombro, regado con la sangre de infinidad de mártires 1. Los anticuarios colocan por aquellos lugares, el *nymphæum*, de Alejandro Severo. Figurémonos un edificio de mármol, rodeado de bosquecillos de mirtos y naranjos, y acompañado de numerosos pórticos en que el lujo ha prodigado el oro, la pintura, y todo lo que puede halagar á los sentidos; allí una multitud de cascadas de agua, formando los dibujos más variados, y cayendo en dulce murmullo en grandes recipientes de pórfido ó de alabastro; luego á los voluptuosos romanos, paseando su molicie bajo aquellas frescas sombras; pasando los días en el baño, ó entregándose á todos los excesos del sybaritismo más refinado; y con todo esto, tendremos una idea de los *nymphæa* tan numerosos en la ciudad de los Césares 2.

Pero hé aquí otras muchas ruinas: pisamos el sitio del campo Pretoriano. Hecho emperador Augusto, se nombró una guardia. Fueron elegidas nueve cohortes en el ejército para velar por la seguridad del príncipe y la tranquilidad de la capital; más tarde, su número creció hasta diez y siete. Alojados desde luego en casas particulares, estos soldados elegidos, fueron reunidos por Tiberio en un campo establecido cerca de las murallas, entre las puertas *Viminal* y *Tiburtina*: tal es el campo Pretoriano, tan célebre en la historia. El jefe de estas guardias del cuerpo, ó más bien de aquellos temibles genizaros y amotinadores, tenía el título de prefecto del pretorio. Al visitar aquellas ruinas ¡qué de personajes, qué de hechos se presentan á vuestra vista! Se cree oír lo

1 Martyrol. 17 de Junio, y 8 de Agosto

2 Nardini, *Roma antica*, lib. IV, c. IV, página 155.

clamores que espantaron á Neron, cuando, traicionando, perdido ya, huía de Roma, acompañado solo de cuatro esclavos, en cuyo número estaba *Sporus*. Asesino de su madre, verdugo de Pedro y de Pablo, todavía ayer era Neron señor del mundo. La hora de la justicia divina ha sonado; hoy, héle ahí con los piés desnudos, vestido con una simple túnica, y un viejo manto, cubierta la cabeza, y el rostro oculto con un pañuelo, montado sobre un mal caballo y buscando un asilo en la villa de *Phaon* su liberto. Esta villa está á cuatro millas de Roma, entre la *Vía Salaria* y la *Vía Nomentana*. Para llegar á ella, es preciso salvar los muros del campo; repentinamente, la tierra tiembla, el rayo estalla y queda descubierto el fugitivo; oye desde allí las vociferaciones de los pretorianos que exclaman: «Muerte á Neron, victoria á Galba.» 1 Algunas horas más y esta sentencia será ejecutada. Diremos de paso, que la villa ó casa de *Phaon*, en donde aquel monstruoso emperador se hizo degollar, estaba situada un poco más allá de la iglesia actual de Santa Inés, en el lugar llamado *la Serpentera* 2.

Se encuentra en seguida, en medio del campo, el lugar del pequeño templo en

1 *Tranquill, in Neron.*

2 Se trata tan á menudo en la historia del prefecto del pretorio, que es útil darlo á conocer. Su poder era muy extenso; en el orden militar era casi el jefe superior del ejército; en el orden civil, gozaba de una jurisdicción muy amplia. A veces se podía decir que era más señor que el emperador. Bajo *Cómodo*, hubo dos prefectos del pretorio, y cuatro bajo *Diocleciano*. *Constantino* los conservó, pero los redujo al poder civil. Cada uno de ellos tenía que gobernar una cuarta parte del imperio, dividido en cuatro prefecturas. El primero llamado *prefectus pretorio Galliarum*, tenía bajo su gobierno las Galias, la España, la Bretaña, la Germania; el segundo, *prefectus pretorio Italie*, la Italia y el África; el tercero, *prefectus pretorio Illyrici*, la Grecia, la Francia, la Pannonia, la Mesia, la Dalmacia; el cuarto, *prefectus pretorio Orientis*, todo el Oriente, es decir, todas las provincias de Ultramar.

donde se adoraban los dioses del ejército, en el cual *Caracalla* mató á su hermano *Geta* en los brazos de su propia madre 1. Más tarde se ve á los pretorianos señalando un día para poner á pública subasta el imperio, y buscando compradores. Por fin, el silencio de la tumba sucede al tumulto y á las vociferaciones, en la morada dos veces secular de las cohortes pretorianas. Esta milicia sediciosa, fué abolida por *Constantino* despues de la derrota de *Maxencio* á quien el pretorio le había saludado emperador.

A la sombra de *Burchus* y de *Sejan*, sucedió otra sombra repugnante y sangrienta; mirábamos las ruinas gigantescas de los Baños de *Diocleciano*. *Los romanos edificaban baños, como si fuesen provincias*, tal es el grito de admiración que arrancaba á la historia la vista del edificio de que hablamos. *Diocleciano* y *Maximiano*, queriendo exceder á sus predecesores, resolvieron edificar baños de una magnificencia incomparable, y lo consiguieron. Sus baños formaban un inmenso cuadrado de mil setenta y nueve piés por cada lado. En sus cuatro ángulos estaban otras tantas salas circulares que servían de *calidarium* ó recipiente de agua caliente. Una de ellas subsiste todavía; es la vasta rotonda que sirve de iglesia á los *Bernardinos*. El edificio mismo era todo lo que la imaginación puede concebir de más maravilloso. Allí se veían pórticos, forum, jardines suspensos, bosquecillos, innumerables caídas de agua, salas de recibir, escuelas para los retadores y los filósofos, la famosa biblioteca *Ulpiana* que *Diocleciano* mandó trasportar allí del forum de *Trajano* 2.

Los baños contaban más de tres mil salas de baño, en las que podían bañarse al

1 *Onuph. Panvin, pág. 23.*

2 *Vopise, in Prob.*

mismo tiempo tres mil doscientas personas, sin verse entre sí. Cada sala era de increíble magnificencia: las piedras más preciosas, labradas á cincel, resplandecian por todas partes en las paredes; el basalto de Egipto, incrustado con mármol de Numidia formaba un embutido rodeado con bordados de piedras, cuyos colores variados imitaban muy bien la pintura; los techos estaban artesonados con vidrios; las piscinas, rodeadas de piedras de Thasus, magnificencia reservada en otro tiempo á algunos templos; el agua salía por llaves de plata, y caía en tinas de plata ó de piedras preciosas. La construcción de estos baños duró siete años. No tardó ménos Salomón en edificar el templo de Jerusalén. Comenzado el año décimo quinto del reinado de Diocleciano, fueron dedicados el año 298 por los Augustos Constantino y Maximiano, y por los Césares Severo y Maximino, según el testimonio de una antigua inscripción:

CONSTANTI ET MAXIMO
INVICTI AVGG.
SEVERVS ET MAXIMINVS CÆSS
THERMAS ORNAVER, ET
ROMANIS SVIS DEDICAVER.

"CONSTANTINO Y MAXIMINO,
INVICTOS EMPERADORES,
ADORNARON LAS TERMAS
Y LAS DEDICARON
A SUS ROMANOS."

Aquí, como en todos los baños romanos se distinguían diferentes piezas, cuyo conjunto prueba la molición de ese pueblo degenerado. La primera era el *apodyterium*, llamado así, porque allí se despojaban de sus vestidos; venía en seguida el *frigidarium*, gran estanque en donde se tomaba el baño frío comun. Pilastras, nichos, estatuas, eran los adornos que decoraban esta pieza, alrededor de la cual reinaba, en

forma de basamento, una doble fila de escalones llamados *schola*. Allí iban á sentarse para conversar los que asistían á los baños de espectadores, ó los que esperaban que se desocupara una tina. El baño tibio, *tepidarium*, seguía inmediatamente al frío. Estaba compuesto de dos grandes estanques, para que se pudiera nadar fácilmente. A esta pieza sucedía el *sudatorium*, en donde se tomaba el baño de vapor. En el centro, estaba un recipiente de agua hirviendo que despedía torbellinos de vapor que llenaban la sala. Subiendo en espesas nubes hacia la bóveda, se escapaban por una estrecha abertura, cerrada con un broquel de bronce que se manejaba desde abajo, con ayuda de una cadena, y que se abría como una válvula cuando la intensidad del calor era muy sofocante. Este baño no dejaba una fibra del cuerpo en descanso. El *sudatorium* recibía calor de horno exterior, llamado *laconicum*, cuyas llamas circulaban debajo de las losas del pavimento y detrás de las paredes, por medio de tubos conductores colocados en el espesor de las paredes. El *unctorium*, lugar en el cual se depositaban los perfumes y se untaban los bañadores, completaba el conjunto de los baños ¹.

Los baños, tan bien adecuados al lujo y á la molición de los últimos romanos, eran el punto de reunión de todas las clases de los ciudadanos. Nos parecía ver llegar á aquellos indignos hijos de los Scipiones y de los Gracos, y á aquellas matronas degeneradas, llevadas en su litera y seguidas por una larga fila de esclavos, de uno y otro sexo, necesarios para los numerosos servicios que reclamaban los baños. Tales eran los *capsarii*, encargados de guardar los vestidos; los perfumadores, *unctores*; los *peluqueros alipile*; los frotadores *tractatores*. Hé aquí el oficio de estos últimos;

¹ Galliani, pinturas de los baños de Tito, etc. etc.

al salir del sudatorio, el bañador se tendía sobre un lecho de descanso y un joven frotador, hombre ó mujer, comenzaba por frotarle todo el cuerpo, volteándole á uno y otro lado, hasta que los miembros llegaban á estar suaves y flexibles. Entonces hacía crujir las articulaciones sin esfuerzo, amasaba y frotaba, por decirlo así, la carne, sin hacer sentir el más leve dolor. Pasaba en seguida á las fricciones, tomaba en la mano un *strigilum*, rascador de cuerno ó de marfil ahondado en forma de cuchara, de modo que podía acomodarse á la redondez de los miembros; frotaba violentamente la piel y despedía todas las impurezas que la traspiración había podido reunir en ella. Entonces venía la depilación de las cavidades que quedan debajo del brazo, que el *alipilus* practicaba, ya con pequeñas pinzas, ya con ayuda de un unguento. Acabada esta operación, llegaba el perfumador, trayendo en las manos vasos llenos de aromas. Comenzaba por frotar ligeramente al bañador con un linimento de manteca y de élbora blanco, para hacer desaparecer la comezon y los barro; luego, con aceites y esencias perfumadas, contenidas en pequeñas ánforas de cuerno de toro ó de rinoceronte, llenaba todos los poros. Tras él venían otros esclavos: unos enjugaban el cuerpo con telas de lino ó de lana fina y suave, otros le envolvían en una túnica de escarlata bien caliente y suave. Y por fin, la tropa se reunía para llevar al sybarita, ponerle en una litera cerrada y conducirle á su casa.

Los baños estaban abiertos día y noche y día y noche una multitud, deseosa, ruidosa, voluptuosa, inundaba los pórticos, las salas y los jardines. Reuníanse en la *Pinacoteca*, inmensa sala que existe todavía, y de la que ha hecho Miguel Ángel una de las iglesias más suntuosas de Roma. Desde el reinado de Sixto IV es co-

nocida en todo el mundo con el nombre *Santa María de los Angeles*. Entrando en ella, admira, al punto, el aspecto de sus ocho columnas antiguas de granito rojo, de una sola pieza, de 16 piés de diámetro y 43 de altura: la longitud total de la iglesia es de 336 piés. La sala de baños, propiamente dicha, tiene 308 de longitud, 74 de anchura y 84 de altura; ésta es la bóveda más grande que se conoce. Su extensión, su pavimento de mosaico, sus pinturas al fresco, sus columnas de preciosos mármoles, hacían de esta sala incomparable la maravilla de los Baños de Diocleciano, maravilla ellos mismos de la ciudad eterna.

Por otra parte, si al visitarla, la imaginación se exalta, el corazón se oprime. Crear gigantescos palacios para excitar con magnificencia sus desenfrenadas pasiones, ¡ved ahí el uso que daban aquellos romanos, que no tenían un hospital, á las riquezas del universo, á los brazos de sus esclavos y á la vida de los cristianos! ¡Puede uno, sin enternecerse hasta el llanto, pensar en que aquellos baños fueron edificadas por cuarenta mil cristianos condenados á las minas, y cuya sangre derramada por la fe inundó aquellos lugares regados con sus sudores y cimentó aquellos muros levantados con sus manos? ¹ ¡Providencia de Dios! ¡Cómo no admiraros! Augusto obedeció á su vanidad, mandando el empadronamiento del imperio, y proclama el cumplimiento de las profecías; Heródes, dirigido por su cruel ambición, quiere degollar al Rey-Niño y se atrae el horror del género humano; Diocleciano hace levantar baños para la molición, y construyó un templo á la Reina de las Virgenes; en fin, mientras todos los otros baños romanos no son ya más que ruinas infor-

¹ Baron., Annal., t. II, an. 298. núm. 9 y siguientes.

mes, los de Diocleciano, edificados por las manos de los mártires, subsisten en su parte más noble, como monumentos auténticos de la impotencia de los perseguidores y del triunfo evidentemente divino de esa religión que tiene la virtud de imprimir el sello de la inmortalidad á todo cuanto toca.

Santa María de los Angeles está servida por cartujos, cuyo convento ocupa una parte de los baños. Conducidos por el buen padre Bruno, frances de la Lorena, visitamos en todas sus partes aquella magnífica iglesia, resplandeciente toda de oro, mármol y pinturas. Posee cuatro cuadros, obras maestras de la mejor época: *La caída de Simon el Mago*, por Pompoe Battoni; *San Basilio negando la comunión al emperador Valencio*, por Subleyras; el bienaventurado *Nicolás Albergati*, de Hércules Grozziani. Se sabe que el santo arzobispo fué enviado por el soberano pontífice á Enrique VIII, rey de Inglaterra, á fin de atraerlo á la unidad católica.—«¿Qué prueba me dais, dijo el príncipe, de la verdad de lo que me proponéis?—La que vos queráis, respondió el B. Albergati.—Os creeré, si convertís súbitamente ese pan blanco que lleva mi page, en pan negro.» El santo hizo la señal de la cruz sobre el pan, que al punto se convirtió en negro. El monarca creyó, pero no se convirtió; los demonios también creen, y su fe les sirve para atormentarlos. Esta escena dramática está perfectamente expresada; tal es la disposición de las sombras y de la luz que se cree estar presente á ella. En el coro está el famoso fresco que representa el martirio de San Sebastian, obra clásica del Dominiquino. La mayor parte de los frescos que adornan á Santa María de los Angeles vienen de San Pedro, y han sido reemplazadas allí por mosaicos que representan iguales asuntos.

De la iglesia pasamos á la venerable ca-

pilla de las reliquias. ¡Qué tesoros! A nuestro alrededor, miembros rotos por los dientes de los leones, ó por el hacha de los lictores; cuerpos santos, completos; frascos llenos de sangre; mártires de todas edades y de todas clases, pero sobre todo militares. ¡Salud á vosotros, cuyas manos construyeron este edificio que fué regado con vuestra sangre, Máximo, centurion que enseñásteis el camino del martirio á vuestros gloriosos compañeros Claudio, Lupericio, Victorio, Facundo, Primitivo, Emetorio, Celedonio, Fausto, Januario, Marcial, Servando y Germano! ¡Salud, á vos, Saturnino, venerable anciano á quienes los otros mártires ayudaban á llevar los pesados fardos que os mandaban poner sobre vuestras débiles espaldas! ¡Salud á vos, ilustre patricio, caritativo Thrason, que alimentásteis en secreto á vuestros hermanos estenuados por el hambre y el cansancio y que por precio de vuestras liberalidades, recibisteis del nuevo Faraon la corona del martirio, y de la iglesia reconocida el honor de dar vuestro nombre á una de las más célebres catacumbas! ¡Salud á vos, en fin, familia entera inmolada por la fe! En una urna superior aparecen las cabezas del padre y de la madre, abajo el hermano y la hermana, niños de nueve á diez años, cuya carne y cuyos huesos se conservan bien; están de rodillas, teniendo cada uno en la mano una pequeña redoma llena con su sangre, como en señal de rendir homenaje de su victoria á aquellos que con la vida les dieron también la fe. No acabaría yo, si quisiera nombrar á todos los mártires cuya presencia consagra aquella venerable capilla.

Al dejar la iglesia en donde las facultades de nuestra alma habian encontrado tantos goces, descubrimos la bella estatua de San Bruno y el busto en mármol blanco, del cardenal Alciati, con esta inscripción de sublime sencillez:

VIRTUTE VIXIT
MEMORIA VIVIT
GLORIA VIVET.

«Venció con la virtud, vive en la memoria, vivirá para la gloria.» Parece difícil decir más y mejor en ménos palabras.

Después de pasar la plaza *de Termini*, tomando por la derecha, llegais muy pronto al frente de la iglesia y monasterio de *la Concepcion*. Esta fué la dirección que seguimos, porque queríamos visitar el cementerio de los Capuchinos. ¿Quién no ha oído hablar de este célebre cementerio? ¿Quién vá á Roma sin verle? El hermano Bernardo, á quien estábamos recomendados, nos esperaba en el pórtico de la iglesia. La vista de un capuchino ha producido siempre en mí una viva impresión: siempre que encontré por las calles de Roma alguno de aquellos buenos padres, de esos verdaderos amigos del pueblo, con su larga barba, su vestido de sayal castaño, su cinto de cuero y sandalias por calzado, la cabeza desnuda y la alforja sobre sus espaldas, no pude ménos que inclinarme ante ese milagro vivo de la caridad y de la divinidad del cristianismo. Aún tengo la pretension de creer, que si alguno de los viejos romanos, cuya ciudad recorren los humildes hijos de San Francisco, volviese á este mundo, y encontrase este mismo prodigio, lo admiraría como yo, y tal vez más.

Doblemente agradable fué para nosotros la aparición del excelente hermano que debía ayudarnos á satisfacer nuestra legítima curiosidad. Tras él seguimos en silencio un largo corredor, adornado con numerosos retratos de santos, de cardenales y de hombres eminentes que ha producido la austera institución. De ahí, atravesando el coro de la iglesia, bajamos por una estrecha escalera al santuario de los muertos. Se abre una puerta y quedais absorto, in-

móvil, en el umbral. ¡Qué espectáculo! Vastas cuevas, bien iluminadas, cuyo pavimento está accidentado por sepulcros coronados con una pequeña cruz, y cuyas paredes y bóvedas están adornadas con huesos humanos. Digo *adornadas*, porque con esta materia de un nuevo género, se han ejecutado dibujos, rosetones de bóveda, guirnalda y aun lámparas suspendidas sobre vuestra cabeza. El círculo de las cuevas está guarnecido, con simetría, de *tibias* arregladas de trecho en trecho y formando nichos espaciosos ó *loculi*, semejantes á los de las catacumbas. Allí, en actitud de orar ó de dormir, aparecen los muertos antiguos y nuevos, todos hijos del claustro, vestidos con su hábito grosero y un crucifijo en la mano. La vista de aquellos cuerpos preservados, al ménos en parte, de la disolución de la tumba, os penetra de no sé qué terror religioso, moderado por la calma inalterable de los numerosos emblemas de la resurrección futura.

Se cree que este mosaico de los muertos es obra de un hombre, que para huir de la justicia humana se habia refugiado en el recinto del monasterio; creen que permaneció allí á fines del siglo XVII. Como quiera que sea, los religiosos han permitido aquel trabajo, aunque no sean sus autores. A los ojos del mundo, *jugar así* con huesos humanos, parece una profanación; pero para el cristiano, para el religioso sobre todo, esa especie de familiaridad respetuosa con la muerte, es una consecuencia de la victoria que ha alcanzado sobre ella; se ve con esto, que no la teme. ¿Lo diré? Pues con la serenidad en su frente y una sonrisa en los labios, nos hizo los honores del cementerio, donde descansan sus hermanos; aquel buen padre, cuya barba estaba ya encaneciendo, y en cuyo cementerio él mismo tenia que ocupar muy pronto un lugar que le espera.

Un rayo de felicidad iluminó su bello rostro, cuando nos propuso que le acompañásemos á la iglesia; iba á hacernos testigos de un espectáculo grato de diverso modo para él y maravilloso para nosotros. ¿Creeis tal vez, que se trataba de descubrirnos el célebre cuadro de *San Miguel*, obra maestra del Gúido, ó al inimitable *San Francisco del Dominiquino*? ¡Oh, no! las maravillas del arte debían desaparecer ante una maravilla que solo Dios puede obrar. Entró primero el padre á una pequeña capilla lateral, encendió dos luces, quitó el frente móvil del altar, corrió una cortina de sarga roja y luego abrió una tumba de madera; entónces nos fué dado ver lo que deberían ir á ver aquellos que dicen: *Si yo viera un milagro, creería.*

Luego, allí, á nuestra vista, estaba dulcemente acostado, con la cabeza cubierta con sus cabellos enblanquecidos por los años, con una grande y hermosa barba, con los ojos entreabiertos, las mejillas coloreadas, la sonrisa en los lábios aún rojos, las manos blancas, los piés con carne y hueso y con sus venas salientes que se dibujaban en la piel, un pobre capuchino muerto hace ochenta y cinco años. ¿Queréis saber su nombre? se llama el venerable siervo de Dios, el hermano Crispino de Viterbo. Su historia es larga; pero voy á deciros la en pocas palabras.

El 13 de Noviembre de 1668, nació en Viterbo, de honrados y religiosos padres, un niño que recibió en el bautismo el nombre de Pedro. Veinticinco años despues, un jóven de buen semblante, de una pureza angelical, de una dulzura y amenidad que encantaban, estaba arrodillado delante de la puerta de los capuchinos de su ciudad natal, pidiendo con lágrimas el honor de vestir el humilde hábito de San Francisco. Este favor le fué concedido. Contando desde el día de su profesion, las cabañas y los castillos de los Estados Ro-

manos, vieron durante cuarenta años consecutivos al jóven Pedro, convertido en hermano Crispino, pedir la limosna para el convento.

Los dones que recibia, eran recompensados con oraciones y á menudo con milagros. A los ochenta años el venerable hermano recorría todavía con su alforja en las espaldas, las ciudades y los campos. Pero entónces su nombre estaba en todas las bocas, el perfume de sus virtudes atraía tras él á los pueblos, la púrpura misma se inclinaba ante su presencia. Murió en Roma, y la voz del pueblo, voz de Dios, proclamó su bienaventuranza en el cielo, y el cielo ratificó el testimonio de la tierra. El hombre de Dios, enterrado como sus hermanos, sin ser embalsamado, en el cementerio comun, fué, al rumor de nuevos milagros, sacado de ahí intacto y con su color natural, y llevado al lugar en que lo hemos visto nosotros y en donde puede verle todo viajero.

13 DE DICIEMBRE.

La cámara de los grandes hombres.

“Como estaba yo en Atenas, y segun mi costumbre, habia ido á oír á Antioco al gimnasio de Tolomeo, junto con M. Pison, Quinto mi hermano, C. Pomponio y Lucio Ciceron, mi primo hermano, á quien amaba como si fuese mi hermano, resolvimos todos ir despues de medio dia á pasearnos juntos á la Academia, porque á esa hora no se encontraba nadie en ella. Nos citamos todos para la casa de Pison; y de allí, hablando de diversos asuntos, hicimos los seis estadios, (1) de la puerta Dipyla á la Academia. Llegados á aquel bello lugar tan justamente célebre, encon-

1 Medida de 125 pasos geométricos. — N. del T.

tramos allí la soledad que buscábamos, y entónces Pison nos dijo:

—¿Es una cosa fundada en la naturaleza, ó solamente un error de nuestra imaginacion, que cuando vemos los lugares habitados por grandes hombres, nos sentimos más conmovidos, como me sucede ahora, que cuando solo oimos hablar de ellos, ó leemos alguno de sus escritos? Aquí no puedo dejar de pensar en Platon; en este lugar se ocupaba Platon con sus discípulos; esos pequeños jardines, tan cerca de nosotros, me hacen tener presente la memoria del filósofo, que me la ponen casi en los ojos. Aquí se paseaban Speusippo, Xenócrates, y su discípulo Polemon, quien se sentaba ordinariamente en aquel lugar. . . . En fin, esos lugares tienen en un grado tan eminente el poder de excitar nuestro pensamiento, que no sin razon se ha fundado en ellos el arte de la memoria.

—Sin duda que sí, Pison, replicó Quinto, ese poder es muy grande; yo mismo ahora, al venir aquí, volvía los ojos hácia esa aldea de Colonia en donde vivía Sófocles, y me he sentido conmovido y he creído, en cierto modo, ver á ese poeta que es, como sabeis, mi admiracion y mis delicias.

—Y yo, dijo Pomponio, á quien haceis la guerra por haber adoptado los sentimientos de Epicuro, por cuyos jardines acabamos de pasar, me trasporto á ellos con Fedro, á quien amo tanto, como sabeis, y siguiendo el antiguo proverbio, no olvido á los vivientes.

“Yo repliqué entónces:

—Soy de vuestro sentir, Pison; los lugares en que han estado hombres ilustres, nos hacen ordinariamente pensar en ellos con más viveza y más atentamente. Ya sabeis que fui una vez con vos á Metoponto, y que no entré á la casa de mi huésped, sino despues de haber visto el lugar en que habia pasado Pitágoras su

vida, y el sitio en donde acostumbraba estar. La exedra 1 en donde enseñaba Charmadas, tiene para mí gran interes; me parece estarle viendo, porque conozco sus facciones, y creo que ese lugar que ha quedado abandonado por tan gran génio, se lamenta á todas horas de no poderle oír.” 2

Nosotros tambien debiamos ver los lugares habitados por grandes hombres, entrar á sus casas, visitar sus habitaciones, tocar objetos que sus manos habian tocado. Los sentimientos experimentados en Atenas por Ciceron y sus amigos, y por cualquiera que visita la habitacion de un personaje célebre, iban á ser nuestros tambien; ¿qué digo? debían ser tanto más vivos cuanto que los grandes hombres, cuya morada íbamos á recorrer, eran santos.

Desde las siete de la mañana caminábamos hácia el *Gesu*. El excelente padre de V. . . . me habia conseguido el insigne favor de ofrecer el sacrificio santo en el cuarto mismo de San Ignacio. ¡Qué de recuerdos! ¡qué de monumentos elocuentes en aquel lugar bendito! Un modesto altar ha sido levantado en un cuarto que tendrá algunos piés cuadrados; es oblongo, bajo, irregular, é iluminado por una sola ventana; este es el cuarto en donde vivió y murió San Ignacio, en donde murió San Francisco de Borja, en donde San Luis Gonzaga pronunció sus votos en manos de San Ignacio; y San Estanislao de Kostka en las de San Francisco de Borja. En este mismo altar dijo San Carlos Borromeo su segunda misa, y San Francisco de Sales muchas veces la suya; aquí San Felipe Neri, el apóstol de Roma, conversó muy frecuentemente con San Ignacio; aquí han sido concebidos, fecundados tantos proyectos de celo, de abnegacion, de caridad, tan

1 Asamblea de sabios.—N. del T.

2 Cicer., *de Fimb.* V. I. 2.

Un rayo de felicidad iluminó su bello rostro, cuando nos propuso que le acompañásemos á la iglesia; iba á hacernos testigos de un espectáculo grato de diverso modo para él y maravilloso para nosotros. ¿Creeis tal vez, que se trataba de descubrirnos el célebre cuadro de *San Miguel*, obra maestra del Gúido, ó al inimitable *San Francisco del Dominiquino*? ¡Oh, no! las maravillas del arte debían desaparecer ante una maravilla que solo Dios puede obrar. Entró primero el padre á una pequeña capilla lateral, encendió dos luces, quitó el frente móvil del altar, corrió una cortina de sarga roja y luego abrió una tumba de madera; entónces nos fué dado ver lo que deberían ir á ver aquellos que dicen: *Si yo viera un milagro, creería.*

Luego, allí, á nuestra vista, estaba dulcemente acostado, con la cabeza cubierta con sus cabellos enblanquecidos por los años, con una grande y hermosa barba, con los ojos entreabiertos, las mejillas coloreadas, la sonrisa en los lábios aún rojos, las manos blancas, los piés con carne y hueso y con sus venas salientes que se dibujaban en la piel, un pobre capuchino muerto hace ochenta y cinco años. ¿Queréis saber su nombre? se llama el venerable siervo de Dios, el hermano Crispino de Viterbo. Su historia es larga; pero voy á deciros la en pocas palabras.

El 13 de Noviembre de 1668, nació en Viterbo, de honrados y religiosos padres, un niño que recibió en el bautismo el nombre de Pedro. Veinticinco años despues, un jóven de buen semblante, de una pureza angelical, de una dulzura y amenidad que encantaban, estaba arrodillado delante de la puerta de los capuchinos de su ciudad natal, pidiendo con lágrimas el honor de vestir el humilde hábito de San Francisco. Este favor le fué concedido. Contando desde el día de su profesion, las cabañas y los castillos de los Estados Ro-

manos, vieron durante cuarenta años consecutivos al jóven Pedro, convertido en hermano Crispino, pedir la limosna para el convento.

Los dones que recibia, eran recompensados con oraciones y á menudo con milagros. A los ochenta años el venerable hermano recorría todavía con su alforja en las espaldas, las ciudades y los campos. Pero entónces su nombre estaba en todas las bocas, el perfume de sus virtudes atraía tras él á los pueblos, la púrpura misma se inclinaba ante su presencia. Murió en Roma, y la voz del pueblo, voz de Dios, proclamó su bienaventuranza en el cielo, y el cielo ratificó el testimonio de la tierra. El hombre de Dios, enterrado como sus hermanos, sin ser embalsamado, en el cementerio comun, fué, al rumor de nuevos milagros, sacado de ahí intacto y con su color natural, y llevado al lugar en que lo hemos visto nosotros y en donde puede verle todo viajero.

13 DE DICIEMBRE.

La cámara de los grandes hombres.

“Como estaba yo en Atenas, y segun mi costumbre, habia ido á oír á Antioco al gimnasio de Tolomeo, junto con M. Pison, Quinto mi hermano, C. Pomponio y Lucio Ciceron, mi primo hermano, á quien amaba como si fuese mi hermano, resolvimos todos ir despues de medio dia á pasearnos juntos á la Academia, porque á esa hora no se encontraba nadie en ella. Nos citamos todos para la casa de Pison; y de allí, hablando de diversos asuntos, hicimos los seis estadios, (1) de la puerta Dipyla á la Academia. Llegados á aquel bello lugar tan justamente célebre, encon-

1 Medida de 125 pasos geométricos. — N. del T.

tramos allí la soledad que buscábamos, y entónces Pison nos dijo:

—¿Es una cosa fundada en la naturaleza, ó solamente un error de nuestra imaginacion, que cuando vemos los lugares habitados por grandes hombres, nos sentimos más conmovidos, como me sucede ahora, que cuando solo oimos hablar de ellos, ó leemos alguno de sus escritos? Aquí no puedo dejar de pensar en Platon; en este lugar se ocupaba Platon con sus discípulos; esos pequeños jardines, tan cerca de nosotros, me hacen tener presente la memoria del filósofo, que me la ponen casi en los ojos. Aquí se paseaban Speusippo, Xenócrates, y su discípulo Polemon, quien se sentaba ordinariamente en aquel lugar. . . . En fin, esos lugares tienen en un grado tan eminente el poder de excitar nuestro pensamiento, que no sin razon se ha fundado en ellos el arte de la memoria.

—Sin duda que sí, Pison, replicó Quinto, ese poder es muy grande; yo mismo ahora, al venir aquí, volvía los ojos hácia esa aldea de Colonia en donde vivía Sófocles, y me he sentido conmovido y he creído, en cierto modo, ver á ese poeta que es, como sabeis, mi admiracion y mis delicias.

—Y yo, dijo Pomponio, á quien haceis la guerra por haber adoptado los sentimientos de Epicuro, por cuyos jardines acabamos de pasar, me trasporto á ellos con Fedro, á quien amo tanto, como sabeis, y siguiendo el antiguo proverbio, no olvido á los vivientes.

“Yo repliqué entónces:

—Soy de vuestro sentir, Pison; los lugares en que han estado hombres ilustres, nos hacen ordinariamente pensar en ellos con más viveza y más atentamente. Ya sabeis que fui una vez con vos á Metoponto, y que no entré á la casa de mi huésped, sino despues de haber visto el lugar en que habia pasado Pitágoras su

vida, y el sitio en donde acostumbraba estar. La exedra 1 en donde enseñaba Charmadas, tiene para mí gran interes; me parece estarle viendo, porque conozco sus facciones, y creo que ese lugar que ha quedado abandonado por tan gran génio, se lamenta á todas horas de no poderle oír.” 2

Nosotros tambien debiamos ver los lugares habitados por grandes hombres, entrar á sus casas, visitar sus habitaciones, tocar objetos que sus manos habian tocado. Los sentimientos experimentados en Atenas por Ciceron y sus amigos, y por cualquiera que visita la habitacion de un personaje célebre, iban á ser nuestros tambien; ¿qué digo? debían ser tanto más vivos cuanto que los grandes hombres, cuya morada íbamos á recorrer, eran santos.

Desde las siete de la mañana caminábamos hácia el *Gesu*. El excelente padre de V. . . . me habia conseguido el insigne favor de ofrecer el sacrificio santo en el cuarto mismo de San Ignacio. ¡Qué de recuerdos! ¡qué de monumentos elocuentes en aquel lugar bendito! Un modesto altar ha sido levantado en un cuarto que tendrá algunos piés cuadrados; es oblongo, bajo, irregular, é iluminado por una sola ventana; este es el cuarto en donde vivió y murió San Ignacio, en donde murió San Francisco de Borja, en donde San Luis Gonzaga pronunció sus votos en manos de San Ignacio; y San Estanislao de Kostka en las de San Francisco de Borja. En este mismo altar dijo San Carlos Borromeo su segunda misa, y San Francisco de Sales muchas veces la suya; aquí San Felipe Neri, el apóstol de Roma, conversó muy frecuentemente con San Ignacio; aquí han sido concebidos, fecundados tantos proyectos de celo, de abnegacion, de caridad, tan

1 Asamblea de sabios.—N. del T.

2 Cicer., *de Fimb.* V. I. 2.

vastos como el mundo, tan variados como las miserias de los hijos de Adán. Ved ahí las líneas escritas por mano de todos esos grandes hombres; ved la acta original, por la cual los primeros padres de la Compañía de Jesús se obligan á la obediencia y al servicio de la Iglesia; está firmada de mano de Ignacio, de Francisco Javier, de Lainez, de Zalmeron, etc.

Ved ahí el juramento que hizo San Estanislao de sostener la Inmaculada Concepción de María; está escrito por su mano y firmado con su sangre. Ved, en fin, en una pequeña pieza vecina, los vestidos sagrados de un hombre que la Iglesia católica puede enseñar con orgullo á sus amigos y á sus enemigos; esos vestidos son, el birrete y el cilicio del ilustre y piadoso cardenal Belarmino.

Si levantais la vista, veis el parasol, tan gloriosamente histórico, llevado por San Francisco Javier, cuando fué admitido á la audiencia solemne de Fuarondone, rey del Japon. Este parasol, hecho con la corteza de un árbol, se distingue por ricos dibujos de oro, de bello trabajo, y reúne á la dimensión de un pequeño paraguas la ligereza de una pluma.

Antes de este cuarto, tantas veces venerable, en donde acababa yo de ofrecer el sacrificio augusto, hay otro más pequeño, en el cual trabajaba San Ignacio. En éste fué donde escribió sus inmortales Constituciones; allí se le ve todavía revestido con sus ornamentos sacerdotales y cubiertos los pies con su mismo calzado.

Después de haber dado libertad á nuestro espíritu y á nuestro corazón para todo aquello que puede sentir el hombre y el cristiano en lugares llenos de semejantes recuerdos, nos volvimos al hotel, en donde pasamos el resto del día; nos era muy necesario este tiempo para asimilarnos el delicioso alimento que habíamos tomado en la mañana.

14 DE DICIEMBRE.

Vicus Patricius—Arco de Galiano.—Casa de San Justino.—Iglesia de Santa Pudenciana.—Recuerdos históricos.—Baños de Timoteo.—Iglesia de Santa Praxedis.—Mosáico.—Capilla Borromea.—Columna de la Flajelación.—Senado de los mártires.

En Roma, más que en cualquiera otra parte, no basta ver una vez; es preciso casi siempre volver á los mismos lugares, estudiar los mismos monumentos. Cada pié de tierra que pisais, cada edificio que encontráis, revela una historia, un hecho, que por un privilegio de la ciudad eterna, es de gran peso sobre los destinos del mundo entero ántes y después de la predicación del Evangelio. Volviendo á las crestas desiguales del Esquilino, dejamos á la derecha á Santa María la Mayor, para entrar á la *vía Urbana*, llamada así por el papa Urbano VIII que la mandó construir. La vieja Roma salía de su triple capa de ruinas, y se mostraba á nuestras miradas con sus nombres, sus monumentos y sus recuerdos. Una multitud de sombras patricias parecían rodearnos: estábamos en el antiguo *vicus Patricius*. Debió su nombre á los patricios consignados en aquel cuartel por Servio Julio, que quería impedirles que formasen nuevas tramas. No lejos de allí estaban el lúbrico teatro de Flora y un templo de Diana. Properecia tenía allí su habitación; no podía estar mejor colocada. 1 Como la voluptuosidad engendra siempre la bajeza del alma, no nos admiramos de hallar cerca de ahí un arco de travertino 2 de mediocre trabajo, levantado en honor de Galiano y que tiene esta inscrip-

1 Et dominum Esquilis die habitare tuum. Eleg. 22, lib. III.

2 Piedra calcárea que se halla cerca de Tivoli.—N. del T.

cion, que respira la adulación llevada hasta la idolatría:

GALLIENO INVICTISSIMO PRINCIPI
CUIUS INVICTA VIRTUS SOLA PIETATE SUPERATA
EST M. AURELIUS DEDICATISSIMUS NOMINI
MAJESTATIQUE EJUS.

“A Galiano invictísimo príncipe, cuyo invencible valor solo es superado por su piedad, Marco Aurelio consagrado á su deidad y majestad.”

A todos estos monumentos profanos, á todos estos hombres de triste memoria, han sucedido monumentos y personajes que ocupan un glorioso lugar en la historia de la Iglesia naciente. San Justino, que llegó del Oriente para defender la fe, habitó aquellos lugares: «Hasta aquí, dijo el célebre apologista, he permanecido cerca de la casa de Marcio, inmediata á los baños de Timoteo. 1 No muy lejos se levantan las venerables iglesias de Santa Pudenciana y de Santa Praxedis, con los baños de sus hermanos Timoteo y Novato. De este modo íbamos pisando la tierra que pisó primero San Pedro, luego San Pablo y en seguida una multitud de cristianos ilustres. Una vez llegado á Roma el año de 44, con la increíble pretension de plantar la cruz en la cima del Capitolio, el jefe de los pescadores galileos, descendió desde luego mas allá del Tíber al cuartel de los judíos. Bien pronto convirtió al senador Pudencio, á su madre llamada Priscila, á sus dos hijos llamados Novato y Timoteo, y á sus dos hijas Praxedis y Pudenciana, no ménos que á su servidumbre. La casa de estos fervientes neófitos llegó á ser la morada del apóstol. 2

1 Ego prope domum Martii cujus dam ad balneum cognomento Thimathium haetenus mansi. *Apol.* I.

2 Baron. an. 44, núm. 61; an. 57, 71. *Annot. ad Martyrol.* Mazzolari, *Basiliche sacre*, t. IV, 163, Ciampini, *Monim. veter.*, t. II, 143.—150 etc.

Lo que el Cenáculo fué en Jerusalem, eso mismo fué en Roma esta santa casa. El Vicario de Jesucristo celebró allí los augustos misterios, allí presidió las sinaxas, 1 dió la sagrada unción á San Lino y á San Cleto sus sucesores, y su misión á los numerosos apóstoles del Occidente. 2 San Pablo también frecuentó más tarde la habitación de Pudencio, y Dios sabe todo lo que los fundadores del Cristianismo dijeron ó hicieron en ese venerable lugar en que estábamos. Sin embargo, se había declarado ya la persecución, y ántes de que ellas fuesen las víctimas gloriosas, ¿sabéis cuál era la ocupación de las jóvenes vírgenes Pudenciana y Praxedis? Recojer los cuerpos de los mártires, restañar su sangre con esponjas y depositarla en los vasos funerarios y en los pozos, á donde ellas bajaban furtivamente los sagrados restos de sus hermanos; tal fué el peligroso objeto de su infatigable caridad. La tradición constante, los monumentos escritos, los cuadros, las inscripciones colocadas en las dos iglesias dedicadas á la gloria de las dos hermanas, los pozos cerrados con rejas de fierro, son otros tantos testimonios de aquellos hechos, por otra parte, tan conformes á las costumbres cristianas.

La casa senatorial, venerable por tantos títulos, fué convertida en iglesia desde el segundo siglo, por el papa San Pio I. 3 Célebre en la historia bajo el título de *Pastor*, esta iglesia dedicada á Santa Pudenciana, está situada como hemos dicho en el *vicus Patricius*. Ofrece un vasto campo al arqueólogo y al cristiano; los mosáicos del coro son de grande antigüe-

1 Congregaciones de los primeros cristianos.—N. del T.

2 Mazzolari, *idem.*, 163.

3 Si esta casa fué consumida por el incendio de Nerón, ó destruida por este príncipe cuando edificó su *palacio de oro*, los restos de este palacio ó el lugar que ocupaban, sirvieron para edificar allí la nueva iglesia.

dad, y Bosio, de acuerdo con los otros anticuarios, no tiene dificultad en admitir que debajo del suelo existe una catacumba. Esta se compone de un gran número de cuartos ó *monumento arcuata*, restos probables de los baños de Timoteo. Se cree también que existía una galería subterránea hasta el cementerio de Santa Priscila, cerca de la puerta *Salaria*. En ella fué donde las ilustres hermanas depositaron cerca de tres mil mártires, inmolados en las primeras persecuciones. 1 El pozo á donde bajaban aquellos sagrados cuerpos, está todavía en la iglesia, así como el altar en donde, según tradición, ofreció San Pedro el augusto sacrificio en la casa del senador. Bajo el altar mayor descansa en gran parte el cuerpo de Santa Pudenciana. ¿Qué cosa más justa que honrar á la heroína en el teatro mismo de su triunfo?

Nos quedaba por visitar á otro miembro de la familia senatorial. Pasando á la izquierda de Santa María la Mayor, estuvimos á pocos minutos en la iglesia de Santa Praxedis. Este nuevo santuario, dependencia de la casa de Pudencio, está edificado en el lugar de los baños de Novato. Asilo de los primitivos cristianos y oratorio desde el siglo segundo, llegó á ser en 822, por empeño del papa Pascal I, lo que es hoy, una de las iglesias más venerables de Roma. El primer objeto que llamó nuestra atención fué el grande arco del coro (*tribuna*) que sostiene la bóveda del altar mayor y está entre la nave y el santuario. Se ve en él un soberbio mosaico que representa el cielo. El centro está ocupado por una ciudad, hácia la cual llegan con las manos llenas de presentes, numerosos viajeros. Bajo la figura de dos ángeles, están San Pedro y San Pablo, de pié en las puertas. En medio de la ciudad eterna está el rey de los siglos, teniendo en una

1 Baron. *Annot ad Martyrol.*, 19 de Enero.

mano el globo. Los dichosos habitantes de la santa Jerusalem rodean al rey, ceñidas sus frentes con diademas y teniendo palmas en sus manos. Fuera de la ciudad aparece un ángel que enseña el camino á los peregrinos del cielo.

De la cima del arco se desprende la cifra del papa Pascal, restaurador de la iglesia: más abajo está una mano que sale del cielo y que tiene asida una corona: este es el emblema de la Divinidad, y como descansa sobre la cabeza de Nuestro Señor, indica la plenitud de su poder real y sacerdotal. Nuestro Señor aparece de pié, extendiendo la mano derecha en los momentos solemnes en que decía: «Yo soy el buen Pastor y conozco á mis ovejas, y mis ovejas me conocen.» Esto se hace evidente por la presencia de las ovejas que están á sus piés y los santos que están á sus costados. A la derecha del Salvador está San Pablo, vestido con una túnica blanca, en cuya orilla se ve la letra P, cifra del apóstol. Después de él, está una joven virgen, Santa Praxedis: lleva un riquísimo vestido de oro, adornado con pedrería, y con una de sus manos, oculta bajo un velo, sostiene una corona redonda, figura de las oblaciones que se ofrecían en el altar por los primeros cristianos. En tercer lugar viene el papa Pascal, lleva una aureola cuadriforme y trae en las manos un modelo de la iglesia de Santa Praxedis.

Como adorno se ve también una palmera de verde follaje, sobre la cual está parado el fénix, pájaro misterioso, símbolo de la resurrección. A la izquierda del Salvador aparece San Pedro, vestido de blanco, presentando á Nuestro Señor á otra virgen, Santa Pudenciana, vestida como su hermana. Después de ella está un personaje vestido con una dalmática blanca y teniendo en las manos un libro adornado con perlas. Este libro representa al Evangelio, y todo induce á creer que el perso-

naje es el santo sacerdote Hennon, cuyo cuerpo descansa en la iglesia. Apenas hemos podido indicar rápidamente los principales rasgos de ese primer mosaico, digno de toda la atención de los arqueólogos. 1

Dejando aquel curioso monumento, dirigimos la vista al altar mayor. Este es una magnífica obra, coronada por un dosel que está sostenido por cuatro grandes columnas de pórfido. Fueron dadas por San Carlos Borromeo, cardenal titulado de Santa Praxedis. Se sube al santuario, edificado sobre la cripta, por una magnífica escalera de dos tramos, cuyos escalones son de mármol rojo antiguo: son, según creo, hechos con las más hermosas piedras de ese mármol, que ha llegado á ser extremadamente raro. El cuadro del fondo es de Julio Romano, el discípulo querido de Rafael. Representa á Santa Pudenciana y á Santa Praxedis recogiendo con esponjas la sangre de los mártires, y haciéndola correr por los pozos; este cuadro pasa por ser una obra admirable. Al bajar por la derecha de la nave, está la capilla de la familia Borromea. Vimos el sillón de madera del cardenal, así como la mesa en que este príncipe de la Iglesia daba de comer á los pobres. En la parte baja de la iglesia está una larga losa de mármol, cubierta con enrejado de fierro, y en ella se ve esta sencilla, pero elocuente inscripción: *Sobre este mármol dormía la santa virgen Praxedis*. No me cuesta trabajo creerlo: la mortificación es la madre de la caridad y el aprendizaje del martirio. Hácia el medio de la nave, está abierto, rodeado de una reja, el pozo venerable en donde la santa cumplía el mismo deber que su hermana en la casa de su padre. Una bella estatua representa á la joven mártir, de rodillas al borde del pozo, oprimiendo entre sus manos una esponja llena de sangre.

1 Ciampini, t. II, p. 250.

Subiendo por la derecha está el célebre oratorio de San Hennon mártir. El mosaico con que está adornado era tan bello, tan armonioso, que se le llamaba *El Paraíso*. Lo que queda, aunque degradado por el tiempo, merece todavía todo el estudio del viajero. 1. Dos razones me impiden hacer su descripción: la necesidad de ser corto y la atención secundaria que puse en aquella obra maestra. ¿Cómo ocuparse del arte en presencia de otro objeto que os absorbe por completo? Aquí, en esta capilla, se conserva la columna en que pusieron á Nuestro Señor durante la flagelación.

Estábamos á dos pasos de aquel monumento sagrado; estaba á nuestra vista, y repito, ¿cómo ocuparse de otra cosa? Se sabe que esta columna, religiosamente conservada por los primeros cristianos, fué traída de Oriente en 1213 por el cardenal Juan Colonna, legado de la Santa Sede. Es de mármol oriental blanco y negro, y puede tener tres piés de altura. 2. Tres mil trescientos mártires de los más ilustres, nombrados en la tabla del papa Pascal I, forman aquí el cortejo del Dios crucificado. Ahora bien, ¿en qué mejor lugar podían colocarse, que en aquel, los huesos de nuestros padres, todas aquellas olas de sangre cristiana y aquella columna de vergüenza y de dolor, en que el Salvador expió la más vergonzosa de nuestras iniquidades? Santa Praxedis está á dos pasos del antiguo teatro de Flora, cuyas infamias hacen ruborizar todavía la frente del ménos púdico. Crimen, expiación, armonía providencial, esta aproximación lo explica todo.

1 Ciampini, t. II, pág. 250, etc.
2. Ved á Bened. XIV, *de Festis Dom.*, pág. 184. Cornel á Lapid, in *Math.*, c. XXVII, v. 26, pág. 524. Mazzol, t. VI, pág. 167.

15 DE DICIEMBRE.

Grande ayuno.—Pormenores sobre el mosaico.—Significación de esta palabra.—Diferentes especies de mosaico.—Historia del arte.—Elementos del trabajo.—Su composición.—Caracteres impresos sobre los vestidos.—Aureólas.

Era el miércoles de las Cuatro-Témporas, día de grande ayuno. El grande ayuno consiste en no tomar en la comida ni en la colación, ni huevos, ni manteca, ni leche, ni queso; todo se hace con aceite. Fiel al espíritu de la iglesia, Roma conserva la austeridad de las antiguas leyes; pero indulgente con la debilidad de sus hijos, solo cuenta un pequeño número de grandes ayunos. Este día de penitencia fué dedicado al estudio; investigar el origen del mosaico, los procedimientos que emplea, el sentido y la razón de las numerosas obras que ofrece á la admiración del viajero; tal fué el interesante trabajo que ocupó nuestro descanso.

Obra digna de las Musas, tal es la etimología generalmente admitida de la palabra mosaico 1. Más religiosos en muchas cosas que los pueblos modernos, los antiguos atribuían á los dioses ó á la inspiración de éstos, todo aquello que parecia sobrepasar al espíritu del hombre. Además, es tal la belleza y la dificultad de las obras en mosaico, que con ellas se honró á las divinidades protectoras de las artes. Conocidas desde la más remota antigüedad esas obras de paciencia, de lujo y de genio, parece que pasaron de la Persia á los griegos, quienes transmitieron el secreto y el gusto á los romanos. Sylla en primer lugar, adornó con él el templo de la Fortuna que edificó en Prenesto 2. Bien pronto

1. *Opus musivum.*
2. Plin

los monumentos públicos y aun las habitaciones particulares, brillaron con esta nueva magnificencia. Según la ley constante del espíritu humano, se empezó por obras de fácil fabricación. Los primeros mosaicos consistieron en la armoniosa reunión de pedazos de mármol de diversos colores, representando cuadrados, triángulos, rombos, círculos y otras figuras geométricas, cuyo conjunto simétrico formaba un cuadro lleno de gracia y variedad 1. Este género de mosaico fué empleado en el pavimento de los palacios, de las habitaciones y de los baños. Los cristianos lo introdujeron á las iglesias. De él veremos magníficos modelos en San Clemente, en San Silvestre y en los Cuatro-Santos-Coronados.

El arte hizo progresos y quiso representar figuras de seres animados, de animales y de hombres. Se cortaron entonces en láminas muy delgadas mármoles de diferentes colores; se juntaron éstos, se les dió armonía, y de tal modo, que se tuvieron en realidad retratos de criaturas vivientes 2. El interior de la catedral de Ancona el pórtico mismo de esta antigua iglesia, nos presenta más tarde imágenes de santos debidas á este nuevo género de mosaico.

Es fácil concebir que la dificultad de aserrar y cortar el mármol en hojas tan delgadas, debió ser mucho tiempo un obstáculo para acabar un trabajo. Sin embargo, se luchó contra la naturaleza misma, y se consiguió llegar á la perfección. Los antiguos hicieron con el mármol lo que los Gobelinos hacen con lana: cuadros dignos del pincel de Rafael salieron del taller del mosaista. Todo viajero sabe que los frescos del gran maestro han sido copiados en mosaico: en San Pedro la copia reemplaza

1. *Opus tessellatum.*
2. *Opus sectile.*

al original, y tal es la ilusión, que á no saberlo, se cree infaliblemente que el mosaico es la tela misma 1.

Hay, pues, tres especies de mosaicos: el gran mosaico con que formaban los antiguos el pavimento de sus monumentos, y que representaba figuras geométricas y arabescos; el mosaico mediano, que servía para decorar las paredes y con el que se podían representar, aunque en contornos imperfectos, criaturas orgánicas; el pequeño mosaico, capaz de competir con el pincel por la vivacidad de las imágenes, por la armonía de los colores y la perfección en la semejanza. Estos tres géneros de obra, pero sobre todo los dos primeros, fueron prodigados por los romanos con un lujo que descubre sus colosales riquezas y su increíble sibaritismo.

Restaurador de todas las cosas, el cristianismo se apresuró á conducir á las artes á su verdadero destino: el mosaico fué empleado con una predilección visible en la decoración de las iglesias. Pintura inmortal, era eminentemente propia para fijar hechos, recuerdos, dogmas que no perecen. Así le veis resplandecer en todos los grandes santuarios de la ciudad eterna. Con las ciencias y con las artes, pereció también el mosaico en el gran cataclismo que siguió á la invasión de los bárbaros. Mas un monje, un benedictino, un abad del Monte-Casino, trajo el secreto de Constantinopla al Occidente. «Este hombre, lleno de sabiduría, dice Leon de Ostia, tuvo mucho cuidado de hacer estudiar este arte á sus religiosos, temiendo que se perdiese de nuevo entre nosotros 2.»

Los datos precedentes bastaban para ha-

1. *Opus vemiculatum.* Opus minutis adeo lapillis formatum ut vermium aspectum cominus representat, qui dorsum variegata macularum serie tot veluti punctis depictum habent. Ciampini, *Monim. veter.*, t. I. pág. 81.

2. *In chronico monaster. Cassin.* cap. 29.

cernos admirar con más inteligencia los mosaicos que nos rodeaban; no obstante, nuestra curiosidad no estaba satisfecha. ¿De qué se compone el mosaico? ¿Que procedimiento se emplea para dar á esos cuadros el colorido y la perfección que hacen de ellos verdaderas obras maestras? Hé aquí lo que queríamos saber. La visita á los talleres de Roma, y sobre todo de San Pedro, nos dió la respuesta.

Dos cosas entran en el mosaico: las piedrecitas, es decir, los pequeños pedazos de mármol, de pórfido ó de vidrio, lapilli, la colle, gluten. El vidrio es el elemento ordinario del pequeño mosaico. La materia vidriosa se prepara, se la mezcla color, luego se la arroja dentro de un crisol, que durante ocho horas recibe en el horno un ardiente calor. Acabado el cocimiento, se toma esta materia en fusión con una cuchara de fierro y se extiende sobre una mesa de mármol abundada algunas pulgadas, á la cual se le pone encima otro mármol pulido á fin de obtener una capa perfectamente igual. Después de esta operación, que se hace para vidrios de todos colores, se levanta la hoja vidriada que puede tener tres ó cuatro líneas de espesor. En su lugar se pone lo que los italianos llaman el tagliuolo, especie de escalpelo ó cuchillo largo muy filoso; se le coloca por el lomo, de suerte que el filo divide en pequeñas láminas oblongas la hoja de vidrio que se le presenta y sobre la cual se golpea suavemente con un pequeño martillo. Tal es la manera de hacer las laminillas para el gran mosaico. Cuando se trata del mosaico fino, no se usa ni del pequeño cuchillo, ni del mazo, sino de la sierra. Además, se ponen en forma de pequeños tubos los vidrios que se quieren emplear; se les pone en seguida al fuego para llenarlos y redondearlos; á menudo se tiene que recurrir á la rueda. En este caso, se cortan las piezas de mosaico del mismo

modo que se hace con el diamante y los metales; este último medio produce resultados más perfectos. ¿Se trata de hacer láminas doradas? entonces no se mezcla el oro á las materias, sino que, cuando ésta sale del horno en fusión, se la cubre con hojas de oro, luego se vuelve á poner al fuego, y la adherencia es tal, que el oro no puede ya separarse. Tal es la formación del primer elemento del mosaico.

Falta la preparación de la cola, llamada por los italianos *lo stucco*, destinada para pegar entre sí todos aquellos pedazos de vidrio. Los antiguos, para hacerla, usaban de la cal viva con una mezcla de polvos de mármol, de agua común y de cáscara de huevo; pero la experiencia ha enseñado que esta composición era defectuosa. Aplicada en una capa que tiene la forma á propósito para recibir el mosaico, seca tan pronto, que no permite al obrero colocar su vidrio con la precisión conveniente. Los artistas cristianos han encontrado una composición mejor: toman una parte de cal viva, tres partes de polvo de mármol de Tivoli y una de otra especie; esta mezcla está humedecida con aceite de linaza, y todos los días se la remueve en un mortero con una cucharilla. Esta operación se renueva durante ocho, quince y aun veinte días, según la temperatura del lugar y de la estación. Hé aquí los signos que sirven para reconocer la fusión perfecta de todos los elementos: la pasta se infla y se eleva en forma de pirámide; durante este trabajo, el agua que quedaba en la cal viva se evapora y la pasta se endurecería, si no se tuviera cuidado de rociarla con aceite. Mientras hay todavía algunas partes acuosas, no tarda en manifestarse una nueva fermentación. Se rocía de nuevo hasta que la pasta queda fija y maleable, de tal suerte que extendiéndola no se endurece, sino que toma la consistencia de un unguento viscoso.

Hé ahí los elementos del mosaico preparado. Se les pone en obra del modo siguiente: se extiende una capa de cal sobre la pared que se quiere pintar; se pule perfectamente esta capa, en la cual se hacen de trecho en trecho, pequeños agujeros, para que el mosaico se adhiera más fuertemente. Se extiende la cola por toda la superficie, y se colocan, según el dibujo dado, las láminas de vidrio que deben formar el cuadro. Estas láminas, ó más bien clavos cuadrados, tienen dos ó tres pulgadas de longitud y algunas líneas de frente. Ocho pulgadas cuadradas de mosaico común, cuestan cerca de tres francos; el mosaico fino es mucho más caro, y un cuadro de este género, bien ejecutado, no tiene precio.

Al examinar en las iglesias de Roma sus numerosas obras maestras en mosaico, se advierten, sobre los vestidos de los personajes, ciertos caracteres alfabéticos, cuya explicación ha ocupado mucho á los sabios. Inútil trabajo; el enigma permanece aún, á no ser que digamos con Ciampini «que estos caracteres son signos personales del artista 1.»

Ha sido más feliz la ciencia en sus investigaciones acerca de los adornos que rodean la cabeza de las figuras principales. Las tradiciones y los monumentos de la historia sagrada y de la historia profana le han enseñado que la *auréola* cuadriforme indica un personaje vivo; que la *auréola* circular, símbolo de la perfección, es el atributo de los personajes muertos y el signo distintivo de la santidad, así como la *auréola* acompañada de rayos y de estrellas, es el adorno exclusivo de la Divinidad. El conocimiento de estos signos da la clave de ciertos cuadros misteriosos, con la cual se llega á descubrir el asunto de ellos y su época 2.

1 *Monim veter.*, t. 1, pág. 98-105.

2 Ved á Ciampini, *ibid* 106.

16 DE DICIEMBRE.

El Capitolio antiguo.—Templo de Júpiter.—Ciudadela.—Curia Calabra.—Roca Tarpeya.—Intermontium.—Tesoros.—Capitolio moderno.—Museo y galería.—Iglesia de Ara-Cœli.—Relación de Augusto.—Prision Martina.

Impacientes por estudiar el corazón de la antigua Roma, suspendimos el curso de nuestras investigaciones en el cuartel de Monti, y conducidos por un guía inteligente, exploramos la región del Capitolio. En este nombre solemne, qué de recuerdos! No olvidaré en mi vida cierta especie de calosfrío que recorrió mi cuerpo, cuando por la primera vez vi aquellos lugares temibles, en donde durante tantos siglos, acabaron siempre por un desenlace sangriento, los duelos gigantescos de Roma y del mundo. Entrando por la calle de Ara-Cœli, tuvimos bien pronto en perspectiva la cresta elevada de la famosa montaña. Se sube á ésta sin trabajo por una rampa que conduce á la plataforma. Por todas partes se presentan los emblemas de la fuerza: al pié de las balaustradas de la rampa, dos leones egipcios de granito negro, los más bellos que se conocen, y sobre la escalera dos estatuas colosales de mármol pentélico, de Castor y de Pollux, colocados á un lado de sus caballos. Estas obras maestras de la escultura antigua, fueron halladas bajo Pio IV en el *Ghetto*, ó cuartel de los judíos. Dos columnas siguen después de las estatuas: la de la derecha al subir, es la columna miliaria que señalaba la primera milla en la vía Apiana, en cuyo lugar fué encontrada en 1584; la columna colocada á la izquierda fué hecha para servir de compañera á la primera.

Según nuestra costumbre, estudiamos

el Capitolio tal como era en otro tiempo y tal como es hoy. Por esto si hubiéramos venido á esos lugares hace dos mil años, hé aquí lo que se habría presentado á nuestros ojos: Delante de nosotros una montaña escarpada, rodeada de murallas ciclópeas y de torres inespugnables cuyo cimientó se ve todavía del lado del Forum: obra gigantesca formada con gruesos trozos de cantería de travertino sobrepuestos sin mezcla ó argamasa, como la bóveda del gran desagüe de Tarquino. A la izquierda, el templo tan santo y tan temible de Júpiter Capitolino; á la derecha la ciudadela de Roma y la Roca Tarpeya; en el medio el *Intermontium* ó el *Ara*; luego, bosque de encinas, en seguida espacio libre, pero siempre el asilo más inviolable de los romanos. Por toda la extensión del plano una multitud de *ediculos* ó pequeños templos, consagrados á numerosos ídolos que adoraba Roma; en fin, puertas de bronce, más indestructibles que las murallas, y que cerraban el temible recinto. El Capitolio era, pues, por excelencia, el corazón de Roma antigua, el santuario del mundo pagano, la ciudadela del despotismo y la fortaleza del infierno.

Por su riqueza, por su formidable nombre, por el dios á quien estaba consagrado el templo de Júpiter Capitolino, era el lugar más venerado del mundo antiguo; su forma era la de un paralelogramo de doscientos piés de largo por noventa de ancho, rodeado en tres lados por una soberbia columnata de mármol. Su fachada, vuelta al Sureste, se componía de un peristilo, en el cual una triple hilera de columnas sostenía un frontis majestuoso, coronado de estatuas de bronce dorado y terminado por un carro de cuatro caballos igualmente de bronce. Las columnatas laterales formaban cada una un pórtico

1 *Capitolii arcem ne magnis quidem exercitibus expug. nabilem.* Tacit. *Hist.* lib. III.

modo que se hace con el diamante y los metales; este último medio produce resultados más perfectos. ¿Se trata de hacer láminas doradas? entonces no se mezcla el oro á las materias, sino que, cuando ésta sale del horno en fusión, se la cubre con hojas de oro, luego se vuelve á poner al fuego, y la adherencia es tal, que el oro no puede ya separarse. Tal es la formación del primer elemento del mosaico.

Falta la preparación de la cola, llamada por los italianos *lo stucco*, destinada para pegar entre sí todos aquellos pedazos de vidrio. Los antiguos, para hacerla, usaban de la cal viva con una mezcla de polvos de mármol, de agua común y de cáscara de huevo; pero la experiencia ha enseñado que esta composición era defectuosa. Aplicada en una capa que tiene la forma á propósito para recibir el mosaico, seca tan pronto, que no permite al obrero colocar su vidrio con la precisión conveniente. Los artistas cristianos han encontrado una composición mejor: toman una parte de cal viva, tres partes de polvo de mármol de Tivoli y una de otra especie; esta mezcla está humedecida con aceite de linaza, y todos los días se la remueve en un mortero con una cucharilla. Esta operación se renueva durante ocho, quince y aun veinte días, según la temperatura del lugar y de la estación. Hé aquí los signos que sirven para reconocer la fusión perfecta de todos los elementos: la pasta se infla y se eleva en forma de pirámide; durante este trabajo, el agua que quedaba en la cal viva se evapora y la pasta se endurecería, si no se tuviera cuidado de rociarla con aceite. Mientras hay todavía algunas partes acuosas, no tarda en manifestarse una nueva fermentación. Se rocía de nuevo hasta que la pasta queda fija y maleable, de tal suerte que extendiéndola no se endurece, sino que toma la consistencia de un unguento viscoso.

Hé ahí los elementos del mosaico preparado. Se les pone en obra del modo siguiente: se extiende una capa de cal sobre la pared que se quiere pintar; se pule perfectamente esta capa, en la cual se hacen de trecho en trecho, pequeños agujeros, para que el mosaico se adhiera más fuertemente. Se extiende la cola por toda la superficie, y se colocan, según el dibujo dado, las láminas de vidrio que deben formar el cuadro. Estas láminas, ó más bien clavos cuadrados, tienen dos ó tres pulgadas de longitud y algunas líneas de frente. Ocho pulgadas cuadradas de mosaico común, cuestan cerca de tres francos; el mosaico fino es mucho más caro, y un cuadro de este género, bien ejecutado, no tiene precio.

Al examinar en las iglesias de Roma sus numerosas obras maestras en mosaico, se advierten, sobre los vestidos de los personajes, ciertos caracteres alfabéticos, cuya explicación ha ocupado mucho á los sabios. Inútil trabajo; el enigma permanece aún, á no ser que digamos con Ciampini «que estos caracteres son signos personales del artista 1.»

Ha sido más feliz la ciencia en sus investigaciones acerca de los adornos que rodean la cabeza de las figuras principales. Las tradiciones y los monumentos de la historia sagrada y de la historia profana le han enseñado que la *auréola* cuadriforme indica un personaje vivo; que la *auréola* circular, símbolo de la perfección, es el atributo de los personajes muertos y el signo distintivo de la santidad, así como la *auréola* acompañada de rayos y de estrellas, es el adorno exclusivo de la Divinidad. El conocimiento de estos signos da la clave de ciertos cuadros misteriosos, con la cual se llega á descubrir el asunto de ellos y su época 2.

1 *Monim veter.*, t. 1, pág. 98-105.

2 Ved á Ciampini, *ibid* 106.

16 DE DICIEMBRE.

El Capitolio antiguo.—Templo de Júpiter.—Ciudadela.—Curia Calabra.—Roca Tarpeya.—Intermontium.—Tesoros.—Capitolio moderno.—Museo y galería.—Iglesia de Ara-Cœli.—Relación de Augusto.—Prision Martina.

Impacientes por estudiar el corazón de la antigua Roma, suspendimos el curso de nuestras investigaciones en el cuartel de Monti, y conducidos por un guía inteligente, exploramos la región del Capitolio. En este nombre solemne, qué de recuerdos! No olvidaré en mi vida cierta especie de calosfrío que recorrió mi cuerpo, cuando por la primera vez vi aquellos lugares temibles, en donde durante tantos siglos, acabaron siempre por un desenlace sangriento, los duelos gigantescos de Roma y del mundo. Entrando por la calle de Ara-Cœli, tuvimos bien pronto en perspectiva la cresta elevada de la famosa montaña. Se sube á ésta sin trabajo por una rampa que conduce á la plataforma. Por todas partes se presentan los emblemas de la fuerza: al pié de las balaustradas de la rampa, dos leones egipcios de granito negro, los más bellos que se conocen, y sobre la escalera dos estatuas colosales de mármol pentélico, de Castor y de Pollux, colocados á un lado de sus caballos. Estas obras maestras de la escultura antigua, fueron halladas bajo Pio IV en el *Ghetto*, ó cuartel de los judíos. Dos columnas siguen después de las estatuas: la de la derecha al subir, es la columna miliaria que señalaba la primera milla en la vía Apiana, en cuyo lugar fué encontrada en 1584; la columna colocada á la izquierda fué hecha para servir de compañera á la primera.

Según nuestra costumbre, estudiamos

el Capitolio tal como era en otro tiempo y tal como es hoy. Por esto si hubiéramos venido á esos lugares hace dos mil años, hé aquí lo que se habría presentado á nuestros ojos: Delante de nosotros una montaña escarpada, rodeada de murallas ciclópeas y de torres inespugnables cuyo cimientó se ve todavía del lado del Forum: obra gigantesca formada con gruesos trozos de cantería de travertino sobrepuestos sin mezcla ó argamasa, como la bóveda del gran desagüe de Tarquino. A la izquierda, el templo tan santo y tan temible de Júpiter Capitolino; á la derecha la ciudadela de Roma y la Roca Tarpeya; en el medio el *Intermontium* ó el *Ara*; luego, bosque de encinas, en seguida espacio libre, pero siempre el asilo más inviolable de los romanos. Por toda la extensión del plano una multitud de *ediculos* ó pequeños templos, consagrados á numerosos ídolos que adoraba Roma; en fin, puertas de bronce, más indestructibles que las murallas, y que cerraban el temible recinto. El Capitolio era, pues, por excelencia, el corazón de Roma antigua, el santuario del mundo pagano, la ciudadela del despotismo y la fortaleza del infierno.

Por su riqueza, por su formidable nombre, por el dios á quien estaba consagrado el templo de Júpiter Capitolino, era el lugar más venerado del mundo antiguo; su forma era la de un paralelogramo de doscientos piés de largo por noventa de ancho, rodeado en tres lados por una soberbia columnata de mármol. Su fachada, vuelta al Sureste, se componía de un peristilo, en el cual una triple hilera de columnas sostenía un frontis majestuoso, coronado de estatuas de bronce dorado y terminado por un carro de cuatro caballos igualmente de bronce. Las columnatas laterales formaban cada una un pórtico

1 *Capitolii arcem ne magnis quidem exercitibus expug. nabilem.* Tacit. *Hist.* lib. III.

co de doble hilera 1. Sobre la puerta reinaba una larga serie de escudos dorados, entre los cuales se admiraba el escudo de oro de Asdrubal, soberbio trofeo arrebatado por Marcio, el vengador de los Escipiones en España. De las columnas y de los frisos del peristilo principal, pendían trofeos militares; éstos eran las armas de los generales enemigos, hachas mortíferas, escudos rotos á golpes, insignias de todas naciones, espadas enmohecidas por la sangre. Allí se veían proas de navíos cartagineses; más léjos cascos galos, la temible espada de Breno, los despojos de Pirro, los estandartes de los Epirotas, los conos erizados de los Ligurios, los gesos 2 de los habitantes de los Alpes y otras mil cosas también. Por su aspecto, aquel imponente edificio daba á conocer el templo orgulloso, desde donde el pueblo romano lanzaba el rayo, mientras que, por los despojos suspendidos en su arquitectura, parecía ser el bazar de la victoria. Este templo tenía sus gradas de mármol, sus puertas de bronce 3. El interior correspondía dignamente al exterior, y se dividía en tres naves que formaban como tres templos, que tenían lados comunes; porque aunque el Capitolio fué especialmente consagrado á Júpiter, se honraba allí también á Juno, reina, y á Minerva. Júpiter ocupaba la nave de en medio. Juno la de la izquierda y Minerva la de la derecha; el padre de los dioses se encontraba así entre su madre y su hija. Dentro del templo estaba un lugar sagrado en que se guardaban los libros sibylinos. El santuario de Júpiter tenía, como el templo exterior, un frontis coronado con un carro de cuatro caballos. Su bóveda era dorada y su pavimento de mosaico; el dios estaba sen-

1 Tit Liv., X. 23—Plin. XXXV. 12.

2 Especie de dardos.—N. del T.

3 Ved Donati, Roma vetus de recenes. lib. II. c. 5.

tado con una corona de oro con rayos, adornando su cabeza, y tenía el rostro pintado con vermellon; un traje talar de púrpura formaba su vestido; en su mano izquierda tenía una lanza á guisa de cetro y en la derecha un rayo de oro 1.

En ese formidable templo, en aquella especie de la tierra, en esa primera morada de Júpiter, despues del cielo, 2 según la expresion de los romanos, iban los generales á dirigir sus preces á la divinidad, ántes de partir á los combates, y sus acciones de gracias despues de sus victorias; en aquel templo se disputaban los pueblos extranjeros el honor de ofrecer suntuosos sacrificios, y á él se consagraron los despojos teñidos en sangre de otras naciones. Añadiremos que este vasto edificio estaba enteramente cubierto con tejas de bronce dorado, con excepcion de la cúpula que no tenía más bóveda que el cielo.

Como para servir de cortejo al señor de los dioses, se veían ordenadas al rededor del templo las estatuas de los principales habitantes del Olimpo y de los grandes personajes de Roma. Allí estaba el famoso Hércules de cobre, tomado en la ciudadela de Tarento y consagrado por Fábio Máximo; el Apolo traído de Oriente por Lúpulo y cuya altura era de cuarenta piés; dos Júpiter, el uno en bronce, de altura colosal, fabricado con los cascos y corazas de los Samnitas vencidos por Spurio Servilio; el otro, más grande que el primero, levantado por orden de los arúspices para calmar á los dioses irritados por las guerras civiles; la estatua ecuestre, en bronce dorado, de Scipion el Africano; victorias de oro cargadas de trofeos y un grupo igualmente de oro representando á Jugurtha, entregado á Sylla por Boco; las

1 Plin. XXIII. 7.

2 Tit Liv. XXXVI. 35—XLIV. 14.—XLV. 13, 14.

siete estatuas en bronce de los antiguos reyes de Roma y otras muchas 1.

En la extremidad opuesta del Capitolio se elevaba sobre una roca escarpada, la ciudadela de Roma, con el templo de Juno *Moneta*. Ocupaba el lugar de la casa de Manlio, y encerraba el taller de las monedas y los archivos en que se guardaban, en libros de tela, los viejos anales del pueblo romano 2. La roca Tarpeya servía de base á la ciudad. Esta es una roca tallada á pico, que ántes de haberse reunido en su base los montones de tierra por las corrientes de agua, podía contar ciento setenta piés de altura; bañada por el Tíber, formaba un precipicio espantoso, erizado por todas partes de agudas puntas que desgarraban los cuerpos y los arrojaban á lo léjos. Se la había elegido para las ejecuciones, para no tener necesidad de precipitar dos veces á los criminales 3.

Hoy la roca Tarpeya nada tiene de amenazadora. Las casas arriadas á la montaña, cubren en parte sus aberturas; el Tíber no baña ya su base, y en el vértice encontramos un jardín que cultivaba bastante mal una compañía de magníficas gallinas, aunque no vimos un solo ganso.

No léjos del templo de Juno estaba la *Curia Calabra*, especie de palacio en donde el gran sacerdote convocaba al pueblo para indicarle que llegaba el tiempo de *Nonas*. Entre la ciudadela y el templo de Júpiter, se hallaba el *Intermontium*, bosquecillo de encinas, del cual hizo Rómulo un asilo inviolable, con el fin de atraer habitantes á su ciudad nueva; en el centro de este bosque se elevaba el pequeño templo de *Vejovis* ó de Júpiter niño 4.

1 Véase á Donati, lib. II. c. 5; y á Roma en el siglo de Augusto t. 1. pág. 243, etc.

2 Tit. Liv. IV. 7, 13 20.

3 Senec. *Controv.* I. 3.

4 Ovid. *Fast.* III, v. 430.

Detras del *Intermontium* estaba el *Fabularium*. Este era un vasto depósito de archivos, con pórticos y arcos de gran solidez. Se conservaban allí las tablas de bronce sobre las cuales el pueblo romano, que parecía tener el instinto de su inmortalidad, grababa majestuosamente sus tratados antiguos y nuevos, con las naciones extranjeras, así como también sus propias leyes. Estas actas, colocadas como lo estaban en aquel lugar, se hacían más respetables, consagradas como estaban con la garantía de los dioses 1. Vespasiano, una vez que llegó á ser emperador, puso el mayor cuidado en aquellos monumentos, y mandó restaurar más de tres mil, maltratados por el incendio del Capitolio 2.

Dos caminos bajaban del Capitolio al Forum; el uno se llamaba el *Clivus Capitolinus*, el otro el *Clivus sacer* ó *Ascensus ad asilum*, subida al asilo. Abajo del primero, que partía de la ciudadela, se hallaba el templo de Saturno; este era el Tesoro general del imperio; se dividía en muchos tesoros particulares, entre los cuales figuraban en primera línea, el tesoro del *botin* y el tesoro *galo*. En el primero, el más rico de todos, estaban acumulados los despojos de todo género conquistados al mundo entero, y que habían sido ornamento de tantos triunfos 3. El segundo nos infundía un noble orgullo. Tal era el terror que nuestros abuelos inspiraban á los romanos, que la valerosa república estaba siempre alerta; y para no ser sorprendida de nuevo, había establecido un tesoro especial, al cual bajo pena de execraciones públicas, estaba prohibido tocar, á ménos que no fuese para una guerra contra nuestra nacion 4.

1 Josephe, *Antiq. judaic.* XIV. 17.

2 Suet. *in Vesp.*

3 Cicer. *in Verr.* lib. 21.

4 Appiano, *de Bello civil.* II pág. 744.

A la izquierda del templo de Saturno, se elevaba el templo de *Júpiter Tonante*. Se dice que Augusto, al volver de España, vió á uno de sus esclavos que fué muerto á su lado por un rayo. En memoria de la proteccion de que habia sido objeto, consagró aquel templo al señor del rayo. Algunos pasos más lejos, por la derecha, comenzaba el *Clivus sacer*, segundo camino que comunica del Forum al Capitolio: Allí estaban las gradas de las *Gemonias*. Seguimos este camino tantas veces inundado de sangre, y continuando hasta el vértice de la colina, nos encontramos en el *Intermontium*; habíamos dado la vuelta al antiguo Capitolio. Vuelto á nuestro punto de partida, comenzamos un segundo viaje con objeto de estudiar el Capitolio tal como es hoy.

El cristianismo pasó por el mundo, y la majestad romana se inclinó ante él. El templo de Júpiter, las colosales estatuas de los dioses y de los héroes, aquellos millares de tablas de bronce, cartas de servidumbre de las naciones, la ciudadela de muros gigantescos, todo ello ya no existe. Lejos de helar de terror la vista del Capitolio, solo produce en el viajero ideas risueñas, nobles inspiraciones y saludables lecciones. En medio de la esplanada que sustituye al *Intermontium*, se presenta la bella estatua de Marco-Aurelio, único bronce antiguo que ha quedado de aquel género. Detrás, en la plaza misma del *Tabularium*, se levanta el palacio senatorial, coronado por una torre con una gran cruz. Esta no es una figura retórica, me decia yo al ver aquel signo vencedor; es que realmente la cruz del Calvario brilla en la cima del Capitolio. ¿Cómo no creer, cuando se tiene á la vista el mayor de los milagros?

Rodeando la plataforma, teneis á la izquierda el Museo, en el cual se conservan una multitud de obras maestras y de mo-

numentos del mayor interes. Allí se encuentran las estatuas colosales de Minerva, de Cybeles y del Océano. En la sala de las inscripciones están arregladas al rededor de las paredes, ciento veintidos inscripciones imperiales ó consulares, que ofrecen una série cronológica desde Tiberio hasta Teodosio. En las paredes de la gran escalera, están incrustados los famosos fragmentos del plano en mármol de la antigua Roma, encontrados en las ruinas del templo de Remo, sobre la *Vía-Sacra*. Las salas están llenas de jarrones antiguos, de estatuas de bronce, de mármol, de pórfido, de exquisito trabajo y bien conservados. Mencionaré, sobre todo, la del gladiador moribundo, y los bustos de Marco Aurelio y de Adriano.

A la derecha está la Pinacoteca, museo y galería á la vez. Bajo el pórtico del patio vimos la estatua de Julio César, que se tiene por único retrato reconocido que existe en Roma; la de Augusto, que pisa una proa de navío, alusion á la batalla de Actium; en fin, numerosos despojos de estatuas colosales, cuya altura traté de calcular tomando por base el dedo pequeño del pié, perfectamente conservado, y de este modo me pareció ver levantar á gigantes de setenta piés de altura. Esta medida es conforme al testimonio de la historia. Subiendo la escalera, se encuentra á la izquierda un fragmento de la inscripcion honoraria de Cayo Duilio, que alcanzó la primera batalla naval sobre los Cartagineses el año de Roma 492. En medio de la gran sala, está la famosa loba de bronce que alimenta á Rómulo y á Remo. En la tercera antecámara observamos, con un vivo movimiento de curiosidad, muchos fragmentos de mármol incrustados en la pared, sobre los cuales están escritos los célebres fastos consulares, conocidos bajo el nombre de *Fasti Capitolini*, y que llegan hasta Augusto. De todos los

cuadros de la galería, el más notable es la *Sibyla* del Guerichino.

Después de haber visitado todas aquellas maravillas del arte antiguo y moderno, atravesamos de nuevo la plataforma y subimos al lugar del templo de Júpiter Capitolino 1. Una iglesia cristiana, dedicada á Maria, se eleva sobre las ruinas del santuario consagrado al jefe de los demonios adorados en Roma; esta es la iglesia tan venerable y tan aislada de *Ara-Caeli*. Por su posicion, domina la Ciudad Eterna, y anuncia que el ectr del mundo ha cambiado de manos. Llevado en otro tiempo por el demonio, cruel, impuro y sanguinario enemigo del género humano, es hoy herencia de una Virgen dulce, pura y clemente, hija del hombre y madre de Dios, refugio de los pecadores y reina de los ángeles. Si los despojos de las naciones suspendidos en el templo de Júpiter, habían dado nombre á aquel edificio, llamándole el bazar de la victoria, por la misma razon la iglesia de *Ara-Caeli* merece este glorioso título.

Vencedores en todo Júpiter y César, aparecen aquí vencidos. El señor del Olimpo, está obligado á ceder el lugar á Maria, y César suministra los adornos de su templo. La iglesia, que es de tres naves, está sostenida por veintidos columnas, que son otros tantos despojos tomados de todas partes en los templos y en los palacios de la antigua Roma. La segunda nave, á la izquierda, viene de los departamentos íntimos de los emperadores: *Ecce bicolo Avgg.* A vista de aquellas columnas de órdenes diferentes, unas acanaladas, otras redondas, unas sin pedestal, otras sin capiteles, se ve uno inclinado á acusar el buen gusto del arquitecto; pero pensando un poco, se des-

1 Segun Donati, aquel era el lugar del templo de Júpiter *Feretroeno*: como quiera que sea, hay un templo de Maria, edificado en la cima del Capitolio, sobre las ruinas de un templo de Júpiter.

cubre en aquel aparente desorden un efecto de arte y un pensamiento profundo: el cristianismo ha querido demostrar la universalidad de su triunfo. Con el mismo objeto se ha tenido cuidado en enriquecer con diversos trofeos aquella iglesia monumental: una inscripcion colocada arriba de la puerta de la entrada, recuerda que el templo de Maria ha sido dorado con el oro tomado á los turcos en la famosa batalla de Lepanto. Así, por sus despojos, los dos más temibles enemigos del mundo cristiano, el paganismo y el islamismo, hacen todavía de *Ara-Caeli* el bazar de la victoria.

Avanzando hácia el santuario, se ven brillar dos inscripciones en grandes letras de oro. Poco notables y ménos estudiadas por los viajeros, picaron vivamente nuestra curiosidad. La primera recuerda un milagro célebre en la historia de Roma cristiana; la segunda, una revelacion famosa que dícese haberse hecho á Augusto. En la bóveda de la iglesia, y en direccion del altar mayor, están grabadas estas palabras: *Regina Caeli, latare, alleluia*. ¿Qué es lo que dicen? En el siglo VI una peste horrible desolaba á Roma. San Gregorio Magno, que gobernaba entonces la Iglesia, llamó al pueblo á la penitencia. Se mandó convocar á una procesion general para la mañana del dia de Pascua del año 596. El pontífice se trasladó á *Ara-Caeli*, tomó en sus manos la imagen de Maria, que se dice haber sido pintada por San Lúcas, 1 y se puso la procesion en marcha *septiforme* para dirigirse á San Pedro. Al pasar delante del muelle de Adriano, se oyen de repente en los aires voces celestes que cantan: *Regina caeli, latare, alleluia; quia quem meruiste portare alleluia; resurrexit sicut dixit alleluia*. El pontífice, admirado, responde con todo el pueblo: *Ora pro nobis, Deum, alleluia*. Al mismo tiempo se ve á

1 Ferraris, *Biblioth. art. Imágenes*.

un ángel brillante de luz que guarda una espada en su vaina; la peste cesa el mismo día. Cuatro hechos, todavía subsistentes, han atravesado los siglos para atestiguar este milagro: la procesion de San Márcos, que se hace cada año en la iglesia de Occidente; la estatua de bronce del arcángel San Miguel, colocada sobre el muelle de Adriano, que tomó desde entonces el nombre de castillo de Sant-Angelo; la antífona á María: *Regina cæli*, que la Iglesia católica no ha cesado de repetir desde aquel memorable día; y por fin, la inscripcion de que hablo, grabada en el templo de María en reconocimiento de aquel beneficio. ¿Cómo ver con sus propios ojos aquella inscripcion tan gloriosamente monumental, sin repetir con toda la efusion de profundo reconocimiento y de amor: *Regina cæli latere, alleluia?* 1

A la izquierda del altar mayor se encuentra la capilla de Santa Elena: sobre el friso circular del dosel, se lee la segunda inscripcion, que nos dió en que pensar. Está puesta en estas palabras: *Hæc que Ara-Cæli appellatur eodem in loco dedicata creditur in quo Virgo sanctissima Dei Mater cum filio suo se Cesari Augusto in circulo aureo è caelo monstrasse perhibetur.* "Esta capilla, llamada *Ara-Cæli*, está, segun la tradicion, edificada en el lugar mismo en que se cree que la Santísima Virgen Madre de Dios, teniendo á su Hijo en los brazos, se dejó ver del emperador Augusto, en el cielo, en medio de un círculo de oro."

¿Cuál es el origen de esta tradicion? Los autores refieren que Augusto consultaba un día al oráculo de Apolo, para saber quién sería, despues de él, el señor del mundo; segun costumbre, ofrecia una hecatom-

1 En memoria del milagro, solo los religiosos de *Ara-Cæli* tienen el privilegio de cantar el *Regina*, cuando en las oraciones públicas, hay procesiones que pasan delante del castillo de Sant-Angelo.

be; pero el dios no respondió; permaneció mudo. Vuelve á empezar el sacrificio, y el dios nada responde. Obligado de nuevo, Apolo da por fin este oráculo:

Me Puer hæbraus divos Deus ipse gubernans
Cedere sede jubet tristemque redire sub orcum:
Aris ergo dehinc tacitus abscedito nostris.

"Un niño hebreo, Dios mismo y Señor de los dioses, me obliga á dejar el lugar y á volver tristemente al infierno. En adelante, retírate, que no hallarás respuesta en mis altares."

Vivamente admirado de aquel oráculo, Augusto fué al Capitolio é hizo erigir allí un altar al Niño Dios, con esta inscripcion: *Ara Primogeniti Dei*: "Altar del Primogénito de Dios." El mismo hecho ha sido referido con poca diferencia por otros historiadores. El emperador tenia que consultar á la sibila de Tibur, para saber si debía permitir que se le honrase como á un dios. Despues de tres días de un ayuno severo, Augusto vió el cielo abierto, y sobre un altar á una Virgen de extraordinaria belleza, que tenia en sus brazos á un pequeño niño, y oyó una voz que decia: "Este es el altar del Hijo de Dios." *Hæc ara Filii Dei est.* En consecuencia, Augusto prohibió que á él se le llamase dios y mandó erigir el altar de que hemos hablado. 1

Cuando se piensa en que todas las tra-

1 Véase á Nicephoro, lib. I, cap. 17; Suidas *in August*; Cedrenus, *id.*; Fredericus Muller: *An Cesari Augusto quidquam de Nativitate Christi innotuerit?* Geræ 1879. *Storia della chiesa e convento de S. M. d'Ara-Cæli*, pag. 157; de Ara Nanneti, 1636, á Petro Bertaldo, cap. 29.—*The-saur. Grævil*, t. VI; Tromballe. *Vita B. Virg.* t. II, pág. 319-328.—Martinus Polonus; San Antoninus; P. Francis Gonzaga; Petrarcha, in lib. 2. epist.; Ambros. Novidius Flaccus, lib. II. *Sacr. Fast.* pág. 162. Anonymus Christianus apud Othonem Aicher, *in Horto variarum inscriptio-num*, pág. 77; P. Casimoro da Roma, *Capella de Santa Elena*, 157; Eusebio, citado por Casaubon: *Baron. Apparatus*, edit. Lucques, 1740 pág. 447; *Annales de philosophie chret.*, t. XIV, pág. 62.

diciones del Oriente y del Occidente, aun-
ciaban la venida del Mesías; cuando se sa-
be que la revelacion directa del misterio de
la Encarnacion, fué hecha á muchos paga-
nos, se vé uno inclinado á creer que los se-
ñores del mundo no la ignoraron, é inde-
pendientemente de las pruebas históricas
que la apoyan, esta tradicion es proba-
ble. 1

1 Tal es, pues, el origen de esa tradicion. Vea-
mos cuál es su valor. Si se toma uno el trabajo
de analizar los numerosos escritos publicados en
esta cuestion, se encuentra el sí y el nó entre los
sabios. Aquellos que *niegan* la autenticidad del
hecho, se apoyan: 1º en el silencio absoluto de
los padres y de los autores profanos; 2º objetan
la diferencia que se encuentra en la relacion de
los mismos hechos; 3º dicen que no habia sibila
en tiempo de Augusto; la de Cumas, que fué la
última que profetizó, era contemporánea de Tar-
quino el Soberbio. Los que *afirman*, responden:
1º que el silencio de los padres y de los autores
paganos es una prueba negativa que no puede
anular el testimonio positivo de la tradicion y de
los historiadores posteriores; 2º que estamos lé-
jos de poseer todos los escritos de los primeros
padres de la Iglesia y aun de los autores profa-
nos; que las actas de Nuestro Señor, enviadas á
Tiberio por Pilatos, y segun el testimonio de
Tertuliano y de San Justino, depositadas en los
archivos del senado, han perecido; pero si un mo-
numento de primer orden como aquel pudo des-
aparecer, ¿qué tiene de extraño que otras piezas
menos importantes, hayan corrido la misma suerte?
Que los paganos convertidos en perseguidores
de la Iglesia, se dedicaron segun el testimonio
de Eusebio, á destruir todo lo que podia ser fa-
vorable al cristianismo. Hé ahí lo que respon-
den á la primera objecion.

En cuanto á la diferencia que existe en la rela-
cion del hecho, léjos de encontrar en ella alguna
objecion, dicen que es más bien una prueba de
verdad. Y desde luego ella prueba que no ha
habido connivencia entre los escritores; además,
no hay diferencia sino en circunstancias secun-
darias, permaneciendo el hecho capital el mismo,
esto es, la revelacion hecha á Augusto y el altar
levantado por aquel príncipe al Hijo de Dios.

Pasando á la tercera objecion, tomada de la
no existencia de las sybilas bajo el reinado de Au-
gusto, responden que el error ó el anacronismo
de los historiadores está más bien en los nom-
bres que en los hechos. 1º Es cierto que hubo
una Sibila en Tivoli, conocida en la historia bajo
el nombre de Sibila Tiburtina. 2º Es cierto
que en Tibur existia un oráculo famoso á quien
nose desdeñaban los emperadores romanos de con-
sultar. De ello tenemos una prueba irrefragable

Satisfecho el espíritu y contento nues-
tro corazón, nos propusimos volver á ver
la querida iglesia de *Ara-Cæli*.

Delante de nosotros estaba la antigua
subida al *Asilo*, especie de camino que
conduce al Forum cerca del arco de Sep-
timo Severo. Lo tomamos y bien pronto
estuvimos en los umbrales de la famosa
prision Mamertina. Antes de entrar en

en la vida de Adriano. Este príncipe, despues
de haber edificado su famosa *vila*, fué á pregun-
tar al oráculo de Tivoli los secretos del porvenir,
y la respuesta del dios ocasionó el martirio de
Santa Simforosa y de sus siete hijos. 3º En lu-
gar de decir el oráculo de Tibur, toda la falta del
historiador es haber escrito la sibila de Tibur;
este es un error insignificante.

Es por sí mismo insignificante, puesto que no
destruye el hecho principal referido por otros
historiadores en esta circunstancia; además, era
tanto más fácil de cometerse, cuanto que el orá-
culo de Tibur hubiera podido conservar muy
bien, en el lenguaje ordinario, su antiguo nom-
bre de la *sibila de Tibur*; en fin, es necesario
que esta dificultad sea menos seria de lo que se
quiere que sea, porque no ha arrancado la per-
suasion de los hombres de una lógica y de una
ciencia incontestables, entre otros, de Petrarca,
de San Antonio y de otros muchos.

Terminemos esta digresion por algunos prin-
cipios de crítica general, aplicables no solamente
á la revelacion de Augusto, sino tambien á ma-
chos otros hechos de que tendremos que ocupar-
nos. La sana crítica nos dice: 1º, que en *Derecho*
no se puede negar un hecho imposible solo por-
que es extraordinario, sino porque está mal pro-
bado. En el caso, el hecho en cuestion es posible;
además, adversarios y defensores, todos convie-
nen en que la iglesia de *Ara-Cæli* debe su nom-
bre á este acontecimiento tradicional (a); aquella
iglesia es por otra parte de las más antiguas de
Roma. Tobias Corona, agiógrafo distinguido, la
cree de fundacion constantiniana (b). Hé ahí,
pues, una tradicion que viene de remota anti-
güedad. Numerosos escritores de diferentes pa-
ses la miran como cierta (c). Su sentir ha atra-
vesado largos siglos sin contestacion. A fines del
décimo sexto, el gran papa Sixto V grabó ó dejó
que se grabara á su vista este hecho sobre el obe-
lisco de Santa María la Mayor. ¿Puede suponer-

(a) Certo è però, che la denominazione di questa
chiesa dee ripetersi dalla opinione, che quivi Au-
gusto avesse fatta inalzare un' ara, colliferita is-
crizione. Cancellieri, *Note e festa di natale*, c. XLI,
pág. 129.

(b) *Trac. de sacris templis*, p. 1, c. 23.

(c) *Mille scrittori*, etc., estas son las palabras de
Cancellieri mismo. *Id.*, p. 128.

ella, enseñémonos á conocerla. Esta prision, negra, húmeda, horrible, debe su nombre al cuarto rey de Roma, Anco Marcio, quien la mandó cavar en la roca misma del Capitolio. Situada casi á la mitad de la temible montaña, se compone de dos calabozos, colocados uno encima de otro. Comenzais por bajar veinticinco piés de debajo de tierra y encontrareis el calabozo superior, llamado propiamente *Prision Mamertina*. Se entra á él por una escalera de construccion moderna; en tiempo de los Romanos, no habia ni escalera, ni puerta: entraban allí los condenados, haciéndoles resbalar por una abertura circular practicada en el centro de la bóveda y que está todavía cerrada por una fuerte reja de fierro. Se ven á la derecha señales de un

se que despues de un tiempo inmemorial los vicarios de Jesucristo hayan autorizado á los religiosos de Ara-Cœli para renovar cada año la tradicion de un cuento pueril, ó que estos religiosos que no estuvieron todos desprovistos de saber, hayan consentido en perpetuar por medio de una oracion pública el recuerdo de un hecho inventado por algun falsario? Porque conviene saber que cada año, durante la octava de Navidad, los religiosos de Ara-Cœli cantan solemnemente despues de completas la antífona siguiente:

STELLATO H C IN CIRCULO,
SIBYLLE FENO ORACULO,
TE VIDIT REX IN CÆLO.

¿De dónde viene, pues, el desatimiento que hemos marcado? Es fácil indicar su origen. Bajo la influencia del protestantismo, se ejerció en la Europa entera, sobre todas las tradiciones del catolicismo, una crítica de reaccion, una crítica mortífera. Nadie ignora este hecho.

Por tanto, la sana crítica nos dice: 2º, que en *Derecho* no se puede atacar un hecho que se ha poseído muchos siglos por la fe comun de los hombres competentes, á ménos que se presenten pruebas perentorias de falsedad y de usurpacion. En el caso, ¿qué pruebas perentorias han producido los adversarios de la tradicion de que se trata? ¿Qué monumentos nuevos, desconocidos de los siglos pasados, han sido descubiertos? Ya hemos manifestado sus medios de eviccion; á todo hombre imparcial le toca apreciar su valor. Como quiera que sea, la mayor parte de los apolo-logistas católicos formaron un buen conjunto de tradiciones secundarias de la Iglesia; se las puso

respiradero que permitia la entrada de poco aire y muy escasa luz á aquella tumba viva. El calabozo tiene veinticuatro piés de longitud, diez y ocho de latitud y trece de elevacion. Una antigua inscripcion, colocada á la altura de un hombre, dice que aquella prision fué restaurada el año 574 de Roma, por los cónsules Vibius Rufinus y Cocceius Nerva 1.

C VIBIUS C F M COCCIVS NERVA EX S C

Abajo de este primer calabozo, está un segundo más estrecho, más bajo, más húmedo y totalmente privado de luz: éste es la *prision Tuliana (robur Tullianum)*. Debe su nombre y su origen á Servio Tulio sexto rey de Roma. Aquí, como en el calabozo superior, bajaban los condenados

bajo la égida de la fe sencilla y sincera de nuestros primeros padres, y queda dicho todo. Se creía por esta concesion apaciguar el hambre de Cerbère, y no se hizo. Dueño de los reductos, se arrojó el enemigo al asalto de la plaza. Bien pronto los campeones de la Iglesia se vieron en la necesidad de armarse con toda especie de instrumentos para defender las tradiciones generales que el protestantismo atacaba, con el fin, decía éste, de alejar del espíritu humano todas las supersticiones y sentar la fe sobre el fundamento único de la Escritura. Tal fué la tendencia de la polémica en los siglos déximosexto y déximoséptimo.

Roma no cedió á aquel movimiento peligroso. Guardiána de la verdad, conservó cuidadosamente todas las partículas, protegiendo, como lo hace todavía, todas las tradiciones secundarias de los siglos anteriores. Ella guarda con amor los monumentos que la perpetúan; nada ha destruido, nada ha borrado. Solamente como dueña prudente de la verdad, no las impone como artículos de fe, ni hace uso de ellas para basar sus decisiones dogmáticas; pero tambien, reina inmortal de los siglos, no permite que se arrojen al pasado temerarios insultos; en fin, madre llena de bondad, lejos de contener en los vínculos de una estrecha crítica, pretensiosa y á menudo muy apasionada, las tendencias de sus hijos, ella les da toda especie de latitud, proclamando con su conducta, más bien que con sus palabras, el verdadero principio de la civilizacion y del progreso: *in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*. "En lo necesario, unidad; en lo dudoso, libertad; en todo, caridad."

1 Tit. Liv., lib. I. Var., lib. IV; Sallust. in Jugurth; Victor in Reg. V

por una abertura practicada en el centro de la bóveda. La prision Mamertina era como una sala de recibo en donde se preparaba el castigo; porque en la prision Tuliana era donde se hacian las ejecuciones de los grandes culpables ¡ah! y de otros muchos que no lo eran! De este modo los desgraciados encerrados en el calabozo superior oian distintamente los gritos sofocados y el estertor de los que eran estrangulados; tambien podian ver por la reja de la bóveda, sus suplicios y sus angustias. Abajo del calabozo Tuliano venian á terminar las gemonías, especie de escalera, llamada así por los gemidos que lanzaban los que la subian. Por esos mismos escalones, los *confectores*, armados de garfos, arrojaban al Tiber, despues de la ejecucion, los cadáveres de los injusticiados.

Una multitud de personajes célebres de la antigüedad, recibieron la muerte en aquella espantosa prision. El Abd-el-Kader de su época, Jugurtha, rey de Numidia, murió allí de hambre. "Desatado del carro del triunfador, fué, dice Plutarco, arrojado á la prision; algunos de los verdugos le quitaron violentamente sus vestidos; otros le arrancaron una oreja, disputándose el zarcillo que la adornaba. Al bajar desnudo al horrible calabozo, ¡por Hércules! dijo maldiciendo. ¿Qué frío está el baño!" Al cabo de seis dias murió, despues de haber luchado vanamente contra los horrores del hambre." 2 Séntulo,

1 Carcer ad terrorem exrecentis audaciæ media urbo imminens Foro ædificatur; Tit. Liv., in Anco Martio, lib. I.—In hoc pars que sub terra Tullianum, ideo quod additum a Turio rege; Varro, lib. IV.—Video carcerem publicum saxis ingentibus stratum, augustis foraminibus et oblongis lucis umbram recipientibus; in hunc abjecti rei robur Tullianum aspiciunt, etc.; Calpurnius Flaccus.—Post quæstionem in Tullianum ad ultimum supplicium mit mittebantur; Servius.—In inferiorem carcerem demissus est necatusque. Liv. loquens de Pleminio, etc. etc.

2 In Mario.

Cétego, Statilio, Gabinio y Cæpario, cómplices de Catilina, fueron extrangulados allí por orden de Ciceron; Aristóbulo y Triganos despues del triunfo de Pompeya; Sejano por orden de Tiberio; Simon, hijo de Jonas, jefe de los judíos, por orden de Tito; una multitud de senadores y de matronas, por orden de Tiberio, que hizo arrastrar sus cadáveres á traves del Foro, hasta el rio. Pero lo que hace incalculable el número de las víctimas degolladas en aquel terrible calabozo, era la costumbre recibida de matar allí á los prisioneros de alguna importancia, ó por lo ménos, á los jefes extranjeros que habian adornado el carro triunfal del vencedor. Llegados al pié del Capitolio, se les separaba del cortejo. Mientras el triunfador subia por el *clivus capitolinus*, al templo de Júpiter, los desgraciados vencidos eran llevados á las gemonías. Se hacia atravesar un pequeño puente suspendido que comunicaba al calabozo, y le daban prisa para precipitarlos al *robur Tullianum*, en donde eran degollados. El vencedor no salia del templo de Júpiter hasta no haber oido resonar en sus oidos la palabra fatal: *Actum est*. Todo se acabó. 1 Tal era en el mundo antiguo, la suerte que comunmente estaba reservada á los reyes, á los generales extranjeros culpables del único crimen de haber defendido su país y su libertad, contra la ambicion romana.

No eran necesarios tantos recuerdos para penetrarnos de horror al bajar al fondo de la prision Tuliana. ¿Qué sentiríamos

1 Imperatores cum de Foro in Capitolium currum flectere inciperent, captivos in carcerem duci jubebant, idemque dies et victoribus imperii et victis finem facit. Cicer. in Verrem, 7.—Moris fuit, ut juberentur occidi, neque ante imperator Capitolio exibat, quam captivos occisos nuntiatum esset. Appian, in triumpho Pompeii.—Joseph., lib. VII.—Oros., lib. V. c. 14.—Tit. Liv., lib. XXVI, 13.—Zonar., II, página 30.

bajo la impresion de otro recuerdo más poderoso que todos aquellos anteriores? Nos pareció ver á nuestros padres en la fe, San Pedro y San Pablo, al resplandor de la antorcha que iluminaba nuestros pasos. Allí es, es decir, no solo en el calabozo superior, sino en el calabozo inferior, donde Neron mandó arrojar á los santos apóstoles; de allí fueron sacados el mismo día para ser conducidos al martirio. Besamos con respetuoso amor la columna de granito á que estaban atados los gloriosos prisioneros; bebimos del agua de la fuente que hizo brotar San Pedro para bautizar á Proceso y á Martiniano, á sus carceleros y á veintiseis soldados, mártires á su vez. Refiriéndose á las circunstancias del tiempo, el cristiano se explica fácilmente el milagro de un manantial brotante; está éste cerca de la columna del Apóstol, de suerte que pudo, á pesar de sus cadenas, tomar de él la agua necesaria para la regeneracion de los neófitos.

Roma, que ha cuidado de señalar, santificándolos, todos los lugares visitados por los apóstoles y los mártires, edificó una pequeña iglesia sobre la prision Marmertina: está dedicada á San José, patron de los carpinteros. La tribuna enrejada que da entrada al calabozo inferior, parece haber sucedido á las gemontas, y corresponder exactamente á la abertura por la cual los verdugos sacaban con garfios los cadáveres de las víctimas. Todo el día se ven allí almas fervientes ó piadosos peregrinos derramar lágrimas, y orar en esos lugares, teatros de tantas atrocidades. Nosotros mezclamos nuestras expiaciones á las suyas. Tal es, á mi parecer, para todo viajero sério y cristiano, la única manera racional de concluir aquella rica visita del Capitolio.

17 DE DICIEMBRE.

Forum: lo que es.—Forum romano.—Edificios.—Basilicas.—Templos.—Tribuna de las arengas.—Comitium.—Columnas de San Pedro y de San Pablo.—*Secretarium Senatus*.—Iglesia de Santa Martina.—Inscripcion del arquitecto del Coliseo.—Templo de Remo.—Iglesia de Santos Cosme y Damian.—Piedra de los Mártires.—Templo de Faustino.—Templo de la Paz.—Tradicion.—Templo de Venus y Roma.—Iglesia de Santa María la Nueva.—Recuerdos de San Pedro y San Pablo.—Palabra de un inglés protestante.

A buena hora volvimos á emprender la visita en el punto en que la habíamos dejado: el Forum llamó nuestra atencion. Si os poneis en la cima del Capitolio y volveis las miradas hácia el Oriente, vereis desenvolverse á vuestros piés un inmenso valle largo y estrecho, limitado á la izquierda por el Viminal, á la derecha por el Palatino, y terminado por la vertiente del Cælius: este es el lugar del Forum romano, el más célebre de todos.

Al pié de la montaña, teniamos sobre la izquierda el arco de triunfo de Séptimo Severo; más léjos, orillando la Vía Sacra, el templo de Faustina, las ruinas del templo de la Paz, las del templo de Venus y Roma, y más léjos aún, el gigantesco Coliseo; á la derecha, las ruinas del templo de Júpiter Tonante, de la Concordia, la columna de Phocas, la Grecostrasis y la colina oblonga del Palatino con sus ruinas imperiales; delante de nosotros, á la extreminad del Forum, se dibujaba en medio de la Vía Sacra, el arco de Tito. ¡Oh Dios mio, vos sabeis cuán inefable impresion produjo en mí aquel panorama de ruinas! ¡vos sabeis cuánto me conmoví, y que permanecí mudo y aterrificado al ver el arco de Tito, eterno monumento del delirio! si yo viviera un siglo, aquellas im-

presiones nada perderian de su vivacidad.

Antes de bajar del Capitolio para estudiar el Forum, es agradable conocer aquellas plazas tan famosas en la historia romana. Representaos un espacio de anchas proporciones, de forma oval ó cuadrada, rodeada de soberbios pórticos y enriquecido con monumentos suntuosos, *basilica*. Allí ved agitarse á todo un pueblo que vá á tratar de los negocios públicos ó privados, á entregarse á los placeres, ó á admirar las obras maestras de las artes, y tendreis una idea de los forum artiguos. Roma contaba diez y siete ¹; los de mayor magnificencia eran, despues del *Forum romanum*, los de César, de Augusto, de Nerva, de Trajano, de Salustio, de Aureliano y de Diocleciano. Los particulares habian agregado á sus palacios y á sus *vilas* este género de magnificencia verdaderamente real. Entre estas últimas, una de las más célebres es el forum de Appuis, en medio de las Lagunas-Pontinas.

En cuanto al Forum romano, de que tenemos que ocuparnos, se sabe que fué establecido en la época de la paz entre Rómulo y Tácio, para servir de plaza pública y de mercado en Roma. En cuanto á lo demas, es bastante difícil hacer de él una descripcion exacta: ¡contaba tantos monumentos! Hé aquí los principales rasgos del cuadro. Su forma era un cuadrilongo rodeado de pórticos de dos pisos, sostenidos por columnas, y que servian para el paseo. Entre los intercolumnios se veía un *pluteus* ó pequeña pared bastante alta para ocultar á los paseadores de la vista de las personas que estaban abajo. César lo mandó cubrir por entero con telas magníficas, y este espectáculo, dice Plinio con una admirable sencillez, fué más bello que

un combate de gladiadores ¹. Basilicas, templos, columnas, estatuas innumerables, se admiraban en todas las fachadas del Forum y hacian de él el lugar más rico y más animado de la antigua Roma.

Las tres grandes basilicas eran las basilicas Opimia, Emilia y Julia: nada más.

A la derecha, partiendo del Capitolio, se encontraban los templos de la Fortuna, de Saturno, de la Concordia, de Vespaciano, la Grecostrasis ó sala de recepcion de los embajadores extranjeros, de la cual subsiste todavía una parte del arquitrabe; no léjos de allí veis la columna de Phocas, levantada á aquel emperador por Smaragdus, exarca de Italia en 608. Venian en seguida el arco Fabiano, edificado por Fabiano, vencedor de los Alobroges; el templo de Julio César, el arco de Tiberio, la Tribuna de las arengas. Cerca del templo de Saturno estaba el *millarium aureum*, columna de mármol blanco, coronada con una bola de bronce dorado y sirviendo de punto de partida á los grandes caminos del imperio, cuyas millas comenzaban á contarse desde esa columna, que se hizo famosa por la muerte de Galba. El lugar que ella ocupaba, basta tambien para llamar á vuestra vista el espectáculo horrible del asesinato imperial. Las basilicas y los templos estaban llenos de gente, pero en ninguna parte se escuchó un solo grito, una sola palabra: donde quiera el silencio del temor y de la desesperacion. Repentinamente, hé aquí que los soldados romanos, pretorianos y legionarios, se adelantan furiosos á asesinar á su emperador, débil, sin armas y respetable por su edad. Con la lanza hácia abajo, y corriendo á rienda suelta, dispersan al pueblo, despre-

¹ Cæsar dictator totum Forum romanum in-textit, viamque Sacram, ab domo sua usque ad activum Capitolinum, quod munere ipso gladiatorio mirabilis visus tradunt. Lib. XIX, c. 1.—Donati, lib. II, c. 5.

¹ Es opinion de P. Victor, *Regim. Urbes*. Onupho cuenta diez y nueve, *Descript. Urb. Rom.* 107.

bajo la impresion de otro recuerdo más poderoso que todos aquellos anteriores? Nos pareció ver á nuestros padres en la fe, San Pedro y San Pablo, al resplandor de la antorcha que iluminaba nuestros pasos. Allí es, es decir, no solo en el calabozo superior, sino en el calabozo inferior, donde Neron mandó arrojar á los santos apóstoles; de allí fueron sacados el mismo día para ser conducidos al martirio. Besamos con respetuoso amor la columna de granito á que estaban atados los gloriosos prisioneros; bebimos del agua de la fuente que hizo brotar San Pedro para bautizar á Proceso y á Martiniano, á sus carceleros y á veintiseis soldados, mártires á su vez. Refiriéndose á las circunstancias del tiempo, el cristiano se explica fácilmente el milagro de un manantial brotante; está éste cerca de la columna del Apóstol, de suerte que pudo, á pesar de sus cadenas, tomar de él la agua necesaria para la regeneracion de los neófitos.

Roma, que ha cuidado de señalar, santificándolos, todos los lugares visitados por los apóstoles y los mártires, edificó una pequeña iglesia sobre la prision Marmertina: está dedicada á San José, patron de los carpinteros. La tribuna enrejada que da entrada al calabozo inferior, parece haber sucedido á las gemontas, y corresponder exactamente á la abertura por la cual los verdugos sacaban con garfios los cadáveres de las víctimas. Todo el día se ven allí almas fervientes ó piadosos peregrinos derramar lágrimas, y orar en esos lugares, teatros de tantas atrocidades. Nosotros mezclamos nuestras expiaciones á las suyas. Tal es, á mi parecer, para todo viajero sério y cristiano, la única manera racional de concluir aquella rica visita del Capitolio.

17 DE DICIEMBRE.

Forum: lo que es.—Forum romano.—Edificios.—Basilicas.—Templos.—Tribuna de las arengas.—Comitium.—Columnas de San Pedro y de San Pablo.—*Secretarium Senatus*.—Iglesia de Santa Martina.—Inscripcion del arquitecto del Coliseo.—Templo de Remo.—Iglesia de Santos Cosme y Damian.—Piedra de los Mártires.—Templo de Faustino.—Templo de la Paz.—Tradicion.—Templo de Venus y Roma.—Iglesia de Santa María la Nueva.—Recuerdos de San Pedro y San Pablo.—Palabra de un inglés protestante.

A buena hora volvimos á emprender la visita en el punto en que la habíamos dejado: el Forum llamó nuestra atencion. Si os poneis en la cima del Capitolio y volveis las miradas hácia el Oriente, vereis desenvolverse á vuestros piés un inmenso valle largo y estrecho, limitado á la izquierda por el Viminal, á la derecha por el Palatino, y terminado por la vertiente del Cælius: este es el lugar del Forum romano, el más célebre de todos.

Al pié de la montaña, teniamos sobre la izquierda el arco de triunfo de Séptimo Severo; más léjos, orillando la Vía Sacra, el templo de Faustina, las ruinas del templo de la Paz, las del templo de Venus y Roma, y más léjos aún, el gigantesco Coliseo; á la derecha, las ruinas del templo de Júpiter Tonante, de la Concordia, la columna de Phocas, la Grecostrasis y la colina oblonga del Palatino con sus ruinas imperiales; delante de nosotros, á la extremidad del Forum, se dibujaba en medio de la Vía Sacra, el arco de Tito. ¡Oh Dios mio, vos sabeis cuán inefable impresion produjo en mí aquel panorama de ruinas! ¡vos sabeis cuánto me conmoví, y que permanecí mudo y aterrificado al ver el arco de Tito, eterno monumento del delirio! si yo viviera un siglo, aquellas im-

presiones nada perderian de su vivacidad.

Antes de bajar del Capitolio para estudiar el Forum, es agradable conocer aquellas plazas tan famosas en la historia romana. Representaos un espacio de anchas proporciones, de forma oval ó cuadrada, rodeada de soberbios pórticos y enriquecido con monumentos suntuosos, *basilica*. Allí ved agitarse á todo un pueblo que vá á tratar de los negocios públicos ó privados, á entregarse á los placeres, ó á admirar las obras maestras de las artes, y tendreis una idea de los forum artiguos. Roma contaba diez y siete ¹; los de mayor magnificencia eran, despues del *Forum romanum*, los de César, de Augusto, de Nerva, de Trajano, de Salustio, de Aureliano y de Diocleciano. Los particulares habian agregado á sus palacios y á sus *vilas* este género de magnificencia verdaderamente real. Entre estas últimas, una de las más célebres es el forum de Appuis, en medio de las Lagunas-Pontinas.

En cuanto al Forum romano, de que tenemos que ocuparnos, se sabe que fué establecido en la época de la paz entre Rómulo y Tácio, para servir de plaza pública y de mercado en Roma. En cuanto á lo demas, es bastante difícil hacer de él una descripcion exacta: ¡contaba tantos monumentos! Hé aquí los principales rasgos del cuadro. Su forma era un cuadrilongo rodeado de pórticos de dos pisos, sostenidos por columnas, y que servian para el paseo. Entre los intercolumnios se veía un *pluteus* ó pequeña pared bastante alta para ocultar á los paseadores de la vista de las personas que estaban abajo. César lo mandó cubrir por entero con telas magníficas, y este espectáculo, dice Plinio con una admirable sencillez, fué más bello que

un combate de gladiadores ¹. Basilicas, templos, columnas, estatuas innumerables, se admiraban en todas las fachadas del Forum y hacian de él el lugar más rico y más animado de la antigua Roma.

Las tres grandes basilicas eran las basilicas Opimia, Emilia y Julia: nada más.

A la derecha, partiendo del Capitolio, se encontraban los templos de la Fortuna, de Saturno, de la Concordia, de Vespaciano, la Grecostrasis ó sala de recepcion de los embajadores extranjeros, de la cual subsiste todavía una parte del arquitrabe; no léjos de allí veis la columna de Phocas, levantada á aquel emperador por Smaragdus, exarca de Italia en 608. Venian en seguida el arco Fabiano, edificado por Fabiano, vencedor de los Alobroges; el templo de Julio César, el arco de Tiberio, la Tribuna de las arengas. Cerca del templo de Saturno estaba el *millarium aureum*, columna de mármol blanco, coronada con una bola de bronce dorado y sirviendo de punto de partida á los grandes caminos del imperio, cuyas millas comenzaban á contarse desde esa columna, que se hizo famosa por la muerte de Galba. El lugar que ella ocupaba, basta tambien para llamar á vuestra vista el espectáculo horrible del asesinato imperial. Las basilicas y los templos estaban llenos de gente, pero en ninguna parte se escuchó un solo grito, una sola palabra: donde quiera el silencio del temor y de la desesperacion. Repentinamente, hé aquí que los soldados romanos, pretorianos y legionarios, se adelantan furiosos á asesinar á su emperador, débil, sin armas y respetable por su edad. Con la lanza hácia abajo, y corriendo á rienda suelta, dispersan al pueblo, despre-

¹ Cæsar dictator totum Forum romanum in-textit, viamque Sacram, ab domo sua usque ad activum Capitolinum, quod munere ipso gladiatorio mirabilis visus tradunt. Lib. XIX, c. 1.—Donati, lib. II, c. 5.

¹ Es opinion de P. Victor, *Regim. Urbes*. Onupho cuenta diez y nueve, *Descript. Urb. Rom.* 107.

cian al senado; y ni la vista del Capitolio, ni la veneracion de los templos que dominaban todas las partes del Forum, ni la majestad de la suprema dignidad, les impidieron cometer su parricidio. Su barbarie fué tal, que despues de haber matado á Galba, de una cuchillada, le cortaron la cabeza, que tenian suspendida en el aire por la boca, y totalmente quitados los cabellos, y le despedazaron con repetidos golpes los brazos y las piernas; porque el resto del cuerpo estaba cubierto con la coraza. Y segun dice el que pinta las costumbres de ese tiempo, hubo seiscientos veinte peticiones de recompensa, presentadas á Othon, por haber tenido participacion en aquel suceso. 1

Adelantándose, se encontraba la Tribuna de las arengas. Esta tribuna, tan célebre en la historia de Roma antigua y en nuestra educacion clásica, tenia casi la altura de un hombre. Formaba como una pequeña escena, sostenida por algunas columnillas que descansaban sobre una base circular de piedra. 2 Se la llamaba *rostra*, porque estaba adornada con seis viejos espolones de navío, tomados por los romanos á los Antiates. Se levantaba delante de la *curia Julia*, y por decirlo así, á la vista del senado, que desde el *secretarium senatus*, parecia observarla como para moderar sus arrebatos y contenerla en su deber. 3 Cuando estais en aquel lugar, os asalta inevitablemente un recuerdo: el orador romano se os presenta, ya apoyando la causa de la república contra Verres, ya aniquilando con su elocuencia á Catilina y á sus cómplices, ya lanzando invectivas contra Antonio. Despues cambia de repente la escena: sobre la tribuna veis á Antonio triunfante, enseñando al pueblo la cabeza

1 Tacit *Hist.*, lib. XLVI.

2 Plut., *Ant.* 16.

3 Cic., *pro Flacco*, 24, Varr., lib. LIV, página 37.

sangrienta de Ciceron, que ha mandado llevar allí por sus sicarios, ¡y á este espectáculo aplaude el pueblo! Gran leccion frecuentemente dada y raras veces comprendida.

Cerca de la tribuna de las arengas y de la *curia Hostilia* estaba el *comitium*. 1 En este lugar, rodeado de pórticos, se reunian las curias para la admision de las leyes y elegir sacerdotes; allí se golpeaba con varas á los condenados á muerte. En el *comitium* fueron azotados San Pedro y San Pablo ántes de ser conducidos al martirio; allí estaban las dos columnas de mármol á que fueron atados, y que se ven hoy todavía en la iglesia de Santa María *Traspontina*. 2

Al extremo del Forum y en la Vía Sacra, está el arco de Tito; pasado mañana hablaré de él. Viniendo de allí hácia el Capitolio, por el lado opuesto á la plaza, se encuentran las ruinas del templo de Vénus y Roma, las ruinas colosales del templo de la Paz, el templo de Faustina, y por fin, el arco, bien conservado, de Séptimo Severo, que toca al Capitolio. Se ve que ha sido borrado de la inscripcion el nombre de Geta; ¡triste recuerdo del fratricida! De tantos monumentos reunidos en el Forum, testigos y teatros de los grandes acontecimientos, cuya historia ocupó nuestra niñez ¿qué queda? ruinas, y nada más que ruinas. Ese Forum mismo, en donde se debatieron, durante tantos siglos, los intereses del universo, ha perdido su

1 Curia Hostilia, quod primus ædificavit Hostilius rex. Ante hanc Rostra, cujus in vocabulum ex hostibus capta fixa sunt rostra; sub dextera hujus, a Comitio locus substructus, ubi nationum subsisterent legati, qui ad senatum essent missi: is græcostasis appellatur a parte; ut multa. Cænaculum supra græcostasin, ubi, ædes Concordiæ et basilica Opimia. Varr., lib. IV, de *Ling. latin.*; Plin., *Epist.* II. lib. IV; Sueton, in *Domit.*, c. VIII.

2 Baron., *Annal.*, t. I, pág. 477, an. 60, n. VII.

nombre: hoy se llama *Campo Vaccino*; y los bueyes grises de largos cuernos, mujen allí donde el orador romano hacia resonar su elocuente voz!

Sin embargo, sobre los despojos de aquellos edificios famosos, se levantan hoy templos cristianos, dignos de toda la atencion del viajero. El primero que visitamos, está dedicado á Santa Martina. Ocupa el lugar del templo de Marte 1 ó del *secretarium senatus*, en el cual juzgaba el senado las causas criminales que le enviaba el emperador.

Se mira allí, sobre todo, la iglesia subterránea, con sus bóvedas planas y su magnífico altar. Romana é hija de cónsul, la ilustre vírgen sostuvo dignamente ante los verdugos, y en el anfiteatro, el gran combate de la fe. Su cuerpo sagrado, cubierto todo con los gloriosos estigmas del martirio, descansa en la crypta, y la caja brillante que lo encierra, se expone de vez en cuando á la veneracion de los fieles. Así, despues de los siglos, la vírgen cristiana triunfa al pié del Capitolio, cuyos escalones subieron un día sus abuelos, cubiertos con los laureles de la victoria. En el mismo subterráneo se encuentra una de las inscripciones antiguas más curiosas de Roma: ¿Habriase creído alguna vez que el arquitecto del Coliseo fuese un cristiano? pues vereis que la inscripcion siguiente no deja duda sobre eso; aunque debemos suponer que Gaudencio era todavía pagano cuando dirigia los trabajos del sangriento anfiteatro.

SIC PREMIA SERVAS VESPASIANE DIXE
PREMATUS ES MORIE
GAUDENTI LETARE CIVITAS UBI GLORIAE TVE
AVTORI PROMISIT ISTE DAT
KRISTUS OMNIA TIBI QUI ALIUM PARAVIT
THEATRO IN CELO.

1 Ciampini, t. II, pág. 55.

“Así es como tú recompensas, cruel Vespaciano, dando á Gaudencio por premio la muerte. Regocíjate, Roma, cuyo emperador, se contenta con hacer promesas al autor de tu gloria, porque el Cristo las cumple todas para tí, él sí, que te ha preparado otro teatro en el cielo.”

La palabra *teatro* está colocada aquí por oposicion con la de *anfiteatro*; esta antítesis es muy bella, puesto que en los teatros no se representaban sino cosas risueñas y agradables, mientras que en los anfiteatros se daban espectáculos de sangre y horror. 1

No léjos de Santa Martina, está la iglesia dedicada á los santos mártires Cosme y Damian. Está edificada sobre las ruinas y tal vez con las mismas piedras del templo de Rómulo y Remo. Encima de las fuentes de agua bendita están incrustados, en la pared, dos de aquellos trozos de mármol negro, que los verdugos amarraban al cuello de los cristianos, para precipitarlos al Tiber. A ejemplo de todos los fieles, besamos con respetuoso amor aquellos monumentos elocuentes del valor y de los sufrimientos de nuestros padres. 2 De allí volvimos la vista al soberbio mosaico de la bóveda; éste es una página de la historia, que demanda estudio. En la cima del arco aparece el Salvador en pié, levantando la mano derecha para bendecir, y teniendo en la izquierda el Evangelio. Una dalmática de púrpura y un manto de extraordinaria blancura, forman su vestido, sobre el cual brilla la T, monograma simbólico del Hijo del Hombre. El rostro del Salvador, adornado con una auréola circular pero sin rayos, es de una majestad y de aspecto tan grandioso, que ningun artista ha podido

1 Véase á Marangoni, *Cose gentiliache etc.*, del Coliseo.

2 El sabio padre Gallonio ha probado muy bien en su obra sobre los mártires, que aquellas piedras no eran pesas para uso de los comerciantes.

imitarla. A la derecha del Salvador aparecen tres personajes magníficamente vestidos: el primero es San Pedro, quien presenta al Salvador á San Cosme, el cual lleva en sus manos la corona adornada con flores: este es el plan de la oblacion ofrecida por los fieles para el sacrificio, y que tenían costumbre de cubrirla con flores. Despues del santo mártir, viene el papa San Félix, fundador de la iglesia, cuyo modelo lleva en sus manos. A la izquierda de Nuestro Señor está San Pablo, llevando á San Damian, que se distingue por el mismo atributo y por el calzado igual al de su hermano. Este calzado es cerrado: mientras que el de los apóstoles consiste en simples sandalias. A San Damian, sigue San Teodoro, el glorioso general del imperio, martirizado bajo Licinio. Sobre el Salvador se ven el jardín y los cuatro rios del paraíso terrenal, emblemas eloquentes de la verdad, que salen del cielo y de la Judea, y se difunden por los cuatro ángulos del mundo. El Cordero de Dios, fundador, apóstol y mártir del Evangelio, aparece más abajo con su auréola; en la cabeza, á su derecha y á su izquierda vienen doce corderos, símbolo de los doce apóstoles, que salen de las dos ciudades: Jerusalen y Bethlem, principio y fin de la vida mortal del Redentor.

Abajo de este magnífico mosaico, se lee la inscripcion siguiente, tan conocida por los arqueólogos:

AVIA DEI CLARIS RADIAT SPECIOSA
METALIS, IN QUA PLUS FIDEI
LUX PRETIOSA MICAT, MARTIRIBUS MEDICIS
POPOLO SPES CERTA
SALVTIS VENIT ET SACRO CREVIT
HONORE LOCUS.
OBTULIT HOC DOMINO FELIX ANTISTITE
DIGNUM MONOS VT NETHERIA
VIVAT IN ARCE POLI.

No se deja de admirar aquella obra

maestra del arte cristiano del siglo sexto, sino para fijar la vista en el magnífico vaso de pórvido que brilla en la capilla del Crucifijo. Arqueólogos, artistas y cristianos, no os priveis de ver esa nueva obra maestra. Lleno de huesas de mártires, tiene el doble poder de cautivar la admiracion y conmover todas las fibras del alma. En fin, no olvideis que aquí en este templo, cuyo destino primitivo es poco conocido, fueron encontrados los fragmentos en mármol del plano de la antigua Roma, trasportados por orden de Benedicto XIV al museo del Capitolio.

Adelantándose siempre á la izquierda del Forum, se llega á la iglesia de San Lorenzo *in miranda*. Esta iglesia, dedicada al ilustre mártir, es el templo mismo levantado á Antonio y á su mujer Faustina: sí, á Faustina, por decreto del senado. Leed desde luego la inscripcion colocada en el friso:

DIVO ANTONINO ET DIVÆ FAUSTINÆ EX. S. C.

«Al divino Antonino y á la divina Faustina, por decreto del senado.»

Esta dedicatoria, no seria más que un sangriento epígrama, si no fuera una luminosa revelacion del paganismo. Ella nos hace apreciar la estimacion que hacia de la Divinidad la vieja Roma, cuando prodigaba el nombre y los honores de ella á criaturas como Faustina. Dos soberbias columnas de mármol cipolino sostienen la cornisa: las forman los dos trozos más bellos que se han conocido de este mármol frigio.

Apénas ha dejado el templo de Faustina el viajero, cuando se encuentra delante de gigantescas ruinas colocadas del mismo lado del Forum. ¿Qué es aquella bóveda inmensa de más de veinte metros de anchura? ¿qué son esos enormes trozos de mármol blanco, cortados en otro tiempo por un hábil cincel y que una dinámica,

cuyos resortes se han roto para siempre, habia suspendido en los aires para servir de cornisa á un templo que ya no existe? Son los despojos del templo de la Paz. Al decir de los historiadores, este era el edificio más imponente de Roma 1. Hé aquí lo que se cuenta de su origen y de su caída. Vespasiano, vencedor de todos sus rivales, y señor del Oriente por la toma de Jerusalem, quiso dejar un monumento inmortal de su poder y de la paz que sus armas habian procurado al imperio. Con esta mira, mandó edificar un templo á la Paz, y le dió proporciones capaces de arrebatarse de admiracion á las generaciones futuras, y de desafiar los estragos de los siglos. Depositó en él los ricos despojos que su hijo le habia traído de Jerusalem. Su pensamiento, dicen los arqueólogos, se encuentra grabado en una tabla de mármol que se descubrió cerca de aquel edificio, y se conserva hoy en el palacio Farnesio:

PACI ÆTERNÆ DOMVS IMPERAT.
VESPASIANI CÆSARIS AVGVSTI.
LIBERORVMQVE SACRVM.

«La casa imperial de Vespasiano, César Augusto y de sus hijos, consagra este lugar á la paz eterna.» Segun esta opinion sostenida por Suetonio, Joseph Plinio y otros historiadores, el templo de la Paz debe haber sido entregado al fuego en tiempo de Cómodo 2.

Otra version dice que este magnífico edificio, viene del emperador Augusto, quien lo hizo construir, en memoria de la paz dada al mundo por la victoria de Actium. Cuando se acabó, se trató de saber cuánto tiempo subsistiria. — *Q. ad id que virgo pariat* «hasta que la Virgen para,» respondió

1 Quod unum scilicet opus cunctorum tota urbe maximum fuit, atque pulcherrimum. Herodian., lib. I.

2 Herodian., in Commod.

el oráculo. Los romanos tomaron esta respuesta como una promesa de inmortalidad; pero la noche misma en que el Hijo de Dios nacia en Bethleem, el templo de la Paz se desplomó 1. Estas dos relaciones tienen sus defensores. Inconciliables al primer golpe de vista, podian tal vez sostenerse por una y otra parte, admitiendo la edificacion sucesiva de un templo á la Paz por Augusto y por Vespasiano; y habiendo reemplazado el segundo edificio al primero, cuya caída inopinada, habria anunciado con su inmenso estruendo el nacimiento del César inmortal, destructor de Roma pagana y príncipe de la verdadera paz. Yo solo doy un mediano valor á esta última version de la cual no se ocupa Roma; y la refiero nada más para ser fiel á la imparcialidad de la historia.

Desde el templo de la Paz, alcanzamos á ver las ruinas ménos grandiosas, pero mejor conservadas del templo de Vénus y Roma. Allí es, segun dicen los arqueólogos, donde se ponian las máquinas destinadas para los juegos del anfiteatro, que en verdad no podian estar mejor colocadas. Sobre una parte de esa tierra, empapada en sangre y crímenes, se levanta la iglesia de Santa María la Nueva ó de Santa Francisca Romana. Ella sucede al antiguo santuario, edificado por el papa Paulo I, en honor de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Hé aquí en qué ocasion. El famoso mago Simon de Samaria, enérgicamente reprendido por los apóstoles, les habia precedido á Roma. Con el fin de destruir con anticipacion la predicacion

1 Véase á Cancellieri, *Noite e festa di natale*, c. XXXVIII, pág. 119. Baron, *ad. an. I. n. XI*; P. d'Argentan, *grandeurs de J. C.*, t. II. Justus Lips., t. VIII; Sur., t. VI.—Baronius, que refuta esta última version, dice sin embargo: «Eaque de templo Pacis Romæ collapsa ea nocte qua natus est Christus, a multi ut vera certaque scribuntur.» An. I. n. XI.

evangélica, hacia que se le tomara á él mismo por un dios. Neron le admiró, y Roma le levantó estatuas. Para poner el colmo á su gloria, y dar una brillante prueba de su divinidad, anunció que se elevaria por los aires, sin ningun apoyo del poder humano y eligió para su ascension el teatro cercano á la casa de oro del emperador. Roma entera acudió al espectáculo; Neron mismo, colocado en el vestíbulo de su palacio, asistió tambien. El mago emprende su vuelo; pero no léjos de allí oraba el defensor de la verdad, rogando á su divino Maestro que confundiese al impostor. Como la flecha que va á atravesar al pájaro en los aires, así la oracion apostólica hirió al falsario; al punto cae y se mata. Ahora bien, un milagro perpetuo conserva el recuerdo de aquel milagro de un instante. Las rodillas del santo apóstol, quedaron grabadas sobre la piedra, y esa piedra besada con amor por millares de peregrinos, se conserva en el lugar mismo en que sucedió el hecho ¹. Esta es la reliquia más preciosa de Santa María la Nueva.

A la relacion de todos aquellos prodigios, de los cuales no dudan de ningun modo los fieles de Roma, guardianes seculares de las ruinas paganas y de los monumentos cristianos, los *forastieri* se ven tentados á reir. Mucho se adelantan los que ta' hacen; creedme, si estuviéseis en Roma y viéseis todo con vuestros propios ojos, tomándoos el trabajo de estudiar los títulos y testimonios, acabareis probablemente por decir como un inglés protestante que estaba con nosotros: «Es más fácil negar todo eso que explicarlo.»

¹ Véase el hecho con todos sus pormenores en los hist. ecles. y en particular en Anast. in Paul. I: Nardini, *Roma antica*, lib. III, c. XII, pag. 114; Ciampini, t. II, pag. 56; Baron an. 68, n. 14; Gregor. Turon., de *Gloria Martyr.*, c. XXVIII.

18 DE DICIEMBRE.

Nueva visita al Forum.—Morada del Rey de los Sacrificios.—Vía Sacra.—Recuerdos de los Grandes Hombres.—Diversos monumentos.—Puente de Calígula.—Iglesia de San Teodoro.—Casa de oro de Neron.—Arco de Tito.—Edificios colocados al otro lado del Forum.—Estatua de la Victoria.—Templo de Castor.—Mercado de esclavos.—Templo de Vesta.—Lago de Curtius.—Templos de Juno Jugu, del dios *Aius Locutius*.

Se acusa á Calígula de haber pasado tres días y tres noches consecutivas en el teatro. Para no perder un instante del espectáculo, bebia y comia en el palco imperial. La pasion del Nieto de Augusto por los combates de los gladiadores, la sentimos nosotros por las ruinas del Forum. ¡Elocuentes ruinas que no nos cansábamos de ver, de tocar, de interrogar! En efecto, si Roma era el corazon del universo, el Forum romano era el corazon de Roma, *umbilicus urbis*, como decian los antiguos. Foco de la vida civil y religiosa del pueblo rey, estaba guardado, protegido como la niña del ojo, por los Césares desde las alturas del Palatino, y por Júpiter desde la cima del Capitolio. Así como la sangre sale del corazon para volver á él, así los movimientos militares y religiosos de la reina del mundo comenzaban en aquel lugar bajo la inspiracion de César, del senado y del pueblo, y bajo los auspicios de los dioses ¹.

Los estandartes, las águilas, la paga misma de las legiones, salian del templo de Saturno, y los ejércitos que partian del Forum, se encaminaban á las extremidades de la tierra para luego volver á su pun-

¹ En el Capitolio se decidia siempre la guerra despues de haber oido al pueblo en el *comitium*.

to de partida; pero no volvian solos: todas las naciones del globo les siguieron unas despues de otras y llegaban á la formidable plaza atadas al carro del triunfador. La muerte ó la esclavitud las hacian desaparecer muy pronto; pero una columna, un arco, un trofeo, un templo, repetian á la posteridad su nombre, su derrota, el día de su presentacion á los piés del Capitolio. Toda victoria, todo acontecimiento, todo hombre, por grande que fuese, no se habia consagrado á la gloria, si no tenia su monumento en aquel Olimpo de la tierra. El Forum; anfiteatro del mundo, ha visto, pues, todo; y si se le pregunta, refiere todo lo que ha visto. Necesitaba hacer esta explicacion para justificar nuestras frecuentes y largas visitas á aquel lugar, que los más ven en una media hora.

Ayer estábamos delante de la casa de oro de Neron. No me atrevo aún á visitarla. ¡Nos quedan todavía en el pequeño espacio que nos separa de ella tantos monumentos y tantos recuerdos que nos piden audiencia! Hé aquí, desde luego, no léjos de la *Vía Sacra*, la morada del rey de los sacrificios, ¹ despues la de las vestales, en fin la de los emperadores pontífices. La última da una leccion que con ansia debemos aprender. Reunir en sus manos el sacerdocio y el imperio, tal fué entonces, en las épocas de decadencia moral, el delirio favorito de los reyes; pero desgraciado el mundo si aquel proyecto se convierte en una realidad. Roma es la primera prueba de ello. Vuelto Augusto de Actium y de Philippes, en donde habia sofocado la libertad romana, se apresuró á ceñirse la tiara. Sus sucesores en el imperio quisieron serlo tambien en el soberano pontificado, y lo fueron en efecto. Este título figura en las inscripciones de sus arcos triunfales, sobre sus medallas,

y adorna todos los monumentos erigidos en honor suyo. Y vióse á Neron, á Tiberio, á Calígula, á Vitelio, á Donaciano, á Adriano, ofrecer sacrificios y dictar leyes á las conciencias. ¡Amarga irrisión!

Mas aquello era solo un primer paso. Revestidos de un poder divino, no les faltaban más que los honores mismos de la Divinidad, sacerdotes, templos y altares; todo esto se acordó. Contando desde Augusto, hasta la ruina total del paganismo, se numeran cincuenta y un emperadores ó emperatrices colocados en el número de los dioses. ¹ Cada apoteosis anunciaba la ereccion de un templo y la creacion de un colegio de sacerdotes destinados al culto de la nueva divinidad. De ahí vienen esas denominaciones tan comunes en las inscripciones antiguas: «*Vir ó flamen Augustalis, flamen Adrianalis, flamen Trajanalis*, sacerdote de Augusto, sacerdote de Adriano, sacerdote de Trajano; ó bien: *sacerdos divæ Augustæ, sacerdos divæ Domitilæ, sacerdos divæ Faustinae*, sacerdotiza de Livia, sacerdotiza de Domitila, sacerdotiza de Faustina.»

Ademas, todos esos sacerdocios, públicos y privados, en número de ochenta y dos, pasaban y volvian á pasar sin cesar para dirigirse al Capitolio, sobre todo, en las épocas en que se anunciaban las *nondas* en la *Curia calabra*. El camino que los conducia allí, sigue á lo largo la izquierda del Forum; de aquí viene el nombre de *Vía Sacra*, que conserva todavía. Esta *Vía Sagrada* existe siempre; es demasiado célebre en la historia, ya por sí misma, ya por los monumentos que la adornaban; así, no debemos pasarla en silencio. En la extremidad opuesta al Capitolio y llamada *summa Vía Sacra*, se elevaba el templo de la diosa *Orbona*, á quien se invocaba contra la muerte; más léjos el santuario de

¹ *Domus regis sacrificuli*.

² Onuphr, p. 176 y siguientes.

evangélica, hacia que se le tomara á él mismo por un dios. Neron le admiró, y Roma le levantó estatuas. Para poner el colmo á su gloria, y dar una brillante prueba de su divinidad, anunció que se elevaria por los aires, sin ningun apoyo del poder humano y eligió para su ascension el teatro cercano á la casa de oro del emperador. Roma entera acudió al espectáculo; Neron mismo, colocado en el vestíbulo de su palacio, asistió tambien. El mago emprende su vuelo; pero no léjos de allí oraba el defensor de la verdad, rogando á su divino Maestro que confundiese al impostor. Como la flecha que va á atravesar al pájaro en los aires, así la oracion apostólica hirió al falsario; al punto cae y se mata. Ahora bien, un milagro perpetuo conserva el recuerdo de aquel milagro de un instante. Las rodillas del santo apóstol, quedaron grabadas sobre la piedra, y esa piedra besada con amor por millares de peregrinos, se conserva en el lugar mismo en que sucedió el hecho ¹. Esta es la reliquia más preciosa de Santa María la Nueva.

A la relacion de todos aquellos prodigios, de los cuales no dudan de ningun modo los fieles de Roma, guardianes seculares de las ruinas paganas y de los monumentos cristianos, los *forastieri* se ven tentados á reir. Mucho se adelantan los que ta' hacen; creedme, si estuviéseis en Roma y viéseis todo con vuestros propios ojos, tomándoos el trabajo de estudiar los títulos y testimonios, acabareis probablemente por decir como un inglés protestante que estaba con nosotros: «Es más fácil negar todo eso que explicarlo.»

¹ Véase el hecho con todos sus pormenores en los hist. ecles. y en particular en Anast. in Paul. I: Nardini, *Roma antica*, lib. III, c. XII, pag. 114; Ciampini, t. II, pag. 56; Baron an. 68, n. 14; Gregor. Turon., de *Gloria Martyr.*, c. XXVIII.

18 DE DICIEMBRE.

Nueva visita al Forum.—Morada del Rey de los Sacrificios.—Vía Sacra.—Recuerdos de los Grandes Hombres.—Diversos monumentos.—Puente de Calígula.—Iglesia de San Teodoro.—Casa de oro de Neron.—Arco de Tito.—Edificios colocados al otro lado del Forum.—Estatua de la Victoria.—Templo de Castor.—Mercado de esclavos.—Templo de Vesta.—Lago de Curtius.—Templos de Juno Jaga, del dios *Aius Locutius*.

Se acusa á Calígula de haber pasado tres días y tres noches consecutivas en el teatro. Para no perder un instante del espectáculo, bebia y comia en el palco imperial. La pasion del Nieto de Augusto por los combates de los gladiadores, la sentimos nosotros por las ruinas del Forum. ¡Elocuentes ruinas que no nos cansábamos de ver, de tocar, de interrogar! En efecto, si Roma era el corazon del universo, el Forum romano era el corazon de Roma, *umbilicus urbis*, como decian los antiguos. Foco de la vida civil y religiosa del pueblo rey, estaba guardado, protegido como la niña del ojo, por los Césares desde las alturas del Palatino, y por Júpiter desde la cima del Capitolio. Así como la sangre sale del corazon para volver á él, así los movimientos militares y religiosos de la reina del mundo comenzaban en aquel lugar bajo la inspiracion de César, del senado y del pueblo, y bajo los auspicios de los dioses ¹.

Los estandartes, las águilas, la paga misma de las legiones, salian del templo de Saturno, y los ejércitos que partian del Forum, se encaminaban á las extremidades de la tierra para luego volver á su pun-

¹ En el Capitolio se decidia siempre la guerra despues de haber oido al pueblo en el *comitium*.

to de partida; pero no volvian solos: todas las naciones del globo les siguieron unas despues de otras y llegaban á la formidable plaza atadas al carro del triunfador. La muerte ó la esclavitud las hacian desaparecer muy pronto; pero una columna, un arco, un trofeo, un templo, repetian á la posteridad su nombre, su derrota, el día de su presentacion á los piés del Capitolio. Toda victoria, todo acontecimiento, todo hombre, por grande que fuese, no se habia consagrado á la gloria, si no tenia su monumento en aquel Olimpo de la tierra. El Forum; anfiteatro del mundo, ha visto, pues, todo; y si se le pregunta, refiere todo lo que ha visto. Necesitaba hacer esta explicacion para justificar nuestras frecuentes y largas visitas á aquel lugar, que los más ven en una media hora.

Ayer estábamos delante de la casa de oro de Neron. No me atrevo aún á visitarla. ¡Nos quedan todavía en el pequeño espacio que nos separa de ella tantos monumentos y tantos recuerdos que nos piden audiencia! Hé aquí, desde luego, no léjos de la *Vía Sacra*, la morada del rey de los sacrificios, ¹ despues la de las vestales, en fin la de los emperadores pontífices. La última da una leccion que con ansia debemos aprender. Reunir en sus manos el sacerdocio y el imperio, tal fué entonces, en las épocas de decadencia moral, el delirio favorito de los reyes; pero desgraciado el mundo si aquel proyecto se convierte en una realidad. Roma es la primera prueba de ello. Vuelto Augusto de Actium y de Philippes, en donde habia sofocado la libertad romana, se apresuró á ceñirse la tiara. Sus sucesores en el imperio quisieron serlo tambien en el soberano pontificado, y lo fueron en efecto. Este título figura en las inscripciones de sus arcos triunfales, sobre sus medallas,

y adorna todos los monumentos erigidos en honor suyo. Y vióse á Neron, á Tiberio, á Calígula, á Vitelio, á Donaciano, á Adriano, ofrecer sacrificios y dictar leyes á las conciencias. ¡Amarga irrisión!

Mas aquello era solo un primer paso. Revestidos de un poder divino, no les faltaban más que los honores mismos de la Divinidad, sacerdotes, templos y altares; todo esto se acordó. Contando desde Augusto, hasta la ruina total del paganismo, se numeran cincuenta y un emperadores ó emperatrices colocados en el número de los dioses. ¹ Cada apoteosis anunciaba la ereccion de un templo y la creacion de un colegio de sacerdotes destinados al culto de la nueva divinidad. De ahí vienen esas denominaciones tan comunes en las inscripciones antiguas: «*Vir ó flamen Augustalis, flamen Adrianalis, flamen Trajanalis*, sacerdote de Augusto, sacerdote de Adriano, sacerdote de Trajano; ó bien: *sacerdos divæ Augustæ, sacerdos divæ Domitilæ, sacerdos divæ Faustinae*, sacerdotiza de Livia, sacerdotiza de Domitila, sacerdotiza de Faustina.»

Ademas, todos esos sacerdocios, públicos y privados, en número de ochenta y dos, pasaban y volvian á pasar sin cesar para dirigirse al Capitolio, sobre todo, en las épocas en que se anunciaban las *nondas* en la *Curia calabra*. El camino que los conducia allí, sigue á lo largo la izquierda del Forum; de aquí viene el nombre de *Vía Sacra*, que conserva todavía. Esta *Vía Sagrada* existe siempre; es demasiado célebre en la historia, ya por sí misma, ya por los monumentos que la adornaban; así, no debemos pasarla en silencio. En la extremidad opuesta al Capitolio y llamada *summa Vía Sacra*, se elevaba el templo de la diosa *Orbona*, á quien se invocaba contra la muerte; más léjos el santuario de

¹ *Domus regis sacrificuli*.

² Onuphr, p. 176 y siguientes.

Strenia, diosa que presidía á los presentes del primer año. Allí estaba la estatua ecuestre de Clélia, la joven heroína cuyo valor hizo temblar á Porsenna; luego la de Horacio Cocles, otro nombre famoso; en fin, no sé cuántos elefantes de bronce y carros de victoria encargados de repetir á la juventud romana los altos hechos de sus abuelos.

Esos templos, esas estatuas, aquellos trofeos y una multitud de otros monumentos, de los cuales solo queda ya el nombre, limitaban el lado izquierdo de la Via Sagrada; á la derecha brillaban las magnificencias del Palatino. Comenzando cerca del Coliseo, la Via Sagrada pasaba á lo largo del Forum, luego delante de la casa de Julio César, del templo de la Paz, del templo de Faustina, y venía á acabar al arco de Séptimo Severo, al pié del Capitolio. Como todas las grandes vías romanas, tiene el pavimento de anchas lozas. El gobierno pontifical, se opone cuanto puede á los extragos que el tiempo puede hacer en ellas; y hemos visto á los pobres de Roma, armados de pequeños ganchos de fierro, arrancando la yerba que crece entre las piedras. Mil recuerdos de todo género os asaltan cuando poneis los piés sobre aquellas viejas lozas que tienen todavía la huella de los carros romanos. ¡Qué de lágrimas, me decía yo, han mojado estas piedras que miro con mis ojos y toco con mis piés! Por aquí han pasado los triunfadores romanos seguidos de sus legiones victoriosas y de sus rebaños de prisioneros. Estas lozas que piso han sido holladas por el carro de Tito, por los piés de sus caballos, de sus soldados vencedores y de los judíos cautivos. ¡Oh, á cuántos grandes hombres han visto! Los pasos de Julio César, de Ciceron, de Pompeyo, de todos los emperadores, dejaron aquí sus vestigios; cuántas veces teñidos de sangre! Un día Vitelio, vencido, pasaba por aquí,

medio desnudo, arrastrado ignominiosamente al suplicio, como á un esclavo, y como á un malvado. En este *Longchamps* del paganismo, se paseaban en masa los elegantes, los ociosos, los curiosos de que estaba llena Roma; las damas romanas, las Sempronias y las Mesalinas, iban allí á lucir sus encantos y sus atavíos; Horacio también iba allí á pasar el tiempo. 1 Profanada de igual modo por todos los dioses de Roma, esa Via Sagrada, debía purificarse, y muy pronto la ví regada con la sangre de nuestros mártires llevados al anfiteatro.

Entre todos los recuerdos que surgían, en tropel, de aquel lugar memorable, hay uno que dominaba á todos los demás: la casa de oro de Neron se dibujaba en nuestra imaginación con sus proporciones colosales y sus fabulosas riquezas. Viendo demasiado estrecho su palacio del Vaticano, el tirano, el cochero, el comediante coronado, quiso hacer una morada digna de él. Al decir de la historia, el edificio imperial fué la expresión adecuada del pensamiento creador. Mas bien vila que palacio, la casa de oro cubría todo el espacio que se extiende desde las ruinas del templo de la Paz, hasta el pié del Monte Cælius; y desde el palatino hasta el Esquilino. Así, tenía por lo ménos, una legua de circunferencia. En este recinto se encontraban lagos, praderas, parques llenos de animales domésticos. El vestíbulo correspondía al lugar del templo de la Paz. Estaba rodeado de una triple hilera de columnas de precioso mármol y de una altura prodigiosa. Del vestíbulo se pasaba al *atrium*; éste era una sala de una magnificencia extraordinaria, y bastante grande para servir en las asambleas del senado. Una

1 Ibam forte Via Sacra sicut meus est nos. Horat. Cui sepe immundo Sacra conteritur via socco, Propert. Nec sinit esse moram, si quis adire velit. Horat. In Epodi.

soberbia puerta se abría hacia el lago en el lugar en que hoy se encuentra el Coliseo. Según Suetonio, este lugar era más bien un mar rodeado de edificios que servían de magnífica prolongación del palacio. 1 Delante del lago se elevaba la estatua colosal del emperador. Era de mármol y tenía ciento veinte piés de altura. Dios en vida, Neron, llevaba alrededor de la cabeza la auréola con rayos, y como Nabucodonosor, hacia que se le tributasen en su propio palacio los honores divinos. 2 Tales eran las proporciones de la casa, ó por mejor decir, de la vila Neroniana.

Las riquezas prodigadas en sus adornos, exceden á la imaginación. 3 Todas las paredes estaban cubiertas con láminas de oro realzadas con piedras preciosas y diamantes; los cielos, enriquecidos con oro y pinturas exquisitas, el suelo de mosaico fino. Los *triclinia* ó comedores, estaban rodeados de jarrones giratorios de ebano, que llevaban á los convidados el perfume de las flores. Sobre lechos de hojas de rosa y de mirto, estaba muellemente acostado Neron y sus cortesanos, con la cabeza coronada de odoríferas flores. Todo lo que la tierra y el mar podían suministrar de más raro y delicado, se les servía en vasos de oro y plata. 4 Las comidas contaban hasta veintidos platillos. Al pié de cada convidado estaban en pié muchos esclavos; uno de ellos refrescaba el aire agitando un ligero abanico; otro alejaba las moscas con una rama de mirto. Músicos colocados delante de los *triclinia*, alhagaban el oído con agradables sinfonías. Al fin de la comida llegaban jóvenes de uno y otro sexo que ejecutaban voluptuosas danzas, cantando poesías bá-

1 Stagnum maris iusta circunseptum ædificiis ad urbium speciem. Suet. in Ner.

2 Véase á Nardini, *Roma antica*, pág. 116.

3 Tacit., lib. XV.

4 Lib. XXXVI. c. 22.

quicas y acompañándose con el ruido de las castañuelas. 1

A este espectáculo, sucedía otro muy digno de Neron. Unas veces las paredes móviles replegándose sobre sí mismas, dejaban ver el teatro en donde corría en olas, la sangre de los gladiadores, sirviendo este espectáculo de última sazón á la comida; otras veces, los gladiadores eran conducidos á la sala misma, y allí mismo se degollaban á vista de los convidados. En otras ocasiones, se subían á las plataformas, desde donde se veían los grandes combates de hombres y de animales que se hacían pedazos, para el placer de Neron y de la digna sociedad que él personificaba. Todas estas plataformas, llamadas *solaria*, estaban cubiertas de pájaros de plata de un trabajo exquisito y de tamaño natural; de suerte que el espectador parecía que veía compañías de pavos, de cisnes, de palomas, prontas á emprender el vuelo. Las salas de baños resplandecían de piedras preciosas, de oro, de plata y todos los refinamientos de la molición acompañaban el uso del baño, repetido hasta tres veces por día.

Pero la maravilla de la casa de oro, era el templo de la fortuna. Encerrado en los departamentos interiores, estaba edificado con mármol de la esfinge. "Este mármol, llamado así á causa de su transparencia, era, dice Plinio, una piedra de Capadocia, dura como el granito, blanca como la nieve y se traslucían en ella las venas doradas que la atravesaban. Tenía la propiedad de absorber la luz, de modo que brillaba todavía largo tiempo después de haber cerrado las puertas del templo;" 2 pero basta ya de la casa de oro de Neron. La

1 El pormenor de estas comidas imperiales está tomado textualmente de los autores paganos; no los cito, por brevedad. Véase á los *Scriptores domus Augustæ*, Plin. y Dion. Cassius.

2 Lib. XXXV, C. 22.

descripcion pormenorizada de esa gigantesca locura nos llevaria muy lejos. Hemos recorrido el lugar que ocupaba; porque de ese palacio, edificado con los despojos del universo, no queda nada en la parte izquierda de la Vía Sagrada. A la derecha, la vertiente del Palatino enseña todavía algunas construcciones subterráneas, y el lugar en que estaba colocada la grande escalera, que partiendo del forum, unia las dos partes del edificio.

Hasta aquí habíamos estudiado el interior y el lado izquierdo del Forum; llegados á la extremidad, nos quedaba que ver el arco de Tito que encabeza la plaza, y que viniendo hacia el Capitolio, ocupa el lado derecho del Forum cerca del Palatino.

El arco de Triunfo levantado á Tito, despues de la toma de Jerusalem, es uno de los monumentos mejor conservados de la antigua Roma. Es de mármol blanco, de un solo arco coronado con una corniza de hermoso trabajo, y adornado con inscripciones y esculturas de la mayor importancia. Sobre las paredes interiores de la bóveda, hay bajos relieves, cuyo aspecto produce un estremecimiento involuntario. Por un lado se vé á Tito con el vestido del triunfador, de pié sobre su carro, y coronado por las manos de la Victoria, colocada sobre su cabeza. En la parte superior, aparece el águila divina llevando al cielo el alma del héroe. Esto ha hecho creer que el monumento no fué levantado sino despues de la muerte del emperador; pero esta conjetura no nos parece fundada. Todo el mundo sabe que la adulacion romana no esperaba siempre el fallecimiento de los emperadores, para ponerlos en el número de los dioses. En otra parte de la bóveda, se vé el candelero de siete brazos del templo de Jerusalem, la mesa de los panes de proposicion, las trompetas de jubileo colocadas sobre parihue-

las sostenidas por las espaldas de soldados romanos, coronados con laureles y marchando hácia el Capitolio. Sobre el piso que mira al Coliseo, se lee la inscripcion siguiente:

SENATUS, POPULUSQUE, ROMANOS, DIVO, TI TO
DIVI, VESPASIANI, F. VESPASIANO,
AUGUSTO.

«El senado y el pueblo romano, al divino Tito, hijo del divino Vespasiano, Vespasiano Augusto.»

La fachada más noble del arco que mira al Capitolio, contenia esta otra inscripcion, más noble también y más explícita que la primera:

S. P. Q. R.

IMP. TITO, CAES. DIVI. VESPASIANI. FILIO.
VESPASIANO. AVG. PONT. MAX. TR.
POT. X. IMP. XVII. COS. VIII. PR. PRINCIPE.
SVO. QVI. PRAECEPTIS. PATRIE.
CONSILIVSQUE. ET AVSPICIS. GENTEM
JUDEOROM. DOMVIT. ET. VRBEM.
HIEROSOLIMAM. OMNIBUS. ANTE SE DVCIBVS.
REGIBVS. GENTIBVS. AVT. FRVSTRA
PETITAM. AVT. IENTATAM. DELVIT I.

A los golpes del tiempo, y tal vez de los bárbaros, habia caído esta segunda ins-

1 Hé aquí esta bella inscripcion en latin comun y en español: «Senatus Populusque Romanus imperatori Tito Caesari, Divi Vespasiani filio, Vespasiano Augusto, Pontifici maximo, tribunitia potestate decies, imperatoria decies septies, consulari octies, patri patriae principe suo, qui praecipis patris consiliisque et auspiciis, gentem Judaeorum domuit et urbem Hierosolyman omnibus ante se ducibus, regibus, gentibus, aut frustra petitam aut intentatam delebit.»

«El senado y el pueblo romano, al emperador Tito César, hijo del divino Vespasiano, Vespasiano Augusto, soberano pontífice, diez veces tribuno, diez y siete veces emperador, ocho veces cónsul, padre de la patria, su príncipe, quien por orden de su patria, por sus consejos y bajo sus auspicios, domó á la nacion judía, y destruyó la ciudad de Jerusalem, vanamente sitiada ó atacada ántes que él, por todos los generales, los reyes, las naciones.»

cripcion; se la encontró de nuevo en el gran circo, conservada lo bastante para poder ser trascrita; pero demasiado maltratada, para ser puesta en su primitivo lugar. Tal es el arco de Tito. Los judíos no le ven nunca, sino con un profundo dolor, y acaso con una indignacion más profunda aún. Si alguna vez os encontráis en el Forum con alguno de ellos, observareis que se volverá atrás para no pasar por abajo; para él se ha hecho un pasadizo del lado del Palatino. ¡Vana protesta! El monumento de su servidumbre, y la prueba de su deicidio, no dejan por eso de subsistir.

Describiendo un semicírculo á la derecha, llegamos al Capitolio por el lado del Forum, opuesto á la vía Sagrada. Así como la primera, así esta vía está sembrada de recuerdos. Hé aquí desde luego la *Curia Julia*, edificada por Julio César, en la cual el dictador convocaba al Senado; está en seguida la estatua de la Victoria, que dió lugar á la carta de Symmaco, aquel prefecto de Roma, ardiente defensor del paganismo bajo Teodosio, y á la respuesta tan elocuente de San Ambrosio. Más lejos, estaba el templo mismo de la Victoria, edificado sobre las ruinas de la casa que el pueblo agradecido habia levantado, con su propio dinero, á Valerio Publicola. Adelantándose hácia el Capitolio, se veia el templo de Cástor. ¡Hombres ingratos que olvidais los beneficios del cristianismo, venid aquí! este lugar os dirá elocuentemente las humillaciones y los crueles tratamientos de que os ha librado el Evangelio. Delante del templo de Cástor, estaba situado el principal mercado de esclavos 1.

Caminando un poco sobre la izquierda, se levantaban el templo y el bosque sagrado de Vesta. En este edificio, cuya forma redonda imitaba la del globo, Ro-

ma consagraba el fuego sagrado y el Palladium, prendas de la eternidad del imperio. ¿Veis cerca de allí, aquella estatua ecuestre de bronce dorado? Es de Domiciano; él mandó colocar su imagen en el lugar mismo en que existió el monumento de Cúrcio. Nadie ignora el nombre y la abnegacion de Cúrcio. La tierra se habia entreabierto en aquella parte del Forum, y consultado el oráculo sobre aquel prodigio que habia espantado á Roma, respondió: «El abismo no puede llenarse, sino arrojando en él lo que el pueblo romano tiene de más precioso.» El joven Marco Cúrcio se imaginó que los dioses no pedían más víctima que él: se precipitó solemnemente armado y con su caballo, al abismo, y pasó entre los supersticiosos romanos por haber salvado á su patria. Despues de haberse cerrado la tierra, le erigieron una pirámide.

Mientras más nos acercamos al Capitolio, más se multiplican los monumentos de la supersticion. Cerca de la puerta *Carmenale*, está el templo de Juno, *Juya*, llamada así, porque presidia al matrimonio; este es el templo de Aius Locutius, dios fabricado con su nombre y su templo, porque se decia que ántes del terrible ataque de los Galos, se habia dejado oír en aquel lugar una voz nocturna, anunciando desgracias; se la habia despreciado, y como expiacion, se dedicó allí un templo al dios *Aius* 1. En fin, á la entrada del valle que separa el Palatino del Capitolio, estaba el *Spoliarium* de Sylla. Este funesto lugar, estaba lleno todos los dias de cabezas de senadores y de caballeros romanos, degollados por orden del terrible rival de Mario. Llegados al término de aquella larga nomenclatura, cuidamos de no olvidar el famoso puente de Calígula. Este loco coronado, tuvo la fantasia de poner un puente entre el Palati-

1 Senec. de *Just. sap.* 18.

1 Tit. Lib., lib. V.

no y el Capitolio, á fin de comunicar de una á otra colina, sin pasar por el Forum. De todo esto, apénas quedan vestigios.

Para santificar todos aquellos lugares, teatros seculares del orgullo, de la voluptuosidad y de las extravagancias de los paganos, Roma cristiana ha edificado muchas iglesias. Nombraremos, entre otras, la de San Teodoro. Edificada, dicen los anticuarios, cerca de la higuera bajo la cual fueron encontrados Rómulo y Remo, esta iglesia sirve para las asambleas de la cofradía de los *Nobles*. Allí son llevados los recién nacidos que están en peligro de muerte. Por su nombre, ella recuerda uno de aquellos gloriosos combates tan comunes en los anales de la Iglesia naciente. Intrépido soldado de Maximiano, pero más intrépido soldado de Jesucristo, Teodoro tuvo el valor de prender fuego á un templo de ídolos, en el cual se tributaba el culto más abominable. Arrestado al punto, se salvará si da la menor señal de arrepentimiento. Por toda respuesta: «Soy cristiano, dice, lo que he hecho, lo repetiré.» En seguida, se le arroja al suelo y le desgarran la piel con peines de fierro, hasta descubrirle los huesos y las venas, y expira. Su templo, colocado al pié del Capitolio, está frente al de Santa Martina, que está del otro lado. Así, el soldado cristiano y la Virgen consular, ambos mártires, están guardando gloriosamente las avenidas de la famosa montaña; y después de algunos siglos, esas víctimas reciben los honores del mundo reconocido, en aquellos mismos lugares donde sus poderosos verdugos no conservan otro monumento que su execrado nombre.

19 DE DICIEMBRE.

Capilla papal.—El Sacro Colegio, division, origen, número, nombre, dignidad de los cardenales.—Anécdota.—Misa en la Capilla Sixtina.—Ceremonias particulares.—Visitas del arco de Tito, del Coliseo, y del arco de Constantino reunidos.—Reflexiones.

Era el cuarto domingo de Adviento: habia *capilla papal* en San Pedro. Se llama así la misa á que asiste el soberano pontífice, acompañado del Sacro Colegio. Muy contentos con hacer que sucediera al sombrío aspecto de las ruinas de Roma pagana, el augusto espectáculo de las ceremonias de Roma cristiana, partimos para la venerable basilica. Mediante dos paolos y medio, [un franco treinta y cinco céntimos] (0,27 pesos mexicanos) un buen fiacre de la plaza de España, tuvo á bien llevarnos al Vaticano. Mientras que nuestro *legno* corria á saltos sobre un pavimento de poco espesor, mis jóvenes amigos obedecian á la costumbre inevitable de todos los viajeros recientemente llegados no solo á Roma, sino á cualquiera otra ciudad ó poblacion. Con la cabeza en la portezuela, miraban los rótulos de las tiendas y las fachadas de las casas. Yo sucumbí á la misma curiosidad, cuando cruzando por mi espíritu un buen pensamiento, me dije: Vamos á ver el Sacro Colegio. Pero ¿qué es el Sacro Colegio? ¿qué son los cardenales? Si entro á la capilla Sixtina sin saber nada de esto; si al modo de los turistas pasados y presentes que caminan por solo ver, yo no veo en aquellos personajes mas que á unos eclesiásticos vestidos de rojo, entónces equivaldria á ver vasos etruscos ó geroglíficos egipcios. Tomando el asunto por lo serio, convoqué al punto á mis recuerdos y á mis estudios á asamblea general: comenzó la sesion, y obtuve las respuestas siguientes:

El Sacro Colegio se divide en tres órdenes: los cardenales obispos, los cardenales presbíteros, los cardenales diáconos.

El origen de los cardenales se remonta á los primeros siglos de la iglesia, aunque su nombre no aparezca bajo Constantino. Al principio no eran más que diáconos ó sacerdotes de Roma, pero revestidos de un poder y dignidad particulares. Lo vemos, en efecto, presidir el Concilio general de Nicea y suscribir sus decretos en nombre del papa San Silvestre 1. ¿Cuál era, pues, la gerarquía de la iglesia de Roma? Se conviene universalmente en que San Pedro, habiendo establecido su sede en la capital del mundo, ordenó presbíteros y diáconos, á quienes distribuyó empleos particulares. El número fué entónces muy reducido, gracias á los progresos del Evangelio. San Cleto, tercer sucesor de San Pedro, pudo elevarlo á veinticinco. San Evaristo, que obtuvo la cátedra de San Pedro en 96, dividió la ciudad en parroquias, para evitar toda confusion; hasta aquí, no habia más que un sacerdote en cada parroquia. Hacia el año 140, el papa San Higinio, viendo aumentar el número de los fieles, agregó al pastor muchos otros clérigos. Estas iglesias ó parroquias *particulares*, fueron llamadas *títulos, tituli*; ya porque allí estaba la tumba de algun mártir ilustre, á la que se daba el nombre de título ó inscripcion; ya porque todo lo que la iglesia tomaba al paganismo, se convertía en la *propiedad, titulus*, de esta inmortal heredera de todas las cosas; ya en fin, porque cada sacerdote tomaba el nombre, *titulus*, de la iglesia particular que tenia á su cargo 2. Tal es el

1. Hoc constat ex Nicæna synodo, quæ habita est Sylvestro pontífice, cui inter cæteros quo ita subscribunt: *Victor et Vincentius, presbyteri urbis Romæ pro venerabili viro papa et episcopo nostro Silvestro. Palti de Cardin. dignit. et offic.*, pág. 12.

2. Baron, an. 112.—San Greg., *Epist.* 63.

antiguo y glorioso origen de los cardenales-presbíteros.

En cuanto á los *cardenales diáconos*, es necesario saber que contando desde la fundacion de la iglesia de Roma, hubo en aquella ciudad siete diáconos como en Jerusalem. Comunmente sin *título* particular, ejercian sus funciones donde quiera que se encontraban. Además, se sabe que las funciones] de los diáconos primitivos miraban principalmente al cuidado de los pobres, de los cristianos prisioneros por la fe, y de los mártires.

Hacia el año de 240, les asignó el papa Fabiano los diferentes cuarteles de la ciudad. En Jerusalem se ve á San Estéban á la cabeza de los diáconos; lo mismo pasó en Roma. El jefe de aquellos sagrados ministros, elegido por el soberano pontífice, con consentimiento del clero y del pueblo, tenia el título de arcediano. Nadie le llevó con más gloria que San Lorenzo. Roma se dividió entónces, como hoy, en catorce regiones; cada diácono tenia dos regiones en su departamento. Poco después se igualó el número de diáconos al de los cuarteles. En cada region habia un lugar, una iglesia, en que el diácono ejercia principalmente sus funciones. Esta iglesia fué llamada *diaconia*. Tal es el origen igualmente venerable de los diáconos *regionarios*. A los catorce primeros se agregaron muy pronto otros cuatro nuevos, destinados especialmente para servir al soberano pontífice en la celebracion de los santos misterios y fueron llamados *palatini*.

Quedan los *cardenales obispos*. Encargados del cuidado de las iglesias todas, los sucesores de San Pedro imitaron á aquel grande Apóstol, y así como él habia dividido con sus colegas el peso del gobierno, quisieron tambien llevarlo en comun con los obispos sucesores de los Apóstoles. Eligieron entónces, para representar al

no y el Capitolio, á fin de comunicar de una á otra colina, sin pasar por el Forum. De todo esto, apénas quedan vestigios.

Para santificar todos aquellos lugares, teatros seculares del orgullo, de la voluptuosidad y de las extravagancias de los paganos, Roma cristiana ha edificado muchas iglesias. Nombraremos, entre otras, la de San Teodoro. Edificada, dicen los anticuarios, cerca de la higuera bajo la cual fueron encontrados Rómulo y Remo, esta iglesia sirve para las asambleas de la cofradía de los *Nobles*. Allí son llevados los recién nacidos que están en peligro de muerte. Por su nombre, ella recuerda uno de aquellos gloriosos combates tan comunes en los anales de la Iglesia naciente. Intrépido soldado de Maximiano, pero más intrépido soldado de Jesucristo, Teodoro tuvo el valor de prender fuego á un templo de ídolos, en el cual se tributaba el culto más abominable. Arrestado al punto, se salvará si da la menor señal de arrepentimiento. Por toda respuesta: «Soy cristiano, dice, lo que he hecho, lo repetiré.» En seguida, se le arroja al suelo y le desgarran la piel con peines de fierro, hasta descubrirle los huesos y las venas, y expira. Su templo, colocado al pié del Capitolio, está frente al de Santa Martina, que está del otro lado. Así, el soldado cristiano y la Virgen consular, ambos mártires, están guardando gloriosamente las avenidas de la famosa montaña; y después de algunos siglos, esas víctimas reciben los honores del mundo reconocido, en aquellos mismos lugares donde sus poderosos verdugos no conservan otro monumento que su execrado nombre.

19 DE DICIEMBRE.

Capilla papal.—El Sacro Colegio, division, origen, número, nombre, dignidad de los cardenales.—Anécdota.—Misa en la Capilla Sixtina.—Ceremonias particulares.—Visitas del arco de Tito, del Coliseo, y del arco de Constantino reunidos.—Reflexiones.

Era el cuarto domingo de Adviento: habia *capilla papal* en San Pedro. Se llama así la misa á que asiste el soberano pontífice, acompañado del Sacro Colegio. Muy contentos con hacer que sucediera al sombrío aspecto de las ruinas de Roma pagana, el augusto espectáculo de las ceremonias de Roma cristiana, partimos para la venerable basilica. Mediante dos paolos y medio, [un franco treinta y cinco céntimos] (0,27 pesos mexicanos) un buen fiacre de la plaza de España, tuvo á bien llevarnos al Vaticano. Mientras que nuestro *legno* corria á saltos sobre un pavimento de poco espesor, mis jóvenes amigos obedecian á la costumbre inevitable de todos los viajeros recientemente llegados no solo á Roma, sino á cualquiera otra ciudad ó poblacion. Con la cabeza en la portezuela, miraban los rótulos de las tiendas y las fachadas de las casas. Yo sucumbí á la misma curiosidad, cuando cruzando por mi espíritu un buen pensamiento, me dije: Vamos á ver el Sacro Colegio. Pero ¿qué es el Sacro Colegio? ¿qué son los cardenales? Si entro á la capilla Sixtina sin saber nada de esto; si al modo de los turistas pasados y presentes que caminan por solo ver, yo no veo en aquellos personajes mas que á unos eclesiásticos vestidos de rojo, entónces equivaldria á ver vasos etruscos ó geroglíficos egipcios. Tomando el asunto por lo serio, convoqué al punto á mis recuerdos y á mis estudios á asamblea general: comenzó la sesion, y obtuve las respuestas siguientes:

El Sacro Colegio se divide en tres órdenes: los cardenales obispos, los cardenales presbíteros, los cardenales diáconos.

El origen de los cardenales se remonta á los primeros siglos de la iglesia, aunque su nombre no aparezca bajo Constantino. Al principio no eran más que diáconos ó sacerdotes de Roma, pero revestidos de un poder y dignidad particulares. Lo vemos, en efecto, presidir el Concilio general de Nicea y suscribir sus decretos en nombre del papa San Silvestre 1. ¿Cuál era, pues, la gerarquía de la iglesia de Roma? Se conviene universalmente en que San Pedro, habiendo establecido su sede en la capital del mundo, ordenó presbíteros y diáconos, á quienes distribuyó empleos particulares. El número fué entónces muy reducido, gracias á los progresos del Evangelio. San Cleto, tercer sucesor de San Pedro, pudo elevarlo á veinticinco. San Evaristo, que obtuvo la cátedra de San Pedro en 96, dividió la ciudad en parroquias, para evitar toda confusion; hasta aquí, no habia más que un sacerdote en cada parroquia. Hacia el año 140, el papa San Higinio, viendo aumentar el número de los fieles, agregó al pastor muchos otros clérigos. Estas iglesias ó parroquias *particulares*, fueron llamadas *títulos, tituli*; ya porque allí estaba la tumba de algun mártir ilustre, á la que se daba el nombre de título ó inscripcion; ya porque todo lo que la iglesia tomaba al paganismo, se convertía en la *propiedad, titulus*, de esta inmortal heredera de todas las cosas; ya en fin, porque cada sacerdote tomaba el nombre, *titulus*, de la iglesia particular que tenia á su cargo 2. Tal es el

1. Hoc constat ex Nicæna synodo, quæ habita est Sylvestro pontífice, cui inter cæteros quo ita subscribunt: *Victor et Vincentius, presbyteri urbis Romæ pro venerabili viro papa et episcopo nostro Silvestro. Palti de Cardin. dignit. et offic.*, pág. 12.

2. Baron, an. 112.—San Greg., *Epist.* 63.

antiguo y glorioso origen de los cardenales-presbíteros.

En cuanto á los *cardenales diáconos*, es necesario saber que contando desde la fundacion de la iglesia de Roma, hubo en aquella ciudad siete diáconos como en Jerusalem. Comunmente sin *título* particular, ejercian sus funciones donde quiera que se encontraban. Además, se sabe que las funciones] de los diáconos primitivos miraban principalmente al cuidado de los pobres, de los cristianos prisioneros por la fe, y de los mártires.

Hacia el año de 240, les asignó el papa Fabiano los diferentes cuarteles de la ciudad. En Jerusalem se ve á San Estéban á la cabeza de los diáconos; lo mismo pasó en Roma. El jefe de aquellos sagrados ministros, elegido por el soberano pontífice, con consentimiento del clero y del pueblo, tenia el título de arcediano. Nadie le llevó con más gloria que San Lorenzo. Roma se dividió entónces, como hoy, en catorce regiones; cada diácono tenia dos regiones en su departamento. Poco después se igualó el número de diáconos al de los cuarteles. En cada region habia un lugar, una iglesia, en que el diácono ejercia principalmente sus funciones. Esta iglesia fué llamada *diaconia*. Tal es el origen igualmente venerable de los diáconos *regionarios*. A los catorce primeros se agregaron muy pronto otros cuatro nuevos, destinados especialmente para servir al soberano pontífice en la celebracion de los santos misterios y fueron llamados *palatini*.

Quedan los *cardenales obispos*. Encargados del cuidado de las iglesias todas, los sucesores de San Pedro imitaron á aquel grande Apóstol, y así como él habia dividido con sus colegas el peso del gobierno, quisieron tambien llevarlo en comun con los obispos sucesores de los Apóstoles. Eligieron entónces, para representar al

cuerpo episcopal, extendido por toda la tierra, á los obispos más cercanos á Roma, y formaron con ellos su consejo. Cuéntanse de estos, seis, llamados *obispos suburbicarios*. Tales son los obispos de Ostia y Velletri, de Porto y Santa Rufina, de Frascati, de Albano, de Santa Sabina, y de Prenesto 1. El obispo de Ostia es siempre el decano del sacro colegio. Este lugar, el más elevado que hay en la tierra despues del papa, le ocupaba, durante nuestra permanencia en Roma, el ilustre cardenal Pacca.

El número de los cardenales ha variado segun los tiempos: hoy es número fijo. El gran papa Sixto V, considerando con su mirada de águila aquella magnífica gerarquía de la Iglesia romana, quiso hacerla inimitable. En una bula en que se desplega toda la dignidad pontifical, examina á grandes rasgos las relaciones de la antigua con la nueva ley; allí muestra á Moisés asociándose con setenta ancianos, por orden de Dios, para que le ayudasen á llevar á la nacion santa á la tierra de promision; luego, aplicando esta magnífica figura a la iglesia cristiana encargada de conducir al género humano á la Jerusalem eterna, establece que en adelante, setenta ancianos formaran el senado del Moisés católico. Despues de haberlos mostrado en un sublime lenguaje, la grandeza de su dignidad y la importancia de sus deberes, asigna á cada uno de ellos por *título* una de las iglesias de Roma 2.

1. Sixto V en la bula *Religiosa sanctorum*, los designa en el orden siguiente: Ostiensi et Valiterana invicem unitis; Portuensi et Sanctae Rufinae itidem unitis; Albanensi; Sabinensi; Tusculana; et Praenestina.

2 He aquí los nombres de las iglesias titulares de todos los cardenales. Para los cardenales presbíteros: 1.º Sanctae Mariae Angelorum in Thermis. 2.º Sanctae Mariae in Trans Tiberim; 3.º Sancti Laurentii in Lucina; 4.º Sanctae Praxedis; 5.º Sancti Petri ad Vincula; 6.º Sanctae Anastasiae; 7.º Sancti Petri in Monte Aureo; 8.º Sancti Onophrii; 9.º Sancti Silvestri in Campo Mar-

Para honrar á la ciencia y á la virtud, en donde quiera que se encuentren, se elige el Sacro Colegio entre las clases del clero secular y regular, y en cuanto más es posible de todas las naciones. Debe contar por lo ménos, cuatro doctores en teología que pertenezcan á las congregaciones

tio; 10.º Sanctae Mariae in Via; 11.º Sancti Marcelli; 12.º Sanctorum Marcellini et Petri; 13.º Sanctorum duodecim Apostolorum; 14.º Sanctae Balbinae; 15.º Sancti Casarei; 16.º Sancti Agnetis in Agone; 17.º Sancti Marci; 18.º Sancti Stephani in Caelio Monte; 19.º Sanctae Mariae Transpontinae; 20.º Sancti Eusebii; 21.º Sancti Crisogoni; 22.º Sanctorum Quatuor Coronatorum; 23.º Sanctorum Quirice et Julitae; 24.º Sancti Calixti; 25.º Sancti Bartholomei in Insula; 26.º Sancti Augustini; 27.º Sanctae Caeciliae; 28.º Sanctorum Joannis et Pauli; 29.º Sancti Martini in Montibus; 30.º Sancti Alexii; 31.º Sancti Clementis; 32.º Sanctae Mariae de Populo; 33.º Sanctorum Nerei et Achilae; 34.º Sanctae Mariae de Pace; 35.º Sanctae Mariae de Ara Coeli; 36.º Sancti Salvatoris in Laura; 37.º Sanctae Crucis in Jerusalem; 38.º Sancti Laurentii in Panisperna; 39.º Sancti Joannis ante Portam Latinam; 40.º Sanctae Pudentianae; 41.º Sanctae Priscae; 42.º Sancti Pancratii; 43.º Sanctae Sabinae; 44.º Sanctae Mariae supra Minervam; 45.º Sanctae Caroli; 46.º Sancti Thomae in Parione; 47.º Sancti Hieronimi Illiricorum; 48.º Sanctae Susanae; 49.º Sanctae Sixti; 50.º Sanctae Matiae in Merulana; 51.º Sanctissimae Trinitatis in Monte Pincio.

Hé aquí el nombre de las diaconías para los cardenales *diaconos*: 1.º Sancti Laurentii in Damaso; 2.º Sanctae Mariae in Via Lata; 3.º Sancti Eustachii; 4.º Sanctae Novae; 5.º Sancti Adriani; 6.º Sancti Nicolai in Carcere Tulliano; 7.º Sanctae Agatae; 8.º Sanctae Mariae in Dominica; 9.º Sanctae Mariae in Cosmedin; 10.º Sancti Angeli in Foro Piscium; 11.º Sancti Gregorii in Velum aureum; 12.º Sancta Mariae in Portica; 13.º Sanctae Mariae in Aquiro; 14.º Sanctorum Cosmae et Damiani; 15.º Sancti Viti in Macello.

Agregando los seis obispados de Ostia, de Porto, de Albano, de Santa Sabina, de Frascati y de Palestrina, teneis setenta y dos títulos; dos más en apariencia de los que fija la bula de Sixto V. Pero conviene observar que el título de San Lorenzo in Damaso, no es una diaconía propiamente dicha. Siempre se da al vice-cancelario de la Iglesia romana, sea diacono, sacerdote ó obispo. En consecuencia, Sixto V añadió dos títulos, á fin de que si el vice-cancelario era diacono ó obispo, fuera privado de su título. En todas las letras apostólicas que se encuentran suscritas por los cardenales, cada cardenal debe firmar, indicando su título.

religiosas, y sobre todo, á las órdenes mendicantes. Temiendo que el espíritu de familia se mezcle en una institucion eminentemente católica, no pueden sentarse juntamente en el augusto senado dos hermanos, dos primos, el tío y el sobrino, por grandes que sean sus méritos.

El nombre de los cardenales revela por sí solo el importante papel que les está asignado en la gerarquía católica. Semejantes á los ejes que sostienen las puertas del templo material, están colocados en el edificio de la Iglesia como goznes sagrados sobre los cuales gira la puerta inmortal que abre y cierra el cielo; es decir, que son el apoyo y el senado del Vicario de Jesucristo, á quien rodean con sus luces, su experiencia y su abnegacion sin límites 1. Su nombre, inserito por la primera vez en la historia, en la época del Concilio de Roma, bajo Constantino, brilla despues en cada página de los anales cristianos 2.

1 Apostolica Sedes caput et cardo a Domino et non aliis constituta est, et cicut cardine ostium, regitur, sic hujus Apostolicae Sedis autoritate omnes ecclesiae (Domino disponente) reguntur. Unde senatus cardinalium a cardine; nomen accepit, quasi se regat et alios: sicut enim ostium regitur per cardines, ita Ecclesiae per istos. Et cardinalis cardines dicuntur in Romana Ecclesia duplici similitudine vel quia sicut domus habet ostium et cardinem; siu Ecclesiae habet papam qui est ostium Dei vel Ecclesiae et cardinales, etc. Moscon, *de Majestate milit. Eccl. lib. I, c. V*; et ex cap. *Sacro Sancta*, 2, dist. 22 y el papa Eugenio IV en su constitucion *Non memodiocri*, § 14. Quorum officio nomen ipsum consonat optime, nam sicut super cardinem volvitur ostium domus, ita super eos Sedis Apostolicae et totius Ecclesiae ostium quiescit.—Y el cardenal Pedro d'Ailly *de Auct. Eccl. cap. de Card. Senatui apostolorum succedit Collegium sacrum cardinalium quantum ad illum statum, quo Apostoli consistebant Petro, antequam fierent patriarcharum ecclesiarum episcopi.*

2 Praesul non damnetur nisi cum 72 testibus; praesbiter vero cardinalis nisi cum 64 testibus non deponatur; diaconus autem cardinalis urbis Romae, nisi cum 27 testibus non condemnabitur. *cap. praesul. 2 90, 5, caus.*

Se les vé sucesivamente presidir los concilios generales, ó tratar en calidad de embajadores con los emperadores de Oriente y los reyes de Occidente acerca de los intereses más graves de las sociedades modernas; administrar la misma Iglesia estando vacante la santa sede y ejercer en los cónclaves la gloriosa prerogativa de dar un gefe á la cristiandad 1.

Todos aquellos personajes venerables á quienes íbamos á ver por la primera vez reunidos al rededor del Vicario de Jesucristo, exceden, pues, en dignidad, á los obispos, á los arzobispos, á los patriarcas y á los primados 2. Si es grato ver á un rey en medio de sus grandes oficiales, permítansenos decir, que nos parece más grato contemplar al soberano pontífice rodeado de su augusta corte.

Tanta grandeza y poder debian rodearse de ese brillo exterior necesario, como se dice, para atraer el respeto. Los soberanos pontífices tuvieron cuidado de real-

1 Hasta el siglo undécimo, el soberano pontífice era elegido por todo el clero con el *testimonio* del pueblo. Para evitar los inconvenientes anexos á este modo de hacer la eleccion, el papa Nicolás II, en 1059, decidió en el concilio de Roma, que los cardenales tuviesen la principal parte en la eleccion pontifical, pero que el clero y el pueblo fuesen consultados, rogados, para dar su consentimiento. "Decernimur atque statuimus "ut obeunte hujus Romanae universalis Ecclesiae "Pontifice, in primis cardinalis episcopi diligentissime simul de electione tractantes, mox "Christi clericos cardinales adhibeant, sicque reliquos clericos et populos ad concensum novae "electionis accedat." Cap. in *nomini Domini*, 1, dist. 23.—Este nuevo modo de eleccion duró hasta el tiempo de Alejandro III, en 1179. Habiéndose manifestado todavía algunas dificultades, este soberano pontífice decidió en el concilio general de Letran: que debia tenerse por canónicamente elegido aquel que reuniese las dos terceras partes de los votos de los cardenales, excluyendo en adelante al clero y al pueblo de la eleccion. Tal es el modo actual confirmado por los siglos, por los soberanos pontífices y por los concilios generales. Véase á Barbosa, *Jus. Eccl. unio. lib. I, c. I, n. 55.*

2 Sanctae Romanae Ecclesiae cardinales caeteros omnes, etc. Ferraris, art. *Cardin.*

zar con distinciones y privilegios la dignidad de los príncipes de la Iglesia. En el Concilio general de Lyon, en 1244, Inocencio IV les concedió el derecho de llevar sombrero rojo; Paulo II añadió á éste el de usar birrete y solideos rojos, prohibiendo, bajo penas graves, que otro que no fuese cardenal se adornase del mismo modo; en fin, fijó el caparazon de púrpura para sus cabalgaduras, cuando el Sacro Colegio salía á caballo. El título de *eminencia*, de *eminentísimo*, dado á los cardenales, con exclusion de otro dignatario de la iglesia, data de Urbano VIII. Pero uno de los más gloriosos privilegios de los cardenales, es el derecho de conseguir gracia para un criminal condenado á muerte. Si, el día de una ejecución, encuentra el lúgubre cortejo á un cardenal, que sale de su palacio sin designio premeditado, se deja libre al culpable. ¿Es éste un recuerdo del antiguo privilegio de las vestales? Casi me vería tentado á creerlo, tanto así gusta Roma cristiana de conservar los nobles usos de la antigüedad.

Una regla severa, pero llena de sabiduría, prohíbe á los cardenales andar á pié por las calles de Roma; no pueden bajar del coche hasta despues de haber pasado el recinto de las murallas. La iglesia no quiere confundirlos con la multitud y exponerlos á una falta de respeto, aun involuntaria; esta regla es inflexible. El cardenal de Rohan, arzobispo de Besançon, se hallaba en Roma despues de la revolución de Julio y quiso que se le dispensara de la regla. Los malos tratamientos que habia sufrido el cardenal, el destierro á que habia sido condenado, su ilustre nacimiento, su rara piedad, el afecto particular con que le honraba el soberano pontífice, eran, al parecer, títulos ciertos en favor de su solicitud. Un día, pues, se presenta en el Vaticano: Santísimo Padre, le dice, tengo una gracia que pidiros.—Ha-

blad.—Estoy alojado cerca de la Trinidad; de los Montes en cuya iglesia digo misa; ruego á vuestra Santidad que me permita ir á ella á pié.—Pedidme todo lo que queráis; pero de eso no hablemos; me es imposible concedéroslo.

Sin embargo, todos aquellos príncipes de la iglesia á quienes veis recorrer las calles de Roma en dorados coches, tirados uniformemente por caballos negros de largas crines, son, en su interior, de una sencillez y de una afabilidad que encantan. Bajo la púrpura brilla la humildad del capuchino, la ciencia del benedictino y la caridad del camandulense. Su vida es muy ocupada; como gefes de las congregaciones romanas protectoras de los órdenes religiosos, el estudio, las audiencias papales, el cuidado de los pobres, las obras de caridad, las instituciones científicas y caritativas, y el estímulo y apoyo que dan á las artes, absorven su tiempo y sus módicas rentas. No hay un viajero que no se llene de admiración al ver los espléndidos monumentos levantados en las iglesias de Roma á espensas de los cardenales titulares.

Acababa yo de pasarles revista á todos, cuando nuestro coche se detuvo al pié de la gran escalera que conduce á la capilla Sixtina. Llegamos al empezar el oficio y pudimos colocarnos de modo que podíamos ver bien. Es sabido que la capilla Sixtina es una de las glorias de Miguel Angel. El gran artista pintó la bóveda en veinte meses. Allí veis la creación; los principales rasgos del Antiguo Testamento; más abajo, en los ángulos y en las ventanas, están los profetas y las Sybilas; es toda la epopeya del género humano, porque el desenlace de todas las cosas, el *Juicio final*, adorna el fondo de la capilla. Este famoso fresco, gloriosamente copiado por Sigalon, ha sufrido mucho. No es por eso ménos admirado de los ar-

tistas; pero concienzudamente y aunque haya costado tres años de trabajo á su autor, no carece de un defecto. ¿Cómo creer, por ejemplo, que el día del juicio ha de tener Nuestro Señor el aire enojado de un simple mortal, la actitud convulsiva de Júpiter lanzando el rayo, ó de Neptuno reprendiendo á las olas? Es fácil describir en esta falta de verdad, la repugnante influencia del mito olímpico, en el génio del artista cristiano.

Entretanto se reunia la asamblea. Los superiores de las órdenes, con diferentes trajes, llegaban á ocupar sus lugares al lado de la epístola. En frente de ellos se levantan las sillas de coro de los cardenales, situadas á derecha é izquierda del recinto reservado. A poco, los príncipes de la iglesia, trayendo la muceta de blanco armiño, la *cappa magna* violeta, llegaron seguidos por sus caudatarios y se colocaron en las sillas situadas á uno y otro lado del coro. Repentinamente se abrió una puerta á la derecha del altar; apareció el soberano pontífice; todo el mundo se puso en pié, el augusto anciano vestia la capa pluvial y la mitra blanca. Despues de una corta adoración al pié del altar, subió á su trono levantado en el santuario, al lado del Evangelio; un obispo estaba en el altar.

¡Qué imponente golpe de vista presentaba la capilla Sixtina! Todos los príncipes de la iglesia, la mayor parte ancianos de cabellos blancos, rodeando al pontífice supremo, anciano tambien, encanecido por trabajos y cuidados! La majestad de sus frentes, el religioso silencio de los asistentes, todo esto formaba un espectáculo que conmovia profundamente el alma del viajero cristiano. ¿Puede la vista humana contemplar una asamblea más augusta? ¿Qué corte de Europa y del mundo, presenta un senado en que se encuentren reunidas, tanta gravedad y ciencia, tantas virtudes y experiencia, de los hombres y de las cosas?

Mis miradas se fijaron particularmente en el decano del Sacro Colegio, el ilustre cardenal Pacca. Me acordé con ternura de que en 1810 aquel venerable anciano fué lanzado de Roma con el papa Pio VII, sin tener entre los dos otro recurso que *treinta y cinco* sueldos en el bolsillo! Miré con una curiosidad mezclada de espanto al cardenal Mezzofanti, á esa *Pentecostés viviente*, á ese prodigio único en la historia, que habla treinta y tres lenguas, cada una con su acento particular y que comprende otras cuarenta y ocho ó cincuenta, sin contar los dialectos (*patois*).

Comenzó el oficio, y fuimos testigos de muchas ceremonias llenas de sentimiento y de majestad. Antes de la misa, todos los cardenales fueron á besar la mano al papa, dulce homenaje rendido por los príncipes de la iglesia al augusto anciano, padre, rey y pontífice. En el Evangelio, un religioso subió al púlpito y pronunció en latin un discurso de cerca de un cuarto de hora. Segun antigua costumbre, solo en este idioma se predica delante del Santo Padre. Acabado el sermón, toda la asamblea se puso de rodillas y el celebrante comenzó el *Confiteor*, que todo el mundo rezó como él en alta voz. ¡Cuán bien colocado está este *Confiteor*! El orador, tal vez tenga que reprocharse el no haber tratado la palabra de Dios con bastante respeto y pureza de intención: *Confiteor*. El auditorio ha carecido tal vez de atención y del deseo de aprovecharse de esa palabra de quien nos ha de juzgar: *Confiteor*. Todos tienen necesidad de humildad, porque la humildad es el mejor medio de suplir las disposiciones que se han despreciado y de llamar nuevos favores: *Confiteor*.

En el *Credo*, bajó el Sacro Colegio de las sillas y vino á formar como una herradura delante del santuario. ¡Y hubiérais oído á todos aquellos príncipes del mundo, de blancos cabellos, en pié, ante el altar

del Cordero, rezar en voz alta el símbolo católico; y ese mismo símbolo se repetía á la misma hora, el mismo día, por millones de católicos y por todas partes del globo, y hé aquí que la unidad y la universalidad de la fe se hacían en cierto modo palpables! Después de la profesión de fe, volvieron los cardenales á su lugar. Al *Sanctus* bajaron de nuevo y se colocaron como en el *Credo*, en círculo, en el interior de la nave; todos reunidos repitieron el himno de la eternidad: "*Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus*, etc. Luego vimos á todos aquellos ancianos arrodillarse, y despojando sus blancas cabezas del rojo solideo, insignia de su dignidad, se inclinaron hasta la tierra para adorar al Dios humillado en el altar. ¿No era ésta una visión del cielo? "Y yo ví, dice San Juan, á los "veinticuatro ancianos prosternados ante "el trono del Cordero, y les oí repetir: "*Santo, Santo, Santo es el Señor, el Dios de "los ejércitos.*" Acabada la elevación, volvieron todos á su lugar á esperar el ósculo de paz, que les fué llevado por el arcediano, y que se dieron abrazándose. Yo lo confieso, nunca la religión me había parecido tan sublime, tan majestuosa, tan llena de inefables misterios, como en aquella misa, única en la tierra, á causa de la asamblea que la oía. Tal fué el principio de nuestro día: he aquí el fin:

Roma es la ciudad de los contrastes. Como Rebeca, ella tiene dos mundos opuestos en sus entrañas. Gustábamos de pasar del uno al otro, buscábamos las grandes antítesis de Roma pagana y de Roma cristiana, y en cuanto fuera dado exponíamos nuestra alma á su poderosa acción el mismo día, á la misma hora. Este tránsito continuo de una impresión á otra, forma la delicia del peregrino: su vida se duplica. Algunas horas después de nuestra salida de la capilla Sixtina, iba yo á descansar bajo los tibios rayos del sol de Italia,

en la vertiente oriental del Palatino, que habíamos visitado ya la víspera.

Ya hacia algunos días que yo me tenía reservado este punto de observación, creyendo que si Jeremías viniese á meditar sobre las ruinas de Roma, no escojería otro lugar. Allí, sentado sobre el polvo del palacio imperial de Augusto y de Neron, tenéis á poca distancia el arco de Tito, el arco de Constantino y el Coliseo, que forman delante de vos como un vasto triángulo. Edificado sobre las fronteras del mundo antiguo y del mundo nuevo, en la época en que el judaísmo y el paganismo disputaban á la iglesia naciente el imperio de la humanidad, esos tres monumentos, indestructible soldadura de la historia profana y de la historia cristiana, inmortalizan con el nombre de sus tres potencias beligerantes, la existencia, los medios y el resultado de la gran lucha.

El primero que se presenta á la vista, es el arco de Tito; repite en su doble inscripción, grabada por manos romanas, la antigua profecía de Daniel, el deicidio del Calvario; recuerda al príncipe extranjero, caminando á la cabeza de su ejército, destruyendo á Jerusalem y llevando cautivos á los hijos de Israel; declara también el resultado de la lucha comprometida por aquel pueblo contra Cristo en persona, y enseña á todas las generaciones el efecto de aquella palabra deicida: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*

El segundo es el Coliseo; este espantoso monumento atestigua la incalculable degradación de la humanidad en los días del cristianismo naciente, la guerra á muerte que el paganismo, elevado á su mayor poder, hizo á la iglesia, y el brillo refulgente del milagro que dió la victoria al débil contra el fuerte, á las víctimas contra los verdugos, ¡y aquella sangrienta arena fué pisoteada por los judíos prisioneros de Tito! ¡Oh Salvador Jesus, Cordero domina-

dor del mundo! ¡os era necesario un campo de batalla para vencer con brillo, y habeis querido que vuestros mismos enemigos, los paganos y los judíos, levantasen con sus propias manos el teatro inmortal de su derrota y de vuestra victoria!

El tercero es el arco de Constantino. Volviendo nuestras miradas hácia la derecha, se encuentran con aquel elocuente y fiel testigo de la completa victoria del cristianismo sobre el mundo.

El arco de Constantino, vencedor del paganismo, es superior al de Tito, vencedor de una nación particular. Contiene tres bóvedas arqueadas. Abajo de la gran bóveda se lee por una parte:

LIBERATORI VIBIS.

"Al Libertador de Roma."

Del otro lado:

FUNDATORI OVIETIS.

"Al fundador de la paz."

Encima del piso se encuentra repetida en cada lado del monumento la inscripción por siempre célebre, que proclama al príncipe cristiano *divinamente* vencedor:

IMP. CES. FL. CONSTANTINO MAXIMO P. F.
AUGUSTO S. P. Q. R.

QVOD INSTINCTV DIVINITATIS LENTIS
MENTIS MAGNITUDINE COM EXERCITU SVO
TAM DE TYRANNO QVAM DE OMNI
EJUS FACTIONE VNO TEMPORE
IUSTIS REMPUBLICAM VLTOS EST ARMIS
ARCVM TRIUMPHIS INSIGNEM DICAVIT.

"Al emperador muy grande y siempre feliz César Flavio Constantino Augusto, dedican este arco triunfal el Senado y el pueblo romano, por haber vengado á la República con su ejército en una guerra justa, mediante la inspiración de la divinidad y la grandeza de su genio, del tirano y de toda su turba."

Y los tres monumentos que yo contem-

plaba, son contemporáneos de los hechos que atestiguan; los dos primeros son debidos á manos nada sospechosas, y el tercero atestigua un hecho brillante como el sol.

Están allí á cincuenta pasos de distancia ¡y los bárbaros que destruyeron tantos otros, los han respetado! Si agregáis el Panteón de Agrippa, vereis entonces que de todos los edificios de la antigua Roma, los mejor conservados, los más incontestablemente íntegros, son precisamente aquellos que atestiguan los grandes hechos del cristianismo. ¿No os parece visible el dedo de la Providencia en la conservación excepcional de estos monumentos? ¿Cómo no arrodillarse en presencia de semejante espectáculo, y decir desde el fondo del corazón: *Dios mío, yo creo?*

Vistas con los ojos de la filosofía y de la fe, las grandes ruinas romanas tienen una maravillosa elocuencia; las más pequeñas tienen también la suya. Dios y el hombre se reúnen allí, porque el cristianismo vencedor, y el paganismo vencido, están allí, por todas partes el uno en presencia del otro. Obra del hombre, la vieja ciudad de Rómulo no presenta por todas partes más que un vasto conjunto de templos, de palacios, de acueductos, de mausoleos mutilados, mitad en pie y mitad ocultos en el suelo. Obra de Dios, la Roma de San Pedro y de Gregorio XVI, siempre radiante de juventud, aunque la cruz del Calvario haya coronado el Capitolio más largo tiempo que el águila imperial, lanza tranquilamente hácia el cielo las cúpulas de sus templos; domina, protege, cubre con su égida todo aquello que Dios trata de salvar de la Roma antigua. Por todas partes veis un despojo del paganismo venir á refugiarse bajo el ala de la religión, para escapar de la completa ruina. Semejantes á los cautivos que acep-

tan toda especie de condiciones con tal de que se les conceda la vida, las viejas glorias de Roma se someten á todos los usos. Ya son templos cristianos, tumbas de mártires, columnas, pedestales, humildes umbrales, y hasta pavimento de la casa del vencedor. Les basta que la hija del cielo se digne tocarlos con el dedo, para estar contentos. Esto es para ellos la prenda de la inmortalidad. Podría decirse que ellos se acuerdan de los bárbaros, y de su terrible martillo, que les ha dejado eternas cicatrices. Para escapar de nuevas devastaciones, suspiran despues por verse adoptados por aquella pobre iglesia, cuya sangre habian bebido en los dias de su gloria.

¡Cuántas veces se ve arrebatado de admiracion el viajero católico, á vista de todos aquellos obeliscos, en otro tiempo levantados en honor de los potentados del antiguo mundo, cuando lee en su base: *Erigido á Augusto, á Marco-Aurelio, á Trajano*; y poco mas arriba: *Reparado por Sixto, por Clemente, sucesor del pescador galileo*; y cuando en su vértice ve brillar la estatua de San Pedro, de San Pablo, de María, ó la Cruz! Hay en esto, si no me engaño, historia y poesía. Hay más todavía; ese doble espectáculo de la derrota y de la victoria que se encuentra á cada paso, es una grande enseñanza para el corazón. En el alma séria eleva á su mayor poder, el desprecio de todo lo que es del hombre, y la admiracion de todo lo que es de Dios. Ahora, viajeros, artistas, peregrinos, quienes quiera que seais; si á vista de los monumentos romanos, se reúnen esos dos sentimientos para alejaros de todo aquello que pasa, y acercaros á todo lo que no pasa, habreis llegado á ser mejores y podreis decir: He visto á Roma; si nó, nó.

20 DE DICIEMBRE.

La *Meta sudans*.—El Coliseo.—Primeras impresiones.—Descripcion del Coliseo.—Descripcion de los combates.—Martirio de San Ignacio.—El Coliseo, Capitolio cristiano.

Ayer era demasiado tarde para entrar al Coliseo. Además, me habia propuesto no visitar, sino hasta hoy, el Capitolio de los mártires. Tenia para esto una razon, que diré muy pronto. Llegamos á buena hora, y con un tiempo soberbio, al colosal monumento. La *Meta sudans*, que se levanta á pocos pasos, llamó nuestra atencion. Es una ruina de cuya mitad se desprende una masa de ladrillos y piedras, semejante á las columnas ó límites de los antiguos circos; de aquí le viene el nombre de *Meta*. La columna coronada por una estatua de Júpiter, estaba perforada en el centro, y formaba un ancho tubo, del cual brotaba, para caer en un vasto recipiente de mármol, una de aquellas fuentes tan comunes en la ciudad de los Césares. El agua venia del monte Esquilino, y servia para las varias necesidades del anfiteatro y de los espectadores.

Por fin avanzamos hasta el Coliseo. De pié ante aquella gigantesca ruina, cuyo vértice alcanza la vista con trabajo, enmudece de estupor el viajero. Dos sentimientos absorben el alma toda entera: una profunda indignacion, y una compasion más profunda aún. ¡Hé ahí esos monumentos que necesitaba el pueblo romano para ver correr la sangre á su gusto! y aquí ¡qué torrentes de sangre corrieron! aquí fueron degollados y devorados á millares nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras madres, nuestras hermanas en la fe, ¡inocentes ovejas del divino Pastor!

1 Ad cujus summitatem ægre visio humana conscendit. *Am. Marcell.*

¡Con qué inexplicable felicidad miramos la cruz colocada en el centro de la arena misma! ¡Salud, signo de victoria, único en pié entre las ruinas del Coliseo y en las alturas del Capitolio!

Fieles á nuestro plan, estudiamos el anfiteatro, bajo el punto de vista pagano y bajo el punto de vista cristiano. El Coliseo, edificado en el lugar mismo de los estanques de Neron, fué comenzado por Vespasiano y acabado por Tito. 1 El vencedor de Jerusalem hizo trabajar en él sin descanso á los hijos de Abraham, á quienes habia llevado cautivos. Dicese que doce mil judíos sucumbieron en el trabajo; ¡singular destino de aquel pueblo que edificó por cuenta de sus opresores el Coliseo en Occidente y las Piramides en Oriente! Terminada la obra, se la dedicó Tito á su padre Vespasiano, dando en ella juegos que duraron ciento veinte dias y en los cuales se presentaron cinco mil fieras y cerca de diez mil gladiadores. 2

El Coliseo forma un inmenso óvalo cuya altura es de 157 piés y su circunferencia de 1641. Antes de entrar al interior le dimos vuelta por fuera; éste es el modo de conocerlo bien en mi concepto. Tres cosas fijaron al punto nuestra atencion: la naturaleza de la construccion, los pórticos y las puertas.

Los cimientos subterráneos con gruesos pedazos de piedra ó travertín cortados en cuadro y el resto de anchos ladrillos fuertemente unidos, tal es el sistema ordinario de las antiguas construcciones romanas. No es lo mismo en el Coliseo. El gigantesco monumento es desde la base hasta la cima todo de piedra de Tivoli, especie de mármol, fuerte, duro y resistente al fuego. A flor de tierra se encuentran, uno al lado

1 Hic ubi conspicui venerabilis amphiteatri. Erigitur moles stagna Neronis erant.

Mart. *Epig. II. Spectacul.*

2 Cassiod. *In Chron.*, etc.

del otro, dos pórticos circulares que rodean todo el edificio. El pórtico exterior servia de entrada y comunicaba, ya con el pórtico exterior, ya con las escaleras que conducen á los pórticos superiores. Estos á su vez contenian en amplísimas galerías á olas de espectadores que colocaban en las gradas del anfiteatro *vomitória*. El pórtico exterior tenia un doble uso: el de pasear allí durante las calores y el de proporcionar un abrigo cómodo á los asistentes cuando la lluvia venia á sorprenderlos. Encima del pórtico exterior se levantan otros muchos que contribuyen á embellecer los diversos órdenes de arquitectura.

El orden *dórico* reina en las pilastras inferiores y en los arcos y columnas de bajo relieve. El orden *jónico* brilla en todos los arcos superiores y en las pilastras sin columnas. Viene en tercer lugar el orden *corintio*. Más noble que los dos primeros, reina con gracia y majestad en los arcos abovedados y en las pilastras de los pórticos más elevados. Desde allí hasta el techo no veis más que arcos y grandes ventanas con pilastras de orden *compuesto*. Entre estas anchas ventanas aparecen las consolas que sostenian las vigas de madera revestidas de bronce dorado y destinadas á sostener el *velarium*. En fin, una magnífica corniza, de la cual subsisten algunas ruinas, coronaba la inmensa construccion.

Las puertas del Coliseo son de dos especies: las grandes y las pequeñas. En los dos extremos del óvalo se abren las dos grandes puertas y forman dos arcos de una belleza y de una dimension extraordinarias. Además, la que mira al *Forum*, es un poco menos grande que la otra. Todos convienen en que por la primera se introducía á los gladiadores y á los desgraciados que eran condenados á las fieras. La segunda, vuelta hácia San Juan de Letran, daba entrada á las máquinas, á los

tan toda especie de condiciones con tal de que se les conceda la vida, las viejas glorias de Roma se someten á todos los usos. Ya son templos cristianos, tumbas de mártires, columnas, pedestales, humildes umbrales, y hasta pavimento de la casa del vencedor. Les basta que la hija del cielo se digne tocarlos con el dedo, para estar contentos. Esto es para ellos la prenda de la inmortalidad. Podría decirse que ellos se acuerdan de los bárbaros, y de su terrible martillo, que les ha dejado eternas cicatrices. Para escapar de nuevas devastaciones, suspiran despues por verse adoptados por aquella pobre iglesia, cuya sangre habian bebido en los dias de su gloria.

¡Cuántas veces se ve arrebatado de admiracion el viajero católico, á vista de todos aquellos obeliscos, en otro tiempo levantados en honor de los potentados del antiguo mundo, cuando lee en su base: *Erigido á Augusto, á Marco-Aurelio, á Trajano*; y poco mas arriba: *Reparado por Sixto, por Clemente, sucesor del pescador galileo*; y cuando en su vértice ve brillar la estatua de San Pedro, de San Pablo, de María, ó la Cruz! Hay en esto, si no me engaño, historia y poesía. Hay más todavía; ese doble espectáculo de la derrota y de la victoria que se encuentra á cada paso, es una grande enseñanza para el corazón. En el alma sería eleva á su mayor poder, el desprecio de todo lo que es del hombre, y la admiracion de todo lo que es de Dios. Ahora, viajeros, artistas, peregrinos, quienes quiera que seais; si á vista de los monumentos romanos, se reúnen esos dos sentimientos para alejaros de todo aquello que pasa, y acercaros á todo lo que no pasa, habreis llegado á ser mejores y podreis decir: He visto á Roma; si nó, nó.

20 DE DICIEMBRE.

La *Meta sudans*.—El Coliseo.—Primeras impresiones.—Descripcion del Coliseo.—Descripcion de los combates.—Martirio de San Ignacio.—El Coliseo, Capitolio cristiano.

Ayer era demasiado tarde para entrar al Coliseo. Además, me habia propuesto no visitar, sino hasta hoy, el Capitolio de los mártires. Tenia para esto una razon, que diré muy pronto. Llegamos á buena hora, y con un tiempo soberbio, al colosal monumento. La *Meta sudans*, que se levanta á pocos pasos, llamó nuestra atencion. Es una ruina de cuya mitad se desprende una masa de ladrillos y piedras, semejante á las columnas ó límites de los antiguos circos; de aquí le viene el nombre de *Meta*. La columna coronada por una estatua de Júpiter, estaba perforada en el centro, y formaba un ancho tubo, del cual brotaba, para caer en un vasto recipiente de mármol, una de aquellas fuentes tan comunes en la ciudad de los Césares. El agua venia del monte Esquilino, y servia para las varias necesidades del anfiteatro y de los espectadores.

Por fin avanzamos hasta el Coliseo. De pié ante aquella gigantesca ruina, cuyo vértice alcanza la vista con trabajo, enmudece de estupor el viajero. Dos sentimientos absorben el alma toda entera: una profunda indignacion, y una compasion más profunda aún. ¡Hé ahí esos monumentos que necesitaba el pueblo romano para ver correr la sangre á su gusto! y aquí ¡qué torrentes de sangre corrieron! aquí fueron degollados y devorados á millares nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras madres, nuestras hermanas en la fe, ¡inocentes ovejas del divino Pastor!

1 Ad cujus summitatem ægre visio humana conscendit. *Am. Marcell.*

¡Con qué inexplicable felicidad miramos la cruz colocada en el centro de la arena misma! ¡Salud, signo de victoria, único en pié entre las ruinas del Coliseo y en las alturas del Capitolio!

Fieles á nuestro plan, estudiamos el anfiteatro, bajo el punto de vista pagano y bajo el punto de vista cristiano. El Coliseo, edificado en el lugar mismo de los estanques de Neron, fué comenzado por Vespasiano y acabado por Tito. 1 El vencedor de Jerusalem hizo trabajar en él sin descanso á los hijos de Abraham, á quienes habia llevado cautivos. Dicese que doce mil judíos sucumbieron en el trabajo; ¡singular destino de aquel pueblo que edificó por cuenta de sus opresores el Coliseo en Occidente y las Piramides en Oriente! Terminada la obra, se la dedicó Tito á su padre Vespasiano, dando en ella juegos que duraron ciento veinte dias y en los cuales se presentaron cinco mil fieras y cerca de diez mil gladiadores. 2

El Coliseo forma un inmenso óvalo cuya altura es de 157 piés y su circunferencia de 1641. Antes de entrar al interior le dimos vuelta por fuera; éste es el modo de conocerlo bien en mi concepto. Tres cosas fijaron al punto nuestra atencion: la naturaleza de la construccion, los pórticos y las puertas.

Los cimientos subterráneos con gruesos pedazos de piedra ó travertino cortados en cuadro y el resto de anchos ladrillos fuertemente unidos, tal es el sistema ordinario de las antiguas construcciones romanas. No es lo mismo en el Coliseo. El gigantesco monumento es desde la base hasta la cima todo de piedra de Tivoli, especie de mármol, fuerte, duro y resistente al fuego. A flor de tierra se encuentran, uno al lado

1 Hic ubi conspicui venerabilis amphitheatri. Erigitur moles stagna Neronis erant.

Mart. *Epig. II. Spectacul.*

2 Cassiod. *In Chron.*, etc.

del otro, dos pórticos circulares que rodean todo el edificio. El pórtico exterior servia de entrada y comunicaba, ya con el pórtico exterior, ya con las escaleras que conducen á los pórticos superiores. Estos á su vez contenian en amplísimas galerías á olas de espectadores que colocaban en las gradas del anfiteatro *vomitaria*. El pórtico exterior tenia un doble uso: el de pasear allí durante las calores y el de proporcionar un abrigo cómodo á los asistentes cuando la lluvia venia á sorprenderlos. Encima del pórtico exterior se levantan otros muchos que contribuyen á embellecer los diversos órdenes de arquitectura.

El orden *dórico* reina en las pilastras inferiores y en los arcos y columnas de bajo relieve. El orden *jónico* brilla en todos los arcos superiores y en las pilastras sin columnas. Viene en tercer lugar el orden *corintio*. Más noble que los dos primeros, reina con gracia y majestad en los arcos abovedados y en las pilastras de los pórticos más elevados. Desde allí hasta el techo no veis más que arcos y grandes ventanas con pilastras de orden *compuesto*. Entre estas anchas ventanas aparecen las consolas que sostenian las vigas de madera revestidas de bronce dorado y destinadas á sostener el *velarium*. En fin, una magnífica corniza, de la cual subsisten algunas ruinas, coronaba la inmensa construccion.

Las puertas del Coliseo son de dos especies: las grandes y las pequeñas. En los dos extremos del óvalo se abren las dos grandes puertas y forman dos arcos de una belleza y de una dimension extraordinarias. Además, la que mira al *Forum*, es un poco menos grande que la otra. Todos convienen en que por la primera se introducía á los gladiadores y á los desgraciados que eran condenados á las fieras. La segunda, vuelta hácia San Juan de Letran, daba entrada á las máquinas, á los

árboles copudos y á otros grandes mecanismos usados en ciertos juegos. Tal es la explicacion de aquella irregularidad aparente.

A la derecha y á la izquierda de las dos entradas principales, otras ochenta puertas forman un cordon continuo al rededor del anfiteatro, y por ellas entraban los espectadores. Están elevadas algunos pasos sobre el suelo, y conservan en el marco superior unos números ordinales que señalaban á cada clase de ciudadanos la puerta por la cual debían llegar más fácilmente á su lugar, para evitar la confusion. En la fachada que mira al arco de Constantino, hay una de esas puertas que no tienen número. La que está á su derecha está marcada con la cifra XXXVII; la de la izquierda con el número XXXVIII. Evidentemente en la puerta que está en medio de éstas, se ha omitido la numeracion. ¿Es esto un olvido involuntario? Nadie lo supone así. ¿Cuál es, pues, la causa de esta omision? Un estudio atento ha hecho creer que esta puerta sin número era la puerta imperial. La posicion del palacio de los Césares en el Monte Palatino, los adornos que decoran el pasillo correspondiente á esta puerta, la vasta sala que lo termina, todo viene á confirmar la conjetura de los sabios. 1

Entre estas puertas hay dos que no debo olvidar. La una se llamaba *Sandapilaria* ó *Libitinabis* (puerta de los Muertos); la otra *Sanavivaria* (puerta de los Vivos). Conviene saber que al Coliseo, como á todos los anfiteatros, estaba unido un lúgubre apéndice que era el *spoliarium*. Tendreis de él una idea si os figurais un vasto recinto á donde eran arrastrados por medio de ganchos de hierro los cadáveres de los hombres y de las fieras que habían muerto en los juegos, así como también los

1 Véase á Marangoni, *del Colosseo*.

desgraciados heridos de muerte á quienes el mazo ó el hacha de los *confectores* les arrancaba la vida por completo. Todos salían del anfiteatro por la puerta de los Muertos. Aquellos á quienes el fierro de los combatientes ó los dientes de los animales habían herido ligeramente, se iban por la puerta de los Vivos. De este modo, todo lo que había entrado á la arena salía ó por la puerta de la carne viva *Sanavivaria*, ó por la puerta de los ataúdes, *Sandapilaria* [1]. La inspeccion de los lugares conduce á creer que el *Spoliarium* del Coliseo estaba cerca de la puerta oriental. Agreguemos, para no olvidar nada, que no lejos de allí se ven las infames arcadas, *fornices*, en donde moraban las cortesanas. La morada de la disolucion junto al *Spoliarium* lleno de cadáveres, define bien á la sociedad pagana.

Antes de entrar al interior del Coliseo, nos acordamos de que no solo servía para los combates de hombres y de animales, sino también para batallas navales. Réstanos explicar cómo se llevaban las aguas á la arena. Siguiendo los pasos del inteligente guía que llevábamos, nos adelantamos hasta vernos á una ligera distancia de la vertiente del *Cælius* del lado de San Juan de Letran. Allí se ve un gran movimiento de terreno, que á decir de los arqueólogos, indica el lugar de un vasto receptáculo. Alimentado muy fácilmente por el acueducto de Claudio, comunicaba este receptáculo con el anfiteatro por medio de anchos canales, como se ve hoy todavía. Algunos agujeros practicados ordenadamente, de trecho en trecho, daban paso al río improvisado cuya velocidad

1 Esta noción ayuda á comprender las actas de Santa Perpetua y de Santa Felcitas. Dícese que no habiendo querido el pueblo romano que se expusieran de nuevo las dos mártires, fueron conducidas á la puerta *Sanavivaria*, en donde las recibió un catecúmeno llamado Rústico

aumentaban y en pocos minutos se cambiaba la arena en lague. El agua permanecía allí hasta que se quería, por que el fondo, era un pavimento de mármol perfectamente construido y cubierto con una espesa capa de arena.

En fin, penetramos, no sin sentir un movimiento de terror, al formidable Coliseo. Allí se ven la arena, el *podium*, las gradas y las azoteas.

La arena, *arena cavea*, es el espacio vacío en el cual combatían los animales y los hombres. En el centro se levantaba el altar portátil en el cual se comenzaba la función por inmolar una víctima humana, siempre que se celebraban juegos en honor de Júpiter *Latide* (1). En el lugar mismo de ese altar se levanta hoy la cruz del Dios Redentor, delante de la cual el primer movimiento del viajero es prosternarse, tan oprimida está su alma por este primer recuerdo y por otros mil que surgen en tropel del espectáculo que tiene á la vista. La arena del Coliseo tiene 285 piés de longitud, 182 de latitud y 748 de circunferencia. Está cubierta por cerca de quince piés de arena. Por una parte, no han querido los soberanos pontífices que la tierra que ha bebido la sangre de los mártires, fuese hollada por los piés de los viajeros y de los curiosos; por otra, la conservacion de las ruinas hacia necesaria esta precaucion.

1 Tertul *Apol.*—Cosa poco observada y que por lo mismo debe ser digna de observarse. Aquellos grandes espectáculos del Circo y del Coliseo eran fiestas religiosas, ó al ménos, inauguradas por la religion. El principio *ab Jove principium*, se aplicaba rigurosamente á todos los actos de la vida pública y de la vida privada. Roma pudo engañarse en la aplicacion del principio, pero hacer intervenir la religion en todas las cosas de la vida, es un principio verdadero, un deber sagrado. Entre nosotros, la religion no se mezcla ya en nada. Si pues todos los grandes pueblos, como todos los grandes hombres, fueron pueblos y hombres religiosos, ¿qué debe pensarse, qué debe esperarse de nosotros?.....

Al rededor de la arena está el *podium*, adorno de mármol de cerca de ocho piés de elevacion. Compuesto de anchas mesas de mármol fuertemente fijadas en la pared, y con columnas á guisa de pilastras, estaba coronado de una pesada reja de hierro, armada de puntas y se inclinaba hácia la arena. A la extremidad superior de la reja estaban adheridos pedazos de madera que giraban sobre goznes, de modo que el animal que trataba de asirse de ellos volvía á caer al punto. La seguridad de los espectadores exigía estas precauciones. Dando vuelta á la arena se ven de trecho en trecho largas aberturas practicadas en la base del *podium* y cerradas con fuertes rejas de hierro. Estas rejas se levantaban y bajaban á manera de los rastrillos de las puestas de nuestras antiguas ciudades, y daban paso á los animales encerrados en las cárceles. Llegado el momento iban los *bestiarios* á excitar á aquellos terribles combatientes, picándoles con una lanza y algunas veces con tizonas encendidos para enfurecerlos y hacerlos saltar á la arena.

Sobre el *podium* estaba el pabellon del emperador y de los Césares; á su derecha y á su izquierda las sillas de los pretores, de las *dulces* vestales y de todos los que tenían derecho á la silla curul. Más arriba se elevaban en forma de una gran herradura, muchas gradas. Separadas por pasillos formaban cierto número de divisiones, que se iban extendiendo á medida que se elevaban más; de aquí les viene el nombre de *cunei* que se les dió. En las catorce primeras gradas, encima del *podium*, estaban colocados los senadores, los caballeros romanos, los embajadores extranjeros y los principales magistrados; las otras estaban ocupadas por el resto de los ciudadanos. Las damas romanas, colocadas en las gradas superiores, formaban un brillante cordon al rededor del anfiteatro, y podían ver de una manera muy cómo-

da, no solo á los combatientes, sino tambien á los espectadores. Los escalones de las gradas estaban cubiertos con tablas ó con ricos cojines, á fin de que todos, hombres y mujeres, pudiesen ver degollar á sus semejantes, sin comprometer su salud. Pero esto no bastaba: al olor de la sangre debía mezclarse el olor de los perfumes. Desde el *podium* hasta la zotea, se elevaban de trecho en trecho tubos de metal dorado que despedían aguas perfumadas y caían en forma de finísimo rocío sobre los asistentes. Este rocío estaba perfumado con azafran y bálsamo. Todavía se percibe el lugar por donde salía de los tubos.

La azotea formaba una ancha esplanada, rodeada por una galería al frente, y daba lugar á doce mil espectadores. Desde allí, como ántes he dicho, se fijaban las numerosas vigas que detenían las cuerdas y las poleas destinadas á abrir ó á cerrar los *velarium*. El *velarium* era un inmenso velo de púrpura, sembrado de estrellas de oro, que cubría todo el anfiteatro, al cual daba la forma de una tienda. Servía para embellecer la escena, para refrescar á los espectadores con sus ondulaciones y protegerlos contra los ardores del sol. Una multitud de jóvenes marinos, *manuales*, encargados del cordaje, hacían las maniobras con una agilidad sorprendente.

El Coliseo contenía ochenta y siete mil lugares en el *podium* y en las gradas; 1 si se agregan los doce mil de la azotea, se tendrán cerca de cien mil espectadores, sin contar á los actores de aquella escena. Acordaos ahora de que el Coliseo tiene 157 piés de elevacion y 1641 de circunferencia, y si podeis, imaginaos ¡qué espectáculo debía presentar aquel colosal edificio, cuando los rayos del sol de Roma, inundándolo con su luz, hacían brotar mil

1 Pub. Viet. de *Region.*; Donati, lib. III, p. 193.

brillantes reflejos del magnífico pabellon de púrpura sembrado de estrellas de oro, y de sus vastas paredes de pulido mármol, enriquecidas con esculturas, columnas, estatuas y adornos de todo género! No preguntemos lo que habia costado aquel gigantesco monumento. Los autores antiguos se contentan con responder que Tito habia hecho correr en él un rio de oro. 1 Habrian debido añadir: torrentes de sangre y torrentes de lágrimas.

El Coliseo, por sus proporciones, por el lujo de sus adornos, por la naturaleza de los espectáculos que en él se daban, por el furor del pueblo, desde el emperador hasta el esclavo, por aquellos sangrientos juegos, reasume á la antigua Roma durante los tres últimos siglos de su existencia. Conocerlo á fondo, es contemplar cara á cara al mundo de entónces; porque es ver en el foco mismo á donde vienen á reunirse todos los rayos de luz dispersos acá y allá por los historiadores, sobre los increíbles misterios de la vida pagana. Ocupados de este pensamiento, salimos de la arena, y subiendo al *podium*, nos sentamos en el mismo lugar del pabellon imperial, para ver lo que pasaba en el Coliseo en los días del paganismo. No olvidéis que hoy es el 20 de Diciembre, último día de las fiestas *Sigilarias* con que celebran los romanos la clausura del año. Si, pues, en sen semejante día y en el año undécimo del reinado de Trajano, nos hubiésemos encontrado en el anfiteatro, hé aquí, al ménos en parte, lo que hubiéramos visto.

En lugar de arena, la *arena* está cubierta de vermellon; el altar de Júpiter está adornado; el vaso del victimario y el cuchillo sagrado, brillan cerca del tripié humeante. Encima de nuestras cabezas, los

1 Hoc tibi potentia principalis divitiarum profuso lumine, excogitavit ædificium fieri. Casiod., *Epist. variar.* 45.

manuales se resbalan con ligereza sobre los cordajes del *velarium*, preparan las poleas y disponen la salida del agua perfumada. Bajo nuestros piés, los leones, las panteras, los osos, rujen en las cárceles y hacen temblar á todo el Coliseo.

Abrese la puerta imperial y avanza el pretor envuelto en su rico manto de púrpura prendido en sus espaldas con un boton de oro; sube al *podium* y viene á ocupar el lugar de honor, porque el emperador está en Oriente; le siguen las vestales, vestidas de blanco, y luego los senadores, de manto blanco realzado de oro. Todos los pórticos se abren; ochenta y siete mil espectadores ocupan las gradas del anfiteatro; doce mil miran desde lo alto de la azotea. Entre el primero y último pórtico forman las matronas y sus hijas, brillantes de púrpura, de oro y de diamantes, una deslumbradora faja al rededor del anfiteatro. De repente reina un gran silencio; el sacerdote de Júpiter *Latiale*, se adelanta por la puerta que mira al arco de Tito; un *Pontificius* 1 llevado por los pretorianos, se mira al pié del altar; se le extiende allí; el *Flamen dialio* toma el cuchillo y degüella á la víctima. El pueblo aplaude á dos manos; Júpiter está contento; los juegos pueden ya empezar.

Inmediatamente despues, la música hace oír ruidosos instrumentos, y bajo la puerta por donde entró el sacerdote aparecen los *venatores*, armados para combatir á las fieras. Se forman en dos líneas y tienen un látigo en la mano con el que azotan al paso á los desgraciados que pasan desnudos por entre ellos y que son los *bestiarii*, víctimas entregadas á las bestias. No se les puede contar ¡son tan numerosos! La mayor parte son pobres esclavos fugitivos, ó prisioneros de guerra, cristianos ó cristianas, jóvenes y ancianos

1 Víctima humana.

encanecidos por la edad. Precedidas de un heraldo, dan vuelta á la arena aquellas víctimas, y al pasar delante de la tienda del emperador, se inclinan diciendo: *Cesar morituri te salutan.* «César, los que van á morir, te saludan.» 1

Entretanto, se divide á la tropa en pequeñas bandas, porque no se quiere que sea degollada de un solo golpe, porque se quiere prolongar la diversion. Los que deben morir primero quedan en la arena atados á los postes ó sujetos en redes; los otros se llevan de reserva á las cárceles. Todos los espectadores están impacientes. Las vestales ¡quién lo creería? las vestales dan la señal de la carnicería. Se levantan los rastrillos ó rejas, y los leones, los osos, las panteras, las fieras todas, picadas y quemadas poco antes por los gladiadores, se lanzan furiosas al anfiteatro, y ved ahí cabezas, brazos, piernas destrozadas, entrañas desgarradas que llenan de sangre la arena y el *podium*. El pueblo ha bebido la primera sangre, pero no se ha saciado, y quiere saciarse. Sigue el combate, y aparece á su turno cada tropa de *bestiarios*. Las emociones se hacen más vivas; más agrrables; el senado, las vestales, las matronas, los espectadores, piden con entusiasmo y palmoteando, nuevas bestias y nuevas víctimas. Se agota la fúnebre lista; ya no hay más carne humana que desgarrar, ni más sangre para el pueblo que beber.

¿Qué digo? Si los *bestiarios* han acabado, quedan los gladiadores; se les va á preparar su lugar. Los leones y las panteras vuelven á entrar en sus alojamientos. Los *confectores*, armados de ganchos,

1 En vez de estas palabras, los cristianos hacen oír á los jueces severas advertencias. Así, al pasar delante del balcon del procónsul Hilariano, los mártires de Cartago le dijeron: Tú nos juzgas en este mundo, pero Dios te juzgará en el otro.

arrastran los cadáveres al *spoliarium*. Dos de sus gefes se pasean en el vasto recinto libitinario: el uno se llama Mercurio, el otro Pluton, porque llevan las insignias de estas divinidades. Mercurio toca los cuerpos con un caduceo de hierro candente, para conocer á los que conservan todavía algunos principios de vida; Pluton aplasta con un mazo á los desgraciados que no tienen esperanza de curacion. 1 A los *confectores* suceden en la arena, jóvenes y bellos esclavos, elegantemente vestidos, que vienen á recojer con palas el polvo ensangrentado.

Durante esta operacion, los tubos distribuidos con arte en todas las partes del anfiteatro, destilan sobre los espectadores un odorífero rocío, que refresca el aire y lo purifica del acre perfume de la sangre. 2 Como un inmenso abanico, el *velarium*, bordado de oro, ondula sobre las cabezas; sinfonías y cantos mezclados con una orquesta de mil instrumentos 3; cien bufones, de trajes y maneras extravagantes y extrañas, divierten al pueblo, impaciente por nuevos combates.

Por fin hé aquí á los gladiadores. Llegan sobre carros brillantemente pintados de diversos colores, y dan la vuelta al anfiteatro. *Cesar morituri te salutant*, exclaman todos al pasar delante de la tienda del emperador. Echan pié á tierra, y se dispersan en la arena. Su vestido se compone de un *subligaculum*, pieza de tela roja ó blanca, que les llega hasta los muslos, y está levantada en las caderas y fija con un brillante cinturón de cobre cincelado. Un coturno de cuero azul ó un calzado de bronce, *ocrea*, forma su calzado; el resto del cuerpo está enteramente desnudo. Por armadura, unos llevan un pequeño escudo redondo; *parma*, un triden-

1 Senec., *Epist.* 93.

2 Id., *Quest Nat.*, II, 9, ep. 90.

3 Id. ep. 85.

te y una red; estos son los *reciarios*, *recitarii*. Otros una guadaña encorvada, un gran escudo redondo, *clipeus*, un casco coronado con una cresta roja, ó un pescado por cimera; estos son los *mirmillones*, la mayor parte infortunados compatriotas nuestros 1. Los *laquearios*, *laquearii*, están armados de una cuerda con la que tratan de extrangularse mutuamente, y no tienen por arma defensiva más que un escudo de cuero. Aquellos que veis armados con una espada, y con el brazo derecho cubierto con brazales pintados de azul, y con el izquierdo armado de un *clipeus*; con la cabeza cargada con un casco de alas, azul, y cuya cimera recibe una melena roja, son los gladiadores propiamente dichos, *gladiatores*. Unos están á pié, y otros á caballo.

Los *dimaqueos*, no tienen armas defensivas ni escudo, pero sí una espada en cada mano. Los *essedarios*, combaten en carros arrastrados por caballos. Los *andabates*, son aquellos desgraciados que tienen una venda en los ojos, y combaten como ciegos. Estos gladiadores, de diferentes especies, no luchan todos á la vez, sino sucesivamente. La variedad en el modo con que se da ó se recibe la muerte, multiplica los goces ó placeres de aquel pueblo envilecido. ¿Cuál es aquel batallón que se mira separado, que se prepara al combate real por justas simuladas, y que pasea por el anfiteatro su mirada tranquila? Reconoced en él á los *auctorati*, gladiadores que han vendido su vida por divertir al pueblo con el espectáculo de su muerte. En ese ejército, pronto á venir á las manos, hay combatientes llamados *sine missione*: uno solo no sobrevivirá al combate; les vereis morir á todos. Antes se ha tenido cuidado de anunciar en el programa de los juegos, si el combate ha de ser

1 Festus Lips. in *Satur.* lib. II. c. 7.

sin mision; éste es un medio de atraer á la multitud 1. Suenan las trompetas, y comienza la lucha. Las espadas se cruzan, chócense las lanzas, y corren olas de sangre; y no obstante, el pueblo se agita colérico en sus asientos; ¿cuál es la causa? Es aquel gladiador que trata de descargar sus golpes sobre la cabeza de su adversario.

¡Miserable! no sabe él que tales heridas producen ordinariamente una muerte instantánea; y ¿qué placer hay en ver morir á un hombre que no sufre? Matar á un gladiador del primer golpe, es atentar al buen gusto romano. Entretanto el combate se anima; pero aun no está todavía en el grado de calor que el pueblo quiere, y todo el anfiteatro se tiene por ultrajado y despreciado, cuando los gladiadores se matan con desaliento y no mueren con alegría. Un desordenado furor estalla contra estos desgraciados; una horrible ferocidad anima todos los semblantes; espantosos gritos hacen temblar el Coliseo; los espectadores, incluso las vestales, se levantan, dan rabiosos puntapiés en el suelo; y hacen gestos tan amenazadores, tan terribles, tan convulsivos, que se cree que están en el momento de bajar á la arena, para hacer pedazos á los tristes objetos de su innoble ira 2.

Pero ¿veis aquellos hombres que corren al extremo de la arena? Ellos son los comerciantes que han suministrado la comida gladiatorial 3. Vienen á azotar con correas y varas á aquel rebaño de tímidos combatientes; y empleando hasta el fuego, consiguen hacerlos un poco más intrépidos 4. El pueblo se venga de su cobardía, condenándoles casi á todos; dos ó tres úni-

1 Hodierna pugna non habet missionem. Apul., lib. II.

2 Senec., *de Ira*, I, 2.

3 Gladiatora sagina. Tac. *Hist.* II, 88, V.

4 Senec., *Ep.*, 37; Petron., 117.

camente reciben su perdon, dando un anillo y una vara, y una gorra de liberto. En vano tratan los demas de rendir las armas y enternecer á sus jueces; la manera humilde y trémula con que imploran la vida, no hace más que redoblar el odio encendido contra ellos. No solo perecen todos, [y en tiempo de Trajano perecieron diez mil] 1, sino que el pueblo, llevado de su ferocidad, y temiendo que alguna víctima fingiese la muerte que no le habia tocado, manda voltear los cuerpos por uno y otro lado, y hundir nuevas espadas en aquellos cadáveres insensibles y sangrientos 2.

Ademas, una larga peripecia ha tenido á los espectadores suspensos, y producido emociones deliciosas. Antes del golpe mortal, alguno ha recibido graves heridas, y las ha recibido con gracia, segun las reglas obligadas del combate.

A cada profunda queja, á cada caída de una víctima, se desprende un grito de todos los puntos del anfiteatro: *¡Hoc habet! ¡Hoc habet! ¡Vive! ¡Vive!.....* y una alegría satánica ilumina todos los semblantes. El desgraciado que ha caído, vuelve á levantarse, y poniendo una rodilla en tierra, pide humildemente gracia de la vida: su vencedor está allí paseando sus miradas por el anfiteatro, para saber la sentencia del pueblo. Si todos levantan á lo alto el dedo pulgar, se ha salvado; mas si nó, se le ha condenado. Va á morir; pero su muerte debe ser para los espectadores un placer nuevo y supremo. Es preciso que cada víctima sea arrojada á los piés de su adversario, en una caída que el arte ha hecho que no fuese ridícula 3, y tome la extremidad de la espada que le presenta su vencedor, levante en seguida la

1 Xiphil., *Trajan.* p. 247.

2 Lact., VI, 20.

3 Cic., *Tuscul.*, II, 17.

cabeza, y extiende hácia su garganta la punta homicida que debe acabar con su vida 1. Una explosion de alegría saluda cada ejecucion, y parte de todos los rangos, aun de la corporacion de vestales. Véanse á aquellas vírgenes, *tan dulces y tan modestas*, levantarse á cada golpe, extasiarse siempre que el vencedor hunde su espada en la garganta del vencido, y contar cuántas son las heridas con que el moribundo gladiador riega la tierra con su sangre 2.

Suena de nuevo la trompeta lúgubre, y se abre la *puerta de los Muertos*, dando paso á muchas centenas de cadáveres sangrientos y mutilados. Por la tercera vez, los elegantes esclavos han dispuesto de nuevo la arena, y ha cesado el combate de hombres contra hombres. El pueblo no se ha satisfecho; necesita nuevos placeres, es decir, sangre, siempre sangre; pero sangre vertida de otra manera, y la tendrá. Por vía de espera, tiene lugar un intermedio propio para excitar las repugnantes fibras de su alma, que de otro modo permanecerian aletargadas. Esclavos ricamente vestidos, traen estufas llenas de ardientes carbones. El pueblo ha leído el suceso de Mucio Scevola; pero no lo ha visto, y quiere verlo; porque hay en ese espectáculo un tormento que saborear. Un desgraciado, conducido por pretorianos, está obligado á extender el puño sobre aquellos braseros. Para obligarlo á esta horrible parodia, se le ha revestido con un traje azufrado, *tunica incendialis*, al cual están prontos á poner fuego dos

1 Senec., Ep. 30.—Santa Perpetua fué obligada á eso.

2 Consurgit ad ictus

Et quoties victor ferrum jugulo inserit, illa Delicias ait esse suas, pectusque jacentis Virgo modesta jubet conversa pollice rumpi. Prudent in Symmach. II, V, 1100-1115.

verdugos, á la menor señal de repugnancia 1.

Mientras el pueblo respira aquel humo de carne humana, han terminado los preparativos de la *caza*. Entran por la puerta occidental del Coliseo, las compañías de *bestiarios*, mientras que bajo la gran puerta se ve que avanzan, conducidas por un mecanismo invisible, montañas cubiertas de arbustos y de yerba. Por sus lados, súbitamente entreabiertos, se lanzan osos, leones, panteras y bisontes 2. Vuelve la carnicería, la sangre corre en olas, y los aplausos se elevan hasta el frenesí. Muy pronto, sobre la ensangrentada arena, yacen confundidos los animales y los hombres. Todo ha muerto, ménos algunos osos de los Alpes, y algunos leones de Numidia, que quedando dueños del campo de batalla, se pasean á través de los cadáveres, buscando nuevas víctimas. Aquellos terribles animales, nutridos con sangre y carne humana, se acuestan por fin á descansar sobre la arena, acabando de roer los huesos rotos de algunos bestiarios. Mas ¿por qué no se les vuelve á las cárceles? ¡Ah! porque deben servir para un nuevo espectáculo que hará estremecer de alegría veinte veces, y provocará la risa convulsiva del senado, de las vestales y del pueblo. En esos momentos es arrojado á la arena un esclavo, que se pasea de un extremo á otro, y que lleva una mano extendida, descansando en ella un huevo que no ha de dejar caer, y no ha de cerrar la mano. El temor, la palidez, las angustias de aquel desgraciado, los movimientos de los leones, sus sordos

1 Martial., VII, 30; Xiphil., 25.

2 Receptaculum omnium ferarum in amphiteatro exstructum erat instar navis, quæ capere simul et emittere posset ad feras quadrigentas; ea autem de subito occulte salutá exsiliabant ursi, leæ, panteræ, leones, struthiones, onagri, bisontes. Dio in Severo; id. in Neron; Vopisc. in Prob.

mugidos, excitan sensaciones deliciosas en todos los espectadores, que saltan de gozo cuando una mordida ó la garra de una fiera, hace pedazo al infortunado actor de aquel juego cruel. Se acerca ya la noche, y el pueblo impaciente pide todavía nuevos bestiarios; mas ya no los hay: ¡Y qué! ¿el pueblo romano se quedará sin diversion, y los leones sin pasto? Nó: el emperador mismo, Trajano, es el proveedor del Coliseo. ¿Cuál es esa agitacion de alegría que se manifiesta en todas las gradas del anfiteatro? Mirad aquel centurion que llega precipitadamente al *podium*, y que habla al pretor; le trae un despacho imperial. El anuncia la llegada de Ignacio, por sobrenombre Teóforo, obispo de los cristianos, y á quien el emperador envía de Oriente, para ser entregado á las fieras. ¡Qué felicidad!

En efecto, el año 116 de Jesucristo, el 20 de Diciembre, el mismo dia en que nosotros estamos en el Coliseo, Ignacio desembarcaba en Ostia. Llevado apresuradamente por los soldados encargados de su custodia, llegó á la gran Roma ántes de la puesta del sol, porque hoy es el último dia de los juegos. Presentóse el mártir á la puerta del anfiteatro, y levantándose en seguida el pretor, leyó al pueblo la misiva de Trajano: «Ordenamos que Ignacio, que dice llevar consigo al Crucificado, sea encadenado y conducido por soldados á la gran Roma, á fin de que sirva de pasto á las fieras, y de diversion al pueblo 1.» Un prolongado palmoteo atestigua la alegría y el reconocimiento del pueblo. El venerable anciano pasa por las filas de *venditores*, que le azotan y le arrojan á la arena. Al verle los cien mil espectadores, palmotean todavía y los leones arrojan espanto-

1 Ignatium præcipimus in seipso dicentem circumferre Crucifixum, vinctum a militibus in magnam Roman duci, cibum bestiarum, in spectaculum plebis futurum. Act. Sincer. S. Ignat., ap. Ruinart.

sos ruidos. Ignacio se arrodilla y dice: «Yo soy el trigo del Señor, y debo ser molido por los dientes de las fieras para convertirme en pan puro de Jesucristo.» Apénas ha hablado, cuando dos leones se arrojan sobre él y le devoran en un momento, sin dejar de su cuerpo más que los más gruesos y duros de sus huesos.

El mártir ha sido inmolado; pueblo feroz ¿estás satisfecho? No; como el tigre cuya sangre se altera, así Roma, que acaba de beber con delicia algunas gotas de sangre cristiana, quiere beber hasta embriagarse. Lo conseguirá todavía durante dos siglos; y un ejército de mártires vendrá siguiendo los pasos de San Ignacio á expirar en el anfiteatro. ¡Aplaudes, pueblo insensato, regocíjate á vista de sus tormentos! ¡Tú no sabes que su muerte victoriosa, hará caer los altares de tus dioses y erujir á tu Capitolio y á tu mismo Coliseo! Véanse en el número de aquellos gloriosos campeones á Eustaquio, capitán de caballería bajo Tito, en el sitio de Jerusalem; general de los ejércitos romanos bajo Adriano, y con él á su esposa y á sus dos hijos, nobles vástagos de las más antiguas familias; á las ilustres vírgenes Martina, Taciana y Prisca, las tres hijas de cónsules y de senadores; al senador Julio; á Marino, hijo de otro senador; á los obispos Alejandro y Eleuterio; á los jóvenes príncipes persas Abdon y Sennon; á doscientos soldados á la vez, y á una multitud innumerable de héroes y de heroínas, de todas edades y naciones, cuyo triunfo ilustró aquel Capitolio de los mártires. Recuerdos, emociones, enseñanzas profanas y cristianas; todo esto suministra el Coliseo. ¿Tengo razon en preguntar si hay bajo el cielo un libro más elocuente y más completo 1?

1 Para acabar de pintar al Coliseo y á la so-

21 DE DICIEMBRE.

Arco de Constantino.—Iglesia de San Clemente.—Antigüedad, forma primitiva.—El Cónsul Flavio-Clemente.—El pobre paralítico.—Bibliotecas.—Libreros.—Mendigos.—Rasgos de costumbres.

Los huesos de San Ignacio, recogidos con respeto por los hermanos que le ha-

ciudad pagana que había hecho de él su morada favorita, debemos decir que el día no bastaba para aquellos espectáculos, y que se les prolongaba durante la noche (a). El Coliseo se iluminaba con innumerables antorchas, y las escenas de carnicería volvían á empezar, continuaban, y se prolongaban durante dos, tres y hasta cinco días y cinco noches, sin interrupción (b). Se comía en el anfiteatro: los senadores, los caballeros romanos, las matronas mismas, convirtiéndose en gladiadores, bajaban á la arena, y el peligro que corrían estos nobles combatientes, redoblaba el placer de los espectadores. A los combates de tierra sucedían las batallas navales. Un día se vió la arena llena, no de agua, sino de vino, y en ella treinta y seis cocodrilos y con muchos hipopótamos que lucharon con los gladiadores subidos en barcos (c). Se ha calculado que aquel pueblo, rey del mundo pagano, pasaba casi dos terceras partes del año, en el teatro, en el anfiteatro y en el circo. Ahora se comprende toda la verdad de aquella degradante divisa, resumen de su vida: *Duas tantum res anxius optat, panem et circenses*. "Solo dos cosas desea con ansia; pan y Circo."

En cuanto á su furor por los espectáculos sangrientos, los siguientes pormenores agregados á los que preceden, podrán dar de él una débil idea. Los romanos no podían pasarse sin los combates de gladiadores, y por eso edificaron anfiteatros en todas las ciudades importantes del imperio, y los introdujeron hasta en sus festines, á donde corrían sin duda con más ardor que á los comicios mismos. (Strab., V, pág. 121). Siendo cónsul Ciceron, se vió obligado á dar una ley que hacia inhábil para candidato á aquel que ántes de las elecciones hubiese prometido al pueblo un presente de gladiadores: ¡tan seguro así era conseguir los votos haciendo semejante promesa! Los triunfadores, los ediles, los principales magistrados, los ricos ciudadanos, y sobre todo los

(a) Venationes, gladiatoresque noctibus ad lychnychos dedit: nec virorum modo pugnas, sed et feminarum Suet. in Domitian.; Xipil. in id; Statius in Sylvis etc.

(b) Cicer., *Epist. fam.* VIII, I; Spartian., *Hadrian.*, 7.

(c) Solin., 34, Dio, LV, p. 635.

bian acompañado desde el Oriente, fueron llevados por ellos y en triunfo á Antioquía. Más tarde fueron trasladados á Roma, y depositados en la venerable iglesia de San Clemente, situada á algunos pasos del anfiteatro. A fin de completar nuestras impresiones de la víspera, fuimos á rendir nuestros homenajes á aquellos restos tantas veces venerables. Delante de nosotros se encontraron de nuevo el Co-

emperadores, para ser agradables al pueblo, miraban como un deber proporcionar gladiadores. Se dieron primero cincuenta pares; luego, trescientos y despues setecientos. Trajano dió diez mil; y no pueden contarse los que dieron Tito, Donaciano y Heliogábalo. Algunos de aquellos monstruos coronados tenían tal pasión por aquellas horribles fiestas, que desde por la mañana bajaban al anfiteatro; y á mediodía, cuando el pueblo se retiraba á comer, ellos se quedaban en su lugar, y á falta de gladiadores designados, hacían combatir á los primeros que llegaban. (Suet. in *Claud.*) Julio César no se avergonzó de ser el Lanista del pueblo romano, y mantenía á sus expensas una escuela de gladiadores. (Suet. *Cæs.*, 26). Augusto adoptó esa institución, y los emperadores poseyeron gladiadores siempre prontos á combatir, á petición del pueblo. (Mart., *de Spect.* 22). Nunca hubieran podido bastar los prisioneros de guerra, los malhechores, ni los esclavos fugitivos, para aquel espantoso consumo de víctimas humanas, y entonces los cristianos se encontraron á propósito para suplirlos. Júzguese de la inmensidad de aquellas carnicerías prolongadas durante más de trescientos años, por el número de animales llevados á la arena. Llegaban por millares, y sucesivamente de todas las partes del mundo, los osos, los leopardos, los rinocerontes, los toros salvajes. Scipion Nasica y P. Léntulo hicieron aparecer en sus juegos 60 panteras y otros cuarenta animales, entre osos, como elefantes. (Tit-Liv., 44, 18). Scauro dió 150 panteras; Sylla 100 leones de melena; Pompeyo 600 leones, y de ellos 315 con melena, 410 panteras y 20 elefantes; César 400 leones; Drusso, 20 elefantes; Servilio, 300 osos y otras tantas fieras africanas; Tito, 5,000 fieras en un día; Trajano, 10,000 durante los juegos; Domiciano, 1,000 avestruces, 1,000 siervos, mil jabalíes, 1,000 girafas y otros animales herbívoros (a). Para subvenir á los gastos de los juegos, se imponían pesadas contribuciones de dinero á las provincias, y para tener animales se imponían á la naturaleza. Los gobernadores obligaban á sus administradores á hacer

(a) Plin., 8, 45, 16; c. Solin., 26, Vopise in *Prob. Mart. de Spect.* 23. etc. etc.

liseo y el arco de Constantino. En la puerta del anfiteatro, por donde entraron tantos héroes cristianos, se ha colocado una placa de mármol que repite la santidad de aquellos lugares bañados con la sangre de nuestros padres. A ejemplo de todos los peregrinos católicos, la besamos con respetuoso amor, pidiendo para nuestros amigos y para nosotros la fe de los mártires.

Nos detuvimos en seguida delante del arco de Constantino, para acabar el estudio de aquel monumento capital. Sus tres arcos abovedados son notables, tanto por la extensión de sus dimensiones, como por la elegancia de su forma. La disposición de los bajo-relieves y de las estatuas es también de un gusto irreprochable. En cuanto á los adornos, unos pertenecen á la mejor época, y otros enuncian la decadencia

de las ceremonias generales, cuyo producto se mandaba á Roma, adonde estos animales eran conducidos con enormes gastos, y despues se les encerraba en jaulas y se les alimentaba en los *varia*, hasta que se tenía necesidad de ellos (Procop. *de Bell. Gothic.*, 1). En fin, se hizo rara tal caza, y se dió una ley prohibiendo que se matara al león de Africa. (*Cod. Theod.*, t. VI, pág. 92.)

Tal era el mundo pagano en los días del cristianismo naciente. "Es necesario, dice un distinguido escritor, que los testimonios sean unánimes, que todas estas cosas nos sean referidas á veces con un débil movimiento de piedad, y más frecuentemente con una sangre fría indiferente; otros también con una alegría entusiasta. (Plin., *Paneg.*, 33), por aquellos que eran espectadores de tales cosas todos los días; es necesario que hayan permanecido en pie cien años, que hayamos podido nosotros penetrar á la caverna en donde acababan de arrancar la vida á las víctimas, al lugar en que estaban encerrados los leones y los tigres al lado del prisionero humano; que hayamos leído el programa de aquellas horribles fiestas; que hayamos recogido el billete que daba derecho á asistir á ellas; que los bajo-relieves antiguos nos hayan transmitido la imagen de aquellos espantosos placeres, para que podamos creer en ellos; para que el filósofo cristiano llegue á separar en el fondo del corazón del hombre, aquella repugnante fibra que ama el asesinato por el asesinato, y la sangre por la sangre (a).

(a) M. de Champagny, *los Césares*, t. I, p. 138.

cia del arte. Las ocho columnas de mármol precioso, las estatuas, muchos medallones de gran belleza, provienen de los arcos de Trajano y de Marco-Aurelio. Todo lo de inferior trabajo, es contemporáneo del edificio.

Esta mezcla da lugar á una cuestión importante. Si los artistas del siglo IV han tenido bastante gusto para levantar un arco de triunfo, cuyas proporciones y cuya disposición general nada dejan que desear, ¿se puede negarles racionalmente el talento necesario para la escultura, al ménos pasable, en los adornos secundarios? Si lo han tenido, ¿de dónde viene que han empleado piezas de todas hechuras? ¿de dónde viene, sobre todo, que el senado, guardian severo de los monumentos públicos, ha permitido, ha mandado mutilar, los arcos triunfales erigidos á los emperadores, que fueron los ídolos más queridos de los romanos, en honor de un príncipe cuyo imperio medio pagano todavía, más bien aceptaba el poder que lo amaba?—De este hecho anormal, no se encuentra más que una explicación. En el arco de Constantino, como en la mayor parte de las antiguas iglesias de Roma, la Providencia ha querido que los monumentos de los perseguidores mismos suministrasen los materiales de un edificio destinado á perpetuar, de generación en generación, el brillante triunfo del cristianismo y la sustitución milagrosa, una Roma á otra Roma en el imperio eterno del mundo 1.

Esta explicación está tanto mejor fundada, cuanto que el senado, tan agradecido como se le supone hacia Constantino, se mostraba todavía muy lejos de participar de su fe religiosa. El arco mismo que levantó en honor de este príncipe, nos da de ello una prueba. Es cierto que para no hacerse odioso, ó ridículo, negando el milagro que había dado el imperio al hijo de

1 Baron, an. 312, t. III, p. 64, n. 56.
TOMO I.—25

Constancio, dice el Senado en la inscripción: que *ha vencido al tirano por inspiración de la Divinidad, instinctu divinitatis*. Esta palabra anfibológica es el único homenaje que la verdad arranca á los padres conscriptos. En cuanto á la cruz, emblema mucho más enérgico, no la encontráis en ninguna parte, en el arco de Constantino. Además, no podía hacer el Senado cosa más agradable al emperador, que grabar sobre aquel monumento el signo sagrado á que el vencedor de Maxencio se confesaba deudor de la victoria. Esta omisión, no se escapó al emperador.

«Pero, dice Eusebio, no atreviéndose á herir de frente las preocupaciones del Senado todavía pagano, para indemnizarse, mandó colocar la cruz en la cúspide de un obelisco, levantado por orden suya, en el centro mismo de la ciudad. L. Honor al genio de Sixto V, que levantó de nuevo el glorioso monolito, en el cual el reconocimiento del primer César cristiano grabó la inscripción siguiente:

HOC SALVTARI SIGNO, VERO FORTITVDINIS
INDICIO CIVITATEM VESTRAM
TIRANNIDIS JUGO LIBERAVI ET
S. P. Q. R.
IN LIBERTATEM VINDICANS, PRISTINÆ
AMPLITUDINI ET SPLENDORI RESTITVI.

«Con este signo saludable, verdadero signo de fortaleza, libté á vuestra ciudad del yugo de la tiranía, y, vindicando la libertad del Senado y del pueblo romano, les restituí á su antigua gloria y esplendor.»

La ausencia de la cruz en el arco de Constantino, es una indicación preciosa del estado social del imperio en aquella época de transición. El emperador y una parte del pueblo son cristianos; pero el Senado y la alta administración permanecen paga-

1 *Vit. Const.*, lib. I, c. 33.

nos. Se siente uno feliz cuando ve grabar en el mármol esta frase escrita en las cartas de San Pablo: que el Evangelio ha comenzado por los pobres y no por los ricos; por los débiles y no por los fuertes. De este paso lento y difícil del paganismo á la fe, me dió otro testimonio más significativo aún, el arco de Constantino. No sin asombro se lee el título pagano de *Soberano Pontífice: Pont. Max.*, dado en las inscripciones y en las medallas á los primeros emperadores cristianos. Entre otras pruebas, bastará citar la inscripción del puente Céstio, cerca de la isla del Tiber:

DOMINI NOSTRI. IMPERATORES
CESARES FL. VALENTINIANOS. PIVS. FELIX.
MAXIMVS. VICTOR. AC.

TRIVMVS. SEMPER. AVG. PONTIF. MAXIMVS.

FL. VALENS. PIVS. FELIX. MAX. VICTOR.
AC. TRIUMV.

SEMPER, AVG. PONTIF. MAXIMVS.

FL. GRATIANVS. PIVS. FELIX.

MAX. VICTOR. AC.

TRIVMVS. SEMPER, AVG. PONTIF. MAXIMVS.

PORTEM. FELICIS. NOMINIS. GRATIANI.

IN. USUM. SENATUS. AC. POPVLI. ROM.

CONSTIVI. DEDICARIQUE. JUSSERUNT.

¿Cuál puede ser la razón de esta extraña costumbre, en la cual, muchos han creído ver un resto de idolatría? Ella está en el hecho indicado más arriba. Augusto, queriendo reunir en su persona el poder supremo, hizo que se le decretara el título de soberano pontífice, sus sucesores tuvieron cuidado de imitarle y como el actual emperador de China, todos ofrecían realmente sacrificios. Partiendo desde Cons-

tantino hasta Graciano, siguieron tomando la investidura del soberano pontificado los señores del mundo.

¿Era todo esto para ejercer sus funciones sacrilegas? De ninguna manera; tomaban este título con el fin de gozar de los derechos civiles que eran anexos á él. Los romanos, que formaron el pueblo más religioso de la antigüedad, no miraban como emperador á aquel que no era al mismo tiempo soberano pontífice. Además, el soberano pontífice tenía un poder demasiado extenso, muy superior al de los cónsules. Podía impedir la reunión de los comicios, ó anular sus deliberaciones, impedir al senado que deliberase, suspender la ejecución de sus decretos, prohibir la declaración de guerra, y también obligar á los cónsules á hacer su dimisión. 1. Ahora se ve cuán necesario era este poder pontifical á los emperadores paganos, y por qué quisieron poseerlo. Era tal vez más indispensable á los emperadores cristianos, que colocados en presencia de un senado, de un ejército, de un mundo todavía medio pagano, que soportaba su yugo con pena, y que estaba siempre dispuesto á tomar el menor pretexto para entorpecer el ejercicio de su poder, habrían visto su acción continuamente paralizada, si el poder pontifical hubiera estado en manos extrañas. Una vez cambiadas las circunstancias, renunciaron aquel título ya para ellos inútil. 2.

Volviendo al arco de Constantino, se advierten bajo la bóveda del grande arco, dos medallones del emperador, en mármol, bien trabajados; están rodeados de estandartes y acabados con la Victoria, que pone la corona sobre la cabeza del vencedor. En el friso de los dos arcos más

1 Cicer. *De Nat. Deor.*, lib. II; *De Legib.*, lib. II; Tacit., *De Morib. Germ.*; Valer. Max., lib. III, c. 2, 3.

2 Bar., *Sup.*, 71, n. 48.

pequeños, se lee por una parte: *Votis X*, y por otra: *Votis XX*. Nuevo geroglífico que es preciso descifrar. Augusto, imitado más tarde por Napoleón, se hizo dar por los votos del pueblo, el supremo poder de que gozaba ya de hecho; y lo pidió solo por diez años; tanto así parecía que respetaba la libertad romana. Al cabo de diez años se lo hizo renovar por cinco años, luego por otros cinco, y así sucesivamente; de suerte, que el poder le fué concedido toda su vida. Como emperadores perpetuos, los Césares siguieron el ejemplo del divino Augusto. Constantino, que lo encontró establecido así, se conformó con él, y la doble inscripción citada arriba atestigua que Constantino recibió el poder del pueblo, por medio de los *votos* ó *sufragios*, por diez y por veinte años. La misma inscripción se encuentra en gran número de medallas imperiales, anteriores y posteriores á la era cristiana. ¡Cuán importante página de la historia nos ofrece el arco de Constantino, tan ligeramente estudiado por los viajeros actuales!

Al entrar en la calle de *San Juan de Letran*, encontramos bien pronto la iglesia de San Clemente. La sencillez de la arquitectura, la modestia, y yo diría también, la humildad de las partes esenciales con las prescripciones apostólicas, la belleza de los mosaicos, los preciosos vestigios de la antigüedad, los recuerdos, las reliquias célebres, toda aquella iglesia in-

1 Merece citarse este pasaje de Dion: "Cæsar quo longius Romanos a suspitione regie potestatis sibi propositæ abducere, imperium in suos decennale suscepit. Et cum primum decennium exivisset, aliud quinquennium, atque eo circum—acto rursum aliud quinquennium: post decennium, ac eo finito, aliud iterum decretum est; illa ut continuatis deceenniis per totam vitam summam imperii obtinerit. Quam ob causam posteriores quoque imperatores, et si non ad certum tempus, sed per omnem vitam spatium iis imperium deferatur, tamen singulis decenniis festum pro ejus renovatione agunt, quod odie etiam fit." Lib. LIII.

teresa al sabio y enternece al cristiano de estos tiempos. Se remonta á los tiempos primitivos, y fué dedicada al papa y mártir San Clemente, discípulo de San Pedro y su tercer sucesor. Con ese instinto de conservación que distingue á los pontífices romanos, Clemente XI la mandó restaurar sin tocar los verdaderos restos de antigüedad de que era depositaria. Gracias le sean dadas, porque se puede asegurar con verdad, que esta basílica es la única en Roma que conserva la antigua estructura.

Edificada según las reglas de las constituciones apostólicas 1, presenta la bóveda, *concha*, adornada con un soberbio mosaico; el *presbiterio* forma un espacio semicircular, detrás del altar, destinado al obispo y al clero. Allí veis la cátedra del pontífice, más elevada que las demás; las sillas de los clérigos; el tabernáculo *ciborium*, *tegmen*, *tabernaculum*, sostenido en el aire por cuatro columnas, el *ara* ó mesa de mármol que sirve de altar; en esta mesa, la *confesion* ó lugar en que descansan las reliquias de los mártires; al frente, las *transenas*, balaustradas de mármol que sirven de reja para proteger la confesion.

En el coro, *bema*, los ambones, desde donde se anunciaba la palabra divina; los *lectoría*, en que se hacía la lectura de los libros santos, de los que se encuentran tres de mármol. Dos están vueltos hacia el altar; el más pequeño está destinado á la lectura de la epístola, y el más alto á la del evangelio. Cerca de este último está el candelabro, *lapillatum*, esto es, de mármol revestido con embutidos de mosaico. El tercero, vuelto hacia el pueblo, servía para leer las profecías del Antiguo Testamento. Desde los ambones predicábanse también las homilias y discursos dirigidos á los fieles 2. Se observa también

1 Lib. II, c. 56.

2 *Hist. Tripartit.*, lib. X.

el *pastophorium*, lugar sagrado en donde se conservaba la santa Eucaristía, como lo indicaba San Paulino; está á la derecha, y sirve hoy de tabernáculo para los santos oleos. A la izquierda estaba un armario destinado á guardar los libros canónicos. San Clemente presenta también la nave antigua, *navis*, y delante de la iglesia el pórtico cuadrangular, *porticus quadripartitus*.

Tales son los principales vestigios de nuestra venerable antigüedad, que se encuentran en aquella modesta basílica. El recuerdo de nuestros padres, que fabricaron con sus manos aquellos objetos, el pensamiento de las generaciones numerosas que los han visto, que los han rodeado, que los han regado con sus lágrimas y perfumado con el incienso de sus oraciones, os recuerdan las bellas edades de la Iglesia, y os sumergen en una religiosa melancolía. Mundo del siglo XIX ¿qué has hecho de la piedad y de la fe de tus padres?

Distraídos un momento por el estudio de la antigüedad, volvimos al pensamiento que habia dirigido nuestros pasos. Venerar al glorioso mártir á cuyo triunfo habíamos asistido al anfiteatro; tal era el objeto de nuestra peregrinación. Los huesos de Ignacio, despedazados por los dientes de los leones, descansan bajo el altar mayor con los del papa San Clemente y del ilustre mártir Flavio Clemente, primo de Domiciano, que fué mandado matar por aquel feroz perseguidor. ¡Qué *Credo* tan ferviente se reza en aquel lugar, arrodillado delante de aquel glorioso altar! Faltaban los monumentos escritos para demostrar el culto rendido por la Iglesia primitiva, al mártir, cónsul, y primo de los emperadores Tito y Domiciano. En 1725, una antigua inscripción vino á quitar toda duda á este respecto. Estaba grabada en una tabla de mármol, y fué hallada en la iglesia de San Clemente, bajo el

altar mayor en donde servía para cubrir una pequeña caja de plomo que contenía huesos, cenizas impregnadas de sangre, un vaso de vidrio roto, dos cruces, etc.; y esta inscripción, estaba concebida en estas palabras:

FLAVIUS. CLEM. MTR.

HIC. FELICIT. E. T. V.

«Flavius Clemens martyr, hic feliciter est tumulatus 1.»

«Aquí está felizmente dentro de este túmulo, el mártir Flavio Clemente.»

A los nombres de los mártires más ilustres, añade también la basílica, recuerdos igualmente preciosos para el sabio y para el cristiano. Aquí hizo su retractación el heresiarca Celestino, en manos del papa Zósimo; aquí San Gregorio Magno predicó muchas de sus bellas homilias; ved ahí el *púlpito* donde subía; pero mirad abajo de la iglesia, á la derecha de la entrada, y leereis la inscripción grabada en aquel mármol incrustado en la pared. Ella refiere, en compendio, la tierna historia que voy á repetir:

En el siglo VI, vivía en Roma un santo mendicante llamado Sérvulo. Paralítico desde su infancia, no podía ni estar sentado, ni en pié, ni llevar su mano á la boca, ni voltearse en su pobre lecho. Dos ángeles de caridad velaban por él: eran su hermana y su madre. Todas las mañanas le llevaban al atrio de la iglesia de San Clemente. Sus enfermedades le atraían numerosas limosnas; pero el virtuoso paralítico, contentándose con tomar lo estrictamente necesario, daba á otros pobres lo que excedía á sus necesidades del día. Modelo angélico de paciencia y de dulzura,

1 Véase Memorias relativas á la hist. ecl., por M. de Greppo, p. 178.—Esta inscripción contiene una tercera línea que ha dado mucho que hacer á los sabios. Véase Zaccaria, *Dissert.*, etc.

era querido y admirado de los fieles que se detenían voluntariamente á conversar con él. «En nombre de Jesucristo, les decía, dad limosna á mi alma.» Y por caridad le leían algunos capítulos de libros santos. Escuchaba con tanta atención, que llegó á aprender de memoria toda la Escritura. Una vez en posesión de este rico tesoro, pasaba su tiempo en cantar alabanzas á Dios. Sus sufrimientos, lejos de distraerle, armentaban su fervor y hacían más penetrantes y suaves los acentos de su voz. Un día que estaba, según costumbre, acostado en su lecho bajo el pórtico de San Clemente, conoció que se acercaba su fin: «Hermanos míos, dijo á los pobres y á los peregrinos que según costumbre estaban allí; orad y cantad conmigo.» Y unió su voz moribunda á aquel piadoso concierto. «Callaos, hermanos míos, exclamó á poco, callaos; ¿no oís esa dulce melodía que resuena en los cielos?» Al decir estas palabras, espiró; su alma bienaventurada, comenzaba con los ángeles el cántico eterno 1.

Al salir de San Clemente, una lluvia verdaderamente romana vino á asaltarnos, y á hacer imposible en el resto del día las excursiones largas. Tomé entonces, según mi costumbre, el camino de las bibliotecas. Ya lo he dicho; para conocer á Roma, conviene estudiarla en los monumentos y en los libros. Roma es, entre todas las ciudades del mundo, la más rica en bibliotecas; y esas bibliotecas, en sí mismas, encierran manuscritos y obras que inútilmente se buscarían en otra parte. ¿Quién no conoce todas las riquezas que el sabio cardenal Maii, ha sacado recientemente del Vaticano? La biblioteca Passionei, las de la Minerva y de la Propaganda, eran mis galerías ordinarias, y esta vez las en-

1 San Gregorio Magno hizo el elogio de este bienaventurado paralítico. Homil. XV. in *Evang.*, et *Dialog.*, lib. IV, c. 14.

contré cerradas; porque á causa de la fiesta de Santo Tomás, los bibliotecarios tenían descanso. No pudiendo encontrar á la ciencia en sus palacios, la busqué en las tiendas y en los almacenes portátiles en donde ostenta en pleno viento, sus gracias, sus arrugas, sus andrajos, y á veces sus riquezas; es decir, nos fuimos á los puestos de libros viejos.

Los viajeros lo tienen dicho: raras veces harán estos libreros fortuna en su oficio: Las grandes obras sobre la antigüedad, de que Roma era tan rica, han sido presa de los ingleses y de los prusianos. No se les encuentra sino por casualidad, y siempre á peso de oro. Las ventas públicas solo ofrecen algunos buenos asuntos; comunmente tienen lugar varias veces en la semana; y como en Paris, se distribuye con anticipación el catálogo. Por lo demás, señores aficionados, no os desalenteis; entrad á casa de los libreros de viejo romanos; si allí no encontráis las obras que buscáis, en compensación encontrareis el *farniente* en su bello ideal. El librero de viejo en Roma, es un tipo que merece estudiarse. Una tienda y una trastienda, las mas veces bajas y oscuras, están obstruidas con libros de todos tamaños, unos encima de otros, y cubiertos de polvo. En un ángulo está sentado un viejo romano, afectando tener en su silla de paja, la dignidad de sus abuelos en sus sillas curules.

El *padrone* (amo) á quien tuvimos el honor de hablar, descendía en línea recta de Horatius Cocles, y habia heredado el rasgo característico de su noble familia. Un gran par de anteojos de resorte oprimía su vasta nariz, y daba á su voz un tono perfectamente nazal. El periódico del país, el *Diario*, estaba en sus manos, y en sus rodillas yacían un *fazzoletto* y una amplia caja de polvos, de que hacia un uso que edificaba. Al entrar nosotros,

le saludamos con urbanidad francesa.—*Padroni*, señores míos, mis patronos, nos contestó sin inquietarse, ni dejar su asiento, ni su periódico.—¿Teneis tal obra?—*Ecco*, héla aquí; y nos indicaba con la cabeza tres grandes y gruesos *in-folio*, puestos sobre el mostrador: ahora bien, aquellos tres *in-folio* eran sus catálogos. Me puse á ojarlos y él siguió tranquilamente su lectura. Habiéndome encontrado una obra que no conocia, le pregunté su precio.—Treinta y tres pesos.—Imposible.—Sin añadir una palabra ni hacer signo alguno, se concentró en su dignidad, y me dejó seguir buscando.—Y este otro libro, ¿cuánto vale?—*Padrone*, siete *paulos*.—Yo conocí que aquel digno hombre queria explotar al *Padrone*, porque si me pidió siete *paulos*, acabó por dármelo en tres. Salimos y se quedó impasible en su silla. La sangre nos hervía en las venas: ¿quién se imaginaria semejantes modales? En Francia, el comerciante, el librero, el vendedor de libros viejos, estarian seguros de no ver en su casa sino á los amantes de curiosidades. Nosotros no conocemos nada de las dulzuras del *farniente*, ni las felicidades de la siesta.

Salimos cavilando en aquella especie de modelo que acabábamos de tener á la vista, cuando encontramos á un lado de *Gesu* algunos pobres que nos pedían limosna. La mendicidad, prohibida en Roma por Leon XII, ha venido al fin á tolerarse. Se le encuentra muchas veces en las calles, y á la verdad que el pintor de costumbres no debe enfadarse, porque el mendigo romano es un tipo original. Se le daría la limosna por solo el gusto de vérsela pedir. La manera de hacerlos soltar vuestros *bayocos* es pintoresca, lógica, poética y elocuente. Desde que os ve venir á lo lejos, se levanta del poste de la esquina en que está sentado, se descubre gravemente, os saluda repetidas veces con su ancho som-

brero triangular, con su cabeza y con todo el cuerpo. Su rostro se alegra, y brilla en sus ojos la esperanza.

Quédase para los mendigos de otros países la monótona letanía de la indigencia: *Hacedme la caridad*: el mendigo romano tiene una colección de fórmulas que usa, según la edad, el estado y los deseos presuntos de la persona. Ya comienza por poner fuera de duda vuestra generosidad, y antes de saber si oireis sus votos, os llama mi bienhechor, *benefattore mio*: ya comienza por rendir homenaje á vuestras virtudes, y os llama desde luego alma bendita, *anima benedetta*: otras veces va á buscar la fibra tan delicada del amor propio; y os prodiga los títulos de *excelencia*, de *señor ilustrísimo*, *reverendísimo*. ¿Le habeis socorrido alguna otra vez? Pues entonces su petición se formula en bendiciones, y le oís decir: «Bendito sea el noble señor que todos los dias recorre con paso más ligero las calles célebres de nuestra ciudad. Mis devotas oraciones han sido, pues, útiles á este incomparable señor. ¡Ah! cómo pasaba há poco delante de mí, por la primera vez, débil y lánguido!... ¿No sería yo un réprobo, si la alegría que le manifesto fuese para moverle á hacerme algun presente? No, digno y virtuoso señor, pasad firme delante de mí, no mireis al más pobre de vuestros servidores, que siempre rogará por vos; aunque mendigo, no conozco el interes...»

Después de haberos atacado por los sentimientos humanos, os toma por vuestro corazón de cristiano. «Alma bendita, os dice, haceos rezar una oración, oír una misa.» ¿Y qué os pide por ello? La lengua italiana viene en su ayuda y suministra á su modestia los más encantadores diminutivos, ó bien sin atreverse á nombrar el favor que implora, os dice: «Alma bendita, una pequeña monedilla, *una piccola mone-*

ta;» ó si se atreve á expresar su pensamiento, os pedirá no un pequeño sueldo, como nuestros interesantes *deshollinadores*, sino la mitad solamente de un pequeño sueldo: *Anima benedetta, un mezzo baiocco*; luego, con un admirable talento oratorio opone, á la pequeñez de su pedido, el poder de los motivos. Reuniendo en algunas palabras, todo lo que la religion tiene de más propio para conmover el corazón, os dice: «*Per l'amor di Dio, di Maria santissima, di Gesu sacramentato, delle anime del purgatorio.*» Con esto os dais por vencido y á pesar de la resolución estoica de pasar sin tocar vuestra bolsa, llevais involuntariamente la mano hácia ella. Pero lo que os da el golpe de gracia, es la poética pantomima con que acompaña su súplica. El juego sonoro de su voz aflautada, la actitud suplicante de su cuerpo, el balanceo reiterado de su gran sombrero; sus ojos dulces fijos en los vuestros, su cabeza graciosamente inclinada á la espalda, el aire medio tímido, medio esperanzado de su rostro, todo esto os fascina y os subyuga. Os sonreís y haceis caer en su mano el bayoco ó el paulo, y él os paga con una sonrisa y una mirada que no olvidais nunca. ¿Me es permitido decirlo? Muchas veces nos dejábamos importunar por asistir á la repetición completa de esta escena.

Tal es el mendigo romano. Como todos los de otros países y acaso con más verdad, ama y preconiza al que da, y detesta al que no da. Vimos manifestado este doble sentimiento en dos ocasiones recientes. A la muerte de la joven y caritativa princesa Borghese, los pobres de Roma se deshicieron en lágrimas. El pueblo quitó del carro fúnebre los caballos, y lo arrastró él mismo á Santa María la Mayor; el duelo fué verdadero, universal. En los funerales del príncipe de P... que pasaba por avaro, estuvo también el pueblo; pero los pobres hicieron estallar su

desprecio y su resentimiento, ahullaron y silvaron al convoy.

Véase cuán cierto es que el pueblo conserva siempre un sentimiento profundo de los deberes del rico, por instinto, sabe esta palabra apostólica:

Que la abundancia de los unos, supla á la indigencia de los otros.

Si el mendigo romano tiene un modo propio de pedir limosna, también lo hay particular para negarla. En Francia decimos: «No tengo dinero, nada tengo, no puedo daros.» En una palabra, hablamos.

El romano no se toma tanto trabajo; en general, parece que teme las enfermedades de laringe. Acosado por algún pobre, se contenta con levantar á la altura de la barba el índice de la mano derecha, con el cual hace un signo de negación, y sigue su camino, sin volver la vista, sin mover la cabeza, sin despegar los labios. Aconsejo al viajero que no olvide esta receta. Evitará que se le conozca por un *forastière*, y no estará sujeto á peticiones impertunas, y tal vez indiscretas. Al ver el gesto nacional, el mendigo dice al punto: «*Es un compatriota, no hay que hacer nada,*» y se aleja. Recordaré de paso que el napolitano tiene otro modo de negar, y es éste: echa la cabeza hácia atrás, levanta sus ojos al cielo, hace un gesto ligero, y esto es todo.

22 DE DICIEMBRE.

Nuestra Señora de la Victoria.—Banderas de los Turcos.—Jardines de Salustio.—Retratos de los procónsules romanos.—Sus riquezas.—Sus medios de enriquecerse.—Respuesta de un bárbaro.—Vía Scellerata.—Baños de Tito, de Trajano y de Adriano.—San Pedro ad Víncula.—San Sebastián.—El Moisés de Miguel Ángel.—Recuerdos cristianos, San Leon, San Pedro.—Iglesia de San Martín de los Montes.—Pinturas de Poussino.—Iglesia subterránea.—El papa San Silvestre.—Instrumentos de suplicio de los Mártires.

Un sol hermoso acababa de iluminar las

montañas de la Sabina; la temperatura era tan dulce, que atravesamos entre legumbres y plantas en plena vegetación. Para acabar nuestro viaje en el cuartel *de Monti*, tomamos el camino de la Fuente de Moisés, ó de la *Acqua felice*. Cerca de allí se encuentra la pequeña y encantadora iglesia de *Nuestra Señora de la Victoria*, que no debe el olvidar viajero. El oro, el mármol, las ricas pinturas con que resplandece esta iglesia, desde el pavimento hasta la bóveda, desaparecen ante adornos más preciosos; ya cité los estandartes tomados á los turcos después de levantado el sitio de Viena. Están enarbolados en los cuatro ángulos de la cúpula, y forman un dosel de gloria encima del altar de María. Es cosa digna de notarse, que Roma ha mirado siempre á la Virgen Santa como la protectora especial de la cristiandad contra el islamismo. Así, la milagrosa batalla de Lepanto es debida á su protección, y el homenaje del reconocimiento romano brilla en la iglesia de *Ara-Celi*. Aquí se le ofrecen como tributo los estandartes tomados en Viena, y este hecho parece ocultar un misterio. ¿Será acaso que á la Reina de las vírgenes toca combatir el mahometismo, religión de los sentidos, más que cualquiera otra? En esto vería yo una de esas bellas armonías que se encuentran á cada paso en las obras de Dios; y me parecía muy natural que no la hubiese olvidado Roma, espejo brillante en donde se reflejan las realidades del mundo superior.

Las iglesias de Nuestra Señora de la Victoria y de Santa Susana, ocupan el lugar que ántes tenían la casa y el forum de Salustio. Muy cerca de allí estaban los jardines. Aquellos jardines tan famosos en la historia de la molición romana, habían sido comprados, edificados y adornados con los despojos de Africa. Salustio, consumido por el desorden, agobiado de deu-

das y degradado por sus infamias, del rango de senador, se lavó de toda mancha abrazando el partido de César. El vencedor de Pompeya, para rehabilitar á su nuevo cort sano, le dió el gobierno de la Numidia: El improvisado procónsul, usando de una expresión de Séneca, *desolló* de tal modo aquella desgraciada provincia, que volvió muy pronto á Roma con una fortuna escandalosa. Con la sangre y el oro de sus *administradores*, edificó un palacio tan magnífico, y jardines de tal manera suntuosos, que Messalina misma se dignó habitarlos; con esto se dice todo 1.

Al recorrer aquellas ruinas, una multitud de pensamientos os asaltan. Aquí es donde Salustio, el Verrés de la Africa, desmentía públicamente, por su conducta, los preceptos de moral que da en sus obras. ¡Y ese hombre, Dios perdona nuestra educación, fué presentado á mi joven admiración como un modelo de elocuencia y de buen gusto; se me enseñó á mirarle como á un sabio, y se cuidó de callarme los nombres de Crisóstomo y de Agustín! Por lo demás, dije á mis jóvenes compañeros, Salustio no es el único que tiene derecho á nuestra indignación. Su vida fué la de todos nuestros autores clásicos; censores desapiadados de los vicios de otro, la mayor parte de ellos hicieron sonrojar á la humanidad por el escándalo de sus costumbres. Procónsules, generales, gobernadores de provincia, todos igualaron á Salustio en sus prostituciones y desórdenes y le excedieron tal vez en sus rapiñas. Puesto que ahora se presenta la ocasión, no es inútil estudiar un momento, bajo este punto de vista, á la sociedad pagana en los hombres que eran su personificación.

La increíble opulencia de los romanos, hácia fines de la república y bajo los primeros emperadores, es un hecho conocido de todo el mundo. Cada senador, recibía

1 Tacit. *Annal.*, c. 13.

un sueldo de ciento veinticinco mil francos, 50,000 pesos; cada caballero, de cincuenta mil, 10,000 pesos, pero eso era una bagatela. Se contaban en Roma cerca de veinte mil ciudadanos tan ricos como Lúculo 1. Ahora aquel, Xerxes de toga, *Xerxes togatus*, como le llama Ciceron, no comía con menos de treinta mil francos, 6,000 pesos, y podía dar hospitalidad á veinticinco mil hombres. Crespo decía que no se era rico, cuando no se podía, con las rentas, mantener un ejército 2; y esto, según decía, lo podía él; y Crespo era menos rico que Sylla 3. L. Domitius, sucesor de César en las Galias, gozaba de cuarenta y ocho mil *arpents* de tierra 4; Antonio, el colega de Ciceron, poseía toda la isla de Cefalonia, en la cual mandó edificar una ciudad 5.

Ses paisanos de Roma eran únicos propietarios de la más grande parte de la Africa: Neron les mandó degollar y se declaró heredero de ellos 6. Cornelius Balbus dió al morir veinte francos (cuatro pesos) por cabeza á todo el pueblo romano 7. C. Cæcilius Claudius Isidorus, decía en su testamento, que á pesar de las grandes pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejaba cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil pares de bueyes, doscientas cincuenta mil piezas de otro ganado, sin contar sus tierras, sus

1 Lucullus Romanus civis (quam Cicero et Cæsar Xerxem togatum appellabant) ad virginitatem quinque hominum millia honorificentissime hospitio excipere poterat; nec tamen ipse solus id potuit in urbe Roma, quandoquidem viginti civium millia et amplius ipsa urbe comperta memorantur, qui cum Lucullo de divitiis contendere potuissent, ut ex vetustis monumentis.—Cassal., de *Splendore Urbis*, etc. pág. 422.

2 Cicer., in *Paradox.*
3 Quiritium post Syllam ditissimus.—Plin., lib. XXXIII c. 10.

4 Cæsar., de *Bello civ.*—Antigua medida de superficie para tierras y aguas, equivalente á 1,344 toesas y á la medida de Toledo. N. del T.

5 Strab., lib. X,
6 Plin., lib. XVIII.

7 Dio., lib. XLVIII, c. 10.

desprecio y su resentimiento, ahullaron y silvaron al convoy.

Véase cuán cierto es que el pueblo conserva siempre un sentimiento profundo de los deberes del rico, por instinto, sabe esta palabra apostólica:

Que la abundancia de los unos, supla á la indigencia de los otros.

Si el mendigo romano tiene un modo propio de pedir limosna, también lo hay particular para negarla. En Francia decimos: «No tengo dinero, nada tengo, no puedo daros.» En una palabra, hablamos.

El romano no se toma tanto trabajo; en general, parece que teme las enfermedades de laringe. Acosado por algún pobre, se contenta con levantar á la altura de la barba el índice de la mano derecha, con el cual hace un signo de negación, y sigue su camino, sin volver la vista, sin mover la cabeza, sin despegar los labios. Aconsejo al viajero que no olvide esta receta. Evitará que se le conozca por un *forastière*, y no estará sujeto á peticiones impertunas, y tal vez indiscretas. Al ver el gesto nacional, el mendigo dice al punto: «*Es un compatriota, no hay que hacer nada,*» y se aleja. Recordaré de paso que el napolitano tiene otro modo de negar, y es éste: echa la cabeza hácia atrás, levanta sus ojos al cielo, hace un gesto ligero, y esto es todo.

22 DE DICIEMBRE.

Nuestra Señora de la Victoria.—Banderas de los Turcos.—Jardines de Salustio.—Retratos de los procónsules romanos.—Sus riquezas.—Sus medios de enriquecerse.—Respuesta de un bárbaro.—Vía Scellerata.—Baños de Tito, de Trajano y de Adriano.—San Pedro ad Víncula.—San Sebastián.—El Moisés de Miguel Ángel.—Recuerdos cristianos, San Leon, San Pedro.—Iglesia de San Martín de los Montes.—Pinturas de Poussino.—Iglesia subterránea.—El papa San Silvestre.—Instrumentos de suplicio de los Mártires.

Un sol hermoso acababa de iluminar las

montañas de la Sabina; la temperatura era tan dulce, que atravesamos entre legumbres y plantas en plena vegetación. Para acabar nuestro viaje en el cuartel *de Monti*, tomamos el camino de la Fuente de Moisés, ó de la *Acqua felice*. Cerca de allí se encuentra la pequeña y encantadora iglesia de *Nuestra Señora de la Victoria*, que no debe el olvidar viajero. El oro, el mármol, las ricas pinturas con que resplandece esta iglesia, desde el pavimento hasta la bóveda, desaparecen ante adornos más preciosos; ya cité los estandartes tomados á los turcos despues de levantado el sitio de Viena. Están enarbolados en los cuatro ángulos de la cúpula, y forman un dosel de gloria encima del altar de María. Es cosa digna de notarse, que Roma ha mirado siempre á la Virgen Santa como la protectora especial de la cristiandad contra el islamismo. Así, la milagrosa batalla de Lepanto es debida á su protección, y el homenaje del reconocimiento romano brilla en la iglesia de *Ara-Celi*. Aquí se le ofrecen como tributo los estandartes tomados en Viena, y este hecho parece ocultar un misterio. ¿Será acaso que á la Reina de las vírgenes toca combatir el mahometismo, religión de los sentidos, más que cualquiera otra? En esto vería yo una de esas bellas armonías que se encuentran á cada paso en las obras de Dios; y me parecía muy natural que no la hubiese olvidado Roma, espejo brillante en donde se reflejan las realidades del mundo superior.

Las iglesias de Nuestra Señora de la Victoria y de Santa Susana, ocupan el lugar que ántes tenían la casa y el forum de Salustio. Muy cerca de allí estaban los jardines. Aquellos jardines tan famosos en la historia de la molición romana, habían sido comprados, edificados y adornados con los despojos de Africa. Salustio, consumido por el desorden, agobiado de deu-

das y degradado por sus infamias, del rango de senador, se lavó de toda mancha abrazando el partido de César. El vencedor de Pompeya, para rehabilitar á su nuevo cort sano, le dió el gobierno de la Numidia: El improvisado procónsul, usando de una expresión de Séneca, *desolló* de tal modo aquella desgraciada provincia, que volvió muy pronto á Roma con una fortuna escandalosa. Con la sangre y el oro de sus *administradores*, edificó un palacio tan magnífico, y jardines de tal manera suntuosos, que Messalina misma se dignó habitarlos; con esto se dice todo 1.

Al recorrer aquellas ruinas, una multitud de pensamientos os asaltan. Aquí es donde Salustio, el Verrés de la Africa, desmentía públicamente, por su conducta, los preceptos de moral que da en sus obras. ¡Y ese hombre, Dios perdona nuestra educación, fué presentado á mi joven admiración como un modelo de elocuencia y de buen gusto; se me enseñó á mirarle como á un sabio, y se cuidó de callarme los nombres de Crisóstomo y de Agustín! Por lo demás, dije á mis jóvenes compañeros, Salustio no es el único que tiene derecho á nuestra indignación. Su vida fué la de todos nuestros autores clásicos; censores desapiadados de los vicios de otro, la mayor parte de ellos hicieron sonrojar á la humanidad por el escándalo de sus costumbres. Procónsules, generales, gobernadores de provincia, todos igualaron á Salustio en sus prostituciones y desórdenes y le excedieron tal vez en sus rapiñas. Puesto que ahora se presenta la ocasión, no es inútil estudiar un momento, bajo este punto de vista, á la sociedad pagana en los hombres que eran su personificación.

La increíble opulencia de los romanos, hácia fines de la república y bajo los primeros emperadores, es un hecho conocido de todo el mundo. Cada senador, recibía

1 Tacit. *Annal.*, c. 13.

un sueldo de ciento veinticinco mil francos, 50,000 pesos; cada caballero, de cincuenta mil, 10,000 pesos, pero eso era una bagatela. Se contaban en Roma cerca de veinte mil ciudadanos tan ricos como Lúculo 1. Ahora aquel, Xerxes de toga, *Xerxes togatus*, como le llama Ciceron, no comía con menos de treinta mil francos, 6,000 pesos, y podía dar hospitalidad á veinticinco mil hombres. Crespo decía que no se era rico, cuando no se podía, con las rentas, mantener un ejército 2; y esto, según decía, lo podía él; y Crespo era menos rico que Sylla 3. L. Domitius, sucesor de César en las Galias, gozaba de cuarenta y ocho mil *arpents* de tierra 4; Antonio, el colega de Ciceron, poseía toda la isla de Cefalonia, en la cual mandó edificar una ciudad 5.

Ses paisanos de Roma eran únicos propietarios de la más grande parte de la Africa: Neron les mandó degollar y se declaró heredero de ellos 6. Cornelius Balbus dió al morir veinte francos (cuatro pesos) por cabeza á todo el pueblo romano 7. C. Cæcilius Claudius Isidorus, decía en su testamento, que á pesar de las grandes pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejaba cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil pares de bueyes, doscientas cincuenta mil piezas de otro ganado, sin contar sus tierras, sus

1 Lucullus Romanus civis (quam Cicero et Cæsar Xerxem togatum appellabant) ad virginitatem quinque hominum millia honorificentissime hospitio excipere poterat; nec tamen ipse solus id potuit in urbe Roma, quandoquidem viginti civium millia et amplius ipsa urbe comperta memorantur, qui cum Lucullo de divitiis contendere potuissent, ut ex vetustis monumentis.—Cassal., de *Splendore Urbis*, etc. pág. 422.

2 Cicer., in *Paradox.*
3 Quiritium post Syllam ditissimus.—Plin., lib. XXXIII c. 10.

4 Cæsar., de *Bello civ.*—Antigua medida de superficie para tierras y aguas, equivalente á 1,344 toesas y á la medida de Toledo. N. del T.

5 Strab., lib. X,
6 Plin., lib. XVIII.

7 Dio., lib. XLVIII, c. 10.

vilas y sus casas 1. En su vila particular, contaba Valeriano quinientos esclavos, dos mil vacas, mil jumentos, diez mil ovejas y quince mil cabras 2. Gordiano, todavía de simple particular, tenía inmensas posesiones en todas las provincias del imperio. Mientras fué edil, dió doce veces al pueblo romano presentes de gladiadores, cuyos gastos hizo de su fortuna privada. Algunas veces hizo aparecer quinientos pares de gladiadores, y nunca menos de cincuenta. En un solo día dió cien fieras africanas; otro día mil osos de Germania. En todas las ciudades de la Campania, de la Etruria, de la Umbria, de la Emilia y del Picenum, dió también con su dinero juegos públicos, que duraron cuatro días 3. Para compendiar esta lista, que sería fácil aumentar, contentémonos con nombrar á los dos Plinio, á Séneca el filósofo y á Ciceron.

Plinio el mayor, además de las riquezas que le valían el mando de la flota romana, poseía inmensos tesoros. Lo sabemos por su sobrino. «Siendo mi tío, dice él, gobernador de España, estuvo en ocasión de vender una de sus obras á Largo Licinio, en cien mil escudos, pero se negó á ello diciendo que ya no sabía qué hacer con su dinero 4.» Plinio el joven, era incomparablemente más rico que su tío. Sin haber sido rogado, hizo á la hija de Quintiliano, el día de su matrimonio, un presente de cincuenta mil escudos 5. Romano Firmo, uno de sus amigos, recibió trescientos mil escudos para entrar en la orden ecuestre 6; y Calvina, parienta suya, una dote de cien mil escudos 7. Metelo Crispo, cuarenta mil, los niños *ingenuos, ingenui*, cincuenta

1 Plin; XXXIII, c. 10.

2 Vopisc. in Valer.

3 Capitolin. in Gord.; et Cord. in id.

4 Epist. ad Marc. lib. 3.

5 Epist. ad Quintil., lib. 6.

6 Epist. lib. 1.

7 Epist. 2 ad Calvin.

mil para su educación 1. Poseía, además, numerosas vilas de una magnificencia real. Sus dos vilas de Toscana y de Sorrento, situadas á orillas del mar, y en donde componía sus obras, eran de un lujo oriental. Tenía otras muchas en el Lacio, una en Prenesto, una en Tusculum, una en Tivoli y otra por la cual le ofrecían novecientos mil escudos 2; y en fin, para hacer más grande otra, gastó ochenta mil escudos de oro 3.

Séneca el filósofo, el preceptor de Nerón, era un moralista austero, que condenaba con energía los desórdenes de su tiempo, que declamaba elocuentemente contra los ricos. «¿Hasta cuándo, les decía, detendréis los límites de vuestras posesiones? La tierra que bastaba á un pueblo, es demasiado pequeña para un solo dueño. Todo esto es demasiado poco; es preciso que vuestras heredades, *latifundia*, rodeen mares enteros, y que vuestro administrador reine al mismo tiempo en las orillas del Adriático, del mar Jónico y del mar Egeo (4).» Ahora bien, Séneca gozaba de más de cien millones de fortuna (5). ¡Pobre hombre!

En cuanto á Ciceron, no hay uno de nosotros que no le conozca; no hay uno á quien no se le haya presentado, no solo como modelo de elocuencia, sino también de austeridad republicana y de desinterés filosófico. ¿No es él, el que ha condenado á Verrés, el que ha escrito tan bellas páginas sobre el desprecio de las riquezas, y otras tantas máximas de moral y de probidad? Pues bien, arrancadle la máscara. Ciceron, nacido en la oscuridad, autor de su propia fortuna y el primer hombre de su familia, como lo decía él un día, poseía

1 Epist. ad Canin. lib. 7.

2 Epist. ad Fabulum et ad Corelian. lib. 3.

3 Ad Calvinium Rufum. lib. 3.

4 Epist. 89.

5 Tacit., *Annal.*, XIV.

en Roma una vila que había comprado á Crespo en cosa de seiscientos mil francos 120,000 pesos. Poseía una vila real en Túsculo, con baños, mosaicos, teatros, pórticos de mármol, estatuas y otros adornos necesarios del lujo antiguo; otra en Formio (Mola di Gaeta), no menos suntuosa; otra en Baia, de tal modo rica, que el Senado mismo, poco rigorista en la materia, quedó escandalizado; una casa en Pompeya, otra vila en Arpino, su patria; otra, cerca de Agnani, su vila de Almatea, á la cual llama él, su *alma*; por fin, en la misma Roma, y en la vertiente del monte Aventino, el austero republicano era propietario de no sé cuántas tabernas ó tiendas, con cuyas rentas, que llegaban á diez y seis mil trescientos setenta y seis escudos, pagaba la pensión de su hijo que estudiaba en Atenas 1.

¿Cuáles eran las fuentes de esas increíbles y rápidas fortunas? Había dos principales: la usura y el gobierno de las provincias. Primero se hubiera detenido al Tiber en su curso, que impedir la usura entre los romanos. Se dieron para ella reglamentos [2] y la hacían todos, aun Caton; se prestaba al quince, al doce, al cuarenta y ocho, al sesenta por ciento mensual (3). Si el deudor no podía pagar, se hacía esclavo de su acreedor, que vendiéndole en seguida, encontraba un medio seguro de indemnizarse (4). Pero, para prestar, es necesario tener dinero, y el gran medio de reunirlo era el gobierno de las provincias. Se arrendaba á la compañía de los publicanos [5] la percepción del impuesto, y la duración de las adjudicaciones

1 Cic., *ad Attic.*, XVI, 1.

2 Tit Liv., VII, 42.

3 Cic., *de Offic.*, II, 25.

4 Horat., I. p. 2, V. 14. Plut. in Caton., 45.

Aul. Gell., XX, 1.

5 Administradores de rentas entre los romanos, N. del T.

era por cinco años [1]. Se adoptaron la publicidad y la concurrencia para la adjudicación del arrendamiento de los impuestos y hacían subir este arrendamiento á un precio muy alto, porque la compañía que ofrecía más, obtenía la preferencia. Había en todos grande empeño en subir las posturas, porque, la percepción, abandonada enteramente á los arrendatarios, ofrecía inmensos recursos, por su régimen, casi enteramente arbitrario. Los agricultores y los pastores, eran los únicos que sabían lo que debían pagar; los demás contribuyentes lo ignoraban, en razón de que se guardaba en secreto la tarifa legal de cada impuesto, lo cual daba á los publicanos el medio de aumentar el derecho sin que se les pudiese reclamar [2]. La rapacidad de los arrendatarios excede á toda imaginación. Para pagar el impuesto, había provincias en que los padres se veían obligados á vender á sus hijos, y las ciudades vendían las ofrendas consagradas en sus templos, como los cuadros y las estatuas de los dioses; y si todo esto no bastaba, los desgraciados ciudadanos eran adjudicados como esclavos á sus desapiadados acreedores. Lo que sufrían antes de ser reducidos de este modo á la esclavitud, no es nada, comparado con los males que después les sobrevenían, y eran: ya los tormentos, las prisiones, los potros, ya la permanencia al aire libre, en donde durante el estío eran quemados por el sol, y durante el invierno, sumergidos en el lodo ó en el hielo 3.

Los gobernadores de las provincias cómplices comunes de los publicanos, cerraban los ojos y los favorecían ampliamente con su criminal silencio. Era preciso que la sed del oro fuese insaciable en todos aquellos hombres, y que hubiese se-

1 Cic., *ad Attic.*, VI, 2.

2 Tacit., *Annal.*, III, 51.

3 Plut., in Lucull., 35.

cado sus entrañas, para que cometiesen las exacciones y violencias de que está cargada su historia. En efecto, el Estado suministraba á cada gobernador de provincia, carros, mulas, navíos, tiendas, vajillas de plata, trigo, y todo lo que era necesario para un equipaje militar: 1 además, tenían á su disposición, para gastos de su misión y pagar su comitiva, una fuerte suma sacada del tesoro público. 2 En esta suma, llamada *vasarium*, estaban también comprendidas las gratificaciones para todas las personas de su séquito á quienes querían dárselas. 3 Para tener una idea de la magnificencia con que Roma hacia viajar á sus procónsules, es necesario saber que el *vasarium* de Pison, procónsul de Macedonia por el año de 696, fué de tres millones seiscientos sesenta mil francos! 4 (732,000 pesos.)

Parece que con esto habia para satisfacer la avaricia más ardiente. Desengañémonos; aun antes de entrar á sus provincias, se hacian pagar los gobernadores indemnizaciones legales en todos los lugares por donde pasaban. 5 En lugar de seguir el itinerario más corto, tomaban el más largo, para tener más ocasiones de repetir sus exacciones. 6 Una vez que llegaban á su gobernacion seguidos de una multitud de amigos y de criados, exigian sumas considerables para festines y otros gastos por el estilo; 7 éstos eran los más moderados. En cuanto á los demas, para satisfacer su rapacidad, la mayor parte de ellos creaba impuestos de todo género y vendian la justicia. 8 ¡No hizo Félix la barbaridad de tener injustamente á San Pablo en una

1 Cic. in Verr., 5; V. 32, Suet. in Aug., 26.

2 Cic. in Pison., 35; pro Arch.

3 Cic. in Pison., 35; pro Arch.

4 Cic. id., id.

5 Cic., and Attic., V. 12.

6 Cic., in Vatin., 5.

7 Plut., in Cat., 15.

8 Cic. pro Font., 78.

prision durante dos años, para sacarle dinero? Y esto era solo un pecadillo en la vida de aquellos bajás corrompidos y ladrones, cuyo retrato nos ha dado el mismo Ciceron. «Enviamos á las provincias, exclama él á hombres capaces tal vez de rechazar al enemigo; pero cuya entrada á las ciudades de nuestros aliados difiere muy poco de la entrada de un enemigo á una ciudad tomada por asalto. 1 Todas las provincias gimen, todos los pueblos libres se quejan, todos los reinos gritan contra nuestra codicia y nuestras violencias. No hay de aquí al océano ningun lugar, por remoto ú oculto que esté, á donde no hayan penetrado la iniquidad y la tiranía de nuestros conciudadanos. El pueblo romano podrá contra las armas y las revoluciones, pero no contra las quejas del Universo.» 2 «¿Quién ha podido inducirte á la rebelion?—preguntaba Tiberio á un gefe de bárbaros.—Vos mismo, respondió él, que enviáis para guardar vuestros rebaños no perros, sino lobos.» 3 Esta palabra resume toda la historia de los procónsules romanos.

Dos rasgos acabarán de pintar esta opresion monstruosa, cuya idea nos es tan difícil concebir á nosotros los cristianos, así como tampoco comprender la sed de sangre que no podia extinguir las carnicerías del anfiteatro. Pues bien, por una ironía cruel, aquella tiranía todopoderosa de los gobernadores, se extendia hasta exigir que todos se diesen por contentos con ellos. Si; cuando se habian engreido en una provincia, condenaban á todos sus desgraciados habitantes, á mandar solemnes diputaciones á Roma, para que allí diesen testimonio de su buena conducta, y llevasen

1 Pro leg Mmil., 5.

2 Cic., in Verr., III, 89.

3 Dio, lib. V, p. 653.

al Senado el panegífico oficial de sus opresores. 1

En seguida, añadiendo á la irrision la más incalificable hipocresía, volvian á Roma aquellos espantosos concusionarios, cargados de oro, y pasaban sus ratos de ocio en componer tratados de moral, elegias sobre los vicios de su época, ó declamaciones contra la ambicion y la codicia de los grandes. ¡No es desde el fondo de sus jardines, cimentados con la sangre de la Numidia, desde donde el virtuoso Salustio escribia á César estas palabras: «El mayor bien que podeis hacer á la patria, á los ciudadanos, á vos mismo, á vuestros hijos, y en fin á todo el mundo, es destruir la pasion del dinero, ó debilitarla en cuanto lo permitan las oportunidades? Sin esto, es imposible, en paz ó en guerra, poner algun orden en los negocios, ya particulares, ya públicos; porque desde que la sed de las riquezas se apodera de nosotros, no son bastante á contenernos, los talentos, el espíritu, ni nada; el corazon mismo, más tarde ó más temprano, acaba por sucumbir.» 2 Ciceron, Séneca, P'inio el Joven, Caton, no hicieron otra cosa, pero esto no impide al último exclamar en el tono más patético: «Los ladrones particulares, pasan su vida entre cadenas y prisiones; los ladrones públicos entre el oro y la purpura.» 3 Pero, basta ya; es preciso evitar, al escribir la historia antigua, el caer en hacer la biografia moderna. ¡Ojalá y puedan los pormenores que preceden, penetrarnos de reconocimiento hácia el Evangelio, y haciéndonos temblar santamente al recordar aquella loba romana, que durante tantos siglos, desgarró con sus dientes de fierro y pulverizó con sus piés de bronce, al género humano convertido en su presa!

1 Cic., Ep. ad famil. III, 8.

2 Epist. 1, and Cces., 10.

3 Aul. Gell., XI, 18.

Bajando de las alturas del Quirinal, nos dirigimos despues hácia la iglesia de San Pedro ad Vincula. En nuestro itinerario se encontraba la antigua vía *Scelerata* en donde Julia, muger de Tarquino el Soberbio, hizo pasar su carro sobre el cadáver de su padre. Muchos recuerdos surgen de aquella parte del Esquilino, ocupada hoy por las dos iglesias de San Pedro y de San Martin de los Montes. Los baños de Tito, los de Trajano y de Adriano, el templo de Esculapio, edificado por Diocleciano, una parte de los jardines de Neron, recuerdan uno de los cuarteles más célebres de la antigua Roma. La iglesia que vamos á visitar debe su nombre y su celebridad, á las cadenas que el príncipe de los apóstoles llevó, como su divino Maestro, para dar libertad al mundo. Pasa por haber sido en su origen, un oratorio, dedicado por San Pedro mismo al *Salvador*. Fué quemada en el incendio de Neron, y destruida para dar lugar á los jardines de la Casa de Oro, y despues fué muchas veces restaurada. ¡Tan grande así era el interes de los cristianos en conservar, por un monumento perpétuo, el tránsito del Apóstol! La emperatriz Eudoxia, esposa de Valentiniano III, la mandó renovar completamente, y de aquí le viene el nombre de basilica Eudoxiana, que ha tenido muchas veces en la historia. Cambió este nombre en el de San Pedro ad Vincula, cuando recibió en depósito la doble cadena con que en Jerusalem habia sido cargado el Apóstol por Heródes, y en Roma por Neron. Más tarde hablaré de la época y de la historia de este hecho memorable. En este templo, uno de los más venerables del mundo, encuentran el artista y el cristiano, motivos para admirar y edificarse.

Ved aquí desde luego la antigua y milagrosa imágen de mosaico, de San Sebastian. La elegante inscripcion colocada al lado del altar del mártir, dice que este al-

tar es un *ex-voto* de la ciudad de Roma, súbitamente librada de la peste en 629; á la izquierda de la entrada, una pintura contemporánea representa al natural los espantosos pormenores de la epidemia. Cerca de todos esos monumentos antiguos, los tiempos modernos han colocado sus obras maestras. En primer rango brilla el mausoleo en mármol del papa Julio II, uno de los más célebres de Italia; y el incomparable Moisés de Miguel Angel, forma su más bello adorno. El legislador hebreo está sentado con las tablas de la ley en el brazo derecho y en actitud de hablar (*nell'atto di parlare*) al pueblo á quien está viendo seriamente y de quien parece quejarse. El artista no necesita de otro modelo para estudiar las proporciones y las posturas del cuerpo humano; el médico mismo puede, en presencia de aquella estatua, hacer un curso de anatomía; no hay un solo músculo, ni una fibra saliente, que no encuentre, y cuya dirección y forma puede seguir sin trabajo. Esta obra maestra es de mármol blanco y de una estatura colosal. En cuanto á la inspiración, es de lamentarse que Miguel Angel la haya buscado en el Olimpo y en la historia profana, más bien que en la Biblia. En efecto, Moisés tiene la cabeza de un César y la barba de un Neptuno. Como quiera que sea, confieso que jamás estatua alguna me había admirado de una manera tan viva. Cuando me iba alejando de ella, me parecía todavía que Moisés me perseguía con su mirada. Por esto todos los *cicerone* repiten que Miguel Angel, contemplando su obra despues de acabada, le descargó un martillazo en la rodilla, exclamando: *¡Anda, puesto que vives!*

El mármol no contestó al artista. Es más feliz el artista cristiano á quien es dado oír en aquella iglesia, voces amigas, cuyos acentos resuenan poderosamente en su corazón. Catolicidad de la fe, amor eyan-

gético á la virtud, valor heroico, caridad divina más fuerte que la muerte, hé aquí lo que le repiten la madre de los Macabeos con sus siete hijos, cristianos ántes de Jesucristo, cuyos gloriosos huesos, descansan bajo el altar; el pontífice mártir San Saturnino, y las ilustres vírgenes, Bárbara, Constancia, Emerenciana, Inés, Prisca, Margarita, Juliana; y los veteranos del ejército cristiano, Hipólito, Nabor, Paulo, cuyas reliquias enriquecen las diferentes partes de aquel venerable santuario. Y oye también la voz de San Leon el Grande, porque es donde el elocuente pontífice, el vencedor de Atila y el salvador de Roma, predicó su primer sermón sobre los Macabeos. A todas estas voces, se mezcla como un acompañamiento, el ruido de las cadenas apostólicas, gloriosamente llevadas por Pedro y Pablo y regadas con las lágrimas de tantos millones de peregrinos. Nosotros también ardíamos en deseos de verlas y besarlas; pero la triple cerradura que las protege en su caja de bronce, no se abre nunca sin permiso del Santo Padre, y nosotros no le teníamos.

Si al salir de San Pedro se toma á la derecha una pequeña calle tortuosa, se llega en pocos momentos á *San Martin de los Montes*. Esta iglesia pertenece á los carmelitas. La exquisita limpieza y el buen gusto que reinan en todas sus partes, la riqueza de sus dorados, la belleza de sus pavimentos de mármol, la elegancia de sus columnas en número de veinticuatro, todas antiguas, de diferentes mármoles y de orden corintio; pero sobre todo los frescos de los costados, obra inmortal de Poussino, la colocan en el primer rango de las iglesias de Roma. Mas todo este brillante espectáculo, no fija largo tiempo la atención del peregrino católico. Abajo de aquella iglesia resplandeciente de oro y mármol, hay otra adornada con solo las arrugas de la vejez y la modesta compostura

de la pobreza primitiva; y esa iglesia atrae el corazón. El cristianismo que en los tiempos de la persecución se refugiaba por todas partes, en los subterráneos, en las cuevas, en las ruinas, vino un día á ocultarse en los baños medio destruidos, de Tito. El papa San Silvestre celebró en este templo, de un nuevo género, dos concilios famosos; el primero, el año 324, en presencia de Constantino, de Santa Elena su madre y de Calpurnio Pison, prefecto de Roma; contáronse en dicho concilio ochenta y cuatro obispos. El segundo, compuesto de doscientos veinticinco padres, tuvo lugar el año siguiente en el mismo lugar.

Allí se confirmó, con la autoridad de la sede apostólica, el concilio general de Nicea; allí fueron condenados irrevocablemente Arrio, Sabelio y Victorino; allí fueron quemados sus detestables escritos 1.

A estos preciosos recuerdos, reúne la iglesia subterránea, monumentos de gran interés: ¿veis aquel mosaico muy antiguo? Es obra de los primeros siglos y representa á la Eva misteriosa á quien el mismo Dios prometió la victoria sobre el dragón, es decir, como lo entienden los santos padres, el triunfo del Evangelio, la destrucción de los tiranos, la ruina de las heregías, la paz del mundo á la sombra de la cruz 2. A los piés de María, está el papa San Silvestre. Como testigo feliz del buen éxito de la gran lucha, se apresuró á rendir homenaje á la Virgen victoriosa, dándole un título que desde hace quince siglos, repiten todas las generaciones católicas con la efusión de su agradecido amor: *Gaudium Christianorum*, «alegría de los cristianos.» ¡Hombres infortunados, que no teneis hácia nuestros ritos y oraciones el respeto religioso mandado por la fe, enseñaos al menos á conservarles la veneración

1 Mazzolari, *Basílica sacra*, t. VI

2 Per te toto terrarum orbe constructae sunt ecclesiae. S. Cyril Alexand.

humana que os inspiran los monumentos de la antigüedad! ¿Sabeis vosotros acaso que esta sencilla palabra demuestra uno de los hechos más grandes de la historia?

En medio de otras pinturas de fecha muy remota, se encuentra el respaldo de piedra del trono pontifical de San Silvestre. Su forma y sus dimensiones, descubren su edad y no dejan duda en el espíritu del arqueólogo ejercitado. Una pequeña caja cuidadosamente guardada, encierra la mitra, el manípulo, la estola y una sandalia del mismo pontífice. Para formar de aquel venerable subterráneo una página completa de nuestra historia, era necesario que el santo papa recibiese los honores de la religión, en el mismo lugar en que había librado por ella tan gloriosos combates; y esta condición se cumplió. San Silvestre descansa aquí, rodeado de un numeroso cortejo de mártires, cuya sangre defendió la fe que el pontífice afirmó con sus oráculos. La tabla de Sergio II, fija en la pared, dice: «En tiempo del papa Sergio el joven, fueron colocados en este altar, los cuerpos del B. Silvestre papa, y de los B. B. Fabian y Sotero, papas y mártires; de los santos mártires, Antonio, Sistanio, Polion, Teodoro, Nicandro, Crescenciano; de las B. B. vírgenes mártires, Sotera, Paulina, Memmia, Juliana, Cirila, Teopista, Sofia, y muchos otros, cuyos nombres son conocidos por solo Dios.» Todos estos sagrados cuerpos fueron traídos de la catacumba de Santa Priscila, cerca de la vía *Salara*.

Despues de haber dado mil acciones de gracias á aquellos fundadores de la fe y de la libertad del mundo, fuimos á venerar uno de los instrumentos de sus suplicios. Al avatzar por la iglesia subterránea, nos fué dado ver, besar y levantar con nuestras manos, una de aquellas piedras homicidas, que los paganos colgaban en el

cuello ó en los piés de nuestros padres, según que los precipitaban á las olas, ó según que los suspendían de los árboles. Nos pareció que pesaba como cuarenta libras, contando también el anillo de fierro que la penetra.

23 DE DICIEMBRE.

Tiendas de Navidad.—El Vaticano.—Biblioteca.—Libro de Enrique VIII.—Museo Cristiano.—Inscripciones.—Museos paganos.—El Laoconte.—Historia de esta estatua.—Cartones de Rafael.—Habitaciones y Cámaras de Rafael.—Galerías.—La Transfiguración.—Historia de esta obra maestra.—Las artes y el papado.

Algunos benévolos amigos habían formado el complot de llevarnos, sin saberlo nosotros, al palacio del Vaticano, para que visitásemos la famosa biblioteca. So pretexto de no sé qué paseo, nos dejamos cojer en la red, y á las diez salíamos de la plaza de Minerva en número de ocho personas. Se nos hizo atravesar en zigzag los diferentes cuarteles que nos separaban del Tiber; esta era una nueva conspiración; pero ¡cómo quejarnos, cuando teníamos el gusto de pasar entre dos filas de encantadoras tiendas, preparadas para las *buenas fiestas*? Estos almacenes improvisados, en los cuales se encontraba el conjunto más variado de lo que puede alhagar el gusto y la vista, estaban situados en un pueblo de compradores de siete á diez años. Los pequeños pesebres era lo que les llamaba la atención y les provocaban ardientes deseos de tenerlos. Esto es porque en Roma el *presepio*, pesebre, ocupa todos los pensamientos y se encuentra en todas las casas. Durante el Adviento y las fiestas de Navidad, se reúnen dos ó tres generaciones á rezar y á conversar al rededor de la cuna, artísticamente adornada y ricamente iluminada del niño de Bethlem. La Na-

vidad es para el pueblo romano, más que para cualquiera otro, una fiesta capital, una fiesta de familia. Así, en la ciudad cristiana no es el buen año el que se desea, sino la buena fiesta. El *capo d'anno* [cabo de año], no es nada, Navidad es todo. ¡No es, en efecto, muy lógico escojer para asociarse, reunirse y expresarse los mutuos deseos, el aniversario del acontecimiento más social, y por consiguiente más feliz que se haya marcado en los anales del mundo?

Me ocupaba de estos pensamientos, cuando llegamos al Vaticano. ¡Salud, morada augusta del vicario de Jesucristo! ¡Salud, palacio inmenso de donde salen los oráculos que arreglan la fe de la humanidad! ¡Salud, edificio magnífico, que por un glorioso privilegio, debes tu existencia al génio de los más famosos arquitectos de los tiempos modernos! Bramante, Rafael, Pirro, Ligorio, Fontana, Maderno, Bernini, vuestros nombres inmortales, brillan en las bóvedas, en las galerías, en los pórticos, en los muros de ese monumento digno de vosotros y digno del soberano que lo habita. Como edificado en diferentes épocas, el Vaticano es más bien una reunión de palacios, que un palacio único. Tiene 180 toesas de largo sobre 120 de ancho. No pudiendo visitar en un solo día aquel mundo de maravillas, limitamos nuestro estudio á las partes avanzadas que rodean la capilla Sixtina y Paulina, así como los departamentos íntimos del padre común de los cristianos, á quien se le puede llamar también el padre de las ciencias y de las artes. Nuestra primera estación fué la biblioteca. La gran sala que forma su principal cuerpo tiene 216 piés de largo, 48 de ancho y 28 de alto. Esta sala, está dividida en dos naves por siete pilastras. Todo aquello que puede satisfacer al espíritu y á los sentidos, se encuentra reunido allí, con perfecto gusto. El mármol, las pin-

turas, los dorados, brillan sobre vuestras cabezas y bajo vuestros piés. Al rededor de las pilastras y de las paredes, están dispuestos los armarios que encierran los manuscritos. Sobre estos armarios se ha colocado una parte de la gran colección de jarras italo-grecas, del Vaticano. En el espacio de pared que sigue por una parte de los armarios hasta la bóveda, está pintada al fresco, la historia universal del espíritu humano, es decir, la historia de las bibliotecas y de los libros, desde Adán hasta los tiempos modernos; y por otra, la historia completa del espíritu cristiano, es decir, la historia de todos los concilios generales con los principales acontecimientos eclesiásticos, desde Jesucristo hasta Leon XII.

La biblioteca vaticana, excede á todas las demas bibliotecas de Italia, y tal vez del mundo, en el número de los manuscritos griegos, latinos, italianos y orientales, y cuenta de ellos veinticuatro ó veinticinco mil. Se nos enseñó una biblia hebraica en vitela, con iluminaciones, la más magnífica sin disputa que haya existido jamás. Vimos también un Virgilio del siglo V, y un Ciceron de la misma época. Pero lo que interesa vivamente, es el famoso libro de Enrique VIII rey de Inglaterra, contra Lutero. ¹ Al fin de la obra, se leen estas palabras, *Anglorum Rea, Henricus, Leoni decimo mittit hoc opus ad fidei testem et amicitie, Henricus*. Enrique rey de Inglaterra, ofrece á Leon X esta obra en testimonio de su fe y de su amistad. Enrique." Toda la frase es de Enrique VIII, cuyo carácter y cuyo corazón parecen revelarse en su

¹ Hé aquí su título. *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum, edita ab invictissimo Angliæ et Franciæ rege et domine Hyberniæ. Henrico ejus nomine octavo; apud inelytam urbem Loddinum in ædibus Pinsonianis 1521, 4 idus Julii, cum privilegio á rege indulto.*

carácter de letra, largo, brusco, irregular y enredado. Como quiera que sea, *Assertio* valió al real apologista, el título de *Defensor de la fe*, que le confirió Leon X. ¿Podría creerse que los sucesores prototantes del príncipe cismático, conservan todavía grabada en sus monedas esta gloriosa denominación? Pues bien, si alguna vez cae á vuestras manos una guinea británica, vereis en ella, despues de los nombres y títulos del soberano, estas dos letras: F. D., *defensor de la fe*.

Al lado de esta obra vimos otra muy diferente del mismo autor. En el mismo cartón se conservan las cartas autógrafas que el príncipe libertino escribía á Ana Bolena. Véase cuán cierto es que la incredulidad es una planta que echa raíz en el fango, ó como decía el espiritual obispo de Amiens, que *el corazón es el que perjudica á la cabeza*.

De la biblioteca se sube á dos galerías paralelas que forman juntas una longitud de cien pasos, y contienen también manuscritos y libros. En el cuarto salón de la galería, á la izquierda, está el museo sagrado. Esta colección de antigüedades cristianas inspira un grande interés y produce una viva impresión. Allí se conservan, entre otros objetos, peines y uñas de fierro de que se servían los verdugos para desgarrar á los mártires. En presencia de aquellos instrumentos espantosos, se mira que es fácil creer en una religion, cuyos testigos han desafiado semejantes suplicios. Del espanto se pasa á la ternura, cuando se ven allí cerca los pobres utensilios de los primeros fieles; sus cálices de nácar y de vidrio; las cucharas y los tubos con que nuestros padres bebían la sangre que hizo á los mártires. Los crucifijos hallados en las catacumbas, y las pinturas de todas edades, llaman sucesivamente la atención del artista y del cristiano. Entre

cuello ó en los piés de nuestros padres, según que los precipitaban á las olas, ó según que los suspendían de los árboles. Nos pareció que pesaba como cuarenta libras, contando también el anillo de fierro que la penetra.

23 DE DICIEMBRE.

Tiendas de Navidad.—El Vaticano.—Biblioteca.—Libro de Enrique VIII.—Museo Cristiano.—Inscripciones.—Museos paganos.—El Laoconte.—Historia de esta estatua.—Cartones de Rafael.—Habitaciones y Cámaras de Rafael.—Galerías.—La Transfiguración.—Historia de esta obra maestra.—Las artes y el papado.

Algunos benévolos amigos habían formado el complot de llevarnos, sin saberlo nosotros, al palacio del Vaticano, para que visitásemos la famosa biblioteca. So pretexto de no sé qué paseo, nos dejamos cojer en la red, y á las diez salíamos de la plaza de Minerva en número de ocho personas. Se nos hizo atravesar en zigzag los diferentes cuarteles que nos separaban del Tiber; esta era una nueva conspiración; pero ¡cómo quejarnos, cuando teníamos el gusto de pasar entre dos filas de encantadoras tiendas, preparadas para las *buenas fiestas*? Estos almacenes improvisados, en los cuales se encontraba el conjunto más variado de lo que puede alhagar el gusto y la vista, estaban situados en un pueblo de compradores de siete á diez años. Los pequeños pesebres era lo que les llamaba la atención y les provocaban ardientes deseos de tenerlos. Esto es porque en Roma el *presepio*, pesebre, ocupa todos los pensamientos y se encuentra en todas las casas. Durante el Adviento y las fiestas de Navidad, se reúnen dos ó tres generaciones á rezar y á conversar al rededor de la cuna, artísticamente adornada y ricamente iluminada del niño de Bethlem. La Na-

vidad es para el pueblo romano, más que para cualquiera otro, una fiesta capital, una fiesta de familia. Así, en la ciudad cristiana no es el buen año el que se desea, sino la buena fiesta. El *capo d'anno* [cabo de año], no es nada, Navidad es todo. ¡No es, en efecto, muy lógico escojer para asociarse, reunirse y expresarse los mutuos deseos, el aniversario del acontecimiento más social, y por consiguiente más feliz que se haya marcado en los anales del mundo?

Me ocupaba de estos pensamientos, cuando llegamos al Vaticano. ¡Salud, morada augusta del vicario de Jesucristo! ¡Salud, palacio inmenso de donde salen los oráculos que arreglan la fe de la humanidad! ¡Salud, edificio magnífico, que por un glorioso privilegio, debes tu existencia al génio de los más famosos arquitectos de los tiempos modernos! Bramante, Rafael, Pirro, Ligorio, Fontana, Maderno, Bernini, vuestros nombres inmortales, brillan en las bóvedas, en las galerías, en los pórticos, en los muros de ese monumento digno de vosotros y digno del soberano que lo habita. Como edificado en diferentes épocas, el Vaticano es más bien una reunión de palacios, que un palacio único. Tiene 180 toesas de largo sobre 120 de ancho. No pudiendo visitar en un solo día aquel mundo de maravillas, limitamos nuestro estudio á las partes avanzadas que rodean la capilla Sixtina y Paulina, así como los departamentos íntimos del padre común de los cristianos, á quien se le puede llamar también el padre de las ciencias y de las artes. Nuestra primera estación fué la biblioteca. La gran sala que forma su principal cuerpo tiene 216 piés de largo, 48 de ancho y 28 de alto. Esta sala, está dividida en dos naves por siete pilastras. Todo aquello que puede satisfacer al espíritu y á los sentidos, se encuentra reunido allí, con perfecto gusto. El mármol, las pin-

turas, los dorados, brillan sobre vuestras cabezas y bajo vuestros piés. Al rededor de las pilastras y de las paredes, están dispuestos los armarios que encierran los manuscritos. Sobre estos armarios se ha colocado una parte de la gran colección de jarras italo-grecas, del Vaticano. En el espacio de pared que sigue por una parte de los armarios hasta la bóveda, está pintada al fresco, la historia universal del espíritu humano, es decir, la historia de las bibliotecas y de los libros, desde Adán hasta los tiempos modernos; y por otra, la historia completa del espíritu cristiano, es decir, la historia de todos los concilios generales con los principales acontecimientos eclesiásticos, desde Jesucristo hasta Leon XII.

La biblioteca vaticana, excede á todas las demas bibliotecas de Italia, y tal vez del mundo, en el número de los manuscritos griegos, latinos, italianos y orientales, y cuenta de ellos veinticuatro ó veinticinco mil. Se nos enseñó una biblia hebraica en vitela, con iluminaciones, la más magnífica sin disputa que haya existido jamás. Vimos también un Virgilio del siglo V, y un Ciceron de la misma época. Pero lo que interesa vivamente, es el famoso libro de Enrique VIII rey de Inglaterra, contra Lutero. ¹ Al fin de la obra, se leen estas palabras, *Anglorum Rea, Henricus, Leoni decimo mittit hoc opus ad fidei testem et amicitie, Henricus*. Enrique rey de Inglaterra, ofrece á Leon X esta obra en testimonio de su fe y de su amistad. Enrique." Toda la frase es de Enrique VIII, cuyo carácter y cuyo corazón parecen revelarse en su

¹ Hé aquí su título. *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum, edita ab invictissimo Angliæ et Franciæ rege et domine Hyberniæ. Henrico ejus nomine octavo; apud inelytam urbem Loddinum in ædibus Pinsonianis 1521, 4 idus Julii, cum privilegio á rege indulto.*

carácter de letra, largo, brusco, irregular y enredado. Como quiera que sea, *Assertio* valió al real apologista, el título de *Defensor de la fe*, que le confirió Leon X. ¿Podría creerse que los sucesores prototantes del príncipe cismático, conservan todavía grabada en sus monedas esta gloriosa denominación? Pues bien, si alguna vez cae á vuestras manos una guinea británica, vereis en ella, despues de los nombres y títulos del soberano, estas dos letras: F. D., *defensor de la fe*.

Al lado de esta obra vimos otra muy diferente del mismo autor. En el mismo cartón se conservan las cartas autógrafas que el príncipe libertino escribía á Ana Bolena. Véase cuán cierto es que la incredulidad es una planta que echa raíz en el fango, ó como decía el espiritual obispo de Amiens, que *el corazón es el que perjudica á la cabeza*.

De la biblioteca se sube á dos galerías paralelas que forman juntas una longitud de cien pasos, y contienen también manuscritos y libros. En el cuarto salón de la galería, á la izquierda, está el museo sagrado. Esta colección de antigüedades cristianas inspira un grande interés y produce una viva impresión. Allí se conservan, entre otros objetos, peines y uñas de fierro de que se servían los verdugos para desgarrar á los mártires. En presencia de aquellos instrumentos espantosos, se mira que es fácil creer en una religion, cuyos testigos han desafiado semejantes suplicios. Del espanto se pasa á la ternura, cuando se ven allí cerca los pobres utensilios de los primeros fieles; sus cálices de nácar y de vidrio; las cucharas y los tubos con que nuestros padres bebían la sangre que hizo á los mártires. Los crucifijos hallados en las catacumbas, y las pinturas de todas edades, llaman sucesivamente la atención del artista y del cristiano. Entre

estas últimas contemplamos con gusto una virgen de medio perfil de Lippo Domenicano, el piadoso y el inmortal autor de la *Madonna del Velluto*. Sigue otro salon llamado de los *Papyrus*, porque allí se conservan muchas cartas escritas durante el siglo sexto, sobre corteza de papyrus. Este soberbio salon, inerustado con mármoles raros y adornado con frescos de Mengs, da entrada á la vasta sala de los libros impresos; ésta comunica con el gabinete de las medallas.

No léjos de allí está el *corredor de las Inscripciones*. Este es un libro de dos partes, que contiene la historia profana y la historia sagrada escritas en mármol. La idea de esta coleccion de inscripciones se debe al papa Pio VII. Cayetano Marini, uno de los más ilustres sábios de los tiempos modernos, fijó por orden del pontífice en las paredes de la inmensa galería, con un orden y un arte maravilloso, de un lado, las inscripciones paganas, y del otro, las inscripciones cristianas de las catacumbas. Entre estas últimas hay sobre todo dos, que me parecieron exquisitas por su sencillez, su fe y su piadosa melancolía. La primera es de una ilustre matrona convertida por el amor de Dios en una de aquellas viudas tan célebres en la historia de la caridad primitiva:

OCTAVIE MATRONÆ.

VIDUÆ DEI.

A OCTAVIA MATRONA.

VIUDA DE DIOS.

La segunda es de una niña:

PEREGRINA VIXIT.

AN. VIII. M. VIII. D. V.

MURIÓ EN PEREGRINACION.

NUEVE AÑOS, NUEVE MESES, CINCO DIAS,

¡Peregrina Vixit! (Vivió en peregrinacion). ¡Qué bien expresan estas palabras el misterio de la vida humana! ¡Cuán bien definido está el nombre!

Recorrimos sucesivamente los numerosos museos que hacen del Vaticano el cuartel general de las artes, y cuyos nombres, queridos de los católicos, son un homenaje inmortal á nuestros pontífices. Ya es el departamento *Borgia*; ya el museo *Pio Clementino*, porque es debido á los papas Clemente XIII, Clemente XIV y Pio VI; ya el museo de *Pio VII*, ó el museo Egipcio y Atico; ya el museo de Gregorio XVI, ó el museo Etrusco. Leon X, Inocencio XI, Julio II y una multitud de otros soberanos pontífices, viven en las inmortales colecciones que están dando testimonio de su gusto exquisito, y de su generoso amor por las artes. Serian necesarios muchos volúmenes, para dar un catálogo detallado de todos los objetos preciosos que llenan aquellos vastos salones. Sarcófagos, estatuas, bustos, bajos relieves de todo género, fuentes de mármol y de basalto, carros de bronce, vasos, utensilios, candelabros, grupos de todas formas; hé ahí de lo que se componen las magnificencias paganas del Vaticano. Entre tantas obras maestras, hay algunas, que no nos perdonariamos pasar en silencio.

En el museo *Pio Clementino*, admiramos, como todo el mundo, el *Tronco del Belvedere*. Esta obra soberbia de mármol blanco, hallada en las Termas de Caracalla, es un fragmento de una estatua de Hércules descansando. La inscripcion griega, colocada en la base, dice que fué su autor Apolonio, hijo de Néstor el Ateniese. Vinieron en seguida el *Meleagro* y el célebre grupo de *Laoconte*, y sus dos hijos devorados por serpientes. Despues de haber descrito Plinio esta obra maestra, añade: "El Laoconte fué colocado en el palacio de Tito y se debe á tres escultores de Rodas. Agasando, Polydoro y Atenodoro (1)".

(1). Sicut in Laocönte qui est in Titi domo. opus omnibus et pictura et statuariae artis antefendum, ex imò lapide eum et liberos, draco-

¿Pero qué habia sido de él? ¿habia perecido como tantos otros monumentos, en los diferentes saqueos de Roma? ¿Los bárbaros se lo habian llevado? Nadie podia responder sobre esto. A principios del siglo XVI, mandó el papa Julio II practicar excavaciones en los diferentes cuarteles de Roma. Un dia le vinieron á anunciar que los obreros acababan de encontrar en las cercanías de las *Siete Salas*, un grupo de mármol de un cineel griego admirable. A esta noticia acuden los artistas y los sábios á los jardines de Tito y reconocen al Laoconte, tal como Plinio lo habia descrito. El entusiasmo llegó á su colmo, y por la tarde, todas las campanas suenan anunciando el feliz descubrimiento. Los poetas no duermen en la noche, y se preparan para saludar la vuelta de la obra maestra antigua en plena luz, con sonetos, himnos y canciones. El dia siguiente en la mañana, Roma entera está de fiesta. La estatua adorna la con flores y ramas, atraviesa la ciudad al són de la música; las damas están en las ventanas aplaudiendo con las manos; los sacerdotes formados en hilera, se descubren á vista de la obra maestra, y el pueblo todo, anda en las calles acompañando con sus alegres cantos, al Laoconte, que hace su entrada triunfal al Vaticano.

Una vez colocada la estatua en su pedestal, se retira Julio II á sus habitaciones y comienza entónces una nueva fiesta en que Sadoleto, coronada su cabeza con yedra, canta el dichoso acontecimiento en una oda que todos los humanistas saben de memoria (1). A los versos del poeta, la corte sabia, prorrumpie en gritos de admiracion. ¡Viva Sadoleto! ¡Viva Virgilio! "Habiase olvidado el Laoconte. Por la

num mirabiles nexu de concilii setentia fecere summi artifices Agesander, Polydorus et Athenodorus Rhodii. Lib. XXXVI, c. 6.—Estos artistas vivian por el año de Roma 324.

1 Ecce alto terra, etc.

tarde encontró Sadoleto en su cuarto un bello manuscrito de Platon: éste era un regalo del papa. En cuanto á Félix de Frédis, que habia descubierto la preciosa estatua, recibió como presente del papa una parte de las rentas de la gabela de la puerta de San Juan de Letran, y el título de notario apostólico (I). Así es como en todos tiempos se mostraron siempre los papas protectores magnánimos de los artistas y amantes esclarecidos de las artes.

En otro salon del mismo museo vimos el célebre *Mercurio del Belvedere*, conocido bajo el nombre de Antinoo; luego la *Dormilona*; luego, en fin, la obra maestra de la estatnaria antigua, el *Apolo del Belvedere*. Debo decir que la desnudez aparece en todas las producciones griegas y romanas, y que en el Vaticano, como en Florencia y en otras partes, conviene mirar pero no ver. Por esto, á pesar de mi deseo de entusiasarme, no heca más que admirar el talento superior de los antiguos en la reproduccion de las formas y en la expresion de la belleza material. Así como los artistas paganos son perfectos cuando se trata de todo lo que los ojos pueden ver y las manos tocar, así son nulos, ó casi nulos, cuando se trata de elevarse á lo que es divino y celeste en sus obras. El Apolo del Belvedere, por ejemplo, es una soberbia academia, un magnífico jóven, un héroe tambien, si quereis, pero un dios, nunca.

Si la escultura representa noblemente á la antigüedad en el palacio del Vaticano, con no ménos lustre, la pintura tambien, hace brillar en él la gloria de los tiempos modernos. Aquí es preciso tambien renunciar, no solo á describir, sino á nombrar. Cuando habeis atravesado la magnífica galería de las *Cartas geográficas*, llamada así,

2 Winkelmann, *Historia del arte*. Richardson, t. III, p. 711.

porque en sus grandes paredes están pintadas á grandes rasgos las diferentes partes del globo, llegais al salon que encierra las célebres tapicerías del Vaticano, hechas por los cartones de Rafael. Si se admira el génio que creó aquellos maravillosos dibujos, ¿cómo no pagar un justo tributo de reconocimiento al gran papa, cuya mirada penetrante supo conocer el génio de Sanzio, y cuyos reales favores recompensaron sus nobles trabajos? Un dia llamó Leon X á su artista querido: "Sanzio, le dijo, quiero adornar las paredes del Vaticano con tapicerías semejantes á las que Florencia ejecuta con tanta superioridad; dibújame algunos asuntos propios para inspirar al obrero."

Seis meses despues, hé aquí lo que pasaba en el Vaticano: El pueblo romano, prendado del amor á las letras y á las artes, se habia precipitado al palacio pontifical para oír los versos de Accolti. Le aplaudian, le arrojaban coronas al poeta cuando la escalera resonó con pasos de hombres; el papa se sonrió en señal de inteligencia: Es Rafael que llega. Rafael, gran señor, gracias á las bondades de Leon. Ante él se inclinan los guardias del palacio; avanza rodeado de un cortejo de pajes, radiantes de juventud y de belleza. Al verle, se forma una doble hilera; una de los cardenales y de los romanos nobles, y otra de teólogos y de sabios; y el artista pasa por en medio con aquella gracia que le es peculiar. Dobla la rodilla y besa el anillo del pescador. Sanzio trae doce cartones en los cuales ha representado los rasgos principales de las *Actas de los Apóstoles*; cada uno de los cartones está rodeado de una franja en claro oscuro, en la cual ha colocado el pintor algunos acontecimientos de la vida de Leon X. A vista de estos maravillosos diseños en que Rafael, para agradar á su protector, habia gastado todo lo que tenia de imaginacion y de

génio, reinó entre los espectadores uno de esos grandes silencios en que parecen suspenderse á la vez el alma y la sangre; luego, repentinamente, volviéndose las miradas de los cartones al pintor, el papa exclamó: "¡Divino!" y todos los asistentes repitieron la misma exclamacion: ¡Divino! 1

Otras maravillas nos esperaban en la ala izquierda del Vaticano que mira á la ciudad. Construida por Rafael mismo, es la feliz depositaria de las pinturas y de los adornos hechos por la mano ó bajo la direccion del príncipe de los artistas. En el segundo piso es donde los *Aposentos de Rafael* dejan admirar sus obras inmortales. El mismo, en escultura de mármol, reina en aquellas galerías, como un rey en sus Estados, y yo podria decir que casi como un dios entre sus criaturas. Los innumerables arabescos que se ven á lo largo de las pilastras y en los frisos, revelan la mano brillante que sembraba las obras maestras como jugando. Cincuenta y dos frescos ejecutados, segun sus dibujos, por Carabaggio, por Julio Romano, el más ilustre de sus discípulos, etc., reproducen los principales rasgos del Antiguo Testamento. El que representa *al Padre Eterno disipando el caos*, es todo de mano de Rafael. Las obras de este maestro por excelencia, abundan en las otras partes del Vaticano, y sobre todo en las Cámaras,

1 M. Adin, Vida de Lutero, t. 1, p. 207.— Se conoce la historia de estos maravillosos cartones, la obra más perfecta de Rafael, si creemos en un juez tan ilustrado como Richardson que dice haber pasado aquellos, de manos de obreros flamencos á las de Carlos I, rey de Inglaterra. A la muerte de este desgraciado monarca, fueron puestos en venta y se adjudicaron á Cromwell. Luego fueron olvidados y despues se hicieron juguete de algunos obreros que los cortaron para copiarlos más fácilmente, al advenimiento de Guillermo III; y en fin, bajo el reinado de un príncipe ilustrado fueron puestos bajo cristales y expuestos, como preciosas reliquias de arte, á la adoracion de los artistas que van en peregrinacion á visitarlos en Windsor. (Richardson Tratado de la pintura, t. 3.º, p. 469.)

que llevan su nombre. Citaré solamente el incendio del *Barrio del Espíritu Santo*, poética representacion del incendio de Troya; la *Escuela de Atenas*, á donde el pintor nos traslada para oír las doctas lecciones de Platon y de Aristóteles; el *Parnaso*, con Apolo rodeado de las nueve musas; *San Pedro en la prision*, en los momentos en que el ángel hizo caer al suelo sus cadenas.

Despues de todas aquellas obras maestras y otras muchas de Julio Romano, de Andrés Paechi, del Poussino, del Guido, de Pablo Verones, del Perujino, del B. Angélico de Fiesola, etc., que habian causado nuestra admiracion, nos quedaba por ver el salon que debia agotarla 1. Esta galería solitaria solo contiene cinco cuadros, y es por esto la más rica del universo. Entrando á la derecha está la *Madona di Fuligno*, obra maestra de Rafael, que representa á la Virgen Santa con muchos santos; más lejos, la *Coronacion de Maria* despues de su Asuncion, segunda obra tambien del mismo pintor; en el frente, el mismo asunto en un cuadro, pintado por Rafael y dibujado por Julio Romano; en el fondo, la *Comunion de San Jerónimo* del Dominiquino; por ún, volviéndose hácia la derecha, se extasia uno delante del primer cuadro del mundo, la *Transfiguracion*, del divino Rafael. En esta sublime composicion, el espíritu, el corazon, el pincel de Rafael, todo es cristiano. ¡Que no hubiera sido siempre el mismo!

La historia de esta obra capital es tal vez el episodio más interesante de la vida del ilustre pintor. Sebastian del Piombo fué por un momento rival de Sanzio, cuyo génio admiraba más que nadie. Un dia el artista Piombo presentó al papa el bosquejo del Lázaro, cuyo dibujo habia hecho

1 Esto sea dicho con las reservas que tengo expresadas de Florencia, y que repito en Roma, relativas á la escuela moderna.

Miguel Angel y al cual debia revestir Sebastian del colorido cuyo secreto habia arrancado á Vecelli el veneciano. ¡Dos hombres para vencer á Rafael! Miguel Angel y Sebastian del Piombo; el uno creando el pensamiento, imaginando el drama el otro dándole vida.

La *resurreccion de Lázaro*, obra de los dos maestros, era el desafio provocado al favorito de Leon X. Sanzio se sintió con valor para luchar con tales hombres. Tomó su pincel, se encerró durante algunas semanas, renunció al papa, al Vaticano, y á sus amigos, para trabajar en su obra.

Llegó muy pronto el dia en que debian juzgarse las dos composiciones, pero á la vista de la *Transfiguracion*, Roma arrojó un grito de sorpresa y de admiracion y repitió con Mengs: "Este es el tipo del bello ideal, el parangon del arte, la obra maestra de la pintura, el esfuerzo más sublime del génio del hombre." Sebastian del Piombo se confesó vencido, ¡pero qué derrota!

Tal fué nuestra primera visita al Vaticano. ¡Qué decir, al salir de aquel palacio encantado, en donde el génio humano, elevado á su mayor poder, brilla y se refleja por todas partes, formando en sus múltiples manifestaciones, como una vision de un mundo superior que os absorbe y os encanta? Las palabras espiran en los labios; no se sabe qué opinion formar. ¡Ah! ¡Ojalá y puedan ver los museos del Vaticano y comprender el pensamiento que los formó, todos aquellos hombres extraviados que acusan á la Iglesia romana de ser enemiga de las luces! ¡Tal vez cambiarían de lenguaje, al admirar todo lo que han hecho y todo lo que hacen todavia los pontífices por la conservacion de los monumentos antiguos y por el progreso de las ciencias y de las bellas artes! Hé ahí el primer deseo que se escapó de mi corazon

1 Véase la Vida de Lutero, por M. Adin; t. 1.º, p. 268.

de sacerdote y de católico; cuándo se tendrá voluntad de revisar el proceso formado á la Iglesia romana por la reforma, y de hacer justicia al papado, cesando de hacer mentir á la historia! Tal fué mi segundo deseo.

Tres siglos ha que el protestantismo no cesa de exclamar en alta voz: "Yo soy el emancipador de la razón, el salvador de la ciencia, el propagador ardiente de las luces; mía es la gloria de haber descubierto la antigüedad, de haber creado el gusto por lo bello, el celo de la investigación y de haber encendido la antorcha del genio, que Roma apagaba; mía es la iniciativa del glorioso movimiento que arrastra al mundo de maravilla en maravilla 1.

A estas palabras pretenciosas solo les falta una cosa: la verdad. Antes de que Lutero hubiese enseñado el hebreo, antes de que Melancthon enseñase el griego, antes de que Ulrico de Hutlen escribiese sus libelos, antes de que la pintura brillase bajo el pincel de Granach, antes de que el gusto de la antigüedad hubiese penetrado á la Germania, en una palabra, antes de que el movimiento filosófico, literario, científico, artístico, se hiciese sentir más allá de los Alpes, más allá del Rhin, más allá de la Mancha, estaba ya en plena actividad bajo el hermoso cielo de la Italia. Cuando Leon X murió el 1º de Diciembre de 1521, el nombre de Lutero apenas era conocido hacia cuatro años: y mucho antes de que la reforma hubiese sacado de sus pañales sucios, la Italia tenía ya una epopeya. Cuando la Francia, la Alemania, la Inglaterra, la España, no contaban ningun historiador, la Italia tenía ya á Poggio Braccolini, á Leonardo Aretino, á Bernardo Corio; además, mostraba con gloria á Guicciardini, á Paulo

1 Tal es en sustancia el elogio de Lutero, pronunciado por M. de Villers y coronado en 1802 por el instituto de Francia.

Jove, génius animados por el soplo de Leon X. Cuando la Europa septentrional, llevada por la reforma, rompía las estatuas y las obras maestras de las iglesias, y laceraba los manuscritos de los monasterios, la Italia profesaba un culto ardiente y apasionado á la antigüedad y á las bellas artes. En Florencia, el pueblo con la cabeza descubierta y con ramas de Olivo en la mano, acompañaba en procesion á una Virgen de Cimabúe que se acababa de encontrar; en Ferrara los ganapanes repetían las estrofas del Orlando, y en los Apeninos, los bandidos se inclinaban en signo de respeto delante del Ariosto. En los momentos en que Lutero daba la señal de la rebelion del sentido íntimo, Bandinelli creaba el grupo del altar mayor de Santa María de la flor; Angel Policiano y Juan Picco de la Mirandola, bajaban en triunfo á sus tumbas de la iglesia de San Márcos; y Buonarrotti creaba la Noche, el Día, el Pensiero y la estatua colosal de David; Venecia, Ferrara, Milan, Bolonia, Parma, Ravena, Florencia y Roma, cada ciudad italiana, en una palabra, se convertía en un foco de arte, de luces y de ciencias, que iba á cubrir con su red de llamas al mundo entero 1.

De este modo las fechas y los nombres propios establecen que el movimiento intelectual que salió de la Italia, y sobre todo de la Roma, de Leon X, atravesó los Alpes para dividirse, al pié de las montañas en dos corrientes, de las cuales una ganó la Alemania y la otra la Francia, de suerte que á la doble gloria de haber dado á la Europa su fe religiosa, y formado sus instituciones políticas, añade el papado la de haber comunicado el impulso científico al genio de los tiempos modernos. El sol no es más claro que este hecho: la historia lo dice; el Vaticano lo prueba.

1 Véase la *Vida de Lutero* por M. Audin, t. I, p. 256.

24 DE DICIEMBRE.

El Palatino.—Palacio de los Augustos.—El *Lararium*.—Templos de los dioses y de los emperadores.—Estatua de Apolo.—Cristianos de la casa de Neron.—El *Septizonium*.—San Sebastian *alla Polveriera*.—Jardines.—Forum.—Vila Palatina.—Iglesia de San Buenaventura.—El B. Leonardo del Puerto-Mauricio.

Ayer salimos de la vieja Roma, y hoy volvemos á ella. Nos pareció interesante estudiar la vispera de Navidad los palacios de los Césares, cuyos fundamentos quebrantó desde su pesebre el niño de Bethlehem. A las nueve estábamos en el Palatino. De las siete colinas, dicen los autores que ésta fué la primera habitada. Evandro fundó en ella una villa y la llamó *Pallanteum*, del nombre de la ciudad de Arcadia, su antigua capital. Los cinco primeros reyes de Roma fijaron allí su habitación. A fines de la república, estas modestas habitaciones hicieron lugar á las suntuosas casas de los Gracos, de Ciceron, de Claudio, de Catilina, de Marco-Antonio y del mismo Augusto, que nació allí el 23 de Septiembre del año 62, antes de la era cristiana 1. Con tales títulos, la colina tomó el nombre de Palatino, *mons palatinus*, que hoy conserva todavía. Ella lo mereció mucho más, cuando los sucesores del primero de los Césares la cubrieron con sus palacios de oro y de marmol. Allí durmieron Tiberio, Caligula, Claudio, Neron, Domiciano; 2 y sus espantosas sombras parece que andan errantes entre aquellas desoladas ruinas, para despertar en el viajero el asombro y el temor.

El más imponente de todos los edificios que coronaban el Palatino, era el palacio Augustal, asiento del imperio y morada de la majestad romana, *Sedes romani im-*

1 Algunos dicen que nació en Vellétri.

2 Suet., c. 5.—Stat., Sylv., lib. III.

Esto no es bastante á fin de que la reforma ó la filosofía anticristiana no pueda nunca arrojar á la faz de Roma, el reproche tan especioso de oscurantismo; el papado va hasta tomar bajo los pontífices de la casa de Médicis los impulsos de la ciencia mundana; revive en su seno á la antigüedad profana; prodiga el oro y los honores á los que la sacan de su tumba, y después, cuando ha impreso el movimiento, se le vé volver á entrar en su calma ordinaria y encerrarse más estrechamente en su mision religiosa. Al papa artista y literato, sucede el papa teólogo. Adriano VI á Leon X.

El papado, sintiéndose feliz al ver á las inteligencias ejercer su actividad en todas las partes de la ciencia, se contenta con dirigir su accion. Cuidadoso de dar impulso á sus esfuerzos, fiel en coronar sus buenos resultados, no es por eso ménos vigilante en reprimir sus extravíos. Reina cuando premia, y reina cuando castiga; se muestra siempre hijo del Dios de las ciencias y órgano de la verdad. Esta posicion intelectual de Roma, me parecia perfectamente representada en los tres edificios que rodean la plaza de San Pedro: á la derecha, el palacio del Vaticano; á la izquierda, las prisiones del Santo Oficio; entre ambos, la iglesia del Príncipe de los Apóstoles. El cristianismo, luz del mundo, brújula de los espíritus, reina gloriosamente en San Pedro; con su mano derecha, protege un palacio magnífico en que glorifica las ciencias, las artes, las luces; en una palabra, el genio humano en todas sus manifestaciones normales; mientras que su mano izquierda pesa sobre una prision oscura, triste, estrecha, en donde encadena al genio del error que ha querido tenazmente opacar el brillo de la verdad y retardar, extraviándola, la marcha de la inteligencia.

de sacerdote y de católico; cuándo se tendrá voluntad de revisar el proceso formado á la Iglesia romana por la reforma, y de hacer justicia al papado, cesando de hacer mentir á la historia! Tal fué mi segundo deseo.

Tres siglos ha que el protestantismo no cesa de exclamar en alta voz: "Yo soy el emancipador de la razón, el salvador de la ciencia, el propagador ardiente de las luces; mía es la gloria de haber descubierto la antigüedad, de haber creado el gusto por lo bello, el celo de la investigación y de haber encendido la antorcha del genio, que Roma apagaba; mía es la iniciativa del glorioso movimiento que arrastra al mundo de maravilla en maravilla 1.

A estas palabras pretenciosas solo les falta una cosa: la verdad. Antes de que Lutero hubiese enseñado el hebreo, antes de que Melancthon enseñase el griego, antes de que Ulrico de Hutlen escribiese sus libelos, antes de que la pintura brillase bajo el pincel de Granach, antes de que el gusto de la antigüedad hubiese penetrado á la Germania, en una palabra, antes de que el movimiento filosófico, literario, científico, artístico, se hiciese sentir más allá de los Alpes, más allá del Rhin, más allá de la Mancha, estaba ya en plena actividad bajo el hermoso cielo de la Italia. Cuando Leon X murió el 1º de Diciembre de 1521, el nombre de Lutero apenas era conocido hacia cuatro años: y mucho antes de que la reforma hubiese salido de sus pañales sucios, la Italia tenía ya una epopeya. Cuando la Francia, la Alemania, la Inglaterra, la España, no contaban ningun historiador, la Italia tenía ya á Poggio Braccolini, á Leonardo Aretino, á Bernardo Corio; además, mostraba con gloria á Guicciardini, á Paulo

1 Tal es en sustancia el elogio de Lutero, pronunciado por M. de Villers y coronado en 1802 por el instituto de Francia.

Jove, génius animados por el soplo de Leon X. Cuando la Europa septentrional, llevada por la reforma, rompía las estatuas y las obras maestras de las iglesias, y laceraba los manuscritos de los monasterios, la Italia profesaba un culto ardiente y apasionado á la antigüedad y á las bellas artes. En Florencia, el pueblo con la cabeza descubierta y con ramas de Olivo en la mano, acompañaba en procesion á una Virgen de Cimabúe que se acababa de encontrar; en Ferrara los ganapanes repetían las estrofas del Orlando, y en los Apeninos, los bandidos se inclinaban en signo de respeto delante del Ariosto. En los momentos en que Lutero daba la señal de la rebelion del sentido íntimo, Bandinelli creaba el grupo del altar mayor de Santa María de la flor; Angel Policiano y Juan Picco de la Mirandola, bajaban en triunfo á sus tumbas de la iglesia de San Márcos; y Buonarrotti creaba la Noche, el Día, el Pensiero y la estatua colosal de David; Venecia, Ferrara, Milan, Bolonia, Parma, Ravena, Florencia y Roma, cada ciudad italiana, en una palabra, se convertía en un foco de arte, de luces y de ciencias, que iba á cubrir con su red de llamas al mundo entero 1.

De este modo las fechas y los nombres propios establecen que el movimiento intelectual que salió de la Italia, y sobre todo de la Roma, de Leon X, atravesó los Alpes para dividirse, al pié de las montañas en dos corrientes, de las cuales una ganó la Alemania y la otra la Francia, de suerte que á la doble gloria de haber dado á la Europa su fe religiosa, y formado sus instituciones políticas, añade el papado la de haber comunicado el impulso científico al genio de los tiempos modernos. El sol no es más claro que este hecho: la historia lo dice; el Vaticano lo prueba.

1 Véase la *Vida de Lutero* por M. Audin, t. I, p. 256.

24 DE DICIEMBRE.

El Palatino.—Palacio de los Augustos.—El *Lararium*.—Templos de los dioses y de los emperadores.—Estatua de Apolo.—Cristianos de la casa de Neron.—El *Septizonium*.—San Sebastian *alla Polveriera*.—Jardines.—Forum.—Vila Palatina.—Iglesia de San Buenaventura.—El B. Leonardo del Puerto-Mauricio.

Ayer salimos de la vieja Roma, y hoy volvemos á ella. Nos pareció interesante estudiar la vispera de Navidad los palacios de los Césares, cuyos fundamentos quebrantó desde su pesebre el niño de Bethlehem. A las nueve estábamos en el Palatino. De las siete colinas, dicen los autores que ésta fué la primera habitada. Evandro fundó en ella una villa y la llamó *Pallanteum*, del nombre de la ciudad de Arcadia, su antigua capital. Los cinco primeros reyes de Roma fijaron allí su habitación. A fines de la república, estas modestas habitaciones hicieron lugar á las suntuosas casas de los Gracos, de Ciceron, de Claudio, de Catilina, de Marco-Antonio y del mismo Augusto, que nació allí el 23 de Septiembre del año 62, antes de la era cristiana 1. Con tales títulos, la colina tomó el nombre de Palatino, *mons palatinus*, que hoy conserva todavía. Ella lo mereció mucho más, cuando los sucesores del primero de los Césares la cubrieron con sus palacios de oro y de marmol. Allí durmieron Tiberio, Caligula, Claudio, Neron, Domiciano; 2 y sus espantosas sombras parece que andan errantes entre aquellas desoladas ruinas, para despertar en el viajero el asombro y el temor.

El más imponente de todos los edificios que coronaban el Palatino, era el palacio Augustal, asiento del imperio y morada de la majestad romana, *Sedes romani im-*

1 Algunos dicen que nació en Vellétri.

2 Suet., c. 5.—Stat., Sylv., lib. III.

Esto no es bastante á fin de que la reforma ó la filosofia anticristiana no pueda nunca arrojar á la faz de Roma, el reproche tan especioso de oscurantismo; el papado va hasta tomar bajo los pontífices de la casa de Médicis los impulsos de la ciencia mundana; revive en su seno á la antigüedad profana; prodiga el oro y los honores á los que la sacan de su tumba, y despues, cuando ha impreso el movimiento, se le vé volver á entrar en su calma ordinaria y encerrarse más estrechamente en su mision religiosa. Al papa artista y literato, sucede el papa teólogo. Adriano VI á Leon X.

El papado, sintiéndose feliz al ver á las inteligencias ejercer su actividad en todas las partes de la ciencia, se contenta con dirigir su accion. Cuidadoso de dar impulso á sus esfuerzos, fiel en coronar sus buenos resultados, no es por eso ménos vigilante en reprimir sus extravíos. Reina cuando premia, y reina cuando castiga; se muestra siempre hijo del Dios de las ciencias y órgano de la verdad. Esta posicion intelectual de Roma, me parecia perfectamente representada en los tres edificios que rodean la plaza de San Pedro: á la derecha, el palacio del Vaticano; á la izquierda, las prisiones del Santo Oficio; entre ambos, la iglesia del Príncipe de los Apóstoles. El cristianismo, luz del mundo, brújula de los espíritus, reina gloriosamente en San Pedro; con su mano derecha, protege un palacio magnífico en que glorifica las ciencias, las artes, las luces; en una palabra, el genio humano en todas sus manifestaciones normales; mientras que su mano izquierda pesa sobre una prision oscura, triste, estrecha, en donde encadena al genio del error que ha querido tenazmente opacar el brillo de la verdad y retardar, extraviándola, la marcha de la inteligencia.

perii 1. Este palacio modesto en su origen, aumentó muy pronto sus proporciones y se revistió de increíble magnificencia. Una soberbia escalera conducida á él desde el Forum, por el costado de la Victoria, *per elevum Victoriæ*. En cada lado de la puerta principal, se elevaban perpetuamente dos laureles cuyos extremos al tocarse, sostenían una corona de encina. El Senado había acordado este insigne honor á Augusto, *vencedor de los enemigos y salvador de los ciudadanos* 2. Pareció bien á los sucesores de este príncipe atribuirse el mismo privilegio; y cualesquiera que fuesen sus títulos para esta distinción, no tenían que temer la oposición del Senado. Vastos pórticos de mármol de Lacedemonia y de pórfido, rodeaban la morada imperial é impedían la entrada al vulgo, pero no á los dolores y á las negras zozobras. ¡Cuántas veces sus bóvedas silenciosas, vieron durante la noche á Calígula atormentado por los insomnios de sus desórdenes, vagar como un insensato y llamar á grandes gritos la vuelta de la luz 3! Los baños, al uso de la corte con el *Lararium*, ó capilla doméstica de los emperadores, formaban el cuerpo avanzado de los edificios. Alejandro Severo ha hecho célebre el *Lararium* imperial. En la parte más íntima había colocado este príncipe, en medio de los emperadores divinizados, de los dioses y de los grandes hombres, á Nuestro Señor Jesucristo, á Abraham y á Orfeo, á los cuales iba todas las mañanas á ofrecerles sacrificios 4. Por

1 Victor de Region.

2 Tunc decretum fuit laurum poni ante ejus cedes regias, et coronam quercæam superponi tanquam inimico rum victori et servatori civium. Dio, lib. LIII.—Plin., lib. XV, c. 30; lib. XVI, c. 4.

3 Magna parte noctis vigiliæ, cubandique tædio, nunt thoro residens, nunc per longissimos porticos vagus, invocare identidem, atque expectare lucem consueverat. Suet., c. 50.

4 Lamprid., in Alexand. Sev., c. 29 y 31.

órdenes suyas, el palacio mismo proclamó de un modo brillante, la superioridad de la moral evangélica. En una de las fachadas mandó grabar esta sentencia divina: *No hagais á otro lo que no querriais que os hicieran á vosotros mismos* 1. Más lejos se levantaba la famosa torre de Heliogábalo, príncipe extravagante y desordenado, que había dicho: «Quiero que mi muerte misma sea magnífica.» Y á guisa de caldoso, había mandado edificar una alta torre, con pavimento de piedras preciosas, á fin de que el día que él se precipitase desde su altura, se rompiese la cabeza pomposamente 2. Véase en seguida la biblioteca Tiberiana; luego, los departamentos, revestidos de oro, marfil y diamantes, en los cuales tuvieron lugar las increíbles escenas que componen la vida íntima de los Césares.

Al rededor del palacio reinaba un círculo de templos dedicados á los dioses y á los hombres. Ved en primer lugar el templo de Júpiter Stator, cuya antigüedad lo hace tan respetable á los romanos; despues el templo de la buena Diosa, famoso por sus abominables misterios; más lejos, el *Sacerarium* de los sacerdotes Salianos. Aquí es donde los doce jóvenes patricios, instituidos por Numa, guardaban los escudos sagrados, á los cuales se creía deber la salvación del imperio, los auspicios, los cinturones de cobre, el baston augural y los otros objetos de la superstición romana 3. Por fin, el templo de Apolo, célebre por la estatua gigantesca de aquel dios, delante de la cual iban los poetas á recitar sus versos y cuya base sirvió largo tiempo para encerrar los

1 Quam sententiam adeo dilexit ut et in palatio et in publicis operibus præscribi juberet. Id. 51.

2 Fecerat et altissimam turrin, substratis aureis gemmatisque ante se tabulis, ex qua se precipitaret, dicens etiam mortem suam pretiosam esse debere. Lamprid. in Heliog.

3 Valer., lib. VIII.

libros sibilinos 1. Este coloso, cuya cabeza se ve todavía en el Capitolio, era de bronce, y tenía lo menos cincuenta piés de altura. A los templos de los dioses se juntaban los templos de los hombres. Augusto era honrado en el templo que Livio le había erigido 2. Calígula, en el que él se había dedicado 3; en fin, todos los emperadores recibían adoraciones en un templo común 4.

Así, Roma tenía dos panteones: el de los dioses y el de los Césares. Y apenas podrá creerse, en el Palatino, en el corazón del poder y de la superstición romana, en el palacio mismo de los perseguidores, el cristianismo naciente tuvo ardientes servidores. ¡Cristianos en la morada de Neron, es decir, la humildad y la sencillez en el centro del orgullo y del lujo, la castidad y la inocencia en un lugar de lujuria y de prostitución, la mansedumbre y la caridad en el foco de la crueldad y de los crímenes más odiosos! ¡Qué contraste, qué maravilloso poder el del cristianismo! Estos cristianos de la casa de César, nos son conocidos por las cartas mismas de San Pablo, 5 y sus nombres queridos vinieron muy á propósito á mi memoria, para dissipar los tristes pensamientos que despertaba la vista del Palatino.

¡Pero cómo pudo el Apóstol llegar á arrojar algunos granos de la buena semilla, hasta la corte misma de Neron? Hé ahí un problema, cuya solución pica vivamente la curiosidad. Los detalles siguientes, son de tal naturaleza, que podrán aclarar, al menos en parte, este interesante misterio. El nombre cristiano era conocido en Roma, desde el tiempo de Tiberio, y se sabe que este emperador quiso poner á

1 Suet. in Aug., c. 31.

2 Plin., lib. XII.

3 Suet. in Calig., c. 22.

4 Suet., in Galb.—Vopisc., in Tacit.

5 Salutant vos omnes sancti, maxime autem qui de domo Cesaris sunt., Philipp., IV, 22.

Nuestro Señor en el número de los dioses. San Pablo había recorrido en su predicación las principales ciudades del Asia, y había permanecido diez y ocho meses en Corinto. Los judíos, que se mostraban por todas partes sus encarnizados enemigos, lo arrastraron ante el tribunal de Gallion, entonces procónsul de la Acaia, acusándole de enseñar una doctrina contraria á la ley 1. Aquel magistrado romano *Junius Ananus Gallio* era el hermano mayor de Séneca, preceptor de Neron 2. El gobernador oyó hablar inevitablemente y con frecuencia, de aquel judío enérgico y elocuente que se formaba numerosos prosélitos y cuyas doctrinas agitaban su provincia. Como hombre instruido, es de presumirse que en su correspondencia; Gallion, habló á su hermano de aquel predicador de una filosofía nueva y sublime, y es de suponerse que la reputación de San Pablo, conocida de este modo por Séneca, le inspirase el deseo de conocerle. Por esto los mejores talentos ponen fuera de duda, las relaciones del Apóstol con el preceptor de Neron, 3 durante su permanencia en Roma.

No es esto todo. Cuando llegó San Pablo á Roma, fué enviado, según costumbre, con los demás prisioneros al prefecto del pretorio. No puede dudarse de que le fué presentado, acaso más de una vez, porque el Apóstol esperó su sentencia dos años. Además, en estas audiencias, como en las de Félix y de Festus, y como en su prisión misma, Pablo no dejaba de anunciar el Evangelio. «Yo estoy preso,» exclamaba él, «pero la palabra de Dios no está encadenada, aunque mis cadenas son conocidas en todo el pretorio 4.» El

1 Act., XVIII, 1, 17.

2 Tacit., *Annal.*, VI, 3; XV, 73.—Dio Cass., *Hist. Rom.* LX, 638; LXI, 699.

3 Véase *Memorias Ecl.*, por M. de Greppo, p. 88.

4 Philipp., 1, 13.

prefecto del pretorio era entonces el célebre Afrianus Burrhus, asociado con Séneca en la educación de Neron. Participó largo tiempo con él del favor ó de la confianza del tirano, y parece que estos dos hombres de Estado marchaban bastante de acuerdo. Las relaciones que entre ellos existían, no permiten dudar de que Burrhus debió haber hablado á Séneca de aquel cautivo tan notable, y debió haberle inspirado el deseo de conocerle, proporcionándole para esto los medios que por otra parte no eran difíciles, atendiendo al celo del Apóstol, dispuesto de antemano para tales entrevistas 1.

Así se explican sin esfuerzo las entradas de San Pablo al palacio imperial. Su palabra, entendida, comentada, discutida, ya por las guardias de Burrhus ó por Burrhus y Séneca, y por los cortesanos y los oficiales que asistían á los interrogatorios, encontró corazones dóciles. Entre las gloriosas conquistas que hizo en la corte, se cita entre otras la de los santos mártires Tarpés y Evellius. El primero era uno de los grandes oficiales del emperador 2. Apenas supo Neron su conversión, cuando le mandó sacrificarse á los dioses, pero se negó á ello y al punto fué azotado con varas, extendido en la rueda y espiró, mostrando hasta su fin una serenidad en su rostro que sobrecogió de admiración á todos los testigos de aquella escena. De este número era Evellius, consejero del emperador. Tocado por la gracia, pidió él mismo el bautismo y no tardó en alcanzar la misma gloria que el santo mártir á quien había admirado poco antes en el suplicio, por su constancia y su virtud 3.

1 De Greppo, p. 103.

2 Magnus in officio Caesaris Neronis fuit. *Martyr. Adonis*, 17 maii.

3 Cujus (Torpetis) constantiam et virtutem quidam conciliarius Neronis, Evellius nemine inspiciens, Christo testimonium reddidit. *Id. id. Martyr. Rom. Ib.*, 11 maii.

Entre estos cristianos de la casa de Neron, debe contarse también, según todas las probabilidades, á la célebre Pomponia Græcina. Esta matrona, ornamento de la corte imperial, era muger de un distinguido guerrero. Al volver á Roma su marido Aulo Pláucio, después de haber triunfado en las Bretañas, la hizo comparecer ante un tribunal de familia, como culpable de adhesión á una superstición extranjera 1. Pláucio le declaró inocente, pero ella pasó su vida en una tristeza continua, y llevó siempre vestidos de luto: he ahí á la mujer cristiana tal como podía representarla un pagano 2. Pero el triunfo del Apóstol, ó mas bien el milagro del cristianismo, fué penetrar hasta los departamentos íntimos del emperador é ir á buscar una oveja en el antro mismo del león. Neron tenía una cortesana á quien amaba con furor, y San Pablo la convirtió 3. ¿Cuál era esta nueva Magdalena? Unos han pretendido que era Sabina Poppæa, otros que Actea, y sobre esto no hay más que conjeturas.

Avanzando hacia el Norte del Palatino, se encontraba el *Lupercal*, gruta célebre, al pié de la higuera ruminal, bajo la cual fueron encontrados Remo y Rómulo. A la izquierda y no lejos de la *escudera de la hermosa ribera, ad gradus pulchri littaris*, conservó Roma, durante más de mil años, la cabaña campestre, en que su fundador pasó sus primeros años. 4 Cerca de estos

1 Así acostumbran los paganos designar á la religión cristiana.—Pomponia Græcina, insignis femina, Plautio, qui ovans se de Britanniis retulit, nupta, ac superstitionis externæ rea mariti iudicio permissa. Tacit. *Annal.*, XIII, 32.

2 Véase M. de Greppo, p. 75 y siguientes.

3 Esta conquista le costó la vida. S. Chrys. *adv. oppug. vit. nomast.*, 1, 13; op. t. 1, p. 48; Greppo, *id.* p. 30 y siguientes.

4 Sed corum vita pastoralis et operosus erat, casis que sode montibus factis arundineis et ligneis operiebantur; quarum una etiam meo tempore perdurat in parte a Palatio in Circum versa, casa Romuli dicta, quam adhuc sacrarum rerum custodes tuentur, nil magnificentius ad-

lugares se eleva hoy la iglesia de San Teodoro. En la cuesta de la colina real, se extiende el valle del *Gran Circo*, señalado por un hermoso recuerdo cristiano. Un día, esto era bajo Diocleciano, se vió en el lugar llamado el Hipódromo de los emperadores, al capitán de la primera compañía de las guardias pretorianas, atado á una columna. Por orden del príncipe, los soldados le dirigían flechas y acribillaban á heridas á su bravo comandante. ¿Cuál era su crimen? El ser cristiano. ¿Cuál era su nombre? Sebastian. ¿Cuál su país? Era francés. Siendo nosotros dos veces compatriotas del mártir, como cristianos y como franceses, imaginaos cuán viva sería nuestra emoción, al pisar aquella tierra gloriosamente humedecida por nuestra sangre!

Sobre la punta oriental del Palatino se elevaba el *Septizonium* de Séptimo Severo. Cada emperador aumentaba y embellecía el palacio Augustal. Para decorar la entrada del lado del Monte Célio, mandó construir Séptimo Severo un soberbio edificio de siete pórticos, levantados unos sobre otros y sostenidos por siete filas de columnas de diferentes formas. 2 Dícese que los *bachilleres*, los *licenciados* y los *doctores* de la época iban á recibir allí sus grados, marcados por cada piso. 3 En 1216, el *Septizonium* estaba todavía tan bien conservado, que podía alojar al Sacro Colegio que eligió Honorio III. 4 Hoy no

quedaban; sed si aliquid aut celi injuria aut senio periclitatur, reliqua fulciunt, labefactatas res primis similes resarciunt. Dion., lib 1.

1 El padre de San Sebastian era de la Galia narbonesa y su madre de la Galia cisalpina; véase Mazzol. *San Sebastian*, t. VI, p. 238.

2 *Descript. urb. Rom.*

3 Locum septem solis septem ordinibus columnarum constructum ubi dicitur, quod gradatim adscendentibus et merentibus dabatur gradus scientiarum. *Id.*, *id.*

4 Card Aragon., *in Vita Greg.* IX, tomo III, pág. 2.

quedan de él vestigios; el palacio imperial mismo, los templos de los dioses y de los hombres, todas aquellas poderosas construcciones romanas que adornaban el Palatino, han desaparecido enteramente; solo las ruinas informes, cubiertas de zarza, atestiguan la grandeza romana en el centro mismo de su majestad, *Sedes romanæ imperii*. Los jardines Farnesio y la Vila Palatina, notables por algunos frescos de Rafael, ocupan en gran parte la mesa de la colina; y pacíficos jardineros cultivan alcachofas y pequeñas legumbres en el templo de Apolo, en el palacio de Augusto, bajo el pórtico de Calígula y en el Hipódromo tan ruidoso de los emperadores. Aquí, como en otras partes, solo el cristianismo está en pié. El vencedor de los Césares ha plantado sobre las ruinas de sus palacios, sus columnas triunfales. La iglesia de San Sebastian *alla pobiera*, consagra el lugar mismo en que el comandante de las guardias pretorianas, alcanzó su gloriosa victoria; y en el lado opuesto del Palatino, en el lugar del *Septizonium*, se levanta esbelta y graciosa la iglesia de San Buenaventura.

Allí nos esperaba un milagro semejante al que nos sorprendió tan vivamente en la iglesia de los capuchinos. Bajo el altar mayor duerme el sueño de los justos el B. Leonardo del Puerto-Mauricio. El infatigable misionero del Bolonés y de las montañas de la Italia, murió aquí, en 1751, á la edad de noventa y cinco años. Nos fué dado ver de cerca al santo de Dios, milagrosamente preservado de la corrupción de la tumba; diríase que es un anciano dispuesto á despertarse. En la tumba del héroe descansa, como la espada victoriosa al lado del guerrero, la espantosa disciplina, teñida todavía con su sangre. Ella explica, en cierto modo, la incorruptibilidad del santo cuerpo, y parece decir elocuentemente: ¡Mirad! Aquel que sacrifica en

este mundo su vida por Jesucristo, la encontrará gloriosa en la otra. Los armarios, suspendidos en cada lado de la nave, contienen el gran crucifijo y la imagen de la Virgen Santa, que el santo llevaba siempre consigo en sus misiones. El convento, cuyo centro forma la iglesia, está habitado por los hermanos del bienaventurado apóstol, los franciscanos de la reforma de San Pedro Alcántara. Estos religiosos son la edificación de Roma. Bajo su tosco sayal vive la pobreza, la mortificación, la humildad, la obediencia y la pureza de los primeros fieles. Evidentemente la Providencia ha querido que en las últimas edades del mundo, reinase el cristianismo en el Palatino cubierto de ruinas, tan puro, tan victorioso de la carne y del mundo, como en los siglos primitivos, cuando el palacio de Nerón ocultaba aquella temible colina bajo el brillo deslumbrador de su magnificencia. Aviso á los que proclaman la muerte del catolicismo.

Recordemos, para acabar, que la víspera de Navidad es en Roma un gran día de ayuno. El pueblo, imitando á los primeros cristianos, se abstiene de todo alimento hasta las estrellas, es decir, hasta en la noche; entónces comienzan alegres comidas de familia. Se convidan unos á otros y se reconcilian; si se reconcilian, este es un hecho. La comida, escasa y servida sin manteca y con aceite, se prolonga hasta media noche; cuando suena la hora solemne, se cubre la mesa con alimentos sustanciosos y abundantes, y sigue el regocijo. Esta costumbre está de tal modo arraigada, que no hay misa de media noche en Roma, sino en algunos conventos. La primera misa se dice en Santa María la Mayor, á las dos de la mañana.

25 DE DICIEMBRE.

Misa papal.—Alabarderos.—Espíritu de conservación de la Iglesia Romana.—Entrada del Santo Padre.—Por qué no lleva el Soberano Pontífice el báculo.—Espada.—Sombrero ducal.—Epístolas y Evangelios cantados en griego.—Consagración.—El Santo Padre comulgando sentado; el diácono en pie. ¿Por qué?—Santa María la Mayor.—El Pesebre.—Detalles.—Descripción.

El bello día de Navidad, día que había yo deseado tanto ver en Roma, se mostró á todo mi gusto en armonía con la fiesta. En Francia y en los países del Norte, quiero que sea muy frío, muy glacial, que las estrellas brillen en el azul del firmamento, que la nieve se rompa al andar, á fin de excitar en los corazones una gran ternura y una viva compasión hacia el Niño divino, que solloza y que llora sobre la paja en su pesebre abierto á los cuatro vientos. En Roma y en los países calientes, á falta de hielo y de nieve, quiero una niebla más ó menos espesa, más ó menos penetrante, y lluvia más ó menos fría, más ó menos abundante. Fuimos servidos según nuestro deseo.

A las ocho estábamos en el Vaticano. Séame permitido decir en elogio de nuestra curiosidad, que fuimos de los primeros. En este día es cosa convenida que no se va á San Pedro á orar, sino á mirar; á ménos que mirar no sea también orar; lo cual creería yo de buena voluntad, tratándose del católico respetuoso que asiste á las ceremonias papales. Como quiera que sea, nos pusimos á mirar. El primer objeto que fijó nuestra atención fueron los alabarderos del papa, de los cuales entró una compañía poco después de nosotros, y fué á colocarse delante de la Confesión de San Pedro, para guardar el lugar reser-

vado. Nada más pintoresco y gracioso que su uniforme. Calzones de negro, rojo y amarillo; coraza redonda de la edad media, con brazales articulados; gola al rededor del cuello; casco redondo de acero, coronado con un penacho rojo; ancho tahalí amarillo y larga alabarda á la antigua, podía decirse que presenciábamos la resurrección de los tiempos caballerescos.

Este espectáculo tan nuevo, sirvió de tema á las reflexiones siguientes: ¡Ved cómo Roma es esencialmente conservadora! Que se recorran todos los Estados de la Europa, y en ninguna parte se encontrará, si no es por acaso entre el polvo de los museos, ese traje de un tiempo que ya no existe. Solo la ciudad eterna le guarda y le expone en el gran día, como una página de historia que cada uno puede leer. Más de una vez sin duda, los turistas pedantes del último siglo debieron sonreír á vista de este inmutable y gótico uniforme; pero el inteligente artista de nuestra época lo admira y lo estudia, mientras que el cristiano bendice el pensamiento que preside á su conservación. Este pensamiento romano se manifiesta en todas partes, lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes. Esas órdenes religiosas, cuyos hijos póstumos recorren las calles y las ruinas de la ciudad pontifical, tales como por ejemplo, los Trinitarios y los caballeros de Malta, ¿qué son á los ojos del observador, sino la traducción viviente del mismo pensamiento? Os parece que la ley debería sancionar una supresión operada ya de hecho; vuestro celo os extravía. Roma, como Dios, crea y conserva, pero no destruye; guarda todas esas órdenes antiguas, como las reliquias de un pasado venerable. Es verdad; no irá ya el Trinitario á llevar á Túnez el rescate de los cautivos; pero rescatará otros prisioneros, los prisioneros por el pecado; trabajará en el ministerio

de las almas. De la misma manera, el caballero de Malta no sacará ya su gloriosa espada contra el mahometanismo, pero desempeñará cerca del jefe de la cristiandad nobles funciones, en espera de que los peligros de la fe ó los intereses de la humanidad le llamen á nuevos combates.

El mismo espíritu de conservación se manifiesta en los monumentos de la antigüedad. Si el Austria, la Francia, la Inglaterra, la Rusia ó cualquier otro pueblo, fuese dueño de Roma durante cincuenta años, sería muy de temerse que todo se trastornase y perdiese. El génio de cada pueblo ó la actividad en unos, la incuria de otros, las colisiones políticas, el espíritu mercantil é industrial, comprometerían rápidamente la existencia de la mayor parte de las ruinas monumentales. Bajo la guarda de la iglesia nada tienen que temer. El génio de la conservación más atento é inteligente, vela por ellas; y Roma permanece un incomparable museo, en donde las costumbres y las cosas de todos tiempos, cuidadosamente conservadas, se prestan al estudio y á la admiración del mundo entero.

De aquí nace involuntariamente una reflexión más alta, y es que, no debe dudarse de que este espíritu de conservación es evidentemente providencial, y la iglesia que lo manifiesta parece decir á sus hijos: "Si yo pongo tanto cuidado en salvar del olvido y de la destrucción usos y monumentos de un interés secundario, ¿cuál pensáis que debe ser mi solicitud por conservar intacto el sagrado depósito de la fe? Confíad en vuestra madre; ella no dejará perecer nada de vuestro divino patrimonio."

El tiempo había huido, y ya eran más de las nueve; la basílica se había llenado con una multitud inmensa, cuando un cañonazo anunció la salida del Santo Padre

este mundo su vida por Jesucristo, la encontrará gloriosa en la otra. Los armarios, suspendidos en cada lado de la nave, contienen el gran crucifijo y la imagen de la Virgen Santa, que el santo llevaba siempre consigo en sus misiones. El convento, cuyo centro forma la iglesia, está habitado por los hermanos del bienaventurado apóstol, los franciscanos de la reforma de San Pedro Alcántara. Estos religiosos son la edificación de Roma. Bajo su tosco sayal vive la pobreza, la mortificación, la humildad, la obediencia y la pureza de los primeros fieles. Evidentemente la Providencia ha querido que en las últimas edades del mundo, reinase el cristianismo en el Palatino cubierto de ruinas, tan puro, tan victorioso de la carne y del mundo, como en los siglos primitivos, cuando el palacio de Nerón ocultaba aquella temible colina bajo el brillo deslumbrador de su magnificencia. Aviso á los que proclaman la muerte del catolicismo.

Recordemos, para acabar, que la víspera de Navidad es en Roma un gran día de ayuno. El pueblo, imitando á los primeros cristianos, se abstiene de todo alimento hasta las estrellas, es decir, hasta en la noche; entónces comienzan alegres comidas de familia. Se convidan unos á otros y se reconcilian; si se reconcilian, este es un hecho. La comida, escasa y servida sin manteca y con aceite, se prolonga hasta media noche; cuando suena la hora solemne, se cubre la mesa con alimentos sustanciosos y abundantes, y sigue el regocijo. Esta costumbre está de tal modo arraigada, que no hay misa de media noche en Roma, sino en algunos conventos. La primera misa se dice en Santa María la Mayor, á las dos de la mañana.

25 DE DICIEMBRE.

Misa papal.—Alabarderos.—Espíritu de conservación de la Iglesia Romana.—Entrada del Santo Padre.—Por qué no lleva el Soberano Pontífice el báculo.—Espada.—Sombrero ducal.—Epístolas y Evangelios cantados en griego.—Consagración.—El Santo Padre comulgando sentado; el diácono en pie. ¿Por qué?—Santa María la Mayor.—El Pesebre.—Detalles.—Descripción.

El bello día de Navidad, día que había yo deseado tanto ver en Roma, se mostró á todo mi gusto en armonía con la fiesta. En Francia y en los países del Norte, quiero que sea muy frío, muy glacial, que las estrellas brillen en el azul del firmamento, que la nieve se rompa al andar, á fin de excitar en los corazones una gran ternura y una viva compasión hacia el Niño divino, que solloza y que llora sobre la paja en su pesebre abierto á los cuatro vientos. En Roma y en los países calientes, á falta de hielo y de nieve, quiero una niebla más ó menos espesa, más ó menos penetrante, y lluvia más ó menos fría, más ó menos abundante. Fuimos servidos según nuestro deseo.

A las ocho estábamos en el Vaticano. Séame permitido decir en elogio de nuestra curiosidad, que fuimos de los primeros. En este día es cosa convenida que no se va á San Pedro á orar, sino á mirar; á ménos que mirar no sea también orar; lo cual creería yo de buena voluntad, tratándose del católico respetuoso que asiste á las ceremonias papales. Como quiera que sea, nos pusimos á mirar. El primer objeto que fijó nuestra atención fueron los alabarderos del papa, de los cuales entró una compañía poco después de nosotros, y fué á colocarse delante de la Confesión de San Pedro, para guardar el lugar reser-

vado. Nada más pintoresco y gracioso que su uniforme. Calzones de negro, rojo y amarillo; coraza redonda de la edad media, con brazales articulados; gola al rededor del cuello; casco redondo de acero, coronado con un penacho rojo; ancho tahalí amarillo y larga alabarda á la antigua, podía decirse que presenciábamos la resurrección de los tiempos caballerescos.

Este espectáculo tan nuevo, sirvió de tema á las reflexiones siguientes: ¡Ved cómo Roma es esencialmente conservadora! Que se recorran todos los Estados de la Europa, y en ninguna parte se encontrará, si no es por acaso entre el polvo de los museos, ese traje de un tiempo que ya no existe. Solo la ciudad eterna le guarda y le expone en el gran día, como una página de historia que cada uno puede leer. Más de una vez sin duda, los turistas pedantes del último siglo debieron sonreír á vista de este inmutable y gótico uniforme; pero el inteligente artista de nuestra época lo admira y lo estudia, mientras que el cristiano bendice el pensamiento que preside á su conservación. Este pensamiento romano se manifiesta en todas partes, lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes. Esas órdenes religiosas, cuyos hijos póstumos recorren las calles y las ruinas de la ciudad pontifical, tales como por ejemplo, los Trinitarios y los caballeros de Malta, ¿qué son á los ojos del observador, sino la traducción viviente del mismo pensamiento? Os parece que la ley debería sancionar una supresión operada ya de hecho; vuestro celo os extravía. Roma, como Dios, crea y conserva, pero no destruye; guarda todas esas órdenes antiguas, como las reliquias de un pasado venerable. Es verdad; no irá ya el Trinitario á llevar á Túnez el rescate de los cautivos; pero rescatará otros prisioneros, los prisioneros por el pecado; trabajará en el ministerio

de las almas. De la misma manera, el caballero de Malta no sacará ya su gloriosa espada contra el mahometanismo, pero desempeñará cerca del jefe de la cristiandad nobles funciones, en espera de que los peligros de la fe ó los intereses de la humanidad le llamen á nuevos combates.

El mismo espíritu de conservación se manifiesta en los monumentos de la antigüedad. Si el Austria, la Francia, la Inglaterra, la Rusia ó cualquier otro pueblo, fuese dueño de Roma durante cincuenta años, sería muy de temerse que todo se trastornase y perdiese. El génio de cada pueblo ó la actividad en unos, la incuria de otros, las colisiones políticas, el espíritu mercantil é industrial, comprometerían rápidamente la existencia de la mayor parte de las ruinas monumentales. Bajo la guarda de la iglesia nada tienen que temer. El génio de la conservación más atento é inteligente, vela por ellas; y Roma permanece un incomparable museo, en donde las costumbres y las cosas de todos tiempos, cuidadosamente conservadas, se prestan al estudio y á la admiración del mundo entero.

De aquí nace involuntariamente una reflexión más alta, y es que, no debe dudarse de que este espíritu de conservación es evidentemente providencial, y la iglesia que lo manifiesta parece decir á sus hijos: "Si yo pongo tanto cuidado en salvar del olvido y de la destrucción usos y monumentos de un interés secundario, ¿cuál pensáis que debe ser mi solicitud por conservar intacto el sagrado depósito de la fe? Confíad en vuestra madre; ella no dejará perecer nada de vuestro divino patrimonio."

El tiempo había huido, y ya eran más de las nueve; la basílica se había llenado con una multitud inmensa, cuando un cañonazo anunció la salida del Santo Padre

El augusto anciano, despues de haber salido de sus habitaciones, bajó por la escalera interior del palacio, á una capilla lateral de la iglesia. Bien pronto se miró dominando todas las cabezas un dosel brillante de oro y seda; luego se vieron dos anchos abanicos de gran belleza, glorioso recuerdo de la magnificencia imperial; y bajo aquel dosel, sentado en la *silla gestatoria*, brillante de oro y púrpura, al vicario de Jesucristo con la tiara en la cabeza, glorioso emblema de su triple dignidad de padre, de rey y de pontífice (1). Marchaba majestuosamente, llevado sobre las espaldas de los oficiales de su casa, vestidos con el gran traje rojo. El sacro colegio abría la marcha, la guardia noble formaba la valla y seguía el cortejo que se detuvo á nuestra vista detras de la Confesion de San Pedro. Despues de haber depositado la tiara y hecho una corta adoracion al pié del altar, subió el soberano pontífice á un trono colocado á la derecha; entonó la *Tercia*, tomó la mitra y se sentó. ¿Por qué la mitra sustituye á la tiara? Con este misterioso cambio comenzó para mí una serie de enigmas, cuya solucion atormentó mucho mi espíritu. Comprendí pronto, que si el Santo Padre era rey en la *silla gestatoria*, en el altar no era más que pontífice, y la sustitucion de la mitra á la tiara se explicó por sí misma. Pero dos nuevos geroglíficos me embarazaron de otro modo; uno que veía y otro que no veía. El Santo Padre, el obispo de los obispos, no llevaba báculo; tuve á bien buscar aquel atributo de la carga pastoral y no figuraba de ningun modo entre las insignias. ¿Por qué es esto? primer enigma.

Dos prelados domésticos precedían al

(1) Al ponérsela el cardenal al pontífice, le dice. Accipe tiaram tribus coronis ornatam, et scias te esse Patrem, Regem et Christi Vicarium, etc. "Los italianos llaman á la tiara *Triregno*; esta es una hermosa palabra.

Santo Padre, y llevaban el uno una soberbia espada con empuñadura de oro, *stocco*; el otro un sombrero ducal, *cimiero* de terciopelo carmesí, con armiño, adornado de perlas y rodeado de un cordón de oro con una paloma en el centro, símbolo del Espíritu Santo; la espada y el sombrero fueron depositados en un rincón del altar, y allí quedaron durante la misa, ¿por qué todo esto? Segundo enigma.

Busqué cerca de mí algun Edipo capaz de explicarme este doble misterio, pero mis esfuerzos fueron vanos. Comenzó la misa, continuó, acabó, y aquel sombrero, aquella espada, aquel báculo, no me salían de la cabeza. Confieso mi distraccion; para expiarla me condené á largas investigaciones sobre la causa que la habia producido, y con el fin de evitar el mismo trabajo á los que vayan allá despues de mí, voy á dar la solucion del doble enigma.

El pontificado de San Pedro en Roma duró veinticinco años. Aunque nuestras historias galicanas nada nos dicen de los trabajos del apóstol durante este largo período, se sabe muy bien que no se estuvo cruzado de brazos. Los antiguos monumentos, los archivos y las tradiciones de las iglesias de Italia, nos hablan á cada momento de los viajes del pescador de Galilea, de los misioneros que envió á todas las partes de la península y aun más allá de los Alpes; tales por ejemplo fueron San Fronto á la Aquitania, y San Materno á la Germania 1. Con éste último partieron para Tréves San Eucario y San Valerio, los tres discípulos del príncipe de los Apóstoles. Al cabo de cuarenta dias, Materno murió. Uno de sus compañeros de apostolado, volvió inmediatamente á Roma á dar la noticia á San Pedro, y á rogarle que mandara un nuevo obrero en lugar del difunto. El apóstol se contentó con decirle:

1 Foggino, *de romano divi Petri itinere et Episcopatu*, in 4º, *Exercit.* XIII; XIV, XIX.

"Tomad mi baston, tocad con él al muerto y decidle de mi parte: Levantaos y predicad." A esta orden de aquel cuya sola sombra curaba á los enfermos, se obró el milagro, y Materno salió de su tumba lleno de vida, continuó su mision y llegó á ser el segundo obispo de Tréves. En memoria eterna de este milagro, no llevan los sucesores de San Pedro el báculo pastoral, ménos en la diócesis de Tréves, cuando allí se encuentran. Este hecho, que no tiene nada de admirable, cuando se conoce el poder milagroso de los apóstoles y la necesidad de los prodigios, para acreditar la fe naciente, descansa, por otra parte, en ilustres autoridades. Solo citaré á dos de ellos, el papa Inocencio III y Santo Tomás de Aquino; el primero fué el hombre más grande de su siglo, y el segundo la razon más sana y más fuerte de la Edad Media 1. Gustoso con mi descubrimien-

1 Hé aquí sus palabras: Inocencio III dice: "Romanus autem Pontifex pastoralis virga non utitur, pro eo quod beatus Petrus Apostolus baculum suum misit Eucherio, primo episcopo Trevirorum, quem una cum Valerio et Materno ad predicandum Evangelium genti teutonicae destinavit. Cui successit in episcopatu Martenus, qui per baculum sancti Petri de morte fuera, suscitatus. Quem baculum usque hodie cum magna veneratione trevirensis servat Ecclesia." *De Sacrif. Miss.*, c. VI. El mismo pontífice, escribiendo al patriarca de Constantinopla, repite el mismo hecho. *De sacra unct.*, cap. unicus. — El doctor angélico se expresa así: "Romanus pontifex non utitur baculo, quia Petrus misit ipsum ad suscitandum quemdam discipulum suum, qui postea factus est episcopus trevirensis, et ideo in diocesi trevirensi Papa baculum portat et non in aliis." *Q. 3, art. 3, distinct. 24, lib. IV.* — A esta razon histórica, añaden los autores muchas razones misteriosas, para explicar la falta del báculo en manos de los soberanos pontífices; hé aquí la principal: "Quia per baculum designatur correctio sive castigatio; ideo alii pontifices, recipiunt á suis superioribus baculos, quia ab homine potestatem recipiunt. Romanus Pontifex non utitur baculo, quia potestatem á solo Deo recipit." *De Sac. Unct. ad verb. Mystic.* Véase también á Durandus, *Rationale div. offic.*, lib. III, c. 15. Alzedo, *de Præcellent. Episcop. Dignit.*, p. 1, c. 13, n. 70; Hieron Venerius, *De Exam. Episcop.*, lib. IV, cap.

to, admiré de nuevo el espíritu de conservacion que forma la gloria particular de la Iglesia de Roma, y bendije á mi madre por habernos conservado en una de sus costumbres el recuerdo de los hechos milagrosos acaecidos alrededor de nuestra cuna.

¿Pero qué significaban la espada y el sombrero ducal? La explicacion de este nuevo enigma acabó tambien por hacer nos rendir un tributo de admiracion y de reconocimiento. En los siglos más remotos y cuando el cristianismo encarnó en las naciones europeas, el derecho de la fuerza debió arreglarse por el derecho moral. La espada, ántes instrumento de pasiones personales, de opresion pública y de iniquidad en el mundo idólatra, se convirtió en las manos de los príncipes y de los guerreros cristianos, en una arma destinada á proteger la verdad, la equidad, el órden social. Esta nueva mision del *hierro*, fué recordada sin cesar á aquellos que estaban encargados por Dios de cumplirla. Y hé aquí que la misma noche en que el niño Dios vino á romper todas las tiranías, su Vicario bendice una armadura, que envía al

20, n. 21; Barbosa, *De offic. et Potest. Episcop.*, p. 1, tit. I, n. 14, etc. etc. — En la disertacion *ad hoc* que ha puesto al fin de sus *Monim. veter.*, lib. III, p. 209, el sábio Ciampini hace observar muy bien que la *Ferula*, especie de baston derecho, que se presentaba á los papas el día de su eleccion, y que se encuentra grabada en las tumbas antiguas, no es un báculo, sino un emblema del poder temporal. — Puesto que tratamos del báculo episcopal, no puedo resistir al gusto de citar los versos siguientes, de un autor de la Edad Media, acerca de la significacion de este cayado espiritual y del uso que el pontífice debe hacer de él:

IN BACULI FORMA, PRÆSUL, DATUR TÆC TIBI
(NORMA:
ATTRAHE FER PRIMUM, MELIO REGE, PUNGE PER
(IMUM;
ATTRAHE PECCANTES, REGE JUSTOS, PUNGE VAGANTES.
(GANTES.
ATTRAHE, SUSTENTA, STIMULA, VAGA, MORBIDA,
(LETAN;

Gloss. de Sac. unct., c. unicus.

emperador, al rey, al príncipe, al guerrero que ha combatido valientemente ó que debe combatir á los enemigos de la verdad, de la justicia y de la paz del mundo. En el siglo XVI, Sixto V llamaba ya á esta elocuente costumbre, *una costumbre venida de los Santos Padres*; y de hecho los siglos anteriores habian visto á Urbano VI dar la armadura sagrada á Fortiguerra, presidente de la república de Lucques; á Nicolás V darla al príncipe Alberto, hermano del emperador Federico; á Pio II darla á Luis VII, rey de Francia. Roma sigue bendiciendo cada año la espada y el sombrero del guerrero cristiano; y si hay oportunidad, el Padre comun de las naciones, la envía al príncipe, al capitán que se ha hecho digno de ella por sus hazañas y por su conducta ¹.

Si en estas costumbres preliminares habia yo podido leer una página de nuestra bella antigüedad, la misa pontifical me la reveló casi toda entera. Despues de la confesion al pié del altar, fué á colocarse el Santo Padre en un trono preparado en el fondo del coro, inmediatamente, abajo de la Cátedra de San Pedro. A derecha é izquierda estaban sentados en gradas cubiertas con paño rojo, los miembros del Sacro Colegio; conté veinticuatro, y tenían casulla y mitras blancas, ricamente bordadas. Detrás de los cardenales, veíanse los obispos, los superiores gefes de las órdenes y los prelados; encima de estas sillitas de coro corridas, reinaban dos hileras de tribunas: las tribunas superiores reservadas á los príncipes y á los embajadores, y las otras ocupadas por personas que tenían billete de entrada. No puede decirse cuán imponente es este espectáculo verdaderamente católico.

En memoria de la antigua unión de la Iglesia oriental y de la Iglesia occidental,

¹ Costanzi *Instituzioni di Pietà di Roma*: t. 1. p. 8.

en testimonio perpetuo de la catolicidad de la fe, que ha hablado y debe hablar hasta el fin de los siglos todas las lenguas, dos eclesiásticos de Roma cantaron la epístola y el Evangelio en latin; y luego un diácono y un subdiácono de los armenios cantaron ambas cosas en griego, vestidos con su magnífico traje oriental. Al acercarse el momento de la consagración, bajó el Santo Padre de su trono, y despues de la consumación del tremendo misterio, el augusto anciano tomó la santa víctima en sus manos, y levantándole sobre su cabeza, la presentó á los cuatro puntos del cielo, y ántes de volverla á colocar en el altar, dió silenciosamente la bendición al universo. Este silencio profundo, los cabellos blancos del vicario de Jesucristo, todas aquellas cabezas de príncipes y de reyes inclinadas hácia la tierra, y la vista de la angusta víctima, suspendida entre el cielo y la tierra, todo esto produce en el alma una impresión de felicidad sublime, que no puede expresarse.

Antes de la comunión, volvió el Santo Padre á su trono, y se vió al cardenal diácono dejar el altar y llevarle, acompañado de cirios, el Cuerpo adorable del Salvador. En este momento solemne, todo el mundo se prosternó; hasta un inglés que estaba á mi derecha. El Santo Padre, sentado, con las manos juntas y la cabeza respetuosamente inclinada, tomó la Santa Hostia y se dió él mismo la comunión; luego tomando otra Hostia, la dió al cardenal diácono, que recibió la comunión en pié y de mano del vicario de Jesucristo. Volvió el diácono al altar, de donde trajo con las mismas ceremonias la preciosa Sangre, que bebió el Santo Padre con un tubo de oro, segun el uso de la primitiva iglesia, despues de lo cual, el diácono absorbió el resto de la misma manera. Esta doble comunión, resucita las primeras edades de la iglesia y del mundo. En el pontífice, sentado en su tro-

no, veis al Hijo de Dios *sentado* en medio de sus apóstoles y distribuyéndoles el pan de la vida; en ese diácono que recibe en pié al Cordero divino, veis al israelita, en el momento de pasar el mar Rojo, comiendo en pié y en actitud de viaje, el Cordero Pascual, viático de su peregrinación y prenda de su libertad. A este espectáculo, la inteligencia del cristiano, su corazón, su sér, todo entero se llenan de una alegría dulce, íntima, profunda; cuatro mil años de amor acababan de pasar ante sus ojos.

Acabada la misa, fué llevado el Santo Padre á sus departamentos en la *silla gestatoria*, desde cuya altura bendecía, al atravesar la inmensa basilica, al innumerable pueblo que habia acudido á verle. Todos los cardenales, con mitra en la cabeza, precedían al soberano pontífice, y le seguían los obispos, los prelados y la guardia noble que cerraba la marcha. Sentimos dejar aquellas tribunas, desde donde habíamos contemplado el más bello espectáculo de nuestra vida; pero fué necesario bajar; como todas las galerías de este mundo, la pompa augusta habia desaparecido.

Cuando habíamos salido para San Pedro, se nos habia dicho: "No os dejéis absorber demasiado; cuidaos; en las ceremonias papales se encuentran inevitablemente algunos hijos de Rómulo muy apasionados á las faltriqueras de sus prójimos."

Aunque preocupados con lo que habíamos visto y sentido, yo no sé como nos ocurrió, al entrar entre la muchedumbre, tomar alguna medida de seguridad. Gracias á Dios, ninguno de nuestros vecinos se halló en el caso precitado, y salimos sanos y salvos con armas y bagajes.

Nos libramos de los rateros pero caímos en manos de los *vetturini* (cocheros). La lluvia seguía cayendo á torrentes; en Roma, como en París, en un día de fiesta y de mal tiempo, los cocheros son reyes. Despues de haber esperado largo tiempo,

buscado y suplicado, encontramos por fin una de aquellas majestades populares que se comprometió á llevarnos á casa, mediante cinco paulos y medio. Por la tarde necesitamos de implorar el auxilio de los potentados del sitio de carruajes, porque las cataratas del cielo estaban siemj re abiertas y nosotros queríamos á cualquier precio visitar á Santa María la Mayor, porque solo en este día se expone allí á la veneración de los fieles el pesebre del Salvador.

Eran cerca de las cuatro cuando llegamos á la basilica. Segun antigua costumbre, el Soberano Pontífice cantaba allí las vísperas; más de mil antorchas iluminaban la iglesia y hacían brillar los dorados que la adornan; nunca brilló con tan viva luz el oro del Nuevo Mundo. Acabado el oficio, la guardia pontifical manda despejar la iglesia, cuyas puertas se cierran, y solo queda adentro un pequeño número de elegidos. Gracias á uno de nuestros amigos, nosotros fuimos de este número. Algunos momentos más, y nos va á ser dado ver con nuestros propios ojos el pesebre de Bethlehem, conmovedor testimonio del amor de un Dios que se hizo nuestro hermano.

Desde un principio, los cristianos de la Judea rodearon de respeto y de un culto empeñoso los lugares y los objetos santificados por la presencia del Salvador. A medida que el Evangelio extendía sus conquistas, el reconocimiento y la fe llevaban á Palestina numerosas caravanas de peregrinos, que iban del Oriente y del Occidente. La emperatriz Santa Elena fué también allá en persona, y mandó revestir el pesebre con láminas de plata, y la gruta sagrada con los más preciosos mármoles ¹. En tiempo de San Gerónimo era la afluencia tan continua y tan numerosa, que el santo doctor escribía de Bethlehem: "Se

¹ Euseb., *Hist.*, lib. III, c. 41 y 43.

acude aquí del mundo entero; siempre está ocupada la ciudad con hombres de todas naciones 1; no se pasa un día ni una hora, sin que veamos llegar grupos de hermanos que nos obliguen á hacer de nuestro silencioso monasterio un alojamiento público 2. El pesebre dejó el Oriente á la invasión del mahometismo, y fué guardado con más amor que el arca de la alianza, con más respeto que el *Tugurium* de Rómulo, y estuvo rodeado por generaciones no interrumpidas de cristianos fieles, cubierto por los besos de muchos millones de peregrinos, y regado con sus ardientes lágrimas. Esto fué durante el segundo año del pontificado del papa Teodoro, el año 642. Roma lo depositó en la basílica Liberiana 3 con el cuerpo de San Gerónimo, traído igualmente de Palestina, y no quiso que el santo doctor, guardian vigilante del pesebre durante su vida, fuese separado de él despues de su muerte 4.

Ahora, si la vieja Roma hizo consistir una parte de su gloria en conservar la cabaña de Rómulo, juzgad, ¿cuánto más feliz y orgullosa no se mostrará la Roma cristiana, que posee la cuna del Niño Dios? 5 El pesebre es su tesoro, su joya;

1 De Toto huc orbe concurrunt; plena est civitas universi generis hominum, et tanta utriusque sexus constipatio ut quod alibi ex parte fugiebas hic totum sustinere cogaris. *Epist. XIII ad Paulinum.*

2 Nulla hora nullumque momentum in quo non fratrum occurramus turbis, et monasterii solitudinem hominum frequentia commutemus. *Id., c. VII in Ezech.*

3 Véanse los dos sábios autores de la *Historia de Pesebre*. Giov. Batelli y Fr. Bianchini, *De Translat. sacri Cunabul. ac Præsep. Dom.*, etc. Véase también á Cancell., *Nozze di Natale*, c. XXVI, p. 88; á Benedicto XIV, *De Die Natali*, etc.

4 Arringhi, *Rom subterr.*, t. II, p. 269, edic. Paris in-fol.

5 Porro Christi natalis nobile monumentum, ex ligno confectum... Roma possidet, eoque multo felicius illustratur quam tuguriu Romuli, quod intextum ex stipula eorum majores ad secula de industria conservaverunt. *Baron.*, t. I, an. I, n. 5.

forma su felicidad, su gloria. Le guarda con un amor celoso, lo rodea de una veneración que los siglos no pueden debilitar; lo conserva en un cofre de bronce, y solo lo expone á la vista una vez cada año. La noche que precede á este día tan deseado por el peregrino católico, se coloca el pesebre en un altar de la gran sacristía; el incienso más exquisito se quema en su honor, y luego cuatro de los canónigos más jóvenes de Santa María, toman la preciosa reliquia en sus espaldas, y precedidos de todo el clero, la trasportan solemnemente á la capilla de Sixto V. Despues de la misa de aurora, vuelven á tomarla y la exponen en el tabernáculo del altar mayor. Todo el clero se dirige en seguida á la capilla Borquesa, situada enfrente de la de Sixto V, para descubrir allí la imagen milagrosa de María; éste es un modo de convidar á la Madre divina á contemplar el triunfo de su hijo y á gozar ella misma de su propio triunfo. ¡Oh! si alguna vez vais á Roma, no os olvidéis de venerar aquella imagen de María. Es la misma que fué pintada por san Lucas, segun tradicion 1; la misma que Sixto III quiso honrar segun el deseo de su corazón, mandando hacer los preciosos mosaicos de la bóveda y renovando la basílica casi en todas sus partes; la misma al pié de la cual pasaban las noches en oración, los santos papas Simaco, Gregorio III, Adriano I, Leon III y Pascual I; la misma, delante de la cual iba Clemente VIII de de la aurora, y descalzo, á ofrecer el augusto sacrificio; la misma ante la cual nunca faltaba el ilustrado Benedicto XIV á rendirle homenaje todos los sábados, que asistía á las letanías Loretananas 2. El recuerdo de tantas oraciones, de tantas lágrimas, de tantos testimonios brillantes de fe y de piedad, conduce á una indecible confianza, y nos-

1 Baron., an. 530.

2 Costanzi, lib. II, p. 27.

otros hubiéramos permanecido prosternados al pié de aquella imagen tantas veces tan venerable, si el pesebre no hubiera dado otro curso á los sentimientos de nuestros corazones.

Cuando todo estuvo listo, dos canónigos de Santa María la Mayor bajaron el pesebre del tabernáculo, y lo pusieron sobre un pequeño altar portátil. El cardenal protector fué el primero que se adelantó á rendir sus homenajes á la cuna divina; siguió el clero; llegó nuestro turno, y pude ver de cerca y con mis propios ojos, ¡el pobre pesebre en que acostó María al Salvador del mundo envuelto en pañales! El pesebre no conserva ya su forma primitiva. Las cinco pequeñas planchas que formaban sus paredes, están todas reunidas. Las más largas pueden tener dos piés y medio de longitud y cuatro ó cinco pulgadas de ancho; son delgadas y de una madera ennegrecida por el tiempo. Esta cuna, por siempre venerable, descansa en una caja de cristal montada en un cuadro de plata, adornado con oro y piedras preciosas, espléndido regalo de Felipe IV, rey de España 1. Acabada la adoración, se relató el proceso verbal que demuestra la identidad del pesebre y los detalles de la ceremonia; despues de lo cual, se encerró la santa reliquia en el tesoro, para no volver á salir hasta el año siguiente, en la misma época.

Habíamos completado y llenado aquel día. Todo lo que la religion tiene de más majestuoso, la misa papal; todo lo que tiene de más tierno, el pesebre; habia estado á nuestra vista; y nuestro corazón estaba contento, pero contento como no puede estarlo más que en Roma el día de Navidad, cuando se ha visto con los ojos del cristiano el doble espectáculo de que acabo de hablar.

1 Cancellieri, *Nozze di Natale*, c. XXVI, p. 89.

26 DE DICIEMBRE.

San Lorenzo *extra-muros*.—San Lorenzo *in fonte*.—*In Panisperna*.—*In Lucina*.—Basílica de San Lorenzo *extra-muros*.—El Capitolio y el *Santo Bambino*.—Los pequeños predicadores.

En la liturgia católica sucede un gran milagro al nacimiento del Salvador; al día siguiente de Navidad se celebra la fiesta de San Estéban protomártir. El heroísmo, elevado repentinamente á su más alto poder por la gracia del Niño de Bethleem, una prueba admirable de su divinidad. Cada año repite la Iglesia este milagro á las generaciones que pasan. Se me presentó una buena ocasión de sentirlo más vivamente. La excelente princesa de W... me ofreció su coche, si queria yo ir á celebrar la misa á San Estéban, en la basílica de San Lorenzo *extra-muros*, y acepté la proposición con reconocimiento. Conviene saber que Roma no ha perdonado gasto por reunir bajo sus alas maternas á los más grandes santos, y á los más ilustres mártires del Oriente y del Occidente. ¡Bendita sea la Providencia que la inspiró este pensamiento dos veces saludable! Los cuerpos sagrados que descansan en paz, bajo la vigilancia de la ciudad eterna hace largo tiempo, serian olvidados ó profanados tal vez, si hubieran quedado en otros lugares; además, si estuvieran dispersos por toda la tierra, no serian más que testigos aislados. Reunidos en Roma, alrededor del vicario de Jesucristo, forman un concilio ecúmenico permanente, cuya voz domina todos los ruidos y disipa todos los sofismas del error; para mostrar la catolicidad de su doctrina, basta á Roma el abrir sus sepulcros.

En el siglo VI, durante el pontificado de Pelagio I, fué trasportado el cuerpo de San Estéban, al ménos su mayor parte, de

acude aquí del mundo entero; siempre está ocupada la ciudad con hombres de todas naciones 1; no se pasa un día ni una hora, sin que veamos llegar grupos de hermanos que nos obliguen á hacer de nuestro silencioso monasterio un alojamiento público 2. El pesebre dejó el Oriente á la invasión del mahometismo, y fué guardado con más amor que el arca de la alianza, con más respeto que el *Tugurium* de Rómulo, y estuvo rodeado por generaciones no interrumpidas de cristianos fieles, cubierto por los besos de muchos millones de peregrinos, y regado con sus ardientes lágrimas. Esto fué durante el segundo año del pontificado del papa Teodoro, el año 642. Roma lo depositó en la basílica Liberiana 3 con el cuerpo de San Gerónimo, traído igualmente de Palestina, y no quiso que el santo doctor, guardian vigilante del pesebre durante su vida, fuese separado de él despues de su muerte 4.

Ahora, si la vieja Roma hizo consistir una parte de su gloria en conservar la cabaña de Rómulo, juzgad, ¿cuánto más feliz y orgullosa no se mostrará la Roma cristiana, que posee la cuna del Niño Dios? 5 El pesebre es su tesoro, su joya;

1 De Toto huc orbe concurrunt; plena est civitas universi generis hominum, et tanta utriusque sexus constipatio ut quod alibi ex parte fugiebas hic totum sustinere cogaris. *Epist. XIII ad Paulinum.*

2 Nulla hora nullumque momentum in quo non fratrum occurramus turbis, et monasterii solitudinem hominum frequentia commutemus. *Id., c. VII in Ezech.*

3 Véanse los dos sábios autores de la *Historia de Pesebre*. Giov. Batelli y Fr. Bianchini, *De Translat. sacri Cunabul. ac Præsep. Dom.*, etc. Véase también á Cancell., *Nozze di Natale*, c. XXVI, p. 88; á Benedicto XIV, *De Die Natali*, etc.

4 Arringhi, *Rom subterr.*, t. II, p. 269, edic. Paris in-fol.

5 Porro Christi natalis nobile monumentum, ex ligno confectum... Roma possidet, eoque multo felicius illustratur quam tuguriu Romuli, quod intextum ex stipula eorum majores ad secula de industria conservaverunt. *Baron.*, t. I, an. I, n. 5.

forma su felicidad, su gloria. Le guarda con un amor celoso, lo rodea de una veneración que los siglos no pueden debilitar; lo conserva en un cofre de bronce, y solo lo expone á la vista una vez cada año. La noche que precede á este día tan deseado por el peregrino católico, se coloca el pesebre en un altar de la gran sacristía; el incienso más exquisito se quema en su honor, y luego cuatro de los canónigos más jóvenes de Santa María, toman la preciosa reliquia en sus espaldas, y precedidos de todo el clero, la trasportan solemnemente á la capilla de Sixto V. Despues de la misa de aurora, vuelven á tomarla y la exponen en el tabernáculo del altar mayor. Todo el clero se dirige en seguida á la capilla Borquesa, situada enfrente de la de Sixto V, para descubrir allí la imágen milagrosa de María; éste es un modo de convidar á la Madre divina á contemplar el triunfo de su hijo y á gozar ella misma de su propio triunfo. ¡Oh! si alguna vez vais á Roma, no os olvidéis de venerar aquella imágen de María. Es la misma que fué pintada por san Lucas, segun tradicion 1; la misma que Sixto III quiso honrar segun el deseo de su corazón, mandando hacer los preciosos mosaicos de la bóveda y renovando la basílica casi en todas sus partes; la misma al pié de la cual pasaban las noches en oración, los santos papas Simaco, Gregorio III, Adriano I, Leon III y Pascual I; la misma, delante de la cual iba Clemente VIII de de la aurora, y descalzo, á ofrecer el augusto sacrificio; la misma ante la cual nunca faltaba el ilustrado Benedicto XIV á rendirle homenaje todos los sábados, que asistía á las letanías Loretananas 2. El recuerdo de tantas oraciones, de tantas lágrimas, de tantos testimonios brillantes de fe y de piedad, conduce á una indecible confianza, y nos-

1 Baron., an. 530.

2 Costanzi, lib. II, p. 27.

otros hubiéramos permanecido prosternados al pié de aquella imágen tantas veces tan venerable, si el pesebre no hubiera dado otro curso á los sentimientos de nuestros corazones.

Cuando todo estuvo listo, dos canónigos de Santa María la Mayor bajaron el pesebre del tabernáculo, y lo pusieron sobre un pequeño altar portátil. El cardenal protector fué el primero que se adelantó á rendir sus homenajes á la cuna divina; siguió el clero; llegó nuestro turno, y pude ver de cerca y con mis propios ojos, ¡el pobre pesebre en que acostó María al Salvador del mundo envuelto en pañales! El pesebre no conserva ya su forma primitiva. Las cinco pequeñas planchas que formaban sus paredes, están todas reunidas. Las más largas pueden tener dos piés y medio de longitud y cuatro ó cinco pulgadas de ancho; son delgadas y de una madera ennegrecida por el tiempo. Esta cuna, por siempre venerable, descansa en una caja de cristal montada en un cuadro de plata, adornado con oro y piedras preciosas, espléndido regalo de Felipe IV, rey de España 1. Acabada la adoración, se relató el proceso verbal que demuestra la identidad del pesebre y los detalles de la ceremonia; despues de lo cual, se encerró la santa reliquia en el tesoro, para no volver á salir hasta el año siguiente, en la misma época.

Habíamos completado y llenado aquel día. Todo lo que la religion tiene de más majestuoso, la misa papal; todo lo que tiene de más tierno, el pesebre; habia estado á nuestra vista; y nuestro corazón estaba contento, pero contento como no puede estarlo más que en Roma el día de Navidad, cuando se ha visto con los ojos del cristiano el doble espectáculo de que acabo de hablar.

1 Cancellieri, *Nozze di Natale*, c. XXVI, p. 89.

26 DE DICIEMBRE.

San Lorenzo *extra-muros*.—San Lorenzo *in fonte*.—*In Panisperna*.—*In Lucina*.—Basílica de San Lorenzo *extra-muros*.—El Capitolio y el *Santo Bambino*.—Los pequeños predicadores.

En la liturgia católica sucede un gran milagro al nacimiento del Salvador; al día siguiente de Navidad se celebra la fiesta de San Estéban protomártir. El heroísmo, elevado repentinamente á su más alto poder por la gracia del Niño de Bethleem, una prueba admirable de su divinidad. Cada año repite la Iglesia este milagro á las generaciones que pasan. Se me presentó una buena ocasión de sentirlo más vivamente. La excelente princesa de W... me ofreció su coche, si queria yo ir á celebrar la misa á San Estéban, en la basílica de San Lorenzo *extra-muros*, y acepté la proposición con reconocimiento. Conviene saber que Roma no ha perdonado gasto por reunir bajo sus alas maternas á los más grandes santos, y á los más ilustres mártires del Oriente y del Occidente. ¡Bendita sea la Providencia que la inspiró este pensamiento dos veces saludable! Los cuerpos sagrados que descansan en paz, bajo la vigilancia de la ciudad eterna hace largo tiempo, serian olvidados ó profanados tal vez, si hubieran quedado en otros lugares; además, si estuvieran dispersos por toda la tierra, no serian más que testigos aislados. Reunidos en Roma, alrededor del vicario de Jesucristo, forman un concilio ecúmenico permanente, cuya voz domina todos los ruidos y disipa todos los sofismas del error; para mostrar la catolicidad de su doctrina, basta á Roma el abrir sus sepulcros.

En el siglo VI, durante el pontificado de Pelagio I, fué trasportado el cuerpo de San Estéban, al ménos su mayor parte, de

Constantinopla á Roma I. Se adivina fácilmente el lugar que debió ocupar; y una misma tumba reunió á los dos ilustres diáconos, á Estéban, gloria de Jerusalem, y á Lorenzo, gloria de Roma.

Salimos por la puerta Tiburtina, y llegamos como á las ocho á San Lorenzo *extra-muros*. Para comprender bien esta basílica, es necesario llamar algunos recuerdos que á ella se refieren. En el siglo III, el año 259, bajo el pontificado de San Sixto II y bajo el reinado de Valeriano, la Iglesia de Roma tenía por arcediano á uno de sus más gloriosos hijos. Instado por el prefecto á entregar los tesoros de los cristianos, se apresura Lorenzo á derramarlos en el seno de los pobres, y despues reúne á un pueblo entero de cojos, de ciegos y de enfermos, y dice al prefecto: "Hé ahí los tesoros de los cristianos." El magistrado, irritado con aquello que le parece una burla, manda aprehender al arcediano y hacerle expiar con los más horribles tormentos, su desprecio á las órdenes del emperador. Lorenzo fué primero arrojado á una prision, luego fué asado vivo en una parrilla á la vista de Roma pagana, que se regocijó hasta el delirio con aquel espectáculo de nuevo género. Lorenzo se rie de las llamas y de los verdugos, ruega por la salvacion de Roma y espira cantando. La oracion del Mártir es oida; Júpiter bajará muy pronto del Capitolio y el águila romana cederá el lugar á la cruz sobre la diadema de César.

La Iglesia ha puesto un cuidado particular en perpetuar el glorioso recuerdo de aquel drama, ilustre entre todos aquellos que tuvieron lugar en la gran Roma. Los monumentos consagran los diferentes lugares en donde comenzó, continuó y acabó la sangrienta epopeya.

En el monte Viminal está la iglesia de San Lorenzo *in fonte*. Ella señala el lugar

¹ Mazzol., t. VI, p. 131.

en donde bautizó el ilustre diácono á San Hipólito, su guardian, y á toda su casa; en la misma colina encontrais tambien á San Lorenzo *in Panisperna*. En este lugar sufrió el santo el horrible suplicio del fuego. En el centro de Roma teneis á San Lorenzo *in Lucina*. Esta iglesia, edificada por Santa Lucina, ilustre matrona cuyo nombre brilla como un diamante en los fastos de la Iglesia primitiva, conserva el espantoso instrumento en el cual consumió Lorenzo su holocausto. ¡Nuestros ojos vieron aquella parrilla! Está formada de gruesas barras de hierro, y puede tener dos metros de longitud y uno de anchura; seis piés de 20 á 22 centímetros de altura servían para fijarla en la mesa de mármol de que hablaré muy pronto, y sobre la cual había un lecho de carbones inflamados. A un lado de la parrilla se ven tres vasos: de los cuales dos contienen sangre, y el tercero carne asada del glorioso atleta.

Estos diferentes santuarios, como si fuesen otras tantas estaciones, os van llevando por el camino del mártir hasta la iglesia que le sirve de sepulcro. Una dama romana, más ilustre por su santidad que por su nacimiento, Santa Ciriaca, poseía fuera de Roma, en la vía Tiburtina, una tierra llamada el Campo de Verano, *ager Veranus*, y se apresuró á ofrecerlo para sepultura de San Lorenzo. En efecto, despues de tres dias de velarle, fué colocado allí el glorioso depósito; y allí cerca de ochenta años más tarde, el año 330, mandó edificar Constantino la venerable basílica que habíamos ido á visitar. El piadoso emperador desplegó su acostumbrada magnificencia para embellecerla. La tumba del héroe cristiano, coronada con un arco triunfal, fué rodeada con columnas de pórfido y un barandal de plata con peso de mil libras. Delante de la cripta ardia una lámpara de diez luces, de oro puro, que pe-

saba treinta libras; y sobre la tumba estaba suspendida una corona de plata, adornada con cincuenta delfines de plata, que pesaba tambien treinta libras. A estos ricos adornos se agregaba el acompañamiento ordinario de candeleros y vasos sagrados de oro y de plata I.

La basílica, restaurada muchas veces por los soberanos pontífices, conserva todavía preciosos vestigios de antigüedad. Bajo los pórticos, se miran las antiguas pinturas de San Lorenzo bautizando á San Hipólito; delante de la cripta admirais los dos ambores para la lectura de la Epístola y del Evangelio, durante las sinaxas: encima de la cripta, sobre el arco triunfal, brilla el bello mosaico del papa Pelagio II. Este representa á Nuestro Señor sentado en un globo, teniendo con una mano la cruz y bendiciendo al mundo con la otra; á su derecha se ve á San Pedro, seguido de San Lorenzo, con un libro abierto en el cual se lee: "*Dispersit, dedit pauperibus*"; y luego al papa Pelagio. A la izquierda del Salvador, se ve á San Pablo, á San Estévan y á San Hipólito; y os deteneis, por fin, delante de la cripta misma. A ella se baja por ocho escalones, y está sostenida por doce columnas, de las cuales cuatro son de mármol verde, y las otras de mármol de Páros. El altar de mármol en que descansan San Lorenzo y San Estéban, está rodeado de una reja de hierro.

En la pared de la derecha, se ve, cubierta por unas barras cruzadas, la piedra á la cual fué encadenado San Lorenzo, y tiene seis agujeros en donde estaban sujetos los grillos. Hacia el centro tiene todavía señales muy notables de sangre quemada y de grasa derretida. "No puede uno engañarse en esto, decia un médico distinguido que nos acompañaba." Otros objetos respetables se presentan allí al viajero

¹ Ciamp. *Movim. Veter.*, t. III, p. 111; id., t. II, p. 101.

cristiano: quiero hablar de los mártires que descansan en la cripta. Además de San Lorenzo y de San Estéban, está allí San Hipólito con Santa Concordia, su nodriza, y otros diez y nueve miembros de su familia, bautizados todos por San Lorenzo; tres papas: San Zózimo, San Sixto III y San Hilario; San Justino, sacerdote y mártir, que dió sepultura al ilustre arcediano; y por fin, Santa Ciriaca, propietaria del campo de Verano, y que se hizo tan célebre en los fastos sangrientos de la primitiva Iglesia. San Lorenzo *extra-muros* tiene otro recuerdo, que no debe olvidarse ningun viajero frances. Aquí fué donde el papa Honorio III, coronó emperador de Constantinopla á Pedro de Courtenay conde de Auxerre. Despues de haber ofrecido la augusta víctima en aquel altar de los mártires, visitamos la entrada de las catacumbas, y volvimos á entrar á Roma.

Algunas horas despues, estaba yo en el Capitolio, en la iglesia de Ara-Cœli. ¿Para qué volver á este lugar ya visitado? ¡Ah! es porque despues de haber admirado la víspera, las pompas del Vaticano, se tiene curiosidad y deseo de asistir en la mañana siguiente á los sencillos regocijos del *Presepio* [Pesebre]. A fin de que todas las edades tengan su parte de felicidad en la Natividad del Niño Divino, es costumbre en Roma, dejar predicar á los niños pequeños en la iglesia de Ara-Cœli. La estatua del *santo Bambino*, (santo Niño), tan célebre y tan venerada por los romanos, se expone durante la octava, en una capilla perfectamente adornada. El Niño Jesus, rodeado de todos los personajes, que fueron testigos del misterio, resplandece de diamantes y de piedras preciosas. En el pilar inmediato se apoya un pequeño púlpito para predicar, y á él suben los niños romanos, y las niñas romanas de siete á diez años, á balbutir en su

tierno lenguaje las alabanzas del pequeño Jesús. Dos meses ántes de la fiesta, el padre, la madre, el hermano y las hermanas, todo el mundo se pone en movimiento en las familias. Unos componen el sermón de Navidad, y otros se lo ensayan, y se lo hacen repetir, al niño que lo ha de pronunciar.

Cuando yo llegué, ocupaba el púlpito una niña, que á juzgar por su cuerpo, tendría ocho años á lo más. Hablaba con mucha unción y vivacidad; su gesto era natural, su tono exacto y variado; era un pequeño Bossuet. La peroración fué patética. El orador calló de rodillas; extendió sus manecitas hácia el Santo Niño, le dirigió una sencilla oración, y luego dió la bendición absolutamente lo mismo que un viejo predicador. Lo mismo que en las sábias conferencias de los PP. Lacordaire y de Ravignan, así se manifestó en el auditorio un movimiento de aprobación, y sólo el respeto debido al lugar santo, impidió que estallara en aplausos. Los pequeños predicadores, como se dice en Roma, se suceden en la cátedra de Ara-Coeli, durante toda la octava, desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde; y todo ese tiempo la iglesia está muy concurrida. Yo no sé lo que piensan sobre esta costumbre nuestros cristianos filósofos. Por lo que hace á mí, además del placer muy legítimo que procura á los niños, me parece aquella costumbre de tal naturaleza, que puede producir útiles resultados. Las predicaciones infantiles de Ara-Coeli, conservan largo tiempo, vivo entre las familias, el pensamiento del pesebre, y determinan más de un acto de virtud. Para tener la dicha de celebrar las alabanzas del Santo Niño, es preciso ser bueno; para acompañar al niño predicador, es preciso también que sus hermanas ó hermanos mayores, sean también buenos. Ahora bien, con el carácter de la infancia se

comprende todo lo que puede conseguirse con semejante promesa. Yo mismo llevaba de la mano á un niño de siete años, que decía en su lenguaje sencillo: *Andaria sobre lumbre con tal de oír á los pequeños predicadores.*

Hoy no íbamos atravesando sobre fuego, pero sí debajo de torrentes de agua, porque llovía admirablemente. No obstante, las escaleras del Capitolio estaban cubiertas de gente, y todas las partes de la iglesia obstruidas. Al ver todos aquellos rostros, radiantes de alegría, no sé en dónde había más dicha, si en el corazón del niño, que apenas salía de la cuna y ya había ido á balbutir sus alabanzas al Niño Salvador, ó en el corazón del abuelo con sus blancos cabellos, que durante el sermón, dejaba escapar de vez en cuando, gruesas lágrimas, ó se sonreía con su pequeño ángel, mientras que podía estrecharlo en sus brazos, renovando su ternura. En cuanto á nosotros, que picamos de filosofía y de buen gusto, hemos suprimido la sencillez y la antigua buena fe de nuestros padres, y hemos creído hacer maravillas. Puede ser, que viendo la cosa más de cerca, encontraríamos que hemos alcanzado el resultado de hacer la religión muy fría, muy seca, muy austera, sin hacerla por esto más respetable ni más amable. Como quiera que sea, tengamos equidad, para no condenar costumbres recibidas en otra parte, únicamente porque repugnan á nuestras preocupaciones nacionales.

27 DE DICIEMBRE.

El Monte Coelius.—Una casa de los antiguos romanos.—Iglesia y Monasterio de San Andrés.—*Triclinium* de los pobres.—Recuerdos.—Santos Juan y Pablo.—Los religiosos pasionistas.—Vila Mattei.—Cuarteles de los soldados extranjeros.—Iglesia de la Navicella (Navicella).—San Felipe Neri.—Casa de Santa Ciriaca.—Escuela de gladiadores.—Gran mercado.—Iglesia de los cuatro santos coronados.—San Esteban el Redondo.—Pinturas.—Forum de Trajano.

De las siete colinas en que está sentada Roma, nos quedaban dos por examinar, el Coelius y el Aventino. Pasando el arco de Constantino y siguiendo la vía Triunfal, llegamos á buena hora, al pié del monte Coelius. Esta colina es la más larga y la más irregular de todas. Llamada ántes *mons Querquetulanus*, á causa de los bosques de encina que la cubrían, recibió bajo Tarquino el Antiguo, el nombre de Coelius en memoria de Celé Vibenna, capitana de los Etrusco, que vino al socorro de los romanos. Hé aquí el inventario compendiado de los monumentos que allí se encontraban.

En primera línea se presenta la casa de Mamurra. Este caballero romano, nacido en Formium, llegó á ser prefecto de los obreros de Julio César en las Galias, *præfectum fabrorum*. En este oficio ganó, como otros muchos, una fortuna considerable, que gastó en un lujo de todo género y en construcciones suntuosas. De este número era una soberbia casa en el Monte Coelius: Mamurra fué el primero entre los romanos, dice Plinio, que mandó revestir de mármol todas las partes de su casa; no había una columna, en sus numerosos pórticos, que no fuese de mármol de Carysto ó de Luna 1.º ¿Pero qué hago? ¿Por qué

1 Primum Romæ parietes crusta marmoris

contar entre los monumentos romanos la casa de Mamurra, si Roma poseía otras muchas no ménos suntuosa? Tales eran en particular, las de Pompeyo en las Carenas; 1 de Cayo Anquilo en el monte Viminal; de Q. Cátulo, el vencedor de los Cimbrios; del orador Craso, comprada despues por Ciceron 2; las de Scauro, en el monte Palatino, 3 las de Lépido 4, y todavía otras muchas.

Como quiera que sea, la casa de Mamurra puede darnos una idea de las habitaciones romanas. Entre la calle y la fachada del edificio estaba una plaza llamada *Arca ó Vestibulum* (vestíbulo), á fin de que aquellos que iban por la mañana á saludar al dueño de la casa, no se vieran obligados á esperar en la vía pública. En el centro se elevaba ordinariamente una estatua de bronce representando al propietario 5. La puerta de entrada, con dobles hojas, estaba rebestida de bronce y adornada con bolas ó gruesos clavos de cabeza dorada 6 y por ella se entraba al *Porthyrum* ó pasadizo que conducía de la puerta exterior á la puerta interior 7; á su derecha é izquierda estaban las *Cellæ* ó habitaciones del portero y del perro 8. Este portero, *ostiarius*, era un desgraciado esclavo, sujeto como el perro, con una cadena 9. La extremidad del *Porthyrum* co-

operuis se totius domus suæ in Coelio monte Cornelius Nepos tradidit Mamurræ Formiis natum, equitem romanum, præfectum fabrorum C. Cæsaris in Gallia..... Namque adjecit idem Nepes cum primum totis odibus nullam nisi e marmore columnam habuisse, omnes solidas e Carystio aut Lunensi. (Plin. lib. XXXVI).

- 1 Patercul., II, 77.
- 2 Cic., *Pro Domo*, 24, 44.
- 3 Plin., XVII, 1.
- 4 *Id.*, XXXVI, 6.
- 5 M. crob., *Saturn.* VI, 8.—Tacit., *Annal.* XI, 35.
- 6 Cic. *in Verr.*, IV, 56.—Plaut., *Asin.* II, 4; V, 20.
- 7 Macrob., *Saturn.* II, 13.
- 8 Petron., 28.
- 9 *Id.*, 64.

tierno lenguaje las alabanzas del pequeño Jesús. Dos meses ántes de la fiesta, el padre, la madre, el hermano y las hermanas, todo el mundo se pone en movimiento en las familias. Unos componen el sermón de Navidad, y otros se lo ensayan, y se lo hacen repetir, al niño que lo ha de pronunciar.

Cuando yo llegué, ocupaba el púlpito una niña, que á juzgar por su cuerpo, tendría ocho años á lo más. Hablaba con mucha unción y vivacidad; su gesto era natural, su tono exacto y variado; era un pequeño Bossuet. La peroración fué patética. El orador calló de rodillas; extendió sus manecitas hácia el Santo Niño, le dirigió una sencilla oración, y luego dió la bendición absolutamente lo mismo que un viejo predicador. Lo mismo que en las sábias conferencias de los PP. Lacordaire y de Ravignan, así se manifestó en el auditorio un movimiento de aprobación, y sólo el respeto debido al lugar santo, impidió que estallara en aplausos. Los pequeños predicadores, como se dice en Roma, se suceden en la cátedra de Ara-Coeli, durante toda la octava, desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde; y todo ese tiempo la iglesia está muy concurrida. Yo no sé lo que piensan sobre esta costumbre nuestros cristianos filósofos. Por lo que hace á mí, además del placer muy legítimo que procura á los niños, me parece aquella costumbre de tal naturaleza, que puede producir útiles resultados. Las predicaciones infantiles de Ara-Coeli, conservan largo tiempo, vivo entre las familias, el pensamiento del pesebre, y determinan más de un acto de virtud. Para tener la dicha de celebrar las alabanzas del Santo Niño, es preciso ser bueno; para acompañar al niño predicador, es preciso también que sus hermanas ó hermanos mayores, sean también buenos. Ahora bien, con el carácter de la infancia se

comprende todo lo que puede conseguirse con semejante promesa. Yo mismo llevaba de la mano á un niño de siete años, que decía en su lenguaje sencillo: *Andaria sobre lumbre con tal de oír á los pequeños predicadores.*

Hoy no íbamos atravesando sobre fuego, pero sí debajo de torrentes de agua, porque llovía admirablemente. No obstante, las escaleras del Capitolio estaban cubiertas de gente, y todas las partes de la iglesia obstruidas. Al ver todos aquellos rostros, radiantes de alegría, no sé en dónde había más dicha, si en el corazón del niño, que apenas salía de la cuna y ya había ido á balbutir sus alabanzas al Niño Salvador, ó en el corazón del abuelo con sus blancos cabellos, que durante el sermón, dejaba escapar de vez en cuando, gruesas lágrimas, ó se sonreía con su pequeño ángel, mientras que podía estrecharlo en sus brazos, renovando su ternura. En cuanto á nosotros, que picamos de filosofía y de buen gusto, hemos suprimido la sencillez y la antigua buena fe de nuestros padres, y hemos creído hacer maravillas. Puede ser, que viendo la cosa más de cerca, encontraríamos que hemos alcanzado el resultado de hacer la religión muy fría, muy seca, muy austera, sin hacerla por esto más respetable ni más amable. Como quiera que sea, tengamos equidad, para no condenar costumbres recibidas en otra parte, únicamente porque repugnan á nuestras preocupaciones nacionales.

27 DE DICIEMBRE.

El Monte Coelius.—Una casa de los antiguos romanos.—Iglesia y Monasterio de San Andrés.—*Triclinium* de los pobres.—Recuerdos.—Santos Juan y Pablo.—Los religiosos pasionistas.—Vila Mattei.—Cuarteles de los soldados extranjeros.—Iglesia de la Navicella (Navicella).—San Felipe Neri.—Casa de Santa Ciriaca.—Escuela de gladiadores.—Gran mercado.—Iglesia de los cuatro santos coronados.—San Esteban el Redondo.—Pinturas.—Forum de Trajano.

De las siete colinas en que está sentada Roma, nos quedaban dos por examinar, el Coelius y el Aventino. Pasando el arco de Constantino y siguiendo la vía Triunfal, llegamos á buena hora, al pié del monte Coelius. Esta colina es la más larga y la más irregular de todas. Llamada ántes *mons Querquetulanus*, á causa de los bosques de encina que la cubrían, recibió bajo Tarquino el Antiguo, el nombre de Coelius en memoria de Celé Vibenna, capitana de los Etrusco, que vino al socorro de los romanos. Hé aquí el inventario compendiado de los monumentos que allí se encontraban.

En primera línea se presenta la casa de Mamurra. Este caballero romano, nacido en Formium, llegó á ser prefecto de los obreros de Julio César en las Galias, *præfectum fabrorum*. En este oficio ganó, como otros muchos, una fortuna considerable, que gastó en un lujo de todo género y en construcciones suntuosas. De este número era una soberbia casa en el Monte Coelius: Mamurra fué el primero entre los romanos, dice Plinio, que mandó revestir de mármol todas las partes de su casa; no había una columna, en sus numerosos pórticos, que no fuese de mármol de Carysto ó de Luna 1.º ¿Pero qué hago? ¿Por qué

contar entre los monumentos romanos la casa de Mamurra, si Roma poseía otras muchas no ménos suntuosa? Tales eran en particular, las de Pompeyo en las Carenas; 1 de Cayo Anquilo en el monte Viminal; de Q. Cátulo, el vencedor de los Cimbrios; del orador Craso, comprada despues por Ciceron 2; las de Scauro, en el monte Palatino, 3 las de Lépido 4, y todavía otras muchas.

Como quiera que sea, la casa de Mamurra puede darnos una idea de las habitaciones romanas. Entre la calle y la fachada del edificio estaba una plaza llamada *Arca ó Vestibulum* (vestíbulo), á fin de que aquellos que iban por la mañana á saludar al dueño de la casa, no se vieran obligados á esperar en la vía pública. En el centro se elevaba ordinariamente una estatua de bronce representando al propietario 5. La puerta de entrada, con dobles hojas, estaba rebestida de bronce y adornada con bolas ó gruesos clavos de cabeza dorada 6 y por ella se entraba al *Porthyrum* ó pasadizo que conducía de la puerta exterior á la puerta interior 7; á su derecha é izquierda estaban las *Cellæ* ó habitaciones del portero y del perro 8. Este portero, *ostiarius*, era un desgraciado esclavo, sujeto como el perro, con una cadena 9. La extremidad del *Porthyrum* co-

operuis se totius domus sue in Coelio monte Cornelius Nepos tradidit Mamurræ Formiis natum, equitem romanum, præfectum fabrorum C. Cæsaris in Gallia..... Namque adjecit idem Nepes cum primum totis odibus nullam nisi e marmore columnam habuisse, omnes solidas e Carystio aut Lunensi. (Plin. lib. XXXVI).

- 1 Patercul., II, 77.
- 2 Cic., *Pro Domo*, 24, 44.
- 3 Plin., XVII, 1.
- 4 *Id.*, XXXVI, 6.
- 5 M. crob., *Saturn.* VI, 8.—Tacit., *Annal.* XI, 35.
- 6 Cic. *in Verr.*, IV, 56.—Plaut., *Asin.* II, 4; V, 20.
- 7 Macrob., *Saturn.* II, 13.
- 8 Petron., 28.
- 9 *Id.*, 64.

1 Primum Romæ parietes crusta marmoris

municaba por medio de la puerta interior con un basto patio cuadrado, rodeado de columnatas de mármol formando pórtico; este era el *Atrium* 1. Se llamaban *Cavaldia* los pórticos inmediatos á las habitaciones; la parte vacía del patio se llamaba *Impluvium*; la fuente de mármol que ocupaba el centro, *Compluvium*; porque en las casas que no tenían aguas vivas, la fuente recibía las aguas de lluvia que se desprendían de los *Cavaldia* 2. Era una invención feliz la de los pórticos cubiertos, inmediatos á la casa, porque en ellos se podía pasear en la sombra y comunicaban por todas partes con la casa. Lo mismo debe decirse de la fuente de mármol colocada en el centro, y de la cual brotaban las aguas que mantenían fresca la temperatura. El lujo se conciliaba con la comodidad y con el gusto; por esto los pórticos estaban adornados con pinturas al fresco y con estatuas de mármol y de bronce 3 y el *Impluvium* estaba cubierto con un velo de púrpura, para ponerlo al abrigo de los rayos del sol 4.

Tres piezas se abrían en el fondo del *Atrium*. La del medio llamada *Tablium*, que contenía los archivos de la familia; y las otras dos colocadas una á su derecha y la otra á su izquierda, llamadas *Alae*, contenían los retratos de los abuelos. Cada retrato estaba colocado en un nicho separado, *Armonium*. Una inscripción grabada en la base, recordaba los honores, las bellas acciones de aquel cuyo retrato guardaba el *Armonium* 5. En todas las casas de estos señores, se encuentran las señales de una profunda veneración hacia los lazos de la familia, siendo el verda-

1 Festus, V. *Atrium*.

2 Plin. XIX. 1.—Varro, lib. L, IV, p. 37.—Mazois, *Ruinas de Pompeya* t. II, p. 35.

3 Vitr., VII, 2.

4 Plin. XXXV, 5.

5 Tit. Liv., X, 7; XXX, 45.—Tacit., *Annal.* XIV. 17. etc.

dero secreto de la autoridad paterna: el poder romano.

Alrededor del *Atrium* reinaban los *Triclinia* ó salas de los festines. En ellos se rebela, despues de mil ingeniosas investigaciones, el sibaritismo de los romanos. Los *Triclinia* estaban dispuestos segun las estaciones del año 1, y los habia en gran número. Habia *Triclina* de invierno, que miraba al Occidente; de primavera y de otoño, al oriente; de estío, al *sempiternum* 2. Cada uno tenia un nombre particular, tal como el *triclinium* de Apolo, el de Marte, etc. En los *triclinia* de invierno, los lechos estaban incrustados de oro y marfil 3; en los de primavera y otoño, estaban adornados con placas de plata ó concha de tortuga 4; en los de estío, lo estaban con madera de arce y de cedro y tenían en las junturas varillas de plata 5. El ajuar de las camas se componía de colchones llenos con lana de las Galias ó con plumillas de cisne, de cojines cubiertos de seda ó púrpura; de sobrecamas magníficas, bordadas de diferentes colores, unas y otras enriquecidas con dibujos que representaban la caza con todo su aparato. Mandaban traer esas sobrecamas de Babilonia; una sola costaba muchas veces, hasta cien mil sestercios, es decir, 63,666 francos, 66 céntimos, (§ 12.733 33) 6. Además, los *Triclinia* estaban adornados con columnas de mármol ó de alabastro; tenían pavimento de mosaico y cortinajes de telas *atlicas* 7, y estaban adornados también con estatuas de gran precio que servían de candelabros en las comidas de

1 Vitr., lib. L, VII, p. 90.

2 *Id.*, VI, 7.

3 Plant., *Stich.* II, 2, V. 53.

4 Varr., lib. L, VIII, p. 110.

5 Plin., XXXIII, 11.

6 Plin., VIII, 48.—Cic., *Tuscul.* III, 1, 9.—Mart. XIV, 161; *id.*, III, 40.

7 Lo perteneciente al rey Atalo de Pérgamo.—N. del T.

en la noche. Velas, dispuestas en forma de tiendas militares, pendían de la bóveda encima de la mesa del festín, para preservarla del polvo 1.

En cuanto á la mesa, nada cedían en magnificencia ni en variedad á los lechos triclinarios 2. Apoyadas en un solo pié de plata, de marfil, de bronce ó de las más raras maderas, ofrecían á las miradas deslumbradas todas las maravillas de la escultura 3. Las más raras eran de cedro, árbol que crece en Mauritania 4. La primera que apareció en Roma perteneció al modesto Ciceron, que la compró en un millon de sestercios, 204,583 francos 53 céntimos [§ 40,916. 70]. Asinio Galo pagó un millon cien mil sestercios, más de 225,000 francos (§ 45,000). A la muerte del rey Juba, se vendieron dos de la misma madera, una en un millon doscientos mil sestercios, 245,500 francos (§ 49,100), y la otra en poco ménos. Existía en la familia de los Cætegos uno de esos cedros hereditarios que habia costado un millon cuatrocientos mil sestercios, más de 300,000 francos (§ 60,000) 5. ¡Cuántos pobres se hubieran podido alimentar con semejantes sumas! ¡Ah! Pero los romanos no pensaban en ello, sino solo en adquirir un basto dominio. Los *Triclinia* comunicaban con dos cuerpos de habitaciones, situadas en los lados exteriores del *Atrium*, y eran á la izquierda, la cocina, las *Carceres* y la *Equilia* (cárceles y caballerizas); á la derecha, la *Pistrina*, lugar en se hacia el pan y se tenían las habitaciones de los esclavos.

Todo lo que precede constituía la parte pública de la casa, accesible á los clientes;

1 Plin., XXXVI, 25.—V. Max., IX, 15.—

Lucret., II, V. 24.—Sery., in *Æneid.*, I, V. 701.

2 Roma en el siglo de Augusto, t. 1, p. 137.

3 Juv., *Sat.* 11, V. 122.

4 Plin. XIII, 15.

5 Plin., XIII, 15 16.

venía en seguida la parte privada, á donde nadie podía entrar sin invitación 1. Se encontraba allí por dos corredores llamados *Fauces*, colocados á uno y otro lado del *Tablinum* y conducían al *Perystilo*. Este pórtico, más bien largo que ancho, está sostenido por columnas y recordaba la forma del *Atrium*, pero en él se desplegaba mayor magnificencia y cuidado. Delante de cada columna se elevaba una estatua, y habia cajas de mármol en las que se cultivaban flores y que llenaban los intercolumnios. El centro del pórtico, en vez de ser un patio como en el *Atrium*, era un cuadro de césped cuyo verdor recreaba la vista en todo tiempo. Juegos de agua, mesas de mármol y cielos rasos con embudidos de mil formas, añadían mayor belleza á aquella hermosura fabulosa de las habitaciones encantadas 2. En la extremidad del peristilo, estaban los departamentos de las mugeres, llamados *Cœci* 3. Es inútil decir que la púrpura, la seda, las piedras preciosas, adornaban en todas sus partes aquellos retretes de la molición. Venía luego la *Biblioteca* con el *Exedro*, gran galería para recibir á los sábios; la *Basilica*, salón del palacio; los *Baños*; el *Sphaeristerium* ó juego de pelota; los *Aleatoria*, pequeñas piezas destinadas á los juegos pacíficos; los *Cubicula*, cámaras para acostarse y trabajar, donde habia lechos de cedro y de terebinto, adornados con cojines de pluma, envueltos en telas de seda, y en ellos se ponían á leer ó escribir, y habia otros lechos para dormir, cubiertos con pieles de topo 4; el *Sacrarium*, pequeño oratorio que existía en casi todas las grandes casas; y por fin el *Solarium*, soberbia

1 Vitr., VI, 8.

2 Vitr., VI, 8.—*Id.*, *id.*, 4, III, 1.—Cic., in *Verr.*, 1, 19.—Vitr., IV, 4.—Festus, V. *Plutei*, etc.

3 Vitr., VI, 5.

4 Plin., VIII, 58.

azotea que cubria todo el edificio y servia para pasear 1.

Tales eran en Roma las casas de los ricos. Por brillante que sea, confieso que esta vision del pasado no seduce un momento; entristece y oprime el corazon, más bien que lo alegra; porque muestra al hombre, á ese Dios caído, buscando unicamente su felicidad en el bienestar material, y no retrocediendo para procurársela, ante ninguna iniquidad, ni ante el asesinato y la esclavitud de muchos millones de sus semejantes. Por esto se alegró nuestra alma, cuando volviendo al tiempo presente, nos encontramos en el monasterio de San Andrés, inmediato á los lugares ocupados en otro tiempo por la casa de Mamurra.

Este antiguo asilo de la ciencia y de la virtud, recuerda uno de los más gloriosos nombres consignados en la historia. San Gregorio Magno aparece aquí rodeado de la triple aureola del génio, de la elocuencia y de la santidad. Fué descendiente de la antigua familia Anicia y cuando llegó á ser diácono de la Iglesia romana, convirtió la casa de sus abuelos, situada en el Clivus Scauri, en un monasterio de donde fué abate él mismo 2. El fué el que, atravesando un día el Forum, exclamó al ver á los magníficos esclavos puestos en venta: ¡Qué lástima que estas bellas criaturas sean esclavos del demonio! Desde aquel momento resolvió en su pensamiento convertir á la Inglaterra; y muy pronto Agustín, el abad del monasterio de San Andrés, se convertirá en misionero del papa Gregorio. ¡Hijos de Albion, que sois visitantes asíduos de la ciudad eterna, no os olvideis de hacer un viaje á aquel lugar; en él vereis la cuna de vuestra fe y el origen de aquellos largos siglos de gloria y de prosperidad moral, que merecieron pa-

1 Vitr. VI, 8.—Plin., II, *epist.* 17.

2 S. Greg., lib. VII, ep. 13.

ra vuestra patria, el ser llamada la Isla de los Santos. En aquel monasterio vivieron: San Agustín, apóstol de la Gran Bretaña; San Lorenzo, arzobispo de Cantorbéry; San Mérito, obispo de Lóndres y despues pr mado de Inglaterra; San Pedro, abad de Cantorbéry, y otros muchos fundadores de la civilizacion británica! Y vos que llevais tan dignamente el nombre de Gregorio, pontífice tres veces venerable, por vuestros cabellos blancos, por vuestra ciencia profunda y por vuestra firmeza apostólica ¿podré olvidar que la Providencia os fué á buscar á la sombra de este piadoso asilo, para conducirnos al trono de San Pedro, con aplauso del mundo cristiano?

En aquellos lugares en que Mamurra, el caballero improvisado, dormia en lechos de plumilla de cisne, vimos la piedra que servia de cama á Gregorio, el hijo de los senadores. No léjos de ahí se eleva la cátedra en donde el elocuente pontífice pronunciaba sus homilias, y su altar privilegiado para los difuntos. Cerca de la Iglesia brilla el pequeño santuario llamado *Triclinium pauperum*, en el cual el pontífice mismo, daba de comer á los pobres.

La mesa de mármol en que les servia, existe todavía. La pared está adornada con un bonito fresco que recuerda el milagro de Nuestro Señor, sentado un día entre los doce pobres, que se le aparece al caritativo pontífice. La capilla inmediata está dedicada á Santa Silvia, madre de San Gregorio. El adorno más bello de este oratorio es una inscripcion que contiene la donacion que hizo el santo de un gran número de plantas de olivo para tomar de ellas el aceite que habia de arder delante de la Confesion de San Pedro.

¿Se quiere saber de qué manera vivia aquel hijo de ilustre casa, aquel religioso tan pródigo con los demas? Nos lo va á decir una antigua inscripcion, colocada en otro tiempo en la iglesia de San Saba, en

el monte Aventino: «Aquí era la habitacion de Santa Silvia, madre de San Gregorio Magno; y desde aquí mandaba todos los días á su hijo, que vivia en el monasterio de San Andrés, una pequeña escudilla de lentejas para que se alimentara; una *scodella di lenticchie.*» 1

Saliendo de la plaza que está delante de San Gregorio, subimos hácia la Iglesia de los Santos Juan y Pablo. El primer objeto que se presenta á la vista, es una alta torre, cuya base, que es de gruesos trozos de travertino, revela ciertamente una muy antigua construccion romana. Se cree que éstos restos pertenecieron á la *Curia Hostilia*, palacio edificado en aquel lugar por Tulo Hostilio, despues de haber trasladado allí el campo de los albanos. Esta torre es hoy el campanario del convento de los pasionistas. ¡Religiosos admirables por vuestra santidad y por vuestro celo, gracias os sean dadas por la acogida fraternal que dais á los peregrinos! Los pasionistas llevan sotana negra con una corona de espinas bordada en blanco, cerca del corazon. A las obras ordinarias de su ministerio, reúnen la del apostolado en los países extranjeros, y de su convento han salido los nuevos apóstoles de la Inglaterra. Así, gracias sin duda á las oraciones de San Gregorio, hoy baja del monte Célio á la Gran Bretaña, la luz que debe sacarla de la noche del error, así como en otro tiempo esa misma luz bajó para sacarla de las tinieblas de la barbarie.

Precedidos de un hermano que llevaba una antorcha en la mano, penetramos á las vastas cavernas, que sirvieron, segun se dice, de *vivarium* para los animales destinados al anfiteatro. Una ancha cisterna de agua limpia, daba de beber á aquellos ejércitos del desierto, cuyo alimento bajaba por agujeros practicados en

la bóveda; y unas galerías subterráneas, cavadas en los lados de la montaña, les servian para llegar hasta las *Carceres* del Coliseo. En el fondo de aquellas sombrías moradas está una cascada de agua, vasta y profunda, que era, segun tradicion, uno de los receptáculos que suministraban las aguas necesarias para las naumáquias del anfiteatro. Encima de estas grutas formidables se encontraban las prisiones destinadas á los cristianos y á los malhechores, cuya muerte habia de divertir al pueblo. No emprenderé decir lo que se siente al ver todo esto, á la luz vacilante de una antorcha, y solo repetiré que la fe se hace más viva y que se cree sin trabajo en todas las atrocidades de la historia.

¿Pero de dónde viene al convento y á la Iglesia de los pasionistas el nombre de Santos Juan y Pablo? En el siglo cuarto, tenian aquí su habitacion dos ilustres romanos; eran oficiales en los ejércitos de Juliano el Apóstata, y este príncipe los solicitó para que volviesen al culto de los ídolos; mas ellos, que eran hermanos y soldados de Jesucristo ántes de serlo de César, acordándose de los gloriosos ejemplos de la legion tebana, respondieron que sus grados y sus vidas eran del emperador, pero que sus almas y su fe pertenecian á Dios. El indigno vástago de Constantino, desesperó de vencerles y les mandó degollar secretamente en la casa que habitaban. Al entrar en la iglesia dedicada en su honor, se ve á la derecha una ancha lámina de mármol blanco, rodeada de hierro, que señala el lugar del suplicio. Como todos los peregrinos católicos, os prosternareis de corazon ante aquel teatro de un triunfo inmortal, en el cual leereis, como nosotros, la inscripcion siguiente:

LOCUS MARTYRII
SS. JOANNIS ET PAULI.
IN LÆDIBUS PROPRIIS.

1 Mazzol., t. VI, p. 267.

«Lugar del martirio de Santos Juan y Pablo en su propia casa.»

Luego, adelantándoos algunos pasos, depositareis vuestros votos y vuestros homenajes ante la magnífica urna de pórfido colocada bajo el altar mayor y que encierra los cuerpos de los dos héroes cristianos. Cerca de los pasionistas se encuentra la vila Mattei, una de las más bellas *delizie* de Roma. Sus antigüedades de todo género, merecen la atención del viajero, que puede lisonjearse de ser allí muy bien acogido.

Siguiendo nuestro camino hacia San Juan de Letran, llegamos á la parte del Célio, ocupada en otro tiempo por los alojamientos de los soldados extranjeros, *Castra peregrina*. Muchas inscripciones halladas en aquel lugar, hacen creer á los eruditos que aquel fué el lugar de los cuarteles tan célebres en la historia. Yo solo referiré dos, de las cuales, la segunda ligeramente trunca, se conserva en el museo del Colegio romano.

COCCEIVS
PATRVINVS
PRINC.
PEREGRI
NORVM.

«Coceyo Patruino, comandante de los soldados extranjeros.»

GENIO SANCTO
CASTRORVM
PEREGRINORVM
VR. ALEXANDER
ANALICLARIVS
VOD PEREGRE
ONSTITVTVS VOVIT
EDIL. CASTRORVM
M. LIBENS SOLVIT.

«Al genio tutelar del campo de los extranjeros, Alejandro Analiclaro, edil del campo, que ha cumplido justamente y con

alegría, el voto que habia hecho en un país lejano.»

En este lugar era donde alojaban los romanos á los bárbaros llamados á prestar socorro al imperio. De este número fué en primer lugar, la caballería flamenca que formaba la guardia de Augusto; 1 vinieron en seguida los soldados germanos, genizeros de Caligula; 2 luego las tropas ilirias, alistadas en el ejército de Galba y que se encontraba en Roma el mismo día en que fué muerto este emperador; 3 por fin las cohortes armenias, guardias de corps de Constantino. Aquí vino á espirar uno de los últimos defensores de la libertad germánica, el rey Conodomario, que fué hecho prisionero por Juliano el Apóstata 4.

En aquellos lugares de ruido y de tumulto, se eleva hoy la pacífica iglesia de Santa María della *Navicella* (de la Navecilla.) Su nombre le viene de una pequeña barca antigua, *navicella*, que se encontró allí y cuya copia mandó colocar delante de la iglesia el pontífice Leon X. Esta barquilla era probablemente algun ex-voto ofrecido por algun oficial de marina á *Júpiter redux*, cuyo templo estaba en aquella parte del Célio y á quien invocaban los soldados para tener un regreso feliz 5. El soberbio mosaico del santuario que resplandece de oro y azul, se remonta al tiempo del papa San Pascual I; se ve en él al pontífice, besando el pié derecho de la Reina del cielo y recibiendo la bendición del Niño Jesus. El Salvador está en pié en el regazo de su Madre, postura majestuosa que atestigua aquí como en Santa María la Mayor, el dogma de la maternidad divina. No olvidemos que el apóstol de Roma, San Felipe Neri, llevaba fre-

- 1 Dion., lib. LIII.
- 2 Suet., 58.
- 3 Tacit., Hist., lib. I.
- 4 Amm. Marc., lib. XVI.
- 5 Nard., Rom. ant., p. 85.

cientemente á pasear á sus discípulos y á sus jóvenes penitentes á Santa María della *Navicella*, y que no lejos de la iglesia el amable anciano tomaba en union de ellos alguna inocente recreacion. Esta parte de la colina fué testigo de otro acontecimiento, cuyo recuerdo es muy grato al viajero cristiano; ella vió al gran arcediano de Roma, á San Lorenzo, retirarse á la casa de Santa Ciriaca á distribuir á los pobres los tesoros de la Iglesia la víspera de su martirio 1.

Cuando se visita el monte Célio, se tiene cada momento el paso por los recuerdos ó por monumentos que hacen pasar sucesivamente de la historia profana á la historia cristiana. Así, apenas acabábamos de dejar la *Navicella*, cuando nos fué necesario hacer alto delante del *Ludus matutinus*. Esta escuela de gladiadores en donde se enseñaba á matar á los hombres con arte, estaba inmediata al gran mercado, *Macellum magnum*. Un nombre: hé aquí lo que queda de aquellos dos edificios tan ruidosos y tan queridos de los romanos crueles y voluptuosos. Lo mismo sucede con el campo de las *cinco Cohortes nocturnas* establecidas por Augusto para velar durante la noche por la seguridad de los habitantes y prestar socorro en los casos de incendio. Con este doble título hicieron importantes servicios; Roma estaba llena de ladronzuelos, y por otra parte, mucho más expuesta á incendios 2, á pesar de no tener chimeneas como nuestras ciudades. Entre todos aquellos despojos de un mundo que ya no existe, se levanta un monumento cristiano, porque en él la ancha plataforma del Célio, como en la cima estrecha del Capitolio, el Evangelio enarbola los trofeos de su victoria; ved

- 1 Mazzol., l. V., p. 329.
- 2 Acerca de los *camini* de los antiguos, véase la *Disert. de Maffei* en la Coleccion de Calogera t. 47.

aquí la célebre iglesia de los *Cuatro Santos Coronados*, cimentada con las lágrimas y la sangre de los primeros fieles. Fué restaurada por el papa Honorio I y enriquecida por San Leon IV, con un tesoro de reliquias insignes. Cuatro urnas, de las cuales dos son de pórfido, una de mármol serpentina y otra de bronce, están puestas bajo el altar mayor y contienen los huesos rotos de cuatro titulares y de cinco escultores, todos mártires.

Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino eran hermanos. Llamados por Dicoleciano á sacrificar á los ídolos, expiaron su negativa en horribles tormentos, pero obtuvieron la palma del martirio. Sus cuerpos, abandonados á los perros, fueron respetados por aquellos animales, y enterrados secretamente por los hermanos en la vía de *Ostia*, á tres millas de Roma, y después fueron llevados al lugar en que el mundo católico les rinde hoy sus honores. Pero no solo ellos fueron llevados: cinco compañeros de sus combates, sepultados cerca de ellos, debian participar de su triunfo. Estos fueron Claudio, Nicostrato, Sinfoniano, Castorio y Simplicio, escultores célebres á quienes el tirano exigió que empleasen su cincel en fabricar ídolos. «¿Puede el artista adorar la obra de sus manos? ¿puede ofrecerla á la adoracion de otro?» tal fué su respuesta; ella merecia la muerte. Fueron arrojados á un negro calabozo, sometidos á largos y espantosos tormentos, y por fin, los generosos confesores fueron encerrados en cajas de plomo y precipitados al Tiber. Los cristianos que estaban en la orilla, confundidos entre la multitud, espieron el momento favorable para sacarles del rio y darles sepultura 1. Artistas cristianos, no dejéis de venir á su tumba; creedlo bien, de aquellos huesos de los mártires, sale una virtud que purifica

1. Mazzol., lib VI, p. 293.

el corazón y una llama sagrada que enciende la antorcha del génio.

Para acabar nuestra peregrinación en el Célio, nos faltaba que hacer una última estación; no era la ménos interesante. En las cercanías de la *Navicella*, se eleva la iglesia monumental de *San Estéban el Redondo*. Templo de *Júpiter extranjero*, templo de Baco, templo de Claudio, arsenal, sala de baños, hé aquí, según los diferentes arqueólogos, lo que fué en su origen esta construcción pagana ¹. Como quiera que sea, el año 468 llegó á ser una iglesia que el Papa San Simplicio dedicó á San Estéban protomártir. Bajo aquellas bóvedas purificadas, resonó la voz elocuente de San Gregorio Magno, cuyo púlpito pontifical está á la derecha, cerca de la puerta de entrada. Esta rotunda tiene dos espacios circulares coronados por una cúpula antigua y sostenidos por cincuenta y ocho columnas. Pero todo esto desaparece ante otro género de adorno de que no participa ninguna otra iglesia del mundo. En sus paredes, de origen pagano, está escrita á grandes rasgos la *historia sangrienta del cristianismo*. En otras partes tenemos algunas hojas sueltas de los anales del martirio; aquí están completa; en otras partes algunos boletines de la gran batalla; aquí el panorama entero. Aparecen precediendo los rangos del glorioso ejército, Jesús y María; el uno espirando en la Cruz del Calvario, la otra atravesada con la espada del dolor; luego desde la degollación de los inocentes hasta la paz de la Iglesia, aparecen todos los suplicios de los mártires, pintados al fresco, á vuestro alrededor. Por donde quiera que dirijais las miradas, solo encontrareis potros, hachas, tenazas, peines de fierro, hogueras, ruedas, calderas de aceite hirviendo, miembros mutilados, cuerpos desbaratados, sangre,

¹ Nard., pág. 86.

verdugos feroces y víctimas llenas de calma y serenidad; este espectáculo es espantosamente bello. Horror, compasión, fe, amor, humildad, no hay en el alma bautizada un noble sentimiento que no se despierte, una fibra que no se conmueva profundamente.

El tiempo había pasado rápidamente y nos dimos prisa á volver al centro de la ciudad por el cuartel de los *Termini*. De paso visitamos el Forum de Trajano. Esta soberbia plaza, en donde no se ven más que columnas gigantescas y algunos pedestales medio rotos, era una de las magnificencias de la antigua Roma. Cerca de 2,000 piés de longitud y 650 de latitud, formaban sus dimensiones. Columnas de granito sostenían los pórticos, cuyas cornisas, con arcos y bóvedas, eran de bronce, así como las numerosas estatuas que los coronaban. Pero el más bello adorno del *Forum*, era la columna Trajana, coronada con la estatua del emperador. Esta columna tiene de altura 132 piés, es de mármol y está cubierta, desde la base hasta la cúspide, de bajo-relieves, en los cuales se cuentan dos mil quinientas figuras, que representan las victorias de Trajano contra los dácios y contra su rey Decébal. La inscripción revela un hecho verdaderamente digno del loco poder de los romanos. Para hacer más grande el *Forum* y nivelar su plaza, fué necesario cavar terreno á la misma altura de la columna!!! Este prodigioso trabajo, unido á la magnificencia del *Forum*, hacía decir á Amiano Marcelino, que no era de desearse el que se volviese á empezar una obra semejante ¹. Hé aquí la inscripción:

¹ Cum ad Trajani forum benisset (Constantius singularem sub omni caelo structuram, ut opinamur, etiam numinum assertione mirabilem habebat attonitus per gigantes contextus circumferens mentem, nec relatu effabiles, nec riersus mortalibus appetendos. Lib. XVI.

SENATVS. POPVLVSQUE ROMANVS
IMP. CES. DIVI NERVÆ. F. TRAIANO. AUG.
GERMA. NICO. DACICO. PONT. MAX. TRIB. POT.
XII. COS. XI, PP.

AD DECLARANDVM. QUANTÆ. ALTITVDINIS
MONS. ET. LOCVS. TAN. . . BVS. 1 SIT. EGESTVS.

“El Senado y el pueblo romano al Emperador César Trajano, hijo del divino Nerva, Augusto, germánico, dácio, soberano pontífice, doce veces tribuno, once veces cónsul, padre de la patria, para señalar cuál es la altura de la montaña y del terreno que se tuvo que quitar para estos grandes edificios.”

Al pasar por el *Forum* de Trajano, conviene no olvidar un recuerdo cristiano que le está unido. A la basílica donde se decidió la muerte de un gran número de sus hermanos, allí fué Constantino después de su conversión, á dirigir á los fieles un tierno discurso, para exhortarlos á no usar de represalias con los paganos. La columna de Trajano, conservada por los cuidados de los pontífices, está coronada con una bella estatua de San Pedro, que es de bronce y tiene la altura de 13 piés romanos. En el piso de la galería que la rodea, se lee en gruesas letras de oro:

SIXTVS QVINTVS
SANCTVS PETRO APOSTOLO DONAVIT.

“Sisto V la donó á San Pedro Apóstol.”

Nunca ha habido presente más bien digno. ¡Salud, inmortal pescador de Galilea! gozad de vuestra victoria; vuestros mismos enemigos os han proporcionado el carro de triunfo, desde cuya altura contemplais su cetro roto, sus monumentos en ruina y su gloria eclipsada. ¡Salud también á vos, Iglesia romana! cuya solicitud conserva las obras del paganismo santificándolas; en esto no solamente demostrais

¹ Tan. . . . bus, tantis molibus.

vuestro inmortal triunfo, sino que haceis también un servicio inapreciable á la ciencia. ¡Sed dos veces bendita!

28 DE DICIEMBRE.

El Velabro.—San Jorge.—Recuerdos de Santa Bibiana.—Arco de Jano cuadriforme.—El gran desagüe de Tarquino, *cloaca maxima*.—Los desagües de Roma en general.—Etimología de una palabra harto conocida.—Santa María Egipcíaca, ó la Iglesia de los armenios.

Nos faltaba ver la última de las siete colinas, el Aventino. Salimos á buena hora con intención de estudiar aquella montaña, no ménos célebre que las demás; pero nos quedamos en camino. Un mundo de recuerdos, de ruinas, de templos, de monumentos cristianos y paganos, se le presentan al viajero en el camino y le detienen. Cuando se ha llegado al pié del Capitolio, por la calle de Ara-Cœli, se voltea á la derecha y se presenta el cuartel *della Ripa*, y es preciso permanecer allí. Está situado al Sur de la ciudad, en los bordes del Tiber, y ocupa la antigua región del *Aventino* y en la parte de la *Piscina Pública*, la de la *Porta capena*, la del *Forum magnum* y la del *Gran Circo*.

Saludamos de paso, la casa de *Santa Galla* y la iglesia de la *Misericordia*, doble monumento de la caridad romana, al cual volveremos después. Hé aquí ahora, el *Velabro*, cuyo nombre llama desde luego un doloroso recuerdo; en las orillas de este lago fangoso, depositaba todos los días la vieja Roma montones de niños recién nacidos ¹. En su origen el Velabro era un pantano formado por el Tiber, que se atravesaba por medio de pequeñas bar-

¹ Véase nuestra *Historia de la Sociedad doméstica*, t. 1, c. XI.

el corazón y una llama sagrada que enciende la antorcha del génio.

Para acabar nuestra peregrinación en el Célio, nos faltaba que hacer una última estación; no era la ménos interesante. En las cercanías de la *Navicella*, se eleva la iglesia monumental de *San Estéban el Redondo*. Templo de *Júpiter extranjero*, templo de Baco, templo de Claudio, arsenal, sala de baños, hé aquí, según los diferentes arqueólogos, lo que fué en su origen esta construcción pagana ¹. Como quiera que sea, el año 468 llegó á ser una iglesia que el Papa San Simplicio dedicó á San Estéban protomártir. Bajo aquellas bóvedas purificadas, resonó la voz elocuente de San Gregorio Magno, cuyo púlpito pontifical está á la derecha, cerca de la puerta de entrada. Esta rotunda tiene dos espacios circulares coronados por una cúpula antigua y sostenidos por cincuenta y ocho columnas. Pero todo esto desaparece ante otro género de adorno de que no participa ninguna otra iglesia del mundo. En sus paredes, de origen pagano, está escrita á grandes rasgos la *historia sangrienta del cristianismo*. En otras partes tenemos algunas hojas sueltas de los anales del martirio; aquí están completa; en otras partes algunos boletines de la gran batalla; aquí el panorama entero. Aparecen precediendo los rangos del glorioso ejército, Jesús y María; el uno espirando en la Cruz del Calvario, la otra atravesada con la espada del dolor; luego desde la degollación de los inocentes hasta la paz de la Iglesia, aparecen todos los suplicios de los mártires, pintados al fresco, á vuestro alrededor. Por donde quiera que dirijais las miradas, solo encontrareis potros, hachas, tenazas, peines de fierro, hogueras, ruedas, calderas de aceite hirviendo, miembros mutilados, cuerpos desbaratados, sangre,

¹ Nard., pág. 86.

verdugos feroces y víctimas llenas de calma y serenidad; este espectáculo es espantosamente bello. Horror, compasión, fe, amor, humildad, no hay en el alma bautizada un noble sentimiento que no se despierte, una fibra que no se conmueva profundamente.

El tiempo había pasado rápidamente y nos dimos prisa á volver al centro de la ciudad por el cuartel de los *Termini*. De paso visitamos el Forum de Trajano. Esta soberbia plaza, en donde no se ven más que columnas gigantescas y algunos pedestales medio rotos, era una de las magnificencias de la antigua Roma. Cerca de 2,000 piés de longitud y 650 de latitud, formaban sus dimensiones. Columnas de granito sostenían los pórticos, cuyas cornisas, con arcos y bóvedas, eran de bronce, así como las numerosas estatuas que los coronaban. Pero el más bello adorno del *Forum*, era la columna Trajana, coronada con la estatua del emperador. Esta columna tiene de altura 132 piés, es de mármol y está cubierta, desde la base hasta la cúspide, de bajo-relieves, en los cuales se cuentan dos mil quinientas figuras, que representan las victorias de Trajano contra los dácios y contra su rey Decébal. La inscripción revela un hecho verdaderamente digno del loco poder de los romanos. Para hacer más grande el *Forum* y nivelar su plaza, fué necesario cavar terreno á la misma altura de la columna!!! Este prodigioso trabajo, unido á la magnificencia del *Forum*, hacía decir á Amiano Marcelino, que no era de desearse el que se volviese á empezar una obra semejante ¹. Hé aquí la inscripción:

¹ Cum ad Trajani forum benisset (Constantius singularem sub omni caelo structuram, ut opinamur, etiam numinum assertione mirabilem habebat attonitus per gigantes contextus circumferens mentem, nec relatu effabiles, nec riersus mortalibus appetendos. Lib. XVI.

SENATVS. POPVLVSQUE ROMANVS
IMP. CES. DIVI NERVÆ. F. TRAIANO. AUG.
GERMA. NICO. DACICO. PONT. MAX. TRIB. POT.
XII. COS. XI, PP.

AD DECLARANDVM. QUANTÆ. ALTITVDINIS
MONS. ET. LOCVS. TAN. . . BVS. 1 SIT. EGESTVS.

“El Senado y el pueblo romano al Emperador César Trajano, hijo del divino Nerva, Augusto, germánico, dácio, soberano pontífice, doce veces tribuno, once veces cónsul, padre de la patria, para señalar cuál es la altura de la montaña y del terreno que se tuvo que quitar para estos grandes edificios.”

Al pasar por el *Forum* de Trajano, conviene no olvidar un recuerdo cristiano que le está unido. A la basílica donde se decidió la muerte de un gran número de sus hermanos, allí fué Constantino después de su conversión, á dirigir á los fieles un tierno discurso, para exhortarlos á no usar de represalias con los paganos. La columna de Trajano, conservada por los cuidados de los pontífices, está coronada con una bella estatua de San Pedro, que es de bronce y tiene la altura de 13 piés romanos. En el piso de la galería que la rodea, se lee en gruesas letras de oro:

SIXTVS QVINTVS
SANCTVS PETRO APOSTOLO DONAVIT.

“Sisto V la donó á San Pedro Apóstol.”

Nunca ha habido presente más bien digno. ¡Salud, inmortal pescador de Galilea! gozad de vuestra victoria; vuestros mismos enemigos os han proporcionado el carro de triunfo, desde cuya altura contemplais su cetro roto, sus monumentos en ruina y su gloria eclipsada. ¡Salud también á vos, Iglesia romana! cuya solicitud conserva las obras del paganismo santificándolas; en esto no solamente demostrais

¹ Tan. . . . bus, tantis molibus.

vuestro inmortal triunfo, sino que haceis también un servicio inapreciable á la ciencia. ¡Sed dos veces bendita!

28 DE DICIEMBRE.

El Velabro.—San Jorge.—Recuerdos de Santa Bibiana.—Arco de Jano cuadriforme.—El gran desagüe de Tarquino, *cloaca maxima*.—Los desagües de Roma en general.—Etimología de una palabra harto conocida.—Santa María Egipcíaca, ó la Iglesia de los armenios.

Nos faltaba ver la última de las siete colinas, el Aventino. Salimos á buena hora con intención de estudiar aquella montaña, no ménos célebre que las demás; pero nos quedamos en camino. Un mundo de recuerdos, de ruinas, de templos, de monumentos cristianos y paganos, se le presentan al viajero en el camino y le detienen. Cuando se ha llegado al pié del Capitolio, por la calle de Ara-Cœli, se voltea á la derecha y se presenta el cuartel *della Ripa*, y es preciso permanecer allí. Está situado al Sur de la ciudad, en los bordes del Tiber, y ocupa la antigua región del *Aventino* y en la parte de la *Piscina Pública*, la de la *Porta capena*, la del *Forum magnum* y la del *Gran Circo*.

Saludamos de paso, la casa de *Santa Galla* y la iglesia de la *Misericordia*, doble monumento de la caridad romana, al cual volveremos después. Hé aquí ahora, el *Velabro*, cuyo nombre llama desde luego un doloroso recuerdo; en las orillas de este lago fangoso, depositaba todos los días la vieja Roma montones de niños recién nacidos ¹. En su origen el Velabro era un pantano formado por el Tiber, que se atravesaba por medio de pequeñas bar-

¹ Véase nuestra *Historia de la Sociedad doméstica*, t. 1, c. XI.

cas, para comunicar con el Aventino 1. Poco á poco las aguas retiradas por Tarquino el anciano hicieron lugar para sólidas construcciones. En su lecho ya seco, se levantaron sucesivamente el mercado de vacas, *Forum boarium*, el mercado de pescados, *Forum piscarium*, que vio á los sobrinos degradados de Cincinato, comprar un mulo en diez y nueve mil francos (3,800 pesos); el cuartel de Argileto, *Vicus Argiletus*, en donde Ciceron poseía numerosas tiendas que arrendaba muy caras á los libreros, á los peluqueros y á otros artesanos que vivian en aquella parte baja de la ciudad. 2

A la entrada del Velabro está la pequeña santa iglesia de San Jorge, que se remonta al siglo sexto. Fué restaurada por los papas Leon II y Zacarías, y posee en un soberbio relicario, la cabeza del glorioso mártir cuyo nombre lleva. San Jorge, soldado desde la infancia, llegó á un grado superior en los ejércitos de Diocleciano, quien le instó en vano para que adorase á los ídolos; la corona del martirio fué el precio de su invencible resistencia. El santo está representado á caballo, echando por tierra á un dragon, elocuente símbolo que nos dice á todos: "Hijos de los mártires, vuestro deber es atacar á la serpiente infernal y vuestra gloria vencerla. Como Dios estuvo con vuestros padres, así lo está con vosotros; nada temais: *Georgi noli timere, ecce ego tecum sum.*" 3

En la iglesia de San Jorge se apoya un pequeño arco triunfal de mármol, levantado en honor de Séptimo Severo, por los banqueros, los negociantes y los comerciantes de vacas del *Forum boarium*. La misma plaza tenia tambien el nombre

1 Varr., lib. IV, 11: *A vehendis retibus velabrum dictum, quod velis transiretur.* Aeron., Scholiast.—Horat., Poetiq.

2 Mart., *Epig.*, lib. 1, 3; id., lib. II.—Cic., *Epis. ad Attic.*, lib. 1, 13.

3 Mazzol., t. VI, p. 278.

de *Forum tauri*, á causa de un toro de oro colocado en el centro. 1 Este es un detalle que no vale la pena hablar de él, si no llamara un glorioso recuerdo, consignado, en los anales sangrientos de la primitiva Iglesia. Santa Bibiana y su hermana Santa Demetria, hijas de un padre y de una madre mártires, lavaron tambien sus túnicas virginales en la sangre del cordero. Demetria murió á los piés del tribunal del pretor. Bibiana, muerta á golpes, fué abandonada á los perros en el *Forum tauri*; pero estos animales, ménos crueles que los hombres, respetaron el cuerpo sagrado de la vírgen mártir. Los despojos mortales de las dos hermanas, fueron enterrados cerca del palacio Liciano, morada de San Flaviano, prefecto de Roma y jefe de la ilustre familia 2 de las dos mártires. Además, se comprende sin trabajo que aquí, como en todos los otros cuarteles de Roma, era necesaria la sangre de nuestras vírgenes y de nuestros mártires para purificar una tierra empapada por tantos infanticidios y supersticiones crueles. ¿Os acordais de que los romanos, antes de entrar en campaña, enterraban vivos á un hombre y á una mujer del país, á quien habian declarado la guerra? Pues bien; en el *Forum boarium*, era donde tenia lugar el horrible sacrificio 3.

No lejos de San Jorge subsiste otro monumento de la supersticion romana, que es el arco de *Janus quadrifons*, llamado así porque tiene cuatro caras. Este edificio, aunque despojado de las estatuas de bronce y de los bajo-relieves, con que estaba adornado, es, sin embargo, una prueba de la magnificencia desplegada por el

1 A *Foro boario*, ubi aureum tauri simulacrum conspicimus. Tacit., *Annal.*, lib. XII.

2 Mazzol., t. VI, p. 778 y sigts.

3 Boario vero in Foro Græcum Græcamque de fossos, aut aliarum gentium, cum quibus res esset, et nostra ætas vidit, cujus sacri precepcionem, etc. Plin., lib. XXVII, c. II.

pueblo-rey aun en sus obras de segundo orden. Es todo de mármol, de buena arquitectura y de sólida construccion. Según Publio Víctor, habia costumbre de levantar arcos semejantes en las encrucijadas de las calles y en los forum, y servian á los comerciantes de despacho de oficina, de abrigo para el sol y la lluvia, de altares para ciertos ídolos, sin tener por esto nada de comun con el templo de Jano.

A poco andar se llega delante de la más antigua maravilla de Roma, el gran desagüe de Tarquino. La solidez de esta obra es verdaderamente un prodigio: hace quinientos siglos que Plinio se admiraba de ella. ¿Qué diria hoy si viese la *Cloaca maxima*, siempre *ineaspugnabile*? Ni las construcciones colosales que ha reportado, ni el choque de las aguas que en él se precipitan de todos los demas desagües que vienen violentamente del Tíber, ni los temblores de tierra, ni la caída de los antiguos edificios, nada ha podido quebrantarla, *et tamen omnino firmi tus resistit* 1. En pié delante de la embocadura, pudimos formarnos una idea de su construccion. El fondo tiene pavimento de anchas losas perfectamente cimentadas; las paredes y las bóvedas se componen de gruesos trozos de toba, unidos de trecho en trecho por medio de asas de travertino, y éstas unidas unas con otras sin cal ni cimienta. El arco tiene doce piés de anchura y otros tantos de altura; de suerte que por él puede pasar un carro cargado de heno, según la expresion de Plinio, cuya exactitud es fácil reconocer 2. La longitud total del Gran Desagüe era de 2,500 piés.

¿Por qué estas desmesuradas proporciones? No es difícil comprenderlo; se vé que

1 Lib. XXXVI, c. 15.

2 Amplitudinem cavis eam esse fuisse prodit ut vehem fæni longe onustam transmitteret. *Id. id.*

por su posicion la *Cloaca maxima* estaba destinada á recibir las aguas de la mayor parte de los desagües particulares. Además, la abundancia de las fuentes que llegaban á Roma, la colocacion de la ciudad sobre las siete colinas separadas por valles, la gran cantidad de inmundicias, consecuencia inevitable de una inmensa poblacion, hacian necesarios desagües vastos y multiplicados. Roma lo comprendió de tal modo, que cifró una parte de su gloria en el establecimiento y conservacion de estas obras. Vemos que sus más ilustres personajes no se desdénaron de ocuparse en ellas. Los censores Caton y Valerio Flaco, gastaron sumas enormes en mandar construir desagües en la region del Aventino y en las otras donde faltaban 1. Agrippa, yerno de Augusto, se inmortalizó con mandar limpiar los antiguos desagües, á los cuales añadió otros nuevos á expensas suyas 2. Su gloria fué legitima, porque todas aquellas obras eran dignas de la majestad del imperio.

"Roma, exclama Dion Casio, gracias á sus desagües anchos, profundos y numerosos, por los cuales corren verdaderos rios que hierven, es como una ciudad edificada en los aires y que puede presentar el espectáculo de una navegacion subterránea" 3. La magnificencia de aquellas construcciones subterráneas es tal, continúa Casiodoro, que sorprende y eclipsa á todo lo que las otras ciudades puedan presentar de más maravilloso. Allí vereis en los lados entreabiertos de las montañas, rios capaces de llevar navíos en sus aguas

1 Tit. Liv. Decad. 4, lib. XI.

2 Plin., lib. XXXVI, 15.

3 Præterea cloacas operum omnium dictu maximum suffossis montibus atque urbe pensili, subterque oavigata a M. Agrippa in ædilitate sua per meatus corribati septem annes; cursuque præcipiti torrentium modo rapere atque auferre omnia coacti. Dio, lib. XL; Plin., lib. XXXVI, c. 15.

que se arrojan con impetuosidad en vastos y anchos estanques 1. "Tres cosas me revelan toda la magnificencia de Roma, decía Dionisio de Halicarnaso: los acueductos, las vías y los desagües. Juzgo de la importancia de los últimos, no solo por su utilidad, sino también por la inmensidad de las sumas que han costado. De ello se puede formar una idea, según el testimonio de C. Aquilio, que nos enseña que la limpia completa de los desagües, costó á los censores más de doce millones" 2. Como he dicho, la mayor parte de los desagües particulares, concurrían en el Forum romanum, en donde empezaba la *Cloaca maxima*, y arrojaban sus aguas fangosas en este *Duodenum* de la gran ciudad.

Esta circunstancia llama un recuerdo singular que nos divirtió un momento. "Vosotros acabais de salir del colegio, dije á mis jóvenes amigos; sabéis el latín, el griego, la física, el álgebra, la historia universal; decidme, pues, ¿qué personaje célebre nació en el lugar en que estamos?—¿Tomal pues no nos acordamos.—¿Me dejáis asombrado! ¿y vuestro manual del bachillerato?—No dice una palabra de eso.—Pues es una falta, porque se trata de un personaje muy conocido en nuestros días.—¿De veras?—Tan cierto como que ahora voy á deciroslo.—¿Y su nombre?—Lo sabreis; pero ántes sabreis su vida. Aquí en el borde del Gran Desagüe de Tarquino, nació hace más de dos mil años, un personaje que vive todavía, que habla todas las lenguas, que usa de todos los trajes, que habita simultáneamente en Lón.

1 Quæ tantum visentibus conferunt stuporem ut aliarum civitatum possint miracula superari. Videas illic fluvios quasi montibus concavis clausos per ingentia stagna decurrere. Videas structis navibus per aquas rapidas cum minima sollicitudina navigari..... Hinc Romæ singularis quantum in te sit potest colligi magnitudo. Lib. III, Ep. 30.

2 Hist., lib. III.

dres, en Paris, en San Petersburgo, Constantinopla y Pekin; que se le encuentra en todos los caminos del mundo, como el antiguo Judio Errante; pegando chascos, (haciendo trampas) á todo el género humano, y que trae de ordinario un vestido desgarrado y los zapatos agujereados, aunque algunos viajeros aseguran haberlo visto cubierto de vestidos galoneados á caballo ó en calesa.—¿Es personaje nuevo?—No; es antiguo, adivinad.—¿Apido perdería en adivinarlo todo su griego.—Solo latín se necesita, y cuando se es bachiller....—¿Vaya, no por eso se es adivino.—Como quiera que sea, hé aquí el hecho en cuestion; los pillos, los ladrones y los obreros sin trabajo, del pueblo bajo de Roma, estaban de espectadores en la obra de los desagües en el Forum, de brazos cruzados y charlando, riéndose y lanzando bufonadas picantes y pullas á los viejos rentistas, á los jóvenes de buen tono, á las matronas y á los senadores. De aquí les vino el nombre de *canalla* 1, que ha heredado nuestra lengua y que sin conocerse su etimología, se arroja á la cara á aquellos que son dignos de ese nombre."

El aspecto de la *Cloaca maxima* y de los otros desagües, recuerda un pensamiento más serio. Todos aquellos rios subterráneos, sobre los cuales estaba edificada Roma pagana, verifican literalmente la predicción de San Juan, cuando al hablar de la gran prostituta, la pinta sentada sobre numerosas aguas, bebiendo con una mano una copa llena de sangre de los mártires, y con la otra, presentando á todos los

1 Canalicola, fornses, hominis pauperes dicti, quod circa canales fori consistereut.—Festus, V. *Canali*.

In medio propter canalem, ibi ostentatores meri.

Confidente, garrulique et malevoli.

Plaut., *Curculio*, scen. I, act. IV.

Quia jurabat cavillator quidam, et canalicola, et nimis ridicularius fuit. A. Gell., lib. V, c. 2.

pueblos el vino de su corrupcion. 1 Así es como los monumentos romanos tienen el privilegio de dar testimonio igualmente de la historia profana y de la historia sagrada.

¿Quereis ahora ver otra construcción, casi tan antigua como el Gran Desagüe? Volveos á la derecha y estareis delante de la pequeña iglesia de *Santa María Egipciaca*. Presenta un paralelogramo rodeado de columnas, que tienen alguna semejanza con las de la *Casa* cuadrada de Nimes. ¿Cuál fué en su origen el destino de este edificio, cuya forma y arquitectura indican tiempos próximos á Rómulo? La opinión más admitida es que fué el templo de la *Fortuna viril*; que debió haber sido edificado por Servio Túlio, sexto rey de Roma, en reconocimiento de que habiendo nacido esclavo, la fortuna le habia elevado á la dignidad real. 2 Si esto fué así, que Servio Túlio se consuele, porque Roma cristiana, al dedicar su templo á Santa María Egipciaca, no ha cambiado su destino, sino que lo ha ennoblecido. En la ilustre penitente del Oriente, consagra Roma el tránsito de la más profunda servidumbre á la más alta dignidad. Las reliquias de la santa descansan bajo el altar mayor, y son objeto de una gran veneración. Hace largo tiempo que esta iglesia está servida por los armenios, que en los días de fiesta desplagan á los ojos de sus hermanos de Occidente, la majestad de los antiguos ritos y la magnificencia de los trajes de la Iglesia oriental. Una inscripción colocada á la izquierda, recuerda de una manera muy tierna que un buen comerciante armenio, que habia fijado su residencia en Roma, habia hecho una fortuna considerable, la cual distribuyó toda entera á los pobres. ¡Feliz el viajero cató-

1 Meretricis magnæ que sedet; super aquas multas, etc.

2 Nardini, p. 379.

lico en la ciudad eterna! No puede entrar á una iglesia, ni visitar una ruina, ni poner el pié en la calle, sin encontrar un objeto, un recuerdo que despierte en él los más grandes y dulces pensamientos de la fe.

29 DE DICIEMBRE.

Teatro de Marcelo.—*Forum obitorium*.—Pórtico de Octavia.—San Angel *in Pescheria*.—Inscripciones notables.—Circo Flaminiano.—Convento de San Ambrosio *della Massima*.—Gran Circo.—Dimensiones.—Descripción de los juegos.—Santa María *in Cosmedin*.

Estábamos lejos de haber acabado la parte baja de la ciudad, y á pesar de nuestro deseo de subir al Aventino, nos fué necesario permanecer en la llanura. El *Cuartel del Santo Angel*, que se mezcla con el de de la Ripa, no nos permitió salvar sus límites. Ocupa en parte las antiguas regiones de la *Via lata* y del Circo Flaminiano. El rey de este cuartel es el teatro de Marcelo, cuyos grandiosos restos atestiguan los mejores tiempos de la arquitectura romana. Fué edificado por Augusto, para eternizar la memoria de su joven sobrino, y podia contener cerca de treinta mil espectadores. ¡Extraña vicisitud de las cosas humanas! Sus pórticos, en otro tiempo brillantes de pulidos mármoles, bajo los cuales venia á descansar la molición romana, están hoy ennegrecidos por el humo y divididos en oscuros departamentos, en los cuales laboriosos herreros ganan su pan de cada día con el sudor de su rostro.

Entre el teatro de Marcelo, el Tiber y la antigua puerta Flumentana, es decir, en el espacio que separa hoy el puente *Di Quattro Capi*, el palacio Jovelli y Santa María *in Portico*, allí se encontraba el *Forum obitorium*, mercado de legumbres. 1 Es famoso por su columna lactaria, al pié

1 Varr., lib. IV. Tertull., *Apól.*, 13.

que se arrojan con impetuosidad en vastos y anchos estanques 1. "Tres cosas me revelan toda la magnificencia de Roma, decía Dionisio de Halicarnaso: los acueductos, las vías y los desagües. Juzgo de la importancia de los últimos, no solo por su utilidad, sino también por la inmensidad de las sumas que han costado. De ello se puede formar una idea, según el testimonio de C. Aquilio, que nos enseña que la limpia completa de los desagües, costó á los censores más de doce millones" 2. Como he dicho, la mayor parte de los desagües particulares, concurrían en el Forum romanum, en donde empezaba la *Cloaca maxima*, y arrojaban sus aguas fangosas en este *Duodenum* de la gran ciudad.

Esta circunstancia llama un recuerdo singular que nos divirtió un momento. "Vosotros acabais de salir del colegio, dije á mis jóvenes amigos; sabéis el latín, el griego, la física, el álgebra, la historia universal; decidme, pues, ¿qué personaje célebre nació en el lugar en que estamos?—¿Tomal pues no nos acordamos.—¿Me dejáis asombrado! ¿y vuestro manual del bachillerato?—No dice una palabra de eso.—Pues es una falta, porque se trata de un personaje muy conocido en nuestros días.—¿De veras?—Tan cierto como que ahora voy á deciroslo.—¿Y su nombre?—Lo sabreis; pero ántes sabreis su vida. Aquí en el borde del Gran Desagüe de Tarquino, nació hace más de dos mil años, un personaje que vive todavía, que habla todas las lenguas, que usa de todos los trajes, que habita simultáneamente en Lón.

1 Quæ tantum visentibus conferunt stuporem ut aliarum civitatum possint miracula superari. Videas illic fluvios quasi montibus concavis clausos per ingentia stagna decurrere. Videas structis navibus per aquas rapidas cum minima sollicitudina navigari..... Hinc Romæ singularis quantum in te sit potest colligi magnitudo. Lib. III, Ep. 30.

2 Hist., lib. III.

dres, en Paris, en San Petersburgo, Constantinopla y Pekin; que se le encuentra en todos los caminos del mundo, como el antiguo Judio Errante; pegando chascos, (haciendo trampas) á todo el género humano, y que trae de ordinario un vestido desgarrado y los zapatos agujereados, aunque algunos viajeros aseguran haberlo visto cubierto de vestidos galoneados á caballo ó en calesa.—¿Es personaje nuevo?—No; es antiguo, adivinad.—¿Apido perdería en adivinarlo todo su griego.—Solo latín se necesita, y cuando se es bachiller....—¿Vaya, no por eso se es adivino.—Como quiera que sea, hé aquí el hecho en cuestion; los pillos, los ladrones y los obreros sin trabajo, del pueblo bajo de Roma, estaban de espectadores en la obra de los desagües en el Forum, de brazos cruzados y charlando, riéndose y lanzando bufonadas picantes y pullas á los viejos rentistas, á los jóvenes de buen tono, á las matronas y á los senadores. De aquí les vino el nombre de *canalla* 1, que ha heredado nuestra lengua y que sin conocerse su etimología, se arroja á la cara á aquellos que son dignos de ese nombre."

El aspecto de la *Cloaca maxima* y de los otros desagües, recuerda un pensamiento más serio. Todos aquellos rios subterráneos, sobre los cuales estaba edificada Roma pagana, verifican literalmente la predicción de San Juan, cuando al hablar de la gran prostituta, la pinta sentada sobre numerosas aguas, bebiendo con una mano una copa llena de sangre de los mártires, y con la otra, presentando á todos los

1 Canalicola, fornses, hominis pauperes dicti, quod circa canales fori consistereut.—Festus, V. *Canali*.

In medio propter canalem, ibi ostentatores meri.

Confidente, garrulique et malevoli.

Plaut., *Curculio*, scen. I, act. IV.

Quia jurabat cavillator quidam, et canalicola, et nimis ridicularius fuit. A. Gell., lib. V, c. 2.

pueblos el vino de su corrupcion. 1 Así es como los monumentos romanos tienen el privilegio de dar testimonio igualmente de la historia profana y de la historia sagrada.

¿Quereis ahora ver otra construcción, casi tan antigua como el Gran Desagüe? Volveos á la derecha y estareis delante de la pequeña iglesia de *Santa María Egipciaca*. Presenta un paralelogramo rodeado de columnas, que tienen alguna semejanza con las de la *Casa cuadrada* de Nimes. ¿Cuál fué en su origen el destino de este edificio, cuya forma y arquitectura indican tiempos próximos á Rómulo? La opinión más admitida es que fué el templo de la *Fortuna viril*; que debió haber sido edificado por Servio Túlio, sexto rey de Roma, en reconocimiento de que habiendo nacido esclavo, la fortuna le habia elevado á la dignidad real. 2 Si esto fué así, que Servio Túlio se consuele, porque Roma cristiana, al dedicar su templo á Santa María Egipciaca, no ha cambiado su destino, sino que lo ha ennoblecido. En la ilustre penitente del Oriente, consagra Roma el tránsito de la más profunda servidumbre á la más alta dignidad. Las reliquias de la santa descansan bajo el altar mayor, y son objeto de una gran veneración. Hace largo tiempo que esta iglesia está servida por los armenios, que en los días de fiesta desplagan á los ojos de sus hermanos de Occidente, la majestad de los antiguos ritos y la magnificencia de los trajes de la Iglesia oriental. Una inscripción colocada á la izquierda, recuerda de una manera muy tierna que un buen comerciante armenio, que habia fijado su residencia en Roma, habia hecho una fortuna considerable, la cual distribuyó toda entera á los pobres. ¡Feliz el viajero cató-

1 Meretricis magnæ que sedet; super aquas multas, etc.

2 Nardini, p. 379.

lico en la ciudad eterna! No puede entrar á una iglesia, ni visitar una ruina, ni poner el pié en la calle, sin encontrar un objeto, un recuerdo que despierte en él los más grandes y dulces pensamientos de la fe.

29 DE DICIEMBRE.

Teatro de Marcelo.—*Forum obitorium*.—Pórtico de Octavia.—San Angel *in Pescheria*.—Inscripciones notables.—Circo Flaminiano.—Convento de San Ambrosio *della Massima*.—Gran Circo.—Dimensiones.—Descripción de los juegos.—Santa María *in Cosmedin*.

Estábamos lejos de haber acabado la parte baja de la ciudad, y á pesar de nuestro deseo de subir al Aventino, nos fué necesario permanecer en la llanura. El *Cuartel del Santo Angel*, que se mezcla con el de de la Ripa, no nos permitió salvar sus límites. Ocupa en parte las antiguas regiones de la *Via lata* y del Circo Flaminiano. El rey de este cuartel es el teatro de Marcelo, cuyos grandiosos restos atestiguan los mejores tiempos de la arquitectura romana. Fué edificado por Augusto, para eternizar la memoria de su joven sobrino, y podia contener cerca de treinta mil espectadores. ¡Extraña vicisitud de las cosas humanas! Sus pórticos, en otro tiempo brillantes de pulidos mármoles, bajo los cuales venia á descansar la molición romana, están hoy ennegrecidos por el humo y divididos en oscuros departamentos, en los cuales laboriosos herreros ganan su pan de cada día con el sudor de su rostro.

Entre el teatro de Marcelo, el Tiber y la antigua puerta Flumentana, es decir, en el espacio que separa hoy el puente *Di Quattro Capi*, el palacio Jovelli y Santa María *in Portico*, allí se encontraba el *Forum obitorium*, mercado de legumbres. 1 Es famoso por su columna lactaria, al pié

1 Varr., lib. IV. Tertull., *Apól.*, 13.

de la cual se depositaban por la noche, como en el Velabro, millares de pequeñas criaturas humanas. 1 Salvando con paso rápido aquel lugar de triste memoria, llegamos al pórtico de Octavia, que fué levantado á la hermana de Augusto con los despojos de los Dálmatas, 2 y ha sido conservado, al ménos en parte, por la religion, en la iglesia de Santa María *in Portico*. En los mismos lugares se encuentra la antigua iglesia del Santo Angel *in Pescheria*, edificada en memoria de la célebre aparicion de San Miguel en el monte Gargan, en el reino de Nápoles. El papa Bonifacio II la consagró al glorioso arcángel el 29 de Setiembre del año 439. Bajo el altar mayor descansan las reliquias de los ilustres mártires de Tibur, San Sinforoso y sus siete hijos. La antigua inscripcion que se refiere á los restos venerables de los héroes cristianos conservados en *Santo Angel*, presenta una particularidad muy notable; comienza así: *Nomina sanctorum quorum BENEFICIA hic requiescunt.* «Nombres de los santos, cuyos BENEFICIOS descansan aquí»

La palabra *beneficio*, usada en vez de *corpo*, para designar las reliquias de los santos, es en verdad una de las figuras más atrevidas de la retórica de la fe. Para inventarla, dárla curso y hacerla grabar en un gran número de piedras monumentales, 3 se admitirá sin trabajo que ha sido necesaria la experiencia más dulce y constante. Ahora bien, creo que el viajero querrá conocer los *beneficios* que descansan en *Santo Angel in Pescheria*. Hé aquí la lista; trascibo la venerable inscripcion: «de los Santos Pedro, Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Simon, Tadeo, Juan Bautista, Sil-

1 Festus, V. *Lactaria*.

2 Dio. lib. XLIX.

3 Mazzol, lib. VII, p. 228.

vestre, Estéban, Lino, Lorenzo, Cesario, Nicandro, Celso, Euplio, Pedro, Marcelino, Valentin, Donato, Nicolás, Pancracio, Anastasio, Júdas, Teodoro, Jorge, Cristóbal, Alejandro, Erasmo, Télió, Albaciro, Juan Demesio, Procopio, Pantaleon, Nicasio, Cosme, Damian, Antonio, Leoncio, Euprepio, Antipo, Ana, Isabel, Eufemia, Sofía, Tecla, Tetronila, Teodosia, Teopista, Auréa, Atánasia, Teucrista, Eudoxia.»

He querido citar este glorioso catálogo, en que están reunidos todos los estados y todas las condiciones, á fin de presentar, una vez por todas, una nota cuyo asunto se encuentra en cada iglesia principal de Roma. Ofrecer modelos y bienhechores á todas las condiciones de la vida; mostrarse verdaderamente católica por la santidad y por la fe; en una palabra, hacer de cada uno de sus templos una miniatura del cielo, tal es, á no dudarlo, el pensamiento íntimo que ha dirigido á la Iglesia romana al poblar sus santuarios de santos y de mártires de todas gerarquías, de todas edades, sexos y condiciones. ¿Conoceis un designio más noble, una intencion más natural?

Santo Angel in Pescheria, cuyos habitantes se ilustran por gloriosas victorias, está inmediato á un lugar célebre en combates de otro género; aquí comenzaba el *Circo Flaminiario*. Este nuevo teatro de las alegrías entusiastas y crueles de la antigua Roma, cubria el espacio ocupado ahora por la plaza *Margana*, el palacio Mattei y la calle de las *Tiendas oscuras*; la iglesia de Santa Catarina de los *Cordeleros* señala casi su centro. Fué edificado por Flaminio, que pereció en la batalla de Trasimeno, y se hizo famoso por los juegos que en él se daban, en honor de los dioses infernales. 1

Todos los alrededores inspiraban terror. La mayor parte de los demonios adorados por los romanos bajo diversos nombres,

1 Festus. *Ludi tauri*.

Júpiter Stator, Neptuno, Vulcano, Juno, Diana, Castor, Marte, Hércules, presidian en los combates, y sus templos formaban un recinto al rededor del circo. 1 La extremidad que corresponde al convento *Specchi Tor di Nona*, estaba limitada por el templo de Belona, diosa de la guerra, delante del cual se elevaba la famosa columna *Bélica*. El cónsul encargado de sostener la guerra, bajaba del templo de Júpiter Capitolino, en donde se decidía que la hubiera, subía luego á la columna *Bélica* y desde allí lanzaba una flecha ensangrentada al pueblo enemigo. 2 El general que salía á la guerra, del templo de Belona, volvía de su expedicion á presentarse de nuevo en él, donde con audiencia del Senado, éste le decretaba ó le negaba los honores del triunfo. 3

Después de recordar esos cuadros de sangre, se siente un gran gusto en hallar un recuerdo lleno de encantos y de inocencia. La iglesia y el monasterio de San Ambrosio *della Massina* que se levantan á la derecha, reemplazan la casa paternal del ilustre arzobispo de Milan. Allí fué donde, después de haber recibido el velo de manos del papa San Liberio, vivió en compañía de otras vírgenes cristianas Santa Marcelina, la digna hermana, la amable maestra de sus hermanos Ambrosio y Sático. 4 Al volver atras, pasamos delante del *Ghetto* ó cuartel de los judíos, de que hablaremos más tarde, y ganamos el valle que separa el Palatino del Aventino. ¿Pero cómo atravesarlo de prisa, cuando multitud de recuerdos retardan el paso del viajero y exigen su atencion?

1 Victor, *in Reg.*, IX; Tit. Liv., *Decad* III, lib. XVIII; id., *Decad.*, IV, lib. X, Vitr., lib. II, cap. 7; Macrob., Saturn., lib. III, c. 4.

2 Ante (ædem Bellonæ) erat columna index belli indiferendi. Vict., *in Reg.*, IX. Cumquæ hæc dixisset, hastam cruentam juxta Bellonæ templum in porticum contorsit. Dio., lib. 4.

3 Tit., *Decad* I, lib. IX, etc.

4 Bar., *Not. and Martyr.* 17 de Julio.

Este largo valle, hoy cubierto de zarza, de viñas, de ruinas á flor de tierra, accidentado, maltratado, cavado, informe, inconocible, era en otro tiempo el gran Circo; ¡el gran Circo! la maravilla de Roma por su extension, el amor y la pasion de los romanos que no pedian otra cosa para ser felices, mas que *pan y placeres del Circo!*

Fundado por los primeros reyes de Roma, creció con la ciudad. Era tal su extension bajo los emperadores, que ocupaba tres estadios 1 y medio de longitud y cuatro fanegas de anchura; y podia contener trescientos mil espectadores sentados. 2. Colocados en la vertiente del monte Aventino, nos figurábamos aquel inmenso paralelogramo de 2,187 piés de largo y 960 de ancho, terminado en semicírculo 3. A uno y á otro lado reinaban dos hileras de pórticos levantados unos sobre otros, adornados con columnas y coronados por una ancha azotea. Los pórticos inferiores estaban ocupados por tabernas, por lugares de desórdenes y por pasajes que conducian al interior del teatro. Así como en Paris [y en Lóndres, el pueblo bajo se recoje á dormir en las bohardillas, así en aquel teatro dormia bajo los arcos, que durante los juegos servian á los espectadores de abrigo contra el calor y la lluvia. Seis torres cuadradas 4, que dominaban la azotea y estaban repartidas al rededor del edificio, servian para dar lugar á personajes distinguidos. Escalones de piedra, dispuestos como anfiteatro, reinaban en los tres lados del monumento, y el cuarto, cortado en li-

1 Medida de 125 pasos geométricos. — N. del T.

2Duas rantum res anxius optat, panem et circences.—... Eisque templum, et habitaculum, et concio, et spes omnis Circus est maximus. Am. Marcell., lib. XXVIII.

3 Tarquinius primus in Circo maximo inter Palatinum et Aventinum montes sito primo circunquaque operta tecto fecit sedilia. Nam antea stante spectare solebant fureis tabulata sustentibus. Dion Halic., lib. III; Plin., lib. XXXVI, c. 15; id.; Panegyri. Trajan.; Vict. *in Reg.*, XI.

4 Mœniana.

nea recta, estaba ocupado por las *Carceres*, de donde salían los caballos y los carros. Encima de las carceres, brillaba el pabellón del emperador. Una fuerte reja separaba de la arena los tres lados que tenían escalones y en su base circulaba un *Euripo*, canal ancho y profundo de diez piés, alimentado por aguas vivas y que servía para inundar la liza para las naumaquias 1.

El circo estaba dividido en casi toda su longitud por la *Spina* 2 especie de muralla alta de 6 piés de altura y doce de anchura. En esta muralla, á la que se subía por escalones que tenía en los dos extremos, se levantaban el altar del dios *Conso* 3; dos pequeños templos del Sol, estatuas de bronce dorado de Hércules, de Cibeles, de Ceres, de Baco y de Seta diosa de las cosechas y de otras muchas divinidades. Del centro de la *Spina*, se levantaba, á 120 piés de altura, el obelisco de Augusto, teniendo en su cúspide una llama dorada imagen del sol, al cual estaba dedicado 4. Este obelisco está hoy en la plaza del Pueblo. En las dos extremidades de *Spina* se veían los tres *Límites* 5 de piedra ó de madera á cuyo alrededor debían voltear los carros, cuya carrera estaba señalada de cada lado de la *Spina*, por columnas en forma de cipreses coronadas de delfines 6.

Tal era el gran Circo, cuyas imponentes construcciones, ennoblecidas por el tinte azafrañado que bajo aquel hermoso cielo de Roma, anuncia una antigüedad venerable, se destacaban vivamente en una arena regada con vermellon, color de sangre, y de una piedra verde como el fresco césped 7.

1 Varr., lib. IV, p. 48.

2 Spina.

3 Tertull. *De Spect.*, VIII; Plut., *Romul.*, 20.

4 Dion., XLIX, p. 478.

5 Meta.

6 Metasque imitata cupressus. Ovid., *Metam.*, X.

7 Suet., *in Calig.*, 18; Plin., lib. XXXIII, c.

5 Isidor., *Hisp. Etyim.*, lib. XIX, c. 17.

Para animar el cuadro, representémosnos en las gradas de aquel colosal monumento á trescientos mil espectadores! Luego en las esquinas, en las galerías, en las plataformas de los palacios que se levantaban en anfiteatro en los lados de las tres colinas que le rodean, el Palatino, el Célio y el Aventino, á un número casi igual de espectadores 1. Pintémosnos á aquellos espectadores todos vestidos de fiesta y coronados de flores; á aquella inmensa multitud de mujeres brillantemente puestas; ya levantándose como un solo hombre para saludar al personaje amado del pueblo que entra en el Circo; ya gritando, murmurando y pataleando á la vista del hombre que ha perdido el favor popular; despues pasando de estos movimientos tan apasionados y tan tumultuosos que podrian tomarse por las agitaciones y los mugidos del mar tempestuoso 2, á un reposo completo, á un silencio profundo al ver el cortejo religioso que baja de las alturas del Capitolio.

Mirad en efecto salir de la morada temible del gran Júpiter la larga y solemne procesion que se dirige al Circo, atravesando el *Forum romanum* 3. A su cabeza se adelanta un soberbio carro ocupado por el presidente de los juegos; es Augusto, es Neron, es Calígula, es cualquier personaje, edil, pretor ó prefecto, el que lleva el traje rojo de los triunfadores. Una tropa de jóvenes de catorce á quince años, unos á caballo y otros á pié, abren la marcha y preceden á los cocheros que conducen las *Bigas*, las *Cuádrigas*, los *Séjugas*, carros de dos, de cuatro, de seis caballos, que deben figurar en las carreras.

Despues de los cocheros, vienen en un estado casi completo de desnudez, los atletas destinados á combatir en los grandes y en los pequeños juegos. Les siguen tres

1 Dio, lib. LVII, p. 696.

2 Tertull., *De Spect.*, XVI.

3 Dion. Halic., I, VII, c. 13.

coros de danzantes; el primero, compuesto de hombres ya hechos, el segundo de jóvenes y el tercero de niños. Una túnica de escarlata sujeta con un cinturón de cobre, una espada al lado, una pequeña lanza en la mano y un casco de bronce con penacho y adornado con crestas, componen su armadura y su traje. Ejecutan danzas guerreras acompañados por los tocadores de flautas cortas, de arpas de marfil y de laúdes. A los músicos suceden las tropas de los *Sátiros*, repugnantes personajes cubiertos con pieles de chivo sujetas con cinturones y ocultando su cabeza en erizadas melenas. Entre ellos se perciben los *Silenos*, otras especies de monstrus vestidos con túnicas de pelo largo y con mantos de toda clase de flores. Todos juntos ejecutan de una manera grotesca las danzas mas serias, y provocan con sus mil contorsiones la risa de los espectadores 1.

Detras de los *Sátiros* y de los *Silenos*, se adelanta una nueva tropa de músicos y una multitud de ministros subalternos del culto, que llevan en sus manos braserillos de oro y de plata, en los que arde el incienso que embalsama el aire á su paso. Las estatuas de los dioses momentáneamente sacadas de sus templos, cierran la marcha acompañadas de los diferentes colegios sacerdotales. Todas aquellas estatuas de marfil ó de ricos metales, adornadas con coronas de oro y enriquecidas de piedras preciosas, se las coloca, á unas en brillantes carros de marfil ó de plata 2, tirados por soberbios caballos, á otras en literas cerradas 3. Los patricios las escoltan, y algunos jóvenes que tienen todavía padre y madre, llevan la brida de los caballos. 4

Entra el cortejo en el Circo y le da una

1 Dion. Halic., VII, 13.

2 Tensee.

3 Armamaxæ.

4 Cic., *De Arusp. resp.*, II.

vuelta, enmedio del recojimiento universal, interrumpido solamente por las aclamaciones que arrojan las diferentes clases de ciudadanos cuando pasa delante de ellos la divinidad protectora de sus profesiones. Acabada la vuelta del Circo, se colocan las estatuas de los dioses en el edículo que las aguarda no léjos de las *Carceres*; se les acuesta en cójines 1; los sacrificadores inmolan las víctimas y el emperador hace libaciones; Roma y el Olimpo, Júpiter y César, están ya en el Circo; los juegos van á empezar.

Ya los carros han salido de las *Carceres*; los cuatro colores, el verde, el azul, el blanco y el rojo, brillan en las túnicas de los cocheros 2; los corceles impacientes están apenas detenidos por la cadena que cierra la entrada de la carrera; la multitud ávida tiene la vista fija en los carros; temerarias apuestas se atraviesan entre los espectadores; por fin desde la tienda imperial se arroja al circo un lienzo blanco 3; suena la trompeta, rómese la cadena y se lanzan á la vez todos los carros. Sus ruedas inflamadas apenas rozan la arena, salvan los límites, y vuelven todos intactos al punto de partida; pero el pueblo está descontento. Comienza la evolucion por segunda y tercera vez; un *agitador* hábil, vuelve bruscamente su carro contra el de su adversario, hace chocar la rueda de aquel contra la suya, y le rompe su eje, haciendo caer al suelo los caballos, y el pueblo aplaude. Un carro lanzado á todo escape, choca contra el límite y vuela hecho astillas, matando al cochero; el pueblo aplaude á dos manos, y cada vez que muere alguno, los aplausos se redoblan.

Entre tanto, la lucha se sostiene entre los cuatro colores; cada partido excita á

1 Pulvinaria.

2 Prasinus, venetus albus, purpureus. Bulang. *de Circus*, cap. XLVIII, *De Coloribus*.

3 Mappa.

sus cocheros, les da consejos, les dirige re-
proches; los espectadores se levantan, agitan
sus manos, sacuden sus túnicas, patalean
en sus asientos 1; se lanzan mutuamente
sarcasmos, injurias, golpes; el combate
no es ya en la arena, lo hay también en
las gradas del Circo; la lucha se hace
algunas veces horrible; en un solo día treinta
y cinco mil cadáveres! 2

El gran apologista conocía muy bien
los espectáculos de la vieja Roma; los pintó
en estas tres palabras: furor, crueldad,
impudicia 3. Habría podido añadir: locura,
prodigalidad, idolatría.

Para aquel pueblo que no tiene nombre
en la lengua cristiana, los cocheros llegaban
á ser personajes, héroes, semidioses. Los
poetas cantaban sus victorias; los emperadores,
los magistrados, el pueblo entero, les decretaba
coronas, les elevaba estatuas de oro y de
bronce, les colmaba de riquezas y de honores
y el mármol de sus tumbas repetía su gloria á
las generaciones futuras 4. Hasta los caballos
mismos participaban de estos insensatos honores.
Para ellos había coronas, estatuas, peses
de oro, glorias del consulado; cuando se
debilitaban por la vejez, eran alimentados
como los veteranos del ejército, á expensas
del tesoro público, y cuando morían les
esperaba una honrosa sepultura en el Vaticano. 5

En el Circo, como en el anfiteatro, era
necesario para atraer á los espectadores,
variar los placeres. Cazas verdaderamente
fabulosas por el número y la variedad de

1 Varr., lib. II, *De Re rustica*. Véase Bulenger
De Civis, p. 125.—En esta obra especial se
encuentran en gran parte los pormenores que
preceden y que siguen.

2 Procop., *De bell. Persic.*, lib. I; Buleng.,
p. 129 y siguientes.

3 *Voluptates circi furentis, cavæ scævientis,
scenæ lascivientis*. Tertull., *De Pudicitia*.

4 Martial., *De Stat.* lib. V. cap. 26; Buleng.,
p. 46.

5 Buleng., 148.

los animales; combates de gladiadores;
combates de hombres y de fieras; lucha,
pugilato, naumáquias en un mar de vino
1, todos estos espectáculos debían á su
turno despertar sucesivamente las sensa-
ciones de aquel pueblo envilecido. ¿Puede
verse el lugar que presenta todos estos re-
cuerdos, sin acordarse de Androcles, y de
aquel león de Africa, ménos feroz que los
romanos? Allí tuvo lugar en el gran Circo,
según Aulo-Gelio, la escena del pobre
esclavo expuesto á las fieras, que fué re-
conocido y acariciado por el noble animal,
al cual le había arrancado una espina,
cuando fugitivo buscaba en el desierto un
refugio contra la crueldad de su amo.

No bastó haber prodigado el oro, la plata,
la sangre del mundo entero, para divertir
al pueblo rey; era necesario todavía colmarlo
de riquezas, á fin de darle las gracias
por haberse dignado tomar parte en aquellas
fiestas ruinosas; las loterías terminaban
los juegos del Circo. Vióse sucesivamente á
Neron, á Tito, á Domiciano, á Adriano y á
otros emperadores arrojar á manos llenas
en la arena dados de madera que los hombres
y las mujeres recogían y se los arrebataban
unos á otros. Cada dado tenía una inscripción
que señalaba un objeto que se les daba al salir
del lugar. Suetonio va á decirnos cuál era
su naturalza y su valor. «Durante los juegos,
que duraron muchos días, Neron mandaba
distribuir cotidianamente hasta mil *billetes*
de lotería, con los cuales se ganaba toda
especie de cosas, pájaros, víveres, trigo,
vestidos, oro, plata, perlas, diamantes,
cuadros, esclavos, caballos, fieras mansas,
navíos, casas, tierras.» 2 Lo mismo fué
con los sucesores 3. ¡Y en compensación
de sus servicios, los esclavos viejos eran

1 Fortur in euripis vino plenis navales circenses
exhibuisse. Lamprid. in Heliogab.

2 Sparsa et populo missalia omnium rerum,
tec. Suet., in Ner., c. XI.

3 Buleng., *De Venat. circi.*, p. 100 y sigts.

enviados á morir de hambre en la isla del
Tiber!

Si los juegos del Circo eran dignos de
la sociedad pagana, no lo eran ménos de
los dioses á quienes ella adoraba. ¿Podría
creerse que los espectáculos eran las fiestas
religiosas, las fiestas del cielo y de la
tierra, las fiestas del universo pagano? Y
sin embargo, así era. «El carácter religioso
se encuentra allí por todas partes; basta
abrir los ojos para reconocerlo. Brilla
hasta en la disposición del edificio, teatro
de aquella piadosa solemnidad y en los
ejercicios que la componen. Mirad la *Spina*
y la vereis cubierta de monumentos reli-
giosos; las *Carceres*, cuyo número duodecimal,
os recuerda los doce signos del zodiaco.
Los Delfines y los Huevos de madera 1,
con que están coronadas las columnas que
trazan la carrera, hacen relación al culto
de Neptuno ó Conso, y al de los dioses de
los corredores y de los luchadores, Castor
y Pollux, los dos nacidos de un huevo.
Los cocheros, vestidos de cuatro colores
diferentes, representan las cuatro estaciones
del año. Estos salen de las doce *Carceres*,
así como el año pasa por los doce signos
del zodiaco; y las veinticuatro carreras que
ejecutan, son las veinticuatro horas del día
y de la noche. Muchos otros pormenores
tienen una relación no ménos sagrada con
los misterios de la naturaleza. Los *Bigas*,
tirados por dos caballos, uno blanco y otro
negro, recuerdan la carrera variada de la
luna, que la hace tanto de día como de
noche. Los *Cuádrigas* son una imitación
del curso de Febo; los caballos de mano,
sobre los cuales anuncian los ministros del
Circo las carreras, figuran á Lucifer que
anuncia el día. Plutón preside á los *Trigás*
y Júpiter á los *Séjugas*.» 2

1 Columnas en forma de huevos ó de cipreses.
2 Cassiod., *Variar.*, III, 51; Roma en el siglo
de Augusto, t. II, 232.

Así la idolatría corría desbordándose en
los juegos del Circo. ¿Debe uno admirarse
de que los Padres de la Iglesia hayan hablado
enérgicamente tantas veces contra estas
diversiones? Después de haber durado la
fiesta muchos días y muchas noches sin
interrupción, acababa como había empezado.
Largo tiempo después de haber dejado el
sol el horizonte, millares de antorchas
venían á iluminar aquella inmensa muchedumbre
que salía penosamente de los pórticos y á
preceder la procesión sagrada que llevaba á
sus templos las estatuas de los dioses que
habían santificado con su presencia los
espectáculos 1.

Cuando de pié, en los mismos lugares
que fueron teatro de esos espectáculos, se
han repasado en la memoria aquellas demasiado
culpables locuras, se apodera del corazón un
gran desaliento; el alma cansada ya, busca
un asilo solitario en donde pueda desahogar
sin temor los sentimientos que la oprimen.
¿Qué felicidad para nosotras el ver allí cerca
un santuario de la Santísima Virgen! Entramos
en él; era Santa María in Cosmedin. Esta
iglesia está dedicada á la dulce *Reina del mundo*
y se levanta no lejos del Circo, como para
calmar al viajero espantado de sus propios
recuerdos, haciéndole ver, que la humanidad
vive bajo otra ley, y pasa por ser la segunda
iglesia de Roma, consagrada á la Madre de
Dios. Se cree que fué edificada por los primeros
cristianos sobre las ruinas del templo de la
Pulcicia patricia, al cual solo tenían derecho
de entrar las mujeres nobles que no pasaban
á segundas nupcias. Según tradición, allí
enseñó San Agustín la retórica, antes de ir á
Milán; y los católicos de Oriente, perseguidos
por los iconoclastas, se refugiaron allí también
y le dieron el nombre de *Escuela de los Griegos*.
Esta basílica, que se

1 Xyplil., in Sever., p. 406.

cuenta entre las que conservan mejor las formas primitivas, fué restaurada en 772 por el papa Adriano I, y en 858 por el papa Nicolás I.

Ademas, su precioso adorno es la imagen de la Santa Virgen, que fué traída de Oriente con el fin de sustraerla á los ultrajes del emperador iconoclasta Leon el Isaurio. A juicio de los conocedores, esta obra maestra de la pintura bizantina, es tan bella, que Roma no tiene otra igual. Está colocada detras del altar mayor, y tiene una famosa inscripcion en griego, cuyo significado en español, es: "Madre de Dios, siempre virgen." Bajo el coro está una cripta primitiva, á la cual se baja por dos escaleras. La antigua inscripcion indica que allí se conserva el cuerpo de Santa Cirila, hija del emperador Décio. *Beata Cyrillee virg. et M. filie Decii.* Los agiógrafos piensan, sin embargo, que la ilustre mártir era solamente, una liberta de la emperatriz, mujer del perseguidor. Como quiera que sea, todos los peregrinos se apresuran á besar la piedra en que fué inmolada la inocente víctima. Esta piedra puede tener tres pies de longitud, dos de anchura, y cuatro pulgadas de espesor. Doscientos mártires de todas edades, sexos y países, forman el augusto cortejo de la Santa Virgen en Santa María in Cosmedin. Les dimos gracias con efusion por haber librado con su sangre al mundo, de las atrocidades paganas, y volvimos á entrar para analizar las impresiones y los recuerdos de aquella interesante jornada.

30 DE DICIEMBRE.

Monte Aventino.—Recuerdos paganos.—Recuerdos cristianos.—Iglesia de Santa Prisca.—De Santa Sabina.—Historia.—Mosáico.—Santo Domingo; su naranjo.—Iglesia de San Alejo.—Historia.—Priorato de Malta.—Vista de Roma.—El Monte Testaccio.—Orden extravagante de Heliogábalo.

Atravesando una parte de las regiones visitadas la víspera, y sin mirar ni á derecha ni á izquierda, temiendo detenernos todavía, llegamos á buena hora al pié del Aventino. Por una calle estrecha, pedregosa, sin pavimento, subimos por el lado del Tiber los flancos escarpados de la colina; los recuerdos surgian de todas partes. A la izquierda dejábamos el antro de Caico, el famoso ó el fabuloso bandido que fué muerto por Hércules, á quien le habia robado sus bueyes 1; delante de nosotros se presentaban los baños de Décio y de Heliogábalo, tristemente célebres por los nombres y los hechos que recuerdan 2; la casa de Vitelio, que excitó el furor de los romanos 3; el templo infame de la buena Diosa 4, el de Minerva, á donde se reunian los comediantes y los poetas 5; el de la Libertad con su *Tabularium*, que contenia el código penal para las vestales infieles 6. A esta página desfigurada de la historia profana, sucedieron muy pronto los títulos mejor conservados de nuestras glorias cristianas. Aquí habitaron Santa Marcela y Santa Silvia, esas dos ilustres matronas, de las cuales la primera ocupa un lugar tan glorioso en los escritos de San Gerónimo 7; y la segunda en la vida

1 Virgil., lib. VIII.

2 Cassiod., in *Croni.* Lamprid., in *Helioagb.*

3 Tacit. *Hist.* lib. III.

4 Ovid., *Fast.*, lib. V.

5 Festus in *Scribas.*

6 Tit-Liv., *Decad.* V. lib. V; Festus, lib. V.

7 *Epist* 54, ad *Desider.*

1 Constanzi, t. II, p. 44; Mazzol., t. VI, p. 136.

de San Gregorio Magno, digno hijo de tal madre.

Hasta aquí habíamos vivido con recuerdos; por fin, comenzó la realidad. La iglesia de Santa Prisca nos abrió sus puertas y sus tesoros de antigüedades. Está cerca del templo de Diana y de la Fuente de los Faunos, y se levanta en el mismo lugar ocupado por la casa de la ilustre mártir. San Pedro recibió en ella frecuentemente la hospitalidad, gracias á dos neófitos judíos de nacion, Aquila y Priscila, vinculados tal vez con la familia consular de Santa Prisca. Esta jóven virgen tenia trece años de edad, cuando fué bautizada por el apóstol mismo en la morada paternal. Denunciada ante el emperador Claudio, fué conducida al templo de Apolo, para que sacrificase á los ídolos. Se negó á ello, y el juez la mandó azotar cruelmente, y en seguida llevar á una estrecha prision. Conducida por segunda vez al tribunal, mostró la misma firmeza, de suerte que el tirano, encendido en furor, mandó verter sobre su cabeza aceite hirviendo y que la precipitaran á un negro calabozo, de donde salió para ser entregada á las fieras; pero el leon que debía devorarla, se dejó caer respetuosamente á sus piés. Este espectáculo no pudo conmover á los verdugos, y sometieron á la jóven virgen á los tormentos del potro, del fuego y del hambre, hasta que por fin, dióles vergüenza el ser vencidos por una niña y la arrastraron á la vía de Ostia, en donde la cortaron la cabeza, á tres millas de Roma 1; Santa Prisca es mirada como la protomártir del Occidente 2. Así, la primera sangre regeneradora que corrió en la vieja Roma, fué una sangre romana, una sangre ilustre, una sangre virginal!

En la cripta se guarda preciosamente

1 Baron, *Annot ad Martyrol*; Martinelli, *Primo Trofeo della Croce*, c. XVIII.

2 Mazz., t. VI, p. 269.

el vaso con que San Pedro administraba el bautismo. La iglesia restaurada por los papas Adriano I en 772, y Calixto II en 1455, conserva una antigua inscripcion que recuerda sumariamente los hechos que acabo de referir 1.

Una sangre no ménos ilustre purificó el lugar largo tiempo manchado por el templo de Juno Regina. Esta sangre fué la de Santa Sabina, martirizada en la casa de sus padres. Confiada á los cuidados de una aya cristiana, recibió Sabina el bautismo, hizo un rico matrimonio y fué arrestada luego por cristiana. Elpidio fué á interrogarla por orden de Adriano: "¿No sois vos Sabina, la ilustre por vuestro nacimiento y por vuestro matrimonio?" 2 "Sí, yo soy, pero doy gracias á Jesucristo, que por medio de su sierva Serapia, me ha librado de la esclavitud del demonio." No preguntó más el juez, y despues de hacerla sufrir mil tormentos, mandó cortar la cabeza de aquella noble acusada. Sus hermanos en la fe, que se apresuraron á levantar un oratorio sobre su tumba en el *Pagus Vindicianus*, tuvieron cuidado de no olvidar el teatro mismo de su triunfo. En 425, un virtuoso sacerdote llamado Pedro, ilirico de origen, edificó allí una iglesia. La inscripcion siguiente recuerda la memoria del caritativo fundador: "Rico para los pobres, pobre para consigo mismo, que despreciando los bienes de la vida presente, mereció esperar la vida futura. *Pavperibus locuples, sibi pauper, qui bona vite presentis fugiens, meruit sperare*"

1 Montis Aventini nunc facta est gloria major Unius veri religionis Dei: Præcipue ob Priscæ quod cernis, nobile Templum Quod priscum merito par sibi nomen habet. Nam Petrus id coluit, populos dum sæpe doceret, Dum faceret magno sacraque sæpe Deo, Dum quos Faunorum fontis deceperat error Hic melius sacra purificaret aqua.

Véase Foggino, p. 285.

2 Tunc es illa Sabina et genere et matrimonio nobilissima?

cuenta entre las que conservan mejor las formas primitivas, fué restaurada en 772 por el papa Adriano I, y en 858 por el papa Nicolás I.

Ademas, su precioso adorno es la imagen de la Santa Virgen, que fué traída de Oriente con el fin de sustraerla á los ultrajes del emperador iconoclasta Leon el Isaurio. A juicio de los conocedores, esta obra maestra de la pintura bizantina, es tan bella, que Roma no tiene otra igual. Está colocada detras del altar mayor, y tiene una famosa inscripcion en griego, cuyo significado en español, es: "Madre de Dios, siempre virgen." Bajo el coro está una cripta primitiva, á la cual se baja por dos escaleras. La antigua inscripcion indica que allí se conserva el cuerpo de Santa Cirila, hija del emperador Décio. *Beata Cyrillee virg. et M. filie Decii.* Los agiógrafos piensan, sin embargo, que la ilustre mártir era solamente, una liberta de la emperatriz, mujer del perseguidor. Como quiera que sea, todos los peregrinos se apresuran á besar la piedra en que fué inmolada la inocente víctima. Esta piedra puede tener tres pies de longitud, dos de anchura, y cuatro pulgadas de espesor. Doscientos mártires de todas edades, sexos y países, forman el augusto cortejo de la Santa Virgen en Santa María in Cosmedin. Les dimos gracias con efusion por haber librado con su sangre al mundo, de las atrocidades paganas, y volvimos á entrar para analizar las impresiones y los recuerdos de aquella interesante jornada.

30 DE DICIEMBRE.

Monte Aventino.—Recuerdos paganos.—Recuerdos cristianos.—Iglesia de Santa Prisca.—De Santa Sabina.—Historia.—Mosáico.—Santo Domingo; su naranjo.—Iglesia de San Alejo.—Historia.—Priorato de Malta.—Vista de Roma.—El Monte Testaccio.—Orden extravagante de Heliogábalo.

Atravesando una parte de las regiones visitadas la víspera, y sin mirar ni á derecha ni á izquierda, temiendo detenernos todavía, llegamos á buena hora al pié del Aventino. Por una calle estrecha, pedregosa, sin pavimento, subimos por el lado del Tiber los flancos escarpados de la colina; los recuerdos surgian de todas partes. A la izquierda dejábamos el antro de Caico, el famoso ó el fabuloso bandido que fué muerto por Hércules, á quien le habia robado sus bueyes 1; delante de nosotros se presentaban los baños de Décio y de Heliogábalo, tristemente célebres por los nombres y los hechos que recuerdan 2; la casa de Vitelio, que excitó el furor de los romanos 3; el templo infame de la buena Diosa 4, el de Minerva, á donde se reunian los comediantes y los poetas 5; el de la Libertad con su *Tabularium*, que contenia el código penal para las vestales infieles 6. A esta página desfigurada de la historia profana, sucedieron muy pronto los títulos mejor conservados de nuestras glorias cristianas. Aquí habitaron Santa Marcela y Santa Silvia, esas dos ilustres matronas, de las cuales la primera ocupa un lugar tan glorioso en los escritos de San Gerónimo 7; y la segunda en la vida

1 Virgil., lib. VIII.

2 Cassiod., in *Croni.* Lamprid., in *Helioab.*

3 Tacit. *Hist.* lib. III.

4 Ovid., *Fast.*, lib. V.

5 Festus in *Scribas.*

6 Tit-Liv., *Decad.* V. lib. V; Festus, lib. V.

7 *Epist.* 54, ad *Desider.*

1 Constanzi, t. II, p. 44; Mazzol., t. VI, p. 136.

de San Gregorio Magno, digno hijo de tal madre.

Hasta aquí habíamos vivido con recuerdos; por fin, comenzó la realidad. La iglesia de Santa Prisca nos abrió sus puertas y sus tesoros de antigüedades. Está cerca del templo de Diana y de la Fuente de los Faunos, y se levanta en el mismo lugar ocupado por la casa de la ilustre mártir. San Pedro recibió en ella frecuentemente la hospitalidad, gracias á dos neófitos judíos de nacion, Aquila y Priscila, vinculados tal vez con la familia consular de Santa Prisca. Esta jóven virgen tenia trece años de edad, cuando fué bautizada por el apóstol mismo en la morada paternal. Denunciada ante el emperador Claudio, fué conducida al templo de Apolo, para que sacrificase á los ídolos. Se negó á ello, y el juez la mandó azotar cruelmente, y en seguida llevar á una estrecha prision. Conducida por segunda vez al tribunal, mostró la misma firmeza, de suerte que el tirano, encendido en furor, mandó verter sobre su cabeza aceite hirviendo y que la precipitaran á un negro calabozo, de donde salió para ser entregada á las fieras; pero el leon que debía devorarla, se dejó caer respetuosamente á sus piés. Este espectáculo no pudo conmover á los verdugos, y sometieron á la jóven virgen á los tormentos del potro, del fuego y del hambre, hasta que por fin, dióles vergüenza el ser vencidos por una niña y la arrastraron á la vía de Ostia, en donde la cortaron la cabeza, á tres millas de Roma 1; Santa Prisca es mirada como la protomártir del Occidente 2. Así, la primera sangre regeneradora que corrió en la vieja Roma, fué una sangre romana, una sangre ilustre, una sangre virginal!

En la cripta se guarda preciosamente

1 Baron, *Annot. ad Martyrol.*; Martinelli, *Primo Trofeo della Croce*, c. XVIII.

2 Mazz., t. VI, p. 269.

el vaso con que San Pedro administraba el bautismo. La iglesia restaurada por los papas Adriano I en 772, y Calixto II en 1455, conserva una antigua inscripcion que recuerda sumariamente los hechos que acabo de referir 1.

Una sangre no ménos ilustre purificó el lugar largo tiempo manchado por el templo de Juno Regina. Esta sangre fué la de Santa Sabina, martirizada en la casa de sus padres. Confiada á los cuidados de una aya cristiana, recibió Sabina el bautismo, hizo un rico matrimonio y fué arrestada luego por cristiana. Elpidio fué á interrogarla por orden de Adriano: "¿No sois vos Sabina, la ilustre por vuestro nacimiento y por vuestro matrimonio?" 2 "Sí, yo soy, pero doy gracias á Jesucristo, que por medio de su sierva Serapia, me ha librado de la esclavitud del demonio." No preguntó más el juez, y despues de hacerla sufrir mil tormentos, mandó cortar la cabeza de aquella noble acusada. Sus hermanos en la fe, que se apresuraron á levantar un oratorio sobre su tumba en el *Pagus Vindicianus*, tuvieron cuidado de no olvidar el teatro mismo de su triunfo. En 425, un virtuoso sacerdote llamado Pedro, ilirico de origen, edificó allí una iglesia. La inscripcion siguiente recuerda la memoria del caritativo fundador: "Rico para los pobres, pobre para consigo mismo, que despreciando los bienes de la vida presente, mereció esperar la vida futura. *Pavperibus locuples, sibi pauper, qui bona vite presentis fugiens, meruit sperare*"

1 Montis Aventini nunc facta est gloria major Unius veri religionis Dei: Præcipue ob Priscæ quod cernis, nobile Templum Quod priscum merito par sibi nomen habet. Nam Petrus id coluit, populos dum sæpe doceret, Dum faceret magno sacraque sæpe Deo, Dum quos Faunorum fontis deceperat error Hic melius sacra purificaret aqua.

Véase Foggino, p. 285.

2 Tunc es illa Sabina et genere et matrimonio nobilissima?

fortem. « ¿Hay una inscripcion pagana que valga lo que ésta? ¿Pero qué decir de esta otra, colocada en la misma iglesia por el piadoso cardenal Valentini? « *Vt moriens viveret, vivit et moriturus.* A fin de vivir muriendo, vivió como quien debe morir. Toda la filosofía humana está encerrada en estas cortas palabras.

La iglesia de Santa Sabina, tan llena de recuerdos, fué consagrada por San Sixto III y declarada estacional para el Miércoles de Ceniza por San Gregorio Magno. El ilustre pontífice predicó en ella muchas veces en ese día, y los papas conservaron mucho tiempo la costumbre de venir á Santa Sabina á recibir las cenizas de la penitencia.

Las paredes laterales, la disposicion de los puntos de interseccion, anuncian que la iglesia estuvo adornada con mosaicos, de los cuales solo quedan dos hermosos vestigios; el primero corona la ábside del crucero. Quince medallones le dan vuelta al arco: el más elevado representa á Nuestro Señor; los otros contienen figuras inciertas á las cuales se les encuentra alguna semejanza con las imágenes de los emperadores en las medallas. De cada lado está una ciudad, que la arqueología cristiana reconoce por Jerusalem y Bethleem, los dos extremos opuestos de la vida mortal de Nuestro Señor; tres lámparas están suspendidas de sus bóvedas, emblema de la luz que salió del pesebre, cuna del Niño Dios, y de la cruz, su lecho de muerte. En el cielo, y encima de la cabeza de Nuestro Señor, vuelan nueve palomas, gracioso símbolo de la inocencia y de la dulzura del Dios hecho hombre.

Abajo de la iglesia está el otro vestigio, no ménos interesante que el primero. Les cuatro Evangelistas, con sus atributos, forman la parte superior del cuadro. En los lados, se ve á la derecha á San Pedro, á la izquierda á San Pablo, ambos predi-

cando el Evangelio. Encima de la cabeza de San Pedro, se escapa del fondo de la nube, la mano entrecerrada, símbolo del poder divino, del cual es depositario el Apóstol. Abajo de San Pedro aparece una muger que tiene un libro en la mano; á sus piés, se leen las palabras siguientes, que explican la figura: *Ecclesia ex Circumcisione; la iglesia de la Circuncision.* Abajo de San Pablo está una figura semejante, con estas palabras igualmente claras: *Ecclesia ex gentibus; la iglesia de los Gentiles.* Uncion, sencillez, grandeza, tales son los caracteres de aquellas antiguas pinturas. A la verdad, nuestros padres estaban mejor inspirados que los artistas modernos, que con demasiada frecuencia inscriben en las paredes de nuestros templos, con un pincel pagano y un corazón mundano, verdades de las cuales no tienen ni inteligencia, ni sentimiento.

En la cripta, colocada bajo el altar, descansan los cuerpos de Santa Sabina y de Santa Serapia, vírgen y mártir, su aya. A la entrada, á la izquierda, se ve fija en la pared la piedra que cubria la tumba de las santas mártires y sobre la cual tenia costumbre de hacer oracion Santo Domingo. ¿Cómo el glorioso fundador de los Dominicos habia elegido aquel lugar de oracion? La razon es muy sencilla: el papa Honorio III poseia un palacio contiguo á Santa Sabina, y se lo regaló á Santo Domingo; entónces el palacio pontifical llegó á ser la morada del religioso, y una de las más ilustres casas de su orden.

En la fachada brillan los nombres de los huéspedes inmortales que lo habitaron; Santo Domingo, San Raimundo de Peña fort, Santo Tomás de Aquino, San Jacinto, la luz de la Polonia y San Pio V. Juzgad del miedo religioso que se sentirá al pasar los umbrales de aquella morada tan-

1 Véase á Ciampini, t. I, p. 186 y siguientes.

tas veces venerable; al recorrer aquellos mismos lugares que recorrieron tantos santos, tantos hombres de génio! Se nos permitió entrar al cuarto de Santo Domingo, cuya forma no ha cambiado: tiene como diez piés de longitud y seis de latitud. Hoy es una capilla ricamente adornada por los reyes de España. Una lijera distancia la separa de la modesta celdilla habitada por San Pio V, el pontífice de gloriosa memoria, el vencedor de Lepanto. Conducidos por un religioso lleno de esa dulce afabilidad que caracteriza á todos los dominicos que he conocido, atravesamos los vastos claustros para dirigirnos al jardín. Allí se encuentra un naranjo plantado por la mano de Santo Domingo, y está rodeado de una inmensa caja de piedra que recuerda los *Pluteri* de los antiguos; este árbol seis veces secular, da todavía naranjas, de las cuales arrancaron algunas á nuestra vista y nos las dieron como recuerdo de piedad. Las recibimos con reconocimiento, y lo diré en alta voz, las hemos llevado como reliquias muy más preciosas, bajo otro carácter, que las hojas de los arbustos virgilianos, ó los pedazos de mármol y de mosaico arrancados á los monumentos profanos, con los cuales forman los viajeros una ámplia coleccion.

Cuando saliendo de Santa Sabina se voltea á la derecha, se llega en breve al convento de los Gerónimos, en donde se encuentra la bella iglesia de San Alejo. El primer objeto de una justa admiracion es el tabernáculo del altar mayor, de piedras preciosas, don verdaderamente real de Carlos IV rey de España. Pero aquí las maravillas del arte y la magnificencia de los príncipes están eclipsadas por el brillo de la humildad cristiana. La iglesia que visitábamos, antiguo palacio de Eufemiano, senador romano y padre de San Alejo, recuerda el heroismo de una virtud tal vez más difícil que el martirio. Mirad

á la derecha en el recinto sagrado aquel pozo estrecho y profundo, es el mismo en donde el hijo del senador tomaba el agua que bebía. Abajo de la Iglesia, detras de una soberbia reja, mirad aquella escalera; es la misma debajo de la cual despues de volver de una larga y misteriosa peregrinacion, vivió Alejo diez y siete años, pobre y desconocido en la casa paterna. Esta escalera es de madera, se compone de diez escalones y está cubierta con una gasa que la protege del polvo, pero que no impide que se vea distintamente. Una magnífica estatua de mármol blanco, representa al santo, acostado, teniendo con una mano un crucifijo y con la otra un papel. El escultor ha querido inmortalizar la muerte del gran siervo de Dios. Hé aquí el hecho:

Despues de diez y siete años, el hijo de Eufemiano y de Aglaé vivia oscuro y oculto como uno de tantos pobres, debajo de la escalera de la casa paterna; mas el fin de su heroica carrera llegó. El Dios de las almas humildes quiso hacer brillar la virtud de su siervo y glorificar solemnemente delante de los hombres, á aquel que para agradar á Dios habia evitado tan largo tiempo y con tanta fidelidad las miradas de aquellos. Alejo murió; y al punto resonó una voz misteriosa en muchas iglesias de Roma que dijo: *Querite hominem Dios, ut oret pro Roma.* « Buscad al hombre de Dios para que ore por Roma. » La ciudad se conmueve, se agita, se preguntan unos á otros, todos se ponen en oracion para preguntar á Dios en donde está el santo que es preciso buscar. La misma

1 Bajo la escalera se lee la inscripcion siguiente. « Sub gradu isto in paterna domo B. Alexius, Romano rum nobilissimus, non ut filius, sed tanquam pauper advena receptus, asperam egenamque vitam duxit annis XVII; ibique purissimam animam Creatori suo fecit reddidit anno CCCXIV, Innocentio PP. I, Honorio et Teodosio II imperatoribus. »

voz se dejó oír: «Buscad al hombre de Dios, á fin de que ore por Roma;» y añadió en seguida: «*In domo Euphemiani querite, Buscad en la casa de Eufemiano.*»

A ella acude el pueblo en masa, y encuentra al santo pobre, muerto bajo la escalera, con un crucifijo en una mano y un papel cerrado en la otra. En vano tratan de quitarle aquel papel, en el cual se presume que ha escrito su historia. El Soberano Pontífice, el emperador y el senado fueron informados al punto del prodigio; acuden al monte Aventino, y entre ellos el padre de Alejo, que formaba parte de la comitiva. Llega el Vicario de Jesucristo, se pone cerca del muerto y le ordena en nombre de Dios que entregue el papel que tenia en su mano; la mano se abre y deja caer el escrito en la del papa. Al punto se le dió lectura en presencia del emperador, del Senado, de todo el pueblo, del padre, de la madre y de la esposa de Alejo. Juzgad de la impresion que debió producir en estos tres últimos testigos la lectura de aquel escrito, que les dió á conocer que aquel pobre, oculto diez y siete años debajo de la escalera de su palacio, era nada ménos que Alejo, hijo de los dos primeros y esposo de la última!

Roma entera se anegó en lágrimas de dolor y de alegría, y si me es permitido decirlo, de admiración. Por respeto hácia el siervo de Dios, el emperador Honorio y el papa Inocencio I, quisieron llevar ellos mismos al santo á la iglesia de San Bonifacio, que unida al palacio de Eufemiano, forma la iglesia de San Alejo 1. Su cuerpo descansa bajo el altar mayor en una caja magnífica, con el de San Bonifacio mártir. No léjos de allí se vé la imagen milagrosa de la Virgen Santa, que manifestó á los habitantes de Edessa el mérito del bienaventurado peregrino y que acon-

1 Véase las Bolandistas, 17 de Julio.

sejó á éste que se volviera á Roma y viviese allí desconocido en la casa paterna 1.

El heroísmo cristiano que acabábamos de admirar en el valor de una jóven y en la humildad de un noble jóven, brilla todavía en el monte Aventino, en una de sus expresiones más sublimes. Cerca de San Alejo está el gran priorato de los *Caballeros de Malta*. La iglesia de estos, dedicada á la Santísima Virgen, se levanta sobre las ruinas del templo de la diosa *Fauna* 2, que es, como se sabe, uno de los títulos numerosos que los paganos daban á Cibele. ¡Honrar á María en el mismo lugar en que se celebraban los misterios de la Buena Diosa! A la verdad que Roma es admirable por su tacto y por su inteligencia. Santa María *Aventina*, forma el centro del priorato, situado en una posición magnífica. Cuando esteis delante de la puerta principal que da hácia la esplanada plantada de verdes árboles, no olvidéis mirar por el agujero de la cerradura, vuestra vista irá á fijarse á media legua de distancia en la cúpula de San Pedro.

Desde el mirador edificado en el fondo del jardín, sobre la orilla escarpada de la colina, el golpe de vista es verdaderamente pintoresco. Al pié del Aventino pasa el Tiber, haciendo rodar penosamente sus aguas amarillentas hácia el puerto de los Romanos; en la orilla opuesta se presenta el gran hospicio de San Miguel, luego el Trastevere, luego el Taniculo en el horizonte y Roma á la derecha. A la izquierda, al Sudeste, entre la antigua puerta *Trigemina* y la puerta de Ostia, los ojos de la memoria descubren el vasto puerto *Navalia, emporium* cavado por los romanos y rodeado de soberbios pórticos á donde abordaban los navíos encargados de traer á Roma las producciones y los despojos del mundo. En los mismos lugares

1 Mazzol., c. VI, p. 270.

2 Nardini, p. 398.

perciben también el arsenal de la marina y los graneros públicos 1, así como el *Forum pistorium*, establecido tal vez despues que Domiciano hubo formado un colegio de panaderos 2. Más léjos se levanta, aislado en medio de la vasta llanura, el monte *Testaccio*. ¡Singular montaña! Formada toda de escombros y de ollas rotas, no tiene más que 163 piés de altura y 4,503 de circunferencia. Se está de acuerdo en decir que los terrones sacados por los antiguos romanos, cuando construyeron el gran circo y los otros monumentos de su ciudad, forman las capas inferiores de aquella colina artificial; las ánforas rotas constituyen la parte superior. Esta explicación, por otra parte, demostrada de hecho, nada tiene que repugne. Se sabe que los romanos hacían un uso continuo y por consiguiente un gran consumo de jarras de tierra cocida, para poner agua, vinos, aceites, algunos otros líquidos y también las cenizas de los muertos. Los fragmentos de estas jarras que iban acumulándose poco á poco en el mismo lugar, formaron despues de algunos siglos el monte *Testaccio*.

En su base, se han cavado amplias cuevas que tienen una fresca temperatura, en las cuales se conserva todavía la provision de vinos para el consumo de la ciudad. El *Testaccio* es la bodega de Roma.

Si cuando miráis aquella montaña de las *ollas rotas* os acordáis de que un día Heliogábalo, queriendo conocer la grandeza de Roma, mandó á sus esclavos que reuniesen todas las arañas de la ciudad, y que se reuniesen diez mil que formaban un gran peso 3, tendréis dos indicaciones

1 Tit-Liv., Decad. V, lib. V.

2 Sext. Aurel., in Trajan.

3 Servus imperasse ut omnes araneas colligerent in urbe; atque eos collegi-se ad decem millia pondo, et subjecisse, vel hinc intelligendum quam magna Roma esset.—Lamprid., in Heliogab.

vastante extravagantes, ó del descuido y suciedad ó de la prodigiosa multitud de la población romana.

31 DE DICIEMBRE.

Fin del año.—Impresiones.—*Te Deum* en el *Jesús*.

Era el último día del año. Graves en todas partes son los pensamientos que inspiraba este tiempo que huye y que nos arrastra en su huida; este año que acaba, va á caer en el abismo de la eternidad, como la gota de agua en las profundidades del Océano; esta escena del mundo, tan caprichosa y tan móvil, con la cual cambiamos también nosotros; este mundo, en fin, que se hunde á nuestro alrededor; todos estos pensamientos llegan á ser en Roma más graves y más solmnes. ¿Y podría ser de otro modo? Por una parte, los objetos que os rodean, es decir, la imagen presente á vuestros ojos de la gloria humana más grande, del poder más colosal que jamás se ha visto, desfigurado, desvanecido, oculto en la noche silenciosa de una inmensa tumba; y por otra los monumentos cristianos que se encuentran á cada paso levantados sobre los mutilados despojos de los teatros y de los *forum* ó sobre la elevada cúspide de las siete colinas. El aspecto de esta Iglesia de Jesucristo, que entre todas las catástrofes y todas las revoluciones de los imperios, es la única que permanece inmutable: la reunion en el mismo lugar, y en el último día del año, de dos mundos, el uno en otro tiempo temible gigante, vencedor de las naciones, y hoy cadáver podrido en el sepulcro; y el otro, ántes pequeño rebaño perseguido hasta en las entrañas de la tierra, y hoy rey sentado en su carro de triunfo. Esta doble vista de la nada del hombre y de la grandeza de Dios, penetra el alma de un temor religioso que

hace que uno se diga á sí mismo: ¡Y tú también pasas, peregrino de un día! ¿quién se acordará mañana de tí? ¿quieres vivir después de la tumba? immortaliza tu espíritu, immortaliza tu corazón, immortaliza tu vida, identifícate con lo que no pasa. Que cada año arrancado á tu existencia terreste, vaya á unirse con tu existencia futura; apresúrate, porque el año que empieza será tal vez el último.

Conducido por estos pensamientos, únicos á mi parecer que están en armonía con Roma á fin de año, nos dirigimos al Jesus. Según costumbre, el soberano pontífice va allí el último día del año por la tarde, para dar una bendición y cantar un *Te Deum* solemne. Difundir por última vez el rocío de la gracia en el mundo católico; hacer subir hácia Aquél de quien baja todo dón perfecto, un último himno de reconocimiento; perfumar con el incienso de la oración el año que vá á comparecer ya ante Dios, hé aquí el objeto sublime de esta ceremonia.

Una inmensa multitud, deseosa de ver

llegar al Santo Padre, obstruía la plaza del Jesus y todas las calles adyacentes. No sin gran trabajo llegamos á procurarnos un lugar. Por fin dos dragones llegaron á galope, y todo el pueblo, descubriéndose en señal de respeto, repetía: ¡Eccolo! ¡Eccolo! ¡Héle ahí! ¡Héle ahí! En efecto, muy pronto apareció la guardia noble, de gran uniforme; después la carroza pontifical tirada por seis caballos negros, llevados por dos postillones de librea roja. El Santo Padre llevaba sotana blanca, roquete, mureta, estola y sombrero rojo. Nos fué posible seguirle hasta la iglesia y asistir al *Te Deum*; pero oprimidos por la muchedumbre, solo pudimos gozar imperfectamente de la bella iluminación. Al salir ya el soberano pontífice, fué saludado por un grito que jamás ha oído ningún otro monarca del mundo: ¡Santo Padre, la bendición! ¡Santo Padre, vuestra bendición! repetía á vista de su padre y de su rey el pueblo romano, verdadero hijo mimado de un gobierno acaso demasiado dulce.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Pág.		Pág.
Prólogo	5	Catarina de Génova. Iglesia de Santa María-di-Carignano. Salida de Génova. Novi.....	46
2 de Noviembre de 1841. Salida de Nivers. Itinerario. Villars. Saint Parize. Saint Pierre-le-Moutier.....	11	16--Alejandría. Una hermana gris. Recuerdo. Campo de batalla de Marengo. Voghera. El Rizzotto á la Milanese. Encuentro con un padre capuchino.....	48
3--Moulins. La iglesia del Colegio. Recuerdos. Un viaje en diligencia y la vida humana. El progreso. Roanne. Tarare. Lyon.....	14	17--Llegada á Stradella. La aduana. Pasaje del Trébia. Inscripciones. Placencia. Aspecto de la ciudad. Recuerdos. Hospital.....	51
4--Salida de Lyon. Viena. Tumba de Pilatos. Tournon. Valencia. Viviers. Puente del Espíritu Santo. Hermanos Pontífices. Mornas y el baron des Adrets. Avignon. Aventura en la tarde.....	18	18--Arrabal San-Domino. Casa de Lavoro. Puente del Taro. Señoras del Sagrado Corazon. Estudios clericales. Vista de Parma.....	54
6--Arlés. Saint Trophime. Los claustros. San Cesáreo. El teatro. El anfiteatro. Los concilios. San Genes.....	27	19--Catedral de Parma. Bautisterio. Museo. Galería. Biblioteca. Interior de la ciudad. Iglesia de San Quintin.....	55
7--El mar. Nuestra Señora de la Guardia. Lázaro. Marsella. El puerto. El hotel de Oriente.....	29	20--Salida de Parma. Aduanero. Reggio. Módena. Muratori. Tiraboschi. Triunvirato. Bolonia. Virgen Santa. Procesion del Santo Sacramento.....	58
8--Marsella. Iglesia. Establecimientos de caridad. Anécdota. Capuchinos.....	31	21--Serenata. Imágen de una ciudad cristiana. Educacion. Torres de los Asinelli y de la Garizzenla. Universidad.....	61
9--Camino de Marsella á Tolon.....	32	22--Madona de San Lucas. Su fiesta. Camposanto.....	63
10--Vista del puerto. Visita al navío Oceano. El presidio. Anécdota. Reflexiones. Vuelta á Marsella.....	34	23--Prision del rey Euzio. Iglesia de San Pablo. San Petronio. Santo Domingo. Santa Catarina de Bolonia. San Estéban. Anécdota sobre Benedicto XIV. Galería..	65
11--.....	38	24--Los Apeninos. Trajes. La marquesa Pepoli.....	68
12--Navegacion. Inglés. Camarote. Conversacion.....	39	25--Florenca. Jardin Boboli. Ojeada sobre la historia de Florenca.....	70
13--Cocina italiana. Vista interior de Génova. Influencia francesa. Espíritu religioso. Anécdota.....	41	26--Bautisterio. Catedral. Monumentos del TOMO I.—33	
14--San Lorenzo. El Sacro Catino. El Disco. Villa Negroni. Palacio ducal y Sara. Costumbres italianas. El ventarron de los muertos.....	44		
15--Hospital general. Cámara de Santa			

hace que uno se diga á sí mismo: ¡Y tú también pasas, peregrino de un día! ¿quién se acordará mañana de tí? ¿quieres vivir despues de la tumba? immortaliza tu espíritu, immortaliza tu corazón, immortaliza tu vida, identificate con lo que no pasa. Que cada año arrancado á tu existencia terreste, vaya á unirse con tu existencia futura; apresúrate, porque el año que empieza será tal vez el último.

Conducido por estos pensamientos, únicos á mi parecer que están en armonía con Roma á fin de año, nos dirigimos al Jesus. Segun costumbre, el soberano pontífice va allí el último día del año por la tarde, para dar una bendición y cantar un *Te Deum* solemne. Difundir por última vez el rocío de la gracia en el mundo católico; hacer subir hácia Aquél de quien baja todo dón perfecto, un último himno de reconocimiento; perfumar con el incienso de la oracion el año que vá á comparecer ya ante Dios, hé aquí el objeto sublime de esta ceremonia.

Una inmensa multitud, deseosa de ver

llegar al Santo Padre, obstruia la plaza del Jesus y todas las calles adyacentes. No sin gran trabajo llegamos á procurarnos un lugar. Por fin dos dragones llegaron á galope, y todo el pueblo, descubriéndose en señal de respeto, repetia: ¡Eccolo! ¡Eccolo! ¡Héle ahí! ¡Héle ahí! En efecto, muy pronto apareció la guardia noble, de gran uniforme; despues la carroza pontifical tirada por seis caballos negros, llevados por dos postillones de librea roja. El Santo Padre llevaba sotana blanca, roquete, mureta, estola y sombrero rojo. Nos fué posible seguirle hasta la iglesia y asistir al *Te Deum*; pero oprimidos por la muchedumbre, solo pudimos gozar imperfectamente de la bella iluminacion. Al salir ya el soberano pontífice, fué saludado por un grito que jamas ha oido ningun otro monarca del mundo: ¡Santo Padre, la bendizione! ¡Santo Padre, vuestra bendicion! repetia á vista de su padre y de su rey el pueblo romano, verdadero hijo mimado de un gobierno acaso demasiado dulce.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

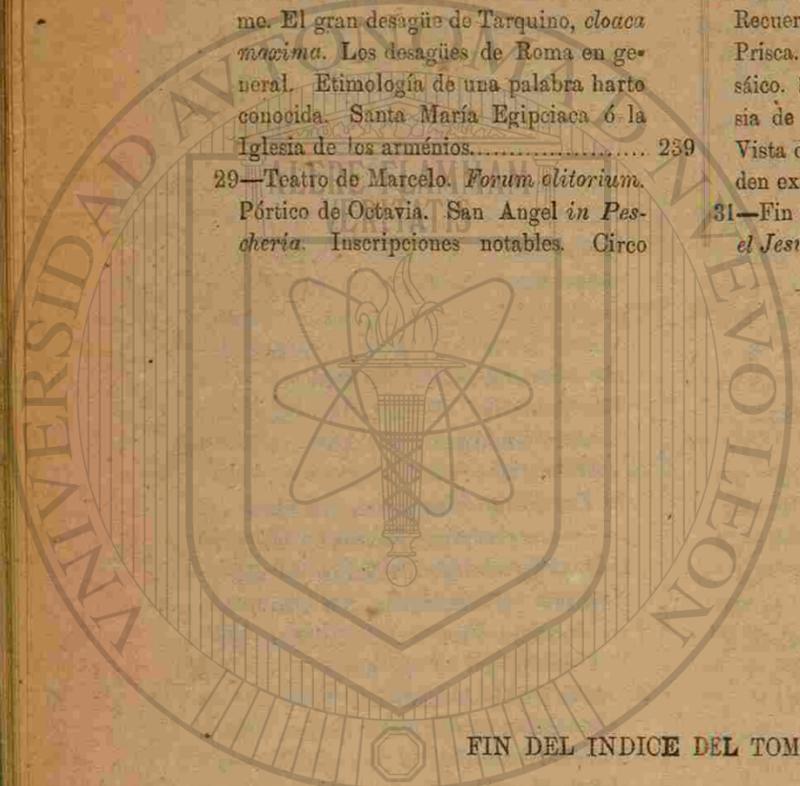
INDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Pág.		Pág.
Prólogo	5	Catarina de Génova. Iglesia de Santa María-di-Carignano. Salida de Génova. Novi.....	46
2 de Noviembre de 1841. Salida de Nivers. Itinerario. Villars. Saint Parize. Saint Pierre-le-Moutier.....	11	16--Alejandría. Una hermana gris. Recuerdo. Campo de batalla de Marengo. Voghera. El Rizzotto á la Milanese. Encuentro con un padre capuchino.....	48
3--Moulins. La iglesia del Colegio. Recuerdos. Un viaje en diligencia y la vida humana. El progreso. Roanne. Tarare. Lyon.....	14	17--Llegada á Stradella. La aduana. Pasaje del Trébia. Inscripciones. Placencia. Aspecto de la ciudad. Recuerdos. Hospital.....	51
4--Salida de Lyon. Viena. Tumba de Pilatos. Tournon. Valencia. Viviers. Puente del Espíritu Santo. Hermanos Pontífices. Mornas y el baron des Adrets. Avignon. Aventura en la tarde.....	18	18--Arrabal San-Domino. Casa de Lavoro. Puente del Taro. Señoras del Sagrado Corazon. Estudios clericales. Vista de Parma.....	54
6--Arlés. Saint Trophime. Los claustros. San Cesáreo. El teatro. El anfiteatro. Los concilios. San Genes.....	27	19--Catedral de Parma. Bautisterio. Museo. Galería. Biblioteca. Interior de la ciudad. Iglesia de San Quintin.....	55
7--El mar. Nuestra Señora de la Guardia. Lázaro. Marsella. El puerto. El hotel de Oriente.....	29	20--Salida de Parma. Aduanero. Reggio. Módena. Muratori. Tiraboschi. Triunvirato. Bolonia. Virgen Santa. Procesion del Santo Sacramento.....	58
8--Marsella. Iglesia. Establecimientos de caridad. Anécdota. Capuchinos.....	31	21--Serenata. Imágen de una ciudad cristiana. Educacion. Torres de los Asinelli y de la Garizzenla. Universidad.....	61
9--Camino de Marsella á Tolon.....	32	22--Madona de San Lucas. Su fiesta. Camposanto.....	63
10--Vista del puerto. Visita al navío Oceano. El presidio. Anécdota. Reflexiones. Vuelta á Marsella.....	34	23--Prision del rey Euzio. Iglesia de San Pablo. San Petronio. Santo Domingo. Santa Catarina de Bolonia. San Estéban. Anécdota sobre Benedicto XIV. Galería..	65
11--.....	38	24--Los Apeninos. Trajes. La marquesa Pepoli.....	68
12--Navegacion. Inglés. Camarote. Conversacion.....	39	25--Florenca. Jardin Boboli. Ojeada sobre la historia de Florenca.....	70
13--Cocina italiana. Vista interior de Génova. Influencia francesa. Espíritu religioso. Anécdota.....	41	26--Bautisterio. Catedral. Monumentos del TOMO I.—33	
14--San Lorenzo. El Sacro Catino. El Disco. Villa Negroni. Palacio ducal y Sara. Costumbres italianas. El ventarron de los muertos.....	44		
15--Hospital general. Cámara de Santa			

	Pág.
Dante, de Giotto, de Marcele Ficin. Estatuas de San Miniato, de San Antonio. Fuentes de agua bendita. San Cenobio. Recuerdo del Concilio general. Campanile. Iglesia de San Lorenzo. Capilla de los Médicis. La Anunziata. Santa Magdalena de Pazzi. Inscricion de Arnolfo. Cerillos químicos. Rasgo de costumbres...	72
27—Una sorpresa. Galería del Palacio Pitti. Juicio sobre el Renacimiento.....	73
28—Anécdota. El Palacio Vecchio. Los Uffizj. Visita al señor canónigo B.... Estado moral de Florencia. Cofradía de la Misericordia. Catecismo de perseverancia.....	81
29—Media fiesta de San Andrés. Pia casa di Lavoro. Hospicio Bigallo. Pia casa de San Felipe. Hospicio de los Inocentes. Sasso del Dante. Biblioteca Laurenciana. Pandectas pisanas. Tumba de Miguel Angel, de Galileo, de Maquiavelo, de Pic de la Mirandola. Anécdota.....	85
30—Tribuna de Galileo. ¿Por qué fué condenado Galileo? ¿A qué fué condenado? Salida para Roma.....	88
1 ^o de Diciembre. Sienna. Catedral. Recuerdos de Santa Catalina. De San Bernardino. De Cristóbal Colon. Iglesia de Fonte-Giusta. Establecimiento de mendicidad. Capilla solitaria. Idea de nuestro equipaje. Radicofani. Recuerdos de Pio VII.....	91
2—Belarmino. Pontecentino. Acquapendente. Bolsena. Milagro. Montefiascone. Anécdota. Recuerdo del cardenal Maury. Vía Cassiana. Lago Naviso. Viterbo. El B. Crispino. Santa Rosa. Monterosi. Aparicion de la cruz de San Pedro. Campo romano. Puente Molle. Entrada á Roma.....	93
3—Idea de nuestro itinerario en Roma. Visita simultánea de Roma pagana y de Roma cristiana. Visita particular de Roma cristiana. Visita á las cercanías de Roma y á las Catacumbas.....	97
4—Las guías de Roma. Guías en la Roma pagana, en la Roma cristiana, en la Roma subterránea.....	98
5—Los Pifferari.....	101
6—Visita á San Pedro. Recuerdos. Plaza de San Pedro. Obelisco de Neron. Trono de San Pedro. Confesion. Cúpula. Lecciones.....	102
7—Vista general de las dos Romas. Roma pagana. Su extension. Sus vías. Su poblacion. Roma cristiana. Su posicion. Sus bellezas. Sus instituciones. Primera entrevista del soberano Pontífice. Bendicion del Santo Sacramento en la iglesia de los Santos Apóstoles.....	107
8—Fiesta de la Inmaculada Concepcion. Anécdotas. La condesa de R.... Lord Spencer.....	116
9—San Juan de Letran. Clasificacion de las iglesias de Roma. Bautisterio de Constantino. Obelisco. Triclinium de San Leon. Escala santa. M. Ratisbone.....	117
10—Proyecto de una academia eclesiástica. San Claudio de los Borgoñeses.....	127
11—Mártires. Obelisco de Augusto delante de Santa María la Mayor. Santa María la Mayor. Origen. Adornos. Pinturas. Puerta Santa. Anécdota. Monumentos y recuerdos de este cuartel de la antigua Roma. Santa Cruz de Jerusalem. El título de la verdadera Cruz. Senado de los Mártires.....	128
12—Bosques sagrados. Templos paganos. Ninfas. Campo pretoriano. Recuerdos de Neron y de Caracalla. Baños de Diocleciano. Santa María de los Angeles. Mártires. Capuchinos de la Concepcion. Cementerio. El venerable Crispino de Viterbo.....	138
13—La cámara de los grandes hombres.....	144
14—Vicus Patricius. Arco de Galiano. Casa de San Justino. Iglesia de Santa Prudenciana. Recuerdos históricos. Baños de Timotéo. Iglesia de Santa Praxedis. Mosáico. Capilla Borromea. Columna de la flagelacion. Senado de los mártires.....	146
15—Grande ayuno. Pormenores sobre el mosáico. Significacion de esta palabra. Diferentes especies de mosáico. Historia del arte. Elementos del trabajo. Su composicion. Caracteres impresos sobre los vestidos. Aureolas.....	150

	Pág.
16—El Capitolio antiguo. Templo de Júpiter. Ciudadela. Curia Calabra. Roca Tarpeya. <i>Intermontium</i> . Tesoros. Capitolio Moderno. Museo y galería. Iglesia de Ara-Cœli. Revelacion de Augusto. Prision Mamertina.....	153
17— <i>Forum</i> : lo que es. Forum romanum. Edificios. Basílicas. Templos. Tribuna de las arengas. Comitium. Columna de San Pedro y San Pablo. <i>Secretarium Senatus</i> . Iglesia de Santa Martina. Inscricion del arquitecto del Coliseo. Templo de Remo. Iglesia de Santos Cosme y Damian. Piedra de los mártires. Templo de Faustino. Templo de la Paz. Tradicion. Templo de Venus y Roma. Iglesia de Santa María la Nueva. Recuerdos de San Pedro y San Pablo. Palabra de un inglés protestante.....	162
18—Nueva visita al Forum. Morada del rey de los sacrificios. Vía Sacra. Recuerdos de los grandes hombres. Diversos monumentos. Puente de Calígula. Iglesia de San Teodoro. Casa de oro de Neron. Arco de Tito. Edificios colocados al otro lado del Forum. Estatua de la Victoria. Templo de Cástor. Mercado de esclavos. Templo de Vesta. Lago de Curtius. Templos de Juno Jaga, del dios Aius Locutius.....	168
19—Capilla papal. El Sacro Colegio: division, origen, número, nombre, dignidad de los cardenales. Anécdota. Misa en la capilla Sixtina. Ceremonias particulares. Vistas del Arco de Tito, del Coliseo y del Arco de Constantino, reunidos. Reflexiones.....	174
20—La <i>Meta sudans</i> . El Coliseo. Primeras impresiones. Descripcion del Coliseo. Descripcion de los combates. Martirio de San Ignacio. El Coliseo, Capitolio cristiano.....	182
21—Arco de Constantino. Iglesia de San Clemente. Antigüedad; forma primitiva. El cónsul Flávio Clemente. El pobre paralítico. Bibliotecas. Libreros. Mendigos. Rasgos de costumbres.....	192
22—Nuestra Señora de la Victoria. Bande- ras de los turcos. Jardines de Salústio. Retratos de los procónsules romanos. Sus riquezas. Sus medicos de enriquecerse.—Respuesta de un bárbaro. Vía Scellerata. Baños de Tito, de Trajano y de Adriano. San Pedro Ad-Víncula. San Sebastian. El Moisés de Miguel Angel. Recuerdos cristianos. San Leon, San Pedro. Iglesia de San Martin de los Montes. Pinturas del Poussino. Iglesia subterránea. El papa San Silvestre.....	200
23—Tiendas de Navidad. El Vaticano. Biblioteca. Libro de Enrique VIII. Museo cristiano. Inscriciones. Museos paganos. El Laoconte. Historia de esta estatua. Cartones de Rafael. Habitaciones y cámaras de Rafael. Galerías. La Transfiguracion. Historia de esta obra maestra. Las Artes y el Papado.....	208
24—El Palatino. Palacio de los Augustos. El <i>Lavarium</i> . Templos de los dioses y de los emperadores. Estatua de Apolo. Cristianos de la casa de Neron. El <i>Septizonium</i> . San Sebastian <i>alla Polveriera</i> . Jardines. Forum. Vila Palatina. El B. Leonardo del Puerto-Mauricio.....	215
25—Misa papal. Alabarderos. Espíritu de conservacion de la iglesia romana. Entrada del Santo Padre. ¿Por qué no lleva el Soberano Pontífice el báculo? Espada. Sombrero ducal. Epístolas y evangelios cantados en griego. Consagracion. El Santo Padre comulga sentado, el diácono en pié: ¿por qué? Santa María la Mayor. El Pesebre. Detalles. Descripcion...	220
26—San Lorenzo <i>extra-muros</i> . San Lorenzo <i>in Fonte</i> . <i>In Pani-perna</i> . <i>In Lucina</i> . Basílica de San Lorenzo <i>extra-muros</i> . El Capitolio y el <i>Santo Bambino</i> . Los pequeños predicadores.....	227
27—El Monte Cœlius. Una casa de los antiguos romanos. Iglesia y monasterio de San Andrés. <i>Triclinium</i> de los pobres. Recuerdos. Santos Juan y Pablo. Los religiosos pasionistas. Vila Mattei. Cuarteles de los soldados extranjeros. Iglesia de la Navicella (Navecilla). San Felipe Neri. Casa de Santa Ciriaca. Escuela de gladiadores. Gran mercado. Iglesia de	

	Pág.		Pág.
los cuatro santos coronados. San Estéban el Redondo. Pinturas. Forum de Trajano.....	231	Flaminiano. Convento de San Ambrosio della Massima. Gran Circo. Dimension. Descripcion de los juegos. Santa María in Cosmedin.....	243
28—El Velabro. San Jorge. Recuerdos de Santa Bibiana. Arco de Jano cuadriforme. El gran desagüe de Tarquino, cloaca maxima. Los desagües de Roma en general. Etimología de una palabra harto conocida. Santa María Egipciaca ó la Iglesia de los armenios.....	239	30—Monte Aventino. Recuerdos paganos. Recuerdos cristianos. Iglesia de Santa Prisca. De Santa Sabina. Historia. Mosaico. Santo Domingo; su naranjo. Iglesia de San Alejo. Priorato de Malta. Vista de Roma. El Monte Testaccio. Orden extravagante de Heliogábalo.....	250
29—Teatro de Marcelo. Forum clitorium. Pórtico de Octavia. San Angel in Pescheria. Inscripciones notables. Circo		31—Fin del año. Impresiones. Te Deum en el Jesus.....	255



FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA GENERAL U.A.N.L.

